

MEDITACIONES
DEL
CENÁCULO
MISIONERO



Tomadas de los Escritos
del
Padre Thomas Augustine Judge, C.M.

Impresora del Cenáculo Misionero
Philadelphia, Pennsylvania

Traducción del inglés de Fernando Rodríguez
Revisión de texto: Rafael Pisso, S.T.
Revisión de estilo: Edwin Dill, S.T. y Steven Vesely, S.T.

Se publica con el visto bueno de los
Custodios Generales de la Familia
del Cenáculo Misionero.

Impresora del Cenáculo Misionero
Philadelphia, Pennsylvania, 19136

Reimpresión, 2011
Philadelphia, PA.

PREFACIO

Estas *Meditaciones* se han recopilado de los escritos de nuestro fundador, el Padre Thomas Augustine Judge, C.M. Se hizo una primera impresión el 23 de noviembre del 1949 bajo la dirección del Padre Lawrence Brediger, S.T., con el *nihil obstat* del Padre Ignatius Fonash, S.T. y del Padre William McVeagh, S.T., y el *imprimi potest* del Padre Thomas O'Keefe, S.T. Siguió una primera reimpresión el 17 de noviembre de 1953 y una segunda el 22 de agosto de 1962. Respondiendo a las peticiones del Cenáculo, el Padre Timothy Lynch, S.T., inició una revisión con el propósito de eliminar del texto el material que no pertenecía al Padre Judge pero que había sido incluido. Lynch añadió, además, un aparato crítico que sirve para identificar el material de acuerdo a la fecha, la ocasión y el número bajo el cual se conserva la versión original en los archivos del Padre Judge en Silver Spring, Maryland. También añadió a las selecciones preexistentes, meditaciones para cada martes del año sobre las Prácticas del Cenáculo Misionero, al igual que meditaciones para los viernes sobre la Pasión de nuestro Señor y algunas meditaciones adicionales para ocasiones importantes del Cenáculo. Las observaciones que hizo en su "*Apología*" todavía siguen vigentes.

. . . Las meditaciones de los martes, tomadas de los escritos del Padre Judge y de sus conferencias según él las dictó, tienen como propósito servir de guía para las futuras revisiones de las *Meditaciones*. Los temas utilizados representan Prácticas que fueron sugeridas por los que contestaron un cuestionario que se les sometió hace algún tiempo. Las Meditaciones que se añadieron para los viernes versan mayormente sobre la pasión del Señor.

Se suministran las fuentes al comienzo de cada meditación con dos objetivos: 1. Que sirvan como recurso que facilite ubicar la meditación en la perspectiva correspondiente, asegurando así, que nunca se habrá de perder de vista el hecho de que el Padre Judge es nuestro Padre espiritual. 2. Establecer que las palabras están tomadas de los escritos o conferencias del mismo Padre Judge según copiadas por un taquígrafo o taquígrafa.

Al revisar las fuentes de las *Meditaciones* originales se comprobó que las páginas preexistentes números 229 y 241 las había escrito el Padre Loftus en el *Holy Ghost Magazine*. Éstas han sido substituidas por meditaciones nuevas del Padre Judge.

Cualquier irregularidad en la secuencia del texto es culpa del compilador. Sólo puedo alegar, como excusa, que he tratado escrupulosamente de asegurarme que cada palabra (con excepción de algunas que no sobrepasan una o dos) que aparece aquí, ha sido atribuida al Padre Judge según el contenido de nuestros archivos. Firmado – (Padre Timothy, S.T.)

Se ha sugerido que se organice y se edite de nuevo el material para ajustarlo al nuevo calendario litúrgico. Esperamos hacerlo cuando se presente una oportunidad para hacer una revisión exhaustiva. Una tarea de tal envergadura sólo puede efectuarse después de haber hecho un estudio abarcador, más serio y más formal, de la vida, los tiempos y el espíritu de nuestro fundador. Mientras tanto, la exactitud histórica y la autenticidad tienen la prioridad, aun si al hacer esto se da lugar a expresiones fuera de época, o se presenta un énfasis teológico que ha perdido algunas de sus aplicaciones para la espiritualidad de hoy. Tales detalles, de poca monta por cierto, nunca serán obstáculo para que los miembros comprometidos del Cenáculo lean, entiendan y aprecien la fe abarcadora y

la caridad que encierran esas palabras. Para evitar dilaciones se mantiene el viejo formato. Un poco de ingenio puede adaptar los temas rápidamente a las necesidades litúrgicas del presente. La revisión futura también proveerá espacio para editar con más cuidado las meditaciones de los jueves y las que se le han añadido recientemente para ocasiones especiales. El espacio disponible y el tamaño de la página fue el criterio que se tuvo en cuenta al hacer la selección del material.

Estamos dolorosamente conscientes, dentro de la renovación bíblica actual, de lo que le puede suceder aun a la Palabra de Dios al leerse al público. Le debemos muchas disculpas a nuestro propio fundador porque la lectura oral de las *Meditaciones* lo convirtió en un perdedor. Es nuestra oración, pues, que en ocasión de esta reimpresión de las *Meditaciones*, se pongan a la disposición de todos los Cenáculos, suficientes ejemplares personales para la mayoría de los miembros, o, por lo menos, se les ofrezca la oportunidad de reflexionar más intensa y privadamente sobre la calidad de la fe de nuestro fundador.

Padre Vincent Fitzpatrick, S.T.

Fiesta de la Encarnación, 1972

PREFACIO A LA REVISIÓN DE 1985

De ninguna manera se ha llevado a cabo la revisión de las *Meditaciones* que habíamos vislumbrado en 1972 y en años subsiguientes. No se nos ha hecho posible tampoco hacerla en esta ocasión, debido a la presión del tiempo. En respuesta a la demanda de ejemplares de las *Meditaciones*, se decidió considerar una nueva reimpresión. Confiamos que algunos errores que había de poca importancia y que el Padre Vincent y yo seguíamos notando a lo largo de los años, ya se hayan corregido.

Las fuentes se han hecho más explícitas. Por ejemplo, hasta donde ha sido posible, hemos suministrado el nombre de la persona a quien el Padre Judge escribe o le envía la conferencia. Queremos que una nueva generación que no llegó a conocer al Padre Judge pueda identificarse con esos miembros de la familia del Cenáculo que nos precedieron. Esperamos, además, que esto añada al mensaje un carácter mucho más personal.

La ardua y complicada tarea de acomodar las *Meditaciones* al nuevo calendario litúrgico ha sido superada. Se decidió no cambiar la fuente bíblica que el Padre Judge utilizó, ya que muchas veces el hacer esto afecta el significado de lo que él dice. El texto bíblico que se leía en su época era la versión de la traducción al inglés de Douay Rheims. Se han cambiado los pronombres para incluir a los dos sexos ya que el mensaje estaba dirigido a toda la Familia del Cenáculo.

En esta revisión se utiliza el paréntesis en vez de los corchetes para indicar inserciones editoriales de una o varias palabras para clarificar o completar el texto. Se ha añadido una meditación nueva para remplazar la lectura de la epístola y el evangelio de la Fiesta de la Ascensión. Se añadió también una meditación para fin de año sobre Cristo Rey, ya que esta fiesta era tan del agrado del Padre Judge. Varias meditaciones han sido reorganizadas y otras han sido ampliadas mediante adiciones apropiadas.

La Novena de la Anunciación se ha ubicado en el lugar más apropiado, así como también varias otras, de manera que las meditaciones sobre la Pasión aparezcan los viernes. En la primera compilación sólo se aclaraba que la meditación de los viernes era sobre la Pasión de nuestro Señor.

El editor desea agradecer al Dr. Harold Grant, Custodio General del Apostolado del Cenáculo Misionero

su colaboración en la preparación del material para la imprenta. El trabajo resultó ser mucho más amplio de lo que se anticipó originalmente y hubo que hacer cientos de pequeños cambios en un período de dos años. Sin duda alguna sería yo negligente si no expresara agradecimiento especial a Phyllis O'Hearn, una miembro y también voluntaria del Apostolado del Cenáculo Misionero. Ella llevó a cabo, a lo largo de mucho tiempo, la ardua tarea de escribir en maquina y procesar los datos en la computadora, lo que realizó con gran amor y cuidado.

Finalmente, rendimos un tributo, ya harto atrasado, al Padre Colman Nolan, S.T., quien trabajó como estudiante en la Revista del Cenáculo Misionero y confeccionó el índice alfabético original para las *Meditaciones*. Este redactor ha descubierto al hacer esta revisión, cuan detallado y preciso fue su trabajo. Así pues, felicitaciones a Colman.

Padre Timothy Lynch, S.T.

Fiesta_de_La_Santísima_Trinidad
2 de junio de 1985

Contenido

	<i>Página</i>
Tiempo de Adviento	
1ra. Semana	8
2da. Semana	12
3ra. Semana	16
Diciembre 16 a 24	19
Tiempo de Navidad	
Día de Navidad	25
Diciembre 26-31	26
Enero 1-5	30
Enero 6-13	33
Tiempo Ordinario	39
Tiempo de Cuaresma	74
Tiempo de Pascua	102
Novena de Pentecostés	127
Tiempo Ordinario (continuación)	133
Meditaciones para Fiestas Especiales	
Purificación de Nuestra Santísima Virgen	236
La Anunciación de la Madre Santísima	236
El Nacimiento de la Santísima Virgen	243
San Vicente de Paúl	243
Los Ángeles Custodios	244
El Santísimo Rosario	245
Bienaventurado San Gabriel Perboyre	245
Aniversario de Madre Boniface	246
Aniversario del Padre Judge	247
Fiesta de Cristo Rey	248

Introducción a las Meditaciones / Oración Mental

1. Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 9 de julio de 1916, MF 10697. 2. Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 7 de julio de 1916, MF 8182-83.

La oración que expresamos con palabras es la oración en la cual la persona presenta sus necesidades a Dios. La oración mental es la oración que se expresa sin palabras. Ustedes pueden objetar: “Nosotros no tenemos ninguna devoción. No contamos con la gracia para la oración. Cuando lo intentamos nos invade el sueño . . . Todo se nos confunde y las cosas pasan por nuestra mente como un remolino.” Eso es una tentación. Recuerden que estamos sirviendo a Dios a través de una fe pura, porque Él es Dios, porque Él es infinitamente bueno y deseable. La oración que depende de la emoción no es necesaria . . . Eso de orar a semejanza de un abogado astuto que nos satisface el corazón, como si tejiéramos una argumentación que Dios mismo no pudiera resistir, elaborando una plegaria que el mismo cielo se vea obligado a atender — esa clase de devoción responde a la emoción (1).

Pónganse de rodillas y empiecen a pensar en Dios. Eso es oración. Puede que esa oración se reduzca sólo a una lucha en la oscuridad — donde todo aparece tan amargo, tan sombrío. Eso es orar. Ese es el tipo de oración que Dios ama. Lo ven, es la intención dentro de su corazón. Algunas personas fundamentan su religión en experiencias humanas. La reducen a un asunto de comida y bebida, a un entretenimiento cualquiera. Practican la religión por lo que pueden sacarle. Eso no está bien. Pero hay otros que se mantienen en la lucha. Puede que ustedes no experimenten progreso alguno. Comienzan la oración a su debido tiempo, pero de inmediato les rodea toda clase de oscuridad. Nunca se imaginaron, hasta que se hincaron de rodillas, que pudieran pensar en tantas cosas en cinco minutos, pero lo siguen intentando. Eso es orar. Dejarnos vencer por la desidia, la somnolencia - tan pronto como dejamos de esforzarnos - no está bien. Tal parece que hay diez mil demonios empeñados en evitar que oremos. Di: “No vamos a dejar de meditar, aunque sólo podamos exclamar: “Jesús, Jesús . . . aunque no podamos construir una oración completa.” Eso es una plegaria.

Hagan que su mente regrese (al tema). Apliquen su pensamiento a verdades cristianas que tal vez causen terror . . . Puede que al terminar su meditación estén

empapados de un sudor espiritual. Dios ha tomado en cuenta todo ese proceso. Él sabe que ustedes se han postrado ante su presencia. No se retiren afligidos. Ustedes hicieron su parte. No podían hacer más.

La oración mental es muy complicada . . . Algunos inician su oración, ya preparados para medir y pesar sus pensamientos . . . En la oración mental ustedes intentan disponer sus almas para hacerla hermosa a los ojos de Dios. Están equivocados si se desalientan y dicen que no han hecho oración. Se han puesto en la presencia de Dios. Le han rogado que les ayude. Se han humillado ante Él, ante la Santísima Virgen y ante San José. Entonces llevaron a su mente el tema de la meditación. Deben, entonces, continuar meditando sobre el mismo punto concreto, hasta que no le puedan sacar más provecho al tema. El propósito de la oración mental es acomodar sus almas y sus corazones a la voluntad de Dios . . . Nunca admitan, mis queridos hijos, que están desalentados en la oración. “Oren siempre y no desfallezcan “ (Cf. Lucas 18, 1) (2).



Lunes: primera semana de Adviento / Comienzo del Adviento

Carta-conferencia a los Siervos y Siervas Misioneras, alrededor del 28 de noviembre de 1926, MF 8629, 8631.

El primer domingo de Adviento es el comienzo del nuevo año de la Iglesia. Introduce la preparación próxima a la gran fiesta de Navidad. El Cenáculo se ha estado preparando para esta santa festividad desde la Navidad anterior, pues ésta es nuestra costumbre, comenzamos nuestra preparación para la próxima Navidad el mismo día de Navidad.

En verdad, el año entero debería ser una preparación. Qué corto en realidad es el tiempo para adueñarse de los sentimientos y disposiciones que este sagrado y fundamental principio de la religión cristiana se merece. Ahora es el momento para una preparación más intensa. El Espíritu Santo nos despierta y nos hace ver que, sabiendo que es la época, hemos de estar prontos, listos, preparados para actuar de inmediato de acuerdo a sus impulsos porque se lo debemos a nuestras almas, a su destino y a su salvación.

Sí, no hay duda que le debemos a nuestro Creador, a nuestro Salvador, deshacernos de nuestra

inercia, salir de nuestro letargo, romper las cadenas del pecado que nos atan, desligarnos de la ciudadanía de hábitos perversos o vanidosos para que estemos preparados para la venida de nuestro Rey, de nuestro Salvador.

“Porque nuestra salvación está ahora más cerca que cuando comenzamos a tener fe; la noche avanza, está cerca el día. Dejemos entonces las obras propias de la oscuridad y vistamos las armas de la luz.” (Romanos 13, 11-12). En una palabra, vamos a empezar en forma activa y generosa, con todo el corazón y el alma, a “revestirnos de Cristo Jesús, el Señor” (Romanos 13, 14).

En verdad, es el momento de pensar en el regalo que le vamos a ofrecer al Niño Jesús en el día de su cumpleaños. Que cada uno aplique activamente y con energía a la santa temporada de Adviento las palabras de la epístola de San Pablo. Ahora, procedamos todos juntos, para que progrese en el camino de la santidad.

Propónganse que la causa primera sea: el Cenáculo, la Iglesia, la obra de la religión, nuestro Rey, nuestro Salvador, nuestro Señor Jesucristo. Sean valientes e invencibles, resueltos en la tarea de vencerse a ustedes mismos. Todo por Jesús. Alégrese, pues podemos levantarnos. Podemos tener éxito. La oración lo logrará. Su Bendita Madre Inmaculada prestará su ayuda. Atiende a tu deber. Acógete a tu trabajo. Sigue tu conciencia, una vez más, de pie con Jesús. Sus enemigos están diabólicamente activos contra Él. Ofrezcamos algo en reparación y como consuelo.



Martes: primera semana de Adviento / Práctica: la presencia de Dios

1. Conferencia a los seguidores pioneros en reunión del Consejo, Nueva Jersey, 26 de enero de 1918, MF 3731. 2. Carta a un Siervo Misionero, 23 de septiembre de 1912, MF 4112. 3. Conferencia de apertura a los miembros pioneros del Cenáculo, 4 de agosto de 1915, MF 8347-51.

Al despertar, debemos ponernos ante la presencia de Dios, humillándonos ante su Divina Majestad, implorando su gracia para hacer una buena meditación, rogando a la Virgen Santísima y a los santos que nos ayuden en este propósito (1).

Vive más tiempo en la presencia de Dios Padre y de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo. Date cuenta

cada vez más que todo ser humano con quien te encuentras es una imagen viva de la Santísima Trinidad. Como consecuencia, respeta y honra a todos. Mantente al día con respecto al lugar y la hora donde se está llevando a cabo la novena perpetua al Espíritu Santo. Alégrate si encuentras oposición y . . . hazte agradable a Dios por no haber cedido a ninguna manifestación de desaliento, sino . . . más bien, proporciónale una mayor alegría mediante una esperanza mayor (2).

“En seguida el Espíritu lo empujó al desierto” (Marcos 1, 12). ¿Qué Espíritu es éste que tiene tanto poder sobre Jesús? Es el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, la tercera Persona de la Santísima Trinidad, quien guió a Jesús . . . El mismo Espíritu Santo que guió a Jesús nos está guiando a nosotros . . . Si oímos a Jesús . . . cambiaremos y se nos llevará a cosas más elevadas, lejos de los asuntos triviales. Empieza (cada día) con el espíritu lleno de alegría y agradecimiento.

No sé lo que Dios te está diciendo - lo que el Espíritu Santo te susurra. Ese secreto es de Dios. Es tuyo, siempre y cuando pongas atención a su voz. Busca la soledad con Nuestro Señor y abre tu corazón a Él. Jesús dice: “El Espíritu Santo me está impulsando a estar conmigo mismo. Acompáñame.” De vez en cuando Él seleccionaba a algunos escogidos. Le solicitó a Pedro, a Santiago y a Juan que fueran con Él a la agonía en Getsemaní. “Quédense aquí y velen conmigo.” (Mateo 26, 38) Esto es lo que se nos pide que hagamos. Ésta es una invitación y un pedido particular de Dios. Debemos regocijarnos, de lo contrario no agradaremos a Dios.

Nos . . . ponemos en la presencia de Dios y reconocemos que no somos dignos. Pídanle ayuda para (llevar a cabo todas las obras del día) satisfactoriamente. Es el momento de inflamar la voluntad, para ser fieles, para tomar la determinación de vivir y morir por lo que sabemos está bien. Y le recordaremos que somos mal intencionados y miserables. Continuaremos diciendo, “¡Dios mío, ten piedad de mí que soy un pecador!” (Lucas 18, 13) “Señor, estamos contigo, te somos fieles. Señor, que podamos ver.” Quizás ustedes nunca han visto. Quizás sí. Quizás su visión ha sido bendecida. Quizás sólo hemos visto a través de la vanidad, o alguna pasión oculta. Rueguen a nuestro Señor que les conceda luz. Quizás hemos perdido el sentido espiritual al adentrarnos en nuestros propios problemas (3).



Miércoles: primera semana de Adviento / Nuestra vocación de estima al misterio de La Encarnación

Carta-conferencia a las Siervas Misioneras, alrededor del 28 de noviembre de 1926, MF 8630-31.

Gracias a la misericordia divina . . . atesoramos en el Cenáculo un conocimiento y una devoción abundante (a la Encarnación) . . . Se nos ha concedido que apreciemos este misterio. ¿En qué forma entonces, podemos ser fieles a esa confianza? Primero, tengamos para Él, dentro de nuestro corazón de corazones, un Belén . . . en el cual Él habrá de nacer místicamente, un Belén . . . que ofrecerá reparación por la ingratitud, por la falta de humanidad y la irreverencia del primer Belén.

Nuestro afecto debe de guiarnos a conocer más sobre Él para que lo amemos y sirvamos cada vez más. Este conocimiento lo adquirimos, particularmente, a través de nuestras meditaciones. Debemos escudriñar detenidamente nuestros libros de devoción para descubrir el Santo Nombre de Jesús . . . el Jesús de que hablaron los profetas, el Jesús concebido por el Espíritu Santo, el Jesús en el vientre de su Madre Inmaculada, el Jesús en el pesebre de Belén, el Jesús creciendo en edad y sabiduría ante Dios y ante los hombres, el Jesús orando, enseñando, trabajando, sufriendo, muriendo, el Jesús muerto y resucitando al tercer día, ascendiendo al cielo y sentado a la diestra del Padre en el cielo, el Jesús en nuestro tabernáculo, el Jesús que recibimos en el santo sacramento de su cuerpo y de su sangre, el Jesús, árbitro de la vida y de la muerte, el Jesús Rey triunfante hasta el fin del mundo. Todo esto (lo contiene nuestra concepción) de la Encarnación—exaltar el Santo Nombre de Jesús en nuestros corazones.

En segundo lugar: este conocimiento particular y este amor no se nos han otorgado para nuestra satisfacción piadosa. Hemos de propagar el conocimiento del misterio de la Encarnación. Debemos contárselo especialmente a los más pequeños, a los que viven en tanta desventaja que, de lo contrario, nunca lo llegarían a conocer. ¡Piensen cómo los niños y niñas del Cenáculo Misionero se aglomeran alrededor de nosotros ante esta idea! Ésta es la voluntad y la alegría que Dios quiere para ustedes en este misterio . . . Estos pequeños son la vanguardia del sinnúmero de criaturas que los Siervos Misioneros han de traer a Jesús para un conocimiento del misterio de la Encarnación, si somos

fieles a la verdad que se nos ha confiado. . .

Que la nota predominante que se haga oír a través del Cenáculo Interno y Externo en todo el tiempo de Adviento, sea agradar a Dios en los días de sombra como en los soleados, en las obligaciones molestosas como a la hora del consuelo. Hagamos que la caridad reine suprema y engendre un gran amor a Dios y un mayor espíritu de paciencia y tolerancia para con nuestro prójimo. ¡Sigue! ¡Sube más alto! Vécete, pues “el Señor está cerca de todos los que lo invocan” (Salmo 144, 18).



Jueves: primera semana de Adviento / Nuestra preparación personal para la Navidad

Conferencia sin fecha, MF 8566-67.

“Prepara los caminos del Señor” (Isaías 40, 3). Estamos en el tiempo de preparación para el gran acontecimiento del mundo cristiano, el nacimiento del Salvador. Todo lo que hay de generosidad y ternura dentro de nosotros debe utilizarse en forma adecuada para impulsarnos a prepararnos para este nuevo día de Navidad. Ciertamente que el Adviento debe ser, para el Cenáculo, una preparación. Todos y cada uno de nosotros debe tomar la determinación interna de hacer todo lo que podamos, para que, auxiliados por la Gracia Divina, tengamos preparado su regalo y que éste sea aceptable a los ojos del niño Jesús. Cada tiempo de Adviento tiene su mensaje especial de amor para el que ama con fervor a Jesús, pero, sin duda, de todos los Advientos, éste es el que Nuestro Señor espera más de nosotros para que le ofrezcamos reparación por el aumento del pecado en el mundo y para que nuestro servicio compense por los que permanecen indiferentes al amor de Dios y a sus derechos. Además, el mundo sufriendo, sangrando de tantas heridas, necesita oraciones y el consuelo que sólo puede venir de las bendiciones de Dios.

Todos nosotros tenemos un gran trabajo que realizar durante estas próximas semanas. Nunca ha existido un momento en que el hombre deba ser más devoto y actuar con más seriedad como el de ahora. Si no nos apresuramos a abrazar la obra que la religión nos confía en este Adviento, no seremos fieles a la gracia que Dios nos está otorgando para llevar a cabo algo personal

y particular para el niño Jesús. Él debe ser aliviado y consolado al igual que adorado. . . Propongámonos escoger las ofrendas que vamos a ofrecerle desde el comienzo de este tiempo santo. ¡Qué alegría y qué gracia pensar que por su bondad y por su amor se permita que nuestras voces de alabanza se escuchen junto a las de los pastores, los reyes, al igual que las de los ángeles, y aun las de san José y las de la Virgen Santísima. Acudamos donde Él y ofrezcámosle los regalos como Él y su Santísima Madre desearían.

¿Cómo quisieran ellos que viviéramos este adviento? . . . Este es el momento para hacer promesas generosas . . . Si pudiéramos deshacernos de nuestro amor propio, Él nos amaría más. San Juan Bautista, enviado por Dios para preparar el camino, un guía enviado del cielo, nos muestra que debemos hacer penitencia y ser humildes. Un espíritu de mortificación y de humildad, acompañado de mucha oración y autoexamen debe caracterizar estos benditos días en que esperamos su llegada.

Un examen serio de nuestros pensamientos, de nuestras palabras y de nuestras acciones en la presencia del Cristo Niño, debe ser un elemento esencial en nuestra preparación. Este examen debe ser profundo y abarcador, incluir lo que hacemos y lo que dejamos de hacer, la forma en que recibimos la gracia de Dios, cómo empleamos nuestro tiempo, nuestras relaciones con nuestro prójimo, nuestros adelantos en la práctica de las virtudes, y la medida de nuestro celo por la gloria de Dios. Jesús entrará a nuestras almas en la medida en que nosotros lo deseemos y nos preparemos para su venida.



Viernes: primera semana de Adviento / Reparación: unión con la pasión de Cristo

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 8 de diciembre de 1925, MF 8645-47.

El día de Navidad es ciertamente, en el Cenáculo, una de nuestras fiestas principales por el significado que tiene el día de la Anunciación. El día de la Anunciación o día de la Encarnación, es verdaderamente para nosotros “el día que hizo el Señor,” (Salmo 117, 24) porque, después de todo, en el día de Navidad sólo tenemos la

expresión externa de lo que comenzó el veinticinco de marzo cuando nuestra Bendita Madre inclinó la cabeza y dijo: “Hágase en mí según su palabra” (Lucas 1, 38). Ven entonces, mis queridos hijos, cuan inseparablemente unidos están el día de la Anunciación, el 25 de marzo, y el día de Navidad. Ven también, como consecuencia, cuántas tareas y obligaciones se nos han confiado para éste . . . (adviento), preparación del cual ya les he comunicado . . .

¿Cuál deberá ser la naturaleza de esta preparación? Al orar, abrigamos la esperanza de que la virtud de la reparación esté arraigada en el Cenáculo. ¿Qué significa esa virtud? Significa esto: que a algunas almas escogidas se les concede compensar, mediante su devoción y sus sufrimientos, por lo que sigue faltando en sus propias vidas de servicio a Dios, o por lo que, en el mundo, los hombres no han llegado a lograr con respecto a sus deberes para con Dios. Si la virtud de la reparación no se practica, languidecerá, y sucederá la tragedia de que desaparecerá de entre nosotros, pues ciertamente éste es un talento, sobre el desempeño del cual, Dios nos pedirá cuentas.

La reparación puede considerarse de dos maneras por lo menos: primero, la que corresponde a lo ordinario (en nuestras vidas), y luego, la que pertenece a lo extraordinario. Actos ordinarios de reparación están al alcance de todos. Actos extraordinarios deben llevar el sello y la sanción de la obediencia, de otro modo almas fervientes pueden ser tentadas por el espíritu del mal hasta incurrir en excesos o en utilizar medios que engendren depresión o desánimo. Los actos de reparación . . . pueden ser internos o externos. Podemos hacer actos de reparación internos todo el día. Esto es una virtud, una práctica muy agradable a los ojos de Dios. Tanto es así, que, de hecho, es uno de los objetivos del santo sacrificio de la Misa, pues en el santo sacrificio se ofrece reparación infinita. Nos vienen a la mente aquellas asombrosas palabras de San Pablo, quien nos urge: “completa lo que falta a los sufrimientos de Cristo” (Colosenses 1, 24). Esto lo podemos hacer ofreciendo nuestros actos personales de reparación en unión a Sus actos de reparación, a los sufrimientos de la Virgen Santísima, a lo que han sufrido los bienaventurados mientras estaban en este mundo, y los justos que circulan ahora entre los fieles.

Estos actos internos de reparación tan motivados y tan unidos a los sufrimientos de Nuestro Señor, a los de la Virgen Santísima, a los de los santos y a los de los justos en la tierra, enténdanlo bien, son muy del agrado

del Dios Trino. Deben de multiplicarse . . . puesto que el pecado abunda hoy en día a nuestro alrededor. También existen actos de reparación externos. Estos pueden resumirse en esta expresión general - actos de penitencia. La expiación o la reparación suponen sufrimiento o sacrificio de algún tipo.



Sábado: primera semana de Adviento / María, la Madre de Dios

Sermón durante una misión, Newark, New Jersey, 6 de diciembre de 1918, MF 10790-92.

El título que engrandece a María y la gracia que nos explica sus bendiciones es que ella es la Madre de Jesucristo. Éstas son palabras mayores. Mi lengua debería encontrar dificultad al pronunciarlas — ¡Madre de Dios!

La idea general que tenemos sobre Dios puede ser poco adecuada, pero sabemos que Él es el Infinito, el Eterno y nuestro Ser necesario. Los profetas dicen que hablaremos y diremos muchas palabras que se podrían resumir en esto: Él lo es todo. No podemos medir a Dios con palabras: el Eterno, el Divino, el todo Santo, el Dios Todopoderoso, el Creador de todas las cosas, el Primero y el Último, el que es, el que fue, y el que siempre será. María fue Su madre, realmente fue la Madre de Dios. Todos ustedes saben lo que es una madre, aunque sea difícil explicarlo en palabras . . . ¿Quién es la que se pega tanto a un niño como lo hace una madre? ¿De quién depende más un niño si no es de su madre? ¿Cuál es hoy el gran, el maravilloso poder inspirador del mundo si no es el de la madre? María fue la Madre de Dios. Cuando hablamos de la Madre de Jesús muchas de nuestras pequeñas ideas acerca de la maternidad se desvanecen porque ella fue la Madre de Dios en forma milagrosa por la cooperación del Espíritu Santo. “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y . . . por eso el Santo que nacerá de ti lo llamarán Hijo de Dios” (Lucas 1, 35). Cuando decimos la Madre de Dios, lo decimos todo.

Tenemos pensamientos que no podemos expresar porque nuestro lenguaje es muy limitado. Debemos alabarla, venerarla, estimarla y apreciarla. Debemos darle gracias. Sobre todo debemos hacer lo que más le place, y eso es, imitar sus virtudes. Por ejemplo, puede que tengamos dificultad con sobrellevar la naturaleza humana, en tragar nuestro orgullo, pero por

amor a ella, para honrarla, debemos imitar su humildad. Puede que se nos haga difícil hacer un acto de mortificación . . . Sólo el pensamiento de que voy a agradar a esta Reina afable me ha de ayudar. Cuando tengo alguna tentación contra alguna virtud, cuán fácil se me hace imitar su pureza, estar limpio de corazón y limpio de mente por el amor de esta Reina inmaculada. Qué fácil es hacer algo por las almas, por su Iglesia, por la Madre de mi Creador, por la Madre de mi Redentor, por la Madre de mi Salvador, por la Madre de Dios, por la Madre de Jesús. . .

Si nos damos cuenta, si somos sensatos, pensaríamos seriamente en lo que podemos hacer para agradarla, para complacerla . . . Pueden ustedes poseer todos los tesoros de la tierra, y eso no ha de interesarle a ella para nada. Pero si le hablan de algún alma a quien le hicieron el bien, de alguna tentación que vencieron, de alguna lucha en el camino de la santificación en la cual salieron victoriosos, si le dicen que avanzaron un poco más en la fe, en la esperanza y en la caridad, entonces sí van a interesar a la Madre bendita.

Decidamos hacer algo para ofrecer amor y placer a la madre de Jesús, para complacer a esta Reina afable, Reina de los cielos y de la tierra. Manifestemos un amor mayor por la Madre de Dios quien es nuestra hermosa y afable Reina.



Lunes: segunda semana de Adviento / El significado particular de Adviento para el Cenáculo Misionero

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 15 de diciembre de 1926, MF 8629-30.

El mensaje de adviento es para todos los cristianos. Sin embargo, cuánto más debe significar este mensaje de la Iglesia para el Cenáculo Misionero, en razón de las gracias particulares que ustedes han recibido. Ustedes han contado con una iluminación mayor en cuanto al misterio de la Encarnación. Han sido instruidos por muy largo tiempo y con más frecuencia en esta manifestación del amor divino. En realidad, se les ha acercado tan intensamente al conocimiento del plan de Dios para la redención del mundo, que puede decirse, que han entrado al seno mismo de la Sagrada Familia.

No podemos sino entrar en júbilo santo ante este pensamiento: que un conocimiento devoto de un misterio puede considerarse un signo del favor de Dios. Dije un conocimiento devoto, es decir, un conocimiento que produce frutos, que obra movido por la caridad. Por ejemplo: nosotros, los sacerdotes, comenzamos el Oficio Divino orando a Dios de esta manera: “Señor, ilumina mi entendimiento”, es decir, muéstrame tu santa voluntad, tu santa ley, tus santos preceptos. “Muéstrame tus caminos y enséñame tus promesas. Dirígeme a tu verdad e ilústrame” (Salmo 25, 4-5) (1).

El conocimiento, sin embargo, no es suficiente, pues los ángeles rebeldes también tenían conocimiento y terminaron condenados. Nosotros pedimos más: “inflama mi afecto.” En otras palabras, despierta mi voluntad, haz que busque tus caminos para poder hacer el bien. Por lo tanto, yo llamaría esto un conocimiento devoto. Vamos a preocuparnos, entonces, por lograr que este conocimiento produzca fruto. Recuerden que nuestro Señor maldijo el árbol de higos estéril, y el Espíritu Santo tiene esta queja contra los que carecen de buenas obras: “todos se han descarriado, todos están pervertidos, no queda ni un hombre honrado, no, ni uno sólo siquiera” (Salmo 13, 2).

Que se eleve nuestro agradecimiento a la misericordia divina por esta gracia, que ese conocimiento devoto, se encuentre en abundancia en el Cenáculo, pues, se nos ha dado antes que nada, para que tengamos aprecio por este misterio (de la Encarnación). Este es un encargo de nuestra Santa Madre Iglesia. Es cierto, mil veces es cierto, que no somos merecedores de una misión tan divina, pero, sin embargo, uno de los fines particulares de nuestro instituto es apreciar y amar la devoción al misterio de la Encarnación. Lo expresamos de esta manera: Exaltar el Santo Nombre de Jesús, lo que significa que con todo el corazón, con toda el alma, por todos los medios posibles, tendremos en gran estima un amor a Jesús en nuestros propios corazones y lucharemos por encender un amor similar en el corazón de los demás, mediante la propagación de un conocimiento de nuestro Salvador, nuestro Señor, nuestro Rey y nuestro Dios.

Este es el grito que debe estar constantemente en el corazón del Cenáculo: ¡Jesús, Rey del mundo y centro de todos los corazones! te adoramos, te alabamos, te bendecimos, te amamos; santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad.



Martes: segunda semana de Adviento / Práctica: Las almas abandonadas

1. *Carta a una de las Siervas Misioneras, 10 de febrero de 1930, MF 9980-81.* 2. *Carta al Señor Byrnes, un posible benefactor, 22 de noviembre de 1930, MF 1643.* 3. *Carta a una de las Siervas Misioneras, probablemente una de las vocaciones del Padre Loftus, 6 de diciembre de 1928, MF 6446.* 4. *Carta circular a los Siervos Misioneros, 30 de enero de 1922, MF 5171-72.*

Mi hija querida: Bien conoces el énfasis que ponemos en la palabra “abandonado”. Sabes lo que quiere decir ser rechazado, aislado, pasado por alto. Sabes, además, por qué se rechazan las cosas. Se rechazan porque son inútiles, no agradan, no tienen valor. ¡Qué vida es ir en busca de tales seres! Las personas de quienes hablamos son objetos de una compasión que sólo puede proceder de Cristo. Sólo la caridad de Cristo nos anima. El amor de Cristo nos impulsa. En otras palabras, lo hacemos por Él . . . Vemos a Cristo en ellos, en sus almas creadas a su imagen y semejanza. Es a Él a quien atendemos. Ciertamente, fue una cara mancillada la que Verónica socorrió. Estaba llena de manchas de sangre y de polvo del camino - quizás también de los salivazos de los blasfemos. Pero era la cara de Cristo (1).

Nuestra obra se ubica en medio del terreno del enemigo. Buscamos al que está abandonado – la obra abandonada, el alma abandonada. Por lo tanto, laboramos en la parte enredada y llena de dificultades de la viña de Cristo. Todo movimiento católico cuenta con su trasfondo católico. Nuestro trasfondo, asombrosamente, no es católico. ¡Qué bendición es para un aspirante a la vida religiosa entrenarse en medio del pueblo de Dios! Nuestros jóvenes se adiestran en medio de los que son terriblemente hostiles contra todo lo que está cerca del corazón católico (2). Se les enseña a que valoren el alma humana en términos de la preciosísima sangre de Jesús. Ellos esperan laborar en favor de cualquier alma, y si tienen alguna preferencia, será entre las almas más abandonadas – ya sea que el cascarón de esas almas resulte ser blanco o negro (3).

Discernir cuál es la voluntad de Dios para el Cenáculo es un asunto que brinda la oportunidad de practicar la humildad y de gozar de las delicias de la oración. Podemos . . . comparar el Cenáculo en las líneas generales en que se asemeja a otras sociedades religiosas y en las que no. Por ejemplo, la congregación religiosa

ordinaria nace y echa sus raíces en un ambiente que es positivamente católico y acogedor. El Cenáculo, al contrario, está echando sus raíces en un entorno que, definitivamente, no es católico. Las sociedades religiosas en sectores católicos pueden contar, hasta cierto punto, con el sostén y el apoyo de los fieles que las rodean. El Cenáculo, por otro lado, trata de subsistir donde no hay apoyo católico y donde muchos son poco amigables. La diferencia es muy grande. Es de suma importancia, puesto que toca muy de cerca el asunto de su mantenimiento y duración a largo plazo. Ésta solía ser la aspiración espiritual y ha de continuar como una constante aspiración del Cenáculo – buscar iniciativas en lugares abandonados y desiertos . . . Esto, en una palabra, parece ser la providencia de Dios para el Cenáculo . . . Nosotros, por lo tanto, podemos regocijarnos y adorar a Dios en su maravillosa providencia sobre nosotros . . . (4).



Miércoles: segunda semana de Adviento / Ven, Jesús, nuestro Redentor, nuestro Intercesor, nuestro Maestro, nuestro Hermano Mayor

Carta-conferencia sin fecha a los Siervos Misioneros, MF 2395.

¡Navidad! ¡Qué palabra! ¡Qué pensamientos evoca! Es un sinónimo de paz, regocijo, felicidad, alegría, buena voluntad, amistad, concordia y todo lo que, en una palabra, ilumina, hace resplandecer y colma de alegría al corazón humano. ¡Navidad! ¿Qué hace que la Navidad sea Navidad? “Hoy ha nacido para ustedes en la ciudad de David un Salvador que es Cristo el Señor” (Lucas 2, 11). Es la realidad de que Cristo nació.

Quita el acontecimiento de Cristo de la Navidad y la secularizas. Sí, puedes llegar a paganizarla. Quitas la idea de Cristo de la Navidad y desaparecerán la paz, la luz, la alegría y la esperanza. Puede que permanezca la fiesta, el jolgorio, la diversión y que el mercadeo logre que Santa Claus haga lo suyo, pero lo que hace que el corazón humano sienta alegría es el conocimiento de que en este día nos nació un Salvador. . Jesús, nuestro Redentor, nuestro Intercesor, nuestro Maestro, nuestro Hermano Mayor.

No podemos pensar en Él como nuestro Redentor sin pensar en el Calvario y en la terrible tragedia

causada por el pecado. No podemos pensar en Jesús como nuestro Redentor sin un examen de nuestra perversidad triste y pecaminosa. Pensar en Jesús como Intercesor nos proporciona la gran esperanza y alegría de saber que Él ora por nosotros y con nosotros, que Él intercede por nuestra causa con su Eterno Padre en el cielo, muestra Sus heridas sagradas y ofrece por nosotros su Preciosísima Sangre, sus buenas obras y sus sufrimientos de valor infinito.

Como Maestro, Jesús tiene mucho que decirnos. “Guarda mis mandamientos” (Juan 14, 15). “Ustedes son mis amigos si cumplen lo que les mando” (Juan 14, 14).

Él te enseña a que santifiques el Nombre de su Padre Celestial, a que ores para que venga su reino y para que se haga su voluntad. Nos da esos preceptos para que tengamos más caridad, más amor a Dios y al prójimo. A sus favoritos les insta: “Sígueme” (Lucas 18, 22). “Aprendan de mí que soy paciente y humilde de corazón” (Mateo 11, 29). “Si alguno quiere seguirme que se niegue a sí mismo y que cargue su cruz cada día” (Lucas 9, 23).

Pensar en Jesús como nuestro hermano mayor es sumamente consolador, — saber (que) en (todas) las cosas, en (todas) las experiencias humanas (excepto el pecado), Él tiene, como nosotros, el cordoncillo umbilical de Adán. Este Hermano Mayor Divino nos habla diciéndonos: “Paciencia, hermanito, hermanita, Yo estaré contigo. Yo te guiaré; sígueme. El camino es estrecho, pero es seguro, es correcto y conduce a la paz. Sólo un poco de tiempo más, un poco más de camino y ya no se sufrirá más. Yo te ayudaré. Yo entiendo. Yo conozco todas las cosas. Ten confianza en Mí. Hazlo por Mí, de manera que yo pueda hacer mucho por ti.”



Jueves: segunda semana de Adviento / Herramientas para prepararse para la Navidad

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, diciembre de 1919, MF 4674-75.

El nacimiento del Niño Salvador debe significar mucho para todos los cristianos. Sin embargo, si tomamos en consideración las enseñanzas, el entrenamiento y el conocimiento que tenemos de la

colaboración del Espíritu santo en este misterio y en las gracias que hemos recibido, ¿quién podrá superar en devoción a los miembros del Cenáculo Misionero? Son tantas las razones que tenemos para prepararnos decididamente.

¿Cuáles son las herramientas a utilizarse? En primer lugar, más recogimiento de espíritu. Esto quiere decir, ir más a nuestro interior, ser menos esclavos de las distracciones externas, someter nuestras mentes a los impulsos de las gracias e inspiraciones del Espíritu Santo, ponernos en la presencia de Dios con frecuencia, buscar la unión con Él, entregarnos a los ejercicios mentales y a los afectos y el amor del corazón, a desear la venida de nuestro Señor, a realizar con frecuencia actos de reparación, de expiación y de comunión espiritual.

Segundo. . .Este es un tiempo de penitencia. Debemos ocuparnos de nuestras miserias, nuestros defectos y nuestros pecados anteriores con mucha reflexión. Este estudio de nuestro pasado triste es provechoso cuando nos hace humildes y nos impulsa a recobrar el tiempo perdido y mal utilizado, al aumentar nuestra caridad hacia Dios, que ha sido tan paciente, tan misericordioso y tan amoroso para con nosotros. Si la reflexión sobre nuestros pecados nos intranquiliza o de alguna manera nos desanima o nos deprime, entonces deja de ser fructífera y debemos concentrar nuestra atención, nuestro pensamiento en actos de esperanza y de confianza en Dios.

(Tercero), este es el tiempo para la mortificación y el olvido de sí mismo, pero en esto debemos cultivar la prudencia y aceptar ser guiados. . .

(Cuarto). . . Renovemos en nosotros todas nuestras promesas y nuestro primer y más ardiente fervor del Cenáculo. Repasa las gracias que se nos han otorgado desde el momento que recibimos esa bendita gracia inicial, el placer que le hemos conferido a Dios, las almas que hemos ayudado, el bien que hemos hecho y del cual hemos participado; los peligros que hemos escapado por estar en el Cenáculo Misionero y, si hemos sido fieles, la promesa que se nos ha dado de ser útiles a la Iglesia, de hacer de nuestra vida “el buen olor de Cristo en este mundo” (Cf. 2 Corintios 2, 15), y no sólo asegurar nuestra salvación sino también obtener un grado elevado de gloria en la otra vida.

Medita diariamente sobre los fines del Cenáculo Misionero: propagar la devoción a la Santísima Trinidad; enseñar a otros a conocer este adorable Misterio; ganar almas para el Espíritu Santo explicando su participación en la Encarnación; regocijarse y gloriarse por el nombre

de Siervas Misioneras de la Santísima Trinidad; propagar la devoción a los sufrimientos de Jesús, especialmente a su Santa Agonía sin olvidar al corazón compasivo de su Santísima Madre; exaltar el Santo Nombre de Jesús; orar y trabajar por las almas abandonadas . . .

Traten de tener su corazón y sus sentimientos unidos a los de la Madre de nuestro Salvador en su primer adviento. Entonces, las bendiciones del tiempo serán suyas. Él vendrá a ustedes de manera especial y esta Navidad será un día de gracias sobreabundantes en el Cenáculo Misionero.



Viernes: segunda semana de Adviento / El amor a Jesús y el amor propio

Conferencia a los Siervos Misioneros, diciembre de 1922, MF 8451-52.

Pronunciamos el Santo Nombre de Jesús de muchas maneras. Lo oímos nombrar de variadas formas. La palabra sagrada puede pronunciarse para lograr el bien como también para darle cabida al mal. Puede pronunciarse descuidadamente aunque no se llegue a profanar. Puede pronunciarse distraídamente. Puede salir de nuestros labios de tal forma que Él tenga causa para este reproche: “Este pueblo me honra con la boca, pero su corazón está lejos de mí” (Mateo 15, 8). Pero si esa palabra se pronuncia de tal forma que demuestre afecto, si el Nombre de Jesús nos acerca cada vez más al corazón del amor, nos habremos revestido en verdad de un amor personal a Jesús, y debemos de aspirar a esto . . .

Debemos, durante el santo tiempo de Adviento, dedicar mucho tiempo a la introspección, es decir, contemplarnos por dentro para ver si podemos descubrir lo que pueda ser un obstáculo en la consecución de ese amor personal a Jesús. Hay dos amores en nuestro corazón. Siempre existe una lucha entre esos dos amores. Cada uno siente celos del otro. Uno es el amor a Jesús, el otro es el amor propio. Mientras más grande sea el amor a Jesús menos será el amor a nosotros mismos. Es muy bonito lo que se oye sobre este amor al Señor, lo que se lee acerca de él, lo que se piensa de él, lo que es poseerlo. Pero, si de verdad lo poseemos, significa que hemos entrado en la faena de extirpar de nosotros el amor propio al igual que el propio interés.

El amor propio se manifiesta de muchas maneras, pero no importa cuál ha de ser su manifestación, no importa cuántas manifestaciones haya, todas desembocan en esto: el orgullo. La virtud de la humildad es la garantía de que ese amor propio está próximo a desaparecer y que Jesucristo reina supremo en el alma. Así será tu alma si vives en la humildad. Si vives en la humildad, vives en la caridad, y si vives en la caridad, en verdad te has revestido de nuestro Señor Jesucristo.

He aquí una tarea para ustedes, mis queridos hijos, buscar dentro de sus corazones . . . Debemos implorar al Dios Padre, al Dios Hijo, al Dios Espíritu Santo que lleguemos a amar a Jesús más y más. Si nuestro espíritu flaquea, si la caridad se enfría, si nuestro espíritu se reseca y se intranquiliza, habremos de acudir a la Madre del amor, la Madre de los mártires, la Madre amabilísima. Para la Madre amorosa que amó tanto a Jesús, no hay petición ni favor que proceda de nuestros corazones más agradable a ella, que le pidamos que comparta con nosotros el amor de su Hijo Divino.

Ahí, pues, mis queridos hijos, está la santa tarea: “revestirse” del Señor Jesucristo, lo que quiere decir que se examinen ustedes mismos y se conozcan, que el yo perezca y que Jesús viva.



Sábado: segunda semana de Adviento / Nuestra responsabilidad de salvar a los niños para Jesús

*Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 8 de diciembre de 1925,
MF 8645-47.*

Adviento es el tiempo más contiguo a la preparación para la Navidad. No hay nada mejor que podamos hacer que unir nuestros pensamientos y sentimientos a los de nuestra Bendita Madre mientras nos menospreciamos, nos humillamos y le rogamos que compense por lo que todavía le falta a nuestra disposición, que interceda con su Divino Hijo para que, a través de ella . . . reciba nuestras ofrendas . . .

Sería bueno que nosotros nos percatáramos, para animarnos en nuestros actos de reparación, de que existe una enorme incredulidad en nuestro alrededor . . . Se les enseña a los niños a ser incrédulos hoy en día, se les enseña inclusive, hasta a odiar a su Salvador. Qué

blasfemia más espantosa es arrancar de un niño la aspiración sobrenatural y el amor a Jesucristo . . .

Nos rodea una propaganda activa en escuelas y universidades buscando corromper la juventud y desmoralizarla con la tesis de que el cristianismo ha fracasado. Pero es sólo que la historia se repite. ¡Desde bien temprano el mundo malvado comenzó a perseguir la vida del Divino Niño! Su dulce e Inmaculada Virgen Madre se vio obligada a huir a una tierra lejana para protegerlo y esa incredulidad ofensiva y odio mortal han sobrevivido aun hasta nuestros días. Así pues, aquí tienen ustedes otra obra para el Cenáculo, una enorme tarea de reparación. No aborrecer la incredulidad de la que hablamos, permanecer indiferentes a esa condición, no sufrir ante ella, sería horroroso. El corazón de cada uno de nosotros en el Cenáculo Interno y en el Externo debe de sangrar de pena debido a estas múltiples incredulidades y a este escándalo que toca hasta los más pequeños.

¿Por qué no le presentamos todo esto a la Bendita, a la Virginal, a la Inmaculada Madre de nuestro Niño Redentor? ¿Porqué no le decimos a ella, especialmente en esta tiempo bendito, la aproximación de la Navidad, que deseamos hacer algo nosotros mismos a través del Cenáculo? Cómo deberíamos agradecer a Dios por la gracia que nos ha concedido de enseñar a los niños, de hacer algo por nuestro Niño Salvador en los más pequeños confiados a nuestro cuidado.

Todos y cada uno de nosotros puede convertirse en un ángel de la Navidad que anuncia con alegría la Buena Nueva, un ángel que le cuenta a estos dulces niños inocentes que esperan luz y ánimo de nosotros, sobre el Señor que nos ha nacido, un ángel que les enseña a que amen a Jesús de Nazaret, un ángel que les relata la historia entera de su vida, de su pasión, de su muerte, de su resurrección y de su ascensión, quién es y lo que es, y la obligación que tienen de amarlo por que Él sufrió y murió por ellos para redimir sus almas.

¿Hay algo más sublime que esto? ¿Hay algo más celestial? ¿Hay algo que te haga más agradable a la Madre del Cristo Niño?



Lunes: tercera semana de Adviento / Preparación a la Navidad

Carta a los Siervos Misioneros en Puerto Rico, 24 de diciembre de 1931, MF 1862 y 1863, Núm. 7.

Todos los corazones se vuelcan hacia la gran fiesta de Navidad. Aun las muchedumbres, hasta la fecha esclavas del mundo . . . acuden a Jesús para que les ayude porque se dan cuenta de que sólo Jesús puede auxiliarles. Sus brazos se extienden lastimosamente hacia Él en actitud de súplica. No hay nadie que deba estar más inmerso en esta fiesta que los que son sus predilectos. No hay duda, además, que entre éstos, el Siervo Misionero de la Santísima Trinidad tiene una obligación particular de estar a la expectativa, de velar y de servir. Nuestro nombre mismo hace resaltar nuestra vocación de ser siervos del Dios Trino, de servir al Dios Padre, al Dios Hijo y al Dios Espíritu Santo. Asimismo, los misterios principales de nuestra santa fe exigen del Siervo Misionero ese ministerio de forma especial.

El día de Navidad señala la conmemoración del gran misterio de la Encarnación. Durante estos días de preparación, hemos de reavivar nuestra fe en ese gran misterio e intensificar nuestro amor hacia Él. Para lograr esto, elevaremos súplicas al Padre de la luz para que ilumine nuestro entendimiento y encienda nuestra voluntad. Igualmente rogaremos a nuestra Santa Madre de la luz que nos ayude. Le rezaremos al Espíritu Santo que se compadezca de todos los que no ponen atención al misterio, los que no piensan en el misterio de la Encarnación, los que no lo conocen o que no lo aman. Multiplicaremos nuestros actos de reparación y nos empeñaremos en que más y más el Espíritu se poseione de nuestros corazones en razón de los que no tienen la posibilidad o rehúsan someterse a su influencia amorosa.

Toda persona que ama a Jesús hará bien en estudiar lo que Su Iglesia piensa de Él. La actitud del momento de la Santa Madre Iglesia es una de expectación. En su liturgia la Iglesia lo espera. Hace acopio de todos los anhelos, todos los suspiros, todas las oraciones y todas las esperanzas del viejo orden, de los patriarcas y profetas, de los hombres y mujeres santos de Dios, desde Adán y Eva hasta la misma Santísima Virgen. Ella se une en oración con ellos para que sus ojos puedan contemplar su propia salvación. Ella nos ubica en el tiempo remoto de Belén, aun antes que el Salvador hubiese llegado, porque es su deseo que suspiremos, anhelemos y esperemos al igual que lo hicieron los santos de la antigüedad.

La Iglesia nos dice en su liturgia: “Él está cerca. Ya casi está aquí, pronto vendrá”. Añade la amonestación

de que nos preparemos nosotros y preparemos su camino, que enderecemos lo que esté torcido y que aplanemos los caminos escabrosos . . . que rellenemos los valles, que nivelemos los filos del orgullo, la sensualidad y lo mundano y que allanemos las montañas y los collados.

Nuestra Santa Madre Iglesia no sólo nos ha prevenido contra la oscuridad de mente, sino que también nos ha dicho cómo dispersarla, o mejor aún, cómo evitarla. Nos dice: “Enderecen los caminos del Señor, cómo lo anunció el profeta Isaías” (Juan 1, 23). Esto quiere decir que limpiemos, que nos quitemos de encima todo lo que sea ofensivo, que echemos a un lado todo obstáculo, que embellezcamos el camino, que lo cubramos con las flores de la virtud y dejemos que la fragancia (se esparza) de manera que todo sea una delicia para el Divino Visitante.



Martes: tercera semana de Adviento / Práctica: la prudencia, virtud del Cenáculo

1. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 24 de mayo de 1926, MF 3366. 2. Carta al Hermano Augustine Philips, 19 de mayo de 1931, MF 1745. 3. Instrucción a la Hermana M. Baptista (Amy Marie Croke) antes de una visita, 24 de abril de 1913, MF 248. 4. Carta a la Hermana M. Baptista (Amy Marie Croke) 15 de junio de 1915, MF 415-16.

La prudencia es una virtud cristiana, y por lo tanto, una virtud del Cenáculo. Por cierto, esta virtud ocupa, desde el principio, un alto puesto entre nosotros y para que se le honre y pueda producir todos esos frutos hermosos que se desprenden de ella y que la han hecho meritoria de tantas bendiciones, no está de más, pronunciar algunas palabras de alerta de vez en cuando. Estamos tan inclinados a ser olvidadizos e inocentemente actuamos con poca cautela, por lo cual esta virtud puede llegar a ser lesionada. Además, el daño que resulta de tal desgracia, hace que se desperdicie el honor y la gloria que pertenecen a Dios.

Los exhorto, antes que nada, a que tengan sumo cuidado con el uso del teléfono. Ninguno de ustedes debe utilizarlo, sin tener presente de antemano, el valor del tiempo, al igual que la santa pobreza. En segundo



lugar, la familiaridad con las personas de afuera desemboca, no sólo en la violación de la virtud de la prudencia, sino también, en una manera de faltar a la lealtad que se le debe a la vida del Cenáculo, pues tales intimidades abren la puerta a confidencias prohibidas. Ninguno de ustedes debe tener demasiada intimidad con una persona externa. Su afecto y su tiempo deben entregarse completamente al hermoso hijo de María. Este es un asunto delicado de conciencia, no vaya a suceder que, aun inconscientemente, el pensamiento se desvíe del Esposo por un solo momento o que una criatura traspase, en el corazón de ustedes, los derechos sagrados de Jesús.

En tercer lugar, en la redacción de cartas, pueden cometerse faltas muy graves contra la virtud de la prudencia – y no sólo contra esta virtud, sino también contra la virtud de la caridad fraterna. Qué institución sagrada es la vida de familia, y cuán celosamente deben ser vigilados los asuntos que pertenecen a la familia. Dedos indiscretos, frívolos y precipitados pueden depositar en una carta no sólo las cosas que no debieron haber sido escritas, sino también, las que pueden no ser ciertas debido al matiz especial que mentes peculiares le pueden imprimir a esas cosas . . . La paz mental de cada miembro depende de esta regla (1).

Sean prudentes. Mantengan los asuntos de la comunidad en el seno de la misma. Tengan oídos para oír pero al ir de lugar a lugar, que nada salga de su boca. Es inevitable que se enteren de cosas, pero nunca proporcionen la oportunidad a algún sacerdote o a una religiosa de decir que ustedes recogieron y llevaron chismes o habladurías de una casa a otra (2). Nunca formulen un juicio hasta que no oigan las dos versiones. Al resolver dimes y diretes conflictivos o quejas, han de proceder impersonalmente, sin sentimentalismos y deben actuar con lentitud. En caso de que exista una condición que lo amerite, procedan a hacer los ajustes correspondientes con prudencia, de manera que no se hieran los sentimientos de nadie. Nunca le adjudiquen a uno o le atribuyan a otro tal o cual motivación. Sólo Dios conoce los secretos de los corazones (3). No tomen partido abiertamente, sean imparciales, actúen con justicia. No se comprometan con nada, sólo escuchen. . . y, cuando alcancen la seguridad moral, no tengan reparo en corregir o amonestar. Pero dejen que todo sea hecho en el espíritu de Cristo para que el culpable se sienta felizmente sorprendido con la justicia suave y dulce que se le imparte, más que con las palabras suaves y favorables que otros le dirijan (4).

Miércoles: tercera semana de Adviento /El auto-examen

Carta a los Siervos Misioneros en Puerto Rico, 24 de diciembre de 1931, MF 1862-63.

(La Iglesia nos exhorta con insistencia durante el Adviento a que preparemos los caminos del Señor). ¿Qué quiere decir esto de preparar Sus caminos? Quiere decir que el yo y toda criatura que ha entrado en posesión de nuestro corazón debe expulsarse fuera de los dominios de Dios, fuera de su trono ubicado en nuestros corazones, para que cuando se le invite a Él a tomar posesión en el día de Navidad, no haya un rival que venga a reclamar un lugar . . . Quiere decir que la fe, la esperanza y la caridad deben incrementarse cada día, y el afecto y la devoción a Él, ya disipados, deben recobrase. Quiere decir que el alma debe reclamar lo suyo e insistir que todas las facultades, en conjunto con toda la creación, vengan en su auxilio para encontrarse con y poseer a su Dios y rendirle tributo con el alma. . .

Sólo algunos días atrás la Iglesia exclamó: “Alégrense, el Señor está cerca”, (Filipenses 4, 4-5). Ella estaba sumamente alegre pero su regocijo parecía tener un matiz de ansiedad, pues en la oración del día imploraba por sus hijos a su esposo divino de esta manera: “Te rogamos que inclines tu oído, Señor, a nuestras oraciones e ilumines nuestras mentes” (Oración colecta del tercer domingo de Adviento).

¡Cuán peligroso es estar en la oscuridad! Qué aflicción sería que nuestros ojos estuvieran desprovistos de la luz y qué calamidad de calamidades tener oscuridad de mente. Cuando nos enteramos de los que padecen ese mal pensamos en los paganos, los herejes, los bárbaros y los salvajes, pero la mente oscurecida puede que esté cerca de nosotros. ¡O miseria de miserias si esa oscuridad de mente tomara posesión de nosotros! Tener la mente oscurecida quiere decir que hemos sido vencidos por los vapores de los pecados capitales, el más nebuloso de los cuales es el orgullo. Las pocas horas que nos quedan son muy valiosas para hacer un auto-examen, para descubrir cualquier rincón oscuro en nuestras almas, para enterarnos hasta dónde hemos llegado bajo el dominio de una o de varias de estas siete miserias capitales. La oscuridad de la mente es odiosa a

la claridad de Belén y de su estrella. Sólo tenemos que encontrar al Rey, abrir nuestros tesoros y ofrecer nuestros presentes, pero si nuestra mente permanece en la oscuridad, es probable que podamos extraviarnos.

No hay duda que, desafortunadamente para muchos, la Navidad será sólo una fiesta secular. Pues no encontrarán al niño Jesús y sólo verán el brillo de las luces y oirán el repique de campanas. El único recuerdo alegre para ellos será la mesa y el regalo de un amigo para otro amigo. La Navidad no es Navidad sin Jesús y . . . Jesús no encuentra entrada en los corazones de los que tienen las mentes oscurecidas.

Oren, por lo tanto, al Padre de la luz. Soliciten la ayuda de nuestra Madre de la luz. Sospechen de todo impulso indebido, toda complacencia vanidosa, todo orgullo herido, toda envidia, toda flojera, toda inclinación pecaminosa y considérenlos todos, atractivos engañosos que los han de desviar lejos del pesebre.



Jueves: tercera semana de Adviento / La amonestación de la Iglesia a “preparar sus caminos”

Carta a los Siervos Misioneros en Puerto Rico, 24 de diciembre de 1931, MF 1862-64.

¿Qué quiere decir, “Preparar sus caminos, enderezar lo torcido, que se aplanen las cuestas, y queden las colinas como un llano?” (Cf. Isaías 40, 3-4). Que quede todo como un llano quiere decir, compensar por lo que falta, reafirmar virtudes desperdiciadas, poner a funcionar los talentos que Dios nos ha otorgado para un ministerio, ocuparnos de que el árbol de higos de nuestra alma, coseche fruto abundante para Él. Rebajar todas las montañas y las colinas quiere decir, que todo lo superfluo, poco o mucho, debe hacerse desaparecer y todo hábito malo debe arrancarse de raíz.

Lo torcido se endereza con la pureza de intención y con la pureza de corazón para que en todas las cosas sólo se busque a Dios y se hagan todas las cosas por Su amor, honor y gloria. Los caminos escabrosos y las cuestas se aplanan corrigiendo los malos impulsos y la falta de consideración en nuestras actitudes. En una palabra, la pureza de intención y la pureza de pensamiento corregirán los pensamientos poco caritativos y las

palabras pecaminosas y evitarán ese tipo de acción, de manera que seamos como el mismo Niño Jesús, tan agradable, tan bondadoso, tan humilde, tan bueno y tan adorable.

Este año ustedes se van a constituir como pastores alrededor del Niño. Esas imágenes esculturales, mudas, sin vida, sin movimiento se ubicarán alrededor de la pequeña imagen del Niño Jesús, pero a ustedes, los amigos de Cristo, les toca montar guardia de honor alrededor del pesebre en el altar, donde está el Jesús vivo en el Santísimo Sacramento. Son los cánticos de ustedes los que Él desea escuchar. Ustedes son ahora su coro de ángeles, muy queridos, muy devotos y consagrados a Él.

Escuchen pues otra vez a la Santa Madre Iglesia: Preparen, preparen esos caminos del Señor, rellenen los valles con buenas obras y virtudes, aplanen lo que pueda ser desagradable a Él en el orgullo y naturaleza perversa. Enderecen sus intenciones, extirpen de ellas lo puramente natural y lo que es de la criatura. Por lo menos, ocúpense de que ninguno de Sus derechos se viole para que así ustedes puedan hacerlo todo en Él, por Él y a través de Él. Entonces, en razón de Él hagan desaparecer todo lo que es desagradable en los impulsos iracundos, actitud malhumorada, irritabilidad, rencor o en la falta de caridad. En la mañana de Navidad han de insertarse al grupo de los primeros pastores y exclamar: “Hoy ha nacido para ustedes en la ciudad de David un Salvador que es Cristo el Señor” (Lucas 2, 11).

Ha llegado a ustedes la buena nueva jubilosa. Si se sienten preocupados sobre cómo se han preparado, si vacilan, es su privilegio ir en busca de María, su Madre Inmaculada, pues ustedes son para Él lo que ningún ángel ni pastor lo fue. Ustedes son sus hermanos y sus hermanas y han de recibirlo, hasta donde les sea posible, puros, consagrados, amados como lo recibió Su Madre Inmaculada.



16 de diciembre: primer día de la novena de Navidad / Preparación más intensa para la Navidad

1. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 20 de diciembre de 1930, MF 4197. 2. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 20 de diciembre de 1926, MF 11458-59.

Con la novena comenzamos la preparación intensa para la gran fiesta de la Navidad. Desde el Adviento hemos estado en la preparación próxima y, a lo largo del año, hemos estado en la preparación remota para ese día de días. Es práctica del Cenáculo Misionero comenzar nuestra preparación para la próxima Navidad el mismo día de Navidad . . . El día de Navidad habrá de significar mucho para cada amante del Divino Señor y para cada cristiano . . . En razón de que estamos comprometidos con la propagación de la devoción del misterio de la Encarnación, podemos afirmar, de manera especial, que la Navidad es nuestro día (1).

Habiendo puesto orden en nuestro interior, habiéndolo insuflado de Su Espíritu y traído bajo el dominio de su dulce ley y de sus normas, podemos, con valentía, elaborar planes para trabajar activamente por el misterio de la Encarnación y, sin peligro alguno, proyectar lo que debemos hacer por el prójimo en razón del amor a nuestro Rey y Salvador. Acojan esto cómo una de las leyes principales de la acción, que mientras más hagamos por el Cenáculo, más estaremos haciendo por Jesús. Nuestra primera obligación hacia el prójimo, en razón del amor al Niño Redentor, es ayudar a la acción solidaria de la vida y obra del Cenáculo y desempeñarnos en cualquier capacidad que la santa obediencia disponga.

No les quepa duda alguna . . . lo que ayude al crecimiento del Cenáculo adelantará también la obra de Dios. Lo que ayude a la paz del Cenáculo, contribuirá a una mayor eficiencia y a un trabajo más fructífero de los operarios de Dios. Recuerden . . . no es el desempeño en ésta o aquella obra, es el espíritu con el que hacemos el trabajo que Dios nos pone al alcance de la mano. Más aun, recuerden que nuestra inquietud no deberá ser que tengamos éxito o no en la (obra) que llevamos a cabo, sino en que lo hacemos manteniendo firme la pureza de intención, que lo que efectuamos es solamente por su honor y gloria, motivados por la divina inspiración de poder agradecerle, de crecer cada día más en su santo amor y en el temor de Dios, importándonos poco, por lo tanto, lo que pueda decirse de nuestro trabajo al éste ser medido por meras normas de respeto humano y de la sabiduría del mundo. Recuerden, más aún, que porque somos operarios indignos e instrumentos ineptos, sólo servimos cuando su gracia nos guía y le place a Él utilizarnos . . . Cuando ocurre el fracaso, éste resulta ser el éxito más grande.

Mediten, planifiquen, consulten para que se adueñen del año nuevo para Jesús, nuestro Rey, nuestro Salvador, nuestro Dios. Que el matiz misionero vibre en

todos los Cenáculos. Anímense unos a otros con el grito de una mayor recepción de la Hostia, un fluir más abundante de la preciosísima sangre de Cristo, un comer y beber mayor del cuerpo y la sangre de Jesús (2).



17 de diciembre: segundo día de la novena de Navidad / Nuestro regalo al Niño Jesús

1. *Carta a los miembros pioneros del Cenáculo, Springfield, Massachussets, 23 de diciembre de 1914 - MF 4243-45.* 2. *Carta a las Siervas Misioneras en Puerto Rico, 24 de diciembre de 1931 - MF 1863.* 3. *Carta-conferencia sin fecha a los Siervos Misioneros, MF 23961, núm. 2.*

Pensemos durante (esta meditación) en los regalos de Navidad que vamos a ofrecer al Niño Redentor – ofrendas, promesas, que si las llegamos a cumplir, serán más preciosas, más valiosas a Sus ojos que el oro de los Reyes Magos. Repasen las gracias que Dios les ha otorgado durante este año. ¿Qué le devuelven por los preciosos talentos que les ha obsequiado? ¿Diez talentos? ¿Cinco talentos? ¿Dos talentos? O ¿los estás enterrando en tu propio corazón?

Cuando examinan su conciencia ¿sienten remordimiento por el bien que no han hecho, que han omitido? ¿Le están aportando a la Iglesia, a la religión, a las almas todo lo que pueden, o sólo la mitad de lo que pueden dar? O ¿es que no están dando nada a cambio de la abundancia de dones que han recibido? ¿Hay algún alma que ha de sufrir por su negligencia, su tibieza o su egoísmo en la búsqueda de cosas espirituales, debido a su práctica de una piedad que no encuentra tiempo para hacer el bien a otros?

¿Aprecian las virtudes de abnegación, humildad, sencillez, prudencia, y sobre todo, la caridad invencible? ¿Están ardiendo de celo por propagar, por extender la devoción, la adoración al Espíritu Santo, y (por el) retorno de la Iglesia Griega? ¿Están siempre pendiente de los intereses de la Iglesia, especialmente en los sitios en que es perseguida? ¿Por las intenciones del Santo Padre? ¿Están orando por los pecadores?

¿Qué regalos más agradables pueden ofrecer al Niño, que estas ofrendas al presentarse a entregar sus regalos ante la cuna de la cristiandad y le pidan al Niño

Fundador que le ayude a ser como Él? Si le han sido fieles, denle las gracias, si no, tienen suficiente motivo para sentirse tristes y (para) renovar las promesas de que han de dedicarte generosamente a Su causa (1).

Si nosotros estamos dispuestos, también lo estará el Niño Rey y Salvador a tomar posesión de nosotros y nos colmará de Sus regalos. La Santa Madre Iglesia conoce muy bien esto. A lo largo de todo el tiempo de adviento nos ha estado llamando la atención, enseñando y animándonos, no vaya a ser que este bendito día nos encuentre como las vírgenes necias, con las lámparas apagadas y sin aceite (2).

Este es el día del nacimiento de nuestro Señor y, por lo tanto, Él debe recibir de ustedes un regalo de cumpleaños. ¿Qué regalo le tienen? ¿Qué van a colocar al pie de la cuna? ¿Qué le van a presentar a Su Madre Inmaculada para que entregue al Niño en su nombre? Debe ser algo especial, algo precioso, concreto y muy específico . . . (3).



18 de diciembre: tercer día de la novena de Navidad / Nuestro regalo para el Niño Jesús

Carta a los miembros pioneros del Cenáculo, Springfield, Massachussets, 23 de diciembre de 1914 - MF 4241-43.

Otra vez nos reunimos en adoración amorosa y acción de gracias alrededor de la cuna de nuestro Bendito Salvador. Qué mucho necesita el mundo en todo y, justamente ahora, de las lecciones que el Niño Salvador imparte desde el trono del pesebre y qué mucho las necesitamos, en particular, también nosotros. ¡Qué misterio de amor! La tierra ha suspirado y ha implorado por Él. Tomen nota de la recepción que se le otorga al llegar. Es nuestro privilegio bendito compensar con nuestra acción de gracias y servicio, por la ingratitud de los demás.

¡Cuán divino es todo esto! El llega, de entre todas las maneras posibles, en la más atractiva, la de un niño. No lo acompaña el tumulto de la conquista, sino que llega silenciosamente, como los rayos del sol inundan los campos, dulcemente, como la flor que exhala su perfume; y, sin embargo, ¡cuán cruel es su recibimiento!

Este Divino Niño vino a enjugar nuestras

lágrimas y hombres malvados le harían derramar muchas a Él mismo. Vino a mitigar nuestras aflicciones y nosotros le habríamos de causar muchas. Vino a librarnos de nuestras cargas y aumentaríamos las suyas. Vino a hacernos libres y, ¡qué precio habría de pagar!

Dos pensamientos se destacan en mi mente mientras escribo estas líneas. En primer lugar, la deuda de adoración, de gratitud y de servicio que le debemos al Niño Divino y, en segundo lugar, nuestra obligación de hacer reparación y expiación por los pecados cometidos en su contra desde el principio hasta este momento. Todos estamos en deuda con Él, pero, ¿quiénes más que ustedes? Ustedes han sido otros participantes, como todos Sus demás hijos de la raza humana, pero, entre tantos otros, ustedes han sido bendecidos . . . por lo tanto, todos deberán esforzarse en adorarle y servirle de forma especial.

¿Qué regalos le van a ofrecer? Es una regla común que, al regalar, se ofrezca lo que a la otra persona le guste o quisiera tener. ¿Qué desea el Niño Salvador? “El vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” (Juan 1, 1). Él quiere un lugar en nuestros corazones. Quiere que le reconozcamos al Padre los derechos que posee sobre nosotros. Él desea nuestro servicio generoso y que lo amemos con toda el alma. Quiere que aprendamos sus preceptos, su doctrina y que ajustemos nuestra vida de acuerdo a ellos. En especial desea que imitemos su mansedumbre y su humildad. “Aprende de Mí porque soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11, 29). Si olvidamos lo que Él desea en estas cosas esenciales, ¿cómo podemos esperar que se sienta complacido con otras ofrendas?



19 de diciembre: cuarto día de la novena de Navidad / La Encarnación y el Cenáculo Misionero

Carta-conferencia sin fecha a los Siervos Misioneros, MF 2395-97.

La Navidad significa algo para todas las personas. Para los cristianos tiene un significado especial. Para un Siervo Misionero el significado es muy particular, pues ustedes son, en el Cenáculo Misionero, miembros de la familia de la Encarnación. La Constitución que los

rige los compromete a una devoción muy particular a este misterio, y este compromiso significa que, de todas las personas, ustedes deberán tomar este misterio mucho más a pecho y con toda la seriedad del mundo.

A ustedes se les adiestra para adorar la misericordia, la sabiduría y el amor del Dios Trino en este misterio, a darle gracias por él, a exaltar el Santo Nombre de Jesús y felicitar a su Inmaculada Madre María y a estar ansiosos por el privilegio de adorar con ella al Verbo hecho carne. Las tradiciones de ustedes les indican que empiecen su preparación para la próxima Navidad el día mismo de Navidad, no sea que un instante del año se pierda del tributo que se le otorga al Salvador que vino al mundo por ustedes. . . .

¿Cuál va a ser su regalo? ¿Qué es lo que van a hacer por su salvador este próximo año que sea de gran valor? Lo que hagan ha de ser tan grande que quizás le duela y requiera una medida de sacrificio de su parte. No . . . generalicen porque las generalizaciones puede que no sean otra cosa que trivialidades. No ofrezcan palabras solamente, aunque éstas estén llenas de contenido espiritual.

Bajen a lo concreto y ofrezcan algún intento específico de control de ustedes mismos, de desprendimiento, una acción que vaya contraria al espíritu del mundo. Hagan algo cuya ejecución marque otro capítulo en el progreso espiritual de su vida. Puede que se relacione con la corrección de una falta o de una actitud o una falla que se les ha señalado en caridad.

Que todo lo que hagan, sea para seguir más de cerca a Jesús, para cargar Su cruz con más júbilo, para revestirse de Su Espíritu, para que todos confiesen y digan: Ustedes ven con (los) ojos de Jesús, oyen con Sus oídos y dan gracias con Su mente, y el latido del Sagrado Corazón es el latido de sus corazones.

El día suyo les ofrece, con sus ejercicios espirituales, suficientes herramientas para alcanzar esos benditos propósitos. La gracia les espera. Su Salvador les otorga la gracia. Su Madre Inmaculada está esperando para ayudarles a que demuestren que verdaderamente están contentos, que están llenos de gozo y alegría porque su Salvador ha nacido en razón de ustedes.



20 de diciembre: quinto día de la novena de Navidad / Lo que podemos hacer por nuestro Niño Salvador

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 20 de diciembre de 1926, MF 11458-59.

Estamos en el mismo corazón de la novena de Navidad. Reunimos los afectos, sentimientos y oraciones de la preparación, remota y próxima, para la gran fiesta de la Navidad de nuestro querido Rey Niño y Salvador. Es propio y oportuno, entonces, preguntar a nuestra alma: “¿Qué has hecho por Jesús ese año pasado?” “¿Qué vas a hacer por Él este próximo año?” Nos ayudaría mucho en este momento, tomar o adoptar una actitud meditativa del misterio de la Encarnación al contestar estas preguntas y proponernos llevar a cabo alguna obra práctica en su servicio para el año que viene.

Debemos repasar lo que se nos ha enseñado sobre este santo misterio, exhalar actos interiores de fe y acción de gracias, de alabanza, adoración, amor y reparación. Debemos invocar al Espíritu Santo para que nos ilumine en esto. Debemos adorar al Verbo hecho carne y entregarnos a Él para que Su Nombre sea santificado, que venga Su Reino y que se haga Su Santa Voluntad. Debemos pedir a Su Inmaculada Madre que nos ayude y acudir al amado San José y a todos los ángeles y santos, en especial a los de la Navidad, para que nos ayuden.

En cuanto a lo que es práctico, dediquémonos a todo aquello que pueda ayudar la causa de nuestro querido Jesús. La primera y más necesaria de todas las obras es santificarnos. Esta es la hora en que hemos de arrepentirnos de los adelantos que no hemos logrado, de la falta que no hemos vencido y a la cual no nos sobrepusimos, de la imperfección que no hemos abandonado. También de la multitud de cosas no santas, acompañadas de la pereza y el orgullo, del egoísmo, de las fallas en caridad que hacen que tropecemos en el camino, obstaculizando así la posibilidad de que hagamos cosas más grandes y seamos más generosos con Jesús.

Es absolutamente necesario que nos demos cuenta que en la misma proporción en que nos gratificamos, en que escuchamos y nos dejamos vencer por las quejas del amor propio, en esa misma proporción estamos siendo desleales al Niño Dios. Sí, en efecto, estamos anteponiendo muchas cosas, en forma traicionera, antes que a Él, antes que Su causa, antes que el Cenáculo, antes que nuestro trabajo, estamos anteponiendo nuestro yo, nuestro egoísmo . . .

Mediten, hagan planes, aconséjense para adueñarse del Nuevo Año para Jesús, nuestro Rey, nuestro

Salvador, nuestro Dios. Hagan que la nota misionera vibre a través de los Cenáculos. Anímense unos a otros con la llamada a la mayor recepción de la Hostia, al mayor fluir de la Sangre Preciosa, al mayor comer el (Cuerpo de Jesús) y al mayor beber de Su Preciosísima Sangre.



21 de diciembre: sexto día de la novena de Navidad /La fe y la Navidad

1. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 21 de diciembre de 1920, MF 626. / 2. Carta-conferencia sin fecha a los Siervos Misioneros, MF 2395.

La gran fiesta está cerca. . . Todo el año hemos estado a la expectativa de este día. En las mismas navidades pasadas empezamos a prepararnos y, justo desde entonces, las hemos tenido presentes. Nuestra preparación ha sido más intensa durante el adviento y se torna mucho más intensa durante la novena solemne que antecede a la fiesta.

En estos momentos nuestra mente debe estar intensamente en espera de la venida del Justo. Las gracias que recibimos dependerán mucho de nuestra disposición. Debemos estudiar con atención las lecciones que nuestro Rey Niño imparte, lecciones de humildad, de mortificación, de renuncia, de obediencia y de caridad. Debemos atar la idea de reparación a nuestra adoración. Debemos esforzarnos por compensar de alguna manera por la indiferencia y la negligencia de otros hacia Él.

¡Qué variedad de actitudes abundará en los corazones de todos durante la Navidad! Muchos, al despertarse, estarán ansiosos por adorarle, sus corazones estarán abiertos para recibir su gracia pues han demostrado ser fieles, obedientes y devotos seguidores suyos. Otros tendrán los corazones igual de endurecidos que los habitantes del antiguo Belén . . . No tendrán lugar para nuestro Jesús. Los intereses de Jesús estarán muy lejos de su mente y de su afecto. Es triste pensar que al cabo de tanto tiempo, haya tanta falta de bondad hacia Él en el mundo.

No hay duda de que debemos hacer algo para compensar esa falta de bondad, esa falta de caridad. ¿Cómo se puede lograr esto? Antes que nada debemos recibirlo con fe. En el día de Navidad nuestro acto de fe debe ser intenso y ardiente. Habrá miles y miles que

tendrán noticia de Él pero sin conmoverse, sin entusiasmarse y sin emocionarse. ¿Por qué? porque no tienen fe. Pero para aquellos que la tienen, Él es Emmanuel, es Dios con nosotros. Solamente consideren todo lo que ven aquellos que miran al pesebre con los ojos de la fe. Saben que al que ven es al enviado, verdadero Dios y verdadero hombre . . . Confiesan y adoran al que ha sido concebido por el Padre desde toda la eternidad, al que en el tiempo se hizo hombre como nosotros, menos en el pecado. Confiesan la maravillosa unión de las dos naturalezas, la divina y la humana en una divina persona. Confiesan al Esperado, al Prometido del Padre eterno (1).

Hay tal abundancia de amor hacia nosotros en todas las manifestaciones de Jesús nuestro Salvador. Su amor y su misericordia son tan grandes. Hace tanto por nosotros como Redentor, como Intercesor, como Hermano Mayor . . . Debemos rebosar de gozo de ser sus discípulos. ¡Qué alegría es estar en la escuela de Cristo! ¡Qué privilegio! ¡Cuánto debemos apreciar nuestra herencia cristiana . . . gracia incomparable! Debemos estar alerta y esforzarnos por familiarizarnos con sus enseñanzas y preceptos (2).



22 de diciembre: séptimo día de la novena de Navidad /Esperanza y amor

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 21 de diciembre de 1920, MF 626-27.

La gran fiesta se acerca . . . Todo el año la hemos estado esperando . . . En este momento nuestras mentes deben estar intensamente en espera de la venida de Jesús, de aquel que es Justo. . . . Depositar la esperanza en Él significa el triunfo para sus amigos fieles. El Divino Niño ha de cumplir todas sus promesas . . . Nuestro auxilio, estará en su nombre . . . “En el nombre del Señor que hizo el cielo y la tierra” (Salmo 123, 8). El Niño recompensará con su poderío a aquellos que, llenos de confianza, depositan totalmente su esperanza en su misericordia.

¡Amor! El ha venido a enseñarnos el significado de esa palabra maravillosa. “No hay amor más grande que éste: que un hombre entregue la vida por sus amigos” (Juan 15, 13). En razón de Él, el odio y el rencor

desaparecerán del mundo. Los instintos crueles y salvajes en los corazones de los hombres se extinguirán. El día de la Navidad nos habla claramente de nuestros deberes para con Él. Es nuestra indiscutible obligación conocerlo, amarlo y servirlo. La perfección del amor por Él se encuentra en la pureza de intención de nuestras mentes, nuestras palabras, nuestras acciones, los servicios que hacemos por Él y en el sacrificarnos con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma.

Entonces, la gran pregunta de nuestras vidas debe ser ésta: “¿Cómo puedo servirlo mejor?” Ninguna filosofía de vida tiene valor si no reconoce y contesta esta pregunta. El amor y la acción de gracias deben impulsarnos a esto, a exclamar sin cesar: “Bendito sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad” (Mateo 6, 9-10). Su Santa Voluntad se nos manifiesta a través de las inspiraciones de Su Espíritu Santo, a través de sus enseñanzas y máximas, en el evangelio y sobre todo mediante su Iglesia. La gracia de Dios les está llamando a su servicio y aquello que hicieran por su prójimo Él lo reconocerá como hecho a Él, pues su mandamiento dice: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22, 39).

En este año, animados por estas verdades, debemos entregarnos más generosamente, más devotamente al servicio de nuestro Niño Salvador. Nuestra misión en la vida como Siervos Misioneros es exaltar su Nombre, extender su reino. No debemos descuidar nada, no debemos pasar por alto nada que nos pueda ayudar a estar mejor preparados y a ser más eficientes en nuestro ministerio.



23 de diciembre: octavo día de la novena de Navidad / Auto-examen

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 20 de diciembre de 1920, MF 4198-99

Se dan cuenta muy bien de que las gracias y bendiciones que hemos de recibir a través de nuestra preparación para la Navidad dependen de nuestra disposición. Es muy importante que le impartamos vida a través de nuestra fe cristiana, nuestra esperanza, nuestro amor. ¿Cuál va a ser su regalo de Navidad al Niño Rey y Salvador? ¿Qué quiere Él de ustedes? ¿Oro, incienso,

mirra? No, los quiere a ustedes.

Durante el Adviento hemos estado oyendo la consigna de que los valles deberán rellenarse, las montañas y las colinas nivelarse, lo torcido enderezarse y los caminos ásperos suavizarse. ¿Qué es lo que hay en nosotros que debemos proceder a deshacer? ¿Qué hay que debemos rellenar? ¿Hay algo torcido que debemos enderezar, algo áspero que debemos suavizar?

El auto-examen es un ejercicio que debe realizarse durante el tiempo de Adviento. Estos días de la Novena poseen un valor inestimable. ¿Qué es lo que hay en nosotros que a Él no le agrada, o que le gusta o le gustaría ver en nosotros? Vamos a imaginarnos que nos vamos a aconsejar con la Virgen Santísima. Ella entiende. Vamos a acercarnos a ella con confianza. Si hubiera sido nuestro privilegio haberla conocido en el tiempo en que Jesús iba primero, la hubiésemos reconocido como sencilla, gentil, humilde y tan accesible. Ella es la misma hoy en día . . .

Mis queridos hijos, durante estos días contémplo todo en el Sagrado Corazón. Miren a través de Sus ojos, oigan con Sus oídos y piensen a través de la mente de Jesús. Así haremos de la Navidad algo más que una colección de tarjetas bonitas, un dar y recibir de regalos, un festejar y una serie de felicitaciones y buenos deseos. . .

Les deseo de todo corazón y con gran devoción una abundancia de gracia en esta santa temporada de Adviento. Que se adentren en el Espíritu de la Iglesia con la Novena y que en el día de Navidad Nuestro Señor se llene de gozo en razón de ustedes . . . Alegre de ver que ponen su causa como primera prioridad, que luchan contra cualquier manifestación ofensiva que busca su propio interés. Es mi oración que Él venga a ustedes, que ustedes hagan que Él se regocije de ver en ustedes su Espíritu, que cada vez más, Él tome posesión de ustedes y que les conceda, a ustedes y a sus seres queridos, una Navidad llena de alegría y bendiciones.



24 de diciembre: último día de la novena de Navidad / La fe y el misterio de la Encarnación

Artículo en la Revista del Espíritu Santo (Holy Ghost Magazine), diciembre de 1928, MF 11611-13.

Esta Navidad, como todas las otras Navidades, verá toda la nación dándose prisa para acudir a la Gruta de Belén a contemplar el gran acontecimiento — el nacimiento de Nuestro Salvador. No podemos pensar en Él sin escuchar el coro de los ángeles en el fondo cantando al unísono: “Gloria a Dios en lo más alto del cielo y en la tierra gracia y paz a los hombres de buena voluntad” (Lucas 2, 14). No podemos hablar de esto sin que tengamos la oportunidad de adorarlo también junto a los pastores de Belén.

La Navidad sólo tiene el significado que nuestra fe le proporciona. Es la fe la que mide el sentido de su mensaje. Una fe sin Cristo, sin el pesebre, sin el misterio de Belén, es un sepulcro de aspiraciones religiosas. Ciertamente que sin fe y sin esperanza en el Cristo Niño la vida no tiene ningún significado. ¿Qué ve la mente fiel y amorosa en el Niño de la Navidad? Ve a su Dios, a su Salvador.

La primera escuela del cristiano es el pesebre de Belén. No se puede asistir a esa escuela sin conocer primero el misterio de la Santísima Trinidad: un solo Dios y Tres Personas en Dios. No podrá ese cristiano entender, sin saber que la Segunda Persona asumió nuestra naturaleza humana. No podrá entender, tampoco, sin caer en la cuenta de la cooperación del Espíritu Santo en la concepción milagrosa y nacimiento del Niño. No puede darse cuenta tampoco, sin llegar a conocer el misterio de la Inmaculada Concepción y los privilegios de María, la Inmaculada Madre del Niño. No puede matricularse en esa escuela sin llegar a conocer todos los misterios de Cristo. En ella podrá contemplar al árbitro de los vivos y de los muertos, al que conquistó el pecado y el infierno. Ve a su Hermano Mayor, a su Dios. Y si en la vida de los fieles hay algún rayo de luz, alguna dulzura, alguna música, alguna alegría, allí, junto a los ángeles y los pastores, contempla su origen. Verá al que es la luz y la música, la dulzura y la alegría de su vida, verá a su Salvador.

¡El nacimiento de nuestro Salvador! Se entregó completamente a nosotros. ¡Qué mucho tenía para dar! ¿Qué le vamos a dar ustedes y yo? ¿Cuál va hacer nuestro regalo? Jesús tiene seguidores, pero necesita amigos. Jesús tiene creyentes, pero necesita operarios. Este es el momento de planificar para su Navidad. Es ahora que debemos hacer sugerencias sobre lo que vamos a hacer por nuestro dulce Jesús en el día de su nacimiento.

¿Saben de algo que llenaría de gozo el corazón de nuestro Niño Rey y Salvador? Jesús ama al Espíritu Santo. Les oye confesar tantas veces: “Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra; y en

Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen.” Póngase a pensar, entonces, en la intervención del Espíritu Santo en el misterio de la Encarnación, como reza la letanía: “Quien llevó a cabo la encarnación del Hijo de Dios.”

¿Harían aquello que ha de causarle un gozo indecible? Hagan algo por la causa del Espíritu Santo. A Jesús le agradaría que complacieran a su Madre Inmaculada. Su regalo será muy bien recibido por ambos si prometen una devoción particular al Espíritu Santo.



Día de Navidad / Navidad

Artículo en la Revista del Espíritu Santo (Holy Ghost Magazine), diciembre de 1928, MF 11611-12.

¡El día de Navidad! ¡El día del nacimiento de nuestro Bendito Salvador! ¡Navidad! Nunca se había utilizado esa palabra! El misterio de la Encarnación nos legó esa palabra. Poetas han soñado, escritores han escrito, artistas han entrado en éxtasis. Realmente grandes han sido los vuelos de inspiración y los triunfos de los esfuerzos intelectuales de la raza, pero ninguna fantasía poética, ninguna obra clásica de ningún escritor, ningún éxtasis de artista ha podido compararse con los pensamientos que la palabra Navidad inspira.

Ninguna palabra puede recoger, fijar y unir el pensamiento de las multitudes y de las generaciones como la palabra Navidad. Ninguna palabra nos resulta tan personal. Está recargada de un misterio sagrado. Ha hecho caer de rodillas a generaciones enteras para contemplar, con respiración entrecortada y sin palabras, a un bebé reclinado en una cuna de paja.

¡Navidad! No hay palabra que haga que el cielo y la tierra se parezcan tanto. No hay palabra que logre tal camaradería entre los ángeles y los hombres. ¡Navidad! Una palabra que activamente le suministra energía al pensamiento, hace que nazca la inspiración y hace añicos a toda circunstancia pactada y todo horizonte en el tiempo. Libera nuestro pensamiento para que éste pueda llegar hasta los más recónditos confines de la eternidad. No podemos contemplar el Niño de Belén sin sumergirnos en el misterio de la Divinidad. No podemos considerar el misterio de la Divinidad, no podemos contemplar el misterio de la Encarnación sin tener en

cuenta el misterio de la Santísima Trinidad, porque el dogma de la Santísima Trinidad y las enseñanzas dogmáticas de la Iglesia con respecto a Jesucristo convergen en una sola unidad.

Este niño es tan parecido a otros niños y, sin embargo, es tan diferente. Acaba de nacer y, no obstante, es tan antiguo que su vida no puede medirse en el tiempo. Es tan débil como cualquier otra pequeña criaturita humana, y sin embargo es tan poderoso que ninguna capacidad del hombre o cálculo humano puede medir su fuerza, su poder. Parece pobre, sin embargo es dueño absoluto de los tesoros del universo. Como bebé, aparentemente no sabe nada, sin embargo posee una sabiduría que es infinita. Desvalido en apariencia como cualquier otro bebé recién nacido, sin embargo es el que controla las esferas y hace que las estaciones se sucedan en un progreso ordenado. El universo acude a Él para su preservación. Sin Él nada puede existir.

Qué pocos mortales se presentan a contemplar este prodigio infinito, sin embargo miles y miles de ángeles al igual que generaciones de hombres han vivido devotamente y han abrigado clamorosamente la esperanza de verlo en cuerpo y alma. ¡Jesús! ¡O Niño maravilloso! ¡O Jesús, Niño pobre, pero tan rico que podría enriquecer sin límite a todo hijo de hombre! ¡Nos ha nacido un Salvador! Entonen, pues, canciones navideñas, enciendan las velas benditas de Navidad. Regocíjense con alegría pura y serena. ¡Regocíjense, ángeles y hombres, pues nos ha nacido un Salvador!



26 de diciembre / La necesidad de un interés especial por los niños

Artículo en la Revista del Espíritu Santo (Holy Ghost Magazine), diciembre de 1929, MF 11637-38.

En cada Navidad el mundo dirige su mirada hacia Belén. Generación tras generación continúa la búsqueda del que ha nacido Rey de los Judíos — La consigna del momento es: “Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha dado a conocer” (Lucas 2, 15).

El Niño Divino de Belén todavía mantiene su dominio sobre los hijos y las hijas de los hombres en todas las etapas del tiempo y los sabios del este y del

oeste, del norte y del sur continúan obsequiándole regalos. Cristo reina. Es el rey y el centro de todos los corazones. El amor ardiente de millones desemboca en Él. ¡Vive Jesús! ¡Reina Jesús!

No podemos separar la celebración de la Navidad de la consideración de la realidad de un niño. La mente busca tenazmente en ella a ese (Niño Divino) y, en razón de esto, la idea general del niño se exalta y se glorifica.

Si vamos a realizar algo para agradecer al Niño, si vamos a tenerle un regalo de cumpleaños que lo deleite, entonces, ténganles gran estima a los niños y, por el amor al Divino Niño de Belén, socorran a los más pequeños según la mentalidad de Jesús. Es la voluntad de Jesús que se les proteja, que se les provea techo, que se les instruya, sobretodo, que se les salvaguarde en bien de su alma. La Navidad con todas sus bellas tradiciones y sus lecciones sería una calamidad para el niño si sólo se celebrara como cualquier festividad secular. . .

¿Hay miseria comparable a la de no conocer, amar o servir a Jesucristo? Es triste decirlo, pero hay multitud de niños que no conocen ni aman al Sagrado Corazón, o que no tienen conocimiento de la preciosísima sangre de Jesús, su Redentor. ¿Qué puede significar para ellos el Niño Jesús?

Tengan esto presente mientras se arrodillan ante la cuna. Piensen en esos otros niños abandonados que nunca han contemplado la cuna desde una perspectiva católica de amor. (Cuando los niños bajo el cuidado de ustedes) contemplan estupefactos al Niño que aman en el pesebre de paja y se fijan en su Madre Inmaculada María, y en San José, oren entonces, mientras se maravillan ante los pastores, por esos pequeños a quienes se les ha privado de todo esto. Pregúntense ustedes mismos: ¿Qué puedo hacer yo por ellos?

Tomen la resolución de ayudarlos o de ayudar a alguien para que los acerque al Cristo Niño. No hay regalo de cumpleaños que le agrade más a Él.



27 de diciembre / Los enemigos del Niño Jesús

Carta-conferencia sin fecha a los Siervos Misioneros, MF 2396-97.

Cuando el Divino Niño vino por primera vez encontró el mundo en paz. Este año ha encontrado su mundo bastante perturbado . . . En muchas partes descubrimos conspiraciones activas contra Cristo y contra su Iglesia. Lo mundanal vergonzoso, placeres frívolos y sensualidad brutal están de moda entre los que no son de Cristo.

Sin embargo, la más alarmante y la (más) terrible fase de la falta de respeto a Dios, a su santa ley y a sus enseñanzas es la propaganda activa y abierta para anular la espiritualidad, desmoralizar y descristianizar al niño. Los enemigos de la religión cuentan con tantas agencias, tantos medios, tantas actividades cuyo propósito diabólico parece ser arrancar a Cristo de la vida de los pequeños. Esos son los Herodes de hoy en día que habrán de destruir a Jesús en los corazones de sus pequeños hermanos y hermanas.

En estas Navidades deben tener esto presente, y en su adoración al Niño no deben dejarlo a un lado. ¿Qué ha de pensar su Inmaculada Madre María de todo esto? ¿Cuáles fueron sus pensamientos cuando oyó los gritos de los Santos Inocentes y los lamentos de las madres angustiadas? Esos pequeñuelos fueron bendecidos, fueron los primeros mártires de Jesús ¡Pero, qué vida la de esos niños de hoy sin Jesucristo! Qué futuro terrible se abre ante ellos. Deben tener estas cosas en su mente al presentar su regalo. Tienen todo el tiempo de Navidad para considerarlo . . .

Ustedes han de reparar las ofensas infligidas hoy a ese dulce y Divino Niño de Belén. Han de compensar por todo el daño que se le ha hecho. Han de salvar, en atención a Él, todos sus hermanitos y (hermanitas). Han de consolar a su Inmaculada Madre. Otra vez lo repito para que lo entiendan, el regalo de ustedes para el Niño debe incluir todo esto.

Las resoluciones que hagan no deben ser muy generales. No es suficiente decir que van a ser buenos, que van a ofrecer unas oraciones y Misas, inclusive que van a ser un santo o una santa. Su ofrenda de Navidad deberá incluir sacrificio y abnegación, renuncia de sí mismos y desprendimiento. Debe dar muestras de los sentimientos que van en contra de esas horribles voces de hoy, debe ir contrario al espíritu frívolo, que va en busca de placeres, que detesta las cosas espirituales, que busca lo mundano . . .

Deben proponerse hacer algo grande por Jesús y eso grande debe significar que cada vez más se van a revestir de Cristo, que cada vez más van a dar testimonio

del espíritu de Cristo, lo que resultará en que sus hermanos reconocerán en ustedes más generosidad, más devoción a su Cenáculo Misionero y a los deberes que conlleva olvidarse de ustedes mismos, desprenderse de las cosas mundanas, de los caminos del mundo, en la práctica de más abnegación. Van a demostrar que han sido pupilos aprovechados en la escuela del Sagrado Corazón.



28 de diciembre / Las lecciones del pesebre

Artículo en la Revista del Espíritu Santo (Holy Ghost Magazine), enero de 1924, MF 838-39.

Son muchas las lecciones que podemos aprender durante la temporada de Navidad. Todas las clases sociales, las posiciones, los rangos en la vida, el poderoso Pontífice, el prelado, el sacerdote, los fieles, el pueblo, todos podemos aprender mucho y a cada uno se le enseña nuestra necesidad espiritual particular, cuando caemos de rodillas en adoración ante el pesebre.

Dejando a un lado las necesidades individuales y las aspiraciones espirituales, esta santa temporada enseña una lección que es aplicable a todos. La lección tiene que ver con la forma maravillosa en que vino Jesús. Tan inesperada fue la venida para el pueblo escogido de esa generación, que les tomó por sorpresa. “Vino a su propia casa y los suyos no lo recibieron” (Juan 1, 11) Sus libros inspirados señalaban que la plenitud del tiempo se había cumplido. Realmente esperaban a un salvador, pero a un salvador que iba a llegar como un poderoso conquistador de naciones. Esperaban a un mesías niño, pero a un niño que naciera en el esplendor de las cortes mundanas.

Jesús sí vino, pero, se presentó de una manera tan humilde. Vino a los humildes en razón de los humildes. Fueron los humildes los que unieron sus cánticos de alabanza a los de los ángeles que le adoraban. Jesús vino a los humildes como maestro. Sus primeras lecciones fueron para los humildes pastores. Nosotros, sacerdotes y religiosos, nos hemos arrodillado ante el pesebre en esta Navidad. Hemos estado hombro con hombro al lado de estos humildes hombres del campo para regocijarnos y para adorar. Ciertamente, la lección de lecciones que el Niño Jesús enseña . . . es ésta, que

habremos de tener a los humildes siempre en nuestro pensamiento y en nuestros corazones.

Ante todo, los pobres son el patrimonio de la Iglesia, su legado a nosotros: “A los pobres los tienen siempre con ustedes” (Juan 12, 8). Es de entre las familias de los humildes que se reclutan los candidatos al sacerdocio. De los hogares de los humildes es que provienen los que se entregan a Dios en toda clase de ministerio santo consagrado. Son los humildes los que son consecuentes, permanecen fieles a la Santa Madre Iglesia y llevan las cargas de ella con espontaneidad y abnegación.

El orgullo de vida puede ser una tentación: la fascinación y los engaños del mundo pueden seducirnos. Tanto es así que resulta muy agradable el patrocinio de los que son del mundo. Al contemplar la cuna y ver allí nuestro Niño Salvador y Divino Maestro, cuán vívidamente acude a nuestra mente y como se nos ilumina mediante las enseñanzas que impartió mientras vivía en el mundo: “No ames al mundo ni las cosas que hay en el mundo. Si un hombre ama el mundo, el amor del Padre no estará en él” (1 Juan 2, 15) ¿A quién van dirigidas estas palabras, sino y sobre todo, a los sacerdotes y a los religiosos?

Nuestra lección de Navidad es, pues: Observen, que Me acerco a ustedes, pobre. Amen a los humildes. No amen al mundo. Fatales serán las consecuencias para nosotros si en el desempeño de nuestro ministerio no reservamos un espacio adecuado a los pobres y a los humildes.



29 de diciembre / Nuestra Santísima Madre

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 8 de septiembre de 1925, MF 8487-88.

¡Oh!, es ella en verdad tal como la declara la Iglesia, el amanecer del Sol de la justicia, nuestra Reina, nuestra liberadora, nuestra Madre, la causa de nuestra alegría. . . Permitan que sus corazones se exalten hoy en acción de gracias al Dios Trino, en primer lugar, por lo que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo han operado en ella, orgullo solitario de la humanidad. Ella no vino a este mundo como los otros hijos de Adán -

contaminada con el pecado. Vino pura, santa, hermosa y gloriosamente adornada con las gracias más preciadas, puesto que había sido escogida para ser la Madre de Dios. O virginal, Madre Inmaculada de nuestro Señor, ruega por nosotros que nos regocijamos en tu gloria y en tu belleza.

Den gracias al Dios Trino por lo que ha podido efectuar en la Iglesia por mediación de ella, por lo que ha logrado en la familia humana a través de ella, por lo que ha hecho en el Cenáculo a través de ella, por lo que ha realizado en todos nuestros seres queridos a través de ella y lo que ha llevado a cabo dentro de cada uno de nosotros a través de ella.

Nuestra alegría se ensombrece hoy por la triste realización de que hay tantos que no han llegado a tener un conocimiento de nuestra incomparable Reina y Madre. Es enormemente penoso saber que hay tantos que no la conocen, no la aman y nunca cantan sus alabanzas, que tantas bocas y tantos corazones están mudos cuando deberían estar dándole gracias a Dios debido a ella. *¡Deo gratias propter Mariam!* ¡Gracias a Dios por María!

Una razón por la cual debemos amar a Dios de una forma perfecta es ésta: por lo que realizó en María, por lo que ha hecho en la Iglesia a través de María, por lo que ha hecho en la familia humana por mediación de María. Por lo que ha efectuado en todos nosotros a través de María. Alaben a Dios, entonces y glorifiquenlo más y más a causa de María.

Este es un día para hacer una promesa sagrada a nosotros mismos de demostrar esa acción de gracias esforzándonos más y más para que los hombres conozcan la bondad de Dios a través de María, de propagar el conocimiento de María (para) incitar a las almas a que amen cada vez más a Dios, pues no hay quien pueda mantenerse pasivo, dejar de alabar, de darle gracias y de amar a Dios al conocer este infinito acto de condescendencia de parte de Dios al darnos a María.

Propónganse, con sagrada y ardiente determinación, extender el conocimiento de María, especialmente entre los niños. Ellos están ansiosos de conocer a María. Es posible que algunos de los sabios del mundo no les escuchen, ni algunos de los ricos, ni algunos de los poderosos, pero los humildes y (los) niños les escucharán cuando les hablen de María. Den gracias a Dios de nuevo por la vocación que les brinda la oportunidad de llegar a tantos niños y de hablarles de María



30 de diciembre / San José

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 25 de marzo de 1924, MF 8462-63

Este año entrante los estoy poniendo bajo el cuidado de San José de forma especial. Mediten sobre lo que es este santo, atractivo, afable y de amabilidad conmovedora.

Ustedes conocen mucho sobre él. De hecho las Sagradas Escrituras hablan de él, pero se necesitan varias vidas para entender a cabalidad el significado de esta frase: “un hombre justo” (Mateo 1, 19). En la tierra él fue, después de María Inmaculada, el que más cerca estuvo de Jesús y es ahora, después de la Virgen Santísima, el santo más grande, más exaltado y poderoso en el cielo. Sabemos que era un santo muy tierno, considerado, paciente, de jovialidad hermosa y lleno de caridad. Casi nos alegramos de la perplejidad que lo envolvió y de las pruebas que atravesó, ya que eso nos da una idea de sus cualidades extraordinarias y de su naturaleza agraciada.

Un santo de esa índole eleva la naturaleza humana a niveles más encumbrados. Debemos dar gracias a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, fervientemente y con frecuencia, por haber obsequiado a San José a la humanidad, por haber concedido a la Iglesia la gracia de su edificación, por el consuelo que representa para las almas que confían en él y por lo que ha significado para el Cenáculo. La verdadera historia de nuestro comienzo nunca se escribirá correctamente si no incluye lo que San José ha hecho por nosotros. . .

Estoy seguro que San José favorece y tiene gran estima por los sacerdotes, los Hermanos y las Hermanas. Bien sabe lo que cada uno se esfuerza por lograr por su amado Niño Jesús. Sobre todo, está muy complacido por lo que se está intentando hacer con los niños en el Nombre de Jesús. Así pues, “Acude a José” (Génesis 41, 55). Sin duda alguna, ya ustedes han aprendido a hacer esto, pero vayan donde él más seguidamente, con más frecuencia, con más valentía, con más confianza.

Nunca duden en ir donde él, especialmente cuando les abrume alguna tribulación especial, algún problema, alguna necesidad o dificultad y rueguenle que los ponga en las divinas manos de Jesús. Al mismo tiempo recuerden que el Niño Jesús está en sus brazos. Recuerden, además, que él ha sido favorecido entre los

hijos de los hombres al tener el privilegio de sostener a Jesús en sus brazos. Rueguen que una la oración que ustedes le dirigen a las caricias que le imparte al Hijo de Dios y de la Virgen Inmaculada María, en razón del privilegio que goza de ser favorecido entre los hijos de los hombres y de la ventaja que eso le añade, porque, debido a ese privilegio, ha recibido la gracia de estar tan unido a Jesús. Háganle saber, de innumerables y diferentes maneras, sus perplejidades y sus molestias, sus impedimentos y contradicciones de la índole que sea, que le impiden hacer el bien que podrían hacer por Jesús . . .

Pídanle que les ayude a alcanzar niveles espirituales más elevados, que les ayude a vencer aquellas imperfecciones molestas y obstinadas . . . No olviden pedirle que nos podamos unir cada vez más por los lazos del amor santo y que esa paz, alegría y amor de la Sagrada Familia se reflejen en la familia del Cenáculo .



31 de diciembre / Una renovación de nuestra consagración misionera

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 30 de diciembre de 1921, MF 8440.

Se nos ha concedido un nuevo año. Qué este venga colmado de bendición sobre bendición para ustedes. ¿Qué tiene en reserva para nosotros? Lo que Dios quiera. ¡Alabada, adorada y cumplida sea su santa voluntad!

En la mañana de Navidad los reuní alrededor del altar de Dios. Presumiendo que tenía su consentimiento, los comprometí a un propósito que es grande y sagrado, a un propósito que los convierte en los favoritos, en los privilegiados, entre los hijos de los hombres. Este propósito es llevar a todas partes el conocimiento y el amor de Jesús.

Los he alistado íntimamente a esta idea: lograr que todos sus pensamientos, sus palabras y sus acciones estén insufladas de un insaciable amor y celo de manera que el reino del Niño Salvador llegue a los corazones de todos los hombres. Este objetivo será un acicate para impulsarnos a cosas más grandes para Él. Que se transforme en látigo para nuestro espíritu hastiado, desanimado, asediado por la vagancia y nuestra naturaleza

que nos inclina a malgastar el tiempo en su servicio.

Reflexionen apenados, mis queridos hijos, sobre la triste verdad que, en nuestro querido país, la proporción mayor de la población no honra a Jesús, es realmente indiferente e infiel a Él. Estudien, observen a un grupo de niños. Si no pertenecen a nuestra santa fe, no tienen conocimiento de Él y menos amor por Él, o su conocimiento es imperfecto y su amor es impersonal.

Voy a referirme a un acontecimiento reciente como un ejemplo. En un Cenáculo que se acababa de abrir, una de nuestras Hermanas reunió a un grupo de niños de la localidad para instruirlos. En cada caso, sus papás eran católicos y los niños habían sido bautizados, sin embargo, con excepción de uno, no sabían persignarse. Sabían que existía un Dios, pero nada más. No tenían ningún conocimiento de la Santísima Trinidad y eran niños y niñas grandes. ¿No es esto indeciblemente triste?

Yo sé que todo aquello en que yo los he comprometido ha encontrado pronta respuesta en sus corazones. Que Dios los bendiga y los recompense. Con diligencia, pues, busquen las razones que puedan representar un obstáculo, que puedan impedirle seguir los impulsos sagrados y mantengan una guerra sin descanso contra ustedes mismos.

Un feliz año, un año lleno de bendiciones, un año todo para Jesucristo.



1 de enero / Agradecimiento por bendiciones recibidas y resoluciones para el nuevo año

1. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 31 de diciembre de 1928, MF 1352-54. 2. Carta a Joachim Benson, S.T., 6 de enero de 1932, MF 10820.

Hoy debemos presentar, en el Santo Sacrificio de la Misa, nuestra acción de gracias al Dios Trino por sus bondades y sus mercedes para con nosotros, especialmente durante el año pasado. Sus gracias y bendiciones, espirituales y temporales, han sido innumerables. No podemos ni empezar a darle gracias suficientes. ¡Qué inadecuados son el aprecio y la respuesta que le ofrecemos!

Ha habido un constante flujo de gracia a través

del Cenáculo y de la alegría y la paz que provienen de la ejecución de las obras corporales y espirituales de misericordia. Tenemos una gran deuda de gratitud por todas esas gracias ocultas otorgadas a nuestras almas. (Esperemos que en este primer día del nuevo año) los ángeles de Dios nos dividan más altos en la montaña. Vamos a refrescar nuestras almas con el pensamiento de que quizás nuestros hermanos celestiales han de tomar nota de un aumento de santidad en nosotros.

Cuán agradecidos debemos estar que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo nos conceden las gracias necesarias para ser siervos, Siervos Misioneros, que se nos permite familiaridad e intimidad con los sagrados misterios. Es tanto así como si fuéramos miembros de la familia en el hogar de la Sagrada Familia . . . Encomiendo a ustedes, mis queridos hijos, que desglosen en sus propias mentes, motivos para la acción de gracias. Ustedes mismos pueden sumar y multiplicar razones indefinidamente para el gozo, la alegría y el agradecimiento en el Señor . . .

El agradecimiento supone aprecio. Se empeña en buscar cómo y de dónde han venido los favores y en reconocer que algún tipo de manifestación externa debe hacerse para demostrar los sentimientos internos que abrigamos para la acción de gracias. Definitivamente apreciamos esos favores y es por eso que nos esforzamos por ser agradecidos. Nos damos cuenta de dónde provienen y lo mucho que significan en cuanto al amor de Dios para con nosotros. Lo importante ha de ser la respuesta que damos.

¿Qué vamos a hacer el año entrante. . . para demostrar, para manifestarle a Él, fuente de todo don, un corazón bueno y agradecido? La respuesta debe ser individual y personal. Puede versar alrededor de nuestra práctica. Puede que nos obligue a levantarnos más temprano por las mañanas. Puede que nos impulse a ser más celosos en nuestras oraciones de la mañana y en nuestra meditación, más alertas y eucarísticos en la capilla y en el altar. . . Puede que incremente el amor fraternal en nuestras relaciones de unos con otros. Puede que se nos descubra con más celo o que nos esforcemos por adquirir un mayor conocimiento del valor del alma humana que nos obligue a olvidarnos de nosotros mismos para pensar más en Dios y hacer más por su honor y su gloria. En otras palabras, esa manifestación puede significar una mayor piedad, o celo, o caridad fraternal, o sacrificio (1).

Que su nuevo año sea uno lleno de bendiciones y alegrías, un año en que se encuentren más y más

sembrados en la fe y en la confianza en Dios, cuya providencia cuida de la hoja de hierba seca en el campo, del paso del animal en la maleza y del aleteo del residente más pequeño en el mundo de las aves (2).



2 de enero / El Santo Nombre De Jesús

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 31 de diciembre de 1928, MF 1346.

El Santo Nombre de Jesús . . . ¡Cuantos pensamientos santos, impulsos y resoluciones incita! ¿Qué haremos por el Santo Nombre? Debemos hacer algo, debemos hacer mucho. Por lo menos podemos hacer esto: amarlo más, usar más su santo nombre, bendecir más utilizando su nombre, y mientras más bendigamos con su Santo Nombre y más se bendice con su nombre, más dulces serán las palabras que salgan de nuestra boca, más dulce sonará la música en nuestros oídos, más será el amor en nuestros corazones, la fuerza de nuestra voluntad, la luz en nuestras mentes y la alegría en nuestras almas. Podemos decirlo una y otra vez. Podemos utilizarlo de tantas maneras: Para alabarlo, para orar, para dar gracias, para hacer actos de reparación y adoración . . . Podemos utilizarlo en alabanza para beneficio de Dios, de Jesús, de María y de José y rogar a Jesús, a María y a José que lo utilicen en beneficio nuestro.

Tenemos que recordar – no podemos olvidar - que poseemos una gracia especial, sí, y es tan especial que es tarea de toda una vida, es un destino, tal vez un destino que se le concede a muy pocos - exaltar el Santo Nombre de Jesús. Por lo tanto, debemos utilizarlo en nuestros corazones y pasarlo a otros para que hagan uso de él en sus corazones. Debemos utilizarlo al hablar y al escribir, debemos utilizarlo a tiempo y a destiempo. ¡Alabado sea el Santo Nombre de Jesús! Podemos comenzar y concluir nuestras tareas en el Santo Nombre de Jesús y mientras las descargamos a lo largo del día, proponernos trabajar para este fin: que todas las cosas proclamen el Santo Nombre de Jesús.

Dirijamos nuestro pensamiento hacia una Hostia Mayor. Trabajemos para que sean más los que consuman el cuerpo de Jesús y los que beban su Preciosísima Sangre, que su Divino Corazón sea adorado y conocido cada vez más. Sugiero que la aspiración que sigue, esté con

más frecuencia en nuestros labios el año entrante: “¡O Santísima Trinidad!” y este ramillete espiritual también: tener en estima el deseo de agradar cada vez más a Dios. Ayudémonos unos a otros para hacer buenas obras. Unámonos para comprometernos a ser santos.

¿Se dan cuenta de lo que significa la gracia de haber podido llegar al comienzo de un nuevo año? ¿Cuál será la historia de cada uno de ustedes este año? ¿Qué ingrediente de música, de colores, de fragancia van a utilizar para su Salvador, el Niño Rey? ¿Qué van a mostrar con respecto a la victoria sobre ustedes mismos? ¿Qué van a hacer durante este año para el mayor honor y gloria de Dios, para la santificación de su propia alma y por el bien de su prójimo?

Que el año nuevo sea para cada uno de ustedes el más extraordinario de sus vidas, excepcional en buenas obras. Así es que, verdaderamente, podrá ser un bendito y feliz año nuevo. Comprométanse ustedes y su Nuevo año a Jesús, a María y a José.



3 de enero / El poder del Santo Nombre de Jesús

Sermón predicado en la dedicación del Hospital, Santo Nombre de Jesús (Holy Name of Jesús Hospital), Gadsden, Alabama, 30 de noviembre de 1930, MF 10752-57.

Pero Pedro entonces le dijo: “No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo. En nombre de Jesús de Nazaret, levántate y camina” (Hechos 3, 6). Esas palabras tan divinas y tan interesantes . . . las he tomado del tercer capítulo de los Hechos de los Apóstoles. Este capítulo nos presenta al hombre lisiado desde el vientre materno. Diariamente solía ir en busca de ayuda y de cura, todos los días estaba sentado frente al templo hasta el momento en que el Espíritu Santo guió a Pedro y a Juan al templo y, cuando:

Pedro, con Juan a su lado, fijó en él su mirada y le dijo, “Míranos . . . y tomándolo de la mano derecha lo levantó y de inmediato las plantas de sus pies al igual que sus pies se llenaron de fuerza. Dando un salto se mantuvo de pie y caminó y los acompañó al interior del templo caminando, dando

saltos y alabando a Dios . . . Y según se agarraba de Pedro y Juan . . . toda la gente . . . [decía] el Dios de nuestro padre ha glorificado a su Hijo Jesús . . . Y en la fe de su nombre, este hombre, a quien ustedes han visto y conocen, ha nutrido su nombre de fuerza y la fe que lo ampara le ha otorgado un cuerpo sano a la vista de todos” (Hechos 3, 4-16).

Jesús fue el nombre que invocaron, el nombre de Dios, el nombre del Hijo de Dios. La fe nos impulsa a invocar ese nombre. No hay otro nombre que pueda obrar tales milagros, tales maravillas. A través de él se han obrado portentos y se seguirán obrando. No hay otro nombre que inspire tanto, no hay otro nombre que provoque el bien o las maravillas. ¡Alégrense! ¡Tengan esperanza! pues este es el Nombre al que (servimos). Es sumamente apropiado . . . Por lo tanto, vamos a invocar ese Nombre, vamos a aprendérselo de memoria, a tenerlo siempre presente por el bien de las personas.

¿Qué fue lo que inspiró a (los héroes de Dios) a darse, a entregarse por completo? Ellos amaban a Dios, y como amaban a Dios tenían que haber amado a su prójimo. No podían amar a Dios sin amar al prójimo. Su amor no era un amor estéril . . .”No hay amor más grande que éste: que un hombre entregue la vida por sus amigos” (Juan 15, 13). Fue el nombre de Jesús que los inspiró a tal servicio y devoción . . . Por el nombre de Jesús se olvidaron de ellos mismos, trabajando sin esperar recompensa, sólo para agradar a Dios, dedicaron sus vidas a los demás. Si la humanidad tiene una deuda de gratitud hacia ellos, se le debe al Santo Nombre de Jesús.

Demos gracias al Padre por haber dado a su Hijo un Nombre que está por encima de todos los nombres. Exaltemos ese nombre. Reverencia, fe y amor son las razones para exaltar ese Nombre . . . de quien el Altísimo dice: “Que ante el Nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra” (Filipenses 2, 10).



4 de enero / Un conocimiento mayor de Jesús

Sermón predicado en la dedicación del Hospital del Santo Nombre

(Holy of Name of Jesus Hospital), Gadsden, Alabama, 30 de noviembre de 1930, MF 10755-56.

¿Quién es Jesucristo? Es el Señor y exige mucho. ¿Quién es? . . . Ay, por desgracia muchos no lo conocen verdaderamente. Jesucristo es un personaje histórico y, como tal, la historia tiene constancia de Él. Vivió entre los hombres e hizo cosas. La historia es testigo, testifica y habla sobre aquellas cosas que Él hizo, de esas cosas que desde el principio del mundo ningún hombre había hecho como las hizo Jesús de Nazaret.

O, pero no es que la historia pueda expresar adecuadamente sus obras; ella no posee herramientas para medirlas. Sólo cumple su misión al ofrecer su testimonio. Y éste es parte del testimonio que nos provee sobre Él: “Se le acercó mucha gente, entre los que había mudos, ciegos, cojos, mancos y personas con muchas otras enfermedades. Los pusieron a sus pies y El los sanó. Al ver que los mudos hablaban, que los cojos andaban y que los ciegos veían, todos se quedaron asombrados” (Mateo 15, 30-31).

Otros personajes históricos han vivido y han hecho quizás grandes obras, pero Cristo se diferencia de todos ellos. Los otros vivieron, murieron y desaparecieron. Sus obras se han convertido en polvo y ellos mismos han sido echados al olvido. Este no es el caso de Jesucristo. Él sigue siendo hoy, ayer, mañana el mismo ser que informa, que ilumina y su nombre es hoy igual de poderoso para aquellos que lo invocan.

Cristo no va a permitir que los hombres permanezcan indiferentes hacia Él. Tendrán que aceptarlo o blasfemarlos. Tendremos que amarlo u odiarlo. El se sitúa ante la cuna de cada generación y exige que ésta se declare a su favor al afirmar: “El que no está conmigo está contra mí y el que no recoge conmigo, desparrama” (Mateo 12, 30) El es el Primero y el Último. Todas las cosas proceden de Él y regresan a Él. Él es la piedra angular sobre la cual los hombres construyen o se hacen añicos.

Sin Él, la existencia humana se convierte en un enigma desalentador. No podemos vivir sin Cristo. No podemos ignorarlo. Tenemos que amarlo u odiarlo. Tenemos que confesarlo o negarlo, pero ¿serle indiferentes? ¡No! Durante dos mil años el amor apasionado de millones lo ha seguido, al igual que la oposición de millones. Hombres sabios han venido del Este y del Oeste, del Norte y del Sur a ofrecerle sus regalos, y nos reunimos hoy impulsados por el poder de su Santo Nombre.

¿Quién es el Cristo del dogma? Los impíos admitirán que Él es el primero entre sus hermanos, un humanitario de humanitarios, que su ética es dulce y proporciona sosiego. Éste no es el Cristo del dogma. Es un Cristo ficticio. . . Un Cristo tal sería un charlatán y un pretencioso. El Cristo del dogma y en el cual creemos y a quien confesamos . . . es Dios, es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, verdadero Dios y verdadero hombre. Verdadero Dios porque es el único Hijo engendrado del Padre eterno desde toda la eternidad. Verdadero hombre porque es el verdadero y único hijo de la Santísima Virgen nacido en el tiempo. No. No existe otro ser que se compare a Jesucristo.



5 de enero / Nuestra obligación de difundir la devoción a la Santísima Trinidad

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 8 de diciembre de 1922, MF 8448-49.

No podemos celebrar adecuadamente el nacimiento de nuestro Señor sin considerar el otro misterio que éste sugiere: el misterio de misterios, el más sublime, el más inefable de los misterios, la Bendita y Adorable Trinidad . . .

Es una triste y terrible verdad que miles y miles de personas ignoren, o por lo menos permanezcan indiferentes a estas grandes verdades tan santas y tan necesarias para la humanidad. Esto parece ser incomprendible, pero aun una investigación superficial demostrará la verdad de esta aseveración. Para avivar nuestras conciencias y evitar que seamos culpables de una falta de edificación en esta materia y en la práctica de nuestro celo, sería muy útil proseguir con esta investigación entre las personas con quienes tropezamos todos los días . . .

Podemos estudiar acerca de estos misterios (el de la Encarnación y el de la adorable Trinidad, podemos) meditar sobre ellos y escribir sobre ellos. Sin duda alguna, esto habrá de agradar a nuestro Señor y a su Inmaculada Madre. Pero sería mucho más agradable si nos esforzáramos con ahínco en buscar formas y maneras de difundir un conocimiento y un amor a la Encarnación y a la Santísima Trinidad.

Todos deben luchar por adquirir un santo ardor en este intento de hacer más por el Verbo hecho carne y por ese gran Dios, quien es uno en esencia, pero tres en personas. Comuniquen este espíritu a los niños de nuestros Cenáculos, aun a los infantes y a los bebés.

Qué gran obra llevaremos a cabo para Dios y para su Iglesia. Qué mucho agradaremos a Jesús y a su Inmaculada Madre, si pudiéramos implantar este objetivo en el niño y lograr que se convierta en el propósito de su vida. ¡Qué agradable regalo de cumpleaños a nuestro Señor Niño y Salvador! ¡Cuán gentil será el Rey de reyes y el Señor de señores para con el Cenáculo! ¡Qué generosa ofrenda de gracias y bendiciones navideñas . . . nos habrá de otorgar!

Deseamos en especial, registrar el Cenáculo ante Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, ante nuestra Santísima Madre y San José, ante los adorables ángeles y los santos para que nuestros corazones y nuestras almas se comprometan cada vez más, en temporada y fuera, a los intereses del Dios Trino. Renovemos todas las promesas que hemos hecho a la Santísima Trinidad y volvamos a consagrarnos a la Santísima Trinidad en el tiempo para que podamos poseerla por toda la eternidad.



6 de enero / Fiesta de la Epifanía

1. Artículo en el SOS, Para la preservación de la Fe, enero de 1931, MF 1676. 2. Carta a los Hermanos de la primera clase del noviciado, 6 de enero de 1932, MF 12252.

Sería encantadoramente interesante para nuestros estudiantes modernos examinar el proceder de una casta de estudiantes de antaño, cuyas miradas habían escudriñado por largo tiempo los cielos del oriente y que habían hecho infinidad de indagaciones e interpelaban a los maestros de su tiempo, “¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Hemos visto su estrella en el oriente, y venidos a adorarlo” (Mateo 2, 2).

Sí, son muchas las escuelas, muchos los discípulos, muchos los profesores ilustres, pero ninguno de ellos ha podido sustraer del corazón de la humanidad el afecto y el honor que gozan los tres Reyes de Oriente. Jesucristo es el centro de la familia humana de la cual no se puede hablar sin que se le tome en consideración. Pero cuando se le menciona, su historia completa no se

agota, a menos que no se incluya a los magos de Oriente.

La alegría y la luz del (Día de los Tres Reyes está con nosotros otra vez.) Se renueva una vez más el amor de la juventud hacia ellos. Su fiesta se celebra año tras año sólo para atestiguar que estos Reyes Magos han conquistado el corazón de otra generación de niños. No se sabe qué países alumbraron ellos al nacer o cuál era su ciudadanía, pero sí se sabe, sin lugar a dudas, que vinieron del oriente. Eran estudiantes expertos en las ciencias naturales y en la filosofía y probablemente se habían desempeñado como profesores de los reyes de renombre y de posición. Una verdad se les había inculcado, posiblemente, por la asociación con sus antepasados, judíos exilados en el oriente: que una nueva época iba a surgir en la historia del mundo, que un rey iba a nacer quien renovaría todo y lo pondría en orden, y que la señal de su venida sería la aparición de una estrella en extremo brillante. O, pudiera ser que conservaban en su corazón alguna profecía de alguno de sus antiguos sabios: “De Jacob avanza una estrella, un bastón de mando surge de Israel” (Números 24, 17).

Año tras año, el mundo escucha de nuevo la historia de estos sabios maestros y, a la vez estudiantes, que llegaron en busca de la luz del mundo preguntando por el que había nacido rey de los judíos (1).

Siento una santa alegría al escribirles esta carta hoy en la fiesta de la Epifanía. Ustedes han encontrado al Rey, pero, ¡O! hay tantos quienes lo han perdido o que nunca lo han encontrado. Éstos están en espera del ministerio de ustedes. Los encontramos en todas partes y, qué pena es comparable a ésta: la juventud que crece sin conocer ni amar a Jesucristo. Nuestros (Misioneros) . . . están haciendo su parte de acuerdo a su capacidad y según las oportunidades y las gracias que se les otorga para traer a los niños . . . hasta los pies del Rey (2).



7 de enero / La fe de los Reyes Magos

Artículo en el S O S, Para la Preservación de la Fe, enero de 1931, MF 1676-78.

Esta búsqueda de los Reyes Magos de un rey de un mundo nuevo y mejor, estará siempre repleta de un estremecimiento esperanzado y de un interés reverente . . . Iban en busca de la Luz del mundo y sus mentes se

mantenían enfocadas en la Verdad infinita y absoluta . . . Miren cómo resultan ricamente premiados porque su capacidad de razonar se une a una fe verdadera. Qué júbilo deben experimentar, en razón de una alianza tal, y cómo deben regocijarse en ella. Los que están tristemente en desventaja y son verdaderamente infelices son aquellos cuya razón no goza de la iluminación y la dirección de la verdadera fe, o los que no tienen fe. Cuán seguros se sienten, sentados “en tinieblas y en la sombra de la muerte” (Lucas 1, 79) al no darse cuenta de la pérdida de la luz, o no sentir remordimiento al rebelarse en su contra.

El triunfo de los Reyes Magos no se debió a su ciencia. Se debió a su fe. Su victoria, a lo largo de los siglos, no se adjudica a lo que aprendieron o enseñaron en la escuela de la ciencia o de la filosofía. Se debió a lo que creían, a su fe en Dios y su Providencia que siempre indica el camino y en lo que el Espíritu Santo les había enseñado. El estudio más fundamental del momento es el de su fe, en comparación con la nuestra. Sin duda, debemos realizar ese estudio, pues ciertamente los Reyes Magos recibieron una luz interior. Debemos escudriñar con empeño las cualidades de su fe y comparar estas cualidades con las nuestras, a menos que queramos asemejarnos a los que tiene en mente el santo Job al decir, “Todos son enemigos de la luz, que no conocen sus caminos ni volverán por sus senderos” (Job 24, 13).

Lo primero que debemos considerar es cómo nuestra fe le lleva ventaja a la de ellos. Ellos encontraron al Rey arrojado en la impotencia de un niño, nacido en la pobreza, sin séquito alguno, a excepción de Su Inmaculada Madre y el bondadoso y vigilante San José. Nosotros contamos con la santidad de su vida y de su divinidad todopoderosa según se manifestó en sus milagros. Tenemos, además, la verdad de su resurrección de entre los muertos y por su mediación la conversión del mundo y la fe en Él, ininterrumpida por veinte siglos.

Dios los llamó a ellos. Él nos llama a nosotros. Nosotros contamos con una herramienta más diáfana para escuchar su voz y un sendero mejor para seguir esa voz: variedad de exhortaciones, instrucciones, buenos ejemplos, respaldo para seguir adelante, la palabra de Dios mismo insistiendo que sigamos y no tengamos miedo so peligro de que nos quedemos en la oscuridad: “La luz estará entre ustedes sólo por un poco más de tiempo. Caminen mientras tienen luz, no sea que les sorprenda la oscuridad. El que camina en la oscuridad no sabe a donde va” (Juan 12, 35).

No puede haber objetivo más majestuoso y más noble en la persecución del conocimiento que la búsqueda del Rey. Nunca la razón y la fe han estado tan admirablemente hermanadas como compañeras en la búsqueda de la verdad.



8 de enero / La generosidad de la fe de los Reyes Magos

Artículo en el S O S, Para la Preservación de la Fe, enero de 1931, MF 1678-80.

Su fe fue generosa en la ejecución de la voluntad de Dios. Seguir aquella estrella e ir en búsqueda del Rey significaba despedidas tristes de sus hogares y de sus amigos, al igual que abandonar sus investigaciones sosegadas y sus profesiones lucrativas. Su fidelidad a la voluntad de Dios significaría para ellos innumerables peligros, sufrir las inclemencias del tiempo y desligarse de sus hogares, de sus amigos y de sus países. Su fe era tan generosa que ni las ataduras de la carne, ni del placer, ni del interés, los pudieron detener.

No es muy difícil obedecer en circunstancias que no van muy en contra de la naturaleza, o seguir la luz en lo que es de nuestro agrado. La prueba severa de la fe se ubica en el sacrificio, en un sacrificio que desemboca en despegarnos de lo que nos es agradable, querido o aun necesario. Cuando la fe nos manda o nos aconseja un desprendimiento tal, es entonces que la carne hace violencia contra el espíritu, que los intereses mundanos opuestos se abalanzan contra los intereses eternos, que la sabiduría del mundo utiliza todo su arsenal de artificios para ahogar la voz de Dios que nos exhorta a no hacerle caso.

¿Quién debe devolver más frutos al Padre de las luces que los que tienen la ventaja del conocimiento y a quienes se les han conferido los medios para desarrollar el poder del intelecto otorgado por Dios? Sin embargo, cuánta destrucción de grandes destinos contemplamos alrededor nuestro, por causa del orgullo de la mente. Es por eso que vemos realizado en nuestra experiencia diaria aquel triste lamento de “La imitación de Cristo”:

Dime, ¿dónde están ahora todos esos doctores y maestros. . . ¡O! ¡Cuán rápido transcurre la gloria del mundo! ¡O, si su

vida se hubiera ajustado a sus conocimientos! Entonces habrían estudiado y enseñado para bien . . . Sin la Palabra Eterna ningún hombre puede entender o juzgar correctamente. Cuántos hay que no se ocupan de servir a Dios y se arruinan aprendiendo cosas inconsecuentes del mundo (Libro 1, Capítulo 4).

Nosotros tenemos la solemne advertencia de las Sagradas Escrituras: “Al que se le ha dado mucho se le exigirá mucho, y cuanto más se le haya confiado, por tanto más se le pedirá cuentas” (Lucas 12, 48).

¿Quiénes pueden haber sido más favorecidos por Dios que (nosotros los del Cenáculo Misionero?) ¿A quién ha de exigirle Dios más? ¿Qué le están devolviendo a Dios por sus luces e inspiraciones y las ventajas que les ha concedido?



9 de enero / La firmeza de la fe de los Reyes Magos

Artículo en el S O S, Para la Preservación de la Fe, enero de 1931, MF 1680-82.

La fe de los Reyes Magos era invencible. Esta cualidad se manifiesta en la firmeza con la cual se sobrepusieron a todos los obstáculos en su camino. El primero, quizás el mayor, era la opinión pública de su gente. Sin duda alguna que una tormenta de protestas y de escarnios se desató contra ellos cuando se dio a conocer el propósito de su viaje. Es maravilloso afirmar que sólo ellos - entre todos los hombres sabios de su época - tomaron la determinación de emprender aquel proyecto tan extraordinario.

No hay duda que la estrella y su relación con el nacimiento de un rey judío, se tornó en asunto de disputa enfática. ¿Qué interés tenía, aun para los orientales, el nacimiento de este Rey? Los Reyes Magos, sin embargo, estaban seguros que lo que hacían era la voluntad de Dios, le dieron poca importancia al alboroto. Mientras más oposición aparecía en la persecución de su empeño, más firme se tornaba su determinación de completar su proyecto. Habían visto la luz celestial, habían escuchado en sus corazones la Palabra Divina y partieron,

imperturbables, de sus países . . .

Habiéndose convertido el cristianismo en la religión mundial, parece que esta tentación, dominada tan valientemente por los Reyes Magos, no parecería peligrosa para nosotros. Al contrario, es una de las tentaciones más nefastas. Es una tentación que nos vence a muchos. Una deplorable debilidad moral bien conocida, nos lleva a hacer juicios, más por la manera de pensar de otros que por la nuestra. Ese es uno de los obstáculos que más impide que la gracia logre acceso a nuestros corazones. En muchas personas, la idea del deber y de lo que es correcto se forma, no en base de los principios, sino de acuerdo al ejemplo que ven a su alrededor. La verdad conocida se sacrifica en aras del error popularizado y ruidoso y así, las ideas que provienen de los hombres se respetan más que las ideas que provienen de Dios. Se prefiere el juicio de los hombres al juicio de Dios. El remordimiento de conciencia entra en juego cuando declaramos que pensamos según actúan los demás.

Esto, en verdad, debe aterrorizarnos. Pensar y vivir como piensan y viven los demás es estar perdido. Andar con la multitud es haber perdido el rumbo. El camino fácil y ordinario es el que lleva al infierno. El Espíritu Santo nos asegura que la sabiduría del mundo es la muerte y la enemiga de Dios. “La sabiduría de la carne es muerte . . . la sabiduría de la carne es enemiga de Dios, pues no está sujeta a la ley de Dios ni lo podría estar” (Romanos 8, 6-7). El Espíritu santo reafirma también el odio que le tiene a esa sabiduría al sentenciar: “Destruiré la sabiduría de los sabios y rechazaré la prudencia de los prudentes. ¿No ha desacreditado Dios la sabiduría de este mundo? . . . Porque la necedad de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres (1 Corintios 1, 19, 20, 25).

Es necesario separarnos de la multitud para salvarnos. Si queremos salvarnos nosotros y salvar a nuestros seres queridos, debemos tomar la determinación de vivir entre los hombres, pero no como viven los hombres, de propulsar las consignas nuestras que se oponen a las de ellos, y de desafiar las consignas mundanas de ellos como lo hicieron los Reyes Magos. No hay alternativa; sacrificamos nuestras inclinaciones en razón de Dios como hicieron los Reyes Magos; o sacrificamos a Dios en favor de nuestras inclinaciones, como hace el conjunto de los pecadores.



10 de enero / La valentía de la fe de los Reyes Magos

Artículo en el S O S, Para la Preservación de la Fe, enero de 1931, MF 1682.

La fe de los Reyes Magos fue una fe valiente. Brilló con el más grande resplandor mediante la valentía con que acudieron al mismo trono de Herodes anunciando el nacimiento del Rey de los judíos y su intención de ir a adorarlo. Es evidente cuál iba ser el afecto que tendría en aquel usurpador. Ellos debían haber estado enterados de sus trampas políticas, su perfidia y su crueldad. No podían menos que estar concientes de la ira y el peligro que tal declaración atraería sobre sus cabezas, pero estos confesores pioneros no hacían componendas con el miedo y proclamaron con valentía la verdad que Dios les había enseñado.

No trataron de suavizar la confesión con palabras estudiadas, ni encubrirlas con el disfraz de la ambigüedad. Eso no hubiera sido digno de ellos. Preguntaron directamente y sin rodeos dónde había nacido el Rey de los judíos e hicieron saber que el propósito de su viaje era rendirle homenaje.

Más adelante nos encontramos con otra confesión valiente de fe cuando otros príncipes, los apóstoles, proclamaban abiertamente y sin miedo alguno, la muerte y la resurrección de Jesucristo, cuyo nacimiento los Reyes Magos habían anunciado. Los apóstoles, al igual que los Magos se enfrentaban con valentía a las persecuciones y declaraban con osadía ante los que gobernaban el mundo: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5, 29).

Hoy, por la gracia del Espíritu Santo, encontramos la manifestación del don de fortaleza en muchos de los que profesan la misma fe. La irreligiosidad de nuestra generación, sin embargo, es sumamente atrevida. Los creyentes no deben desistir de la lucha. Nuestras más santas creencias son atacadas violentamente y con mucha frecuencia. En muy pocas ocasiones se sale a defenderlas y, cuando se sale, se hace con gran debilidad. La incredulidad y la irreverencia levantan su voz con orgullo y en ningún lugar tan encumbrado como en las llamadas fuentes del conocimiento.

Cuán pocas voces se levantan en las aulas (de las universidades) o en sus recintos para contradecir a los portadores del error y de las doctrinas malvadas y diabólicas. Y acontece, de hecho, que mientras la

irreligiosidad está haciendo estragos con empeño y con blasfemia, hay, en los cuerpos de maestros y de estudiantes, quienes cómodamente ocultan la fe que guardan en sus corazones.

Estos cristianos temerosos se consuelan en su carencia de espíritu católico, apelando a la prudencia de tratar de evitar la controversia y de abrigar el temor de exponer su fe a discusión. ¿Será posible que crean estar exponiendo menos la fe al no defenderla de los ultrajes? En verdad, al abandonarla, hacen más que comprometerla, la sacrifican a la irreligiosidad. La irreligiosidad cobra aliento cuando no se le reta, cuando no se le combate o se le permite ganar terreno, pues nos estamos haciendo cómplices de ella al no oponerla. Cuando se ataca a la religión, la misma prudencia aconseja condenar la cobardía ambivalente y el silencio y exige la confesión abierta en vez del disimulo.



11 de enero / La naturaleza iluminada de la fe de los Reyes Magos

Artículo en el S O S, Para la Preservación de la Fe, enero de 1931, MF 1682-84.

¿Era del todo necesario que (los Tres Reyes Magos) quienes eran guiados por una luz celestial fueran iluminados por los sacerdotes, príncipes y doctores? Los Padres de la Iglesia dicen, “Sí, ciertamente”. A pesar de la suprema autoridad a la cual le debían obediencia, sometieron su misión a la autoridad de la sinagoga y en esto nos instruyen a nosotros.

Dios nos puede comunicar ciertas luces. Puede suscitar impulsos extraordinarios en nosotros. Puede favorecernos con revelaciones. Pero, debemos someter todo esto a la autoridad jurídica establecida por Él en la tierra y que nos dejó para que nos instruyera y nos dirigiera. Es responsabilidad de la Iglesia decidir si son eventos extraordinarios o inspiraciones del orden natural, si son gracias que proceden de Dios o engaños del demonio.

Puede que, en estos casos, cada uno presente caprichos imprecisos de su mente y desvaríos de su imaginación bajo el pretexto de que recibe inspiraciones celestiales. ¡Qué confusión y qué caos! Los herejes han utilizado sus inspiraciones personales para propagar la

maldad de su misión y validar sus errores. Ciertos moralistas atrevidos se valen de luces más elevadas para establecer sistemas absurdos de perfección que destruyen la moral pretendiendo preservarla, lo que, al fin y al cabo, al intentar exaltarla y engrandecerla, la degrada.

La Iglesia, la autoridad infalible establecida por Dios mismo, condena todos estos sistemas humanos y estas supersticiones. No debemos temer la decepción al seguir sus directrices. En verdad, cuando somos dóciles a (la autoridad de la Iglesia) que Dios ha establecido para nosotros, no debemos temer caer presa del engaño si seguimos sus indicaciones. No debemos temer la desilusión. Dirigirse uno mismo es peligroso porque corremos el riesgo de engañarnos al seguir las luces falsas que resplandecen ante nuestros ojos momentáneamente, dejándonos luego en una oscuridad impenetrable y al borde de un abismo.

La estrella de Jacob guió a los Reyes Magos hasta Jerusalén. Allí los dejó. Ellos acudieron a la autoridad visible para que ésta los orientara en su camino. En verdad, fueron los que ocupaban la silla de Moisés los seleccionados por Dios para proteger y explicar las Escrituras, y enseñar dónde se encontraría el Mesías. (A ellos se dirigieron los Reyes Magos) en busca de luz.

Nuestro Señor confirió a los ministros legítimos de la Iglesia católica el poder de enseñar. Como consecuencia corresponde a los fieles el deber de acudir a ellos para su iluminación.



12 de enero / La obediencia, alegría y perseverancia de la fe de los Reyes Magos

1. Artículo en el S O S, Para la Preservación de la Fe, enero de 1931, MF 1678-1684. 2. Carta a los miembros pioneros del Cenáculo, 12 de enero de 1915, MF 4271.

La primera cualidad que sale a relucir en (la fe de los Reyes Magos) es la obediencia. No bien se enteraron de la santa voluntad de Dios, obedecieron las inspiraciones del Espíritu Santo. No vacilaron en preguntar ni trataron de escaparse de la misión. Estos individuos, cuya regla ordinaria era someter todo a la lógica de la razón, sometieron, en esta ocasión, su lógica a la Divina Providencia. ¡Cuando Dios habla, actúa! Fue

lo que ellos hicieron, “Hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido a adorarle” (Mateo 2, 2). ¿Es ésta nuestra regla? O conociendo lo que es correcto, lo que Dios ordena, ¿nos inventamos razones o hábilmente buscamos excusas para esquivar los dictados de su Santa voluntad o para no hacer lo que la conciencia nos indica? (Aquellos que se tardan) en seguir la luz pueden, con temor, aplicarse la advertencia de Nuestro Señor que sigue: “El que camina en la oscuridad no sabe a donde va” (Juan 12, 35).

Orientados por la sinagoga dónde encontrarían al Rey de los judíos, reanudaron su viaje con empeño. Y he aquí que la estrella reaparece y al verla resplandecer de nuevo, se llenaron de un santo júbilo que les proporcionó nueva fuerza y valentía. “Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta que se detuvo en el lugar donde estaba el Niño. Al ver la estrella se alegraron sobremanera. Y entrando en la casa hallaron al Niño con María, su Madre. Se postraron entonces para adorarlo y sacaron de sus cofres regalos de oro, incienso y mirra” (Mateo 2, 9-11) (1).

La sagrada liturgia de la Iglesia nos hace meditar durante esta temporada sobre el ejemplo maravilloso de los Reyes Magos. Piensen lo que costó a estos hombres perseverantes ir en busca del Rey. Piensen en su perseverancia a pesar de las dificultades abrumadoras en su camino . . . Ustedes tienen regalos para ofrecer a (su Rey) - regalos que Él desea más que el oro de los Reyes, regalo de almas, sus almas y las almas de otras personas, corazones que laten llenos de amor por Él mientras se consumen por sufrir y morir por su causa. Ustedes habrán de encontrar al Niño. Guiados por la estrella de su promesa, dirigidos por su amor, entrarán a la casa y encontrarán al Niño con María, su Madre, y se postrarán y lo adorarán. Abriendo el cofre de tesoros que llevan, le ofrecerán los regalos que le tienen - el oro, el incienso y la mirra de cada uno de ustedes.

Regocíjense en el evangelio de esta santa temporada - en el ejemplo de los amigos perseverantes del (Cristo Niño). Observen cómo siguieron luchando sin pensar en sus sufrimientos. Cuán suave, cuán sosegada, cuán clara es la Palabra del Espíritu Santo quien nos interpela de diferentes maneras y, justo en este momento, nos habla desde las páginas de la Sagrada Escritura . . . De todas las palabras que vienen a la mente, la perseverancia es la más diáfana (2).



13 de enero / La perfección de la fe los Reyes Magos

Artículo en el S O S, Para la Preservación de la Fe, enero de 1931, MF 1684-85.

(Los Tres Reyes Magos ya han llegado a la cueva de Belén. Es en estos momentos que su fe) se torna radiante por su generosidad y su perfección. Llegaron ellos en busca de un rey cuyo imperio el universo entero llegaría a conocer, un rey glorioso. ¿Y qué fue lo que encontraron? Encontraron a una débil criaturita cuya condición era despreciable por demás, reducida al más bajo nivel de pobreza y de miseria. Pero su fe invencible no se desconcertó por esto. Fuerte y perfecta, pudo escudriñar a fondo los misterios de esa humillación indecible.

Esta fe maravillosa pudo descender los densos velos que ocultaban su majestad. Reconocieron al Rey que buscaban y quien los había llamado del oriente. Postrándose a sus pies, le adoraron.

¡Contemplemos este espectáculo maravilloso! Estos hombres, ilustres por su cuna y por su sabiduría, se postraron frente a un niño acabado de nacer, cubierto con las envolturas de la pobreza y la humillación.

Pero, asombrémonos del poder de este Niño en este gran misterio. ¡Cuánto poder y majestad Él extrae de esta aparente humildad y debilidad! Causa que una estrella aparezca en los cielos para anunciar su nacimiento. Atrae hacia sí en la tierra, sabios del oriente lejano y hace que lo adoren.

Permite que un rey malvado entre en pánico en su trono y entorpezca sus planes astutos. Aflige con ceguera a los judíos y esparce la luz entre las naciones que permanecen en la oscuridad. Acoge al extraño y rechaza al escogido . . . y desde ese mismo momento comienza a emitir decretos de justicia, absolutos e incomprensibles.

Vamos a postrarnos al lado de los Reyes Magos. Pidamos a nuestro Rey Niño: Señor, “aumenta nuestra fe” (Lucas 17, 5). Él se ofrece todos los días en nuestros altares en forma humilde. Dios mismo se nos presenta bajo unas especies ordinarias. Que nuestra fe atraviese el velo que Lo esconde. Nuestra fe, al humillarnos ante el misterio del amor, obtendrá nuevas fuerzas. Jesús es Rey, nuestro Rey. ¡Bendito sea Jesucristo, Rey del mundo y centro de todos los corazones!

Ofrezcamos un buen regalo del tesoro de

nuestra buena voluntad. Presentémoslo a su Inmaculada Madre. Roguémosle que lo consagre con sus benditos dedos y que, al ofrecerlo por nosotros, compense por nuestra miseria y debilidad, que muy cerca de su ofrenda encuentre lugar para nuestra ofrenda. (Intentemos que ésta sea un) compromiso ardiente por una fe viva y, con la ayuda de la santa gracia de Dios, logremos hacer mucho este año para que el Santo Nombre de Jesús sea santificado, que venga su Reino y que se haga su santa voluntad.

[N. B. Se han colocado, de este punto hasta el miércoles de Ceniza, nueve semanas del tiempo ordinario. Se utilizarán de acuerdo al número que se necesite en cualquier año dado. Las que no se usen antes del miércoles de ceniza, se utilizarán después de Pentecostés cuando el tiempo ordinario se reanude con la décima semana.]



Lunes: primera semana del tiempo ordinario / Paciencia al hacer el bien.

Carta a los Siervos Misioneros en Puerto Rico, 28 de agosto de 1932, MF 2075-76.

“Hagamos el bien sin desanimarnos, a su debido tiempo cosecharemos, siempre que seamos consecuentes” (Gálatas 6, 9). Que este pensamiento sea nuestro compromiso en este año. Lo más probable es que, como resultado, se nos colme de éxito y bendiciones. La herramienta que . . . el Espíritu Santo nos ha otorgado para conseguir este bendito éxito es la que sigue: “Mientras es tiempo hagamos el bien a todos, y especialmente a nuestros hermanos en la fe” (Gálatas 6, 10).

Muy al caso nos preguntaremos: ¿Cómo vamos a trabajar para conseguir este bien? Yo diría que a través de la caridad fraterna. Sean tolerantes y tengan paciencia, vivan y dejen vivir. Que cada uno de ustedes se constituya en un guardián de la caridad, demuestre la fraternidad, pues ustedes, en verdad y esencialmente, pertenecen a la familia de la fe. Mantengan, por lo tanto entre ustedes, una fe constante y permanente. La caridad nunca está en peligro a menos que el yo la impida o la obstaculice. Mantengan la obra en el primer plano, no sea que la caridad se lesione. Que la causa de Dios sea el asunto más importante, que sea lo primero. Pongan la obra del

Cenáculo en primer término y que el honor y la gloria de Dios sean siempre el propósito inmediato y el ulterior.

Yo confío en que ustedes habrán de convertirse en hombres y mujeres de calibre espiritual y de acción. Dios nos ha confiado una gran obra. Nos ha otorgado . . . un remedio para tantos males sociales y morales— convertir la juventud en espiritual y en católica. Si fracasamos, será porque hemos buscado nuestra propia satisfacción. Porque hemos estado interfiriendo, poco a poco, con los intereses de Dios y, al fin y al cabo, ¿qué sacaremos de ello? Sólo unas pocas miserables ventajas, y nuestra miseria mayor será que habremos fracasado ante la Iglesia y defraudado a nuestra juventud, al dejar de cumplir nuestro deber para con ella.

Se nos advierte que no debemos fallar en hacer el bien. Nos anima saber que hemos de cosechar en grande. No hay duda que en el cumplimiento del deber hay tedio, pero también hay aburrimiento en el placer. Las personas más inquietas y más descontentas son las disolutas, las que sólo buscan el placer. Siempre andan en busca de nuevas formas de diversión. Necesitan nuevas emociones . . . y todo esto lo hacen sin recibir compensación alguna, sin habérseles prometido nada. Viven en sí mismas y para ellas mismas, dejando escapar así la promesa de morir en Dios. Ustedes por el contrario, al ser fieles y continuar en su propósito, vivirán en Dios y recibirán la promesa y la alegría prometida de que al morir, morirán en el Señor. Bien se puede decir del hermano que es fiel a su deber, fiel a su vocación, fiel a su espíritu y quien, aunque cumplir con su deber sea opresivo, oneroso y a veces aun monótono, ese hermano tendrá un día más satisfacción que la que puedan brindarle los placeres del mundo en los meses dedicados a la búsqueda de los placeres. . .

Lo mejor de todo esto es el supremo consuelo de que la fidelidad lleva a la bienaventuranza, y la bienaventuranza es el resultado de hacer el bien por lo cual, a su debido tiempo, se cosechará la recompensa que no ha de fallar.



Martes: primera semana del tiempo ordinario / Práctica: La generosidad

1. Conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, enero de 1917, MF 10778. 2. Conferencia al Apostolado del Cenáculo

Misionero, 13 de abril de 1932, MF 8535-37.

En esta época del año somos muy generosos con Dios en todo. Debe ser muy interesante saber por qué somos tan generosos, tan dadivosos en esta época. Podemos decir que nuestras almas están, sencillamente impregnadas de una abundancia de gracias porque, cada acción buena, cada comunicación buena es una gracia. Es decir, el Espíritu santo nos impulsa. Estamos repletos de buenas resoluciones. Ahora viene lo triste de esto: Nuestro fracaso consiste en nuestras fallas y lapsos en la consecución del bien que deseamos. ¿Cómo es que hemos fracasado en el pasado? ¿Cómo podremos tener éxito en el futuro? Tomo en consideración los pensamientos hermosos que ocuparon su mente en las Navidades y los innumerables y hermosos pensamientos y deseos que abundaron en sus corazones la noche de año nuevo. Todo lo que se interpone entre ustedes y la realización de esas benditas resoluciones se debe a sus propias flaquezas, a su falta de valentía, a su falta de devoción, a su falta del espíritu de sacrificio, a su falta de humildad y de abnegación. Todo eso es lo que se interpone entre ustedes y la consumación de sus deseos (1).

Voy a tocar por un momento algunas de las relaciones más sagradas que ustedes tienen con su Señor. Puede que esté exagerando, pero por el bien del Niño, lo voy a hacer. Ustedes tienen ciertos pensamientos que se relacionan con Jesús. Sé que los tienen. Piensan en Él de una manera que no se extiende a ningún otro. Ni aun con su padre, o con su madre o con alguna otra criatura humana piensan igual. Voy a adentrarme en esos pensamientos privados y sagrados. Hay momentos en que, a cada uno le mueve una gran generosidad y les sobra la generosidad y se tornan tan personales en esos pensamientos que casi sienten una envidia espiritual hacia los primeros amigos de Jesús que le ministraron en persona. A veces sienten envidia de esos ángeles que le cantan, y le adoran casi diciéndoles mientras revoletean alrededor del niño Jesús: “Silencio, déjame cantar mis himnos, déjame entonar mis alabanzas.”

Esa envidia espiritual puede llegar a hacerles descorteces con aquellos sencillos pastores como si los echaran a un lado y le dijeran: “Déjame entrar, permíteme verlo. Déjame contemplar este gran acontecimiento, déjame ver a este Salvador que me ha nacido.” Esa envidia espiritual les impulsa a decirle a San José: “Por favor déjame sostener al Niño en mis brazos, al Niño Jesús. Él me fue enviado.” A veces, pensando en María Magdalena y en aquellas santas mujeres, la envidia

les haría decir: “Por favor, échense a un lado, déjenme un lugar. Él es mi redentor tanto como lo es de ustedes. Ya has tenido tu oportunidad, Verónica, déjame servir al Señor. Déjenme prodigar mi afecto sobre su cuerpo, herido y sangrado.” Tienen que haber sentido tales emociones. Yo lo sé, porque aman a Jesús (2).

El Señor es generoso con ustedes. ¿Se dan cuenta de eso? . . . ¿De verdad se dan cuenta? . . . Si nos damos cuenta saben que Dios no sólo nos ha otorgado una gracia. Nos ha concedido sabiduría (1).



Miércoles: primera semana del tiempo ordinario / El auto-examen

Conferencia a los Siervos Misioneros, febrero de 1922, MF 673-74.

“Jesús entonces regresó con ellos, llegando a Nazaret. En adelante siguió obedeciéndoles” (Lucas 2, 51). Nos encontramos, justo en estos momentos, entre dos temporadas. El tiempo navideño se aproxima a su final y la época de Cuaresma todavía no se asoma, está lejana. La liturgia de la Iglesia que presenta ante nosotros la infancia de nuestro divino salvador y su niñez, ha vuelto esas páginas navideñas hacia el pasado, sin tampoco introducirnos todavía a la vida pública de nuestro querido Señor. En estos momentos conmemoramos la vida oculta de nuestro querido Salvador.

La vida oculta de nuestro querido Salvador nos enseña muchas lecciones saludables, pero ninguna de ellas tiene más valor que la que nos indica que hay momentos en que no debemos frecuentar los lugares de bullicio de los hombres. La privacidad no es difícil de agenciar y es necesaria para poder reflexionar. Es necesario reflexionar para avanzar en la perfección. El Señor nos permite, con gentileza, que lo acompañemos en su vida oculta. Podemos retirarnos a la soledad para orar, dedicarnos a la tarea de introspección o adorar a Jesús e imitarlo en su vida oculta. Esto le agradecería enormemente.

La Navidad se ha ido con sus campanadas de alegría y júbilo. Sería conveniente en este momento, revisar cualquier inspiración o resolución que hubiéramos hecho entonces. Sería también conveniente anticipar los largos días penitenciales, cuya sombra pronto se acercará. Estamos entre temporadas, con nuestro Señor en su vida

oculta y muchas serán las ofrendas que le haremos llegar de forma escondida. Ninguna obra que emprendamos nos causará más satisfacción y redundará en mayor provecho para nuestras almas que el purgarnos de todo lo que pueda disgustarle y comenzar seriamente la tarea de lograr más perfección.

Si solamente pusiéramos en práctica el autoexamen de que hablamos arriba, si en el espíritu de oración le imploramos al Espíritu Santo que nos haga descubrir aquello en que no damos el grado, eso sería una gran ayuda en la tarea de purificarnos y de avanzar en la obra de nuestra santificación. Debemos tener siempre presente esta doble faceta del proceso espiritual y comprometernos con empeño a seguirlo. . .

Es muy lógico, ciertamente, que el que desea un fin también desea los medios hacia ese fin. Todos desean llegar a la bendita meta (de la perfección) y, si fuéramos sinceros, deseáramos, con el mismo ardor, los medios para lograr ese fin. Los medios, como saben ustedes, son los ejercicios piadosos de todos los días, la obra, la aplicación piadosa de nosotros a la oración y a nuestras devociones, a la vivencia fiel y generosa de las prácticas del Cenáculo y, sobre todo, el compromiso de mantener siempre un amor particular a nuestro querido Señor, y de esforzarnos más y más para que ese amor sea más personal . . . de manera que todo pensamiento nuestro, palabra o acción sea para Él y contribuya a su gloria y honor . . .

Corrijamos faltas viejas, malos hábitos viejos y siempre avancemos en la perfección . . . O Jesús, María y José muéstrennos la santa dulzura de estar solos. Concédannos, en ocasión, la gracia de alejarnos, en oración, de la multitud superficial. Que nuestros corazones se unan a los suyos y que sea nuestra bendición, realizar muchas cosas desapercibidamente solamente por ustedes y por el mundo.



Jueves: primera semana del tiempo ordinario / Cómo medir el progreso en la virtud

Conferencia a los Siervos Misioneros, febrero de 1922, MF 673-74.

(En materia de buscar la perfección) algunas

almas tímidas pero inquietas pronto se desaniman ante la tarea que esto supone. Sí, es cierto que cuesta trabajo y trabajo duro, aun doloroso, para uno reformarse y avanzar progresivamente en la virtud. Estas personas vacilantes justificarían su falta de respuesta a la gracia diciendo, “No veo ninguna mejoría” o “Soy tan imperfecto como siempre lo he sido”. ¿Saben ustedes que Dios no nos permite ver el progreso? Está bien que no nos permita seguirle el rastro. No existe ninguna forma física de medir el progreso espiritual, por lo tanto no se le puede tomar el peso ni medirlo a lo largo o a lo ancho.

Debemos estar conformes sólo con la satisfacción de que, por la gracia de Dios, nos hemos podido esforzar en hacer lo que estuvo a nuestro alcance. Es mucho más valioso para nosotros humillarnos y expresar a Dios nuestro descontento en razón de nuestras caídas, que saber, a cada instante, cuál debía ser nuestro estado espiritual. El estar especulando o dudando de nuestra situación espiritual puede convertirse en una búsqueda peligrosa. Creo que en este asunto la mano del espíritu maligno interfiere con muchas almas. . . .

Existe, sin embargo, una señal segura y esperanzadora que se aplica a nosotros y que podemos estudiar con júbilo. Consiste en cualquier virtud o perfección sobresaliente que se manifieste en el Cenáculo en general, o en el Cenáculo donde servimos. Por ejemplo, vamos a suponer que la virtud de la caridad está intensamente activa en cierto Cenáculo. El calor de esa virtud se refleja de vuelta sobre los miembros de ese Cenáculo en particular, puesto que la virtud del Cenáculo no es más que la virtud de sus miembros. No hace mucho tiempo fuimos presa de una gran necesidad financiera. ¡Dios sea alabado por todas las bendiciones que eso nos proporcionó! Los Cenáculos afectados, Hermanas y Hermanos demostraron un espíritu de oración edificante por demás. La difícil situación fue de proporciones extraordinarias como también lo fue el espíritu de oración.

¿Qué significa entonces una situación (tal)? Quiere decir que la religión, la fe, la esperanza y caridad, la humildad y las demás virtudes en los corazones individuales de tales Cenáculos se engrandecen de manera insólita. Pero esa verdad llega a esas almas favorecidas de una manera tan impersonal que pueden pensar sobre ellas sin peligro alguno. Ningún trozo de carbón aislado en una caldera puede reclamar todo el crédito por el calor y la luz, sin embargo cada trozo se ilumina. De hecho, ningún trozo puede estar en un resplandor tan

intenso, sin el fuego y la luz que le comunican los otros trozos de carbón.

Hay en esa caldera caliente desechos que le denominan escoria. La escoria es, entre el carbón, como un ladrón. Es una falsificación, roba calor al carbón real y ella, de por sí, no hace nada. Si se saca de la caldera se convierte en una masa negra, fría e inútil. Lo mismo sucede en el Cenáculo. En medio de un amor ardiente, cada alma puede abrigar el temor de que sea ella la escoria en la caldera del amor divino.

Si esas almas sólo se pusieran de pie, se lanzaran de nuevo en el camino de Dios, se deshacen de la melancolía, tornan sus rostros hacia las alturas de donde procedieron, desechan miedos tontos y tentaciones y escalan de nuevo la cumbre, llegarán a la altura de santidad que antes parecía imposible. “Ahora es el momento”.



Viernes: primera semana del tiempo ordinario / Un amor a la cruz

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros en Puerto Rico, 14 de septiembre de 1927, MF 4202-03.

¿Están ustedes concientes de lo que significan sus tareas (diarias) y la vigilancia que mantienen? ¿Qué efecto tienen la fidelidad a su obligación diaria y los sacrificios que deben desarrollar? ¿Qué efecto arroja el de ustedes ser fieles a su ministerio desde la salida del sol hasta el ocaso, a lo largo del año, en tiempo o a destiempo? El efecto ha sido que ustedes han estado ensalzando la cruz de Jesucristo en los corazones y en las mentes de los niños influenciados por nuestras misiones y bajo su cuidado, tan exitosamente como lo llegó a hacer Santa Elena.

El amor es la motivación mayor del esfuerzo. Amen más a la cruz. Ustedes tienen sentimientos de afecto. Háganlos llover sobre su crucifijo. Denle importancia plena a su cruz. Permítanle que sea la inspiración de los deseos de ustedes. Efectivamente, aun le sería agradable a Dios si ustedes se esfuerzan en pensar con frecuencia que el triunfo de la cruz también será el triunfo de ustedes. Amen la cruz de Jesucristo porque, entre todos los signos de predestinación a la gloria, ésta es la promesa más segura. De hecho, pienso que puedo afirmar con seguridad que la persona que practica devoción a la cruz,

se esfuerza siempre por seguir esa práctica y que le ama hasta el sacrificio – no podrá perderse.

Nos respalda en esto la autoridad de las Santas Escrituras porque Jesús dijo que Él abogaría por cierta clase de personas, que va a asumir el cuidado de la salvación de ciertos amigos favoritos suyos: “Al que me confiese a mí ante los hombres, yo le confesaré ante mi Padre de los cielos” (Mateo 10, 32). El grado más elevado de confesión es la devoción a la cruz de Cristo.

Ustedes han estado haciendo esa confesión. Tomen conciencia de la gracia y el privilegio que es de ustedes. Qué desafortunado sería que no lo apreciaran suficientemente. Grandes privilegios, grandes (ventajas) engendran responsabilidades a la misma medida. Su recompensa será más grande si permanecen fieles a sus responsabilidades. Ninguna fórmula escolar ni expresión retórica puede expresar adecuadamente lo que será su recompensa. Nuestro Señor confía esto a quienes corresponde evaluar todo en el cielo.

Que sientan ustedes el compromiso de ensalzar la cruz de Cristo y, como aguijón para ustedes, les coloco los miles de niños que deberán su salvación al celo y caridad de ustedes. No le fallen a su propia alma. No le fallen a la Iglesia. No le fallen a la Cruz de Cristo. Exalten a la Cruz de Cristo y la Cruz de Cristo los exaltará a ustedes.



Sábado: primera semana del tiempo ordinario / Honrando a nuestra Madre Bendita

Artículo en la Revista del Espíritu Santo, agosto de 1923, pp., 9-10, MF 810-14.

Esta mañana lo primero que salió de la boca de millones de personas en el mundo fue, “Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre las mujeres” (Lucas 1, 28). Tres veces al día, de torre de campanas a torres de iglesia, de colina a colina, a través de mar y tierra, irrumpe el ángelus con el tintineo que retumba de campanas y campanillas. Tres veces al día, el ángelus da la vuelta al mundo. Escasamente terminamos de recitarlo aquí cuando comienza el estribillo en las ciudades del mediano oeste y así se desplaza por todo el continente. Insta a que comiencen

(todas) las labores de un nuevo día. Cuando dormimos profundamente, los habitantes de las Antípodas comienzan a recitarlo.

¿Qué significado tiene ese sonido universal tan recurrente? ¿Qué es lo que expresa esa voz cuyo eco jamás se extingue? Quiere decir esto: que ustedes y los millones que oyen ese sonido inclinan espontáneamente su cabeza y dicen, “El ángel del Señor anunció a María y ella concibió del Espíritu Santo”. Quiere decir que ustedes testifican lo que millones testifican, “Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre las mujeres” (Lucas 1, 28).

Esas son las palabras que ustedes pronuncian tan pronto despiertan . . . Ustedes no soñarían con cerrar sus ojos sin decir las pues ha sido su oración diaria por años; para que puedan morir diciendo estas mismas palabras. ¿Dónde fue que aprendieron eso? Sus papás y mamás se lo enseñaron. ¿Y de dónde lo aprendieron ellos? Otra generación cristiana se lo enseñó y es así que le seguimos el rastro a lo largo de las épocas, una generación comunicándole a la otra que ella es bendita entre las mujeres.

¿A qué persona se le ha mostrado jamás tanto amor, tanta devoción? Después de honrar a Dios es a ella que la religión misma distingue pero, ¿a quién entre los hijos de los hombres, se le han dedicado para honrarle, tantos templos, tantas iglesias? ¿A qué santuarios o imágenes acuden las multitudes de toda generación? Los muertos famosos e ilustres no tienen el poder de atar a los vivos a sus monumentos. Sin embargo, vayan y erijan un santuario a María en el lugar más apartado de donde habita la gente y allá irá a parar el gentío y habrá de frecuentar el lugar por más yermo que sea.

¿Qué hombre ha existido a quien se le hayan erigido tantas obras testimoniando amor y devoción? ¿En qué lugar del mundo no se ha visto su imagen? La podemos ver a lo largo de las carreteras, ubicada sobre las puertas y en los hogares de aldeas y pueblos, habiendo recibido el santuario más sagrado y hermoso que una familia puede ofrecer, elevada también sobre las calles de la ciudad y marcando las fronteras de reinos e imperios.

Ciertamente que se puede afirmar con todo respeto. . . que luego del nombre de Dios omnipotente, no existe en los labios de millones ningún otro nombre tan amoroso como el de María. Se han dedicado a ella tierras y mares. Senados toman asiento en su honor. El amor a ella inspira el esfuerzo de los hombres y el triunfo de su genio se consagra a su nombre. El esfuerzo supremo

de la civilización se ha propuesto difundir sus bienaventuranzas y hacer que se conozca de manera invencible que ella es bendita entre las mujeres.

Alabemos a Dios y démosle gracias por lo que ha hecho en (María). Acudamos a ella confiadamente . . . felicitémosla . . . y recordemos a esa reina gentil que tenga en cuenta nuestras necesidades.



Lunes: segunda semana del tiempo ordinario / San Pablo

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 25 de enero de 1930, MF 8520-21.

Hoy, manteniéndonos fieles a la práctica del Cenáculo, damos gracias al Dios Trino por las maravillas de su misericordia y bondad en sus santos. (Consideren) la conversión de San Pablo. ¡Qué gran personaje es San Pablo! Mientras más lo estudiamos más se adentra dentro de nosotros. Varía tanto en sus presentaciones de sí mismo. Sus contradicciones son tan extraordinarias. No ha existido persona alguna que haya podido odiar tanto ni tampoco amar tanto. No ha existido hombre tan fanático ni tan buen amigo. No ha existido fanático como él ni tampoco apóstol como él. ¡La furia (de sus enemigos) sale a relucir cuando afirman que él fue el fundador del cristianismo! El enemigo acérrimo de Jesucristo, tocado por la gracia, se convirtió en su amigo maravilloso. La energía extraordinaria y el talento que utilizaba para erradicar de la tierra todo vestigio del cristianismo se convierten en herramientas para que los hombres confiesen a Jesucristo.

Poco después de la ascensión al cielo de nuestro Señor, un rabino joven se enlistó entre los estudiantes de Gamaliel. Era un personaje extraordinario entre sus compañeros por los dones de su alma e intelecto. La iglesia cristiana estaba en sus comienzos. Saulo detestaba a sus miembros. A Jesús le tenía aversión y para rendirle un servicio a la religión judía concibió una estrategia alocada para borrar de la faz de la tierra toda memoria de Jesús Nazareno. Los enemigos de nuestro Señor, ávidos de utilizar el ardor de este fanático furioso, entregaron cartas a los ancianos de la ciudad de Damasco. Saulo se apresuró a partir hacia allá respirando amenazas y denuncias contra los fieles. Su nombre infundía terror

entre los pequeños del rebaño. Las madres de esos tiempos apostólicos acallaban a sus hijos inquietos con sólo mencionarles el nombre de Saulo. Saulo había estado presente no hacía mucho tiempo en el martirio de San Esteban. Había participado en el asesinato del santo diácono. Había sostenido las mantas de los perseguidores de San Esteban mientras los incitaba a continuar. La oración de San Esteban al morir fue: “Señor, no le tomes en cuenta este pecado” (Hechos 7, 59). ¿Quién sabe si al entrar a su hogar celestial esta alma casta haya intercedido, en su propio juicio final, por Saulo el de Tarso?

De todas maneras, al acercarse el terror del cristianismo a los portones de Damasco al mediodía, un relámpago lo dejó ciego. ¡Contemplan, entonces a un hombre digno de pena dar vueltas a tuestas, al filo del día, en el claroscuro que el mismo se había agenciado! Penetró sus oídos esta voz: “Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues?” (Hechos 9, 1). Preguntó Saúl: ¿Quién eres tú, Señor? “Yo soy Jesús a quien tu persigues. Se te hace difícil dar patadas al agujón” (Hechos 9, 5). Saulo se desplomó avasallado. Exclamó penosamente: “Señor, ¿qué quieres que haga? (Hechos 9, 6). El Señor se lo indicó. Su conversión fue completa y generosa.



Martes: segunda semana del tiempo ordinario / Práctica: sencillez, virtud del Cenáculo

1. Conferencia dictada en la convención del Apostolado del Cenáculo Misionero, 31 de mayo de 1924, MF 8480. 2. Carta a la Hermana Angel Guardian (Burr) escrita en un tren, 2 de mayo de 1921, MF 5024-27. 3. Carta al Padre Loftus, 26 de junio de 1923, MF 5381-82. 4. Carta a la Hermana M. Baptista (Croke), junio de 1915, MF 423. 5. Carta a la Hermana M. Baptista (Croke) en ruta a Opelika, AL, alrededor de 1915, MF 444.

Según se manifiesta el espíritu del Cenáculo, lo va rodeando una gran sencillez. Es que las personas con el espíritu del Cenáculo son gente simple. No se valen de métodos engañosos . . . van directamente al grano. Esa sencillez comienza con la pureza de intención . . . Hacen todo por el amor a Dios (1).

¿Qué es lo que yo procuro ver en ustedes?

Docilidad, franqueza y lealtad a los superiores y a la comunidad. La desafortunada adulación propia, tenacidad en las opiniones, la disposición de actuar o hablar por encima de los demás – todas estas cosas le desfavorecen y le ponen bajo sospecha. ¿Cómo puedo tenerles confianza si tengo prueba de que dicen cosas inexactas? ¿Qué debe pensar sobre esto el espíritu de la verdad? ¿Qué se proponen adelantar con una conducta que bordea la duplicidad? Necesitan la virtud de la sencillez . . . olvidense de si mismos . . . de manera que puedan recibir las correcciones sin discusión, auto-defensa o argumento. No intenten engañarse a si mismos achacando la culpa al Superior, a tu trabajo, a su salud o a cualquier otra cosa. Dice el Espíritu Santo: “Su comunicación es con los de corazón simple” (Proverbios 3, 32). Cuando son sencillos, cuando no utilizan herramientas de engaño, la palabra de Dios les acompañará, tendrán paz, favor y confianza. ¡Que el Señor les conceda esa gracia (2).

Hace algunos meses que vengo preocupándome en razón de un espíritu nuevo que se manifiesta en Holy Trinity Station y que promete ser nocivo al hermoso espíritu de sencillez que, hasta la fecha, ha atraído a tantos . . . Antes de que vinieran al Sur les hice saber que el espíritu del Cenáculo es un espíritu abierto. Insistí en que todo debía hacerse tomando consejo y con sencillez (3). Me sería muy difícil darme cuenta de todos los conflictos familiares que puedan surgir. Ahora bien, esos conflictos van a suceder y debemos prepararnos para ellos. Una visita pasajera mía puede suavizarlos temporalmente pero la solución verdadera será reintegrar a la casa el orden, la disciplina, la oración, el sacrificio y el amor a Dios. Una forma eficaz de lograr esto es que el miembro que viva mejor el espíritu de la obra . . . haga regresar a todos los demás al estilo sagrado y divinamente hermoso de convivencia . . . mediante la paciencia, la dulzura, la persuasión personal y la firmeza. Permanezcan alerta, no sea que una pizca de orgullo se deslice en sus actitudes o en sus acciones. Siempre demuestren una sencillez divina. Si hubiéramos visto a nuestra santa Madre nos hubiese encantado su sencillez . . . y ella es la más grande de todas . . . Cuidado con tratar a otros con actitud agresiva o condescendiente. Cuidado, también, con el disgusto cuando se les fiscaliza, se desaniman o se les contradice (4). En aras de la humildad y la sencillez debemos mantenernos alerta no sea que una palabra nuestra provea aliciente a algún presumido.



Miércoles: segunda semana del tiempo ordinario / La pobreza

Constitución original de los Siervos Misioneros (1928), artículos 91-92, 104-107 – MF 14303-04.

Que el Siervo Misionero se acerque a la perfección de aquel “que se hizo pobre por ustedes para que su pobreza los hiciera ricos” (2 Corintios 8, 9) – siempre evitando lo que es delicado y lujoso. Que mediten siempre sobre la pobreza austera de San Juan Bautista y que teman ser incluidos en el número de los que visten trajes finos (Art. 91).

Se meditará con frecuencia y se dictarán conferencias sobre la pobreza de Jesús, María y José. Jesús vino pobre, nació de una madre pobre y nuestro Jesús es el Jesús pobre y desnudo de la cruz, enterrado en la tumba de un particular. Qué vergonzoso sería para alguien que ha heredado el ciento por uno de recompensa celestial mediante su profesión religiosa, envidiar e imitar a las personas mundanas en aquellas cosas que el “óxido y la polilla destruyen” (Mateo 6, 19), (Artículo 92).

No satisfechos con cumplir la obligación estricta del voto, practicarán la virtud de la santa pobreza que consiste en el desprendimiento interior de los bienes de este mundo. Deben tenerle amor como a la madre y, en todas las circunstancias, deben esforzarse por conformar su proceder al espíritu de aquella santa pobreza que fuera compañera inseparable de su Modelo Divino. Deben sentir el júbilo de vestirse en la facha de la santa pobreza en razón de Su ejemplo y abrazar cualquier oportunidad que se les presente para imitar la pobreza del Jesús pobre y de su pobre Madre, María (Artículo 104).

La perfección de la santa pobreza será ésta: sufrir la necesidad de las cosas terrenales para glorificar a Jesús en Su pobreza: “Quien se hizo pobre por ustedes para que su pobreza los hiciera ricos” (2 Corintios 8, 9). La perfección de la pobreza evangélica consiste en no tener atadura alguna con lo terrenal, utilizando lo que se nos obliga a tener por el honor y gloria de Dios. Aquel que quiera liberarse con la libertad de los hijos de Dios que aspire a esa pobreza (Artículo 105).

Un hermano deberá sentirse satisfecho con pocos y sencillos artículos de vestir . . . Cada uno, sin excepción alguna, se regocijará si en la distribución de las cosas necesarias se le trata como el último en la casa,

sacando ese gozo santo del corazón de Jesús, quien por amor a él eligió ser tratado como el menos importante de los hombres y desechado por su pueblo (Artículo 106-107).



Jueves: segunda semana del tiempo ordinario / La castidad

Constitución original de los Siervos Misioneros de la Santísima Trinidad (1928), artículos 142-145, MF 14308-09.

La castidad es la virtud angélica. Su fragancia excede la de las demás virtudes y, de todas, es la más delicada. Una mirada descuidada, una palabra sin pronunciar pueden causarle una herida mortal. Su perfume es raro y sutil y al exponerse en lo mínimo, puede disiparse. Es evidente la gran estima que tenía el Señor por la castidad y lo que deseaba que nosotros la tuviéramos en el corazón en esto, que mediante la intervención del Espíritu Santo, de forma milagrosa, Él nació de una virgen. Detestaba el vicio opuesto de tal forma que mientras permitía que se le acusara de crímenes terribles nunca permitió que se le imputara la más mínima sospecha de inmodestia (Artículo 142). Los Siervos Misioneros, por lo tanto, se esforzarán con todos los recursos de todas sus facultades y del poder de su ser, por imitar el ejemplo que dio Jesús, el Hijo de la virgen de las vírgenes. Tomarán toda precaución necesaria para preservar y fortalecer la pureza de cuerpo y alma (Artículo 143).

Peligros contra la santa virtud son, la indolencia, la intemperancia, la indiscreción de exponerse uno a la tentación contra la castidad. Por lo tanto, un Siervo Misionero buscará seguridad en evitar el ocio, frenar los sentidos y apetitos desordenados y en obviar personas y lugares que le son peligrosos, en resistir la tentación pronta y vigorosamente en su primera incursión y de desechar como una plaga, cualquier objeto externo que sea una causa innecesaria de la tentación. No puede haber dilación, ni concesión, ni componendas con la tentación (Artículo 144).

La herramienta para defender la castidad está siempre a la mano, oración al Dios Trino. El Espíritu Santo es el espíritu de la pureza, puesto que la continencia y la castidad son sus frutos. Apresúrense al Sagrado

Corazón de Jesús. La reina de las vírgenes está siempre alerta para protegerles. Los ángeles prestos a acudir a nuestra defensa. Los santos ayudarán y el confesionario y el tabernáculo invitan a los angustiados por la tentación a venir y a venir rápidamente (Artículo 145).

Que todo Custodio y Siervo Misionero recuerde que la misma ley que prohíbe romper el mandamiento ordena igualmente que se evite la ocasión de pecado. Se puede, entonces, meditar con frecuencia sobre el aviso del Espíritu Santo: “El que ama el peligro, en él perecerá” (Eclesiástico 3, 26). Sobretudo, una vigilancia sin tregua, en especial cuando una tarea exige asociarse con el sexo opuesto, contribuirá mucho a que la virtud angélica nunca será lesionada en el Cenáculo Misionero (Artículo 145).



Viernes: segunda semana del tiempo ordinario / La pasión de Nuestro Señor

1. *Artículo en el Holy Ghost Magazine, abril de 1923, páginas 13-14, MF 782-83.* 2. *Carta sin fecha a la Hermana M. Baptista (Croke) escrita en un barco rumbo a Puerto Rico, MF-2499.*

Algunos de los entendidos y poderosos de Su pueblo se enfurecieron por las críticas severas que Él les dirigía y se reunieron en consejo. “Caifás era el que había aconsejado a los judíos que era mejor que muriera un solo hombre por el pueblo” (Juan 18, 14). Le espiaban, intentaban crearle oposición, una opinión adversa, división y deserción entre sus discípulos.

Se hicieron intentos para ponerlo en contraposición con el gobierno de su tiempo y de su propia raza. El imperio romano estaba entonces en el poder. El reino de Judá carecía de cetro. El pueblo detestaba a Roma. Los fabricantes de intrigas y los capciosos se acercaban a Él aparentando buscar iluminación. “¿Está contra la ley pagar el impuesto al César? ¿Debemos pagarlo o no?” (Mateo 22, 17).

Decir que “sí” significaba que era un emisario de Roma. Decir que “no” lo convertía en un rebelde frente a la autoridad constituida. En ocasión lo hubiesen forzado a que opinara en contra de las tradiciones antiguas que su pueblo consideraba santas o encontrarlo culpable de falta de misericordia y de caridad. Jesús siempre escapaba las trampas que le tendían esos enemigos

conspiradores y engañosos. Devolvía su malicia a ellos mismos para confundirlos, de manera que llegaron a temerle.

La furia de sus enemigos crecía a diario según las multitudes que le seguían incrementaban. Se aprovecharon de la celebración de la Pascua para capturarlo y desacreditarlo ante la nación. Vergonzosamente entraron en un complot traicionero con uno de sus seguidores para que lo entregara traidoramente al poder de la sinagoga. El traidor recibió las treinta monedas de plata a las que se refiere Zacarías (Cf. Zacarías 11, 12).

Jesucristo sabía de la conspiración puesto que habló a sus discípulos de ella. De hecho les anticipó algunos días antes las circunstancias de su pasión y muerte que se avecinaba. “Jesús tomó aparte a los doce y les dijo:

Estamos subiendo a Jerusalén y allí se va a cumplir todo lo que escribieron los profetas sobre el Hijo del Hombre: será entregado al poder extranjero; será burlado, maltratado y escupido y, después de azotarlo, lo matarán. Pero al tercer día resucitará” (Lucas 18, 31-33).



Sábado: segunda semana del tiempo ordinario / Alabanza a nuestra Santa Madre

Artículo en el Holy Ghost Magazine, agosto de 1929, MF 11595-96.

“Dios te salve María, llena de gracia, el Señor es contigo: Bendita tú eres entre las mujeres” (Lucas 1, 28). El Arcángel fue el primero que lo dijo aquí en la tierra. Como un rayo de luz inunda un aposento, se apareció en su presencia saludándola: “Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo: Bendita tú eres entre las mujeres”. El Arcángel Gabriel había recibido un encargo del Dios Trino para esta virgen de Judá. Debía ganarle el consentimiento libre para entrar en el plan divino de la redención. “Eres bendita entre las mujeres”. ¡El Arcángel Gabriel trajo el conocimiento de esa verdad desde la sala de consultas misma de la Adorable Trinidad!

Ahí lo había escuchado, ahí lo había oído por primera vez.

Poco tiempo después, en ocasión de una visita de la Santísima Virgen a su prima Santa Isabel, prorrumpió en el magnífico canto, el *Magnificat*: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque se fijó en su humilde esclava y desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada” (Lucas 1, 46-48). Sus labios ciertamente lo aseveraron . . . ahora la acompañaba otra vida, el Verbo hecho carne. Bien podríamos preguntarnos: ¿No era más bien el mismo Jesús que hablaba esas palabras? ¿Era ese su mensaje inaugural a la humanidad a través de los labios de su Madre? ¿Fue ésta su primera declaración: anunciar que su madre sería bendita entre las mujeres? ¿Habló realmente ella por Él?

Ella es sin duda “la mujer vestida del sol con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza” (Apocalipsis 12, 1). Los ángeles la contemplaron en la tierra con regocijo, exclamando de coro a coro: “¿Quién es ésta que sube del desierto? Parece ser una columna de humo perfumado de mirra y de incienso y de todos los aromas” (Cantar de los cantares 3, 6). ¡O, cielos y tierra, es su Reina! La Santa Madre Iglesia nos dice (en efecto): es la bienamada hija del Altísimo, es la virgen sin mancha, bendita entre las mujeres, la madre de la misericordia, el refugio de los pobres pecadores. Es nuestra vida, nuestro consuelo, nuestra esperanza. Es nuestra mediadora después de nuestro soberano Mediador, sobre todo es la Madre de Dios. . .

Al igual que un mar pleno de tesoros eleva a la superficie su carga preciada con cada ola, toda generación, en toda época, ha proclamado a la Doncella de Judá, bendita entre las mujeres. Se ha convertido en bendita de las familias, de las tribus y de los clanes de toda nación bajo el cielo, en todas las épocas del mundo. Nunca se le ha otorgado tanto honor a criatura alguna. Cada generación le añade algo a esa bendición la cual crecerá y crecerá hasta que el mismo Padre Eterno ponga punto final en la cima.

Alabemos y agradezcamos a Dios lo que ha hecho en María. . . y acudamos a ella confiadamente . . . Felicitemos a nuestra reina amable y presentémosle nuestras necesidades.



Lunes: tercera semana del tiempo ordinario / La victoria sobre el mal

Artículo en el Holy Ghost Magazine, noviembre de 1928, MF 1288-89.

“No te dejes vencer por el mal, más bien derrota al mal con el bien” (Romanos 12, 21). El mal es palabra ominosa. Ha ondeado sobre la humanidad como paño mortuario horroroso. Le acompañan como sirvientes el miedo y la calamidad. El mal es odiado, evitado y asociado con los espíritus malignos. El miedo al mal que pueda venir es fuente fructífera de superstición y magia negra. Los hombres se protegen contra él de cualquier manera posible. Donde se encuentra sembrado, la paz no tiene amenaza más grande, huye del lugar. No hay júbilo ni prosperidad donde se encuentra el mal.

Sus dos compañeras de viaje son la aflicción y la ruina. El mal ha abierto las compuertas de las lágrimas del hombre. Enemistades y pillaje, odio y homicidio, toda pasión desenfadada del corazón son sus hijos. Marchita, enmohece, disuelve la sociedad y convierte a los mansos en fieras. Clavó al Hijo de Dios a la cruz.

Tenemos mucho que deplorar en la época actual de una búsqueda desordenada del placer, de caridad fría, con sus horarios profanos y comportamiento que escandaliza a los inocentes. Abunda el mal moral. Además (existe el mal físico) – temblores, volcanes, tempestades, plagas, guerra, enfermedad. (Estos, combinados con) la falta de sensibilidad entre los hombres y la perversidad humana vierten sin cesar más y más hiel y amargura en el cáliz de nuestra generación. En verdad somos hijos del dolor.

Contamos con un sumo sacerdote, Jesús, pero Él no es “un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades” (Hebreos 4, 15). Su mirada se posa en cada recoveco del universo. Cuenta cada lágrima. Toma nota de cada quejido del que sufre y de cada corazón que se rompe y los siente como si fueran suyos. Su adorable Sagrado Corazón recoge todo esto y late en empatía infinita con nosotros, pobres peregrinos . . .

Es nuestro Hermano Mayor, el Varón de los dolores que ha sufrido con cada hijo de Adán que sufre. Tuvo en estima y con empeño divino. . . a todos y a cada uno . . . Seríamos unos ingratos si no estuviéramos agradecidos y le amáramos (especialmente) por esa oración llena de compasión por nosotros que le dirigió

a su Padre celestial: “No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del maligno” (Juan 17, 15). (Y) para verter bálsamo sobre el corazón herido de la humanidad, nos muestra a nosotros, mortales frágiles, nuestro único refugio. Para salvarnos del diluvio de la miseria, nos enseña y nos urge a orar: “Padre nuestro . . . libranos del mal” (Mateo 6, 13).



Martes: tercera semana del tiempo ordinario / Práctica: Dependier de Dios

1. *Carta a la Hermana Mary de Lourdes (Culhane), 3 de mayo de 1921, MF 5036.* 2. *Artículo en El Educador Católico, Río Piedras, Puerto Rico, 1927, MF 1243-44.* 3. *Sermón de Cuaresma predicado en la Iglesia de Saint John's, Philadelphia, PA, 1927, MF 8301-03.*

Hija mía, nunca serás independiente. Estás avocada a servir siempre, si no al Creador, a alguna de sus criaturas. ¿A quién es que decides servir? . . . Eres una Sierva Misionera. ¡Qué título tan glorioso! Ciertamente sería una calamidad no vivir como tal y qué mala fortuna no morir como tal. Puedes comprar la alegada libertad pero a un precio terrible. Los placeres de esta vida no son más que un acercamiento a lo animal. Son los desechos de nuestra época degenerada. No te vayas a equivocar. Dejas atrás placeres si buscas los placeres de la vida. . . ¡O, qué ceguera tonta, qué delirio que intentes calmarte con palabras tales como libertad, independencia, placer, hogar, las cosas del mundo! ¿Qué ha sucedido con las palabras: “Jesús, mi amor crucificado, que hermosa cruz por la cual tengo salvación?” (1).

Considera la palabra “religión” y de dónde se deriva. Viene de dos palabras latinas que quieren decir re-ligar. El mero origen de la palabra muestra que la religión no es un asunto de escoger y seleccionar. No podemos ni tener un comienzo de la idea correcta de la religión sin poner a Dios primero y, si esa idea perdura, debemos mantener con perseverancia la noción que dependemos de Él y eso nos llevará a someternos voluntariamente a Él. Dios es el ser sobrenatural libre en quien el hombre está conciente de depender, de quien siente necesidad de auxilio, en quien reconoce la fuente de la perfección y la felicidad . . .

Desde muy temprano en nuestra vida

conocemos la idea de Dios, nuestro creador, redentor y santificador. Sin duda que la mera sencillez de esta creencia, la respuesta completa que provee a tantas perplejidades, nos puede cegar hasta tal punto que no le ponemos atención a la grandeza de esa revelación. El reconocimiento de nuestra dependencia en Dios al comienzo de la vida al igual que su continuación en la existencia subsiguiente, es la piedra angular de la fe (2).

¿Por qué es que con frecuencia nos permitimos, nosotros mismos, rebelarnos contra Dios? . . . Pudiera ser que la misma ley de Dios que nos impone la obligación del amor, el respeto y el servicio, la dependencia en Él, ha llegado a ser considerada en nuestra mente como una tiranía descarada . . . Miremos hacia atrás a la obra de Dios desde la eternidad, imponiendo su amor al género humano. ¿Fue el acto de un tirano en lucha con un esclavo? No, fue la acción de un Padre amoroso bregando con sus hijos. Sólo el hombre está hecho a la imagen y semejanza de Dios porque sólo nosotros poseemos el poder de la inteligencia . . . La inteligencia nos eleva sobre las demás criaturas. Esa es la expresión de la confianza que Dios tiene en nosotros. Nos podía haber obligado pero dijo: “Me siento en la seguridad de que si les doy el poder de cooperar con mis planes . . . y les doy a conocer mis planes, habrán de responder”. Cuando el hombre rehúsa responder (a ser dependiente), cuando nos rebelamos, traicionamos la confianza que Dios tiene en nosotros (3).



Miércoles: tercera semana del tiempo ordinario / Liberación del mal moral

1. *Artículo en el Holy Ghost Magazine, noviembre de 1928, MF 1289-90.* 2. *Artículo en el Holy Ghost Magazine, diciembre de 1928, MF 1360.*

Hay muchas clases de mal y se manifiesta de diferentes maneras. Sin embargo, nos concierne solamente un mal porque hay sólo un mal real que es el mal moral del pecado. Muchas personas confunden esto con la adversidad y el sufrimiento. En realidad esos no son males. De hecho son pruebas permitidas por una Providencia benigna, que pueden convertirse en un gran bien y realizar la misión beneficiosa de purgar nuestros

pecados, temperar nuestros deseos descarrilados al disponernos para el favor de Dios y rendirnos idóneos para las gracias y bendiciones de Dios.

El mal que en realidad debe evitarse y esquivarse, contra el cual debemos orar: “líbranos del mal” es aquel que pone en peligro la fe y la moral y perjudica nuestra salvación. Las miserias humanas son innumerables. Hay pestilencias y calamidades. Hay contradicciones y desilusiones. Diariamente nos toca luchar contra los enemigos de nuestra alma. Diariamente nos acosan aflicciones físicas y espirituales . . . Oramos primero por las bendiciones espirituales y luego por las materiales. De la misma manera oramos por la liberación de males espirituales primero y entonces por la liberación de los males corporales y materiales.

Sería insensible y presumido el que se olvidara o no se tenga en cuenta esta oración: “Padre nuestro, líbranos del mal”. ¿Qué es más evidente en nuestra experiencia diaria que el mal? Si no fuera porque nuestro Padre celestial está en espera de ayudarnos, nos zambulliríamos en una profunda depresión. Nuestros pensamientos serían los de Job mientras contemplaba los males que le rodeaban y se quejaba así: “¡Maldito el día en que nací y la noche que se dijo, ‘ha sido concebido un hombre!’” (Job 3, 1). Nunca fueron las catástrofes tan frecuentes. Nunca hubo tantas muertes violentas, repentinas e inesperadas. Verdaderamente podemos unir nuestros gemidos a los de Job (1).

Hemos pecado. Hacemos penitencia y aceptamos las consecuencias. Nos hemos equivocado. Nos hacemos cargo de los rasguños y heridas subsiguientes. Hemos sido presumidos y necios. Estamos dispuestos a pagar el precio y acreditar la pérdida a nuestra propia arrogancia. Hemos convertido en desastre el bien que podíamos haber hecho. Besaremos la mano del que castigue nuestro amor propio. La aflicción es la caricia de una providencia benigna que nos enseña sabiduría partiendo del desastre causado por nuestra locura y descarrilamiento (2).

“Vengan a mí los que van cansados, llevando pesadas cargas, y yo los aliviaré” (Mateo 11, 28). Cuán agradecidos debemos estar al Dios Trino quien nos permite que le oremos y en quien podemos encontrar refugio cuando la tempestad del mal se desata y podemos sentir las alas de su bondad y amor protegiéndonos (1).

La sabiduría divina y el amor divino nos obsequió aquella oración: “Padre nuestro que estás en los cielos”. No existe oración igual. Se nos concedió de

manera que las hermosas y sagradas relaciones entre nuestro Padre celestial y nosotros no se pudieran olvidar . . . para que lográramos exitosamente que su Nombre sea santificado, que venga su reino, que se haga su santa voluntad y que ganáramos de Él mismo el sustento espiritual y corporal, el perdón de nuestros pecados, la protección de la tentación y la liberación del mal (2).



Jueves: tercera semana del tiempo ordinario / El mal físico y la voluntad de Dios

Artículo en el Holy Ghost Magazine, noviembre de 1928, MF 1289-91.

O, cuánto necesita el hombre a un Padre celestial a quien pueda acudir para su protección, un Dios que se enfrente al mal de manera que su criatura, el hombre, tenga protección. Dios es la única protección que tenemos de los males de la vida. Cuán bueno es el buen Dios cuya misericordia nunca se acaba y quien está siempre presto para salvarnos de la multiplicidad de males . . .

Nuestra fe católica nos ofrece un remedio y un consuelo. El católico ha sido bien entrenado en la escuela del sufrimiento y sabe leer muy bien el libro de la cruz. Una fe iluminada le enseña que es una bendición, ser llamado a vigilar y a sufrir con el Hombre y la Mujer de los dolores y unir su corazón al corazón agonizante de Jesús y al sufriente y compasivo corazón de María Inmaculada.

A nadie le gusta sufrir por el mero hecho de sufrir. La adversidad y la pérdida son intolerables en sí mismas. Pero la fe nos enseña que esas miserias pueden ser bendiciones enmascaradas que, de hecho, pueden resultar en bendiciones prodigiosas del favor de Dios: “Pues el Señor corrige al que ama” (Hebreos 12, 6). Nada sucede en este mundo sin que Dios lo dirija y lo permita. No sucede nada por casualidad a lo largo de nuestras vidas, dice San Agustín. Dios lo controla todo. (Y dice la Sagrada Escritura): “Prosperidad y mala suerte, vida y muerte, pobreza y riqueza, todo viene del Señor” (Eclesiástico 11, 14). ¿Se levanta del suelo una trampa antes de que haya caído algo en ella? ¿Resuena la trompeta en una ciudad sin que se alarme toda la población?

¿Sucede alguna desgracia en un pueblo sin que venga del Señor? (Amós 3, 6). Lo que parece venir de las maquinaciones o los esfuerzos del hombre debe atribuirse al permiso concedido por Dios. ¿Quién habló y realizó? ¿No es el Señor el que decidió? ¿No salen de la boca del Altísimo los males y los bienes? (Lamentaciones 3, 37-38).

En una obra mala deben entenderse dos cosas, a saber, el apartarse nuestra voluntad de la ley de Dios y el acto mismo, su manifestación externa. Nuestras vicisitudes no son obra del hombre, son obra del mismo Dios. “Yavé me lo dio y Yavé me lo ha quitado ¡bendito sea el nombre de Yavé!” (Job 1, 21). Dios es el mejor de los padres y todo lo que hace está lleno de sabiduría infinita. Los Padres de la Iglesia nos dicen que todas las obras de Dios son perfectas, llevadas a cabo, justo en el peso y medida correspondiente. Son tan buenas que no podrían ser mejores.

Han de estar ustedes perfectamente convencidos que nosotros somos la obra del buen Maestro, cuya providencia infinita está siempre ocupada con sus criaturas. Bajo su protección amorosa no nos va a suceder nada que vaya en contra de su voluntad, nada nos puede hacer daño sin que Él lo permita. Lo que sea que nos suceda es tan bueno que no se puede imaginar nada mejor . . . Si Él permite que nos toque la desolación es para salvarnos de las lágrimas eternas.



Viernes: tercera semana del tiempo ordinario / Devoción a la causa de la Preciosísima Sangre

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 12 de julio de 1914, MF 8333-36.

Es gracia inefable de ustedes recibir en sus corazones durante la comunión la Preciosísima Sangre y ofrecerla al Padre Eterno y entregarla a Su Madre dolorosa, María. ¡Qué gracia y privilegio el de ustedes que pueden recoger, adorar y entregarle a ella las gotas de la Sangre Sagrada, no sea que vaya a ser profanada! Ella recibió la obligación y la gracia dolorosa de sufrir la suerte de su Hijo adorable, la víctima divina de nuestra insensatez pecaminosa. Fue ella la que limpió Su cara santa

del lodo de los insultos malvados. ¿Para qué más laboran ustedes o se entrenan si no es para ayudar a nuestra Madre de los Dolores a limpiar y a reflejar la imagen de Dios en las almas de los hombres y de las mujeres . . .?

¡He ahí su Madre! ¡He ahí la de ustedes al pie de la cruz! ¡Contemplan a María, nuestra Madre Inmaculada! ¡Miren bien ese inmaculado corazón que, como el de su divino Hijo, se desborda de amor por los hombres, miren como se va rompiendo al contemplar de pie a la Preciosísima Sangre derramarse por completo! ¡Cuán agradecida y complacida estará con ustedes por su devoción a la Preciosísima Sangre! ¡Fíjense en lo grandes que llegaron a ser (San Juan) y María Magdalena! ¡Qué nivel de afecto han escalado en el mundo y qué bueno es Dios con ustedes que les concede la gracia de que se unan a ellos!

La obra de su vida es salvar almas, traer a la Preciosísima Sangre las almas de los pobres hombres y mujeres manchadas por el pecado. Si la Preciosísima Sangre tiene amigos hoy en el mundo ¿se encuentran ustedes entre ellos? ¡Fíjense en su dignidad y atesoren su gracia! ¡O, cuántos más habrán de lavarse a través de ustedes en esa limpieza santa! ¡Cuántos, sin su mediación . . . jamás se limpiarán! ¡Cuán maravilloso es el hecho de que Dios les utiliza para traer almas a . . . la Preciosísima Sangre! . . . ¡Cuán amoroso los amará Jesús para encargarle una misión de esta naturaleza! . . .

Tomen su lugar al pie de la cruz. Escuchen a su divino Señor exclamar “tengo sed”. “Tengo sed por las almas” (Juan 19, 29). Contemplan la crueldad de todo: miren como sangra por todas las heridas. Abran su corazón para que la Preciosísima Sangre pueda vaciarse ahí, que caiga cada gota y que como Santa Teresita de Jesús la puedan derramar sobre las almas de los hombres.

¡Sed! ¡sed! ¡sed! por las almas, mis queridos hijos. ¡Olvídense de todo! ¡Sobrepónganse a todo! ¡Sufran todo! ¡Sacrifiquen todo! de manera que puedan satisfacer a nuestro Salvador moribundo y agonizante, nuestro querido Señor derramando la última gota de sangre por las almas . . .

Reciban la sangre de Cristo con gran reverencia, atesórenla, eviten aun el pecado venial intencional no sea que pierdan una gota de la Sangre redentora. Que la Preciosísima Sangre les mantenga en la gracia y en el amor santo y que, a través de ustedes, logre que el cielo se regocije con la cantidad de almas que hacen penitencia.



Sábado: tercera semana del tiempo ordinario / Imitación del Inmaculado Corazón de María

Conferencia sin fecha a los Siervos Misioneros, MF 8588-89

La misión de la Iglesia Católica es guiar a la humanidad hasta Dios. Pero nada que esté mancillado puede entrar al cielo. Por lo tanto la Iglesia deberá velar que sus hijos tengan su corazón limpio y pone ante ellos un ejemplo resplandeciente de pureza sin mácula, María, la Virgen Inmaculada.

Todos conocemos la influencia que tiene un buen hombre o una buena mujer y lo mucho que atrae un buen ejemplo. El mundo tiene sus héroes y nunca se cansa de cantar sus alabanzas y de conmemorar en mármol o bronce sus nombres y sus hazañas. El mundo tiene en gran estima a los hombres de estado, soldados, poetas, filósofos, gobernantes y líderes poderosos, inspirando a la juventud con el relato de su grandeza y motivándola con la gloria que han logrado. La Iglesia conoce muy bien el valor de un gran ejemplo. Presenta ante sus hijos el conjunto de sus santos vestidos de blanco con María como su (reina).

La Iglesia también conoce la mala voluntad, el pecado y la corrupción del mundo. Conoce la irreflexión de la juventud y lo fácil que se descarrila. Conoce los peligros a que se exponen porque ha visto miles y miles que se han sumergido ahí. La Iglesia los ha visto pasar rechazando sus advertencias, ridiculizando sus consejos, profanando sacrílegamente sus sacramentos. Pero, sumergidos en hábitos viles, manchados y corrompidos en alma y cuerpo, en busca de satisfacción en el gozo superficial de la sensualidad, no escuchan ninguna amonestación. Se apresuran hacia la eternidad y al abismo que lleva a la perdición, rodeados del tropel de sus malos compañeros.

La Iglesia, consciente de su triste suerte, insiste con sus hijos a no dejarse engañar como éstos, ni seguirle los pasos, sino más bien a seguir el otro ejemplo — el ejemplo de la inmaculada Virgen de Nazaret.

Resolvamos entonces, practicar la devoción diaria a María, nuestra vida, dulzura y esperanza. En todo peligro y tentación debemos volar a guarecernos bajo su protección como un niño vuela hacia su madre para buscar seguridad y consuelo en su cuidado amoroso y maternal. Si queremos participar en la jubilosa ascensión de María al cielo, tenemos que imitar su ejemplo,

esforzándonos siempre por ser limpios de corazón.

Que nuestra devoción a ella sea constante y abnegada como fue la de San José. Es así que, esforzándonos por imitar las virtudes de la Sagrada Familia, se marquen nuestras vidas con su imagen y lleguemos a ser, en realidad, hermanos y hermanas de Jesús e hijos de María y vivir con ellos en el cielo para siempre.



Lunes: cuarta semana del tiempo ordinario / La confianza en Dios

Carta a Joachim V. Benson, S.T., 6 de enero de 1932, MF 10819-20.

Recuerda que el Señor está con nosotros en la barca. Puede que nos esté rodeando una tormenta financiera, o de cualquier otra índole, pero siempre recuerda que Jesús está con nosotros. Tengan primero, la confianza y la valentía que nos habrá de librar de aquel reproche: “Hombres de poca fe” (Mateo 8, 26) y, segundo, que nos ha de traer Su gozo, Sus bendiciones y Sus alabanzas—”Ni siquiera en Israel he hallado fe igual” (Lucas 7, 9).

Hay una ventaja en sentir necesidad, hay una alegría en experimentar una necesidad apremiante. Hay consuelo aun cuando las nubes más negras nos cobijan. Consiste en esto: tenemos la oportunidad de confiar en un Ser supremo e infinitamente bueno y amoroso. No es tanto que hagamos algo o adquiramos algo o que recibamos respuesta a una oración, sino que demostremos una fe y un valor en Jesucristo invencibles.

¡Vamos a suponer que podemos adquirir una fe y una confianza como esa! Qué alivio para nuestra conciencia poder decir que no hemos fallado en nuestra fe y confianza en Dios. De nuevo, vamos a suponer, que podemos desarrollar ese tipo de fe y confianza a través de lo que es el mundo del Cenáculo Misionero — ¡piensa en la fuerza de choque que el Cenáculo Misionero podría proveer a la Iglesia! Me parece que vivir en estos tiempos difíciles, cuando hay tanto temor en el corazón de hombres y mujeres de iglesia, en hombres de estado y en hombres de negocios, cuando una mirada cualquiera al futuro señala que será un tiempo en que se necesitarán hombres escogidos — si la lógica de los acontecimientos

actuales apunta a problemas y zozobras para el estado y la iglesia, para nuestra santa religión y para nuestro país en el futuro, Dios tiene entonces, ahora mismo, hombres y mujeres de fe y valientes preparándose.

Si, por lo tanto, acontecimientos corrientes y apremiantes te brindan la oportunidad de cualificar para gracias tan encumbradas, debemos sentir júbilo en lo que, para muchos hombres, es un momento de sentir miedo, ansiedad y aun abatimiento. Si tu trabajo actual te presenta las dificultades que han de desarrollar en ti fe y confianza de un calibre tal, entonces eres persona escogida y debes estar dispuesto a cantar tu *Te Deum* en cualquier momento.

Si descubres que puedes decir presente bajo presiones y dificultades, y si los principios ya mencionados son ciertos, déjame, entonces, felicitarte. Ciertamente que tu necesidad me hace ver en ti un hombre afortunado y bendecido por Dios. En ocasión dile esto a la sabiduría del mundo que te cause cualquier vacilación: “Nuestro auxilio es en el nombre del Señor que hizo el cielo y la tierra” (Salmo 123, 8).

(Que) cada día (te) fortalezcas más en la fe y la confianza en Dios, cuya providencia amorosa no deja pasar inadvertida a la más mínima hoja seca en el campo ni el paso del animal en la maleza, ni el revolotear del más pequeño residente de la tierra.



Martes: cuarta semana del tiempo ordinario / Práctica: la virtud de la fe

1. Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, Convento del Cenáculo, New York, 7 de agosto de 1915, MF 8362. 2. Conferencia al Apostolado del Cenáculo Misionero, 13 de abril de 1932, MF 8537-38.

No hay razón alguna para hablarles sobre la virtud si ustedes no son (hombres y) mujeres de fe. Debemos comenzar a practicar las virtudes que nuestras almas reciben al momento de nuestro Bautismo. Hay una fe viva y hay una fe muerta. Avanzarán en la vida espiritual en proporción a la fe viva y ardiente que posean. Es decir, cuando vean la voluntad de Dios en todo, cuando tengan una apreciación justa de la vida presente. . . ¿Cómo pueden adquirir una fe como esa? Deben orar por ella. Los Apóstoles oraron por ella. Dijeron a nuestro Señor: “Aumenta nuestra fe” (Lucas 17, 5). ¿Cuántos de

nosotros hemos pedido jamás a Dios que nos conceda la fe? La fe aumenta o disminuye. La fe puede preservarse o puede perderse. Debemos orar por la fe que Cristo ama, y que sea una fe sencilla. ¡O, la fe de los hijos de Dios! La fe de una pobre mujer sencilla puede ser más grande que la fe de un doctor en divinidad porque su corazón está puesto en su fe. Oremos por obtener esa fe.

No existe mejor manera de adquirir la fe que sufrir por ella. Donde hay un elemento de sufrimiento allí es que hay un incremento de tu fe. Eso dará lugar a que los ángeles sigan sus pasos. Esa es la fe que ha de traer la respuesta a sus oraciones con entrega especial de parte del mismo Dios. Puede que oigas a alguien criticando a los sacerdotes de la Iglesia. Defiéndelos. Eso es un acto de fe. La gente te pedirá que recen por ellos porque saben que ustedes tienen poder con Dios si son (hombres o) mujeres de fe. Oren por eso. Esa fe es una luz. Esa fe es una visión. Todo la que tenemos que pedir a Dios es que nos proporcione una visión más clara (1).

La Iglesia no necesita hoy hombres y mujeres ricos. La Iglesia no necesita personas talentosas, diestras o hábiles, ni necesita a los poderosos, pero la Iglesia sí necesita hombres y mujeres de fe sencilla. Sin la fe el mensaje del Evangelio es inútil. La fabricación de nuestras iglesias sería obra inútil si nuestra gente no estuviera animada de una fe viva, una fe verdadera. “La fe que obra a través de la caridad” (Gálatas 5, 6). Les voy a hacer una pregunta para demostrar la necesidad que tienen ustedes de reavivar la fe. ¿Desean que sus oraciones sean escuchadas? Les voy a decir cómo lograrlo.

Es posible que ustedes vayan de santuario a santuario, de estatua a estatua, luz de velón a luz de velón haciendo novenas en sucesión y, sin embargo, muchas de sus oraciones no reciban respuesta. ¿Por qué? Porque no tienen la verdadera fe. No se han preparado adecuadamente. Podemos escoger citas de las Escrituras que pueden ser apropiadas y aplicables a nuestro interés en la oración. Podemos estudiar al Señor en su bondad y benevolencia. Pero su bondad y benevolencia no tuvo nada que ver con los que . . . no demostraron un espíritu de fe. Éstos le rogaron en vano. Para algunos nunca hubo contestación. Otros estuvieron años rogando y nuestro querido Jesús nunca se digno mirarlos. Así estuvo Herodes. También habría otros entre los escribas y los fariseos. Jesús siempre anduvo en busca del grito de fe y cuantas veces hizo un milagro o concedió una petición, siempre los precedió una oración llena de fe, un acto de

fe. La Escritura dice . . . “Sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11, 6) (2).



Miércoles: cuarta semana del tiempo ordinario / La humildad

1. *Conferencia en un retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 15 de julio de 1917, MF 8401-02.* 2. *Carta a la Hermana Preciosa (Pescia), 22 de diciembre de 1928, MF 1320.*

¿Qué es la virtud de la humildad? ¿Qué es esta virtud de tanta valía y tanta hermosura? ¡O, el demonio lo sabe, y cuánto ambiciona destruirla! Infiltra en la mente, aun de aquellos que deben tener más luces, las ideas más injustas acerca de esta virtud. La presenta como la cualidad de almas débiles y cobardes. Él la presenta como si fuera una cualidad de las personas débiles y de alma pusilánime, pero la humildad es una virtud que requiere valentía. Se necesita valor para ser humilde. Es una virtud de verdad y de justicia. La humildad es una gran virtud porque salvaguarda tantas otras virtudes . . .

En verdad, todo lo que la humildad es, sencillamente, es la verdad. Es reconocer nuestra verdadera relación con Dios. No quiere decir que neguemos lo que somos o lo que tenemos, sino que atribuyamos lo que somos y lo que tenemos al que nos lo concedió. La humildad nos recuerda, imprime en nosotros, hace que nos demos cuenta que lo que tenemos, nos viene de Dios, es decir, todo lo que es bello, atractivo, hermoso, útil, deseable, nos viene de Dios. No es nuestro. La humildad nos enseña que no tenemos nada nuestro y que es tontería experimentar satisfacción en lo que no es nuestro. No tenemos nada nuestro excepto nuestras inclinaciones inmundas, groseras y asquerosas. Esas no las concedió Dios, pero todo lo demás le pertenece. La vida, la amabilidad de nuestros modales, la salud, los talentos, la fuerza, los éxitos. Ninguna de estas cosas nos pertenece. San Pablo dice, “¿Qué tienes que no hayas recibido? ¿Y si lo recibiste, por qué te pones orgulloso como si no lo hubieras recibido?” (1 Corintios 4 , 7) Y ahora, ésta es la pregunta importante: ¿Por qué estás tan satisfecho de ti mismo o por qué desprecias a los que no han sido tan favorecidos como tu? ¿Por qué haces distinción entre ti y un hermano menos afortunado? Dios no establece tales distinciones. Lo que tienes no es tuyo,

no tienes ningún título de propiedad sobre ello. Y esa es la misión de la humildad — enseñarnos a fondo esa única lección.

Aunque hoy te sientas seguro en la gracia del Espíritu Santo, lo que te separa del ángel caído es la gracia de Dios. Sólo a Dios le debes el no ser como ese ángel. Si no es por Dios serías nada. Contamos con ese cuidado que Dios nos tiene porque nos ama. Eso es todo lo que hay. Cuando pensamos en estas cosas no es difícil exclamar: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya servirá para sanarme” (Misal Romano). Escuchando la voz de la humildad decimos: “Dios mío, ten misericordia de mí que soy un pecador” (Lucas 18, 13).

Ves, pues, que esta virtud nos llena de compasión, nos llena de piedad, nos llena de caridad para todos, nos hace sentir temor por nosotros mismos y nos insta a bajarnos de la montaña de nuestro engrimiento (1). Oren siempre para que seamos más humildes - para que tengamos menos confianza en nosotros mismos y más en la bondad de Dios y de su misericordia.



Jueves: cuarta semana del tiempo ordinario / La humildad

Conferencia en un retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 15 de julio de 1917, MF 8401-03.

La humildad no consiste en negar lo que somos o lo que tenemos, sino en atribuir lo que somos y lo que tenemos a quien nos lo concedió. Puede que yo tenga algún talento, puede que goce de una mente despierta, pero eso no quiere decir que vaya yo a despreciar al pobre hombre que carece de ingenio. Puede que me convierta en un loco delirante antes de la medianoche. Puede que ustedes se conviertan, en pocas horas, en idiotas que se babean. Ese don mental no me pertenece. Es un don que Dios me ha concedido.

La humildad nos dice todas estas cosas y nos hace bajar la escalera hasta llegar a la verdad, nos hace dar gracias a Dios por lo que Él nos da, y nos hace temer llegar a perder lo que nos ha dado. “Vi entonces una estrella que había caído del cielo a la tierra,” afirma San Juan (Apocalipsis 9, 1). Era el demonio cuando se

desplomaba. El hermoso ángel de la luz cometió el pecado de orgullo contra la humildad, su pecado fue uno de orgullo y ¡cuán enorme fue su castigo! Fíjate en lo que perdió. Fue el orgullo lo que lo engañó . . . Fue la humildad la que exaltó a la Madre de Dios. Nunca fue nadie tan humilde como lo fue ella y ¿por qué? Porque nadie jamás ha tenido tal revelación, tal conocimiento verdadero de sus relaciones con Dios — que todo lo que ella poseía era de Dios y venía de Dios.

Sólo piensen en la mente de nuestro Salvador. Él es un Maestro, así lo afirmó. Como maestro nos asigna esta lección: “Aprende de mí, porque soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11, 29) . . . Nuestro Señor ansía que aprendamos ese mensaje, porque si no lo aprendemos, relacionarnos con Dios es imposible. A menos que aprendamos esa lección, Dios habrá muerto en vano por nosotros. Y cuán profuso fue su derramamiento de sangre para que nosotros aprendiéramos esa lección.

No hay duda que Su palabra es más que suficiente. El es nuestro Maestro. El lo dijo. ¿No es suficiente esa Palabra? ¿Han tenido alguna vez conocimiento de un Maestro que haya muerto para validar su mensaje? Sin embargo, eso fue lo que hizo Dios. Soportó azotes, salivazos en su cara, y todo lo demás para que nosotros aprendiéramos esta lección de la humildad. ¿Cómo les gustaría que alguien escupiera en sus caras como le hicieron a Él? . . . No se conformó con adoctrinarnos, con enseñarnos. Nos lo mostró Él mismo. “Aprende de mí porque soy manso y humilde de corazón.” Qué despreciables, desventurados y miserables individuos somos, cuán insensatos y estúpidos, que nuestro querido Señor Jesús tuvo que derramar Su sangre para enseñarnos esta lección. ¡Qué amor, qué exceso de amor, llegar a tal extremo para enseñarnos esa lección! Señor, ¿es que vale la pena? ¿Por qué te molestas en enseñar esa lección a un ser tan miserable como yo? ..

(Que Dios les conceda) llegar al fondo de su propio envilecimiento, de manera que puedan entrar en posesión de un corazón humilde, un corazón como el de María, un corazón como el de Jesús. ¡O! desearía, en otras palabras, que puedan llegar a sentir un hambre apasionada por esa virtud, y que se propongan conseguirla al precio que sea. . . Esto es sabiduría.



Viernes: cuarta semana del tiempo ordinario / Los niveles de la humildad

Retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 15 de julio de 1917, MF 8403-04.

Algunos de los Padres de la Iglesia nos señalan que existen tres grados de humildad . . . Entiendan que se trata sobre todo de un asunto del corazón. Si el corazón no es humilde, no hay humildad, ni hay grados de humildad. La humildad tiene que residir en el corazón. La humildad tiene que empezar ahí, pero tiene sus manifestaciones. La primera de éstas es que debo amar la virtud en mi corazón de tal manera que pueda, por lo menos, mantener mi compostura externa ante todas las provocaciones, correcciones y contradicciones, y demostrar suficiente virtud cristiana como para no exteriorizar mis sentimientos, no importa la naturaleza de las provocaciones. Puede que sea que se dude de mi honor o de mi buen nombre. Puede que sea una burla injuriosa. Como discípulo de Jesús, no importa la rabia (herida) que sienta por dentro, debo mantener mi compostura externa. Al momento que aparece el rubor iracundo y ojos que se contraen, una respuesta punzante, una contestación explicativa y vengativa, ya no está presente el primer grado de la humildad. Por lo menos debemos estar en posesión de ese primer grado. Espero que por lo menos el año que viene todos puedan decir que han adquirido esa compostura . . . Déjenme asegurarles que ésta es una forma de llegar a la santidad. Ésta es la señal de que la Madre de Dios no nos ha susurrado al oído en vano el secreto de que somos unos eruditos en la escuela del Cristo humilde.

El segundo grado de humildad consiste en que ya hemos aprendido tanto del Sagrado Corazón que, aun ante la contradicción y la humillación, nuestro interior no se siente perturbado. La palabra cortante, el menosprecio, el ataque hiriente encuentra a nuestra alma en paz y serena, presta aún a aguantar un regaño inmerecido, sabiendo que fallamos en tantas cosas, o por que deseamos compartir la condenación injusta de Jesús. Existe otro grado de humildad. ¿Saben que hay almas que aman tanto la humildad que se sienten inquietas, ansiosas de perfeccionarse en ella? Quieren pasar por la experiencia. Se ha convertido en gozo para ellas. Eso no es natural, es sobrenatural. Leemos sobre ellas en las vidas de los santos. Todo depende de nuestra caridad, de la exactitud con la cual seguimos el ejemplo de la Cruz. . .

Existen almas así. Son extraordinarias. Le piden a Dios que bendiga con bendiciones especiales (a los que las humillan). Este es el grado más elevado de humildad y cuando el alma llega a ese grado se asemeja al que . . . dijo: “Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen” (Lucas 23, 24).

Si aman su propia alma y aman esta virtud, no permitirán que transcurra un solo día sin acusar a su corazón de amor propio. “Los enemigos del hombre son los de su propia casa” (Miqueas 7, 6) y de su propio corazón — amor propio, complacerse en sí mismo. Guárdense del alborozo espiritual. Tengan cuidado con esa satisfacción propia serena que les dice que han hecho algo bueno. Amen cualquier depresión que pese sobre ustedes . . . Les hace devotos y les hace sentir su dependencia de Dios. Que Dios les conceda obtener esa gran gracia, adquirirla ahora y aumentarla a lo largo de sus vidas.



Sábado: cuarta semana del tiempo ordinario / La humildad de la Santísima Virgen

Conferencia en un retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 15 de julio de 1917, MF 8401-04.

“Se ha fijado en su humilde esclava” (Lucas 1, 48). Nuestra querida, dulce y santa Madre nos ha proporcionado una revelación extraordinaria que representa una sorpresa maravillosa. Nos revela el secreto de su poder ante Dios, de ese encanto divino que poseía y que la hacía tan fascinante como para atraer al Espíritu Santo.

El Espíritu Santo “ha hecho grandes cosas en mí.” ¿Por qué? “¿Porque soy la Inmaculada Concepción?” ¿Dijo ella que esa era la causa de su pureza? No. ¿Por qué, entonces? “Porque se ha fijado en su humilde esclava.” Era su humildad. Ella lo afirma y por eso se hicieron grandes cosas en ella. O, si pudiéramos correr hacia ella, postrarnos a sus pies y preguntarle: “Madre hermosísima, Madre de Dios nuestro Salvador, Madre de la gracia, Virgen purísima, ¿cuál es el secreto de tu don maravilloso?” Ella contestará: “Él se fijó en la humildad de su esclava.”

O, la humildad es algo muy grande. Es una virtud que excita. Corrige el azote más terrible que se haya infligido a los hijos de María. La muerte entró al mundo por mediación del pecado. Pero, el pecado entró al mundo por mediación del orgullo. El orgullo nos asemeja a los demonios. La humildad nos asemeja a Dios. El orgullo destruye. La humildad construye. El orgullo expulsa a Dios de nuestras vidas. La humildad vuelve a traerlo. Jesús vino a enseñar a los hombres a ser humildes. Una de las razones para su misión en la tierra (y recuerden que no vino sólo a salvar y a redimir, también vino a enseñar), fue para explicar Su gran lección, “Aprendan de mí que soy paciente y humilde de corazón.” ¡O, cuánto le prometió a los que se aprendieran esta lección! (Mateo 11, 29).

Cuidense de que su corazón no se colme de soberbia. Pongan atención a la complacencia o al estar satisfechos de ustedes mismos. Si les posesiona ese amarre y el amor propio se apodera de ustedes, entonces necesitarán recibir adulación constante; de otra manera se sentirán tristes y esa es la tristeza que no les ha de acercar a Dios . . . El desencanto les podrá agarrar pero no un desencanto que les aleje de Dios. La verdadera humildad les acerca a Dios, la falsa les aleja de Dios. La falsa humildad dirá: “Dios no me ama. Dios no me necesita. . . . No puedo orar. No voy a orar” Si no hay alguien que sea lo suficientemente bondadoso como para disciplinarles, para entrenarlos en esa virtud . . . humíllense ante Dios . . . Puede que lleguen a sentir la humildad diciendo a Dios que son unos tontos, unos débiles, unas criaturas incompetentes, indecisas. Estos son los lamentos de un corazón humilde.

¡O, cuán grande es la Madre de Dios! Cuán amable se nos presenta cuando nos dice: “Se ha fijado en la humildad de su esclava.” Qué triste decir que son pocos los que escuchan su voz. Qué cosa extraña, que resulte tan difícil transmitir a viva voz las enseñanzas y la dulce atracción de la Madre de Dios. Con cuánta dulzura ella nos invita a practicar la virtud de la humildad. Ella sabe que nos gusta ser grandes. Ella nos lo muestra dentro de nuestros corazones al decirnos: “El todopoderoso ha hecho en mí cosas grandes” (Lucas 1, 48). ¿No dijo el Señor que los últimos serían los primeros y los primeros los últimos? (Cf. Lucas 13, 30) Y así sucede que la gloria en el hogar de María lo constituye el que ella es, en su casa, la servidora.



Lunes: quinta semana del tiempo ordinario / La Santísima Trinidad

1. *Carta a los benefactores, 1924, MF 2503.* 2. *Constitución original de los Siervos Misioneros (1928), artículos: 3, 6, 7, MF 14295-96.*

El Misterio de la Bendita y Adorable Trinidad es el primero de todos los misterios cristianos y el fundamento de nuestra santa fe. “La Santísima Trinidad significa que hay sólo un Dios, sólo uno, que en Él hay tres Divinas Personas distintas e iguales las unas a las otras en todo. Estas Personas son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre no es el Hijo ni el Espíritu Santo, el Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo, el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, pero no hay tres dioses, solamente un Dios porque cada uno tiene una y la misma naturaleza divina con todos los atributos divinos, no en parte sino en su totalidad. “La naturaleza divina es infinitamente sencilla e indivisible, es decir, no se puede dividir en partes.”

Dios mismo reveló este misterio y si bien éste no puede contradecir ningún principio de la razón, entenderlo va más allá de la razón humana. Nuestro amado Señor envió a sus apóstoles al mundo para que lo conquistaran para Él en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Él mismo, bondadosamente, enseñó esta verdad amorosa (Cf. Mateo 28, 19). Su discípulo amado proclama en Su nombre: “Son tres, entonces, los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo. Y estos tres son uno” (1 Juan 5, 7).

De todas las verdades que Dios jamás haya enseñado, esta verdad bendita debe ser la que más ame el corazón humano porque otras verdades cristianas tienen sus raíces en ese misterio. Que triste pensar que en este país nuestro, aún hoy en día, hay millones de personas que, no tienen conocimiento de este bendito misterio, no lo aman o piensan muy poco en él.

¿Podemos acariciar deseo espiritual más bello que el de querer ser un apóstol de esta verdad adorable y necesaria? Para muchos las palabras “Santísima Trinidad” no tienen significado alguno. Nuestra oración y esfuerzo constante debe ir dirigido a hacer lo que podamos para evitar que estas sagradas palabras “Santísima Trinidad” no pierdan su significado . . . a diseminar esta verdad por todas partes y mantener ante

las muchedumbres las palabras más sagradas: “Santísima Trinidad” (1).

El objetivo general de la Congregación es glorificar al Dios Trino, honrándolo especialmente en los misterios de la Adorable Trinidad y la Encarnación . . . Para que los Siervos Misioneros . . . mantengan siempre a Jesús y a Su Iglesia en primer lugar . . . deberán orar al Espíritu Santo para que les conceda sus dones y sus frutos, especialmente fortaleza y sabiduría . . . Deben tener gran estima por la devoción a la Santísima Trinidad (2).



Martes: quinta semana del tiempo ordinario / Practica: espíritu de recogimiento

Retiro a los Siervos Misioneros, 21 de agosto de 1930, MF 12372-78.

Nos encanta sobremanera imaginarnos a nuestra Santísima Madre reunida con los primeros amigos devotos de nuestro divino Jesús, apiñados alrededor de ella en el Cenáculo. ¿En qué consiste la gracia apostólica? Consiste en un celo ardiente que nos transporta a los tiempos apostólicos y nos presenta a la Santísima Madre en medio de los apóstoles, consolándolos, quizás instruyéndolos. Después de todo no había sabiduría igual a la suya después de la de su divino Hijo. Es así que la encontramos tomando un breve descanso en el Cenáculo . . .

Jesús amaba la soledad. ¿Quién ha estado más ocupado que Él jamás? Dedicó tres años a enseñar a sus discípulos, a indocinarlos, tres años repitiéndoles que fueran a conquistar al mundo. Sin embargo, durante esos años hizo llamadas frecuentes al recogimiento. “Pero Él buscaba siempre lugares solitarios para orar” (Lucas 5, 16). Los apóstoles fueron con Jesús a un lugar desierto para descansar un poco. Era un descanso repleto de oración, de inspiración, de buenas enseñanzas. . . Bien sabemos que ese descansar un rato en el desierto no era un descansar vacío . . . No era una interrupción de todo. No era un relajamiento estéril. No, eran momentos de gran intensidad.

Jesús quería enfatizar el valor de lo espiritual, el valor del recogimiento. Ese gran maestro de novicios,

ese primer formador de religiosos quería demostrar la necesidad del recogimiento para la vida interior. Quería enseñar a los apóstoles que debían ordenar y manejar su actividad. De otra manera serían presa de la preocupación. Estarían agitados y su celo sería turbulento, desorganizado y lleno de mal humor. Así pues Jesús les dijo que descansarían un rato.

Jesús amaba los lugares desiertos y quiere que nosotros los amemos por la misma razón . . . Fue el Espíritu Santo el que guió a Jesús al desierto. ¿Quién nos lleva a la soledad si no es el mismo Espíritu que llevó a Jesús? Mis queridos hijos, deseamos las bendiciones que (el recogimiento) nos ha de proporcionar . . . Vendrán problemas y tenemos que contar con las bendiciones de Dios. Esto lo tendremos sólo en el Espíritu de Dios. Reconozcan esto como una verdad primera, básica . . . el mismo Espíritu que llevó a Jesús al desierto es la causa eficiente de que nosotros estemos aquí . . .

Están en la soledad y cuán agradable son, en este momento, sus almas a Dios. “¿Quién es este que sube del desierto? Parece ser una columna de humo perfumado de mirra y de incienso y de todos los aromas . . .? (Cantar de los cantares 3, 6). Su presencia aquí es una oración . . . ¿Saben que (el espíritu de recogimiento) es señal del amor divino? Es una señal de que el Espíritu Santo les aprecia . . . Éste no es el momento para entrar en éxtasis, tampoco para parecernos a las estatuas, ni para hacer manifestaciones extraordinarias de piedad. Es un momento para comprender su propia vida espiritual, para encender su caridad, para hacerle más agradables a Dios y para removerles de algún sentimiento de seguridad falsa. Se les concede como una oportunidad de deshacerse de ilusiones falsas. Pero esto supone un esfuerzo bien serio . . .



Miércoles: quinta semana del tiempo ordinario / Nuestra vocación a llegar a ser santos

Artículo en el Holy Ghost Magazine, noviembre de 1928, MF 11607-08.

El cielo, el paraíso, el otro mundo, el reino venidero son palabras que sacan nuestras mentes de las cosas oscuras, comidas de gusanos de esta vida, y nos

presentan aspiraciones a una felicidad que el mundo no puede otorgar. Estas son palabras claves incitándonos a luchar por alcanzar cosas más elevadas y mejores . . . (Ellas) tienen su propia lógica que nos lleva a una conclusión en forma segura y hermosa, inclusive asombrosa, y esa conclusión es: “La voluntad de Dios es que son llamados a ser santos” (Cf. 1 Tesalonicenses 4, 3).

Muchos, sin embargo, no han de aceptar de inmediato esta conclusión. Hemos exhortado a muchos a que la acepten, a que crean en ella y la respuesta casi siempre es invariable: “Padre, no, yo no puedo llegar a ser santo” . . . “Yo no seré un santo, solamente salvaré mi alma.” “¿Por qué no has de ser un santo?” O, “Es muy difícil ser santo.” “Se tiene que nacer santo.” ¡Qué palabras tan extrañas! Salvar nuestra alma no quiere decir otra cosa que llegar a ser santo . . . ¡O! qué mucho significado tendría en la vida de un niño si viviera esta verdad desde sus años más tiernos, ya que la tarea de nuestra vida es llegar a ser santos . . .

Es posible ser santos ahora como lo son otros santos. Somos ahora como lo fueron los santos de antes. Ellos fueron como somos nosotros ahora. ¿De qué naturaleza son esos santos? Son de la misma naturaleza que nosotros. Vivieron el mismo tipo de vida que nosotros. No contaban con ningún atajo secreto para llegar al reino de los cielos. Sólo conocían el camino que nosotros también conocemos. Estaban hechos del mismo barro que nosotros. Como nosotros, sus mentes estaban opacadas, sus voluntades debilitadas y, como nosotros, pobres pecadores, ellos también sufrían inclinaciones al mal. De entre ellos sólo una escapó la quemazón del pecado, María Inmaculada, la Madre sin par de nuestro Señor. Pero ellos dieron la batalla. Aceptaron las ayudas de nuestra santa religión y, en recompensa, escucharon estas palabras: “Muy bien, servidor bueno y honrado. . . Ven a compartir la alegría de tu patrón” (Mateo 25, 21).

Ninguna persona que haya sido instruida en la doctrina de la Santa Madre Iglesia puede alegar ignorancia con respecto a su destino eterno. Todos y cada uno de nosotros sabemos que sólo tenemos una tarea que desempeñar en este mundo y esa tarea es llegar a ser santos. También sabemos que la manera de llegar a ser santos es conocer, amar y servir a Dios . . .

Tan cierto como que el efecto sigue a la causa, la santidad fluye del conocimiento, del amor y del servicio a Dios. No hay mención alguna en todo esto de ayunos prolongados como penitencia, del silbido del látigo al

penetrar la carne pecaminosa . . . no hay mención tampoco de peregrinajes costosos de penitencia . . . Todo lo que el catecismo nos dice es que conozcamos, que amemos y que sirvamos a Dios, y que entonces seamos felices con Él en el cielo para siempre.



Jueves: quinta semana del tiempo ordinario / Nuestra vocación a ser santos

Artículo en el Holy Ghost Magazine, noviembre de 1928, MF 11608-9.

No tenemos manifestación más clara. . . de la voluntad de Dios que la de que hemos de ser santos. “Esta es la voluntad de Dios: tú santificación” (1 Tesalonicenses 4, 3). “Santifíquense pues y sean santos porque yo soy Yavé, el Dios de ustedes” (Levítico 20, 7). “Por lo tanto, sean perfectos como es perfecto su Padre que está en el cielo” (Mateo 5, 48). O, pobre y titubeante aspirante a la santidad, ¿por qué vacilas? Sí, sabemos que “sin duda el espíritu lo desea, pero la carne es débil” (Mateo 26, 41). Puedes aun estar de acuerdo con San Pablo: “No haces las cosas que debes” (Gálatas 5, 17). Sí, sabemos de esa conspiración triple contra tu alma: el mundo, la carne y el demonio, pero en todas estas depresiones, luchas y tentaciones, no olvides las palabras de nuestro Divino Señor: “Mi gracia te es suficiente” (2 Corintios 12, 9).

Cuántos de nosotros hemos perdido casi la noción de que, a pesar de que estamos en la tierra, pertenecemos a un orden sobrenatural y lo sobrenatural y lo natural deben de estar unidos en la vida de un verdadero cristiano, tal como el alma está unida al cuerpo. Nuestros primeros pasos para ascender la santa montaña deben estar inspirados en la realización de que Dios quiere que seamos santos como Él es santo. En realidad, Él desearía que viviéramos igual que Él. Por eso nos entregó su Hijo bienamado (y dijo): “Camina en mi presencia y trata de ser perfecto” (Génesis 17, 1).

La santidad consiste en creer y recibir las comunicaciones divinas del que es Todo Santo y en unirnos a Él en amor y en imitación. La perfección del alma consiste en estas tres cosas: iluminación de la mente, santificación del corazón, y unión de la voluntad con la

voluntad de Dios.

El primer paso a seguir para llegar a ser santo es el desearlo. . . Debe ser un deseo fuerte . . . un deseo de progresar en santidad, de imitar a los santos, de hacer grandes cosas por el honor y la gloria del Dios Trino, del deseo de vivir y morir por Él. El que no actúe desde la situación en que se encuentre su vida, no se motive con genuino deseo, está perdiendo el tiempo . . .

Luego debe existir en su mente algún patrón de perfección. Ahí es donde los santos pueden auxiliarnos, esos favoritos de Dios y verdaderos héroes de la raza . . . Familiarícese con los santos. Conózcanlos, ámenlos, entiéndanlos, hablen con ellos. Lean sus vidas. Las vidas de los santos tienen mucho poder sobre las almas.

Encontraremos el campo de la santidad en las circunstancias de la providencia diaria. La santidad refiere todo a nuestro fin.

Los que están consagrados al servicio de Dios en la santa religión son favorecidos. Sus vidas y las gracias que reciben le proveen una gran ventaja sobre sus hermanos en el mundo. Nosotros, que estamos consagrados a Dios, debemos estar atentos, no sea que el laicado se levante en el último día en juicio contra nosotros . . . El Espíritu Santo es el Santificador. Invóquenlo. Sean fieles a sus luces y a sus santos impulsos.



Viernes: quinta semana del tiempo ordinario / Los sufrimientos mentales de Nuestro Señor

Sermón sin fecha predicado durante las primeras misiones, MF 3959-61.

Por siglos los pecados del mundo han estado clamando al cielo por venganza. La santidad de Dios ha sido ultrajada. Su ley ha sido violada temerariamente, maliciosamente. Se ha amontonado crimen sobre crimen en montañas de pecado. Su justicia exigía una expiación. ¿Cómo puede satisfacerse todo esto? La justicia de Dios exigía una expiación infinita. Los sacrificios y sufrimientos acumulados de todos los hombres no podían ofrecer expiación ni por una sola ofensa sería contra Dios. Año tras año la malicia del hombre se incrementaba y la justicia de Dios esperaba por una víctima. Dios podía velar la

oportunidad, pero, pobre de la víctima sobre quien cayera la ira de un Dios ultrajado y que había soportado los ultrajes por tanto tiempo . . . La ira que había esperado tanto le caería encima.

El momento de la venganza divina llegó cuando Jesús entró en el huerto de Getsemaní. La furia de la justicia divina le golpeó. Lo derrumbó en tierra. Lo avasalló como las grandes olas del mar, como montañas, se tragan al barco desafortunado en una tormenta. La ira de Dios se derramó sobre Jesucristo como si Él, que no tenía pecado, hubiera sido responsable de todos los pecados . . .

Recuerden que quien se retuerce en agonía, sufriendo en el polvo del huerto, quien se queja y gime, quien implora en la angustia para salvarse, es Dios. Allí, postrado en el suelo, en convulsión por el estremecimiento de una agonía que destroza cuanto fibra y cuanto nervio posee, es Él, el mismo que creó los mundos y colocó el firmamento en el espacio. Es Él, el que jugaba con los océanos y los continentes, es Él, el que mantenía el balance entre las estrellas en los cielos y el que sostiene el universo en el hueco de Su mano. Fue Su voz la que se escuchó mientras la hermosa creación tomaba forma vital. La misma voz que expulsó demonios, que curó a los enfermos, que devolvió la vida a los muertos, que dio órdenes a los elementos, ante cuyos susurros se calmaron el viento y el mar. Y ahora, temblando de dolor y sufrimiento, esa voz exhala un grito: “Siento una tristeza de muerte, quédense ustedes aquí conmigo y permanezcan despiertos” (Mateo 26, 38).

La mano del Padre pesaba fuertemente sobre Él. Jesús se había ofrecido en expiación por los pecados del mundo y su sacrificio había sido aceptado. Era Dios sufriendo. Era Dios castigando. El que sufría tenía una capacidad infinita para soportar el dolor. El sufrimiento infligido era infinito. En medio de la visión dolorosa, Cristo contempló a Su Padre, pero el cielo estaba clausurado en su contra. Un miedo terrible, pavoroso se apoderó de Él. Por su mente pasó todo, lo vio todo: la pasión, la flagelación y una terrible oscuridad de pánico hizo entrada en su mente. Este pánico lo oprimió lanzándolo a la tierra tres veces. Lo desplomó al piso. El cielo descargó todo el peso sobre Él. El Padre no respondió a Jesús y Él tuvo que apurar la copa hasta la última gota amarga.



Sábado: quinta semana del tiempo ordinario / Las obras de misericordia

Conferencia en un retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 17 de agosto de 1913, (U-7) MF 14113-14.

Nuestro Señor vino al mundo no sólo a redimirnos sino también a enseñarnos, y si hay una lección (Suya) sobre la cual se debería insistir siempre es la de ser compasivos con nuestro prójimo. En esta lección hay una advertencia para los que carecen de compasión “¿No debías también tú tener compasión de tu compañero como yo tuve compasión de ti?” (Mateo 18, 33).

Es muy necesario, no sólo hacer buenas obras, sino que las hagamos con la intención correcta. No importa lo buena que sea la obra en sí, no importa el consuelo que pueda aportar al prójimo, si nuestra intención no es sobrenatural, no se le habrá de rendir mayor honor y gloria a Dios. En estas obras buenas no habremos ganado ningún mérito sobrenatural.

La escuela de Nuestro Señor es la Iglesia. Sus lecciones están contenidas en sus preceptos, en su doctrina, en su evangelio. Cada sílaba es evangélica, cada uno de sus movimientos es una revelación. En todo lo que dijo e hizo, no hay lección en que haya insistido más que en la que nos impartió sobre la caridad para con el necesitado.

A la (luz) de las enseñanzas de nuestro Señor, si hay angustia en el mundo y somos indiferentes a esa angustia, no estamos bien ante los ojos de Dios. Si nuestro prójimo se encuentra en necesidad, eso no ha de ser para nosotros un asunto impersonal. Según nuestro Señor acumuló maldición sobre maldición contra los que han endurecido sus corazones ante un grito de dolor, igualmente ha acumulado bendición sobre bendición sobre los que acuden prontamente a brindar alivio cuando se percatan de una llamada de angustia. Cuando los discípulos de San Juan insistieron que les diera una señal de que Él era el Cristo prometido. Él no obró ante ellos ningún milagro que (sacudiera la tierra), sino que contestó: “Vayan y cuéntenle a Juan lo que han visto y oído: que los ciegos ven, que los cojos andan, que los leprosos quedan sanos, que los sordos oyen, que los muertos resucitan y que se predica el Evangelio a los pobres” (Mateo 11, 4-5).

Nuestro Señor es extremadamente personal en

este asunto de inmiscuirnos en obras de misericordia corporales y espirituales cuando afirma que lo que hagamos al último de sus pequeños se lo hacemos a Él. “Porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer, tuve sed y ustedes me dieron de beber. Fui forastero y ustedes me recibieron en su casa. Anduve desnudo y me vistieron. Estuve enfermo y fueron a visitarme. Estuve en la cárcel y me fueron a ver” (Mateo 25, 35-36).

Pueden ver entonces y de inmediato, la necesidad moral que existe de ejercer las obras de misericordia corporales y espirituales . . . Y si esta necesidad no se palpa, no se hace patente, es porque la gente no conoce las enseñanzas de Cristo o las condenan. Es cierto, en primer lugar, que debemos tener compasión de nuestros hermanos y hermanas que se encuentran necesitados. En segundo lugar, siempre que podamos, la caridad declara que debemos ayudarles. En tercer lugar, esta caridad debe realizarse para la mayor honra y gloria de Dios, ayudando así al prójimo en forma más eficaz. Debemos ser caritativos en razón de Dios para nuestra propia recompensa eterna.

Si se han de parecer a Cristo, entonces sean caritativos, no se pueden parecer a Cristo si no tienen compasión por los demás. Todo esto . . . comienza con un corazón compasivo. Es una gracia — para poseerla tienen que ser favorecidos por el Padre de la luz.



Lunes: sexta semana del tiempo ordinario / La Iglesia

Sermón predicado en la dedicación de la Iglesia Reina de los Ángeles, parroquia de afroamericanos, Newark, N.J., 15 de mayo de 1931, MF 1831-34.

Qué hecho más asombroso, más maravilloso es la Iglesia Católica. Es la maravilla de los siglos. Su vida, su misión, su vitalidad extraordinaria son incomprensibles a la razón humana. Ella pertenece a los siglos . . . pero en vitalidad y (juventud) parece haber nacido ayer. La razón humana no puede entender, ni su longevidad ni su juventud perenne. La mera razón humana se siente confundida ante la Iglesia Católica y exclama al respecto: “Es engaño de los sacerdotes” o “es una organización espléndida.” Nosotros sabemos, por la fe, que eso no es así.

Conocemos los secretos de los comienzos de la Iglesia y de la misión de su vida . . . Han existido otras organizaciones, otros movimientos y otros estados organizados con la misma excelencia admirable y, con todo, han desaparecido . . . la desintegración y la decadencia han sido sus acompañantes. Sabemos que el secreto de la vida divina de la Iglesia es la promesa viva de su Divino Fundador que Él estaría con ella hasta la consumación de los siglos . . .

¿Qué es la Iglesia de Dios? . . . No existe nada en el mundo con lo que se le pueda comparar. Es distinta, es única. La Iglesia de Dios . . . es toda del Espíritu Santo. Es el reino de Dios. Es su santuario. Es su ciudad, su lugar sagrado. La iglesia . . . es una unión del pueblo de Dios. Es la unión de todos los que Lo aman, creen en Él . . . y que permanecen unidos en la fe y el amor con su representante en la tierra . . . el Papa . . .

La Iglesia es la unión de todos estos, de unos con otros, y de todos con Jesucristo. En el estado de gracia se les llama santos. Ahí está la Comunión de los Santos. Si están constituidos en la gloria, si han mantenido la fe y librado la lucha victoriosa y Dios los ha llamado a Su seno, habrán de reclamar por siempre el título de “santos”. La Iglesia tiene por corazón, el Sagrado Corazón de Jesús. . . con su poder de entusiasmar y atraer. La Iglesia hace un llamado a todos para que se unan en ese Sagrado Corazón. La comunión de los santos es esa asamblea de todos aquellos que desean estar unidos los unos con los otros, en el Sagrado Corazón. La Iglesia es el lugar de reunión de estas almas que Dios ha creado. Esas almas inmortales, no importa su clase social, su raza, no importa de cuál generación, no importa de qué casta o de qué color, todos y cada uno están llamados a convertirse en santos . . . santos en la Iglesia de Cristo. Exaltamos a Dios en sus santos.

El mundo sabe lo que la Iglesia fue y es y que le presenta prueba de seguir adelante en vigor y abundancia de vida. Conocemos los secretos de los comienzos de la Iglesia y de su misión . . . Otros cuerpos, otros movimientos y otros estados han sido organizados admirablemente, pero, con todo y eso, la decadencia y la desintegración los han acompañado hasta su desaparición. Nosotros, los de la familia de la Iglesia, sabemos que el secreto de la vida divina de la Iglesia es la promesa viva de su divino Fundador de que Él estará con ella todos los días hasta la consumación de los siglos. Nuestro divino Señor no vino a instituir una forma de vivir de prestigio social, o de apantallar en los caminos del mundo como lo hace un gran maestro o autor de

teorías o sistemas.



Martes: sexta semana del tiempo ordinario / Práctica: devoción al Santísimo Sacramento

Sermón predicado en la primera Misa del Cenáculo en el Dr. White Memorial, Brooklyn, N.Y., 26 de noviembre de 1922, MF 12351-54.

Con nuestros corazones llenos de agradecimiento, amor y adoración, nos reunimos alrededor del altar de Dios regocijándonos en adoración a la Preciosísima Sangre. Otro manantial de la Preciosísima Sangre nos atrae y porque esa fuente se encuentra en nuestro Cenáculo, nuestro gozo parece ser más personal. El acontecimiento más grande y maravilloso en este mundo es la Santa Eucaristía. ¡Qué triunfo para el cristianismo, para la Iglesia es la aparición de otra fuente de la Preciosísima Sangre! Cuán significativo es ese hecho para el Cenáculo Misionero y su obra. Cuánto debemos adorar, alabar y agradecer a nuestro buen Dios por estas maravillosas pruebas de su amor para con nosotros.

Al mismo tiempo que la verdadera, la real presencia sustancial de nuestro Señor en la Eucaristía es el más grande de todos los acontecimientos de este mundo, hay otro, sin embargo que va relacionado con éste y es personal a ustedes . . . Ustedes participan de la presencia de nuestro Señor en la Santa Eucaristía en esta capilla. Lo que quiero decir con esto es que, en razón de su perseverancia haciendo el bien, debido a su celo y su caridad hacia los jóvenes y los que necesitan ayuda espiritual, la Iglesia les ha bendecido. A través del Pastor principal de esta diócesis Él les ha concedido el favor inefable de tener reservado aquí el Santísimo Sacramento. Nuestros corazones deben regocijarse . . . que aquí nuestro querido Señor ha de recibir mucha adoración y alabanza y, lo que es tan oportuno y tan urgente, ha de recibir reparación.

El mundo es cruel con Jesucristo. Ustedes enseñan a los hijos de Dios que hagan visitas a la Capilla. Les enseñan sobre el tabernáculo y el santo misterio que contiene. El mensaje, “Vengan a mí” (Mateo 11, 28) se fijará en sus mentes por su mediación. La perfección de

su trabajo con los niños a su cargo vendrá cuando los hayan entrenado ante este altar para que conversen personalmente con el hermoso Hijo de María y se unan a Él.

El Santo Sacrificio de la Misa se ofrece aquí al Dios vivo en adoración y acción de gracias por Sus mercedes, por que nos cuida y es generoso con nosotros. Le rendimos culto, llenos de adoración, de agradecimiento, en reparación, unidos alrededor de su altar. Unidos a sus sacerdotes ofrecemos al Dios Padre, al Dios Hijo, y al Dios Espíritu Santo, el santo sacrificio de la Misa. Oramos aquí por los difuntos del Cenáculo, especialmente por los de este Cenáculo . . . Es nuestra práctica, nuestra costumbre colgar en la parte interior de la puerta de la Capilla una lista de nuestros queridos difuntos, un recordatorio para despertar la caridad devota de todos. Es una de nuestras costumbres que instamos mucho a que se practique . . . hacer actos de adoración a la Santísima Trinidad y, por lo menos, tres peticiones al entrar a una iglesia nueva o desconocida.



Miércoles: sexta semana del tiempo ordinario / San José

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 19 de marzo de 1918, MF 2511-12.

San José es un santo que el mundo de hoy necesita mucho. En primer lugar está la influencia con Dios de que él goza. A nuestro Divino Salvador le pareció bien condicionar Su vida en este mundo de tal manera que tuviera que depender de San José. Escogió a San José para satisfacer sus necesidades materiales. Sería el protector de Su Madre, su amigo fiel, útil, devoto e iluminado. La misión de San José era de tal magnitud que para que pudiera llevarla a cabo recibió gracias extraordinarias. “Y lo puso al frente de su palacio como administrador de todas sus riquezas” (Salmo 104, 21). Lo exaltó en la Iglesia e hizo que la mirada del mundo cristiano se fijara en él como esposo modelo, padre, proveedor, cabeza de su hogar, como el que se preocupa de los suyos (Cf. 1 Timoteo 5, 8).

San José, “siendo un hombre justo” (Mateo 1, 19) practicaba un alto grado de caridad. Su buen corazón, puesto de manifiesto en las Escrituras, es prueba de un

carácter noble que, por mediación de la gracia, llegó a lo gloriosamente sobrenatural. ¡Cuánto resplandor de sol debió haber impartido a los del círculo en que vivió! ¡Qué vecino servicial y amigo excelente! Este hombre espléndido, en cuya sangre fluía la sangre real de David, poseía las cualidades más excepcionales de la naturaleza.

Era sabio, fuerte y magnífico en aspecto y en modales. En dones del alma era un santo, evidentemente un hombre prudente, con la sabiduría celestial del Espíritu Santo . . . Poseía en alto grado el don de la pureza, puesto que iba a estar en compañía diaria con Dios y con Su Madre Inmaculada. Era hombre de oración, por lo tanto poseía el gran tesoro de la fe, la esperanza y la caridad.

Y para que pudiera alcanzar un grado más alto de gloria, fue, eminentemente, un hombre de dolores. ¡Cuán aguda la pena que le causó la dureza de corazón de los habitantes de Belén . . . cómo le llegarían al corazón las palabras dichas con rudeza: “que no había lugar en la posada para ellos” (Lucas 2, 7). ¡Cuán humillado debió haberse sentido y cuán ofendido al descubrir la forma en que el Verbo hecho carne había sido tratado por los suyos! “En el mundo estaba, pues por Él fue hecho el mundo, este mundo que no lo recibió. Vino a su propia casa y los suyos no lo recibieron” (Juan 1, 10-11).

Esta pena fue aun más grande que el dolor que sintió cuando pudo comprender el comienzo del Misterio (de la Encarnación), cuando se comportó como hombre valiente y caritativo mereciendo ser instruido por “el Ángel del Señor” (Mateo 1, 20). Qué angustia debió haber experimentado su generoso corazón cuando . . . contempló al Salvador del mundo comenzar la redención en un establo miserable.

“Acude a José.” Muchas veces hemos acudido a José y nuestras necesidades han quedado satisfechas. Son muchas las razones que tenemos para entregarnos completamente al servicio de Dios y a los favores de este buen santo. No hay duda de que ha pasado la prueba de ser el más devoto de los amigos, un patrón consecuente del Cenáculo, y un padre amorosísimo.



Jueves: sexta semana del tiempo ordinario / San Pedro

Conferencia sin fecha, MF 8567-68.

Refiriéndose a los Apóstoles, las Sagradas Escrituras afirman: “Por toda la tierra resonó la voz de los predicadores” (Romanos 10, 18). Todos los meses se celebra la fiesta de algún Apóstol. La Iglesia le otorga gran importancia a esas fiestas como manera de honrar a los Apóstoles.

Se honra a San Pedro y a San Pablo con gran solemnidad aunque los dos (ofendieron) al Señor gravemente . . . Pedro, el pescador, era generoso, impulsivo. Con frecuencia nuestro Señor tuvo que frenar su ardor. Era Pedro el que hablaba en nombre de los Apóstoles. Cuando nuestro Señor preguntó: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? . . . ¿Quién dicen ustedes que soy yo?” Pedro contestó: “Tú eres Cristo, el hijo del Dios vivo.” Este acto de fe agradó tanto al Señor que beatificó a Pedro de inmediato diciendo: “Eres bienaventurado, Simón, hijo de Jonás porque eso no te lo enseñó la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Cf. Mateo 16, 13-18).

San Pedro . . . negó a nuestro Señor, lo negó tres veces. El que había defendido a su Señor cortándole la oreja al siervo del Sumo Sacerdote, lo negó ante una sirvienta alegando que “él no conocía a Jesús de Galilea” (Cf. Mateo 26, 69). Esto lo hizo después de nuestro Señor haberle dicho que tuviera cuidado. ¡Qué falta, que pecado —negar a un amigo tal! Pero de ahí se desprenden resultados buenos para nosotros. Se hace patente el amor de Jesús que es condescendiente y que perdona. San Pedro no negó su fe, sólo negó a su Señor; pecó contra la lealtad, no contra la fe, y su humildad le ganó el perdón. La fe de San Pedro lo salvó. (Era una) fe generosa, la fe de un apóstol, una fe que resultaría en que pudiera hacer mucho por su Señor.

Estudiemos nuestra propia relación con Dios a la luz de la relación de San Pedro con nuestro Señor. ¿Cómo hemos tratado a nuestro Señor? Nuestra relación con Él comenzó hace mucho tiempo . . . Recordamos bien nuestra Primera Comunión . . . ¡Ese era el momento adecuado para nosotros morir! ¡Nuestra muerte hubiera sido bendita entonces! Pero no había llegado nuestro tiempo, nuestro apostolado nos estaba esperando. ¿Seremos alguna vez tan buenos como lo éramos entonces? Sí, vamos a ser mejores; más probados en nuestras virtudes según pasan los días . . . Luego se presentó la conspiración del mundo y de la carne empeñada en destruir . . . lo que los sacramentos habían efectuado en sus vidas, pero la providencia de Dios se interpuso: conocen a este o a aquel sacerdote, a esta o a

aquella Hermana; encuentran amigos que están en vela. Las oraciones por ustedes se multiplican . . .

¿Significa lo mismo Jesucristo para ustedes a los veintiún años que a los quince . . .? ¿Era entonces amor a nuestro Señor y lo es todavía? ¿Y esta noche? ¿Y después? ¿Cómo se lleva su corazón con el Corazón de Jesús? ¿Qué clase de amigos son Jesús y ustedes. . .? Ustedes se lanzan al mundo con el corazón resplandeciente, lleno de devoción, ardiendo de amor por Jesucristo. Van a renovar y a llevar luz al mundo. Se dan cuenta . . . con la fe de los Apóstoles, que anima, que alienta tanto a los pecadores. Pedro borró todas sus faltas con su muerte generosa. Puede que Dios no les otorgue la gracia de morir por Él, pero sí les concederá la gracia de vivir para El.



Viernes: sexta semana del tiempo ordinario / La Pasión

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 28 de agosto del 1930, MF 12484-85.

Es nuestra inquietud que la Preciosísima Sangre siga fluyendo y para poder contemplar la magnitud y la grandeza de ese fluir tenemos que acudir a Getsemaní. Es necesario que contemplemos al gran Varón de los dolores. Tenemos que ver allí al que, minutos antes, había llegado con unos amigos. A estos los deja afuera mientras Él se interna en la espesura . . . para orar . . .

Esa noche el alma de Jesús se encontraba oprimida y conturbada. El Padre Eterno había encontrado su holocausto. Se iba a hacer reparación infinita por el pecado . . . por nuestros pecados, y esa noche se le concedería al hombre, a sus amigos que lo aplastaran. . . . En la mañana, hombres malvados, hombres paganos, atormentarían su cuerpo, lo mutilarían . . . ¿Qué fue lo que causó que Jesús sudara sangre? Sabemos la razón.

Dos veces despertó a sus amigos del sueño . . . los apóstoles no estaban cumpliendo con su compromiso de vigilar, su sagrada encomienda . . . Mientras dormían acudió un ángel a socorrer a Jesús. Fíjate bien, ¡mientras dormían! . . . ¿Por qué les he insistido tanto sobre esto? . . . Porque ustedes pueden socorrer a Cristo . . . Nosotros debemos estar en vela para poder decir al ángel

consolador: O, espíritu de Dios, por favor vuelve atrás y danos esta oportunidad a nosotros. Recuerda que Él es nuestro Cristo, nuestro Redentor, lo estamos velando, lo estamos consolando.

Este es (uno de los propósitos) de la meditación de la mañana (velar con Él). . . Qué pena, Pedro, Santiago y Juan . . . Aprovechen la oportunidad de lograr que Jesús se sienta en deuda con la humanidad. No montaron guardia, no se pusieron a orar, se durmieron. Los despertó y volvieron a dormirse. . . Jesús los despertó y volvieron a dormirse. Los volvió a despertar y se sorprendieron al ver sangre, Jesús había sudado sangre.

Hubo la negación, hubo la traición. . . hubo azotes. . . Ese cuerpo sagrado de Cristo es azotado hasta cubrirse de espumarajo de sangre. Fíjense cómo sangra. . . Lo golpean. Se mofan de Él. Lo llenan de escarnios. Le escupen la cara. Luego lo maldicen . . . ¡Piensen! ¿Dónde está la sensibilidad de nuestros sentimientos? Piensen y sientan vergüenza. Miren esos horribles salivazos en su cara . . . y lo acepta todo para expiar por nuestros pecados. Todo esto es necesario para expiar por nuestro necio orgullo.

Tenemos mucha razón, mucha razón en inclinar nuestras cabezas y sentir culpa. Tenemos mucho de qué estar avergonzados. Si hay aquí alguien con una disposición que no se dobliga, que no se amansa, que no se hace dócil, si hay aquí alguien que aún se recrea en (su) necio orgullo, que se arrodille ante su Cristo y se dé cuenta que esos hombres están escupiendo en Su rostro por ustedes.



Sábado: sexta semana del tiempo ordinario / El Sagrado Corazón De Jesús y el Inmaculado Corazón de María

Carta-conferencia a los miembros del Cenáculo de Opelika, Alabama, 7 de mayo de 1916, MF 8378-80.

¡El Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de la Madre Bendita! ¡Qué nombres! ¡Qué corazones! . . . No podemos ser devotos de uno sin ser devotos del otro. ¡Qué mucho le debemos a los dos! El amor y el servicio hacen su entrada al considerar lo que Dios ha obrado por nosotros . . . Nuestros corazones

se deben convertir en una llama de amor por el Sagrado Corazón de Jesús, y . . . ¡fue el Inmaculado Corazón de María el que nos otorgó el Sagrado Corazón! ¡Piensen en lo que significa haber sido redimidos y salvados! La pizca más pequeña de consideración debe llegar a inflamar nuestros corazones con una gran abundancia de amor hacia el Sagrado Corazón . . .

Cómo el Sagrado Corazón anhela nuestros corazones. Cómo Jesús piensa en nosotros con un deseo infinito, y cómo nos guiaría hasta Sí mismo, si nuestros pecados no se lo impidieran. (El Inmaculado corazón de María) nos ayudará a conseguir esta unión bendita . . . Preparémonos examinando nuestros corazones y viendo en qué hemos errado. Oremos al Inmaculado Corazón con fervor y con confianza.

Háblenle directamente al Sagrado Corazón de Jesús con la voz de ella y díganle: “Contempla lo duros, secos y marchitos que están nuestros corazones. Suavízalos con tu amor y tu gracia, refrésalos, embéllécelos y hazlos ablandarse ante tu gracia. Fíjate cuán manchados, cuán impuros están nuestros corazones. Hazlos resplandecer con la llama de tu divino amor. Mira, Sagrado Corazón cuán malos y avaros son nuestros corazones. Transfórmalos para que sean divinamente generosos con el flujo de la Preciosísima Sangre.”

Apelen al Sagrado Corazón para que compense en ustedes lo que todavía les falta y lo que es imperfecto, que les suavice y respondan a los impulsos de su Espíritu Santo. Dependan de ese corazón, (el tiempo) que dediquen a eso será sin duda un (tiempo) de gracias y de preparación fructífera. ¿No podemos contar con que nos haga promesa de bendiciones abundantes? Seguramente es lógico que ese tipo de preparación signifique mucha gracia para nosotros. También significará que bendecirá más al Cenáculo. Oremos por un amor más grande a los Sagrados Corazones del Hijo y de la Madre, roguemos que su espíritu y sus virtudes lleguen a ser un tesoro de familia, que nuestra bendita encomienda sea propagar la devoción a ellos e invitar a todos a que le amen y que le sirvan . . .

Mis queridos hijos, que todos (ustedes) estén más unidos los unos a los otros en ese santo amor . . . Que nuestra Bendita Madre pueda hacer mucho por ustedes ante su amado Hijo al darse cuenta de la devoción de ustedes, la generosidad y el gran deseo de hacer mucho por Jesús, y que pueda obtener muchas bendiciones (del Sagrado Corazón para ustedes.



Lunes: séptima semana del tiempo ordinario / El Espíritu Santo

Artículo en el Holy Ghost Magazine, octubre de 1930, p. 25, MF 14094.

(En el *Veni Sancte Spiritus* le rogamos al Espíritu Santo): “Envía esos rayos que fluyen dulcemente en corrientes silenciosas desde tu brillante trono.” El Espíritu Santo es, para nuestras almas, lo que el sol en el cielo es para el mundo, y mucho más. Él nos da luz. Él nos da calor. Él llena nuestras almas de claridad y de alegría.

Así como el sol fecundiza la tierra haciendo que las plantas crezcan y produzcan hermosas flores de variedades indecibles de colores y de perfumes y, eventualmente también, frutas de mil sabores diferentes, así el Espíritu Santo, mediante el calor y la luz que imparte a nuestras almas, nos capacita para producir las flores y los frutos de todas las virtudes.

Los rayos que fluyen de su trono en corrientes silenciosas son sus gracias preciosas que iluminan el entendimiento para poder conocer lo que es . . . bueno e inflaman la voluntad para que abrace y siga esas santas inspiraciones.

Así como el sol dispersa la neblina que algunas veces oculta sus rayos y su calor, así el Espíritu Santo dispersa la oscuridad de nuestras mentes, dispersa el espíritu mundano, la disipación del corazón, que, como la neblina de la mañana, no permite que el calor y el brillo del amor de Dios llegue a nosotros.

“¡O! Ven Padre de los pobres!” reza el himno. Es bueno que se nos recuerde nuestra pobreza espiritual. Por nosotros mismos y separados de Dios, no contamos con bienes sobrenaturales, ni méritos, ni buenas obras. Nos encontramos indefensos y pobres en medio de enemigos y de extraños en un país ajeno, huérfanos y, sin embargo, sin darnos cuenta de nuestra pobreza y de nuestra miseria absoluta.

Pero por fortuna, tenemos un Padre poderoso, rico y amoroso, lleno de tierna compasión por nuestra pobreza, nuestra miseria y nuestra ceguera, un Padre que es la misma personificación del amor, cuyos atributos son la bondad y la benevolencia, quien es el consolador de los afligidos, el alivio de los necesitados, el sostén de los débiles. En este himno de invocación lo invitamos a

que venga a enriquecer nuestras almas desde su caudal espiritual.

“Tú, fuente abundante de todas nuestras provisiones.” El Espíritu Santo es el Tesorero de Dios, el depósito de los dones de Dios, el que guarda todos los tesoros preciados de la Encarnación. El es el Espíritu de Amor y el amor es como un fuego que se comunica por sí mismo, anhela dar.

¿Deseamos la salud espiritual?

¿Deseamos la gracia?

¿Deseamos una fe viva, una esperanza firme y una caridad ardiente?

¿Deseamos la salvación y todos los dones y las gracias que nos llevan a ella?

Todo esto el Espíritu Santo nos ofrece del inagotable depósito de Sus dones.



Martes: séptima semana del tiempo ordinario / Práctica: la Divina Providencia de Dios

1. *Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 31 de diciembre de 1928, MF 1343.* 2. *Sermón predicado a los Siervos Misioneros, Pentecostés, 1928, MF 8509-10.*

¡La Divina Providencia! ¡Cuántos innumerables y misterios desconocidos de amor y bondad de Dios encierra esa expresión!

Contiene:

PRIMERO: las manifestaciones de la abundancia de favores divinos de los cuales tenemos evidencia clara. Muchos de estos son aparentemente bendiciones temporales, pero tienen su fundamento en lo espiritual, en las cosas que los sentidos no pueden percibir, en los asuntos más profundos del espíritu.

SEGUNDO: están presentes las obras edificantes dentro de las cuales su Espíritu Santo nos ha dirigido y sostenido.

TERCERO: está la siempre presente, siempre activa, la providencia que nos arropa, nos protege y nos guía a través del año y nos defiende de tantos peligros. Podemos mirar hacia atrás hoy y recordar con estremecimiento aquel peligro que parecía nos iba a aplastar. Nos escapamos.

¿Cómo? Un Dios vigilante, amoroso, poderoso vino a ayudarnos momentos antes de que nos avasallara el desastre.

CUARTO: está presente la prueba extraordinaria del favor Divino en nuestras obras cuando caemos en cuenta del progreso del Cenáculo, la buena emulación y las bondades de unos con otros entre los hijos del Cenáculo.

Ha habido entonces, a través del Cenáculo, un constante flujo de gracias y de la alegría y la paz que siguen al cumplimiento de las obras corporales y espirituales de misericordia. Es tanto el agradecimiento que adeudamos por esas profundas y ocultas gracias otorgadas a nuestra alma. . . Cuán agradecidos debemos estar que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo nos conceden la gracia de ser siervos, Siervos Misioneros, que se nos permite una familiaridad e intimidad con los misterios sagrados, como si fuéramos casi otro familiar en la casa de la Sagrada Familia, de la Encarnación.

Les dejo a ustedes. . . el desglosar detalladamente en sus mentes los motivos para estar agradecidos. Ustedes mismos pueden añadir infinidad de razones, acontecimientos consoladores del pasado año para provocar una acción de gracias especial (1).

Bien conocen ustedes esta verdad católica que es tan hermosa y consoladora. La llamamos la Providencia de Dios. Les veo aquí ahora y podría preguntar: “¿Por qué el Espíritu Santo les trajo al Cenáculo Misionero? ¿Por qué les recogieron los ángeles de Dios de este lugar o de aquel y les trajeron aquí?” Yo mismo, jamás pensé que me iba a encontrar aquí. . . .

Jamás tuve la intención de estar aquí. Yo sé que no es un accidente. Yo sólo quiero saber lo que Dios quiere que haga. Yo sólo puedo decirles lo que hay en mi mente en este momento y tengo razones para creer que lo que está en mi mente viene del Espíritu Santo, pues no tengo ningún otro pensamiento en la cabeza que no tenga que ver con el Santo Espíritu de Dios (2).



Miércoles: séptima semana del tiempo ordinario / La santa pobreza

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 17 de junio de 1930, MF 12235.

Mis queridos hijos, tengan presentes los principios de la santa pobreza. Hagamos una breve recapitulación: “Porque bien conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico se hizo pobre por ustedes para que su pobreza los hiciera ricos” (2 Corintios 8, 9). Recuerden también que la santa pobreza es, al mismo tiempo, una virtud y en nosotros es también un voto. Por lo tanto tiene sus exigencias. Estas exigencias son, antes que nada, exigencias de caridad. En segundo lugar, son exigencias de conciencia, y en tercer lugar y de cierta manera, algunas pueden ser exigencias de justicia.

Me podrían preguntar ustedes: “Padre, ¿cuáles son los grandes enemigos de la pobreza evangélica?” Y yo diría: primero, el espíritu mundano, segundo, el descuido, tercero, la indiferencia. Ahora bien, un espíritu mundano sería de lo más odioso en un religioso. . . Nada sería tan detestable que un religioso llegara a imitar el modo de vestir, los modales y el comportamiento de un hombre de mundo. Esto parecería significar que su amor y su cariño por el Jesús pobre va en decaída. Esto sería asunto peligroso y sorprendente porque pudiera desembocar en la reprobación eterna, pues el camino de un hombre de mundo no es camino seguro para seguir.

Sin embargo, parecería que todas las faltas contra la pobreza provienen del descuido, de la falta de ponderación, en primer lugar, de la responsabilidad moral que la caridad nos impone como también nos imponen los consejos evangélicos. ¿Por qué aspiramos a ser pobres? ¿Cuál sería la razón primera? (El no prestar atención), significaría no sólo una falta del sentido del valor de las cosas, sino además una triste falta de interés por el daño que se le hace a la causa de Dios y de nuestros semejantes. ¿Qué podemos concluir del destrozo, el despilfarro, el descuido de las cosas que se nos han confiado, excepto que alguien haya sido descuidado?

En segundo lugar, la indiferencia a lo que significa la pobreza evangélica y las obligaciones que conlleva es un estado de mente muy triste, en efecto, hace sonar la alarma. . . No conozco nada que haga tanto daño a una vocación como esto. Me parece que el Espíritu Santo castiga esta falta retirando la vocación. Un (religioso) puede caer en otros defectos y faltas y rehabilitarse, pero ser indiferente a la pobreza de Jesucristo es vergonzoso, un asunto desastroso y horrible. Recuerden, entonces, que aquello que se les da, el objeto que se les confía, pone en función la santa misión de la pobreza evangélica.

Les ruego que mediten sobre este tema. Contemplan el pobre pesebre, piensen en la pobreza

que acompañó el nacimiento del Divino Señor. . . Contemplan a quien, por ustedes, no tenía dónde recostar su cabeza, fatigada y cansada . . . Contemplan el Crucifijo y vean cuán terrible y desprovista era la pobreza de nuestro Salvador en el momento en que redimió nuestras almas. Si verdaderamente aman a Jesucristo, si realmente quieren su amor, si son sinceros en su deseo de ser sus seguidores, entonces vístanse de su pobreza, que ella sea su ardiente ambición de ser pobres, por el amor de Jesucristo.



Jueves: séptima semana del tiempo ordinario / El espíritu de sacrificio

Carta a la Hermana Marie of the Holy Trinity (Healy), 22 de febrero de 1927, MF 5907-08.

(En una carta escrita desde Puerto Rico en el 1927, el Padre escribió): Acabamos de regresar de una misión entre la gente más desdichada y que vive en condiciones más tristes en la isla. Un gran número de esta gente desafortunada está sin bautizar. Nos sorprendemos cuando encontramos a algunos que han hecho su primera comunión. . . Esta noche tuve el placer de estar en compañía de dos sacerdotes, tres de nuestras Hermanas, un Hermano y un pequeño grupo de señoritas universitarias que están dando clase de catecismo y tratando de ayudar a traer una pequeña cantidad de personas a que conozcan, amen, sirvan y teman a Dios.

¡Nunca me había dado cuenta, como me doy cuenta ahora, al visitar esa pobre gente abandonada, de la catástrofe de las horas ociosas en nuestras vidas! ¡Horas ociosas! ¡Qué mucho significarían para la Iglesia y para la religión si esas horas se emplearan con un propósito que trajera paz espiritual y ayuda al prójimo! Les digo, mis queridos hijos, que miles y miles de las almas de nuestros pequeños hermanos y hermanas se van a perder porque nosotros no nos hemos sacrificado lo suficiente.

En cuanto a mí les diré que quisiera tener muchas vidas para dedicarlas a estos pequeños. Esta gente no puede ayudarse a sí misma. No hay ninguna razón para sentir envidia por los santos o los apóstoles, pues las oportunidades para santificarse las encontramos aquí y en estos momentos. Si no alcanzamos el sitio más alto en el cielo y si muchas almas se han de perder, es porque

algunos de nosotros tenemos razones para estar perturbados y para darnos golpes de pecho, apenados ante las palabras de nuestro Divino Señor: “El que no toma su cruz y sigue detrás de mí, no es digno de mí” (Mateo 10, 38).

Cuando hay tanto bien por hacer y tantas almas están en peligro de condenación eterna, me viene este pensamiento: Si tantos jóvenes nuestros, varones y mujeres, no pueden, por amor a Dios y a su hermano o hermana en Dios, ofrecerse para ayudar, por apego a su hogar y a lo que le es querido, ¿cómo podrán desprenderse de todo aquello que aman, cuando Dios envíe al Ángel de la Muerte y los llame al juicio eterno, quizás, para que le rindan cuenta del bien mayor en sus vidas que nunca llegaron a hacer?

¡El Espíritu de sacrificio! — por lo menos oren para que lo adquiramos en mayor cuantía. La cruz, el calvario, el Hombre de los Dolores, la Mujer de los Dolores, nuestro Rey coronado de espinas — todas estas imágenes deben estar siempre presentes en nuestras mentes. “El que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no es digno de mí.” (Mateo 10, 38). Seamos dignos de Jesús, pues qué cosa tan aterradora dice Él de algunos que no son dignos de Él. Oremos para que podamos ser dignos de Él, que por la gracia del Espíritu Santo podamos manifestar en nuestras vidas todo lo que esas palabras implican: que somos dignos de Jesús.



Viernes: séptima semana del tiempo ordinario / Exaltación de la cruz de Jesús

Carta a los Siervos Misioneros en Puerto Rico, 14 de septiembre de 1927, MF 4202-05.

La Exaltación de la Cruz significa mucho para nosotros, particularmente . . . para nuestras misiones. Alabado sea Dios y gracias le sean dadas por lo que se ha podido efectuar este año pasado. Después de Dios, debo darle gracias a ustedes. Sin duda alguna ustedes han cumplido con lo que le correspondía a todos y cada uno, en cuanto a suministrar el ejemplo edificante que han aportado. La Exaltación de la Cruz resume en forma hermosa el trabajo de este año pasado.

Debemos amar con un amor intenso y personal

todo lo que concierne a nuestro amado Jesús. De hecho venimos obligados a hacer esto, no sólo como cristianos y como católicos, sino también por obligación al Cenáculo. El Misterio de la Encarnación significa mucho para nosotros, lo que es otra manera de decir que Jesús lo es todo para nosotros. Muchas veces les he dicho que considerando cómo el Dios Trino nos ha favorecido, casi parece que hemos sido invitados a la privacidad de la Sagrada Familia. Todos y cada uno de nosotros debe abrigar este santo deseo y orar para que, por lo menos, nos sea permitido ser siervos de la Sagrada Familia y que podamos laborar con y alrededor de Jesús, María, y José. Con sentimientos como estos en nuestros corazones, el día significará más para nosotros y sentiremos el gozo correspondiente.

¿Se dan cuenta de lo que significan sus trabajos y su vigilancia? ¿Cuál es el efecto de ser fieles a sus deberes y a los sacrificios que deben desarrollar? ¿Cuál es el efecto de ser fieles a su ministerio desde la mañana hasta la noche, en todas las temporadas del año? El efecto ha sido que han estado ocupados exaltando la Cruz de Jesucristo y al hacer esto lo han hecho con tanto éxito como el que tuvo Santa Elena. . .

Desde luego que no pueden tomar un lugar al lado de esos santos hombres y mujeres que se reunieron alrededor de la Madre de los Dolores al pie de la Cruz. No es la providencia nuestra ayudar, socorrer al Jesús mofado y escupido, coronado de espinas, sangrante, mutilado, crucificado, muriendo en la Cruz, pues, “Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, desde ahora la muerte no tiene más poder sobre él.” (Romanos 6, 9). Pero podemos exaltar su cruz. Podemos vivir la causa de Jesús en nuestra vida diaria de tal forma que podamos demostrar lo que hubiéramos hecho por Él si esa hubiera sido nuestra gracia, si hubiéramos tenido el privilegio de acompañar a la *Mater Dolorosa* en el momento de Su gran sufrimiento.

Actúen entonces religiosamente y como hombres valientes y . . . qué los ángeles y los santos de Dios estén con ustedes para ayudarles a que este año se convierta en un año soberbio en bien de la causa de nuestro Divino Señor. Actúen con gran pureza de intención. Amen el trabajo de Dios porque Él es Dios. Es perfectamente apropiado y conveniente recordar que este buen Dios también recompensa a sus amigos. El amor, sin embargo, debe sentar el paso de su esfuerzo. Trabajen y oren por adquirir un amor mayor a Dios. Hagan esto y sólo una cosa podrá escribirse de ustedes y

ésta es: “Dios ha bendecido a estos (sacerdotes y Hermanos y Hermanas.”

Qué este grito resuene en sus corazones: “*¡Christus viva! ¡Christus regnat!*” “Qué viva Cristo! ¡Que reine Cristo!” . . . Gloriense en la cruz de nuestro Señor Jesucristo en quien está depositada nuestra salvación, nuestra vida y nuestra resurrección, y por quien somos salvos y liberados.



Sábado: séptima semana del tiempo ordinario / Nuestra Santísima Madre

Artículo en el Holy Ghost Magazine, octubre de 1929, MF 11598-99.

Los genios de todas las épocas han competido unos con otros en sus esfuerzos por proclamar a todas las naciones la pureza de la Virgen Madre. En cánticos y en versos, con el pincel y la pluma han cantado y han pintado sus virtudes excelsas y su belleza sin igual. Sin embargo, no es a la destreza humana que se otorgó el poder de representar la gloria de esos encantos virginales que atrajeron al Hijo de Dios desde su hogar celestial para hacerse carne en su vientre bendito.

Es suficiente decir que, desde toda la eternidad, de entre una multitud de criaturas, Dios la predestinó para que fuera la Madre de su bendito Hijo y la eligió para ocupar esa sublime e inconcebible altura donde se sitúa con Él por encima de todos los predestinados. ¡Madre de Dios! “Por eso tu hijo será santo y con razón lo llamaron Hijo de Dios.” (Lucas 1, 35).

María entendía cuán grande era la dignidad de la Madre de Dios. (San Bernardo nos dice respecto a la Encarnación) “Sólo la Santísima Trinidad cooperó en este acto sagrado, y aún es un misterio impenetrable para todos, excepto para la que fue escogida para tan sublime misterio.” Entregándose totalmente a la voluntad de Dios exclamó sencillamente: “Hágase en mí según tu palabra” (Lucas 1, 38).

¡Poderosas palabras sin las cuales la Encarnación de nuestro Divino Salvador nunca hubiera tenido lugar! ¡Madre escogida del Verbo Eterno! Pero con la misma dignidad María asumió la responsabilidad, las obligaciones y los deberes de una madre. Su visión clara vislumbró la tragedia distante del Calvario, y aún así dio su

consentimiento, siendo el pensamiento principal en su mente que ella iba a estar a su servicio en carne mortal: “Yo soy la esclava del Señor” (Lucas 1, 38). ¡O, la angustia y el sufrimiento de María que iba a criar a su Hijo para ser sacrificado en la cruz!

Gracias a Dios que podemos encontrar en este mundo perturbado de hoy, madres amorosas y verdaderas que siguen pacientemente los pasos de María y velan fielmente a sus pequeños para que crezcan como hijos de Dios, bien instruidos en las cosas del cielo y protegidos de los peligros del mundo. Puede ser que su devoción desinteresada esté deteniendo la mano divina que ha de levantarse en violencia amenazadora contra una raza pecadora.

Pero, ¿y aquellas que fracasan en su exaltada misión de ser madres?. . . El mundo de hoy debe presentar un cuadro triste a los ojos de la Bendita Madre. Los placeres y las riquezas, la extravagancia, la lujuria y la codicia han ido taponando los rebosantes manantiales de amor. Los niños que deben considerarse como capullos enviados por Dios para nutrirse y criarse de tal forma que puedan dar frutos excepcionales para su Rey, son descuidados y crecen como la hierba en el prado. Que nuestra Inmaculada Madre interceda con su Hijo para que las madres de hoy puedan recibir una porción generosa de las virtudes que deben tener las madres verdaderas, las virtudes de la maternidad auténtica.



Lunes: octava semana del tiempo ordinario / Nuestro hábito religioso

Carta al Hermano Augustine (Philips), 8 de abril de 1924, MF 12146-47.

Quisiera que ustedes pensarán en lo que el hábito religioso ha realizado, no sólo para la Iglesia sino también para la civilización en general. El desarrollo del hábito religioso ha sido realmente la medida del progreso de la civilización porque, después de todo, una gran estima del hábito ha sido indicio de la diseminación de la Iglesia y, donde la Iglesia está en el poder, la civilización florece.

El hábito religioso ha vestido los más altos dignatarios de la humanidad, hombres y mujeres. La mejor sangre de la más refinada sociedad ha latido en los corazones de miles de personas que han llevado el

hábito. Los más valientes, los más nobles, los más hermosos hijos e hijas de los hombres . . . han considerado un privilegio, como un gozo supremo, haber vestido el hábito en su vida y un bendito favor el poder morir envueltos en él . . .

Hombres cuyas obras la posteridad aplaude como creaciones de mentes privilegiadas, pioneros en el arte, en los descubrimientos, en las investigaciones científicas, mujeres también agraciadas con grandes talentos de mente y encantos personales, quienes con una mera inclinación de la cabeza hubieran podido poseer reinos, descartaron los trajes chillones del mundo para vestir la vestimenta de Jesucristo y poder dar más gloria a Dios, ganar para ellas un sitio más preferente en Su amor y poder hacer más por la humanidad.

En los seres humanos hay una inclinación innata a hacer uso de objetos exteriores como señales, como signos y símbolos de sus pensamientos, afectos y deseos. La Iglesia, en cuya vida entra un elemento humano tan pronunciado, utiliza esa tendencia y sacraliza signos y símbolos para que los fieles puedan instruirse, edificarse y fortalecerse. El hábito religioso es uno de esos símbolos.

El hábito anuncia que la persona que lo lleva pertenece a Cristo, que Cristo es su patrimonio, que él o ella ha echado su suerte con el Señor, que todo aquello que tenga en bienes materiales, en dones corporales, su corazón, su mente, todo lo consagra gustosamente al servicio de Dios, sin esperar recompensa en este mundo, sólo vivir siempre con la esperanza de esa recompensa que es compartir con los que hacen sacrificios y sufren con Jesucristo. “Todo aquel que deja casa, o hermano o hermana o padre o madre o esposa o hijos o tierra por mí recibirá ciento por uno y poseerá vida eterna” (Mateo 12, 29).

Para una comunidad particular, es decir, para un grupo de servidores de Dios, animados por el mismo motivo, que desean llevar la misma clase de vida para realizar una obra específica en la Iglesia de acuerdo a la misma regla, el hábito religioso tiene una misión particular: representa, en alguna forma, no sólo su llamada a ser un hombre o una mujer religiosa, sino también que se ha separado para hacer un trabajo especial en la Iglesia, o que desea, por el estilo o alguna marca del hábito, hacer una profesión de fe en ciertos misterios, o propagar devoción a esos misterios . . .

A hombres (y mujeres) que tienen estas disposiciones y que, como objetivo, buscan revelar pensamientos profundos no evidentes, el hábito religioso los destaca. Primero, porque es una costumbre muy

antigua, pues su historia se remonta a los siglos lejanos. Segundo, porque siempre se le ha tenido en gran estima. Tercero, porque la Iglesia lo honra y lo bendice, y, de hecho, que vestir el hábito es un medio de obtener bendiciones. Finalmente, y sobre todo, el hábito religioso sobresale como una señal de que el que lo viste dedica su vida al servicio de Dios.



Martes: octava semana del tiempo ordinario / Práctica: la pobreza

1. *La Constitución original de los Siervos Misioneros (1928), artículos 106, 109, 110, 111, 116, MF 14304-05.* 2. *Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12428-36.*

Todo Siervo Misionero debe vigilar su corazón y estar alerta, no sea que se contagie con el mundo. “No amen el mundo ni lo que hay en él” (1 Juan 2, 15). Deberán horrorizarse y huir de un espíritu mundano. Entonces, nunca podrán caer en lo que San Bernardo llama apostasía del corazón . . . (Art. 106). En su vestido no se evidenciará nada que no sea modesto. . . y en su habitación, en cuanto a muebles se refiere, no debe encontrarse nada que sea superfluo, lujoso o costoso. Todo debe responder a la sencillez y a la pobreza religiosa (Art. 109).

Siendo la pulcritud una de las características de la santa pobreza, los Siervos Misioneros deberán estar arreglados y limpios siempre, especialmente cuando tienen que aparecer en público. Siempre que el trabajo en que se desempeñan se lo permita, no deben usar un hábito roto o manchado. Deben cuidarse de remendarlos y limpiarlos y nunca avergonzarse de un hábito remendado. Deben ser cuidadosos en la pulcritud y la limpieza de la casa, cuyos muebles deben estar a tono con la sencillez religiosa . . . (Artículos 110-111).

Un Siervo Misionero debe viajar como . . . un seguidor del Jesús pobre. Debido a su profesión, no le son permitidos lujos innecesarios al viajar. Mejor que tenga un libro religioso a la mano y que no se valgan de revistas y periódicos profanos. Si tiene que comer fuera del Cenáculo Misionero, su alimento deberá ser frugal y sencillo. Debe hacer penitencia y estas dos virtudes: la santa pobreza y la mortificación, las puede practicar

cuando viaja (Art. 116) (1).

Piensen en toda la sangre que se ha derramado por dinero y que todavía se derrama. Todos los días se cometen nuevos crímenes en nombre de Mamón. Dinero, riquezas, opulencia, abundancia — son palabras que apelan al corazón humano, por lo tanto, no podemos mantenernos indiferentes al Dios de las riquezas — a este Dios que hace ricos a sus amigos. Él se hizo pobre para que nosotros fuéramos ricos . . . Piensa en el lecho en que murió Jesús. Piensa en la cama empapada de Su Preciosísima Sangre. ¡Pobre Jesús! El que hizo todas las cosas e hizo la creación escalonadamente a lo largo de seis días, de cuyas manos procedió la tierra, el cielo y el sol, el universo entero y todo lo que contiene, lo enterraron en una tumba de un particular. (Todo esto para enseñarnos el valor de la pobreza).

Esta es la esencia de la Santa Pobreza — liberar nuestros apegos, hacernos reconocer que todo lo que hagamos debemos hacerlo comparándolo con lo que concierne a Jesucristo. Él se hizo pobre para que nos volviéramos ricos. “Bienaventurados los pobres de espíritu” (Mateo 5, 3). ¡Benditos sean — no es que sean favorecidos, o que tengan suerte, o que sean más afortunados, sino mucho más que eso, ¡son bienaventurados! Ellos reciben el mismo rango de los querubines y de los serafines. Se sitúan en medio de la corte celestial. . . . En la santa pobreza hay una economía maravillosa. Nunca llegamos a sondear su profundidad. Por amor a Él pedimos limosna . . . ¿Sabías que cuando le pedimos limosna a una persona le estamos haciendo un favor? Le hacemos un bien. Los convertimos en nuestros deudores. Les prestamos un servicio excelente. ¿Y cómo es eso? Una persona no puede verdaderamente dar limosna a menos que el Espíritu Santo lo inspire. La limosna que se extiende con el verdadero espíritu significa que fue el Espíritu de Dios que la otorgó. La limosna acompañada de la oración es poderosa ante Dios (2).



Miércoles: octava semana del tiempo ordinario / La tentación

Artículo en el Holy Ghost Magazine, octubre de 1928, MF 1276.

“No nos dejes caer en la tentación.” (Mateo 6, 13). Esta petición (del Padre Nuestro) trae a nuestra

consideración la más espantosa miseria y la tragedia más terrible de la vida, a saber, el pecado y sus consecuencias. No podremos entender el impacto de la frase “no nos dejes caer en la tentación” sin que conozcamos y estemos imbuidos de las verdades primarias, a menos que conozcamos y estemos inmiscuidos en el destino del hombre.

Éstas son las verdades: primero, que hay un Dios, supremo Señor y dueño del hombre, creador del hombre, su redentor y el que lo sustenta. Dios creó al hombre para Su honor y gloria y para que fuera eternamente feliz. En verdad, el destino del hombre es gozar de Dios eternamente. Al hombre, sin embargo, se le dieron ciertas facultades semejantes a las de Dios, a saber, el intelecto y la voluntad.

A través del intelecto puede llegar a conocer lo que es bueno y lo que es malo, por medio de su voluntad puede escoger entre el bien y el mal, pero no puede libremente escoger el mal o el bien sin hacerse heredero de las consecuencias de su selección porque él es moralmente responsable de sus actos. Si escoge el bien, el resultado será bienaventuranza para toda la eternidad, si escoge el mal, el resultado será la muerte eterna . . .

Mas aún, para que la necesidad de esta oración (para librarnos de la tentación) se llegue a conocer, hay una verdad sorprendente, terrible que acompaña a esa tentación que ha de considerarse y, si no se llega a considerar, toda persona humana vive en el paraíso de los necios. Esta verdad aterradora es que hay una conspiración triple contra la salvación eterna del hombre de parte del mundo, la carne y el demonio . . . Esta pobre y pequeña criaturita humana que entra a la vida se le apresura a la fuente de la regeneración a menos que un accidente se interponga y evite que se convierta en un hijo de Dios . . .

Si esto ocurre, este hermano o hermana menor de Jesús sufrirá, a lo largo de su vida, los embates ininterrumpidos de los enemigos que no cesarán de deshacer lo que la redención de Cristo hizo en esa alma, y se esforzarán por despojar a la criatura de todas las aspiraciones sobrenaturales, robándole a Jesús un alma que le pertenece con todos los derechos, y (lucharán) por convertir esa alma en compañera de la miseria perdurable de los ángeles y los hombres réprobos. Lo que da pena en esto es que muchos son embaucados y llevados a emboscadas fatales, sufriendo una pérdida que es irreparable, y todo esto porque estas criaturas no se dan cuenta de la terrible consecuencia de la tentación, no se dan cuenta de sus peligros, de la necesidad de

evitarla y de acudir a su Padre celestial implorando: “No nos dejes caer en la tentación!”

El destino del hombre es éste: él procede de Dios. Dios lo creó para que lo conociera, lo amara y le sirviera y para que fuera feliz eternamente. La obra de vida del hombre en la tierra, es conocer, amar y servir a Dios. Si cumple con esto y vive bien el plan de su vida, la consecuencia lógica es la felicidad con Dios mientras Dios sea Dios y que la eternidad perdure — ¡para siempre!



Jueves: octava semana del tiempo ordinario / El mundo, la carne y el demonio

Artículo en el Holy Ghost Magazine, octubre de 1928, MF 1277-79.

Las personas sabias estarán siempre alerta contra el mundo, la carne y el demonio. Al decir el mundo no nos referimos al hermoso planeta que Dios ha cubierto de encantos, sino a ese grupo de hombres desordenados que perviertan las dádivas de Dios aun hasta causar su propia destrucción, y cuyas consignas corruptas, sus malos ejemplos y sus incitaciones hechizantes son un escándalo continuo para las personas buenas y esclarecidas, y una trampa muy seductiva para las personas sencillas e inocentes. Nuestro Señor amonesta a sus seguidores contra este tipo de personas en las palabras que siguen: “No amen al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama el mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2, 15).

La carne quiere decir la corrupción moral que incita a nuestra naturaleza a rebelarse contra la razón y contra las leyes de Dios. La carne está siempre presta a conspirar con los enemigos del alma. Cuando decimos el demonio nos referimos a los asaltos de los espíritus malignos, a la mentira, los espíritus del mal, los enemigos de Cristo y aborrecedores de los hombres. No tenemos idea del poder de estos espíritus del mal. San Pablo nos dice: “Porque no nos estamos enfrentando a fuerzas humanas, sino a los poderes y autoridades que dirigen este mundo y sus fuerzas oscuras, los espíritus y fuerzas malas del mundo de arriba” (Efesios 6, 12).

Todo cristiano debe permanecer alerta al poder de estos espíritus malignos y audaces. Nadie puede

escaparse de ellos. Los vemos, en el Antiguo y el Nuevo Testamento, atacando a los siervos de Dios. Su maldad se inició en el mismo Jardín del Edén cuando nuestros primeros padres cayeron víctimas de sus estratagemas. Ellos tentaron a los Apóstoles; ellos tentaron al más santo de los siervos de Dios, aun se atrevieron a tentar a nuestro Divino Señor mismo. . .

Permanecer indiferentes o negar las interferencias diabólicas y las tentaciones es la presunción más encumbrada. Tal locura casi nos hace temer que los demonios están ya en posesión de esa alma temeraria. Escucha, O, descuidado, desatento e indiferente cristiano, escucha la advertencia de San Pedro . . . “Sean sobrios y estén despiertos, porque su enemigo, el diablo, ronda como un león rugiente buscando a quien devorar” (1 Pedro 5, 8).

Así como los espíritus del mal tientan y molestan las almas de los pobres peregrinos en la tierra, de la misma manera los ángeles buenos ayudan y protegen a esas personas en sus luchas. Las huestes del Santo Arcángel Miguel velan, vencen y confunden a las fuerzas de Satanás. También todas y cada una de las personas tiene su Ángel Guardián cuya misión es guiar y defender, día y noche, a la persona que está a su cargo. “El (Altísimo) ha dado a sus ángeles la orden de protegerte en todos tus caminos” (Salmo 90, 11).



Viernes: octava semana del tiempo ordinario / La naturaleza y los efectos de la tentación

Artículo en el Holy Ghost Magazine, octubre de 1928, MF 1278-79.

La tentación no es un pecado. De hecho, a través de la gracia de Dios, puede que nos sea beneficiosa. Nos hace humildes, revela nuestras limitaciones y, si somos humildes ante ella y oramos, nos acercará a Dios haciendo que cada vez confiemos más en Él y desconfiemos más de nosotros mismos. Lo cierto es que la tentación es el campo de batalla que produce los grandes santos. No es la tentación lo que nos hace pecar, es el dejarse vencer por la tentación. La tentación contra la que se ha luchado, desarrolla nuestro carácter moral.

Cada tentación que se rechaza es una corona de

gloria que se añade, por lo que aquellas palabras extraordinarias de Santiago: “Feliz el hombre que soporta pacientemente la prueba, porque, una vez probado recibirá la corona de vida que el Señor prometió a los que le aman” (Santiago 1, 12).

Es posible entender claramente por qué los justos experimentan tantas tentaciones. Ciertamente que parece como si los que están consagrados a Dios y han tratado de seguir fielmente las huellas de Jesús son los objetos particulares de la malicia de los demonios. Permítase que el siervo de Dios se regocije en esto, pues mientras más grande es la prueba, más grande será la corona de vida, mientras más grande la prueba, mayor la manifestación del amor de Dios por su siervo afligido y tentado y más grande el testimonio de amor y de fidelidad del siervo atormentado para Jesús, su Redentor y Rey.

Si algunas veces el conflicto arremete con más intensidad, si el polvorín ciega y ahoga, si parece tan angustioso estar siempre presionado, ¡O, soldado fiel de Cristo, ten valor! Recuerda: “Nuestro sumo sacerdote no se mantiene indiferente ante nuestras debilidades, pues ha sido probado en todo, igual que nosotros, a excepción del pecado” (Hebreos 4, 15). Órale a Él, y Su Padre celestial atenderá bondadosamente ese grito de tu corazón. “No nos dejes caer en la tentación.” Tus atormentadores serán confundidos y parados en seco, y los ángeles tendrán preparadas cantidades enormes de gloria para ti. Dios no nos ha de fallar. (Él solo pide) que llevemos a cabo lo que nos corresponde.

Nadie puede depender con suficiente seguridad de sus propios recursos y estar a salvo . . . Si hacemos lo que nos corresponde, la gracia de Dios no nos faltará, pues ha hecho esta promesa: “De hecho, ustedes todavía no han sufrido más que pruebas muy ordinarias. Pero Dios es fiel y no permitirá que sean tentados por encima de sus fuerzas. En el momento de la tentación les dará fuerza para superarla” (1 Corintios 10, 13).



Sábado: octava semana del tiempo ordinario / Nuestra defensa contra la tentación contra la tentación

Artículo en el Holy Ghost Magazine, octubre de 1928, MF 1277-80.

“Estén despiertos y oren para que no caigan en la tentación” (Mateo 26, 41).

Nunca prevalecerá la vigilancia (contra la tentación) a menos que esté presente el miedo de perder la batalla. Nunca podrá haber el miedo de perder la batalla si no se está consciente de que lo que corre peligro es un tesoro. El primer daño que se le hace al alma es no querer pensar. “¡El país está totalmente destruido y nadie se conmueve por eso!” (Jeremías 12, 11). Cualquier derrotero en la vida, cualquier ocupación, cualquier triunfo humano queda vacío si el hombre no considera las primeras verdades necesarias y no medita o se preocupa por el significado de por qué está en el mundo. Si hay algunos que no piensan y no les importa, para esos esta oración, “No nos dejes caer en tentación (Mateo 6, 13) no tiene ningún significado. Hubiera sido mejor para ellos nunca haber nacido.

(San Pedro escribe) “Más les hubiera valido no haber conocido el camino de la justicia, que luego de haberlo conocido se aparten de la santa doctrina que se les enseñó” (2 Pedro 2, 21). Para los que sí piensan, este descuido les resultará en más vigilancia y oración. El peligro es estar demasiado confiados. Si nos toman por sorpresa en la vigilancia, quiere decir que perdemos nuestro destino.

¿Qué nos corresponde hacer? En primer lugar, debemos detestar interiormente al pecado de tal manera que estemos dispuestos a sufrir cualquier inconveniente antes que ofender a Dios, teniendo siempre en nuestras mentes las palabras de nuestro Señor: “Si tu mano o tu pie te están haciendo caer, córtatelos y tíralos lejos. Pues es mejor para ti entrar en la vida manco, sin una mano y sin un pie, que ser echado al fuego eterno con las dos manos y los dos pies “ (Mateo 18, 8).

En segundo lugar, debemos evitar las ocasiones de pecado, pues afirman las Escrituras: “El hombre obstinado, al fin caerá en el mal, y quien ama el peligro morirá en él,” (Eclesiástico 3, 27). Y la misma ley que nos obliga a no pecar nos obliga a evitar las ocasiones de pecado. En tercer lugar, debemos estar alerta para clausurar nuestra voluntad a todas las malas influencias y expulsar de nuestra mente pensamientos que son peligrosos. En cuarto lugar, debemos orar y buscar la ayuda del Dios Trino para que nos proteja contra la tentación, particularmente la que más nos amenaza. Debemos recordar que la victoria se gana con oración y vigilancia, por lo tanto, la indolencia, la pereza, la glotonería son peligrosas. Nuestras armas habrán de ser

la vigilancia, nuestras faenas y el ayuno.

Es un mal ejemplo extraordinario y un triste engaño enterarse del número de personas que no reza al momento de la tentación . . . Si hay una pena más grande que ésta, o un descuido más alarmante, es el número de personas jóvenes a quienes nunca se les ha enseñado cómo combatir la tentación. A cientos de éstos, cuando se les pregunta “¿Rezaste al momento de la tentación?” contestan, “No, yo recé esa noche.” Rezaron cuando la lucha había terminado, cuando habían perdido la batalla, cuando el enemigo había triunfado. (Si preguntamos) “¿Por qué no clamaste al Padre celestial: “No nos dejes caer en la tentación?” La contestación sería: “Nunca se me ocurrió.” “Me olvidé.” “Nadie me lo indicó.” Si los párrocos y los padres, los superiores y los maestros tienen un deber, una obligación que los amarra y los obliga con los jóvenes a su cargo, es el insistir con ellos sobre la tentación, mostrándoles cómo ayudar al alma al momento de la tentación clamando: “¡Jesús, María y José, protéjanme!” . . .



Lunes: novena semana del tiempo ordinario / La caridad al hablar

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 16 de marzo de 1931, MF 7024.

San José era un santo de pocas palabras. Podemos todos aprender de él la lección de la caridad en el hablar. Esta caridad existe en el Cenáculo y debemos dar gracias humildemente al Dios Trino por ello. Pero esta es una caridad que hay que proteger, pues faltar a ella causaría un daño enorme.

Ordinariamente sólo pensamos en el daño que se le hace al individuo por la falta de caridad en el hablar, pero ¿cuán pocos piensan en el daño que se le hace a la religión, a la obra de Dios? Mientras más años vivo, más me convenzo de esta verdad, que se le hace más daño a la obra de Dios, que hay más interferencia con buenas obras, más confusión entre los operarios en razón de las palabras impropias que dice la gente buena, que el daño que realizan los demonios contra esas mismas obras.

Es cierto que el demonio puede estar detrás de tales faltas de caridad, en la fuente de las divisiones y las

discordias que hacen su entrada en la casa de Dios, causando confusión e interrumpiendo los planes que se han elaborado para el honor y la gloria de nuestro Señor. En este caso el agente humano, consciente o inconsciente, se convierte en el aliado del demonio. ¡Qué triste calamidad! Por lo tanto, cada vez que digan una palabra en la cual faltan a la caridad, debe invadirles el temor . . .

(A la luz de estas consideraciones) entendemos mejor estas palabras de nuestro Divino Señor: “Digan sí cuando es sí y no cuando es no, porque lo que se añade lo dicta el demonio” (Mateo 5, 37). Ahora podemos entender por qué hay un precepto particular de nuestra Divino Señor — “No juzgues y no serás juzgado, porque de la manera que juzguen serán juzgados” (Mateo 7, 1-2). Que el Espíritu de Dios arranque de nuestro Cenáculo palabras que se originan en la mala voluntad y en la murmuración que procede de lenguas engañosas y malignas.

Donde reina la caridad en las palabras, allí se encuentra el cielo, y el amor de Dios. El amor al prójimo florece allí como un árbol de laurel. Fuera de la armonía de las cortes celestiales no hay una sinfonía comparable a la de los corazones, las mentes, las voluntades y las lenguas que están en armonía. Hablar de esta forma es hablar el lenguaje de Jesús, María y José.

Si ustedes luchan por llegar a tales ideales de perfección, ¡qué fuerza para el bien será el Cenáculo! Ni un solo pensamiento se le restará a la obra de Dios ni al alcance de la caridad para con nuestro prójimo. ¡Qué incremento maravilloso habrá en la santidad personal de los miembros! ¿Qué necesidad hay de perder un solo instante en remordimientos y excusas por juicios y palabras pecaminosas?

La paz es uno de los frutos del Espíritu Santo. Qué cuenta terrible tendrá que rendir el que la perturbe o la destruya. Cuando la caridad se ha establecido, entonces todos tienen un mismo pensamiento, una misma voluntad: que el nombre de Dios sea bendecido, que se haga su santa voluntad, que su reino venga. Todos se apreciarán y se tendrán gran estima. Unos a otros se consideraran hermanas y hermanos queridos, y la paz, un anticipo del paraíso, reinará en sus Cenáculos.

“Felices los que trabajan por la paz porque serán reconocidos como hijos de Dios” (Mateo 5, 9). Oremos . . . para que todos podamos cualificar para ese honor y esa gracia, la gracia del pacificador, para convertirnos en ángeles de Dios en nuestras casas.

Martes: novena semana del tiempo ordinario / Práctica: Hacer siempre la voluntad de Dios

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, Orange, N.J., julio de 1919, MF 570-72.

Ustedes tienen una voluntad. . . También tienen, bien marcados, sus propios gustos. Es fácil saber lo que nuestra voluntad desea. ¿Podemos llegar a conocer la voluntad de Dios? Ciertamente que podemos porque Él ya la ha dado a conocer. Además, Dios siempre será justo con nosotros. Él nos ha creado. Todos los días pone estas palabras en nuestra boca: “Hágase Tu voluntad” (Mateo 6, 10). Dios no nos va a olvidar. El no va a burlarse a expensas de nosotros. Viene obligado a proveernos un medio de conocer su voluntad . . . Podemos descubrir, sin lugar a dudas, lo que Dios quiere que hagamos. Si queremos saberlo lo podemos hacer. Hay algunas personas que nunca se esfuerzan por conocer la voluntad de Dios. No les importa. . . Hay otras que nunca oran para que se haga la santa voluntad de Dios. Otras simplemente se resignan a ella. No se oponen a ella pero tampoco les importa cuál sea. Otras almas se esmeran por descubrirla y realmente quieren saber cuál es. La voluntad de ustedes es la que capitanea todas las demás facultades. Es su voluntad la que les lleva a hacer esto y no lo otro . . .

En la vida de familia, cuando las voluntades están a tono, hay armonía, pero cuando no están de acuerdo, comienzan los conflictos. Hay una gran diferencia entre hacer la voluntad de Dios y no hacerla. Cuando se trata de la voluntad de Dios no hay espacio para argumentos ni para vacilaciones. Nos corresponde llevarla a cabo con toda sinceridad, no importa cuál sea. Debemos abrigar el deseo de que nuestra voluntad vaya al unísono con la voluntad de Dios en todos los acontecimientos de la vida . . . Por alguna razón Dios permite que hayan días calurosos. Bendita sea la santa voluntad de Dios. Si Dios quiere que haga calor, no vamos a estar en desacuerdo con Él. La voluntad de Dios nos guía, nos controla, nos compele, nos hace volver hacia atrás. Todos queremos ser perfectos, pero eso es imposible independientemente de la voluntad de Dios.

La voluntad de Dios se nos manifiesta a través de las declaraciones que Él mismo hace. ¿Cuál es la Voluntad de Dios? “Cumple con mis mandamientos” (Juan 14, 15). Ahora bien, aun siendo cierto, esa es una ley general.

Nos concierne a todos. Pero yo quiero hacer algo más que guardar los mandamientos . . . Efectivamente, hay algo que Dios absolutamente quiere que ustedes hagan. Pueden depender de ello. Pueden estar seguros. El quiere que hagan algo más que guardar los mandamientos . . . Estoy seguro que Dios quiere que salven sus almas y que salven las almas de otros, si les es posible. Pero eso tampoco satisface a ustedes . . . No hay punto final para lo próximo que Dios dice. Lo contienen las palabras del Espíritu Santo: “Esta es la voluntad de Dios, tu santificación” (1 Tesalonicenses 4, 3). Es una tarea de toda la vida. Si ustedes quieren hacer la voluntad de Dios, procedan a santificarse ustedes mismos . . . El grado de santificación, el grado de la santidad propia de ustedes, depende de su generosidad combinada con la gracia de Dios. Yo abrigó la esperanza de que alguno de ustedes sea elevado algún día al honor de los altares — que se dedique algún templo en su nombre. ¿Por qué? Porque son generosos. Porque continúan santificándose. En el Cenáculo hay almas muy santas. Hay los que han hecho suyas las palabras de Dios: “Sean perfectos como es perfecto su Padre que está en el cielo” (Mateo 5, 48). Han cubierto una gran distancia en el camino de la perfección . . . Esa es la voluntad de Dios — que ustedes sean santos.

[N.B. El tiempo ordinario se interrumpe por razones especiales. Se reanuda después de Pentecostés.]



Miércoles de Ceniza / El Espíritu de la Cuaresma

Artículo en el Holy Ghost Magazine, febrero de 1931, MF 14093.

“Vuelvan a mí, con todo el corazón, con ayuno, con llantos y con lamentos. Rasga tu corazón y no tus vestidos, vuelve a Yavé tu Dios” (Joel 2, 12-13). Con estas importantes palabras, la Iglesia, al igual que San Juan Bautista, invita a sus hijos a entrar en el espíritu de la penitencia. Estos días de Cuaresma, santos y saludables, ya están aquí . . . Hoy acompañamos a nuestro Bendito Señor al Él dirigirse al desierto, e impulsados a una iracunda auto violencia, pasaremos cuarenta días estudiando y siguiendo los consejos saludables de la Iglesia.

¡Qué gracia estupenda estar con Jesús en el desierto! ¿Cuánto la apreciamos, la agradecemos y cuán contentos nos sentimos por ella? Esta llamada al desierto es el aviso del amor de Dios a nuestras almas. Él anhela y desea limpiar nuestras almas, llenarlas con la abundancia de su gracia y la profundidad de su amor. Conociendo la infinita misericordia del amor de Dios, cuán justamente iracundos debemos sentirnos al continuar con nuestra mezquindad, cuando nuestra naturaleza carnal intenta entorpecer o ahogar ese grito.

¡Nosotros mismos podemos convertirnos en un obstáculo a nuestros mejores intereses! ¡Cómo contradecemos a lo mejor que llevamos por dentro! ¿Por qué estamos siempre huyendo de la verdad? Es porque el propósito escondido dentro del corazón, la misma esencia de la vida de nuestro Salvador, está oculta a nuestro entendimiento obscurecido. Los intereses indignos y el amor propio indisciplinado han tendido un velo ocultando la eficacia del sufrimiento y de la aflicción . . .

Nuestro agradecimiento al Espíritu Santo por la doble gracia de llamarnos a hacer penitencia y por presentarnos el ejemplo divino de nuestro Bendito Señor haciendo penitencia por nuestros pecados, lo que debe impulsarnos a mostrar “los frutos de una sincera conversión” (Mateo 3, 8). Hagamos un cambio en nuestras vidas, en nuestras mentes y en nuestros corazones. Rechacemos nuestro apego al pecado y volvamos a centrarlo en Dios. Esforcémonos por satisfacer la justicia divina por las injurias, las afrentas que nuestros pecados le han causado. La mortificación voluntaria de la carne, la mortificación de la mente, la resignación a la voluntad santa de Dios en todos los acontecimientos de la vida, la paciencia en el sufrimiento nos ayudarán a llevar a cabo estas resoluciones.

La Iglesia nos implora a que hagamos penitencia. El Cristo misericordioso nos insta a hacer penitencia. La justicia divina nos exige que hagamos penitencia. “¿Creen ustedes que me gusta la muerte del malvado?” (Cf. Ezequiel 10,23). Por esta razón Dios envió a su Hijo Unigénito al desierto a hacer penitencia por nosotros, y a animarnos para que la practiquemos.



Jueves después del miércoles de ceniza / Los motivos que tenemos para hacer penitencia

Conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, abril de 1919, MF 3330-03.

Los santos al igual que saludables días de penitencia, ya nos han llegado. Que sorpresas maravillosas encierra el año eclesiástico y cuán grandes son los privilegios que la Santa Madre Iglesia nos presenta al exponer su liturgia al pueblo . . . Hoy nos toca caminar el sendero de la auto negación, impulsados por el deseo airado de hacernos violencia y la Iglesia (nos concede) esta gracia admirable — cuarenta días acompañando a nuestro bendito Señor en el desierto.

¡O, la adorable condescendencia de nuestro Bendito Redentor! ¡Cómo se compadeció de nosotros a pesar de nuestra perversidad! Él bien sabía lo poco que nos iba a agradecer esta doctrina penitencial salvadora y, sin embargo, porque era tan necesaria para nosotros, insistió: “Si ustedes no renuncian a sus caminos, todos perecerán igualmente” (Lucas 13, 5) — Lo hizo para animarnos, para darnos valor. Él mismo se adentró en el desierto adelantándose a nosotros. Piensa en esto ¡ÉL, que nunca conoció el pecado! ¡ÉL, que “todo la ha hecho bien!” (Cf. Marcos 7, 37). El Cordero de Dios, la Divina Inocencia, emprendió este terrible ayuno para calmar los temores de nuestra cobarde naturaleza . . .

Llegar a ser un santo penitente debe ser la oración sabia y ferviente de todo cristiano. Sepan, pues, que para llegar a ser un santo hay que empezar con un cambio de vida, desligarse del pecado y acudir a Dios. Esto quiere decir desarrollar una aversión, un miedo al pecado, considerándolo como el mal supremo, y esta aversión crece y crece cada vez más porque el pecado ofende a Dios quien es infinitamente bueno. Detestar el pecado supone una aversión a la causa de todo pecado: el amor propio, ese traidor domiciliado en nuestros propios corazones con todas las pasiones e inclinaciones irregulares que lleva consigo. La Penitencia toma cuenta de todo este conjunto al igual que de las inclinaciones de la carne que tienden al pecado y también de los muchos enemigos de Dios y de nuestras almas y las detesta porque nos arrastran al más terrible de los males, al pecado.

Un ardiente y santo deseo de castigarnos a nosotros mismos por los pecados, fluye de esta aversión. Ofrecer a Dios satisfacción y amansar la naturaleza

rebelde en nosotros es también otro de los resultados benditos de esta aversión. Que sea ese un estímulo a nuestro espíritu perezoso cuando éste no se decide a castigar el cuerpo, recordando que Dios se siente movido a perdonar al pecador y a abrirle los tesoros de la reconciliación cuando éste se entrega generosamente a la penitencia sincera.

Para ser un penitente santo, lo primero que se necesita es tener ese espíritu de penitente, ese ardiente deseo de expiación, de hacer reparación por nuestros pecados y por los pecados del mundo. Aquí tenemos a los pies de Jesús, a María Magdalena, uno de los personajes más santos y más grandes en la historia del mundo. ¡Qué escena! ¡Qué lección para ustedes, para mí y para todo el mundo! Ahí es donde debemos estar ahora, en esta época de Cuaresma, a los pies de Jesús en el desierto. Para estar seguros, y ser eficaces en la práctica de la penitencia, lo único que tenemos que hacer es tomar nota e imitar a esa bendita y heroica amiga y seguidora de Jesús, toda corazón y toda alma, la que le enseñó a los Apóstoles a ser valientes y fieles. Contempla a qué alturas de gloria la exaltó la penitencia, justo hasta convertirse en la Seráfica María, “Por el mucho amor que demostró” (Lucas 7, 47).

Lamentémonos y gimamos a diario por nuestras maldades, nuestra pereza en el servicio de Dios, nuestra indiferencia a las inspiraciones del Espíritu Santo, las oportunidades que hemos perdido de agradecerle al practicar la virtud, por nuestra pereza en general y nuestras desobediencias cuando debemos ser generosos en el servicio de Dios.



Viernes después del miércoles de ceniza / La cruz de Jesús

Artículo en el Holy Ghost Magazine, noviembre de 1923, MF 830-33.

“Te adoramos, Cristo, y te bendecimos porque por tu santa cruz redimiste al mundo.” Estas palabras, solemnes y adorables, se encuentran dentro de la liturgia de la Iglesia y se pueden aplicar muy bien a la exaltación de la santa cruz. Exaltar a la cruz es exaltar a Jesús . . .

La Cruz es el más sagrado y glorioso de todos los símbolos. Por encima de todo lo demás, es el signo de la

inefable Trinidad. Segundo, la Cruz representa a Jesucristo. Honrar la cruz es glorificar a Jesús y nunca su triunfo es mayor, o está más en los corazones de los hombres como cuando se honra su cruz, se le ama o se le exalta. La veneración de la cruz no es otra cosa que el reflejo de un intenso amor a la persona que colgó de ella y la hizo gloriosa.

El más grande acontecimiento en la historia del mundo sucedió sobre la Cruz: la redención del hombre. Hasta aquel momento la cruz había sido objeto de horror y de vergüenza. Era la forma mediante la cual un criminal que violaba la ley dejaba de molestar a la sociedad. Sólo se relacionaba con el sufrimiento, el horror y la vergüenza. ¡Morir crucificado! El pobre criminal condenado a muerte en aquellos tiempos remotos, bien sabía que iba a morir la más vergonzosa y la más cruel de las muertes.

Milagro de milagros, desde el momento en que el Jesús bendito fue clavado en la cruz, ésta se convirtió en el más anhelado, el más amado, el más honrado objeto en el mundo. En la actualidad no hay nada que sea más reverenciado, más glorificado que la cruz. Su sombra se extiende hasta los rincones más lejanos del mundo. Se levanta, como objeto sagrado y reverenciado, en lo alto de las calles de nuestras ciudades y en todos lados se percibe en el horizonte de nuestra visión. Generaciones tras generaciones, junto a sus millones de personas redimidas, se exaltan en ella y se consideran, con sus seres queridos, su país y sus tierras, grandemente bendecidos en razón de que este sagrado signo se eleva sobre ellos . . .

La cruz nos habla de la sangre que abrió las puertas de la luz eterna. La sangre que se derramó en la cruz era el pago por el rescate de nuestras almas inmortales . . . Todo aquello que está cerca de nuestros corazones se lo debemos a la cruz de nuestro amadísimo salvador. Debemos gloriarnos en la cruz. En la cruz está la salvación, en la cruz está la luz, en la cruz está la protección de los enemigos, en la cruz hay vida, en la cruz hay infusión de dulzuras celestiales, en la cruz hay fortaleza mental, en la cruz hay gozo espiritual, en la cruz hay elevación de virtudes, en la cruz hay perfección de santidad. “No hay salud para el alma ni esperanza de la vida eterna si no es en la cruz” (Imitación de Cristo, libro 2, capítulo 12).

Amemos la cruz, estimémosla, que siempre esté con nosotros, que comience y que cierre cada una de nuestras acciones, que nuestro día comience y termine con ella. Qué cubra con su manto nuestras vidas, que

sintamos su impresión sagrada. Abracémosla con amor, cubrámosla con nuestros besos y que, entre todas las cosas, sea nuestro tesoro máspreciado.



Sábado después del miércoles de ceniza / Los dolores de nuestra Madre Bendita

Conferencia a los Siervos Misioneros, 18 de septiembre de 1921, MF 8438-39.

¿Se han percatado alguna vez de que cuando las Escrituras nos presentan a la Madre Bendita, no hay ni un momento en que no esté atravesando por alguna pena o que alguna preocupación no la aceche? (Siempre) la ensombrece algo que la entristece sobremanera. . . . Una de sus presentaciones más conspicuas se da en la sangrienta cima del Calvario: “Junto a la cruz de Jesús estaba su madre” (Juan 19, 25).

Jesús había muerto, sus sagradas manos y sus pies traspasados por los clavos, su cabeza inclinada sobre su pecho. Había entregado su alma a su Padre. El último estremecimiento de su agonía había hecho temblar su bendito cuerpo — pero, a los pies de la cruz estaba María, su madre amorosa. Y le tocó a ella contar aquellas tristes heridas. Nosotros honramos cinco heridas, ella honró más de cinco.

Me parece que no se le venera lo suficiente en sus dolores. Le rendimos un gran honor (cuando recordamos) sus dolores. La Virgen Santísima afirmó que lo que el mundo necesita es “devoción a los dolores de mi Hijo”. San Pablo describió así su ministerio, “Con ustedes decidí no conocer más que a Jesús, el Mesías, y un Mesías crucificado” (1 Corintios 2, 2).

No hay catolicidad, no hay devoción correcta que no incluya la Preciosísima Sangre, o que nos separe de los sufrimientos de nuestro Señor. La Virgen Santísima afirmó y San Pablo predicó que el mundo necesitaba los sufrimientos de su Hijo, la devoción a los sufrimientos de su Hijo. ¿No dijo ella que lo que el mundo necesitaba era tomar en consideración sus dolores? Porque, sencillamente no se pueden considerar los sufrimientos de Jesús sin considerar los sufrimientos de su Madre . . .

Bien conocemos el acontecimiento del nacimiento de nuestro Señor. Los sufrimientos de nuestra Bendita Madre comenzaron entonces. Piensa en esto — al Hijo

de Dios, al Rey de los cielos y la tierra, le fue negada una cuna. El niño más pobre de entre los marginados puede contar con una cuna, pero nuestro Señor tuvo que coger prestada un poco de paja a las vacas. El primer dolor de nuestra Señora, tal como nosotros conocemos sus dolores, fue la presentación en el templo, cuando Simeón exclamó: “y a ti misma una espada te atravesará el alma. Por este medio, sin embargo, saldrán a la luz los pensamientos íntimos de los hombres” (Lucas 2, 35). Se le añade a todo, la huida a Egipto, el niño perdido en el templo, el encuentro con nuestro Señor camino al calvario, la crucifixión, el descenso de la cruz y el entierro.

Pilatos dijo: “Aquí está el hombre” (Juan 19, 5). De la misma manera podemos nosotros decir: “¡Aquí está la mujer!” Nosotros adoramos el corazón agonizante de Jesús e imploramos al Corazón compasivo de María, nuestra Bendita Madre. Honramos a ambos en los siete dolores . . . Honremos a nuestra Madre bajo todos sus títulos, pero luego de que la honremos como la Madre de Jesucristo, como la Madre de nuestro Salvador, la reina concebida sin pecado, honrémosla como Nuestra Señora de los Dolores.



Lunes: primera semana de Cuaresma / La Cuaresma y la muerte

Conferencia a los miembros del Apostolado del Cenáculo Misionero, marzo de 1928, MF 10711-12.

Todavía sentimos los efectos de las heridas del Miércoles de Ceniza. Me pregunto cuántos difuntos se han expuesto ante el altar de (la iglesia más cercana) desde el miércoles pasado. ¿Recuerdan lo que sucedió el Miércoles de Ceniza? ¿Han olvidado la vergüenza de todo lo acontecido, el horror, cuando la Iglesia sencillamente nos hizo morder el polvo echando tierra sobre nosotros y pronunciando la oración de la muerte: “Recuerda, hombre, que polvo eres y en polvo te convertirás?”

¿Olvidan eso? ¿Olvida la mancha que había en su frente? O, la Iglesia fue severa ese miércoles de ceniza, fue implacable. Casi llegamos a pensar que era despiadada . . . Suprimió verdades ese día. No nos dijo nada de la gloria de nuestras almas. No habló nada del alma que debemos valorar en razón de su imagen y semejanza a

Dios y a la Preciosísima Sangre de Jesucristo. Ni tampoco nos habló de la resurrección gloriosa.

“Recuerda, hombre, que eres polvo.” ¿Por qué (nos dijo eso?) Porque es una madre amorosa y no quiere que vivamos en el paraíso de los necios. Desea que caigamos en cuenta de que esto no es el cielo. No estamos yéndonos a la deriva siguiendo el camino de un destino sin propósito, estamos siendo probados. Nuestro destino depende de la manera en que hemos vivido el ayer, de la manera en que estamos viviendo el hoy y de la manera en que viviremos el mañana. La Iglesia quiere recordarnos que hay un cielo que ganar y un infierno que evitar. Esa es la razón por la que nos recuerda que hay cosas que son temporales y perecederas.

Ella nos recuerda una muerte, y nos afirma esa terrible verdad: que la corrupción ha de empezar tan pronto el alma se libere del cuerpo, cuando el aliento de vida retorna de nuevo a las manos de su creador. La naturaleza pondrá a su disposición esos pequeños ayudantes de la corrupción . . . ¡O, piensa en el proceso de la corrupción justo hasta que (nos convirtamos) en ese último átomo de polvo! Estas son las verdades que la Iglesia quiere que tengamos presentes.

Ahora bien, recuerden esto y no lo olviden. No descarten esa advertencia de la Iglesia. Piensen en esos cuerpos inertes, en los cortejos fúnebres en esta ciudad desde el miércoles pasado. No tomaremos el censo de todos los que murieron el año pasado, pero piensen sólo en lo que ha sucedido desde el Miércoles de Ceniza.

Mis queridos hijos, recuerden que somos pecadores y que somos hijos de pecadores y que nuestras madres nos concibieron en el pecado. ¡Ten misericordia de nosotros, O Dios, ten misericordia de acuerdo a la magnitud y la abundancia de tus misericordias! Corrige en nosotros aquello que está dislocado y concédenos el espíritu correcto. Fue por el pecado que la muerte hizo su entrada al mundo. A través del pecado todas esas horribles y miserables consecuencias afligen el alma y el espíritu del hombre. Hemos de encontrar la salud sólo a través de una penitencia saludable. No importa los alivios que ofrece la Iglesia, no importa lo consoladoras que sean sus doctrinas, no importa lo que prometa en el asunto de la justificación, glorificación y salvación, siempre se ha de entender que todo se habrá de lograr mediante la penitencia.



Martes: primera semana de Cuaresma / Práctica: El sacrificio, virtud del Cenáculo

1. *Constitución original de los Siervos Misioneros (1928), artículo 6, MF 14295.* 2. *Conferencia de retiro a los seguidores pioneros, 18 de febrero de 1917, MF 10784.* 3. *Carta al Obispo Toolen, 8 de enero de 1931, MF 1668.*

Una vida apostólica significa progreso en la virtud de la abnegación, y para que los Siervos Misioneros puedan poner a Jesús y a su iglesia en primer lugar, deberán liberarse de toda clase de interés propio, por lo tanto, deberán tener siempre en mente que, “Pues los que estamos vivos nos corresponde ser entregados a la muerte a cada momento por causa de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra existencia mortal” (2 Corintios 4, 11). Por lo tanto, para auxiliarlos y sostenerlos en esto:

a) Tendrán gran estima, en sus oraciones y en sus faenas, al Cristo agonizante, al Cristo de Getsemaní y el Calvario.

b) Se esforzarán por desarrollar un espíritu que se desprenda de la cruz y que sugiera a Getsemaní y el Calvario.

c) Rezarán al Espíritu Santo para que les conceda sus dones y frutos, especialmente sabiduría y fortaleza (1).

El Cenáculo les llama a un espíritu de sacrificio. Ustedes deben ser reconocidos como hombres y mujeres sacrificados. En otras palabras, deben tener esa virtud tan interiorizada que un murmullo ni una queja deberán salir de sus labios, no importa lo que pueda suceder. Ese deseo de que se les presente excusas, de que se les trate con consideración (debe brillar por su ausencia). Mientras más pobres de espíritu sean, más será lo que habrán de poseer en el reino del cielo. “Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5, 3). Renuncien a todo por amor a Cristo. Eso es sumamente difícil . . . requiere oración . . . La oración ha de agenciar el espíritu de sacrificio (2).

Piensen en el esfuerzo misionero en lugares difíciles – sea en nuestro país o en el extranjero. Supongan que los misioneros no hubieran confiado en Dios y no se hubieran sacrificado. Los capítulos más gloriosos de las comunidades religiosas son los de los misioneros que acudieron a los lugares donde parecía que no había esperanza. Los Siervos Misioneros entrarán

jubilosamente a cualquier territorio donde las necesidades espirituales de las personas no pueden ser atendidas por la falta de sacerdotes o de fondos para su sustento (3).



Miércoles: primera semana de Cuaresma / La vida religiosa y la santa pobreza

Carta al Hermano Augustine (Philips), S.T., 24 de abril de 1925, MF 892.

La vida religiosa es la manifestación más elevada del triunfo del cristianismo. No sólo representa lo que hay en el corazón de todo aquel que ama a Dios y que lucha por la perfección, sino que también une esos corazones buenos y esas buenas intenciones en una oración de alabanza, adoración y acción de gracias a Dios. Anima y ayuda a los que pueden flaquear y caer si se les deja solos. Dirige impulsos buenos que, de otra manera y en muchos casos, se perderían, y proporciona oportunidades para la práctica de las virtudes.

Con seguridad, este es el pequeño rebaño que nuestro Señor tenía en gran estima al afirmar: “No temas pequeño rebaño, porque al Padre le agradó darles el reino” (Lucas 12, 32).

Queda de manifiesto enseguida, que aquellos que favorecen este modo de vida y animan a otros a vivirlo y, sobre todo, aquellos que la viven, deben ser muy agradables al Sagrado Corazón de Jesús. “Qué bueno y qué tierno es ver a los hermanos vivir juntos” (Salmo 132, 1).

Es, por lo tanto, un acto sumamente meritorio y al mismo tiempo una acción perfecta de caridad divina y fraternal y con seguridad un acto muy agradable a Dios, el hacer la vida religiosa lo más atractiva posible a los demás, demostrando de todas las maneras posibles, lo buena y lo hermosa que es, como dijo el profeta David. Puede verse además, cuán agradable es a Dios hacer lo que está a nuestro alcance para salvaguardar la vida religiosa y ayudar a preservarla y a perfeccionarla.

¿Cómo podemos, entonces, llevar a cabo la obra de respaldar y de propagar la edificación de la vida religiosa? Esta pregunta tiene una amplia respuesta: ama la pobreza evangélica. La santa pobreza es, después de la caridad y la obediencia, el sostén de la vida religiosa. “Parece que no tenemos nada y todo lo poseemos” (2

Corintios 6, 10).

Aspira a poseer esta virtud y ora para que llegue a ser tu gracia bendita. Ora para que este voto santo te ayude cada vez más a vivir en este mundo siguiendo el ejemplo de nuestro salvador, quien, refiriéndose a sí mismo, dijo, “Los zorros tienen cuevas y las aves tienen nidos, pero el Hijo del Hombre ni siquiera tiene donde reclinar su cabeza” (Lucas 9, 58).

Ten gran afecto a cualquier condición que extirpe de ti lo que sea que te quite tu amor a Dios. Lucha y ora para que obtengas ese gran espíritu de desprendimiento. Lleva a feliz término todas esas indicaciones con respecto a la santa pobreza.



Jueves: primera semana de Cuaresma / La santa pobreza

1. Carta a la Hermana M. Baptista (Croke) M.S.B.T., 9 de febrero de 1925, MF 6213. 2. Constitución original de los Siervos Misioneros (1928), artículos 105, 122, MF 14304 y 14306. 3. Carta al Hermano Augustine (Philips), S.T., 25 de abril de 1925, MF 893.

Debes sentir un enorme deseo de renovar tu consagración a la santa pobreza. Esta virtud es sin duda una gracia especial, una gracia que hace que nuestra vida se conforme a la de nuestro Divino Señor.

La pobreza evangélica es la virtud que vivió nuestro Divino Señor y su Madre bendita y que las Sagradas Escrituras ensalzan. Si nos hemos de perfeccionar en esta virtud debemos ir más allá de admirarla, debemos vivirla. Esto es, debemos practicar esta virtud. Debemos rendir honor y gloria a nuestro Bendito Salvador viviendo la santa pobreza en condiciones parecidas a las que Él vivió, teniendo respeto a una virtud que la Iglesia tiene en tan alta estima y, para que adquiramos, por su mediación, la perfección evangélica (1).

La perfección de la santa pobreza consiste en esto: sufrir la necesidad de cosas temporales para glorificar a Jesús en su pobreza, “que, siendo rico, se hizo pobre por ustedes para que su pobreza los hiciera ricos” (2 Corintios 8, 9). La perfección de la pobreza evangélica se resume en no estar apegado a las cosas temporales y en utilizar lo que nos es imprescindible solamente para

el honor y la gloria de Dios. El que quiera gozar de la libertad de los hijos de Dios, que aspire a tal pobreza (Art. 105) (2).

La renuncia completa de todo lo que no es estrictamente necesario, es un medio muy efectivo para imponernos sobre nuestras pasiones y avanzar hacia la perfección, pues nos mantiene en el amor de Dios y en la caridad fraterna. Una vida en común perfecta, es una gran ayuda para conservar estas bendiciones, por lo tanto, la santa pobreza debe observarse religiosamente y sin tregua alguna (Art. 122) (2).

Por último, la santa pobreza, no sólo debe apreciarse y practicarse, sino que, en el Cenáculo sobre todo, debe orarse con frecuencia y ardentemente para que el Divino Hijo de Dios, tan magnífico en su vida y tan divinamente maravilloso en sus relaciones con los pobres en la forma en que vivió su vida, nos conceda una perfección en esta virtud tan querida por Él, práctica que nos hará parecernos a Cristo.

Que su inmaculada Virgen Madre que lo imitó en esto, eleve su oración por nosotros para que, mediante esta virtud, podamos rendir gran honor y gloria a Dios, edificación a la Iglesia, y ayuda a los pobres, especialmente los que se encuentran enfermos. Que Nuestro Señor, postrado en el lecho duro de la cruz, nos impulse cada vez más, hacia la santa pobreza, a nosotros y a los que vendrán después, y que sea nuestra gracia proporcionar edificación a todos los que se acercan a las puertas de nuestro Cenáculo con el amor y el deseo de practicarla también (3).



Viernes: primera semana de Cuaresma / La cruz

Artículo en el Holy Ghost Magazine, noviembre de 1923, MF 831-32

La Cruz es un signo que nos induce al amor, al culto, al agradecimiento, a la acción de gracias y al servicio. Si no fuera por los misterios de la Cruz, nuestro destino sería demasiado horrendo como para pensar en él. La cruz es nuestra esperanza, nuestra alegría, nuestra paz, nuestro consuelo. Es una promesa bendita de un futuro feliz. No podemos mirar la cruz sin reconocer que allí se pagó el precio de la salvación de nuestras almas

No podemos contemplar la cruz sin adorar la Preciosísima Sangre de Jesucristo, puesto que fue la Sangre derramada en la cruz la que rescató nuestras almas, la que pagó el precio de nuestra liberación de una eternidad de pecado, de muerte, de infierno, y nos convirtió en hombres y mujeres libres de Dios. En la cruz hay poder, en la cruz hay sostén, en la cruz hay bendiciones, en la cruz hay liberación, en la cruz hay una promesa de que un día, Él ha de venir en gloria con su cruz.

El logro más grande de celo y de progreso humano es propagar el conocimiento de esta cruz, lograr que sea amada y utilizada. La Iglesia siempre la ha utilizado.

Forma parte de sus ceremonias; con ella empiezan y terminan sus actos religiosos. Se nos ha enseñado a empezar y a terminar todas nuestras acciones con ella...

Cuando queremos desear a otra persona lo mejor, cuando queremos amar con el amor más sincero, utilizamos la cruz para bendecir y demostramos así nuestra fe y esperanza al utilizarla. La cruz tiene un gran poder sobre los elementos y las cosas materiales, nos protege de las plagas, y de las calamidades, del hambre, y de los espíritus malignos cuando se utiliza con fe y amor.

Debemos hacer uso de la cruz para bendecir nuestras mentes cuando éstas se desempeñan con lentitud en los estudios. Debemos utilizarla en nuestros corazones cuando estamos intranquilos, perturbados o somos objetos de alguna tentación. Debe encontrar la cruz un lugar en nuestras comidas. Debe comenzar, concluir y acompañar nuestra conversación y nuestras actividades para que así todo se haga en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Asimismo acompañará la adoración, las alabanzas y las acciones de gracia al que fue herido por nuestras iniquidades, golpeado por nuestros pecados y cuyos pies y manos fueron perforados y se contaron sus huesos sobre la cruz por nosotros.

El acto del que hace la señal de la cruz sobre un pequeño y le enseña a hacerla, resulta mucho más abarcador y maravilloso que la acción del que conquista un reino luego de muchas batallas porque, en su caso, el triunfo sólo durará algunos días, mientras que el otro ha logrado una victoria de fe que ha de celebrar por toda la eternidad junto a la enaltecida cruz de Jesús en el paraíso.



Sábado: primera semana de Cuaresma / Nuestra Madre de los dolores

Conferencia en un retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 9 de julio de 1916, MF 8385-87.

“Todos ustedes que pasan por el camino miren y observen si hay dolor semejante al que me atormenta” (Lamentaciones 1, 12).

Las calles de Jerusalén estaban congestionadas, atestadas de una multitud frenética y tumultuosa. Hombres sedientos de sangre se desplazaban de una esquina a otra. Las mujeres se asomaban a las ventanas y a los callejones. Un tropel de niños alborotosos seguía la procesión quebrada que lentamente avanzaba serpentinamente por las estrechas calles de la ciudad. Encabezaban la procesión algunos gladiadores romanos — hombres sanguinarios, tipos fornidos cuya función era matar, condicionados desde niños para el arte de la matanza. Hacían acto de presencia también algunos sumos sacerdotes de la nación judía, acompañados de sus escribas expertos en la intriga, la maquinación, repletos de recursos, astutos, hombres implacables, sin principios y, en medio del tumulto, la figura de un hombre con unos maderos a cuestas colocados de manera transversal, en forma de una pesada cruz.

Era evidente que este hombre no gozaba de popularidad, que la multitud se le había ido en contra . . . No perdían oportunidad de golpearlo, azotarlo, escupirlo, vilipendiarlo, denigrarlo, maldecirlo. O, era Él la persona que había enfurecido a la multitud, le había hecho algo o esa muchedumbre que estaba tratando de conseguir favores de sus enemigos. De todos modos Él era el objeto del escarnio. Parecía no tener amigos. Un hombre solitario, a solas con todas sus penas.

Pero al doblar una esquina se encontró frente a frente a una mujer — su propia madre y una o dos acompañantes. Un trago amargo para cualquier madre: ver que llevan apresuradamente a su hijo para ser juzgado, saber que había caído en la red de la ley. Es una pena enorme para su madre saber que su hijo va a ser castigado, que lo van a ejecutar, que lo van a matar justo ante sus propios ojos, verlo morir sufriendo una tortura lenta sin que haya manera de mitigar su dolor. Su propio hijo, el hijo de su dolor, el hijo de sus tormentos, el hijo de su joven maternidad, el niño que ella crió — saber que lo iban a colgar de un patíbulo infame. ¡O, eso no era más que amontonar dolor sobre dolor!

¿Cuáles eran sus pensamientos al contemplar el rostro, el semblante de su Cristo? Él había sido tan hermoso, tan amable, el más encantador de los hijos de los hombres, el más hermoso, el mejor parecido, el más justo. No había existido nadie como Él. Y mírenlo ahora: magullado, golpeado, transformado de apariencia, su hermosura desaparecida, tratado como un asesino, un leproso, un paria, no como un hombre. ¡Su único hijo! ¿Qué había hecho Él? O, después de haber examinado todo, lo único que podían decir era que “todo lo había hecho bien” (Marcos 7, 37). Ningún hombre, desde el principio del mundo, hizo las cosas que hizo Jesús. No había nada de qué acusarlo. No había hecho nada malo — ningún mal residía en Él. Ella sabía que Él era inocente, lo juzgaban injustamente.

Mis queridos hijos, es gracia de ustedes el que puedan consolar el corazón afligido de la madre de Jesús. Este consuelo debe ejercerse como una compasión silenciosa. Debe ser la compasión de unos corazones reverentes en oración.



Lunes: segunda semana de Cuaresma / La mortificación interior

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 12 de marzo de 1925, MF 6230.

Estamos ahora en la segunda semana de la santa temporada de cuaresma. Sería bueno que recordáramos con frecuencia el significado del espíritu de estos días de penitencia. Reconozcamos primero que somos pecadores, que desafortunadamente hemos ofendido a Dios de alguna manera, que no hemos correspondido a su gracia santa, que no hemos sido celosos en buscar lo que le satisface, o trabajado por lo que le proporciona mayor honor y gloria. Sintamos temor, no sea que en algo no hayamos sido edificantes y, si felizmente no hemos causado pecado en otros, por lo menos, no los hemos ayudado a lograr cosas más grandes y a seguir un mejor camino debido a nuestra tibieza o a cualquier otra condición nuestra indigna.

Somos, pues, sujetos para hacer penitencia y penitencia debemos hacer. La Iglesia, con todo su poder, no nos puede dispensar de ese precepto divino. Ella puede cambiarnos la penitencia o conmutarla, pero no

puede librarnos de esta obligación. Se ha excusado a algunos del rigor del ayuno y de la abstinencia de Cuaresma, pero, le llamamos la atención a esos y, de hecho, a todos, sobre el valor de la mortificación interior. Ésta es una forma de penitencia muy elevada y muy meritoria. De hecho, a menos que no haya mortificación del espíritu, estaremos haciendo violencia iracunda a nuestros cuerpos en vano.

¿Cómo, entonces, debemos practicar tal mortificación? Primero, reconociendo el hecho de que somos pecadores, que tenemos mucha necesidad de clamar a Dios implorando misericordia y perdón . . . Dentro de nosotros se encuentra ese mundo de nuestros gustos y nuestras aversiones. Tenemos ahí un sinnúmero de oportunidades para practicar mortificaciones interiores, esforzándonos por obtener libertad de espíritu. También están esas repugnancias naturales que sentimos a veces en la ejecución de nuestras obligaciones.

Debemos luchar, por medio de la oración, para sobreponernos a estas repugnancias. Hay que sobrellevar el que se nos interprete mal, hay que soportar las incomodidades, hay que acallar el lamentarse, la queja, la murmuración, hay que aplastar la impaciencia. Y sobre todo, éste es un tiempo particular para nosotros, ya que nuestra devoción es unirnos a los sufrimientos mentales de Jesús para adorarlo, especialmente en su agonizante vida privada y en su agonía mental.

Oremos los unos por los otros para que perseveremos y lleguemos a ser perfectos en el camino de la mortificación interior, que verdaderamente nuestras vidas permanezcan ocultas en Cristo. Tenemos tantas razones para alabarlo, para amarlo, para adorarlo, para hacer actos de reparación que nos impulsen, que nos insten a ser generosos en estas prácticas. Que nuestro Salvador coronado de espinas y crucificado nos mire con ojos llenos de amor, de misericordia y de sufrimiento. Que la Madre de los Dolores obtenga para nosotros la gracia de unirnos al agonizante corazón de su Divino Hijo y a su corazón compasivo. Que San José, que siguió este camino de la mortificación interior y quien se santificó a sí mismo a través de tan alto grado de sufrimiento interior, nos ayude.



**Martes: segunda semana de Cuaresma
/ Práctica: Mortificación interior**

1. Conferencia sin fecha escrita a los miembros pioneros del Cenáculo, MF 3330-32. 2. Carta sin fecha escrita a la Hermana Michael (Shelby), M.S.B.T., MF 3631.

Caminamos por la senda de la abnegación personal, impulsados a hacer violencia airada contra nosotros mismos, mientras nuestra Santa Madre Iglesia nos predica la gracia maravillosa de acompañar a nuestro Bendito Señor en el desierto . . . Es una llamada de amor, del amor de Dios por nuestras almas, una llamada a las almas que Él quiere limpiar y preparar para darles más y más amor, más y más gracias. (La mortificación) es un proceso esencial en beneficio de las almas de la cual depende, inclusive, la salvación. Conociendo todo esto, ¡qué exasperadamente contrariados y molestos debemos sentirnos con nuestra mezquindad, con nuestra estúpida e injuriosa naturaleza carnal, cuando ésta trata de acallar este grito y aún ahogarlo! ¡En qué obstáculo podemos convertirnos contra los mejores intereses nuestros! ¡Qué contradicción somos para nosotros mismos! Con cuánta frecuencia y cuán terriblemente sentimos la guerra en nuestros miembros, a la cual se refiere San Pablo: “Pues, los deseos de la carne están contra el espíritu, y los deseos del espíritu están contra la carne, los dos se oponen uno al otro de suerte que ustedes no pueden obrar como quisieran” (Gálatas 5, 17). Esto es porque el propósito oculto interior, el corazón mismo de la esencia de la vida de nuestro Salvador — esto es, el sufrimiento — está oculto para nosotros o nosotros lo hemos oscurecido con intereses indignos o con amor propio indisciplinado.

Somos los hijos del sufrimiento, del derecho de nacimiento que ningún niño que entre a este mundo podrá perder. Esto no lo olvidarán los que son verdaderamente sabios. Este conocimiento validará, en todas las circunstancias de sus vidas, una verdad salvadora. Moderará sus alegrías no sea que el placer los lleve al exceso, suavizará sus penas y las levantará de la desesperación hacia una esperanza de que el Dios misericordioso los cubrirá con su misericordia y perdonará la fragilidad humana. Sobre todo, influirá en naturalezas tímidas, apocadas, que tienen miedo al dolor y esto les inclinará a someterse a la más fuerte de las enseñanzas de nuestro Señor: “Hagan penitencia” (Mateo 4, 17) . . . Se manifestará “en frutos de arrepentimiento” (Mateo 3, 8).

Este fruto es de doble naturaleza: primero, dirige toda nuestra inclinación, del pecado a Dios, cambiando nuestros corazones y nuestras mentes. Segundo, venimos

obligados a satisfacer la justicia divina por las injurias y las afrentas que nuestros pecados le han causado. Esto lo hacemos mortificando la carne voluntariamente mediante otros ejercicios espirituales, otras mortificaciones mentales, con la resignación a la santa voluntad de Dios en todos los acontecimientos de la vida, con la paciencia en toda clase de sufrimiento, ya sea en nosotros o en los demás. Esto es realmente hacer penitencia por nuestros pecados (1).

Hay muchas cosas que puedes hacer. Entrégate más generosamente a tus prácticas. Lucha por vigilarte muy de cerca para corregir tus faltas diarias recordando siempre que un acto de mortificación de la voluntad es más meritorio ante Dios que la mortificación física, y es más eficaz en el camino de la perfección. Vigílate para que corrijas tu falta predominante. Remueve tus preocupaciones olvidándote de ti misma, de tu falta de devoción y piensa en los sufrimientos de la Iglesia. Nuestro divino Señor no sufre ahora, pero su Iglesia sufre. Deplora las condiciones de la sociedad, las tentaciones que se colocan ante los niños, el menosprecio casi universal a nuestro bendito Señor y a su palabra santa (2).



Miércoles: segunda semana de Cuaresma / La virtud de la obediencia

Conferencia dictada a los Siervos Misioneros, diciembre del 1919, MF 8430-31

La obediencia es una de las virtudes más grandes. Es la virtud regia, la virtud del triunfo. “El hombre obediente”, dice el Espíritu Santo, “hablará de victoria” (Proverbios 21:28). El triunfo, el éxito, es su resultado lógico, infalible, de la misma manera que la consecuencia inevitable de la desobediencia es la confusión, la derrota y el desastre. El triunfo supremo de nuestro Señor se le atribuye a la obediencia: “Se humilló obedeciendo hasta la muerte, y muerte en una cruz” (Filipenses 2, 8).

Fue obediente por nosotros hasta la muerte, la muerte en la cruz, por lo que Dios lo ha exaltado y le ha dado un nombre que está por encima de todos los nombres, el nombre de Jesús; o como dice San Pablo a los Filipenses: “Tengan entre ustedes los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús: Él, que era de

condición divina no se aferró celoso a su igualdad con Dios, sino que se aniquiló a sí mismo tomando la condición de esclavo. Se humilló obedeciendo hasta la muerte, y muerte en una cruz. Por eso Dios lo engrandeció y le concedió un nombre que está sobre todo nombre. Para que ante el nombre de Jesús todos se arrodillen en los cielos, en la tierra y entre los abismos” (Filipenses 2, 5-10).

Hacer la santa voluntad de Dios, agradecerle cada vez más, progresar en su santo amor, son las santas aspiraciones, a Dios gracias, de todos los hijos del Cenáculo, son los deseos anhelados y ardientes de mis queridos hijos . . . Que el Espíritu de Dios inflame estas ansias espirituales cada vez más y que a través de la santa obediencia en el corazón de mis queridos hijos, este deseo se realice sin peligro alguno y con toda certeza.

La obediencia religiosa es la docilidad y la obediencia que le mostramos a nuestros superiores en razón de Dios, obedeciendo así al que por amor a nosotros se hizo obediente hasta la muerte, y muerte en la cruz. ¡Cuánta exaltación, cuánta gloria contiene un acto de obediencia! ¡Cómo nos diviniza! La obediencia es la fuente de méritos indecibles. Ruego a Dios que esta bendición florezca entre nosotros, y que en ella nos imitemos unos a otros con envidia santa.

Quiera Dios que la obediencia sea la señal que distinga al Cenáculo. Nuestra Bendita Madre nos da un ejemplo perfecto de obediencia, también San José. Esto lo aprendieron de la obediencia del que vino a Nazaret y se sometió a ellos (Cf. Lucas 2, 51). Oremos con fervor a Jesús, a María y a José para que obtengan esta gracia para nosotros.



Jueves: segunda semana de Cuaresma / Los medios de perfeccionarnos en la virtud de la obediencia

Constitución original de los Siervos Misioneros (1928), artículo 126, 127, MF 14306-07.

La obediencia perfecta toma en consideración solamente a Dios, porque es por Él que obedecemos. Deberá ser humilde, proveniente del corazón, sencilla, completa y tan pronta, que obligará a dejar un asunto sin terminar al instante de oír la palabra que la impone;

la campana debe considerarse como la voz de Cristo. La obediencia, además, debe ser consecuente y enérgica en todas las cosas, inclusive en aquello que es difícil a la naturaleza y que va en contra de nuestra voluntad y de nuestro juicio limitado (Art. 126).

Los que aspiran a la perfección en la virtud de la obediencia se percatarán de que los medios que siguen son muy efectivos:

(a) Meditación sobre las enseñanzas de la sumisión de Jesús. El obedeció a todos, a su propia Madre, la Bendita Virgen María, a San José, y a todos los que estaban en la autoridad civil, ya fueran estos buenos o malos. Que los Siervos Misioneros, pues, obedezcan con regocijo a todos y cada uno de los que están por encima de ellos y que, además, vean a Dios en su superior.

(b) Consideración de los frutos benditos de la obediencia perfecta. Esto debe de inspirar a los Siervos Misioneros a hacer toda clase de sacrificios para adquirir este tesoro. Deben ordenar su vida de tal manera que todas sus acciones estén bajo el yugo de la santa obediencia, pues se darán cuenta de que es más fácil obedecer que mandar, pues el que obedece a Dios no hace nada que esté mal hecho y no tiene que temer nada. Es sensato, pues, sentir temor de hacer la voluntad propia. Obedecerán la Constitución con fidelidad y se guardarán de cometer alguna falta o de ser negligentes para que no se priven de méritos mayores.

(c) Para adquirir perfección en la virtud de la obediencia les será de provecho a los Siervos Misioneros tener presente los mandatos del Apóstol: “Por amor a Dios sométanse a toda autoridad humana” (1 Pedro 2, 13) y así se someterán a la divina majestad. Harán esto por amor al que obedeció aún a los que lo perseguían. Reconocerán en todos los que tienen autoridad el derecho a impartir órdenes. Tendrán en gran estima la idea de que la gracia de obedecer es un gran privilegio.

(d) Los Siervos Misioneros someterán la obediencia a la protección segura de la humildad, pues la humildad es la custodia de la obediencia. “No hay nada difícil para el manso y el humilde” (San León). Las personas deben considerarse a sí mismas como servidoras de todos. Si hacen esto causarán deleite en el cielo y Dios los exaltará. “Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado” (Lucas 14, 11). Por lo tanto los Siervos Misioneros deberán aborrecer y borrar de sus mentes cualquier pretexto que pueda interponerse a la unión de sus voluntades con la voluntad y el mandato de un Custodio. Serán por lo tanto como arcilla en las manos de sus superiores esforzándose en obedecer con mente

sencilla, júbilo y generosidad. Esta obediencia deberá demostrarse inclusive a los oficiales subalternos del Cenáculo Misionero (artículo 127).



Viernes: segunda semana de Cuaresma / Amor a la cruz

Artículo en el Holy Ghost Magazine noviembre del 1923, MF 830-33.

“Te adoramos, Oh, Cristo y te bendecimos, porque con tu santa cruz redimiste al mundo.” ¡O Jesús, eres el más adorable en tu cruz! O, amantes de la cruz, mujeres y hombres que están entrenados en la escuela del Cristo crucificado, contemplan esos brazos extendidos, esos pies lacerados, perforados. Miren bien la herida abierta en su costado, la cabeza inclinada, coronada de espinas. Veán la víctima de la malicia del pecado y el precio pagado por la salvación de nuestras almas . . . Clamamos, impulsivamente, llenos de amor, llenos de arrepentimiento, llenos de adoración: “¡Te adoramos, O, Cristo, y te bendecimos, porque con tu santa cruz redimiste al mundo!”

¡Qué mucho debemos amar la cruz! ¡Cómo debemos vivir para ella! Sí, ¡cómo debemos vivir para ella! Crueles, ingratos seríamos si alguna vez olvidamos que la cruz de Jesús fue el instrumento de la redención del mundo. Date cuenta y ruega que, en parte por lo menos, puedas apreciar el privilegio y la gracia que se nos da al exaltar la cruz.

Hay otra lección que esta cruz te ha de enseñar, pero sólo los pocos favorecidos la aprenderán. Muchos mirarán esta cruz como otros tantos la miraron en el pasado, “Todos los que me ven, de mí se burlan, muecas hacen y mueven la cabeza” (Salmo 21,8). Otros la mirarán con amor y santos deseos. Se adentrarán en lo profundo de estos misterios y aquello que para los judíos y los gentiles puede parecer un impedimento y una piedra de escándalo, para otros será “Su plan misterioso que permaneció secreto durante siglos y generaciones. Este secreto acaba de ser revelado a sus santos” (Colosenses 1, 26). (Mis queridos hijos) que sea su gracia el ser contados entre los pocos escogidos.

Que sea su suprema felicidad decir con aquel gran amante de la cruz, San Pablo: “Me propuse no saber

otra cosa entre ustedes sino a Cristo Jesús y a este crucificado” (1 Corintios 2, 2). Si tú quieres conquistar el mundo para Cristo, si tú quieres compartir una gran parte de su gloriosa inmortalidad, entonces debes aprender de la cruz, “Si sufrimos pacientemente con él, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2, 12). Al llegar a esta perfección, tu alma refrescada confundirá a los que odian la cruz, consolará y fortalecerá a los menos favorecidos en la escuela de Jesucristo con tu grito de alegría santa, “Más aún, nos sentimos animados en las pruebas” (Romanos 5, 3).

Stabat mater juxta crucem. Es nuestra gracia de gracias estar de pie con ella. El pequeño grupo de los que tenían fe en Jesús se había disuelto, pero la Madre de los Dolores se queda. Es nuestro día, es nuestra oportunidad, es nuestra gracia trascendental (estar de pie) con ella en el Calvario de nuestra generación, en medio de la indiferencia y el desprecio de su Hijo, estar de pie con ella a los pies de la cruz de Jesús y exaltar, por encima de la turbulencia de impiedad, la cruz de su Divino Hijo, el conquistador del pecado, de la muerte y del infierno.



Sábado: segunda semana de Cuaresma / Fidelidad a la gracia

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 21 de enero del 1913, MF 3683-88.

Teniendo en cuenta el mucho bien que han efectuado ustedes durante este año pasado, es un motivo de constante ansiedad para mí, que el demonio, enfurecido por las almas que ustedes están salvando, tiene a algunos para (que reduzcan sus esfuerzos) en una obra que han comenzado para Dios, un trabajo al cual fueron atraídos por el Espíritu Santo y, de esa manera, hacerle daño a la causa de Cristo. Dios deja sus intereses en manos nuestras. Él encomienda su causa a nuestro cuidado y, después de su gracia y de su Providencia, somos nosotros los que estamos llamados a hacerla prosperar. Nosotros somos sus instrumentos. Que Dios tenga a bien conceder, pues, que ningún alma se pierda debido a nuestra pereza o nuestra indiferencia . . .

Es evidente que el Espíritu los ha favorecido y los ha bendecido mucho al llamarlos a llevar a cabo una obra tan agradable a la Santísima Trinidad. El porqué

han sido ustedes favorecidos por encima de tantos otros que hubieran podido hacer mucho más por el Espíritu Santo es un misterio de amor a Dios que sólo su infinita sabiduría puede descifrar, pero esto sí lo sabemos, que Dios nos exigirá mucho por esta gracia de gracias. Él ha colocado almas bajo nuestro cuidado. Jesús entrega sus intereses a ustedes y el mismo Espíritu Santo se lo suplica . . .

Nosotros no abrigamos esperanza alguna de hacer algo por Dios a menos que no tengamos su gracia. Debemos estar hambrientos por obtener más y más de esa gracia. Ahora bien, ¿cómo podemos obtener cada vez más esta abundancia gratuita de Dios? Primero, cooperando con las gracias que Él derrama sobre nosotros en tanta abundancia. Segundo, perseverando en el agradecimiento al Espíritu Santo por la lluvia constante de bendiciones que nos imparte y exigiéndole más. Tercero, siguiendo sus inspiraciones y estando siempre alerta, en espera de sus impulsos.

A veces nos habla el Espíritu a través de los otros, a través de la naturaleza, la adversidad, un libro, un buen compañero. Cualquier cosa que nos atraiga, que nos guíe a los sacramentos, cualquier impulso que nos haga herir nuestro amor propio o nuestro necio orgullo demuestra claramente que el Espíritu Santo habita en nuestras almas.

Algunas veces debemos efectuar actos formales de adoración al Espíritu Santo mediante alguna reverencia, alguna palabra que así lo manifieste. Debemos rezarle con frecuencia, aunque sólo sea mediante aspiraciones. Nosotros tenemos la costumbre de empezar nuestras cartas con una invocación pidiendo sus gracias: “Que la gracia y la paz del Espíritu Santo estén siempre con nosotros.” Esta es una práctica devota verdaderamente muy hermosa, saludar y presentarse uno al otro en la gracia y la paz del Espíritu Santo.

Podemos ofrecer nuestro día al Espíritu Santo y cuando estemos llevando a cabo una visita misionera podemos pedirle que, si se rebela un sujeto, podamos calmarlo y ayudarlo a ver claro para poderle proporcionar la respuesta correcta. Que el Espíritu Santo de Dios los bendiga y los ilumine.



Lunes: tercera semana de Cuaresma / Necesidad de penitencia

Conferencia a los miembros del Apostolado del Cenáculo Misionero, marzo de 1928, MF 10711.

“Perdona, Señor, perdona a tu pueblo, y no estés enojado con él para siempre.”

Para nuestra Santa Madre Iglesia, esta temporada es de gran importancia. Es la época de la penitencia. El cristiano ha de conservar su gracia en este tiempo de penitencia para vencer las dificultades, las contradicciones y las luchas de la vida cristiana a lo largo del año.

En esta santa época hay algunas lecciones que aprender que no son agradables. Más bien son humillantes y calan muy profundo, quizás hasta el tuétano del hueso. En la liturgia del tiempo de Cuaresma, la Iglesia también nos habla de verdades que son muy saludables. No nos exime de nada porque es una madre tierna. Ella alerta a sus sacerdotes a que le digan la verdad a su gente, pues ella ha aprendido una lección de su divino fundador, un secreto terrible, el secreto de la penitencia.

Ella aprendió de Jesucristo la verdad que el mundo odia y, porque ella se mantiene firme, el mundo la rechaza. El mundo nunca ha aceptado esa lección de la penitencia y nunca la aceptará y ésta, realmente, mis queridos hijos, es prácticamente toda la razón por la cual el mundo se opone a Cristo y a su Iglesia. La Iglesia sabe que la doctrina de la penitencia es desagradable, los sacerdotes saben que es desagradable, pero, ¿qué haremos?

Nuestro salvador, manso y humilde lo afirma y también responsabiliza a nuestras conciencias: “Pero, si ustedes no hacen penitencia, perecerán igualmente” (Lucas 13, 3). Es así que, por dos mil años, hemos oído en la Iglesia el silbido y el voltear del látigo penitencial. Hemos visto generaciones de mujeres y hombres macerándose con terribles penitencias y ayunos, utilizando el silicio y, de hecho, para poder crucificar lo que hay desordenado en ellos, han herido su carne hasta llegar a los huesos.

Nuestro Señor habla de un camino derecho y estrecho para llegar al reino del cielo y no importa hacia donde tiremos el ojo, vemos la cruz en todos lados. Ésta es la santa tarea encomendada ahora a nosotros, los sacerdotes. Ustedes, sacerdotes de Dios, ustedes están entre el pórtico y el tabernáculo clamando: “¡Perdona, Señor, perdona a tu pueblo!” (Cf. Joel 2, 17). Puesto que soy sacerdote debo recordarles ahora esas tristes verdades. ¿Por qué? Porque considerar esas verdades, los salvará.

La Iglesia nos dice, suplicante y categóricamente: “Les exhorto a que no hagan infructuosa la gracia que

han recibido.” Piensen en cómo la Iglesia nos trata. Durante la santa temporada de Cuaresma ella nos tira migajas sin levadura, nos habla de penas y miserias para nuestras pasiones desenfadadas aun cuando buscamos se nos excuse (del ayuno) en razón de nuestros achaques, flaquezas e incapacidades. Sí, ella puede brindar un alivio pero nos dice: “No puedo absolverlos de la obligación de hacer penitencia.”

Mis queridos hijos, recuerden que somos pecadores e hijos de pecadores y que nuestras madres nos concibieron en el pecado. Por el pecado llegó la muerte al mundo. Es a través del pecado que todas estas consecuencias, horribles y miserables, afligen el alma y el espíritu del hombre. Y es por eso que somos sanados sólo mediante la penitencia saludable.



Martes: tercera semana de Cuaresma / Práctica: La Preciosa Sangre

Artículo en el Holy Ghost Magazine, julio de 1923, p. 7-13, MF 11687-89.

Era parte de la idea eterna que una de las tres divinas personas asumiría una naturaleza creada. La segunda persona asumió esa naturaleza. La Preciosísima Sangre vino a ser el precio del rescate por el pecado. La Preciosísima Sangre tenía que conquistar de nuevo, para Dios, su imperio rebelde. La Preciosísima Sangre no se puede separar de la vida de Dios. Es la Sangre del creador, la agencia mediadora de la redención, el poder de la santificación.

Todo en la sustancia humana de Jesús fue enaltecido por su unión con su Divina Persona a tal grado que todo se convirtió en adorable. Sin embargo fue sólo su sangre la que podía redimir al mundo, sólo la sangre, al ser derramada, podía lograrlo, sólo su sangre derramada en muerte pudo cancelar el precio de nuestra redención. Su sangre derramada era digna de adoración en cualquier otra ocasión, por ejemplo, la sangre derramada en Getsemaní. Pero fue la sangre derramada en la cruz, o por lo menos, la sangre derramada en el proceso de su muerte, la que nos rescató (MF 11687).

¿No es acaso justo que derramemos lágrimas de sangre por nuestra indiferencia y la indiferencia de los hombres para con esa sangre tan preciada que nos llama

siempre y de todas partes? Es la mayor de todas nuestras necesidades y sin ella no habría ni vida ni salvación para nosotros. Sin embargo, misterio de misterios, esa sangre no nos pertenece por derecho propio. Si el cielo se llenase de incontables millones de santos y su santidad pudiera contabilizarse en méritos, todos esos méritos juntos no podrían ganar para nosotros en millones de siglos lo que una sola gota de la Preciosa Sangre nos ganó.

La Preciosísima Sangre sería universal. Toda comunicación con Dios se daría en términos de la Preciosísima Sangre, la criatura con su creador y toda comunicación de Dios con sus criaturas, toda creación será bendecida en ella. Iba a ser una fuente de vida que refrescaría y deleitaría las almas agobiadas. Sería la fuente de energía que produciría santidad y haría a la Iglesia fértil en vocaciones angélicas.

¡Qué idea tan amorosa de la compasión y el amor del Padre Eterno para con nosotros nos proporciona la Preciosísima Sangre! ¿Qué sería de los pobres si no fuera por la Preciosísima Sangre? Si no fuera por ella el pecado convertiría al mundo en un infierno. Los hombres se convertirían en demonios. Todo lo que hace que la vida sea tolerable, todo lo que contrarresta cualquier mal, todo lo que suaviza cualquier aspereza, cualquier amargura, todo lo que hace que la maquinaria de la sociedad trabaje sin tropiezo y que consuele cualquier tristeza, todo esto se le debe, sencillamente, a la Preciosísima Sangre.

Nuestro Señor derramó su Preciosísima Sangre por nosotros en toda clase de lugar y en todas las formas. Continúa derramándola aún después de su muerte. Tan inquieto era su amor que la derramó por nosotros hasta la última gota, y es así como medimos el amor del Sagrado Corazón por nosotros.



Miércoles: tercera semana de Cuaresma / La gracia santificante

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 21 de enero de 1913, MF 3683-87.

La gracia es una revelación maravillosa de Dios a los hombres, es un don que trasciende todas las medidas humanas que se le puedan aplicar . . . y es tan valioso que ningún cálculo, ni mensura ni contabilidad humana le cuadra. ¡Qué muchas han sido las gracias que Dios les ha

concedido a nuestros (sacerdotes, Hermanos, Hermanas) y Asociados a lo largo de la obra del apostolado!

Primero, ¡es una gracia de gracias haber sido llamados a cooperar con Jesús en la salvación de almas! La más divina de las obras es salvar un alma y por alguna misteriosa manifestación del amor de Dios y de su predilección, (ustedes) han sido llamados a hacerlo. Yo mismo me humillo ante Dios hasta tocar el suelo todos los días y repetidamente, por su bondad para con todos ustedes, implorando humildemente que nunca nos abandone en razón de nuestras miserias y de nuestra falta de méritos.

Es una constante fuente de temor para mí . . . el que se pueda dar el caso de que los llamados a la gloria de la obra de un apóstol y a la recompensa de un apóstol, se incapaciten para recibir más gracias de Dios por alguna acción o por no cooperar con la gracia. El ser utilizado por Dios en la obra de la redención de su Divino Hijo es, entre todas las gracias, la más sublime. ¡Qué pérdida, qué pena si alguno de ustedes, por falta de apreciar la gracia y de cooperar con ella, la llegase a perder!

La gracia es un don sobrenatural, algo que Dios nos concede para que podamos alcanzar nuestro fin sobrenatural. Mirándola más de cerca, la gracia santificante es una característica espiritual y sobrenatural impartida a nuestras almas, que se adhiere a ellas como una luz radiante, tornándolas hermosas, brillantes, luminosas, sobrenaturales, espirituales, a semejanza de Dios y agradables ante su mirada. La gracia santificante no consiste en el hecho de que Dios se siente complacido con un alma o que ésta goza de su favor, sino que la gracia es una cualidad concreta que reside en nuestra alma y nos hace agradables a Dios.

Esta cualidad no pertenece al alma por naturaleza, sino que está sobreañadida y se le puede quitar (al alma) sin que el alma deje de existir en el orden natural. Finalmente, de acuerdo a los teólogos, esta gracia existe en el alma, no como un poder que puede usarse, como la fe y la caridad, sino que existe como el principio y la base de todo poder sobrenatural. No se une inmediatamente al entendimiento y a la voluntad, sino que se une a la sustancia del alma. Su más alta espiritualidad eleva el alma a una condición y a una existencia sobrenatural que la ennoblece fundamentalmente y la hace parecerse a su Dios . . .

Sin ser activa de por sí, (la gracia) es la base principal y permanente de toda la actividad sobrenatural. Por lo tanto, las Escrituras siempre la describen como algo permanente y que habita en nosotros . . . algo que

nos eleva y nos santifica, no sólo en nuestras acciones, sino también en lo más profundo de nuestras almas y de nuestro ser.

Es evidente que el Espíritu Santo los ha favorecido y bendecido mucho a ustedes al llamarlos a una obra tan querida por la Santísima Trinidad. El por qué ustedes han sido favorecidos por encima de tantos otros que hubieran podido dar mucho más al Espíritu Santo es un misterio del amor de Dios que sólo la sabiduría infinita puede resolver. Esto sí sabemos, que Dios nos ha de pedir algo de recompensa por esta gracia de gracias. El ha ubicado almas bajo su poder. Jesús ha confiado sus intereses a ustedes.



Jueves: tercera semana de Cuaresma / Los efectos de la gracia santificante

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo Misionero, 21 de enero de 1913, MF 3685-86.

Los efectos de la gracia santificante son tres. Primero, nos imparte una vida más elevada, una vida sobrenatural, una vida divina. Por lo tanto, las Escrituras se refieren a la comunicación de la gracia santificante como un segundo nacer, un nacer de nuevo en Dios. “Han nacido, no de sangre alguna, ni por ley de la carne, ni por voluntad de hombre, sino que han nacido de Dios” (Juan 1, 13). También: “muy libremente nos dio vida y nos hizo hijos suyos mediante la palabra de la verdad” (Santiago 1, 18) y, “ya que han nacido esta vez, no de semilla corruptible, sino de la palabra incorruptible del Dios que vive y permanece” (1 Pedro 1, 23).

En nuestro primer nacimiento físico, recibimos una vida natural. Al nacer por segunda vez espiritualmente, nos hacemos cristianos y recibimos una vida sobrenatural y divina. Por lo tanto, aquel que no posee la gracia santificante está muerto con respecto a lo sobrenatural: “Yo sé lo que vales, te crees vivo, pero estás muerto” (Apocalipsis 3, 1).

El segundo efecto de la gracia santificante es que somos adoptados como hijos de Dios. La recepción de la gracia santificante es un nuevo nacimiento mediante el cual nacemos otra vez de Dios y nos convertimos en sus hijos. Nuestra afiliación no tiene como principio, una mera adopción extrínseca, sino que se basa en algo concreto y

físico que se nos otorga y que está en nosotros, y ese algo es la gracia santificante. Esta gracia está en nosotros en realidad, y es lo que constituye la imagen sobrenatural de Dios en nosotros y, por así decirlo, nos comunica la sangre divina y la naturaleza divina.

Esto es lo que dice San Juan: “Vean qué amor singular nos ha dado el Padre, que no solamente nos llamamos hijos de Dios sino que lo somos” (Juan 3, 1). Y San Pedro, describiendo este misterio en forma más enfática, dice, “por ella nos ha concedido lo más grande y preciado que se pueda ofrecer: ustedes llegan a ser partícipes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1, 4) – es decir, mediante la gracia santificante. Siguiendo el ejemplo de nuestro Señor, llamamos entonces a Dios, nuestro Padre.

El tercer efecto de la gracia santificante es consecuencia de la adopción divina, esto es, del derecho de herencia. “Y si somos hijos, somos también herederos” (Romanos 8, 17). ¿Pero, en qué consiste esta herencia? Aquí en este mundo consiste en la participación y el disfrute de los tesoros de la Iglesia, para la preservación, protección e incremento de la vida divina en nosotros. En la otra vida, esta herencia significa el reino celestial.

Al participar en la naturaleza divina del Hijo de Dios, por nuestra adopción en la gracia santificante, también seremos poseedores con Él de su gloria y reinaremos con Cristo en el cielo. El mismo Dios lo prometió, “por eso les preparo un reino como mi Padre me lo ha preparado a mí. Ustedes comerán y beberán en mi mesa en mi reino y se sentarán en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lucas 22, 29-30). “Y esa gloria que me diste se la di a ellos, para que sean uno, como Tú y Yo somos uno” (Juan 17, 22).



Viernes: tercera semana de Cuaresma / La humildad

Conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, Pentecostés, 1918, MF 81113-14

(Estos pensamientos del Padre Judge expresados en 1918 en una reunión general en la ciudad de Nueva York son una cura para la auto complacencia):

Será muy agradable para ustedes saber que nuestra obra esta recibiendo en la actualidad, un reconocimiento muy extenso y, honestamente, no sé si sentirme satisfecho con ello, o no. No sé qué efecto tendrá en nosotros. Si nos va a convertir en enreídos y vanidosos, entonces, me sentiré muy mal . . . En tres años ha habido un cambio tan enorme debido a la gracia de Dios, que nos es muy consolador para todos nosotros. Pero no sé qué efecto tendrá en nosotros.

En la actualidad hay buenos sacerdotes, hombres esclarecidos, que los miran a ustedes como . . . enviados de Dios para remediar condiciones que reclaman tristemente ser atendidas. Cuando ustedes eran perseguidos de lugar a lugar y se les decía que no se les necesitaba, que molestaban a todos, que eran un estorbo . . . y les preguntaban porqué se entrometían en lo que no les importaba — eso estaba bien. Eso no los hacía vanidosos. Entonces cargaban con bastantes magulladuras, angustias y andaban alicaídos.

No sé . . . el efecto que va a tener en ustedes este otro tipo de asunto. A decir verdad, creo que la otra situación les convenía más. Recuerden, si queremos que Dios nos bendiga, debemos ser humildes. Una comunidad puede volverse orgullosa al igual que un individuo. Y tan pronto una persona se vuelve orgullosa, Dios deja de valerse de ella.

Contemplan el fariseo y el publicano del Evangelio . . . Me gusta el fariseo, se portaba bien con los pobres. Era hombre pulcro y aseguraba que no era extorsionista — no le había quitado nada a los vecinos. Era hombre religioso, pero tenía un problema: era orgulloso. Nuestro Señor contrasta dos tipos distintos en ese Evangelio. No se podía encontrar un hombre mejor que el fariseo . . . pero era orgulloso y nuestro Señor lo rechazó. El otro hombre debió haber sido una amenaza. El fariseo dijo cosas bastante fuertes contra él. El publicano no pudo decir ni una sola cosa buena de sí mismo. Solamente dijo: “Dios mío, ten piedad de mí que soy un pecador” (Lucas 18,13).

El orgullo es un vicio de enormes recursos. Si hacen algo para atraer la atención de alguien, no se sientan tranquilos. Se están adentrando en aguas peligrosas. Y tan pronto empiecen a pensar que son indispensables para la gente, en ese mismo momento Dios comienza a deshacerse de ustedes. Desde el mismo momento en que empezamos a pensar que somos necesarios, Dios empieza a pensar que no lo somos. Me siento intranquilo ahora, pero como dije, cuando iban a visitar y les tiraban

la puerta en la cara, ¡ay!, eso era glorioso. Dios les necesitaba mucho.

Ahora, cuando ellos dicen: “Siéntate y toma una taza de té”, yo tengo miedo. Una organización se puede volver orgullosa. Se nos está dando reconocimiento, se están fijando en nosotros y se están diciendo cosas buenas acerca de nuestra obra. Somos humanos y nos gusta oír eso. Tengan cuidado con todas esas cosas, esas tentaciones exquisitas del demonio, y nos gusta creer que tenemos que impresionar.



Sábado: tercera semana de Cuaresma / Fidelidad a la gracia

1. Conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 4 de agosto de 1918, MF 8413-17. 2. Conferencia a los Siervos Misioneros, hacia 1920, MF 8600.

La gracia que se les ha otorgado a ustedes es una gracia apostólica. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el Espíritu Santo les ha concedido una gracia, un don que se les imparte a muy pocas personas. Piensen en los cientos de personas que asisten a la parroquia que ustedes frecuentan. Ellas no piensan en lo que ustedes piensan. Si solamente salvan sus almas se han de sentir muy satisfechos y no se han de molestar por las almas de los demás. Si salvan sus propias almas estarán muy satisfechos. Piensen, ¿por qué no son ustedes como ellos? El Espíritu Santo les explicará esto porque yo no puedo. Ellos llaman a eso la Divina Providencia.

Ustedes no escogieron esta gracia. Se les ha concedido. Algunos de ustedes la tienen más que otros. Algunos desarrollan esta gracia a través del espíritu de generosidad y mediante el Santísimo Sacramento. Después de todo, Dios deja algo para que lo hagamos en colaboración con Él. ¡Éstas son las consecuencias de esa gracia, que otros dependen de ustedes para su salvación! Si desarrollan las gracias en ustedes, casi se harán necesarios para la obra de Dios. En otras palabras . . . si desarrollamos ese impulso y gracia en nosotros, entonces Dios quiere que esas almas se salven a través de nosotros y solamente a través de nosotros.

Ustedes saben que el estado de perfección del claustro es una forma de vivir dedicada a la oración, a la contemplación, una manera escondida de servir a Dios.

(Pero) el estado de ustedes no es el del claustro. Ustedes deberán poseer el espíritu del claustro, deben tener la devoción, la piedad de la monja enclaustrada y la caridad y el celo del (estado activo) . . . Cuando están al pie de la cama del enfermo están en el santuario. Van de Dios a Dios cuando se apresuran a hacerse cargo de un caso. Han de ganar más méritos en el día del juicio por haber acudido a ayudar a otros.

Ese es el estado (religioso) de ustedes . . . Si desarrollan esas gracias en ustedes, casi se están haciendo necesarios para la obra de Dios. En otras palabras, la obra de Dios parece prosperar. Si desarrollamos el impulso y la gracia (apostólica) en nosotros, parece que es porque hay almas que Dios quiere salvar a través de nosotros y solamente a través de nosotros. Fíjense en su trabajo. Es una obra espiritual tan poderosísima. Ustedes se valen de las obras de misericordia corporales como escalón para llegar a las obras de misericordia espirituales. Esto es lo que debe estar primero en sus mentes — la ayuda espiritual a los demás (1).

Se les ha dicho que se desarrollen en las virtudes teologales de fe, la esperanza y la caridad. Se les ha dicho repetidamente que desarrollen un espíritu devoto y humilde, que corrijan sus faltas y que avancen en alguna virtud particular. En otras palabras, a ustedes se les encarga una práctica. Podemos decir que esto es para que se santifiquen, pero todo el asunto se reduce a esto, que la gracia en ustedes no se quede vacía sino que puedan afirmar con el Apóstol San Pablo, con la misma valentía y la misma honestidad, “su bondad para conmigo no fue inútil” (1 Corintios 15, 10) (2).



Lunes: cuarta semana de Cuaresma / Preocupación por los niños

Conferencia a los miembros del Apostolado del Cenáculo Misionero, marzo de 1928, MF 10713-17.

Cuando las agencias del mal están tan activas como lo están hoy en día, cuando el escándalo se extiende por doquier, cuando se le hace tanto daño a la fe y a la moral de los más pequeños, ¡qué ocupados deberán estar los verdaderos amigos de nuestro querido Señor!

Volviendo atrás, a los años en que yo era un sacerdote joven, puedo observar hoy, como si se tratara

de un tablero de ajedrez, el progreso de este terrible estado de cosas que hoy asusta tanto los corazones de todas las personas buenas y pensantes. En los primeros años de mi sacerdocio nos sentíamos apenados y algo sorprendidos ante el abandono espiritual, pero, por lo general, esto acontecía a las personas ya maduras. Los que deambulaban en el océano de la indiferencia podían ser hombres o mujeres ya entrados en años, pero, ¿quienes son los abandonados espiritualmente hoy en día? Los jóvenes. Piensen en las condiciones en que se encuentran los jovencitos y jovencitas en la actualidad.

Les digo que los jovencitos y las jovencitas de hoy se encuentran indefensos. En general, yo no puedo, personalmente, echarles la culpa a los niños y niñas por seguir el mal camino. Las tentaciones los acechan por todos lados. Son sonsacados por doquier y en muchos casos el hogar, la defensa de esos jóvenes, se ha venido abajo, se ha destruido, lo que hace que estas pobres criaturas queden indefensas frente a los problemas de su salvación, de su protección.

Vemos por todos lados la producción en masa de la iniquidad. Las agencias del mal trabajan frenéticamente y parece que hay una conspiración en todas partes para destruir al niño, para borrar de sus corazones toda idea, todo pensamiento y todo amor a Jesucristo. Ahora bien, ¿qué vamos a hacer ante esto? No podemos permanecer indiferentes ante las condiciones en que se encuentra el niño. La esperanza del rebaño del futuro de la Iglesia, es el niño, el niño de cara sucia, el niño que no es amado, el niño de la calle. Ese niño es la esperanza del catolicismo.

Recuerden, estoy intentando plantear un problema ante ustedes. ¿De dónde procederá la esperanza? Ha de proceder de ustedes, de un laicado iluminado, un laicado fortalecido por un espíritu misionero, vigorizado por un espíritu católico. Piensen en los que pueden traer bajo su influencia, si es que lo quieren. Piensen en el poder de atracción de una mujer buena, de una mujer sabia. Ese poder de atracción es enorme. Sabemos eso por la Iglesia, por el estado. En el corazón de nuestra gente residen grandes impulsos para el bien. Lo único que anhelan es un liderato. (¡Piensen en lo que sucedería si pudiéramos coordinar estas influencias tan positivas!) Dicen las Escrituras: “Si uno cae, su compañero lo levantará, pero ay del que está solo si cae, nadie lo levantará” (Eclesiastés 4, 10). Hombre o mujer, solos, no llegan a ninguna parte hoy en día. Esta es la época de la cooperación, de la producción en masa, por lo tanto, ¿por qué no podemos nosotros, de la misma manera,

producir el bien en masa?

Que enorme pena causa ver esas familias modernas, esas pobres y abandonadas criaturitas tan mal atendidas porque la familia se va alejando de ellas. Tenemos que llegar al niño. Tenemos que llegar a la familia . . . y si podemos, entrenarles otra vez, ver si podemos reconstituir la familia cristiana a como lo era de antaño.



Martes: cuarta semana de Cuaresma / Práctica: la bondad

1. *Carta a la Hermana M. Baptista (Croke) en el vaivén de un tren desde Baltimore, Maryland, 19 de octubre de 1914, MF 319-23.* 2. *Carta a la Hermana M. Baptista (Croke), Waterbury, CT, marzo de 1915, MF 385-390.* 3. *Conferencia sin fecha a los Siervos Misioneros, MF 8638-39.*

Estoy sumamente deseoso de que ustedes lleguen a poseer una bondad y una caridad invencibles y de que no se queden cortos en seguir el consejo que les he impartido. Hubiese querido decirles más, pero mi partida abrupta de Baltimore, no me lo permitió. Aquí van algunas sugerencias adicionales . . . No demuestren, con alguna palabra o acción externa, que se incomodan o se disgustan con alguien . . . Esta advertencia es sumamente importante ya que, no hacer caso de ella, puede herir las almas y hacer daño a la obra de Dios. Si la dulce caridad reina en la casa, ésta se convertirá en paraíso no importa la pobreza que se experimente. Manténganse en vela continua y lleven cuenta de sus fracasos. Esto ayudará en el esfuerzo del auto examen y en la corrección que lleva a la perfección. Demuestren a todos la más alta estima que le tienen, pues quiero que vivan juntos como hermanas (y hermanos) queridos. Qué sea su gracia proporcionar el ejemplo de bondad, longanimidad, paciencia, mansedumbre, caridad y de todos los frutos del Espíritu Santo. Que su comportamiento, su calma, su serenidad sean el patrón para que todos lo sigan. Estén alerta no sea que demuestren la más mínima falta de respeto a los demás, no importa cual haya sido su falla. Jesús llamó a Judas “amigo”. Lo trató con cortesía ante los discípulos de manera que fuera imposible para ellos descubrir . . . quién era el traidor. Por más que les advierta sobre este asunto, no les habré advertido lo suficiente. Sean fieles a la práctica de la paciencia bondadosa, suave, afable y

tengan a todos en gran estima. Nunca se rían de los errores de los demás pues esto sería cometer el pecado de orgullo. ¿En qué sobresalimos nosotros para apuntar un dedo a los demás?

Sean pacientes. Examínense con frecuencia para ver si están teniendo éxito. Permitan que el Espíritu Santo se note en ustedes. Permanezcan alerta no sea que demuestren una falta de estima hacia los demás. Nunca permitan que se les descubra divididos en su casa. Cuidado con sus gustos y sus aversiones, porque, si no lo hacen, serán injustos inconcientemente (1).

Qué complacido debe sentirse el Espíritu de Dios al ver que han laborado en conjunto. ¡Qué alegría espiritual deben experimentar! ¡Qué promesa para futuras bienaventuranzas! Ustedes están amarrados los unos a los otros por los lazos del amor de Dios . . . sus corazones laten al unísono por la causa del Espíritu Santo y de nuestro Jesús agonizante . . . ustedes, a quienes Dios ha reunido como Siervos, deberán conocerse mejor unos a otros y estar unidos por los más apretados lazos fraternales (2).

¿Qué es lo que nos une a Dios? Es el amor. Que cosa maravillosa es la iglesia Católica — que agrupa a toda la gente que ama en todo lugar bajo el cielo de Dios, en todos los rincones de la tierra, a diferentes razas, nacionalidades, gente con intereses opuestos, a veces contradictorios — todos manejados y armonizados por el amor de Dios . . . Ésta es la regla — tratar al otro como queremos que Dios nos trate a nosotros. Dios nos dice esto, que como tratemos al otro, así nos tratará Él a nosotros. Si queremos su misericordia debemos ser misericordiosos con nuestro prójimo. Si queremos su piedad, debemos tener piedad para con el prójimo. Si queremos que nos tenga pena, debemos tenerle pena a nuestro prójimo, si queremos que nos perdone, tenemos que perdonarnos los unos a los otros . . . (3)



Miércoles: cuarta semana de Cuaresma / El espíritu de familia

Conferencia a las Siervas Misioneras, 10 de mayo de 1924, MF 850-53.

Nuestro divino Señor ha prometido estar, de manera especial, en medio de aquellos que se reúnen en

su Nombre (Mateo 18, 20). La oración es absolutamente necesaria. Orar los unos por los otros es otra señal del favor que el Cenáculo goza con Dios. Cualquier medio o cualquier agencia que impulse la oración, que la fomente o que la perpetúe, ha de ser una gracia trascendental. Soy de la opinión que una gracia tal lo es el espíritu de familia que existe entre los Cenáculos. Cuán deseosos debemos estar entonces, que esta agradable y saludable convivencia de hermanos unidos persevere. Para que se mantenga debemos pensar mucho y meditar sobre esta gracia, en lo necesaria que es y en las bendiciones que trae.

Si este espíritu de familia entre los Cenáculos florece, habrá de convertirse en gran fuente de consuelo para las dos agrupaciones. Fortalecerá a todos para sobrellevar una gran parte de las contrariedades que es necesario enfrentar en el servicio de Dios y en la labor a favor de la Iglesia. Si el espíritu de familia florece entre nosotros, ustedes se convertirán en un respaldo mutuo y bendito los unos de los otros y, estarán mucho mejor condicionados para hacer el bien.

La idea de la convivencia en familia es muy querida por Dios y por la Iglesia. Jamás existió en el mundo una forma de vida tan ideal como la que vivieron los primeros cristianos. Hoy tenemos en el Cenáculo una forma de vida parecida a esa, una manera muy avanzada de convivencia entre nosotros. Sería una pena y motivo de enorme tristeza que este modo de vida sufriera alguna interferencia o entrara en decadencia. Piensen en la fuerza mutua que pueden ser ustedes, los unos para los otros. Piensen en lo que pueden hacer los unos para los otros. Esto puede ser un bien tan grande y tan importante que en verdad, yo espero y oro para que sus asuntos estén organizados de tal manera que tengan que depender los unos de los otros, que no puedan estar los unos sin los otros, que se den cuenta que se necesitan unos a otros.

Mis queridas Hermanas, dediquen entonces la ayuda de sus oraciones a (los sacerdotes) y a los Hermanos. Ellos deberán escalar alturas espirituales, tienen tentaciones que vencer, lograr la victoria sobre sí mismos. Todo esto se habrá de conseguir, en gran parte, a través de las oraciones de ustedes y de su caridad fraternal. Yo puedo decirles que los (sacerdotes) y Hermanos abrigan los mejores deseos para con las Hermanas. Yo sé que siempre están deseosos de ayudarlas con generosidad.

Es el deber sagrado de los superiores ocuparse de que esta convivencia saludable y agradable de unión entre hermanos continúe y que hagan todo lo que esté a su alcance para que siga produciendo frutos hermosos y agradables. Es también deber de los superiores hacer

averiguaciones sobre el espíritu de familia en los Cenáculos cercanos de Hermanos y Hermanas, para percatarse del espíritu de familia, de si hay diferencias, resentimientos o injusticias que pueden hacerle daño y para proponerles lo que pudiera ayudar a vivir el espíritu de familia . . .

Es cierto que algunos abusos pueden destruir estas relaciones hermosas, en efecto, bastan dos o tres para lograrlo. Sin embargo, esto no sucederá si los superiores cumplen con su deber. Ustedes están deseosos de conocer lo que yo pienso sobre este asunto. Ustedes lo saben, pero para hacerlo más patente y para ayudar a esta santa tradición, declaro que yo reconozco lo que vale el espíritu de familia, de una familia laborando en la iglesia, de una familia que, con ardor, toma estas palabras de los labios de nuestro querido Señor, “Por eso vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mateo 28, 19).



Jueves: cuarta semana de Cuaresma / Perseverancia en nuestra vocación

Conferencia a los Siervos Misioneros, 10 de mayo de 1924, MF 854-56.

(En una reunión general de todos los miembros de ambas comunidades en Holy Trinity, el Padre Judge habló sobre las razones para perseverar en nuestra vocación como Siervos Misioneros).

Antes que nada deben ustedes considerar su propia alma. Ninguno de nosotros puede amar otra cosa más que nuestra propia alma. Ninguno ama su alma en exceso. Si hay algo que descuidamos, temo que, en muchas ocasiones, es nuestra propia alma. Piensen en la muerte. Piensen en la tentación de tener que dejar este lugar. ¿Dónde morirías? ¿Cómo morirías . . .? Piensa en los pecados que se cometen en el mundo. ¿Cuántas personas se han de perder porque viven en el mundo? ¿Cuántos se hubieran salvado de una vida de crimen, de pecado y de perder su alma si hubieran tenido la gracia que tienen ustedes de entregarse a Dios en la religión?

De la misma manera hemos de abrigar el deseo de salvar las almas de los demás. Imagínense que alguien sienta la tentación de irse. Uno no se va con la idea de

salvar almas. Desafortunadamente, el hombre promedio en el mundo apenas piensa en salvar su propia alma, apenas ora en las mañanas . . . ¡Piensen en cualquiera de ustedes . . . de regreso otra vez al mundo! ¿Qué le sucedería a su piedad, a su celo? Aún bajo las condiciones más favorables (en la vida secular) qué poco pueden hacer por Jesucristo en comparación con las ventajas de que gozan en el presente.

Ustedes pueden salir victoriosos sobre ustedes mismos, pueden escalar cualquier altura espiritual si son justos con ustedes mismos y siguen el camino ordinario de la oración y la gracia. Dense cuenta que Jesucristo está presente aquí en la capilla. ¿Tendrán éxito? ¿Perseverarán? Vengan aquí y ruéguele al Señor que bendiga sus días y que les ayude. No se dejen vencer por el desaliento. No se dejen vencer fácilmente en la lucha contra ustedes mismos. No digan de inmediato: “No puedo hacer esto o aquello,” o “La vida piadosa o la religión es demasiado difícil para mí.”

Pónganse ustedes mismos, sus deseos y sus luchas, ante nuestro Señor. Ruéguele al Espíritu Santo que los ilumine y que les conceda el don de la fortaleza. Esto es lo que quiero decir con ser justos con ustedes mismos. Puede que cada uno conteste, “no puedo orar, siempre estoy distraído,” pero recuerda esto — si entro a la capilla y me arrodillo, mi presencia es un acto de fe y yo sé que nuestro Señor está complacido, aunque yo lo haga mecánicamente, porque es un hábito de fe y de devoción, siempre y cuando yo haga lo que tengo que hacer para controlar mis pensamientos extraviados y necios . . .

Los dejo con el Dios Trino. Medité esta mañana sobre este asunto. Pensé en nuestro Señor rodeado de sus apóstoles. Eran hombres jóvenes, ninguno de ellos era muy maduro. Eran jóvenes activos y creo que unos pocos poseían una disposición no muy convencional . . . Pero fíjense lo que la gracia realizó en ellos. Entonces, en la imagen que tenía en la mente, los apóstoles desaparecieron y aparecieron ustedes alrededor de Jesús. Los contemplé a ustedes alrededor de Jesucristo. Puede que algunos de nosotros seamos imperfectos de manera no muy convencional, pero ¿quién puede imaginarse lo que la gracia puede hacer en nuestros corazones?



Viernes: cuarta semana de Cuaresma / Un motivo para practicar la caridad

*Conferencia a los miembros del Apostolado del Cenáculo Misionero,
13 de abril de 1932, MF 8530-31.*

“Cristo también sufrió por ustedes, dejándoles un ejemplo con el fin de que sigan sus huellas.” Estas palabras, mis queridos hijos, son de la Epístola de San Pedro (1 Pedro 2, 21) y en verdad son muy inspiradoras y consoladoras al máximo. Nos dice el apóstol que Cristo sufrió por nosotros. ¿No es eso emocionante? Jesucristo — piensa quién es Cristo, Hijo de Dios, Hijo de María, el personaje central de la humanidad — sufrió, y lo hizo por ustedes . . . ¿No es eso algo muy personal y abrumadoramente directo . . .? ¡O, cuán profundamente debe calar eso en nosotros y de que manera debemos dar respuesta a ese mensaje! . . . San Pedro no se conforma con decir que “Él sufrió,” sino que, “Él sufrió por nosotros.”

San Pedro dice aún más: “Les dejó un ejemplo.” Ahora bien, este ejemplo del Bendito Señor, entendiéndalo bien . . . estaba escrito en su sangre, y el efecto es éste, . . . la lógica es ésta — que ustedes sigan sus huellas . . . Ay, si los hombres tomaran (ese ejemplo), si lo incorporaran en sus vidas, este mundo se convertiría en un paraíso de la noche a la mañana. Si algo no anda bien, si hay confusión en la sociedad, si el equilibrio social se ha perdido, es porque el hombre no sabe o se olvida de que Jesús sufrió, y que sufrió por ellos. Y porque no lo saben, porque no piensan en eso, no les importa ninguna lección que Jesús haya impartido y no tienen ningún deseo de seguir sus pasos. ¡O! Jesús es nuestro maestro, y nos dice que si deseamos ser sus discípulos: “si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y que me siga” (Cf. Lucas 9, 23).

¿Cómo podemos seguirlo? ¿Es para sufrir y morir (como Él)? Él se compadece de nuestras debilidades porque nunca podríamos seguirlo por el mismo camino . . . ¿Cómo vamos a seguirlo, entonces, si no es por ese camino ensangrentado? Ustedes saben que Él es un maestro, conocen sus lecciones y sus preceptos. Su escuela es la Iglesia. Cuán agradecidos debemos estar de tenerlo como modelo hoy en día en que hay tantos sistemas contradictorios, tantos maestros alborotosos y estridentes, tantos guías que insisten que el camino que señalan es el que es.

Nosotros tenemos a Jesús, pero el camino que Él señala no le agrada a muchos . . . Es el camino del desprendimiento y de una violencia enérgica contra nuestra naturaleza desordenada. Es la vía del

atrincheramiento. Las enseñanzas de nuestro Señor no están en armonía con los principios y excesos de nuestra época que busca placeres y ahí se encuentra la dificultad. A nosotros nos gusta, naturalmente, el camino fácil, nos gusta seguir por la línea de menor resistencia. La penitencia es una palabra fuerte, y la caridad es a veces tan y tan exigente. No tanto por el amor a Dios, porque es tan benévolo, infinitamente admirable, tan amable y amarlo es tan fácil. Nos dijo que amáramos a nuestro prójimo, pero muchas veces nuestro prójimo (nos parece) tan poco digno de nuestro amor. La caridad fraterna es difícil a veces, sin embargo, tenemos que amar al prójimo como a nosotros mismos.



Sábado: cuarta semana de Cuaresma / Nuestra Madre Bendita

Artículo en el Holy Ghost Magazine, agosto de 1923, MF 813-14.

Escuchemos a las generaciones que llaman “bendita” a (nuestra Señora). El Arcángel proclama esa bienaventuranza. Su propio Hijo, encarnado en su vientre, la impulsó y fue testigo de la declaración de que todas las generaciones la llamarían bendita.

Hace cerca de mil quinientos años, San Cirilo, patriarca de Alejandría, se hizo portavoz de estas generaciones que llamaban bendita a la Virgen y, expresando los sentimientos de billones de personas, exclamó, refiriéndose a la Santísima Virgen: “¡Te bendecimos, Santísima Trinidad en tu unidad y misterio, porque nos has reunido en el templo de la Madre de Dios! Te bendecimos, María, Madre de Dios, tesoro venerable de todo el universo, cetro de buena doctrina, templo indestructible, hogar de Aquel que no cabe en ninguna morada, Madre y Virgen . . . te bendecimos a ti, en cuyo vientre, para siempre puro y virginal, acogiste lo inmenso y lo incomprensible, a ti por quien la Santísima Trinidad es adorada y glorificada, por quien la preciosa cruz del Salvador es exaltada y reverenciada, por quien el cielo triunfa y los ángeles se regocijan, por quien los demonios son expulsados, el tentador es vencido, la naturaleza frágil es elevada hasta el cielo, la criatura racional que ha adorado ídolos es arrastrada al conocimiento de la verdad, a ti, por quien los fieles son bautizados y

ungidos con el bálsamo del regocijo, a ti, por quien todas las iglesias del mundo han sido fundadas y todas las naciones han hecho penitencia. ¿Qué más puedo decir? A ti por quien la luz celestial, el Hijo único de Dios, ilumina a aquellos que, estando en las tinieblas, se sientan a la sombra de la muerte, a ti, por quien los profetas predijeron el futuro, los apóstoles anunciaron la salvación de las naciones, a ti, por quien los monarcas reinan. ¿Qué hombre puede alabar adecuadamente a la que más merece alabanza, la Virgen María?”

Esto lo afirmó San Cirilo en el Consejo Ecuménico de Éfeso en el año 431 de la era cristiana. Habían asistido (más de doscientos obispos). Lo que proclamó Cirilo produjo un extraordinario exceso de gozo, ya que lo que habló iba muy de acuerdo con las tradiciones de todos aquellos padres venerables. La Iglesia, testigo viviente de Dios en la tierra, confirma la verdad de sus palabras, “y desde hoy todas las generaciones me llamarán bienaventurada” (Lucas 1, 48). Su profecía, pues, se ha cumplido en el tiempo y se cumplirá en la eternidad.

Alabemos y demos gracias a Dios por lo que ha efectuado en ella. Acudamos a ella llenos de confianza . . . Felicitémosla . . . y recordemos nuestras necesidades a esta amable reina. Roguémosle que vele por nuestro peregrinaje en la tierra . . . Pidámosle que bendiga a nuestros seres queridos y que obtenga para nosotros esas gracias que harán que un día compartamos la alegría celestial de estar con ella como súbditos y que contemos con la amable compañía de Jesús Bendito para nuestra felicidad celestial y eterna.



Lunes: quinta semana de Cuaresma / La gracia actual

1. Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 21 de enero de 1913, MF 3686-87. 2. Artículo en la revista S.O.S., Por la Preservación de la Fe, abril de 1930, MF 1558.

La gracia actual es un apoyo interior sobrenatural y pasajero que procede de Dios y nos capacita para efectuar buenas obras que ayudan a la salvación. Es, en forma pasajera, un auxilio a los poderes del alma y actúa sobre ellos. En una palabra, hay dos poderes del alma — el entendimiento y la voluntad. La gracia actual es

una iluminación sobrenatural del entendimiento y un incentivo sobrenatural para la voluntad, siendo ambos impulsados por esa iluminación a realizar algo que asista a la salvación.

No estamos concientes de la presencia de la gracia santificante en nuestro interior, pero sí lo estamos de la gracia actual, a pesar de que no la podemos distinguir de otros impulsos. ¿Con cuánta frecuencia no nos sentimos atraídos, aun sin nuestra cooperación y muchas veces contra nuestra voluntad, hacia lo que es bueno y nos vemos impulsados hacia ello?

Esa es la influencia de la gracia actual en nuestras almas. “Pues Dios es el que produce en ustedes tanto el querer como el actuar con miras a agraderle” (Filipenses 2, 13). “No nos atrevemos a reivindicar algún mérito nuestro, pero nuestra suficiencia viene de Dios” (2 Corintios 3, 5).

Es del Espíritu Santo de quien proceden esos valiosos impulsos. Todos los días, a cada momento, Él toca nuestros corazones, nos habla, nos atrae, y una de las formas más seguras de conocer su presencia es cuando nos dirige la atención a alguna obra buena y nos anima a que la realicemos. Él nos es muy necesario, como dice el Concilio de Orange: “El que sostiene que con sólo sus poderes naturales puede hacer cualquier obra buena que beneficie la vida eterna, o que puede pensar en ella y escogerla estando seguro de que ha hecho lo correcto sin la luz del Espíritu Santo, se está engañando” (II Orange, C.7) (1).

Si deseamos recibir una abundancia de la gracia que la Iglesia posee, debemos, ante todo, tener una apreciación de esa bendición. Lleguemos a lo personal en este asunto y preguntémonos qué pensamos con respecto a la gracia de Dios. ¿Hay algo que antepone a la gracia de Dios? ¿Sentimos un deseo más ardiente que el poseerla? Para conservarla — ¿tenemos algún miedo o nerviosismo? ¿Tenemos alguna hambre o esperanza que sea mayor que el incremento de esta gracia? Si es así, estamos mal y más o menos bajo la influencia del espíritu maligno. Debe haber, en la proporción en que hemos sido favorecidos más que los demás, un hambre y sed por poseer la gracia de Dios. Ningún avaro debe sentir más codicia por los bienes del mundo que la que nosotros debemos sentir por los tesoros sobrenaturales. Poseer la gracia de Dios debe ser una pasión para nosotros (2).



Martes: quinta semana de Cuaresma / Práctica: La pasión de Nuestro Señor

1. Retiro a las Hermanas, hacia 1905, MF 10566. 2. Uno de los sermones de misión tempranos del Padre Judge, MF 3763-66.

“La meditación sobre la pasión de nuestro Señor Jesucristo, la fuente principal de donde proviene y fluye constantemente hacia nosotros todo bien, es ese sendero seguro y excelente por el cual todo cristiano debe caminar ordinariamente en la práctica de la virtud y de la perfección.” Para aquellos que quisieran aprender a meditar, éste es el consejo de Santa Teresa: “Reproduce en tu imaginación a nuestro Redentor y hazlo presente, imagínalo cerca de ti, en una forma asequible a los sentidos. Míralo con devoción en el estado o condición en la que quisieras meditar y en la que Él realmente estuvo en el misterio de su vida santa y de su pasión. Escúchalo con atención, pues Jesús habla con amor a los corazones de aquellos que quieren hablar con Él. Él te ha de inspirar con las palabras y los sentimientos que Él desea extraer de tu corazón. “(Camino de la perfección, C. 14, 16) (1).

Todos conocemos lo que significa el sufrimiento. Algunas veces el dolor que nos aflige parece intolerable, parece una carga con la cual no podemos más. Pero repasen los sufrimientos de toda una vida, los dolores de cabeza y las enfermedades, las fatigas y los disgustos de muchas semanas y de años . . . Consideren los sufrimientos de todos sus amigos. Añádanle todos los sufrimientos de los oprimidos y de los desafortunados de todos los tiempos y de todas las épocas desde el momento . . . en que nuestros primeros padres dejaron el paraíso hasta el último grito de angustia de un corazón destrozado y desesperado. Saquen el balance de los horrores del hambre, las plagas, los crímenes, los derramamientos de sangre y la crueldad en la historia de la humanidad. Pónganlo todo junto . . . y piensen lo que el hombre ha sufrido desde el primer día de la creación hasta este momento. ¡Contemplan ese océano inmenso de sufrimiento! Sin embargo, si fuéramos a añadir algo a esto, si multiplicáramos y amontonáramos sufrimiento humano sobre sufrimiento humano, nunca llegaríamos a alcanzar el grado de sufrimiento que Jesús padeció.” Miren y observen si hay dolor semejante al que me atormenta” (Lamentaciones 1, 12).

Si todo el sufrimiento humano fuera a caer sobre una persona, ¡qué desvalida se encontraría! Pero esto es

imposible, pues nuestra capacidad para el sufrimiento es limitada . . . Hagan los cálculos correspondientes y pesen la miseria humana de la manera que quieran, pero entonces, “Observen y miren.” ¿Quién es el individuo que nos pide que se juzgue entre el sufrimiento de todos los hombres y el suyo? ¿Quién es el que nos hará volver nuestros pensamientos de nuestra miseria y la miseria de otros, a la miseria suya? . . . ¿Qué es lo que Él ha sufrido y porqué?

¡Es la voz de nuestro Salvador! Es el dulce Hijo de María. Es Dios mismo. El Cordero de Dios degollado por nosotros nos habla de sus sufrimientos que son infinitos. Pensemos por un momento en esta divina víctima. Consideremos brevemente el poder y la dignidad de quien dijo, “Miren y observen si hay dolor semejante al que me atormenta” (Lamentaciones 1, 12) . . . El que nos proporciona el aire que respiramos — en quien toda la naturaleza creada vive y se mueve y respira. Él es el que nos pregunta como súplica: “Atiendan y miren” (2).



Miércoles: quinta semana de Cuaresma / La vocación de un Siervo Misionero

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12416-17.

Si alguien me fuera a preguntar qué es lo más radiante de la vocación de ustedes como Siervos (o Siervas) Misioneros de la Santísima Trinidad, cuál es su gloria, cuál es su excelencia, yo no diría que es la obra de los campamentos, de los clubes, de los vecindarios o cualquier otra clase de obra. Yo diría que, a mi modo de ver, estas son acciones secundarias.

Yo les diría esto: es la confesión de la verdad . . . Ser testigos de una verdad cualquiera es una cosa maravillosa. Siempre que decimos la verdad nos convertimos en maestros. Ay, pero cuando enseñamos, cuando proclamamos la verdad divina, cuando ponemos en circulación la gracia del cielo, esto sobrepasa lo maravilloso. ¿Qué es comparable al misterio de la Santísima Trinidad? ¿Qué es comparable al misterio de la Encarnación? ¿Qué es comparable a la permanencia del Espíritu Santo en la Iglesia y en el alma de los fieles? ¿Qué es comparable a los sufrimientos mentales de Jesús?

Deben ustedes confesar primero la doctrina en sus corazones. Nunca han de pensar en nada más maravilloso o decir algo más exaltado que esto: “Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo. Creo en el Espíritu Santo.” Cuando proclamas todo esto, el cielo entero asume la postura de atención. Hasta el mismo Dios pone atención. Es el grito de la fe lo que mueve al mundo, lo que mueve montañas.

Así pues, lo primero que hay que hacer es confesar estas verdades en sus corazones y ponerse al servicio de esas verdades. Ustedes son siervos, ¿no es así? . . . ¿A quién sirven ustedes? Ustedes son siervos de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo . . . Lo primero que tienen que hacer es ocuparse de consolarlo a Él, en cuidar de Él hasta donde les sea posible y esto lo están haciendo al confesar la verdad. Esta es su primera obligación.

El mundo no puede entender eso ni tampoco lo entiende mucha gente buena . . . No sé si debemos preocuparnos porque lo entiendan o no. Dios lo entiende. Es por eso que ustedes fueron creados por Dios en una comunidad. Ustedes han de compensar por lo que todavía falta. Ustedes han de hacer reparación.



Jueves: quinta semana de Cuaresma / La Divina Providencia

1. Artículo en el Holy Ghost Magazine, noviembre de 1929, MF 1291. 2. Artículo en el Holy Ghost Magazine, diciembre de 1929, MF 1359.

Una de las más consoladoras e iluminadoras doctrinas de nuestra religión es la que encierra la verdad de la Providencia de Dios que siempre nos arropa. Es, a la vez, una compensación y una promesa indiscutible de nuestra fe . . . no somos, ni las víctimas débiles de un poder fatalista, ni los súbditos descartados de un señor indiferente y carente de amor. Somos las criaturas de un ser infinitamente bueno, sabio y poderoso. El es nuestro Padre en el cielo y es su voluntad que en todas nuestras necesidades recurramos a Él. El cuidado de su providencia está siempre a nuestra disposición. Solamente impone una condición: que en todas las cosas “Busquemos primero el reino de Dios y su justicia” (Mateo 6, 33) (1).

Dudar de la promesa de Dios de proveernos el cuidado de su providencia, permitir que temores sin fundamento de males futuros nos vengzan, es un pecado y una ofensa contra su amor paternal. “El Señor está cerca de los afligidos y levanta las almas abatidas” (Salmo 33, 18).

Dios no nos exige que deseemos el sufrimiento o los males, pero cuando éstos llegan, sí nos manda a ser sumisos a su voluntad que permite esas aflicciones. Aún más, quiere que hagamos todo lo posible por evitarlos, pero que, a la vez, seamos sumisos cuando Él permite que sucedan. Las riquezas de nuestra fe, entonces, las constituye lo siguiente: que el sufrimiento y las vicisitudes que Dios nos envía son para nuestro bien y para nuestra salvación. Es por esa razón que la doctrina de la Divina Providencia es una de las verdades más consoladoras de la revelación, pues nos asegura que, a excepción del pecado, nada sucederá fuera de los confines de la voluntad santa de Dios.

En el curso de los acontecimientos nos ha de alcanzar, la triste y calamitosa palabra, (sufrimiento). Si el sufrimiento es personal, entonces debe seguirlo un rápido y generoso acto de resignación acompañado por la oración nacida del corazón: “Hágase tu voluntad!” Si el sufrimiento es de otros, debe seguir la oración por los que están angustiados o sufriendo, pues sabemos que Dios permite estas molestias por alguna razón conocida sólo por Él . . . Él efectúa lo desfavorable para disciplinar la voluntad del hombre, para hacerlo sabio y retirar su espíritu de las cosas que puedan poner en peligro su destino eterno . . .

Es una práctica muy saludable que, aunque no conozcamos la lección especial que Él tiene en mente, sin embargo estemos dispuestos a aprender esa lección y, con la ayuda de su gracia sabia, deseemos poner en práctica la lección.

En otras palabras, queremos estar bien con Dios, que nuestras expresiones de resignación a su santa voluntad y de fidelidad a sus divinas ordenanzas sean del agrado de la divina providencia. Que no sea necesario que los sufrimientos que están destinados a los testarudos para que corrijan sus desvíos, nos toquen a nosotros. ¿No nos dice la Sagrada Escritura que entramos en el reino de Dios a través de muchas tribulaciones? ¿No nos revela el mismo Espíritu Santo el porqué se envían estos males? “Cubre sus caras de vergüenza, para que al fin, Señor, busquen tu nombre” (Salmo 82, 17) (2).



Viernes: quinta Semana de Cuaresma / Los Sufrimientos de Nuestra Santísima Madre

Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 9 de julio de 1916, MF 8386-88.

“Miren y observen si hay dolor semejante al que me atormenta” (Lamentaciones 1, 12). Reúnan en una sola expresión concreta todos los dolores que jamás hayan oprimido el corazón de una mujer, multiplíquenlos indefinidamente y podríamos tener una idea, una impresión del dolor que arrasó como en oleadas oceánicas el Inmaculado Corazón de María cuando ésta contempló el rostro agonizante de Jesús.

¡O, Él estaba tan solo! Estaba tan triste. Si por lo menos hubiera tenido dos amigos fieles — algunos de sus apóstoles o sólo uno de los que había alimentado, curado o sanado. Por lo menos estos hubieran servido de guardaespaldas. ¡Pero contemplarlo en su sufrimiento y completamente solo! El dolor no disminuía mientras ella lo seguía y escuchaba los gritos de los que lo crucificaban.

¡O, escuchar insulto sobre insulto, ver cómo lo castigaban brutalmente — más aún, ver como lo despojaban de sus vestiduras y cómo se abrían de nuevo sus heridas! Halaron toscamente las vestiduras de su cuerpo, renovaron los azotes de la noche anterior. ¡O, su corazón se destrozó cuando lo agarraron, lo tiraron al suelo en forma brutal. Parecía débil al ser agarrado por aquellos hombres fuertes. Y, sin embargo, Él era Dios. “Como yo lo quiero, cuando yo lo quiero, porque yo lo quiero.” “Mírenlos, han puesto sus manos profanas sobre ese cuerpo sagrado. ¡O, esos miserables blasfemos, profanando el cuerpo del Dios Vivo!

La Virgen los ve arrojarlo, tirarlo sobre la cruz. Su corazón fue crucificado mucho antes de que crucificaran a su Hijo. Su corazón fue crucificado mucho antes que crucificaran sus miembros, sus pies, sus manos. Nosotros sólo podemos decir: “¡Mira y observa si hay dolor semejante!” “Y allí, junto a la cruz de Jesús estaba su madre” (Juan 19, 25). Su sufrimiento nos parece tan sagrado que no hay nada más que podamos decir. Todo lo que podemos hacer es contemplarla a distancia.

Ella conocía cada gota de esa Preciosísima Sangre y pensar que ella tenía que sobrevivirlo a Él. Debía ver

todo hasta su final . . . Hasta vio cuando lo despojaron de las vestiduras sin costuras que ella misma le había confeccionado. Vio a aquellos miserables disputarse la vestidura sagrada. Ella lo vio.

Lo vio expuesto en aquella cruz. Una madre tenía que ser testigo de todo esto . . . El pobre cuerpo magullado, roto, desfigurado, azotado, sin vida, el corazón destrozado y vaciado de su Preciosísima Sangre. ¡Su Jesús! ¡O, aquel cuerpo azotado, aquel cuerpo que ella había acariciado, que había adorado! ¡El cuerpo de su Hijo! “Miren y observen si hay dolor semejante al que me atormenta.”

(Que al terminar esta meditación) se sientan ustedes iluminados, fortalecidos con la firme resolución de que los intereses de Jesús son los intereses de ustedes — los intereses de la Preciosísima Sangre, la causa de ustedes, que habrán de ofrecer compasión y condolencia al corazón de su Madre . . . Ustedes son ricos. La gracia les ha favorecido. No la pierdan. Sean fieles a la oración y a la meditación. No olviden que han jurado ser amigos de Jesucristo. Nunca olviden eso. ¡Nunca!



Sábado: quinta Semana de Cuaresma / Compadeciéndonos de Nuestra Madre de los Dolores

Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 9 de julio de 1916, MF 8387-88.

Mis muy queridos hijos, es gracia que pertenece a ustedes consolar el afligido corazón de la Madre de Jesús. Esta compasión debe ser silenciosa. Debe ser la compasión de un corazón devoto, de un corazón que ama. La Madre de Dios sabe todo lo que pasa en el mundo, pues ella es la reina del cielo y de la tierra, de los hombres y de los ángeles.

Ella agradece el servicio que se le ofrece. Se siente complacida con las flores que los niños depositan en su altar. Se alegra de los honores que un corazón leal y devoto le rinde y hoy ella se complace al saber que ustedes se han entregado a la causa de la Preciosísima Sangre, la causa del que fue crucificado sobre aquel madero. La Madre de Dios sabe eso, ella conoce su corazón y ella acepta su compasión y su devoción.

Sabe que cuando otros son desatentos,

descuidados e indiferentes, ustedes han de permanecer afanosos y vigilantes. Sabe que cuando otros profanan la Preciosísima Sangre al hacer mal uso de ella o no utilizarla aún hoy en día, ustedes han de estar ansiosos por ofrecer expiación a la Preciosísima Sangre por el pecado de haberlo crucificado, por todos esos insultos que recibió. María sabe esto. Ya le habían dicho todo.

Mis muy amados hijos, entre las gracias que ustedes poseen, ésta no es nada insignificante — el que ustedes puedan compadecerse de la Madre de Jesucristo. Éste es un hecho real, un hecho verdadero en sus vidas, un hecho que ha de ser registrado en el cuaderno donde Dios lleva cuenta de todo, un hecho que tiene que salir a la luz como asombrosa edificación a los buenos en el día del juicio — que tuvieron compasión de la Madre de Jesucristo, que no se mostraron indiferentes, que unirán sus lágrimas a las lágrimas suyas, que suspirarán y sufrirán con ella, que la acompañarán, que van a prestar atención. Ustedes han escuchado su lamento, la han oído sollozar y gemir . . .

Porque ustedes son devotos de los intereses de Jesús, devotos de su Preciosísima Sangre, le rinden el honor, la reverencia que ella desea. Esto es lo que manifiestan las cuentas del rosario, más de lo que manifiesten, esto es lo que entonan los himnos, lo que contienen y repiten las letanías. Éste es un culto muy personal a su Hijo bendito. Ustedes son los (San Juan) y las Verónicas de hoy. Son ustedes los que rinden servicio de nuevo a la Preciosísima Sangre. Es lo que la Preciosísima Sangre necesita en la oficina donde ustedes trabajan, en la calle donde viven, en la ciudad que habitan. María sabe que su Hijo necesita amigos hoy. Sus enemigos están activos. Están ocupados tramando contra su Iglesia, conspirando contra sus sacerdotes, ocupados en contra de sus ungidos, están sumamente ocupados contra sus verdades reveladas. Jesús necesita amigos hoy. Pueden compadecerse de Él y decir: “Señor, lo siento por ti. Amado Jesús, lo siento mucho. Querida Madre de Cristo, te compadezco. Lo siento mucho.” Pueden ofrecerle a María su compasión y ella la aceptará.



Lunes de Semana Santa / Compadeciéndonos de Nuestro Señor en sus sufrimientos



Estamos comenzando la semana de semanas, la Semana Santa y, sin duda, ningún tema de meditación puede ser más provechoso que la consideración de los temas sagrados que conmemoramos en estos días. La pasión y la muerte de nuestro Salvador amado son la fuente de gracia perenne de la Iglesia y la inspiración para la santidad de sus hijos. La devoción a los sufrimientos de nuestro Salvador bendito nos hace agradables a Él por demás, en esto hacemos su santa voluntad, ya que Él ha afirmado expresamente que el santo sacrificio será un recuerdo de su pasión y de su muerte: “Hagan esto en memoria mía” (Lucas 22, 19). (La Misa es) la renovación de aquella ofrenda.

Con toda seguridad seremos también agradables a la Santísima Virgen, Madre de los Siete Dolores, quien recibirá nuestros sentimientos de condolencia y nuestra vigilia de oración como dones preciados destinados a su divino Hijo.

Contemplemos al que: “Fue herido por nuestras iniquidades” (Isaías 53, 5); Oró y sufrió por nosotros; Sufrió una agonía por nosotros que lo hizo sudar sangre; Negaron y traicionaron vilmente por nosotros; Fue cruelmente azotado y coronado de espinas; Para salvarnos, se expuso a humillaciones y escarnios, Sufrió el más injusto y vergonzoso juicio; Fue condenado a una muerte cruel y vergonzosa; Murió en los tormentos más indescriptibles, Para asegurarnos la felicidad eterna.

Que nuestro agonizante salvador nos encuentre velando con Él, prontos a solidarizarnos con Él, a condolerlos de sus sufrimientos y dispuestos a prestarle un servicio.

Que la pasión de nuestro Señor y los dolores de la Virgen Santísima, ¡O, amado Salvador! se conviertan en una devoción característica del Cenáculo Misionero. Que en todas partes nuestros corazones palpiten llenos de amor y al unísono con los adoloridos corazones de Jesús y María y que cada uno de nuestros miembros (imite) el amor, la fortaleza y la imagen de nuestra Señora bendita.

Vayan en pos de Él pues, junto con ella, durante estos días. Sufran con ella al pie de la cruz, ofrézcanle consuelo a Él. Adoren y denle gracias al Salvador crucificado, a nuestro amado Señor, a nuestro hermano mayor crucificado por nosotros. Lloren con ella durante este cruel desenlace en el Calvario y esperen con ella la gloria del triunfo de la Resurrección.

Martes de Semana Santa / Práctica: Los sufrimientos mentales de Cristo

1. Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 17 de agosto de 1913, MF 8324-26. 2. Conferencia a los Siervos Misioneros, julio de 1919, MF 573-574.

“¿No pueden velar, entonces, ni una hora conmigo?” (Mateo 26, 40). Seguiremos a Jesús en su travesía y en su faena. Cada momento que pasa se acerca más a la sangrienta Jerusalén. El Hijo del Hombre va camino a Jerusalén a ser crucificado. Llevó consigo a tres de sus discípulos, pero mientras oraba en el huerto, ellos dormían. Preguntó a Pedro: “¿No puedes velar una hora conmigo?” No había nadie que lo consolara. En ese huerto las piedras y los árboles fueron testigos del sufrimiento más cruento que el mundo jamás haya presenciado. Jesús hundió sus dedos en el polvo del suelo. El rostro que levantó del polvo de la tierra era un rostro desprovisto de toda clase de hermosura . . . El hombre había pecado. Toda esperanza se había perdido. Pero el amor ingenioso, fecundo del Espíritu Santo, había resuelto el problema de la redención del hombre. Como Dios, Él no podía sufrir. Por lo tanto, la segunda Persona de la Santísima Trinidad vino al mundo a sufrir el dolor que iba a servir de desagravio a la justicia divina.

Jesús había deseado este acontecimiento en el huerto. Había que hacer reparación por todos los pecados de manera que el hombre pudiera contemplar a Dios cara a cara. Llevó amigos consigo, pero éstos se quedaron dormidos. El tuvo que orar solo. No había nadie que lo consolara. Había orado mucho en su vida, pero nunca lo había hecho como lo hizo esa noche . . . Pero el cielo permaneció mudo y sordo. Volvió a orar. Interpeló a sus apóstoles, “¿No pueden, entonces, velar una hora conmigo?” (Mateo 26, 40). Comenzó, entonces a sentir el cansancio y una enorme pesadez en su alma. Oró por tercera vez y vino un ángel y le susurró al oído . . . Estaba cubierto de sangre . . . ¿Hay que preguntarse por qué había sudado sangre? Dios, quien odia el pecado, tenía que identificarse con el pecado. La ira de Dios Padre por nuestros pecados, cayó sobre nuestro pobre Salvador y nosotros no podemos velar ni una hora . . . Los demonios en el infierno se burlaron de Él. Lo tentaron, lo blasfemaron. Era su venganza por no haber

tenido éxito en el desierto.

Más tarde su cuerpo sería crucificado por sus enemigos, pero somos nosotros, sus amigos, los que crucificamos su alma con nuestros pecados personales y nuestra ingratitud . . . Si sólo hubiéramos permanecido fieles a la gracia, a qué altura en la montaña (de la santidad) estaríamos. ¡Cómo se parece a la Santísima Madre! ¿Qué le susurró el ángel al oído en el huerto? ¿La promesa de que tú velarías una hora con Él? ¿La promesa de ustedes encontrarse con Él en el comulgatorio y consolarlo? (1).

Pobre mente atormentada la de Jesús. Una de nuestras prácticas es adorar los sufrimientos mentales de nuestro amado Cristo. ¡Cómo lo hicieron sufrir y cómo sangró! Para que haya expiación tiene que haber sufrimiento. Sus amigos lo defraudaron. Dejaron solo a Cristo. Los llamó tres veces. No es lo que los enemigos hicieron. Es lo que sus amigos harían. Ese era el momento de sus amigos crucificarlo. La indiferencia a sus intereses de los que eran supuestamente sus amigos, su descuido, su desatención. No sé cuánto es el Cenáculo responsable por aquel sudor de sangre — al faltar a la comunión, dejando de formular o hacer actos de amor, por la falta de interés, la falta de celo, la falta de caridad en la conducta. Todo esto contribuyó al sudor de sangre . . . aquella noche. Sería bueno mirar al huerto para ver hasta dónde el Cenáculo es responsable . . . hasta dónde somos responsables por nuestros defectos personales. Debemos conocer todo lo que atormentaba la mente de Jesús. Cuando pensamos en la Preciosísima Sangre derramada, nuestras almas deben exhalar un rápido acto de contrición por lo que hemos hecho (2).



Miércoles de Semana Santa / Reparación

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 1 de julio de 1922, MF 9500.

¡Qué vocación y qué vida la de un misionero! No podemos jamás alabar y dar gracias a Dios lo suficiente por una gracia tal. Parece que esto se nos hace más evidente en días como éste. ¿Por qué en estos días particulares sentimos más amor por nuestra vocación? ¿Por qué estamos más deseosos de alabar y dar gracias a Dios generosamente por habernos concedido esta vocación?

¿Por qué en estos días, nuestra adoración a Dios tiende más a hacer actos de reparación de manera especial? Es porque nuestra vocación es apostólica y por lo tanto, estamos llamados a sufrir, a hacer sacrificios, en una palabra, a hacer reparación, a ofrecernos como víctimas del amor divino, a hacer reparación por el pecado, por la negligencia pecaminosa y la blasfemia de nuestros días . . .

La reparación es el fruto más vigoroso y el más bello de la caridad. Sin duda, un alma que es llamada a hacer reparación está entre las más favorecidas de las favorecidas. Debemos orar ardientemente por adquirir esa virtud. Al orar puede que nos preguntemos, para despertar el temor de Dios en nuestros corazones, qué piensa el cielo de esta blasfemia extendida (en el mundo de hoy), de la gran indiferencia hacia las verdades de la religión y hacia las enseñanzas de nuestro Salvador.

¡Qué ansiosos debemos sentirnos por hacer reparación! Esto debería hacernos sufrir gozosamente las cosas adversas de nuestra vida diaria y recibir con un espíritu, no sólo de resignación, sino también de alegría, esas cosas dolorosas que la Providencia de Dios permite que nos sucedan. Pruebas tenemos. Algunas son físicas, algunas mentales, algunas espirituales, algunas temporales. ¿Quién está exento de pruebas? Nadie. Hacer reparación debe ser nuestra alegría por amor a la Preciosísima Sangre, por todo lo que ella significa.

Considérense, pues, privilegiados hasta el más alto grado al darse cuenta de que Dios pone en su mente, por amor a Él, el que sean víctimas del amor divino. Pídanle que esto sea así, aunque en un grado mínimo. Si entienden esta gracia entenderán porqué almas santas oraban: “¡O Señor, sufrir o morir!”

Que la Reina de los Dolores, quien llevó a cabo la más grande expiación que criatura alguna pueda sufrir, quien hizo de su vida — especialmente desde el momento de su maternidad divina hasta su muerte, un acto supremo de reparación —, nos enseñe cómo amar y cómo sufrir. Que esta gracia se practique en el Cenáculo y, si hay alguna envidia, que ésta sea un santo deseo de que por amor a Dios, nos soportemos unos a otros. “¡O Sangre Preciosa de Jesús, que fluyes de todos los poros, te adoro. Haz que te ame cada vez más!”



Jueves Santo / Los acontecimientos del Jueves Santo

1. *Apuntes de un sermón, alrededor de 1907, MF 11719-20.*
2. *Artículo en el Holy Ghost Magazine, julio de 1923, MF 11687*

Esta mañana se cantó el *Gloria* con mucha alegría y se regaron flores por todo el camino que seguía el Dios Sacramentado. Aún ahora, se percibe un rayo de luz en medio de la tristeza. ¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué este terrible contraste de alegría y sufrimiento, de regocijo y duelo, de triunfo y derrota, de luz y tinieblas? Hay una luminosidad que viene de la habitación superior, (el Cenáculo) pero afuera todo es oscuridad, malicia y odio. Hombres diabólicos planeaban en secreto el más terrible crimen que la historia haya registrado jamás. Pronto sus manos iban a ponerse rojas, no con la sangre de un hombre, sino con la sangre de su Dios (1).

(El Jueves Santo por la noche) y los sufrimientos mentales de Jesús. ¡Qué tema para la meditación! Contemplan al hermoso Hijo de Dios, un gran hombre pasando por un gran sufrimiento. ¡Qué misterio es el terrible sufrimiento de Getsemani! ¡Mírenlo en el polvo, al que sostiene el universo, mírenlo agonizando, al que no conoce ni disminución o aumento, en quien no hay ni cambio ni alteración! Sangre — la arena está llena de ella. Salpica las rocas que están alrededor, se resbala por sus benditos dedos. Sus vestiduras están empapadas de ella. Jesús ha sudado sangre. ¡O, cuán rápido progresa esta obra de redención!

La sangre volvió a fluir cuando lo flagelaron atado a la columna. Estos hombres de Roma, grandes y fuertes lo azotaban, le pegaban y herían su carne sagrada. Tenían las manos manchadas con su sangre, se deslizaba en ellas. Lo coronaron de espinas; cada espina, aguda y afilada, se convertía en otra salida para la Preciosísima Sangre al penetrar su cabeza sagrada. ¡O, que mucha sangre ha derramado! Se le puede detectar en todas las piedras de las calles de Jerusalén, desde el pretorio de Pilatos hasta la casa de Herodes.

Debemos adorar la Preciosísima Sangre con la adoración más grande posible. En el tabernáculo más cercano donde se reserva el Santísimo Sacramento, hay una corte de magnificencia inconcebible. El cuerpo humano y el alma de Jesús están allí. María no está muy lejos.

Millones de ángeles gloriosos cubren sus rostros

con un velo y se inclinan ante la visión del Eterno. Millones y millones de santos favorecidos por el cielo están allí. Allí late el Sagrado Corazón de Jesús. Allí fluye su Preciosísima Sangre. La Preciosísima Sangre es la base de los sacramentos. Amor a los sacramentos implica amor a la Preciosísima Sangre (2).

Piensa en la generosidad del que han matado para con los que lo mataron. ¿Quién ha oído jamás hablar de un hombre asesinado que deja como herencia, sus posesiones al que lo envió a la eternidad? El amor de nuestro Salvador no tenía medida. La ingratitud no iba a alterar ese amor . . . El gran tesoro (de la Eucaristía) nos fue transferido en herencia (1).



Viernes Santo / El espíritu de nuestros votos

Carta a los Siervos Misioneros, 22 de marzo de 1923, MF 5329.

¡Pobreza, Castidad y Obediencia!

¡Qué cuentas doradas del rosario unen nuestros corazones al Sagrado Corazón de Jesús! Encontramos a nuestro amado Señor tal como la Iglesia lo presentó el domingo pasado, en medio de una muchedumbre de personas mordaces, irreverentes, contenciosas. Durante estos días mis pensamientos tienden a reflexionar de esta manera: ¿Sobre quien estaban fijos los ojos de Jesús? ¿A quién miraban los ojos de Jesús? “Contemplan al hombre,” dice la Sagrada Escritura (Juan 19, 5). Mientras ellos miraban, Él también miraba. Al ellos mirar, Él miraba. Y me pregunto: ¿Qué vio Él?

Seguramente que hay necesidad de hacer reparación por esos pecados de hace mucho tiempo y por los pecados de los que hoy en día miran a Jesús fríamente, con indiferencia e irreverentemente. ¡Qué consoladora debe ser la mirada de ustedes llena de amor! ¡Qué consuelo para el agonizante corazón de Jesús en aquel espantoso primer viernes santo, cuando Él se dio cuenta de que el corazón de ustedes iba a ser suyo!

(Al reanudar sus votos), sí, hagan su consagración a través del amor, pero especialmente el amor de un alma que sufre y se compadece de Él por sus sufrimientos. Que ésta sea una reparación amorosa. Que el que es injuriado hoy en día, caiga en la cuenta de que

ustedes desean hacer actos de reparación y de amor en su nombre y en el nombre de todos los que rehúsan amarlo. Que Él se dé cuenta que esta generosa prueba de amor encuentra expresión en obras buenas y en el buen deseo de hacer siempre actos de reparación. Únanlo todo a su amor y a sus sufrimientos, al amor y a los sufrimientos de su Madre compasiva, a San José y a todos los santos.

Que la Madre de nuestro Señor, mediante el Verbo hecho carne, obtenga muchas gracias y bendiciones para ustedes y, sobre todo, que sean siempre generosos, leales y sacrificados (en el servicio de Jesús).



Sábado Santo / El entierro de Jesús

Artículo en el Holy Ghost Magazine, abril de 1926, MF 916-17.

Contemplan la cruz. El cuerpo que la cubre es el cuerpo de Jesucristo. El murió realmente, verdaderamente. No fue una muerte aparente o imaginada. Ese cuerpo en la cruz es verdaderamente un cuerpo muerto. Esos brazos, pies y manos están muertos. Fue un cuerpo muerto el que depositaron en la tumba. En verdad sabemos mucho de lo que pasó en el momento de la crucifixión. Jesús tenía un alma humana al igual que un cuerpo humano y sabemos que su alma fue al limbo. Sabemos que (aún entonces) su alma humana se mantenía unida hipostáticamente al Verbo Eterno. El alma en el limbo pertenecía a la segunda persona de la Santísima Trinidad.

Entiendan bien que su pobre cuerpo estaba en el sepulcro. Está tan quieto, tan lleno de rasguños, tan magullado, tan mutilado, tan herido en los lugares donde aquellos hombres crueles abrieron su carne. Sus sagradas manos, pies y costado estaban traspasados de heridas. Su cabeza sagrada, coronada de espinas, una masa de cortaduras. Isaías dice, “desde la planta de los pies hasta la cabeza no hay nada sano, sólo heridas, golpes, llagas vivas que no han sido envueltas ni vendadas ni aliviadas con aceite” (Isaías 1, 6).

Sus pies estaban cercenados a causa de las piedras del camino. ¡Con toda seguridad ese pobre cuerpo estaba muerto! No estaba sufriendo nada. No hay lágrimas en

sus mejillas ahora, ni salivazos en su rostro. Ahora no hay sangre en su cuerpo. Manos amorosas, manos suaves, manos devotas lo han limpiado y lo han colocado en la tumba. Pero aún así, tan herido como está, tan quieto y tan inerte como está ese cuerpo, aún así es adorable porque la divinidad todavía está unida al cuerpo porque ese es el cuerpo de Jesucristo. Su alma está en el limbo. Su cuerpo está en el sepulcro.

Piensen en la recepción que le dieron en el limbo las almas de los siervos de Dios que esperaban la consumación de la promesa hecha a Adán. Allí se encuentra José — su padre adoptivo, los patriarcas, hasta el buen ladrón que había muerto algunas horas antes. La corte de ángeles de turno toca a los portones clausurados por tanto tiempo, exclaman con gran júbilo: “¡O, puertas, levanten sus linteles, elévense portones eternos y que pase el Rey de la gloria. Desde adentro se oye el grito de esperanza: “¿Quién es ese Rey de la gloria?” Y se escucha la respuesta en las afueras: “El Señor, el fuerte, el poderoso todopoderoso, el Señor valiente en la batalla.”

Una vez más repiten la interpelación llena de alborozo: “O, puertas, levanten sus dinteles, que se eleven las puertas eternas para que pase el Rey de la gloria” (Salmo 24, 7-10). Y una vez más con más alborozo los ángeles que cuidan los prisioneros exclaman: “¿Quién es el rey de la gloria?” “Jesucristo, el Hijo Eterno de Dios y de la Virgen María, ante cuyo nombre se doblan todas las rodillas, en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, Él es el Rey de la Gloria!”

¡Piensen en las aclamaciones de júbilo! ¡Piensen en las oraciones, en la adoración! ¿Cómo lo recibieron? Igual que ustedes lo hubieran recibido. ¿Qué le dijeron? ¿Qué le hubieran dicho ustedes? Lo acompañaron de nuevo a la tumba, una guardia de honor feliz y gloriosa. El gran acontecimiento estaba a punto de suceder.



Lunes: semana de Pascua / La Resurrección

1. Artículo en el Holy Ghost Magazine, abril de 1926, MF 916. 2. Artículo en el Holy Ghost Magazine, abril de 1923, MF 785.

“Pero si Cristo no resucitó, nuestra predicación no tiene contenido como tampoco la fe de ustedes” (1

Corintios 15, 14). Pero la Iglesia proclama hoy, con gran regocijo y alborozo: “Vayan y miren la tumba . . .” Y la fe nos revierte la respuesta: “Resucitó, no está aquí” (Marcos 16, 6). Multipliquemos nuestros actos de fe. Proclamemos nuestra aceptación de esta verdad fundamental de nuestra religión.

¡Jesucristo resucitó de entre los muertos!
¡Regocíjense y alégrense! “Éste es el día que hizo el Señor” (Salmo 117, 24). Regocíjense y alégrense pues este día fue hecho para el regocijo y la alegría desde el principio del mundo.

Hoy es un día de gozo universal y de acción de gracias. Nuestros corazones deben estar repletos de agradecimiento por lo que este día significa. En primer lugar, regocíjémonos en atención a Él. Ha salido victorioso y ha triunfado a pesar de las maquinaciones, de la malevolencia y la injusticia. Los poderes del infierno están en retirada. Regocíjense, sobre todo, porque Él es nuestro Salvador, nuestro Señor, nuestro Redentor, precisamente porque es Jesucristo. Ésta es la razón para nuestra alegría en estos momentos.

Felicitemos a Jesús, Rey y Conquistador del pecado, de la muerte y del infierno. Felicitemos a su Reina, la Inmaculada Virgen María, la Madre de los Dolores. Él nos ha abierto las puertas de la salvación: “Bien sé que mi Defensor vive y que Él hablará el último, de pie sobre la tierra. Yo me pondré de pie dentro de mi piel y en mi propia carne veré a Dios. Yo lo contemplaré yo mismo, Él es a quien veré y no a otro. Mi corazón desfallece esperándolo” (Job 19, 25-27) (1).

Ésta, en verdad, es la esperanza que hace la vida llevadera, esta es la luz que esparce sus rayos luminosos sobre la oscuridad de este mundo. Es la promesa que fortalece nuestro espíritu desgastado y deprimido y nos anima a dar frente decididamente a los dolores de la miseria humana y a exclamar con fervor y alegría ante el mandato de que tenemos que morir: “¡que se haga tu voluntad!” Yo sé que resucitaré glorioso de entre los muertos y que entraré en su inmortalidad si soy fiel a Él. ¡O glorioso fin de una vida de miseria y de trabajo!

¡Te damos gracias, o Jesucristo resucitado! Te adoramos y te bendecimos por tu triunfo sobre el pecado, la muerte y el infierno. Te alabamos por haber ratificado y concedido vida a nuestra fe. “Este es el día que hizo el Señor, gocémoslo y alegrémonos en él” (Salmo 117, 24). Enfrentense con confianza y valentía a las cosas adversas de la vida. El trabajo y las pruebas son la herencia que el pecado nos ha dejado, pero la felicidad eterna será nuestra porque Él resucitó. Con gozo, pues, vuelvan sus rostros

hacia la tumba abierta y vacía. Elévense con Cristo y busquen las cosas de lo alto, pues, “¿Acaso no tenía que ser así y que el Mesías padeciera para entrar en la gloria?” (Lucas 24, 26). Nuestra predicación no es en vano, y la fe de ustedes tampoco es en vano (2).



Martes: semana de Pascua / Práctica: Júbilo, fruto del Espíritu Santo

1. Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 7 de julio de 1916, MF 12001-03. 2. Conferencia al Apostolado del Cenáculo Misionero, 13 de abril de 1932, MF 8539-40.

El júbilo proviene de un sentido de seguridad, de una sensación de paz. Es entonces que nos sentimos seguros. Después de todo, el gozo se funda en la paz, en la tranquilidad. La persona que posee este fruto del Espíritu Santo tiene todo el derecho de sentir que todo está bien con Dios y consigo mismo. Una persona como esa abraza un temor reverencial hacia Dios. Teme el juicio de Dios. Tiene una sensación de inquietud que proviene de su sentido de responsabilidad. Teme que pueda perder la alegría. Entiéndanlo bien, las personas alegres sienten que están en paz con Dios — que están en estado de gracia. Con toda seguridad, ese estado es el grado más alto de gozo. ¿Puede haber otra clase de gozo comparable a éste? Esa convicción dentro del corazón de que Dios y ustedes son uno, que si mueres en esas condiciones en ese momento, han de ir al cielo, es lo que te provee ese gozo. ¿Hay algo más en este mundo que pueda sustituir esa paz? Desde luego que no. Esa es la paz santa. (1)

Cuando nuestro Señor quería decir algo para demostrar que se sentía jubiloso, utilizaba una expresión parecida a esta: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! ¡Que se cumpla tu deseo!” (Mateo 15, 28) o “Feliz eres, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo enseñó la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16, 17). Ustedes pueden proporcionarle a Jesús el mismo gozo. En el cielo no existe la fe. Allí no tiene vigencia. Es ahora el momento de demostrarla. En el cielo ya sabemos — todo lo vemos, todo está patente. Nuestra oportunidad radica aquí. Este es el momento para probar los espíritus. Es la oportunidad de ganar esa gracia y esos méritos agradando a nuestro Señor, siendo hombres

y mujeres de fe. ¡Tener fe! ¡O, qué cosa más maravillosa! Poder propagarla, enseñarla, llevarla a otras personas o traer a otras personas a ella y salvar a los niños para que tengan fe. Este es el trabajo que ustedes pueden hacer. Ustedes pueden hacerlo en la providencia de su vida diaria.

El domingo pasado se celebró la Pascua. ¿Cuáles fueron sus sentimientos ese domingo? Estaban contentos. ¿Por qué estaban contentos? Saben lo que debían haber hecho la mañana del Domingo de Pascua. Espero harán lo mismo en la próxima fiesta de nuestro Señor. Lo primero que debieron haber hecho fue pronunciar un rico, verdadero y generoso acto de fe en el Cristo Resucitado . . . Piensen en la alegría que debe haber invadido todo su ser. Debieron haber caído de rodillas tan pronto se levantaron y elevar sus manos y su corazón en acción de gracias al Dios Trino. Algunos de ustedes lo hicieron. Recuerden que yo no estoy diciendo: “¿hicieron un acto general de fe?” Estoy preguntando: “¿hicieron un acto de fe en este misterio?” Pronto celebraremos el día de la Ascensión, día de un gran misterio. Celebraremos también el día de Pentecostés. Si quieren hacer algo que agrade al cielo, hagan esos actos de fe, esperanza y caridad . . . Estos actos otorgarán carta de preferencia a sus oraciones. El cielo tomará nota de su petición mucho antes que la de los que no piensan en estas cosas. Esa es una gracia particular . . . Pueden ofrecerle a Jesús alguna alegría. “¡Grande es tu fe! (Mateo 15, 18) (2).



Miércoles: semana de Pascua / Nuestra Santísima Madre y la Resurrección

Artículo en el Holy Ghost Magazine, abril de 1926, MF 917-18.

La tradición cristiana nos dice que la resurrección se efectuó alrededor de las cinco de la mañana. No hay duda de que debió haber ocurrido cerca del amanecer. Debemos preguntarnos con interés piadoso dónde estaba la Madre Bendita la víspera de aquel gran sábado. ¿Dónde se encontraba la que estuvo al pie de la cruz? Ella tenía el corazón de una madre y ese corazón estaba donde se encontraba su tesoro: en la tumba.

Se dice que el sábado santo ella hizo las estaciones de la cruz. Las primeras estaciones de la cruz

las hizo nuestro divino Señor, las segundas las hizo su madre entristecida. Se nos ha dicho, en base a la autoridad de almas piadosas, que ella misma fue de estación a estación. Se hincaba de rodillas en el camino. Recogía el polvo y lo besaba reverentemente, el polvo que había sido salpicado con su Preciosísima Sangre. Ella sabía dónde Él había sangrado más copiosamente. Visitó el tribunal de Pilatos, la silla donde Herodes llevó a cabo el juicio, y ella fue por toda la *vía dolorosa* hasta el Monte Calvario. El Calvario estaba localizado a pocos pasos de la sepultura.

Podemos hacernos esta pregunta: ¿Vio la Madre Bendita el acontecimiento de la Resurrección? Lo desconocemos. No sabemos si alguna persona vio su alma gloriosa entrar en el cuerpo glorificado, pero sí sabemos, de acuerdo al testimonio del Evangelio, que ella estuvo siempre cerca de Él. Donde estaba Jesús allí estaba María y donde estaba María allí estaba Jesús. La Sagrada Escritura dice esto repetidamente, “hallaron al niño con María su madre” (Mateo 2, 11). “La madre de Jesús se hallaba allí” (Juan 2, 1), “Su madre y algunos parientes estaban afuera” (Mateo 12, 46), “Junto a la cruz de Jesús estaba su madre” (Juan 1, 25). ¿Podemos entonces dudar de que Él acudiera donde ella primero, que se le apareció y le aseveró: “Y cuando despierto aun estoy contigo?” (Salmo 138,18) ¿Podemos dudar que ella supiera, por un privilegio maravilloso, el momento justo de su resurrección? Si es que iba a haber testigos humanos, ¿Quién iba a serlo si no ella? “Mi paloma, preciosa mía” (Cantar de los Cantares 5, 2).

Las Escrituras no mencionan gran parte de la vida de la Sagrada Familia. Las relaciones tiernas y dulces de la Madre y el Hijo no son para que nos enteremos. Sí, sabemos que Él se sometió a ellos (Lucas 2, 51) . . . Piensen en los treinta años de la vida oculta de nuestro Señor. ¡Con qué diligencia guarda ella los secretos! Los evangelistas tienen una queja dulce y reverencial contra ella: “María, por su parte, observaba cuidadosamente todos estos acontecimientos y los guardaba en su corazón” (Lucas 2, 19). Podemos imaginarnos a Mateo, Marcos, Lucas y Juan importunándola con preguntas, pero la única respuesta que conocemos, todo lo que las Escrituras nos dicen es que, “Su madre, por su parte, guardaba todas estas cosas en su corazón” (Lucas 2, 51).

Nadie sabe lo que pasó entre la Madre Inmaculada y el Hijo sin mancha. Son recuerdos benditos que serán revelados cuando la veamos. Quizás entonces tendremos el privilegio de conocer lo que sucedió entre aquella

víspera en la colina terrible del Calvario y la mañana de la Resurrección.



Jueves: semana de Pascua / La evidencia de la Resurrección

Artículo en el Holy Ghost Magazine, agosto de 1923, MF 780-85.

Una vez más las naciones del mundo se han reunido durante la temporada de Pascua alrededor de la tumba del Cristo muerto. Se asoman con gran interés para verla por dentro. ¡La encuentran vacía! Llenos de regocijo exclaman triunfalmente: “Resucitó, no está aquí” (Marcos 16, 6). Vamos a retroceder hasta el momento en que este acontecimiento se sometió a un minucioso escrutinio para que podamos convencernos si esto sucedió o no sucedió y así afirmarnos más y más en lo que ya creemos.

Probar que el acontecimiento era falso era el objetivo, el deber urgente de sus enemigos. Apenas el Cristo agonizante había exhalado el último suspiro, los sacerdotes a cargo y los fariseos volvieron apresuradamente donde Pilatos y le informaron: “Señor, nos hemos acordado que ese mentiroso dijo cuando todavía vivía: después de tres días resucitaré. Por eso, ordena que se monte guardia en el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos, roben el cadáver y digan al pueblo: “Resucitó de entre los muertos”. Éste sería un engaño más perjudicial que el primero.” Pilatos les respondió: “Ahí tienen una guardia, vayan y tomen todas las precauciones que crean convenientes.” Ellos pues, fueron al sepulcro y lo aseguraron, sellando la piedra y poniendo centinelas” (Mateo 27, 63-66).

Los trucos de los enemigos y el temor a ese hombre resultó en que se pasaron de listos. Después de la resurrección, aconteció que algunos de los guardias vinieron a la ciudad y le dijeron a los sumos sacerdotes las cosas que (habían sucedido en la tumba). “Estos se reunieron con las autoridades judías y acordaron dar a los soldados una buena cantidad de dinero diciendo: “digan, los discípulos de Jesús vinieron de noche y, como estábamos dormidos, robaron el cuerpo. Si esto llega a oídos de Pilatos, nosotros lo arreglaremos para que no tengan problemas. Los soldados recibieron el dinero e

hicieron como les habían dicho. De ahí salió la mentira que ha corrido entre los judíos hasta el día de hoy” (Mateo 28, 12-15).

¿Qué corte de justicia admitiría un cuento tal como evidencia? Toda prueba que los enemigos del crucificado podían presentar era (el relato) de que los seguidores de Jesús vinieron y se robaron el cuerpo mientras los guardias dormían. ¿Pero quiénes eran esos guardias? Eran romanos, un destacamento de la mejor maquinaria militar del mundo, que siempre mantenían a un centinela haciendo guardia. ¿Quién escogió precisamente a esos guardias? ¿Quién los colocó allí? Los mismos implacables enemigos de Cristo. Pero la absurda y torpe excusa llega al grado más alto de estupidez cuando son los guardias los que narran lo que aconteció mientras ellos dormían. Si estaban dormidos, ¿qué podían saber del robo?

Había allí muchos testigos, cuyo testimonio era mucho más confiable y que llenaría los requisitos del tribunal más exigente en atención a su número, su honradez y a ser meritorios de toda confianza. Jesús se apareció a María Magdalena, a Pedro, a los discípulos en Emaús, a Pablo, e inclusive a grandes grupos de personas. San Juan considera a estos testigos dignos de toda confianza. “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos mirado y nuestras manos han palpado – me refiero . . . al Verbo que es vida. Lo que hemos visto y oído se lo damos a conocer” (1 Juan 1, 1-3).



Viernes: semana de Pascua / Nuestra resurrección de entre los muertos

Conferencia a los Siervos Misioneros, 10 de abril de 1921, MF 8437.

La Resurrección es un hecho. Hemos examinado la tumba vacía de nuestro Salvador. Hemos llegado al convencimiento de que nuestra predicación no es en vano y que nuestra fe tampoco es en vano. ¡Él ha resucitado! Con su resurrección nuestro Señor ha vencido el pecado, la muerte y el infierno. La resurrección de nuestro Señor nos sirve de consuelo en lo que respecta a la resurrección de nuestro cuerpo. A causa de ella no sólo podemos exclamar: “Bien sé que mi Defensor vive,” (Job 1, 25) sino también, “me pondré de pie dentro de mi piel y en

mi propia carne veré a Dios” (Job 19, 26).

“Si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, no las de la tierra” (Colosenses 3, 1-2). Las cosas de abajo existen y (San Pablo) nos llama la atención para que no busquemos las cosas que están abajo. ¿Cuáles son las cosas que están abajo? ¿Cómo vamos a conocerlas? Quizás será a través de tristes experiencias personales. Resumiremos estas experiencias diciendo sólo que las constituyen los placeres del mundo, lo mundano. Es (darle gusto) a la carne, a esas cosas que manchan, que ensucian, que nos alejan de Dios.

Es tan hermoso oír hablar de estos principios, pero la tarea difícil es vivir nuestra propia doctrina . . . (Existe) la eterna contienda entre el espíritu y la carne. San Pablo afirma, refiriéndose a ella, que experimenta una guerra en sus miembros: “No entiendo mis propios actos, no hago lo que quiero y hago las cosas que detesto” (Romanos 7, 15). Se refiere a esa lucha continua que siempre existe en nosotros. Tenemos razones para luchar con nosotros mismos, solamente la gracia de Dios nos levanta.

Dios nos levanta y hay algo que nos empuja hacia abajo. Tenemos pensamientos, inspiraciones y estados de ánimo que nos impulsan hacia lo bueno, entonces aparece algo que nos perturba y nos hundimos en un pozo de desaliento. Se nos dice que no vale la pena y empezamos a pensar que estamos al borde del rechazo. El mensaje nos llega: “Busquen las cosas de arriba” (Colosenses 3, 1). Hijos, sigan buscando las cosas de arriba, no importa el desaliento, no importa lo que el mundo, la carne y el demonio parezcan lanzar contra nosotros. Sigamos buscando el honor y la gloria de Dios.

Piensen después en su resurrección. Esta no está muy lejos de nuestro propio monumento, no está muy lejos de nuestra tumba. Encaminémonos . . . hacia nuestro último lugar de descanso, vayamos y sentémonos al lado de nuestra propia tumba, contemplemos el puñado de flores tristes que alguien ha dejado, leamos la inscripción. Seamos los más afligidos allí. ¡Contemplemos ese algo glorioso que sale de la tumba, ese cuerpo glorificado! El cuerpo equipado con todas las cualidades de un cuerpo glorificado. Piensen en esa creación gloriosa que surge del polvo humillante y contémpenla radiante con las virtudes practicadas en la vida del Cenáculo.

Esos son los pensamientos que debemos tener. Contemplan ese cuerpo recompensado porque buscó valientemente las cosas de arriba.



Sábado: semana de Pascua / El significado de la Pascua para el que tiene fe

Artículo en el Holy Ghost Magazine, abril de 1930, MF 11639.

El domingo de Pascua. Estas palabras pueden significar mucho o pueden significar muy poco. Pueden llevar a nuestro espíritu a un éxtasis de gozo, o pueden ser solamente una frase que señala una temporada. Si el Domingo de Pascua nos causa un gozo celestial y nos hace llegar a la realización de nuestras esperanzas espirituales, es porque la fe lo inicia.

Nuestra fe es una virtud, una virtud teologal, y un espíritu creyente pertenece al Espíritu Santo . . . Esto significa que aquél que la posee tiene la luz que lo capacita para ver lo espiritual. Para la persona así favorecida existe un mundo conocido como el mundo sobrenatural y en ese mundo, la Pascua es una gran alegría, es un gran día. “Este es el día que hizo el Señor, día de júbilo y de gozo” (Salmo 117, 24).

La Pascua anima al alma de visión espiritual a conmemorar la fiesta de un misterio asombroso, imponente: la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, con todos los misterios consoladores y esperanza justificada que la acompañan. La historia tampoco le da la espalda a esta filosofía de la resurrección milagrosa. Presenta testimonio que la respalda. ¡Es algo maravilloso! Una rama del conocimiento humano ofrece evidencia irrefutable para la resurrección milagrosa de Jesucristo al tercer día de su muerte. Los fieles y los creyentes, pues, exclaman con gran regocijo: “Cristo ha resucitado de entre los muertos y nuestra fe no es en vano.”

¡Qué gran pérdida sufren los que no tienen fe! Para ellos la existencia humana es un enigma, y las peripecias del hombre en este planeta son un delirio. Una persona sin fe no puede entenderse a sí misma. Interiormente siente la necesidad de ser feliz, de ser muy feliz, una felicidad que ninguna criatura a su servicio, animada o inanimada, puede satisfacer. Uno se convierte en carga para uno mismo, engañado por el deseo de encontrar una felicidad que lo natural no le puede brindar. El desaliento, la desesperanza lo reprochan y lo hacen creer que hubiera sido mejor no haber nacido y, que la auto destrucción es el único remedio para acabar con nuestra miseria.

¡Qué diferente piensan los que tienen fe! Para ellos

Jesucristo es su Dios, su Redentor, su recompensa más allá de lo que ninguno merece. La resurrección de Jesucristo es la garantía de nuestra propia y feliz resurrección de entre los muertos. Además, nuestra creencia en nuestro Salvador, el seguimiento fiel de sus preceptos nos proporcionan el derecho de participar en el gozo del paraíso que, acompañados de nuestro Redentor, durará por toda la eternidad.

Es solamente la fe en Jesucristo la que puede satisfacer la aspiración a lo bueno y a los anhelos de felicidad. ¡Cuán favorecido es el que tiene fe, el que posee este tesoro preciado!



Lunes: segunda semana de Pascua / Los Apóstoles

Artículo en el Holy Ghost Magazine, febrero de 1929, MF 1395.

Mientras revisamos las páginas de la historia del hombre, nos maravilla y nos inspira la procesión interminable de héroes conquistadores que desfilan por los campos de la historia del mundo. En verdad eran hombres poderosos . . . cuyas vidas marcaron rumbos para los acontecimientos de su época, (pero) ningunos merecen con más justicia el título de conquistadores que los Apóstoles . . . Piensa en Roma en pleno apogeo. Piensa en cómo los Augustos pudieron deslumbrar al mundo y los Césares lo ponían a temblar. Dos judíos solitarios, dos hombres sencillos, sin armas, temerosos de Dios . . . pero, atención, dos Apóstoles, fueron la causa de la caída del imperio romano y exaltaron en sus ruinas el reinado de Jesucristo. Hace cerca de dos mil años, San Pedro, a la cabeza de los Apóstoles, doce en número, abandonó el Cenáculo para emprender la conquista del mundo para Cristo.

Hoy Cristo reina, se incrementa la idea e imagen de Cristo. Millones creen en Él y lo siguen con un amor apasionado porque los apóstoles lo hicieron objeto de su predicación y lo entregaron a la posteridad a través de su Iglesia. Se ha establecido una nueva era en los acontecimientos de la familia humana. Los principios cristianos iluminan e informan la vida de generaciones. Jesucristo se ha convertido en el Rey y centro de todos los corazones por mediación de los apóstoles y de sus sucesores.

¡Qué gracia es la de pensar como pensaban los Apóstoles! ¡Qué bendición recitar las oraciones de un apóstol! ¡Qué privilegio el de dar testimonio como un apóstol! ¡Qué destino el de pertenecer a la Iglesia de los apóstoles! ¡Qué promesa la de llegar a tener su misma fe! Qué multitud de creyentes existen hoy en la Iglesia militante que consideran con afecto a estos doce portaestandartes . . . y quieren inspirarse con su amor para heredar la promesa del reino del cielo.

Seríamos indignos de estas gracias, seríamos desleales a su causa si no deseáramos . . . esforzarnos por utilizarlas, por lo menos mediante nuestro estilo pobre, humilde e imperfecto. Debemos compartir con los demás lo que hemos adquirido a través de otros. Es en esto que la caridad misma nos urge para que hagamos lo que podamos para que el nombre de Dios sea bendecido, para que venga su reino y para que se haga su santa voluntad.

El Espíritu Santo es el que gobierna la Iglesia. Todos y cada uno de nosotros somos personalmente responsables ante Él por sus inspiraciones, por sus santos impulsos y por las gracias que recibimos. ¿Qué frutos para el bien pueden producir? ¿Cuál es nuestra contribución a la Iglesia de los Apóstoles? . . . ¿Qué estamos haciendo para difundir su luz y llevar a otros el calor de la verdad y la caridad católica?



Martes: segunda semana de Pascua / Práctica: Convirtiendo mi fe en una fe viva

Conferencia de retiro sin fecha a los Siervos Misioneros, MF 8658-59.

¿Qué significa la tarea de la santificación? Significa que tienen que proceder de una virtud a otra hasta llegar a la santificación. El corazón de Jesús ha de convertirse en su corazón. La mente de Jesús ha de convertirse en su mente. El pensamiento de Jesús ha de convertirse en su pensamiento. Su desempeño mayor será el desarrollo, la intensificación, el aumento de su fe, su esperanza y su caridad. Toda la superestructura cristiana está fundamentada en la fe, la esperanza y la caridad, las virtudes teologales, otorgadas por Dios en el bautismo. Estas se pueden incrementar, pero, al mismo tiempo es

posible perderlas.

“Aumenta nuestra fe” (Lucas 17, 5) era la oración de los Apóstoles. Debemos recitar esta oración. Necesitamos muchas oraciones para una gran obra apostólica. Un trabajo apostólico conlleva sacrificio. No hay sacrificio sin amor y no hay amor sin fe. “Mi justo, si cree, vivirá, pero si desconfía, yo no lo miraré con amor” (Hebreos 10, 38). ¿Qué clase de fe? No la fórmula fría y muerta “Credo,” “Creo.” La fe acompañada de las buenas obras es la fórmula católica — una fe que mueve montañas, que produce obras de caridad. ¡Cuántas personas oran para aumentar su fe! ¿Por qué la gente ora por cosas tan extrañas? Favores temporales y quizás algún favor espiritual. Algunos oran para vivir, otros para morir. Algunos oran para que cambie el color de su pelo. Los ángeles deben quedar asombrados cuando alguien reza por un aumento de su fe. ¿Cuántos de ustedes han orado por un aumento de fe? Yo sé que la integridad de su fe está bien. Pero, ¿y su intensidad? Estoy pensando en el Cenáculo Misionero. Como ustedes son ahora, otros serán después. Ustedes deben poseer en abundancia para poder dar . . . Si tienen una fe ardiente, una fe católica verdadera, una fe apostólica, esa fe permanecerá en el Cenáculo Misionero.

¡O, las promesas del Señor para los que poseen una gran fe! La fe es una virtud difícil de adquirir. Puede enfrentarse a la lucha, pero puede sufrir cambios, puede ser herida. Si se torna presumida, recibiremos algún castigo para que seamos cuidadosos. La fe debe alimentarse de la oración. Debe protegerse . . . Eviten las tentaciones contra la fe, ya sea en sus lecturas, por sus ojos o por sus oídos. Eviten todo lo que pueda causar el menor sonrojo, todo lo que pueda ofender al oído piadoso . . . Un ataque a la fe es más terrible que un ataque a la moral. Si somos atrevidos, si nos precipitamos, si nos exponemos, ya caemos en maldición.

Yo no creo por mediación de la razón, sino porque Jesucristo lo ha enseñado. Debo tener un testigo. Mi Iglesia es ese testigo. Esa es la fuente de lo que creo. Queremos que la Iglesia católica sea la fe de los apóstoles. No deseamos ninguna de esas ideas novedosas. La fe de nuestros padres es lo suficientemente buena. Si hay una fe católica en nuestro país, se debe, no a nosotros, sino a que los cimientos se echaron en las aflicciones y el sufrimiento de un pueblo sacerdotal y devoto, de enorme fe. Queremos una fe que esté avalada por Jesucristo y que es apostólica en su intensidad y vigor. Que esa sea la fe del Cenáculo Misionero. Dios no tiene ningún uso para una comunidad orgullosa, ni para un individuo

orgullosa. Que el Espíritu Santo nos proteja en nuestra fe (1).



Miércoles: segunda Semana de Pascua / Un espíritu humilde

Conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, agosto de 1915, MF 8349-75.

En una de las conferencias se hizo mención de que la tarea de santificación depende de la posesión de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad. También se dijo que pueden poseerlas si se esfuerzan en adquirir un espíritu devoto y humilde. ¿Qué es un espíritu humilde? La humildad es quizás, de entre todas las virtudes, una de las menos conocidas, de las menos entendidas y, entre todas, la más hermosa, la más bella y la más grande. En primer lugar es, de manera especial, la virtud de Jesucristo.

El mundo conocía poco la humildad y la practicaba menos hasta que Jesucristo llegó. En cierto sentido, Él fue el que introdujo esa virtud en el mundo. Fue Él quien la glorificó . . . Jesús vino — ¡y mira cómo se presentó! Se apareció descartando todas las tradiciones . . . Rey de reyes, Señor de señores, vino sin siquiera poder hacer uso de una cuna. El niño más pobre, el hijo de cualquier pordiosero, puede por lo menos agenciarse una cama, pero a Jesús le bastaba compartir la paja de las bestias del pesebre. ¡Piensa en eso! Ay, existe una realeza y una gloria que rodea a los reyes y a los hijos de los reyes. Al nacer los reciben heraldos con ceremonias de estado. El día de su llegada es día de fiesta y de regocijo. “Vino a su propia casa y los suyos no lo recibieron” (Juan 1, 11). Todas las puertas le fueron cerradas.

La primera tarea que Jesús emprendió en su oficio de maestro fue la de glorificar la humildad. Él vino no sólo a salvarnos sino también a enseñarnos. (La humildad) es la virtud de la Santísima Virgen y de todos los santos. Pero, al fin y al cabo, ¿qué es la humildad? ¿Qué es esto de la humildad? Algunas personas creen que se trata de un comportamiento particular de abatimiento, un porte sumiso, algunos tal vez creen que es una virtud servil, una actitud de arrastrarse, una disposición a permitir que se violen los derechos propios. De ninguna manera puede ser eso.

“Bienaventurados los humildes porque recibirán la tierra en herencia” (Mateo 5, 5). Nunca pueden ustedes lograr que una persona humilde se altere. Pueden tener éxito con la que es irritable y malhumorada. La pueden incitar a un alto estado de rabia y de furia. Pueden agarrarla por sorpresa. Pueden lograr que balbucee y tartamudee, pero no pueden sacar de quicio a los que son mansos y humildes. Te miran con una especie de forma tranquila. No dicen nada ni hacen nada (para contradecirte) sino que continúan con su tarea y se quedan serios y calmados como un día de verano. Les da coraje el que a ellos no les asalte el coraje.

¿Qué es la humildad? No es otra cosa que la comprensión de la verdad, reconociendo nuestras relaciones con Dios, reconociendo esto — que nosotros mismos no tenemos nada por nosotros mismos. Es el inventario real de las cosas. Cuando la humildad es verdadera, ésta no encuentra nada en sus arcas porque todo pertenece a Dios. Puede que seamos agraciados con un poco de talento. Dios lo proveyó. Puede que seamos bien parecidos. Dios nos lo concedió. Él fue el que depositó un toque de color en sus mejillas. El les ha concedido el aspecto, el movimiento y la gracia. Les ha otorgado algún éxito . . . Todo pertenece a Dios.



Jueves: segunda semana de Pascua / La humildad

Conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 4 al 8 de agosto de 1915, MF 8347-75.

¿Por qué Jesús pasó por esas terribles y extraordinarias humillaciones? No era necesario para nuestra salvación. Sólo una gota de sangre, un sólo dolor hubiera sido suficiente para salvarnos. No tenía que colgar de una cruz ni escuchar las blasfemias e insultos. No era necesario que entregara su espíritu en un ambiente de maldiciones y de ultrajes. No era necesario que lo trataran como al rey de los tontos – como si no fuera alguien. No era necesario que sufriera todo eso para salvarnos. ¿Por qué lo hizo? Lo hizo porque era necesario arrancar de nuestros corazones nuestra disposición sucia, grosera, orgullosa. Exhalamos el tufo de ese orgullo lo que derrota la obra de Dios.

Ustedes conocen la historia del fariseo y el

publicano. El fariseo era un hombre bueno. Pagaba sus deudas y acudía al templo con frecuencia. Siempre tenía presentes los mandamientos. Cuando se sentaba a la mesa mantenía siempre presentes los mandamientos. Entró al templo y comenzó a relatarle a los ángeles lo bueno que era, informándole al cielo que, en realidad, él era un motivo de orgullo para el cielo. Le dijo a Dios, además, que ayunaba y que repartía limosnas.

El fariseo se distrajo recitando sus oraciones y hablando de sí mismo y, mirando alrededor, se percató de un pobre hombre que se arrastraba para entrar al templo. El pobre hombre se daba golpes de pecho y exclamaba: “Dios mío, ten piedad de mí que soy un pecador” (Lucas 18, 13). El fariseo se encolerizó por haberse distraído y procedió a decirle toda clase de cosas al pobre hombre. Entonces dio gracias a Dios por no ser como aquel hombre. Imagínense que estuvieran allí y que hubieran escuchado a aquel pobre vagabundo con todo y los crímenes que se le atribuían. Sin embargo, misterio de misterios, al Dios escoger entre los dos hombres, rechazó al que guardaba los mandamientos y escogió al otro. De entre los dos, el publicano salió justificado porque era un hombre humilde.

Los demonios y los ángeles malos nunca cometieron pecado contra la pureza. Su crimen consistió en el pecado del orgullo. El Espíritu Santo dice que Dios resiste al orgulloso (Cf. Santiago 4, 6). A Dios le repugnan los orgullosos. ¡Me horroriza pensar en esto, que si soy orgulloso no le voy a agradar a Dios! ¿Hay (en mi corazón) algún recinto secreto de amor propio que está causando que yo sea un motivo de disgusto para mi Creador? ¿Hay algo que me está causando tener un espíritu de superioridad, de orgullo que me hace creer que soy superior a los demás?

Me he dado cuenta que después de las humillaciones siempre proceden grandes gracias. Por eso siempre les he dicho que el estado de depresión, es una forma gloriosa de sentirse. El mundo no entiende eso. Es un asunto muy sobrenatural, muy espiritual. Cuando nos damos cuenta de que no podemos hacer nada sin Dios, podemos adquirir gracias muy grandes, pues “La oración del humilde traspasa las nubes” (Eclesiástico 35, 21). Debemos tener una opinión humilde de nosotros mismos. Cuando están intranquilos y preocupados porque el Señor no se fija en ustedes, tengan cuidado, pues no se están comportando con humildad.



Viernes: segunda semana de Pascua / Sacrificio

Carta-conferencia desde Opelika, AL, 13 de septiembre de 1915, MF 4280-81.

Servicio, servicio generoso, un servicio que sea generoso hasta el sacrificio, esa es la señal del verdadero culto y de una promesa de las bendiciones y de los favores de Dios a sus siervos. Aún siendo indigno de esa gracia como lo soy, Él me concede ver en ustedes este servicio que llega hasta el sacrificio . . . El bien que ustedes efectuarían exige mucho de lo que es doloroso y repugnante a la naturaleza.

El amor propio encuentra oposición a cada momento. Su celo por las almas les causa que practiquen la humildad a cada momento y debido a la tarea de ir en busca de las almas extraviadas, el bienestar personal queda bastante atrás. Si los pecadores se han reconciliado con Dios se debe solamente a que, después de su gracia, ustedes han puesto en juego su abnegación, una abnegación que les ha alejado aun de los placeres más inocentes . . . la familia, los amigos, etc., y que les ha impulsado a practicar mucho la amarga virtud de la mortificación.

Con seguridad esto es cargar la cruz, la cruz de Jesús. Ésta es la condición de ser su discípulo, ésta es la prueba del verdadero y generoso seguidor del salvador y es así que son pocos los que lo consiguen. Jesús mismo dice estas palabras: “Si alguno quiere venir a mí, y no se desprende de su padre y madre, de su mujer e hijos, de sus hermanos y sus hermanas, e incluso de su propia persona, no puede ser discípulo mío” (Lucas 14, 26-27).

Esto es, no quede duda, una llamada extrema a la naturaleza humana, un terrible jalón a las fibras de nuestros corazones, un vaciarse de uno mismo espantoso. Sólo una gracia suprema de renuncia — es decir, de pobreza (y desprendimiento) de espíritu, puede acudir a nuestro auxilio para lograr eso.

Esta gracia no nos habrá de faltar si sólo la solicitamos: “Te basta mi gracia; mi mayor fuerza se manifiesta en la debilidad. Con todo gusto, pues, me preciaré de mis debilidades para que me cubra la fuerza de Cristo. Por eso acepto con gusto lo que me toca sufrir por Cristo: enfermedades, humillaciones, necesidades, persecuciones y angustias. Pues si me siento débil entonces es que soy fuerte” (2 Corintios 12, 9-10).

“Poseer esta gracia les ubica muy cerca de ser santos. Poseerla, aunque sea en algún grado, es razón para regocijarse. No puedo ofrecer suficientes gracias a Dios por haberles concedido a ustedes esta gracia, más o menos de modo perfecto. Yo he visto las huellas de ella en ustedes . . . Sucedió hace poco, por cierto, al ustedes renunciar a mí, ante la llamada de Dios para que yo me desplazara a su viña en el Sur. Esto es digno del espíritu de sacrificio de ustedes. Por la gloria de Dios se pudieron elevar por encima de lo natural con resignación y se privaron del consuelo de mi compañía y de mi dirección más inmediata . . .



Sábado: segunda semana de Pascua / Nuestra Santísima Madre

Sermón sin fecha predicado a los laicos en una misión, MF 8586-89

Regresemos en espíritu a un importante acontecimiento de hace dos mil años. Se acercaba la llegada del gran día tan ansiosamente esperado por el mundo entero, el día en que la humanidad sería liberada de la tiranía implacable de Satanás, el día en que hiciera su presencia en el mundo el Redentor prometido. El invierno había transcurrido y regresaba la primavera para llenar la tierra de alegría. El día de la Anunciación (estaba a) la vuelta de la esquina y con él la primavera de la redención. La primavera — y, o, que largo, triste y deprimente había sido el invierno, el invierno de la ira de Dios, el invierno de miles de años durante los cuales el sol del favor de Dios se le había clausurado al mundo debido a las densas nubes del pecado . . .

La tierra parecía muerta y maldita, incapaz de producir una sola flor de esperanza. Pero al llegar la primavera, las nubes de la ira de Dios empezaron a disiparse dando paso, entonces, a las nubes puras de la gracia y de la misericordia. La tierra empezó a trasladarse hacia la vida donde brillaba la luz del sol y, la primera flor de la esperanza, lo primero en belleza que la tierra pudo producir en cuatro mil años, fue el lirio de Nazaret.

La flor de la promesa era María, destinada a ser Madre de Dios y Reina del cielo. Ella representaba la primavera del mundo, llena de promesas, de belleza, la flor pura destinada a engendrar el pan de vida, el

Redentor del mundo hecho carne. Ésta, la humilde hija de Ana y Joaquín, había sido presentada en el templo de niña y destinada a una vida de castidad virginal. Fue ella la seleccionada de entre todo el conjunto de la humanidad como el recipiente sagrado escogido por Dios para ser la madre de la segunda persona de la Santísima Trinidad.

(Estuvo) oculta en las colinas de Nazaret, esperando con toda la descendencia de Abraham, el gran día en que vendría el Niño Divino de la Redención. Con profunda humildad pronunció las palabras mediante las cuales se le confirió un privilegio único y exclusivo. Recibiría la bendición de la maternidad y, a la vez, el honor de la virginidad, el privilegio de ser la Madre de Dios, la Madre de todos nosotros, la madre del universo. Es en ella que se efectúa la obra de la Encarnación, convirtiéndose en el tabernáculo del Dios vivo. A la primera Eva, fuente de todo mal, la remplace ahora la segunda Eva, fuente de todo bien.

Resolvamos practicar la devoción diaria a María, nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza. Debemos acudir prontamente a ella ante todos los peligros y las tentaciones para que nos asista, al igual que un niño corre hacia su madre buscando la seguridad y el consuelo que su amoroso corazón maternal provee. Si queremos participar en la gloriosa ascensión al cielo de María, debemos imitar su ejemplo esforzándonos siempre por mantener un corazón limpio. Que nuestra devoción a ella sea consecuente y abnegada como fue la de San José. Al luchar por imitar las virtudes de la Sagrada Familia, nuestras vidas ostentarán el “parecido de familia” y seremos, definitivamente, hermanos y hermanas de Jesús e hijos de María.”



Lunes: tercera semana de Pascua / Razones para el agradecimiento y la perseverancia

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 2 de febrero de 1911, MF 46-59.

Dios bendice visiblemente nuestros esfuerzos de hacer algo por su honor y gloria porque nos muestra evidencia abundante de su santa voluntad y complacencia . . . Tenemos grandes motivos para humillarnos ante su majestad y, desde nuestra indignidad, exclamar con el

centurión: “Señor, yo no soy digno” (Lucas 7, 6). Pero, su bondad nos anima a implorarlo, al mismo tiempo, que nos brinde su total cooperación y conceda la perseverancia en las gracias que tan pródigamente ha venido derramando sobre nosotros. . . . gracias que, en verdad, sólo se le otorgan a los apóstoles.

Todos y cada uno de ustedes puede, con alegría, apoderarse de las palabras del *Magnificat* que brotó de los labios de la Madre Bendita. Ella fue la que realmente hizo entrega del Salvador a los hombres y a las mujeres. Asimismo ustedes están entregando hombres y mujeres al Salvador . . . Él que es todopoderoso, está efectuando grandes cosas en ustedes y mediante ustedes. Las almas de ustedes deben, en verdad, regocijarse en Dios, su Salvador pues, ¿no es todo esto una manifestación de que, si ustedes perseveran, les llamarán bienaventurados . . . ?

“El árbol bueno no puede dar frutos malos, ni el árbol malo dar frutos buenos, por lo tanto, reconocerán al árbol por sus frutos” (Mateo 7, 18-20). El fruto que ustedes llevan al confesionario y a los sacramentos es el de almas cansadas y manchadas por el pecado, algunas alejadas del amor y de la gracia de Dios por muchos años . . . Esto es, sin duda, fruto del Espíritu Santo.

Jesús, tomó a un niño, después de abrazarlo, lo depositó en medio de los apóstoles y les dijo: “El que recibe a un niño como éste en mi nombre a mí me recibe, y el que me recibe no me recibe a mí, sino al que me envió” (Marcos 9, 37). Cuando ustedes se ocupan de buscar niños pobres y abandonados para darles a conocer a Dios . . . cuando los buscan para enseñarles las grandezas de sus almas, la Iglesia, los sacramentos ¿qué otra cosa hacen si no es la de recibirlos en su nombre? Permítanme rogarles una vez más que den gracias a Dios por su misericordia y su gracia porque los ha llamado a que le ayuden en forma tan divina . . .

No permita Dios que alguno de nosotros, tentado por el enemigo de la salvación del hombre, el maligno, tenga tan mal juicio que llegue a desear discontinuar tan buena obra o que vacile para cooperar con nuestro Salvador en la obra sublime de salvar almas. Yo creo sinceramente que algunos de estos se salvarán . . . pero sólo a través de ustedes. ¿No tenemos aquí ya muchas pruebas de esto? ¿Cuántos no hubieran muerto ya en su infidelidad y en pecado si ustedes no les hubieran ablandado el corazón y los hubieran preparado para recibir la gracia de Dios?

Que la Madre de Jesús vele sobre todos ustedes y que les presente a su Divino Hijo los corazones buenos

y la buena voluntad de ustedes. Que nuestro Bendito Jesús se ocupe de que no haya nadie que esté más ansioso de amar y de servir que ustedes.



Martes: tercera semana de Pascua / Práctica: La confianza en Dios

1. Carta a la Hermana M. Baptista (Croke), M.S.B.T., escrita en el tren, 18 de octubre de 1914, MF 313-317. 2. Conferencia a los Siervos Misioneros, Pentecostés, 1928, MF 8508.

Tengo este pensamiento que es un consuelo ante el desengaño o la contrariedad: cuando nuestras intenciones son buenas, cuando estamos trabajando para Dios o pensando en Él y nuestros planes se trastornan y lo tomamos serenamente como manifestación amorosa de la providencia de Dios, podemos entonces tener la expectativa de alguna gran manifestación del amor de Dios. Estos acontecimientos fortalecen nuestras almas y desarrollan su vida pues nos hacen contemplar a Dios con admiración y con devoción. Nos obligan a depender cada vez más de su dirección y de su bondad. Ésta es su manera de darnos a conocer que nos está guiando y demostrando su amor. Nuestra mayor miseria la constituye el que nos permita seguir nuestra muy dulce voluntad propia según nuestra propia sabiduría. Esto nos puede proveer un bienestar temporero y tener un éxito aparente, pero esto no nos hace idóneos para ocupar un lugar especial en la elección, la cooperación y la gloria del plan divino.

Nuestra inclinación natural es rebelarnos contra las contradicciones y trastornos en nuestros proyectos favoritos. Esto es perfectamente natural. Sobreponerse a todo esto, eso sí es sobrenatural. Es la obra de la gracia. Es ésta la disciplina que produce santos. Hay muchos que se atormentan con ayunos exagerados. Hay muchos que permanecen de rodillas durante horas en la Iglesia. Hay otros que maltratan sus cuerpos con el látigo, las disciplinas, pero que no son capaces de soportar que le contradigan, que le hablen fuerte o le corrijan. Pueden herir su carne hasta el hueso, pueden ayunar hasta sentir el dolor del hambre, pero no pueden mortificarse, yendo en contra de su propia voluntad y de su amor propio. ¡Ay de aquellos que quieran interponerse a sus deseos!

Somos ingratos ante Dios. Traicionamos nuestros

propios intereses cuando . . . no le damos gracias por lo que les parece, a los no esclarecidos y a los mundanos, tan doloroso a la naturaleza. Dios ha puesto en nuestros corazones un anhelo de perfección, un deseo de santificarnos, de ganar un lugar elevado en el cielo, de amarlo cada vez más con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma. No hay duda que todo lo que conduzca a esta gloriosa perfección tiene que ser una bendición. Así son todas esas situaciones deprimentes e irritantes que entran en nuestra vida diaria . . . si sólo tuviéramos la sabiduría y la gracia de convertirlas en beneficio espiritual.

Denle gracias a Dios, mis amados hijos, cuando Él los prueba en cualquier virtud, pues desea que tengan más paciencia, que se parezcan más a Cristo. Esta es la ventaja de vivir con otros y bajo la obediencia pues así podrán practicar virtudes que nunca hubieran soñado practicar estando solos (1).

Ahí está la paciencia — y qué virtud es la paciencia. La persona paciente es la persona más maravillosa de todos los seres. El alma verdaderamente paciente es en realidad el alma virtuosa. Ahí se muestra el sufrimiento consecuente. Ay, esa es la virtud que engendra gozo y paz . . . ser de alma noble, ser constante, enfrentarse a las contradicciones, a las aflicciones, a las cosas irritantes de este mundo y tener un espíritu magnánimo con los que son ruines, mezquinos y no dejarnos influenciar por la bajeza y maldad de los espíritus malvados (2).



Miércoles: tercera semana de Pascua / El patrocinio de San José

Sermón predicado a los peregrinos en Saint Joseph's Shrine el 17 de abril de 1929, MF 12196-98.

Hoy celebramos la fiesta del . . . patrocinio de san José. ¿Qué significa este título? Significa que la Iglesia declara que san José es, en forma particular, su patrón. Se nos entregó a San José como un recurso, es el patrón de todos, el patrón de la Iglesia. ¿Qué significado tiene el que la Iglesia declare que él es el patrón universal? . . . Significa que la Iglesia ha escogido a San José para que sea su mayordomo. Quiere decir que San José es, para la Iglesia, lo que él fue para Jesús, para la Sagrada Familia.

Desde luego, el Patrocinio de San José no empezó

con la declaración de esa doctrina por la Iglesia, o cuando el título se dio a conocer a los fieles. No, su patrocinio empezó cuando el Padre Eterno lo eligió para que fuera guía, protector y sostén de Jesús y María. ¿Qué confianza puede compararse a la confianza que se le otorga al que cuida a un niño?

No obstante el niño Jesús, era nada menos que el hijo del Padre Eterno mismo, el único concebido por el Padre Eterno, y la Madre era María inmaculada. A San José se le encomendó el cuidado de Jesús y María y, cuando el Padre Eterno los entregó a su cuidado, nos encomendó a nosotros también al cuidado de San José, pues nosotros estábamos presentes en el corazón del Verbo Encarnado y, por lo tanto, el patrocinio de San José comenzó entonces.

Le otorgamos honor a San José, pero no es solamente porque este honor nos conviene, ni aun porque es una devoción hermosa. Le debemos rendir honor porque se lo merece por derecho propio, debemos rendirle honor porque es un deber, debemos rendirle honor porque es la voluntad de Dios, porque es su mandato. Jesús rindió honor a San José como padre a pesar de que no lo era, no era su padre según la carne.

Ningún niño ha honrado jamás, obedecido y respetado a un padre como el Niño Jesús honró, obedeció y respetó a San José. Nuestro Divino Señor desea que nosotros honremos a sus Santos, eso es un precepto. Y para animarnos a honrar a sus santos los ha glorificado y los ha alabado. Y para que nos animemos a honrar a sus santos les ha concedido poderes. San José es preeminente entre ellos. Goza de prestigio, es el preferido sobre todas las benditas almas en el reino de Dios. No hay ningún santo en el cielo como San José. Si es cierto que nuestro Señor y Salvador desea que honremos a sus santos, debemos honrar a San José de una manera particular. Si queremos rendirle honor a la Santísima Madre, si deseamos complacerla, no hay nada que le agrade más que honremos a San José, después de rendir honor a su Divino Hijo.

Esta manifestación de fe y de piedad no puede pasar desapercibida . . . Ustedes han venido a orar: “San José, debes oírnos. San José, hemos ido donde otros. Ahora venimos donde ti . . . Escúchanos, San José, queremos tus oraciones.” Si no los escucha no es culpa suya. Desde luego, deben rezar con el espíritu de fe. Debe haber devoción. Deben poseer un buen corazón hacia San José. Éstas son las condiciones para tener éxito, para que escuche sus oraciones.



Jueves: tercera semana de Pascua / San José y la pobreza

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 16 de marzo de 1931, MF 7023.

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 19 de marzo de 1920, MF 12120.

San José es ciertamente el santo del momento, de todo momento. Conocemos la preocupación actual de la Iglesia. Nos referimos a la familia, pero no podemos pensar en la familia cristiana sin considerar a San José, pues San José fue la cabeza de la Sagrada Familia y él es el patrón de toda familia cristiana. Añádanle a todo esto, su puesto de Patrón Universal de la más importante de todas las familias, la Iglesia.

La experiencia diaria les demuestra que, en la misma proporción en que San José es amado, honrado e imitado, en esa misma proporción se santifica la vida de la familia. No hay duda que la voluntad de Dios en estos momentos es que nos entreguemos de forma particular y con empeño a propagar la devoción a San José. Será así también que Dios manifestará con seguridad, su complacencia con nuestros esfuerzos y, como resultado, podremos esperar, de manera especial, el auxilio de San José y de María, su esposa inmaculada, ante lo que nos causa ansiedad (1).

Qué bendición es que la necesidad y la pobreza nos obliguen a ir en busca de la protección de San José. Qué privilegiados somos al saber lo interesado que está en nuestro bienestar, a quien la Divina Providencia designó como el guardián de nuestro Niño Salvador y compañero de su madre bendita. Esto debe ser para nosotros una causa perdurable de acción de gracias y de regocijo. ¡O, hermosa pobreza! ¡O pobreza encantadora! ¡O condición bendita, que nos has llevado a buscar el favor de un santo tan grande y tan generoso! ¡Qué necios, que imprudentes seríamos si olvidáramos esto!

En verdad, la pobreza evangélica es una gracia mayor. Que muchas cosas verdaderamente hermosas de nuestra santa religión hubiéramos perdido si no hubiera sido por la pobreza evangélica. Entre las primeras y más destacadas lecciones que nuestro Señor

nos enseñó al nacer, fue la admiración por esta condición tan querida por Él. Él, que lo poseía todo, vino al mundo para ser dueño de nada. Él, que es la causa de todo y de quien todo depende, vino como el más pobre de los pobres, necesitando todo, tanto es así que no tenía ni una cuna o sitio humanamente habitable en donde nacer.

San José estuvo asociado directamente a la pobreza más extrema de la vida de nuestro Señor, durante el tiempo en que Él parecía ser la criatura más desamparada y más solitaria, sin amigos. Este bendito amigo de Dios ha derramado tanta gloria a la situación de las personas humildes y ordinarias, a los hombres y mujeres pobres de la clase trabajadora, hasta el punto de no sentir envidia de los que están favorecidos con bienes temporales, y de sentir regocijo por la gracia de ser pobres por amor al que se hizo pobre por ellos. La pobreza de la Sagrada Familia se ha convertido en modelo para los que sienten una ambición espiritual ardiente. Esa es la herencia buscada con tanto empeño por todo aquel que es un verdadero siervo de Dios (2).



Viernes: tercera semana de Pascua / El sufrimiento

Carta a los miembros pioneros del Cenáculo, 3 y 28 de septiembre de 1915, MF 11493-95.

(Poco después de haber sido asignado a Opelika, Alabama . . . el Padre escribió en el 1915): Me siento jubiloso al informarles que nuestro Señor me ha enviado a la casa más pobre de nuestra provincia, a una situación de irreligiosidad y falta de piedad que constituye una prueba constante y una cruz de agonía que no se encuentra muy lejos de la persecución. Ninguna gracia que Dios pudiera habernos concedido sería una señal más segura de su agrado y de su bendición sobre nuestra obra. Así pues, la presente manifestación de su divina voluntad al ubicarme aquí me es una constante fuente de consuelo y gozo santo. Denle gracias a Él por su misericordia para con todos nosotros al haber efectuado esto.

Servicio, un servicio generoso que requiere sacrificio es la señal del culto verdadero y es una promesa de las bendiciones de Dios y de sus favores para con sus siervos. A pesar de que soy indigno de esto, Él me

concede la gracia de observar este servicio sacrificado en ustedes. Desde el principio y continuamente me he fijado en esto. El bien que ustedes llevan a cabo exige mucho de lo que es doloroso y repugnante a nuestra naturaleza. El amor propio se cruza en el camino constantemente. El celo de ustedes por las almas los lleva a practicar la humildad a cada instante y debido a la búsqueda de almas descarriadas la comodidad personal sufre mucho.

Si hay pecadores que se han reconciliado con Dios, se debe solamente, después de haber recibido la gracia de Dios, a los sacrificios personales de ustedes — sacrificios que los han separado aun de los más inocentes placeres con sus familiares, con sus amigos y les han hecho practicar la virtud amarga de la mortificación. Con toda seguridad esto es cargar la cruz, la cruz de Cristo. Esta es la condición para ser sus discípulos. Esta es la prueba verdadera del seguidor generoso del salvador y son tan pocos los que se acercan a ella.

La persona más descuidada y olvidadiza debe reconocer que este mundo no es un parque de recreo y que los que han sido iluminados por la gracia de Dios saben que Dios nunca tuvo en mente que así fuera. Nunca debemos olvidar que somos los hijos del sufrimiento . . . pero nuestro querido Señor se compadeció de nosotros, pobres exiliados, al otorgarle al sufrimiento un valor expiatorio. Sufrir y no ver ninguna razón para sufrir, es desesperante, es aterrador, pero reconocer en las aflicciones de la vida una oportunidad de unir nuestros sufrimientos a los sufrimientos de Jesús en reparación por nuestros pecados y por los pecados del mundo, ah, esto es divino, ésta es una gracia suprema que se otorga a almas muy favorecidas.

Cómo debemos amar y bendecir a nuestro divino Salvador por haber glorificado el sufrimiento y por darle a las vicisitudes de la vida por las que todos pasamos, un significado casi sacramental si las aceptamos y las ofrecemos sin quejarnos y resignadamente, en unión a los misterios de la cruz. Como dice el Apóstol: “Si hemos muerto con él, también con él viviremos” (2 Timoteo 2, 12).

Oren para que cada prueba, cada aflicción, cada miseria que tengan que soportar sea como un abono que se acredita a su eternidad. Recen para que puedan sentir amor hacia el sufrimiento y, mientras adoran los sufrimientos de Jesús, aprendan a unir sus lágrimas a las de la Madre de los Dolores: Que ella obtenga para ustedes la gracia trascendental de apreciar la cruz de su Hijo Divino.



Sábado: tercera semana de Pascua / El aprecio a nuestra Bendita Madre

Sermón de misión sin fecha predicado a los laicos, MF 8586-87.

Como hija, María nos enseña los medios para preservar su más bello y preciado adorno: el lirio de la inocencia, refugiándose a la sombra del santuario, en oración con su Dios y protector. Como esposa, obedeció, oró, trabajó y se mantuvo en silencio conservando así la estima y el afecto de su compañero y atrayendo a sí misma paz y alegría igual que a su humilde hogar de Nazaret. Como madre, María nos enseña a aceptar el sufrimiento con paciencia . . . a mantenernos valientemente al pie de la cruz. Como viuda, María nos enseña el secreto de la vida oculta, la virtud hogareña, la oración, la meditación y las buenas obras – todo oculto a los ojos y a la aclamación de los hombres — la clase de virtud que es más meritoria en el cielo.

Los Apóstoles la consideraban su reina. Los doctores más eruditos de la Iglesia dedicaron volúmenes a su alabanza. La Iglesia ha mantenido esta tradición en todas las épocas. No hay devoción que se lleve a cabo sin que se recite su letanía o algún cántico en su honor. La música más bella de la liturgia de la Iglesia es la que se reserva para los himnos en su honor.

Las fiestas en su honor se celebran a lo largo de todos los meses del año y los meses de mayo y octubre se dedican totalmente a ella. Sus santuarios están dispersos por todo el mundo. Se escriben nuevos libros continuamente sobre ella, nuevos días de fiesta se instituyen en su honor, y cada Papa se esfuerza para rendirle honor en forma especial. Cada católico invoca su nombre en sus oraciones de la mañana y de la noche, y el *Angelus*, que se recita tres veces al día, la trae continuamente a nuestras mentes. Sus medallas, sus cuadros, sus estampas, las cofradías, forman parte de la vida de todo católico.

María fue el santuario en cuyo interior habitó el gran Dios, el creador del mundo. ¡Cuánto honor, cuánta reverencia le debemos! Y cuán estrictamente mantuvo guardia sobre sus pensamientos y sus actos para que ninguno manifestara nada indigno de su estado exaltado. Contemplémosla atravesando los diferentes estados de mujer hasta convertirse en un modelo universal — como

hija, esposa, madre y viuda, manteniendo intacta la virtud que le concede el derecho a toda mujer al respeto y que la hace objeto de veneración, es decir, la santa pureza . .

María, no sólo se merece que se le llame “Receptáculo de honor”, sino también “Causa de nuestra alegría.” Pero nunca llegaremos a conocer cabalmente en este mundo en qué forma María es la causa de nuestra alegría. Es solamente en el cielo que llegaremos a descubrir cómo sus oraciones y su solicitud maternal, su ayuda poderosa seguían de cerca nuestras tribulaciones para proveernos sosiego y consuelo, cómo presentaba sus peticiones a su Divino Hijo, cómo nos libró de las tentaciones y de las caídas, cómo ella, la Estrella del Mar, nos piloteaba a través de las tempestades innumerables en el océano de la vida.

Sobre todo, cómo la habremos de saludar como la “Causa de nuestra alegría” cuando finalmente entremos al reino celestial y María nos presente a Jesús como el fruto de sus lágrimas, de sus trabajos, de sus sufrimientos.



Lunes: cuarta semana de Pascua / Devoción a los Apóstoles

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, enero de 1922, MF 12138.

Ustedes saben que en el Cenáculo tenemos la práctica de ser especialmente devotos a los Apóstoles. Esta es una gracia que se nos ha concedido y por la cual debemos estar muy agradecidos con Dios. En esto imitamos a la Iglesia, pues nuestra Santa Madre tiene estos amigos íntimos y devotos de Dios en tan alta estima que todos los meses celebra una fiesta que se dedica a ellos. Según pasan los meses la Iglesia honra a los Apóstoles, de hecho dedica dos días a cada uno, pues la fiesta de los Apóstoles tiene víspera.

La Iglesia, además de enseñarnos a honrar a los Apóstoles en la forma en que ella los honra, nos imparte también muchas lecciones santas (concernientes a ellos) sobre todo, nos inculca el tenerles gran amor. Ella misma rinde un amor y una veneración especial a los Apóstoles. Los admira y los ubica en la cima. Provee celebraciones litúrgicas particulares y una Misa especial para ellos. Después de las liturgias a la Santísima Madre, San José y

los ángeles, son ellos los que le siguen. La Iglesia los quiere debido a las relaciones personales y al compañerismo que ejercieron con nuestro Señor. Ella aprecia los escritos de los que llegaron a escribir, escritos que entraron en el canon de su doctrina revelada.

Ella asigna los nombres de los Apóstoles a sus iglesias. Se deleita en darles sus nombres a los hermanos más jóvenes de Jesús al éstos entrar a formar parte de la familia cristiana en la pila bautismal. En las letanías tienen sitial de honor. La Madre de nuestro Señor es invocada Reina de los Apóstoles como una de sus glorias. La Iglesia los considera asociados inseparables de sus comienzos, tanto así que la palabra “apostólica” ha venido a convertirse en una de las señales esenciales de la Iglesia verdadera. Ninguna reliquia de sus benditos y santos mártires o confesores guarda ella con más amor, más sagradamente o con más celo que las reliquias de sus Apóstoles.

Ella conserva el espíritu de los Apóstoles y lo exalta en toda oportunidad. Son pocas las expresiones, en su terminología de las devociones, que le son tan sagradas como lo es la frase “Espíritu Apostólico”, pues ésta significa la perfección en la Fe, la Esperanza y la Caridad. Así pues, los Apóstoles han sido favorecidos por su elección y por su consagración, por encima de los hijos favorecidos de la Santa Iglesia. Así como los distingue a ellos, distingue también y exalta grandemente su espíritu.

Este espíritu es siempre un espíritu de fervor. Es la caridad en su nivel máximo de calor, es celo invencible, es una gracia que debe atraer a todo cristiano y a la cual éste debe tratar de llegar, por lo menos hasta un nivel de generosidad. Hay muchos dones en las arcas de la Iglesia, hay muchas llamadas a misiones especiales y a ministerios privilegiados, pero la Iglesia no puede invitar a las almas a una forma de vida más elevada que la vida apostólica.



Martes: cuarta semana de Pascua / Práctica: La presencia de Dios operando en todas las cosas

1. *Uno de los primeros sermones, hacia 1900, MF 8941-43.* 2. *Sermón de Cuaresma en la Parroquia St John's, Philadelphia, PA., 1927, MF 8303.* 3. *Carta a la Hermana M. Baptista (Croke), Springfield, MA., 11 de junio de 1911, MF 3287-90.*

Escoge a dos hombres y observa cómo sus vidas se desfiguran o consiguen la perfección de acuerdo a cómo observan la práctica que sigue. Uno se levanta por la mañana. No tiene en su mente ningún pensamiento de acción de gracias a Dios por la protección que Dios le ha prestado durante la noche . . . por supuesto que el día sigue su curso y llega la noche. Ni una sola vez pensó en Dios durante el día. Dios no ha sido parte ni de su amor ni de sus pensamientos. Un conjunto de pensamientos (malignos e indiferentes) se ha amontonado en su mente durante el día, pero ni por un momento ha pensado en Dios, su Creador quien lo ha salvado de muchos males de cuerpo y alma en ese día. Ha satisfecho sus apetitos animales, le ha dado rienda suelta a sus deseos, olvidándose de que Dios ha tomado nota de ello . . . puede que haya tenido éxito en sus planes. Puede que se haya convertido en un hombre más rico, pero, ¿es un hombre mejor? No está más cerca de Dios hoy que lo que estuvo ayer o un año atrás . . . con toda probabilidad puede que esté más lejos de Dios.

El segundo hombre se empeña en tener a Dios como punto central de su día. Al levantarse se pone en la presencia de Dios. Trae a su mente el hecho de que debe preocuparse por los asuntos de su Padre. Las palabras del Padre Nuestro representan para él un gran tónico espiritual. El primer objetivo que tiene en su mente durante el día es rendir honor y gloria a Dios, hacer la voluntad de Dios. Cuando la tentación lo ataca la vence recordando que Dios lo está mirando. Es honrado en sus asuntos pues sabe que tiene dos testigos, por lo menos, que toman nota de lo que está haciendo —Dios y su ángel guardián. La noche . . . viene a su encuentro y lo descubre alegre y satisfecho. Puede que no haya tenido tanto éxito como su vecino desde el punto de vista humano, pero la noche lo encuentra un hombre mejor . . . Vive para el futuro y sus ojos están continuamente puestos en la eternidad (1).

Dios nos creó desde su amor infinito para que, observando su ley y sometiéndonos a su santa voluntad, pudiéramos regresar a Él, quien es nuestro creador, nuestro supremo legislador y, sobre todo, nuestro Padre en el cielo (2).

Nunca debemos olvidar las razones y el propósito para el cual el Espíritu Santo nos inspiró a convivir en su divino nombre y en su causa. El movimiento nuestro es sólo un proceso en formación por el presente y debemos estar alerta, no sea que un espíritu extraño se introduzca y destruya lo que Dios ha construido. Yo no he pensado ni en organizaciones, ni en reglamentos, ni en un nombre,

habiendo dejado todo en manos de Dios para que haga lo que mejor le plazca. Tenía miedo de que perdiéramos la dirección de la Divina Providencia si la planificación humana remplazaba la oración y la vigilancia como las manifestaciones de su santa voluntad. Continuemos entonces, alegres, confiados y convencidos de que, mientras más esté Dios presente en nuestros esfuerzos y menos esté el hombre, nuestra pequeña sociedad estará más segura, será más duradera y tendrá más éxito. Por otro lado, tengamos siempre un temor continuo de inyectar motivos humanos y meramente naturales en nuestros planes porque también es cierto que mientras haya más del hombre y de sus mañas, habrá menos de Dios. Yo entrego a la Providencia de Dios y a la orientación del Espíritu Santo el futuro de nuestra obra rogándole a la Inmaculada Madre de Jesús, a San José y a nuestros patronos que intercedan con nuestro amado Señor para que nos conceda la constancia y la fidelidad a las gracias que Él derrama sobre nosotros.



Miércoles: cuarta semana de Pascua / El espíritu apostólico

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, enero de 1922, MF 12139.

El espíritu apostólico está vivo en la Iglesia de hoy y ciertamente son bendecidos los que lo poseen, porque no es un espíritu cualquiera, es, ante los ojos de Dios, un espíritu que no tiene precio, porque convierte la muerte de los que lo poseen y perseveran en él en algo preciado. Es un espíritu que está muy por encima del espíritu de los que son solamente devotos. Es un espíritu tan ardiente, tan profundo, tan dentro de uno, tan exigente que los que son débiles en virtud o que viven como esclavos de los apegos, se llenan de temor al pensar en él.

Sin el espíritu apostólico habría muy poco desarrollo, muy poca expansión de la santa fe. Sin él las naciones permanecerían en la oscuridad y nunca verían la luz. Sin él, el trabajo fervoroso moriría y la caridad de muchos se marchitaría. Sin él, los movimientos de la Iglesia cubrirían sólo una pequeña circunferencia y sería poco lo que se haría por la salvación de las almas, la causa de la Santa Madre Iglesia, el honor y la gloria de

Dios.

Sin duda alguna, deben esforzarse, no sólo las almas individuales, sino también las comunidades, las parroquias, las diócesis y las instituciones religiosas para que progresen en este espíritu y alcancen un alto grado de perfección. El don apostólico es el legado más excelente que un superior puede dejar a sus súbitos, un párroco a sus fieles, un obispo a sus sacerdotes. Poseerlo debe ser el deseo de todos y se deben aprovechar todos los medios para asegurar que se consiga. Debe sentirse un constante temor de que, después de poseerlo, se vaya a perder.

Dos dones del Espíritu Santo contribuyen mucho a que lo poseamos, sabiduría y fortaleza. Los que desean poseerlo deben orar con perseverancia al Espíritu Santo. Recuerden lo que sucedió cuando el Espíritu de Dios descendió sobre los tímidos Apóstoles en el día del primer Pentecostés. ¡Qué clase de manifestación maravillosa y poder de transformación se manifestaron! Así pues, el Espíritu de Dios estará muy activo en los que poseen un espíritu apostólico. Ciertamente que el Espíritu Santo tiene mucho que conseguir a través de tales personas.

No debe dejar de considerarse la acción del Espíritu Santo al conceder esta gracia y al preservarla en los ya favorecidos con ella. Más aun, el espíritu apostólico es sin duda un *espíritu* de amor y por lo tanto esencialmente inspirado por el Espíritu Santo. ¿Quieres poseerlo? “Dejémonos conducir en el espíritu” (Gálatas 5, 25). “No entristezcan al Espíritu Santo” (Efesios 4, 30). Invóquenlo con frecuencia mediante oraciones cortas. Reciban los sacramentos con frecuencia. El Espíritu Santo está siempre muy activo en los que trabajan para el bien, y sus manifestaciones son evidentes en aquellos que lo poseen, por ejemplo, en su desprendimiento de las cosas del mundo, en la libertad de espíritu, en la pureza de intención al amar y al servir en cualquier obra a la que Dios nos llame. Desde luego que los frutos del Espíritu Santo se pueden ver fácilmente en esas almas santificadas. Las aflicciones, los sacrificios, los trabajos y las pruebas por el amor de Dios, de la naturaleza que sean, son nada para ellos. Aun entregar la vida se considera ganancia y una suprema felicidad [MF 12139].



Jueves: cuarta semana de Pascua / Los medios para adquirir un espíritu apostólico y los peligros que lo amenazan

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, enero de 1922, MF 12140.

Mis queridos hijos, tenemos las razones más poderosas para estar agradecidos por lo siguiente: aunque fuera cierto que no poseemos el espíritu apostólico, sí es cierto que todos deseamos ardientemente poseerlo. Es igualmente cierto que el espíritu apostólico goza de un alto honor en el Cenáculo. Contamos con ejercicios para promoverlo, recitamos oraciones para conseguirlo y prácticas para conservarlo.

Nuestra comunidad esta esencialmente dedicada a esforzarse por poseerlo en razón de la constitución que la rige. Por lo tanto debe ser objeto de estudio serio y de mucha meditación identificar los medios para promoverlo y los peligros que lo amenazan. Hemos hecho ya referencia a algunos de esos medios para su adquisición. Debemos añadir a estos la necesidad de ejercitarnos en obras de caridad y de celo fructíferas que nos han de volver indiferentes al cansancio, a la falta de sueño y de todas las conveniencias de una vida cómoda, más aún, a la pérdida de la salud y de la vida si fuera necesario.

¿Cuáles son los peligros que lo amenazan? En primer lugar, la tendencia a las cosas del mundo. Ese espíritu es un mal perverso que degenera todo. Podemos entender de inmediato por qué nuestro Señor sentía tal aversión a lo mundano, por qué, en forma implacable, ordenó a sus seguidores a que lo destruyeran, que nunca debían confraternizar con él ni hacer ninguna clase de componenda con él. Lo mundano es una mancha, marchita, seca el corazón y esclaviza a los hombres mediante los lazos del egoísmo, del interés propio y de la satisfacción propia.

Crean esto, mis queridos hijos, que en quienes no existe la caridad del Padre no existe, absolutamente, ningún espíritu apostólico. Repito, la indiferencia a las necesidades espirituales del prójimo es una causa grave para la pérdida de esta virtud o para no llegar a poseerla. La tendencia hacia lo mundano y la negligencia envuelta en no pensar en los valores del alma humana o en el privilegio de rendir honor y gloria a Dios, son las causas continuas y deplorables de la ausencia del espíritu

apostólico en tantas personas.

Deseemos todos ardientemente el espíritu apostólico, oremos para que podamos promoverlo y preservarlo. ¡O, cómo se anhela, cómo se suspira por ese espíritu apostólico! ¡Cómo los que están consagrados a Dios deben luchar por él! ¡Qué bendecida es esa porción de la viña que ofrece testimonio de sus obras! ¡Qué bendecida por Dios es aquella comunidad o casa religiosa donde se honra el espíritu apostólico! ¡Qué bendita envidia es ésta — luchar por sobrepasar a los demás en esta virtud! ¡Que mucho progresaría la Iglesia si estuviéramos siempre animados por ese espíritu! ¡No hay cosa que ella desee más ardientemente! Sin ninguna duda, los valles serían rellenados y las colinas serían aplanadas si poseyéramos el espíritu apostólico.

Este mundo sería un paraíso si todos buscaran este espíritu con ardor. En el mundo religioso ese espíritu es una caldera ardiente, burbujeante. Doblemente benditas son las almas que se sumergen en ella y que se adueñan de todo su ardor.



Viernes: cuarta semana de Pascua / Los sufrimientos mentales de Nuestro Señor

1. Carta a la Hermana Mary John of Calvary, M.S.B.T., 17 de enero de 1925, MF 3385. 2. Carta a los compañeros Paúles, 1910, MF 3150 y 3275-76. 3. Conferencia sin fecha, MF 8596-97.

Me parece que la devoción a los sufrimientos mentales de Jesús es una de las devociones más hermosas que existe. Llevarla en el corazón es una hermosa disposición de mente y una oración jubilosa —que sus pensamientos sean nuestros pensamientos y sus sufrimientos sean nuestros sufrimientos (1). Qué monumento glorioso de amor y de fe dejaría nuestra generación a la posteridad si cada . . . hermano y cada hermana pudiera formarse en este pensamiento . . . que el Cristo pobre, solitario y agonizante del huerto de los dolores nos ha escogido para una obra grande y divina, para perpetuar el más sublime de los misterios de la Redención, es decir, que, en actitud suplicante, desea que dejemos como reparación algún monumento visible, valioso, conmemorativo, sagrado, dedicado a su agonía . . . El alcance de esta devoción es muy consolador.

Adoramos la mente maravillosa del Creador en sus sufrimientos. Él nos invita a compartir sus preocupaciones y sus angustias. Mediante las oraciones nos convertimos en aliados de las imágenes en su mente y en ángeles buenos a la hora de la muerte de los que mueren diariamente (2).

“Siento una tristeza de muerte” (Mateo 26, 38). ¡O, que grito más espantoso! ¿Qué maldad más terrible es ésta que ha de destruir al autor de la vida, que ha de privar de la vida al que es su fuente? Si fuera posible que Dios muriera, éste sería el momento más cercano a la llegada de la muerte. Estos son los resultados del pecado. Contempla su naturaleza. Ataca directamente al Dios supremo, la fuente absoluta, pues la esencia misma de la divinidad es la vida. La naturaleza de Dios es ser y el pecado destruiría la vida si fuera posible. La enormidad del pecado consiste en esto: es un asalto a la existencia del mismo Dios. “Siento una tristeza de muerte.” Nunca se había escuchado tal grito de angustia. Comparados con éste, todos los lamentos humanos son canciones de cuna. El corazón de nuestro salvador está destrozado. Lo que oímos es el grito de la angustia, tan y tan fuerte, que sus ecos de agonía nunca se han de apagar. Todas las generaciones de cristianos han de escucharlos.

Se desplazan al amanecer a Jerusalén a verlo morir. Oyen su lamento y desde aquel día toda generación de cristianos ha de morir al pie de la cruz y ha de mezclar sus lágrimas con las de Él. Aquel grito hizo tambalear a los ángeles y temblar a los demonios. Repercutió en truenos terribles alrededor del trono de Dios. Produjo una horrenda conmoción en el cielo y en el infierno. Proclama a la muerte el fin de su reino. Informa al mundo, a la carne y al demonio que han sido vencidos. Es el pecado el que acabaría con la vida del alma de Jesús. ¿Qué significa ese grito para los ángeles? ¿Qué significa para los hombres? Así como Lucifer se apoderó del trono de Dios e intentó echar al creador fuera del cielo, así el pecado lucha por destruir a Dios. Sí, tus pecados y mis pecados entristecen de muerte su alma. ¿Qué significa ese grito para el cielo y para la tierra? Los ángeles lo han escuchado y se han quedado consternados, contemplan a su Maestro sentirse oprimido, entristecerse y comienzan a sentir temor. Quisieran darse prisa y llegar a la tierra para animarlo, para salvarlo, pero Él les indica que se retiren. Debe sufrir solo (3).



Sábado: cuarta semana de Pascua / La gloria de nuestra Bendita Madre

Artículo en el Holy Ghost Magazine, agosto de 1923, MF 808-13.

“Y desde hoy todas las generaciones me proclamarán bienaventurada” (Lucas 1, 48). Ninguna declaración triunfal ha sido jamás tan abarcadora, tan asombrosa. La ambición humana nunca soñó escalar tales alturas, ningún conquistador ni siquiera planificó subyugar a una generación. “Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada.” Esta declaración es la más extraordinaria que labios humanos hayan pronunciado jamás . . . ¿Quién es la persona que afirma tal cosa? ¿Quién es esa persona que triunfa en lo que los más ilustres del mundo han fracasado . . . ?

Buscarán en vano — el nombre de esa persona entre los personajes más grandiosos del mundo, sea en los tiempos antiguos o modernos. Ese nombre no se encuentra entre los sabios de Egipto o en la historia de los clásicos de Grecia, no se evidencia en los documentos oficiales de los grandes que Roma honra. ¿Quién dijo estas palabras? Crece el asombro. ¿Quién las dijo? Casi una niña, una jovencita de Judea . . . el prodigio del mundo resulta ser una jovencita judía.

Siendo todavía niña anunció que todas las generaciones le rendirían honor. Ella vivía desconectada, aparte, inclusive en la pobreza. No contaba con los recursos ni con los medios que los hombres utilizan para pavimentar la senda que los lleva a la gloria. ¿Era ella una soñadora? ¿Era una visionaria? Han transcurrido cerca de dos mil años de historia dentro de los cuales se pudo haber probado que ella mentía, pero la historia afirma lo contrario, que no mentía, que no era una soñadora, que no era una visionaria, sino que decía la verdad.

Ante esto, todas las filosofías del mundo se derrumban. Les es difícil armonizar esta causa con este efecto. Aquí los pasos inexorables de la lógica entran en bancarrota al declarar que cuando la ciencia humana fracasa y no puede explicar la causa y la razón de los hechos, debemos, entonces, buscar la razón de las cosas en otro ámbito, en el orden sobrenatural. Al hacer esto el misterio y la contradicción se desvanecen y, a la luz de la verdad sobrenatural, todo parece hermoso, sencillo y claro. María se convirtió en la Madre de Dios. He ahí la causa, razón y explicación más que suficientes. Sí, verdaderamente era la Madre del que creó todas las cosas,

del que sostiene todas las cosas, del que gobierna todas las cosas.

Los Santos Padres de la Iglesia afirman que el alma de María ha sido, después de la Encarnación del Verbo, la obra más grande y más noble de Dios en este mundo, que la santidad de su alma sobrepasa la de todos los santos y todos los ángeles juntos y que todo esto se debe a su eminente dignidad como Madre de Dios. De hecho, cuando según los decretos de Dios, la Persona del Verbo Eterno fue predestinada a hacerse hombre, esa Madre, ya predestinada a darle a Dios una existencia humana, debió haber sido escogida ya para esto.

Escuchemos a las generaciones llamarla bienaventurada. El Arcángel anuncia su bienaventuranza. Su propio Hijo, encarnado en su vientre, alentó esta declaración y fue testigo de ella: que todas las generaciones la llamarían bienaventurada.



Lunes: quinta semana de Pascua / Preparación remota para Pentecostés

Conferencia a los Siervos Misioneros, 11 de mayo de 1922, MF 10701-05.

Nos encontramos en medio de la celebración de grandes fiestas. Todavía tenemos cerca la celebración pasada de la Pascua. Se acercan las fiestas de la Ascensión, Pentecostés, domingo de la Trinidad, Corpus Christi y la solemnidad del Sagrado Corazón . . . El día al cual miramos con un gran amor y con gran expectativa es el día de Pentecostés, el día en que se conmemora la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Si nuestros corazones están a tono con el corazón de la Iglesia, será mucho lo que hemos de esperar para nuestra Iglesia en ese día. Recuerden, la Iglesia tuvo sus comienzos el domingo de Pentecostés, el día en que vino el Espíritu Santo. Ese fue el día de su primera manifestación pública.

Estoy ansioso porque empecemos, aun desde ahora, a prepararnos para esa fiesta santa. Estoy ansioso, en razón de ustedes, pero entiendan bien, como trasfondo, como validación de todo esto, estoy ansioso por los Cenáculos, por la Iglesia. Por lo tanto, purifiquen sus intenciones, ruéguele al Espíritu de Dios que enderece sus pensamientos, que los ayude a cultivar un aprecio por la gracia de Dios, por los siete dones y por los frutos

del Espíritu Santo. Así tendrán un feliz día de Pentecostés.

Denle gracias a Dios por la gracia que les ha concedido de comenzar su preparación tan temprano. Qué cosa hermosa es estar interesado, con anticipación, en el día de Pentecostés. Cuán afortunados somos por haber sido inspirados a avisar con antelación al cuerpo de los fieles y al Cenáculo mismo a que se den prisa, a que se preparen con tiempo. Ya andamos con prisa para subir a la habitación superior, al Cenáculo, cuya entrada al lugar santo no está muy lejos. Estamos a la expectativa y cuando la Iglesia vuelva a relatar la historia maravillosa del Evangelio, contemplaremos, avalados por una gracia especial y con una visión especial, a nuestra Bendita Madre y a los Apóstoles entrando al Cenáculo para la venida del Espíritu Santo.

¡Alabemos a Dios por esta gracia! De esto estamos seguros — el Espíritu Santo ha de tomar nota de que estamos ansiosos de recibir sus dones. Esta es una de las mejores pruebas de la preparación. Ahora bien, mis queridos hijos, luchen con un corazón puro, con una mente pura, con la verdadera intención, con sus almas dirigidas por el Espíritu Santo, sus mentes iluminadas por su gracia, de manera que puedan estar preparados para ese día, para que así se convierta ese día realmente, en una fiesta de Pentecostés entre nosotros.

Yo le ruego a nuestra Santísima Madre, a la Reina de la Resurrección, la Madre de nuestro Salvador resucitado, triunfante, nuestra madre del Cenáculo, que los bendiga a ustedes en su preparación para el día de Pentecostés. Le ruego y le vuelvo a rogar, que, por la gloria de su Hijo, los acompañe de manera especial en la preparación para esta bendita fiesta hasta la llegada del domingo de la Santísima Trinidad. Que San José nos ayude en nuestra preparación.

Ruego que no les vayan a faltar a ustedes las gracias del Espíritu Santo, que no falten a ninguno de nosotros, y encomiendo a la caridad de ustedes el bienestar de las Hermanas y de los Hermanos. Que Dios conceda que la temporada de Pentecostés sea para nosotros un tiempo de grandes gozos. Que el Cenáculo se descubra repleto de los dones y los frutos del Espíritu Santo.



Martes: quinta semana de Pascua / Práctica: Recogimiento de la mente

1. Carta a la Hermana M. Baptista (Croke) escrita en el tren, 14 de julio de 1922, MF 11921. 2. Carta-conferencia a los

Siervos Misioneros, diciembre de 1919, MF 8432. 3. Conferencia en el retiro a los novicios de la Santísima Trinidad, 20 de marzo de 1923, MF 7341.

Me doy cuenta de cuán divinamente sabios son los consejos de nuestro Señor a los apóstoles cuando los invitó a que se retiraran al desierto a descansar por un rato . . . Necesitamos del silencio y del recogimiento para separarnos de las distracciones diarias y atender ciertos susurros del Espíritu Santo (1).

En primer lugar, necesitamos más recogimiento de espíritu. Esto quiere decir que debemos acudir más a nuestro interior, que seamos menos esclavos de las distracciones externas, permitiendo que las inspiraciones y las gracias del Espíritu Santo guíen nuestras mentes y nuestros impulsos, ubicándonos con frecuencia ante la presencia de Dios, buscando la unión con Él, entregándonos a ejercicios mentales y expresiones de amor salidas del corazón, abrigando deseos por la venida de nuestro Señor, haciendo actos de reparación y comuniones espirituales frecuentes . . . Renueven ustedes todas las promesas y el ardiente fervor original del Cenáculo. Revisen las gracias que hemos recibido desde que se nos concedió esta gracia bendita, el placer que le han causado a Dios, las almas que han auxiliado, el bien que han hecho y compartido, los peligros que han evitado estando en el Cenáculo y, si permanecen fieles, la promesa que se les ha dado que habrán de ser útiles a la Iglesia – de hacer de sus vidas “el aroma del conocimiento de Cristo en todo lugar” (2 Corintios 2, 14) no sólo asegurando la salvación de nuestras almas, sino también logrando un alto grado de gloria en el mundo venidero (2).

Les aseguro que la tarea de su vocación no es como la de la vida en un club. No se encuentra en la Agencia Católica de niños ni en un salón de clases aislado. Se encuentra en la adoración interior que rinden a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Si no se dan cuenta de la diferencia, su vida religiosa es un fracaso. Ustedes son Siervos Misioneros de la Santísima Trinidad. Dios es un espíritu infinitamente puro. Deben servirle interiormente por medio de su profesión de fe haciendo las cosas que agradan a Dios, preservando su luz santa, siendo celosos al hacer que se cumpla su santa ley, haciendo múltiples actos de acción de gracias y de reparación. Su vocación es apostólica y ese es el honor más grande en la Iglesia. Su vocación contiene lo mejor de todas las otras vocaciones.

El Dios Todopoderoso está bien familiarizado

con nosotros. Cultiven más devoción al Espíritu Santo. Su primera obligación es para con el Dios Trino y esa obligación pueden llevarla a cabo sólo en su interior. Ésta, pues, es la filosofía espiritual de la vida religiosa de ustedes. Ustedes son (hombres y) mujeres de recogimiento interior. Ustedes deben saber, por lo menos, la diferencia entre el servicio que le rinden a la santa y adorable Trinidad y el que le prestan al vecino. Un apóstol debe pasar buena cantidad de su tiempo en el claustro . . . Es tan difícil mantener . . . el mundo alejado de nosotros. Es tan difícil evitar el contagio del mundo (3) . . .



Miércoles: quinta semana de Pascua / Un espíritu de oración

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 17 de mayo de 1912, MF 8584-85.

Él más alto de los dones que Dios nos ha otorgado es la fuente misma y el intermediario mismo de todos los dones, es el don mismo del Espíritu Santo. Al momento de orar, los Apóstoles recordaban la promesa de nuestro Salvador: “¿Cuánto más dará el Padre del cielo, el Espíritu Santo, a los que se lo pidan?” (Lucas 11, 13) y San Pablo: “Y nosotros no hemos recibido del espíritu del mundo, sino del Espíritu que viene de Dios, y por Él entendemos lo que Dios, en su bondad, hizo por nosotros” (1 Corintios 2, 12).

El Espíritu de Dios dentro de nosotros como en su templo, nos hace agradables a Dios al derramar su gracia sobre nosotros, la cual concede para auxiliarnos en la gran tarea de la oración. Nos otorga esta ayuda de tres maneras: atrayéndonos a la oración, enseñándonos a orar, y ayudándonos a orar.

El trabajo es una penitencia que Dios nos impone. Cuando se hace con pureza de intención se convierte en oración. El cristiano debe orar siempre. “Oren sin cesar”, nos dice el Apóstol, (Tesalonicenses 5, 17). Pero esto no lo podemos efectuar a menos que laboremos dentro del espíritu de oración. El Espíritu Santo nos insta a que toda acción que llevemos a cabo sea para el honor y la gloria de Dios, inclusive la más insignificante, como pueda ser el comer y el beber. Así estará con nosotros en el mismo espíritu de oración al igual que lo está en nuestros

ejercicios ordinarios de piedad. A través de Él todo el día se convertirá entonces en algo espiritual.

El Espíritu Santo es el vínculo sustancial que une al Padre y al Hijo en la Santísima Trinidad y el que une en la tierra a los diferentes miembros y demás piezas correspondientes de tal manera que forma así una Iglesia santa, católica, apostólica y romana. A Él le place vernos unidos en oración. No hay duda, pues, de que tenemos mucha razón para orar y que nos anima mucho a hacerlo.

Nuestra oración no deberá carecer de amplitud o limitarse a lo personal. Deberá llegar al trono de Dios sólo después de haber recorrido las fronteras más lejanas de su creación, gemido ante toda miseria humana y regocijado en la bondad de Dios para con los hombres. Debemos orar por la Iglesia, por el Santo Padre, por los que dirigen la Iglesia y luchan por la religión, por los santos y por los pecadores en la tierra, en especial por los últimos. En primer lugar, oramos por que el reino del Espíritu Santo se realice en los corazones de los hombres, por que la iglesia griega y las religiones protestantes regresen a la unión con Roma, las tres, unidas en la fe y en la obediencia, oramos por el Santo Padre, por los pecadores y por todas las necesidades de la Iglesia.

Permítanme resumir: ustedes deben ser (hombres y) mujeres de oración y serán, entonces (hombres y) mujeres de caridad. Oramos y luchamos por la propagación de su reino en la tierra . . . Mi oración por ustedes es que . . . reciban el Espíritu Santo y se mantengan fieles a su inspiración.



Jueves: quinta semana de Pascua / La necesidad de la oración

1. Conferencia a los Siervos Misioneros, 10 de mayo de 1924, MF 850-51. 2. Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 17 de marzo de 1912, MF 8585.

Nuestro divino Señor prometió estar, de una manera particular, en medio de aquellos que se reúnen en su nombre. “Pues donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos” (Mateo 18, 20). Sin duda, esa promesa iba dirigida de forma especial a los que se reunieran en nombre del Señor en forma devota y religiosa — para exaltar el nombre de Jesús, igual que hacen ustedes. No olviden nunca que uno de los

propósitos del Cenáculo es la exaltación del Santo Nombre de Jesús. Tengan esto siempre en mente, particularmente cuando se reúnen en consejo.

Conocemos la eficacia de la oración, el gozo de la Comunión de los Santos y el valor de la oración intercesora. Con frecuencia pienso que una de las revelaciones más fascinantes del mundo futuro es el descubrimiento de lo que nos ha sucedido a través de otros, constatar cómo hemos recibido ayuda personalmente y en nuestro trabajo a través de las oraciones de amigos y de personas que no conocíamos. Creo que el Cenáculo recibe gracias y bendiciones especiales a través de las oraciones que recitamos unos por otros, pues en los Salmos se nos afirma: “Qué bueno y agradable cuando viven juntos los hermanos” (Salmo 132, 3).

Qué impresionados debemos estar con las bondades de Dios quien nos llama a estar juntos, a convivir en paz y en gozo. No hay duda de que ésta es una bendición de bendiciones por la cual debemos agradecerle aún más cuando nos damos cuenta de que en el mundo hay tanta ingratitud, tanto odio, tanta falta de caridad, sí, muchas veces entre gente buena. Esto, con seguridad, debe apenar mucho al Espíritu Santo (1). Orar los unos por los otros es una señal del favor de Dios en el Cenáculo. Cualquier medio o agencia que incite a la oración, que la anime y la perpetúe, será una gracia trascendental.

La Iglesia, sus necesidades, sus sufrimientos están siempre ante nosotros, pues nuestro querido Señor sufre en las pruebas de su Pontífice y de su Iglesia, por consiguiente nosotros oramos y nos sacrificamos por el Santo Padre, teniendo en cuenta que cuando San Pedro, el primer Papa, estuvo en prisión, encadenado y casi condenado a muerte, toda la Iglesia oró por él y fue milagrosamente liberado. Nosotros podemos y debemos ayudar al Santo Padre. Nuestro amor a él nos dice esto, nuestro Padre necesita grandemente de nuestras oraciones. Debemos estar enterados de sus necesidades. Hay muchos que ya no quieren estar sujetos al mensaje del evangelio, ni a la Iglesia, ni a sus leyes.

Hay una actividad diabólica seduciendo al hombre trabajador con falsas esperanzas de mejorar sus condiciones, desmoralizando así, gradualmente, toda la estructura social. Muchos maestros no tienen fe y niños aún de edad tierna son adoctrinados en grupos para que no conozcan a Dios ni a su ley. Hay una gran necesidad de sacerdotes y, debido a esta falta, muchas personas están perdiendo su fe, pues ni se les enseña ni se les

alimenta con la Palabra de la verdad ni con el pan de la vida. Ves entonces, cuán necesario es que nosotros oremos por el Santo Padre con frecuencia y con fervor (2).



Viernes: quinta semana de Pascua / La Preciosísima Sangre

Artículo en el Holy Ghost Magazine, julio de 1923, MF 11684-89.

Es una vergüenza dolorosa que se piense tan poco en la Preciosísima Sangre y que se aprecie tan poco, aun de parte de los que son devotos. ¿Qué ha hecho Dios por nosotros o qué nos ha dado que pueda compararse con la Preciosísima Sangre? ¡Es la sangre de Dios! ¡Es la vida creada de lo Increado! Es una fuente humana, podría decirse, en el centro mismo de la naturaleza divina. Es algo finito con un origen conocido y una fecha determinada, de un precio tan infinito como el de la persona divina que lo asumió. Es tan trascendental que ninguna inteligencia creada pudo haber pensado en ella jamás. Las oraciones, las buenas obras, la misma ofrenda de vidas piadosas de innumerables generaciones, esenciales como son, no hubieran podido ganar para nosotros ni una gota de la Preciosísima Sangre.

Qué mucho nos dice la Preciosísima Sangre acerca de la naturaleza de Dios. Qué terriblemente exigente es su justicia adorable. Cuán trascendental es su santidad, cuán terrible es su majestad al haberle parecido bien escoger la Preciosísima Sangre como el justo valor de rescate por los pecados de los hombres, la única satisfacción a la majestad lesionada de un ser infinito. Si Él lo hubiera querido, una sola gota de la Preciosísima Sangre hubiera sido más que suficiente para redimir todos los mundos posibles. En verdad, si Él lo hubiera querido, hubiera podido escoger como instrumento de nuestra redención una sola lágrima, un suspiro, un sollozo del Niño Jesús, ya que en esto había abundancia de méritos y de satisfacciones para redimirnos a todos.

De todos los misterios, la Preciosísima Sangre pone de manifiesto el amor y el cuidado de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo por el pobre hombre pecador. Este amor se manifiesta a través de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, aunque es obra de toda la Trinidad. En su eficacia y en la forma que opera, es la

más completa y la más maravillosa de las revelaciones de las perfecciones divinas, el poder, la sabiduría, la bondad, la justicia, la santidad de Dios está eminentemente ilustrada a través de la acción de esta Preciosísima Sangre.

La Preciosísima Sangre es tan maravillosa que sobrepasa toda maravilla. Es adorable porque es la sangre de Dios. Tanto es así, que las gotas que se recogen en la copa del cáliz después de la comunión del sacerdote son tan adorables como el Dios Trino ante quien los ángeles se cubrían los rostros (mientras cantaban) con todo el coro celestial: “Santo, santo, santo es Yavé de los ejércitos” (Isaías 6, 3). ¡Cuán grande es nuestra fe! Sólo una fe venida del cielo puede suministrarnos una verdad como esa y, poseer tal verdad es una prueba invencible de que nuestra fe nos viene del cielo.

O, compasivo corazón de María, amante de la Preciosísima Sangre, obtén para nosotros la gracia de hacer mucho por la causa de la Preciosísima Sangre. San José, tú fuiste su custodio, tú que presenciaste sus pulsaciones a través de las venas del Niño Jesús, obtén para nosotros la gracia de que pulse también por nuestras venas y que pueda servirnos de mucho, de manera que nosotros podamos ser útiles a la Preciosísima Sangre.



Sábado: quinta semana de Pascua / El triunfo maravilloso de nuestra Santísima Madre

Artículo en el Holy Ghost Magazine, agosto de 1923, MF 808-12.

Las generaciones que reflexionan . . . se maravillan cuando, por encima de las voces de los grandes y poderosos del mundo que se acallan, suena, a través de los tiempos, una declaración triunfal que la ambición humana nunca atentó, ni tan siquiera se atrevió a pronunciar: “Desde hoy todas las generaciones me proclamarán bienaventurada” (Lucas 1, 48).

¿Quién es la que afirma esto? ¿Quién se atreve a solicitar de ti y de mí el honor más grande que una criatura puede rendirle a otra criatura, “ser bienaventurada?” ¿En qué se basa esa persona para solicitar nuestro respeto? ¿Quién es esta persona que ha

triunfado donde los más ilustres del mundo han fracasado . . .? Es un hecho, un hecho real, que a esta joven mujer se le ha llamado bendita por generaciones. Es uno de los hechos más notables, más destacados en la historia del mundo . . . Es desorientadoramente contradictorio. Es un hecho, pero ¿por qué tiene que ser un hecho? Es cierto, pero ¿por qué tiene que ser cierto?

Cómo es que ha tenido éxito en triunfar sin un ejército, sin publicidad o medios de ninguna clase para alcanzar la victoria, un triunfo tan imposible y que trasciende todas las victorias juntas de los conquistadores del mundo y que, al compararlas, parecen bagatelas. Es sencillamente una paradoja, una contradicción enorme. Es cierto — la historia lo afirma, lo valida pero, ¿cómo puede ser cierto que ella sea bendecida entre todas las mujeres, que todas las generaciones han de llamarla bendita? Este hecho maravilloso requiere una investigación.

La hierba más humilde al costado del camino, el residuo más pequeño de los desperdicios que se desechan, el grano más pequeño de arena, son hechos reales y pueden ser un reto para la ciencia que tiene que dar cuenta de los hechos como realidades, y la ciencia, si es digna de su nombre, tiene que tomarlo en cuenta, pero aquí hay un hecho mucho más maravilloso, más glorioso, más importante que todo con lo que la ciencia se encarga en conjunto . . . La ciencia es incapaz de proveer, en sus laboratorios y en sus deducciones, esperanza alguna de solución, y los lentes más poderosos de sus observatorios no pueden seccionar suficiente espacio para contener este hecho. La razón humana, pobre, débil y limitada se encuentra en un dilema para poder proseguir, no puede hacerlo. Esta joven mujer ha silenciado las escuelas y las universidades.

Si el hombre reflexionara y tratara de comprender, se daría cuenta que esta María, la bendecida de las generaciones, es prueba de otro orden de cosas . . . del lugar en que la fe y la religión tienen que ser los que nos guíen. La fe y la religión son mucho más valientes y no temen hacerle frente a este hecho gigantesco. Debemos buscar la razón de su triunfo en otro orden, el orden sobrenatural. Al hacer esto, el misterio y la contradicción se desvanecen y, a la luz de lo sobrenatural, todo aparece tan hermoso, tan sencillo y tan claro.

María vino a ser la Madre de Dios. Ahí está la causa, la razón y la explicación infinitamente suficientes. Ella es la Madre de Dios. Sí, es, realmente, la Madre del que creó todas las cosas, del que sostiene todas las cosas, del que gobierna todas las cosas.



Lunes: sexta semana de Pascua / La caridad apostólica

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, hacia 1920, MF 12334-36.

Las vidas de San Pedro y San Pablo resultan ser muy alentadoras para nosotros que sentimos la sacudida de la tentación y que puede que hayamos vacilado algo en el camino hacia Dios. Estos dos santos fallaron de manera notable. En primer lugar, San Pedro con su presuntuosidad y confianza en sus propias fuerzas, en segundo lugar, San Pablo con su orgullo y su falta de caridad. Ambos recibieron la gracia y cooperaron con esa gracia de manera espléndida. El arrepentimiento de San Pedro fue de corazón y de él brotó un gran amor y devoción a su divino maestro. Su fe y su confianza en Jesús no tuvieron medida.

San Pablo también enmendó grandemente sus faltas. ¡Cuán ardientemente sirvió y amó a Dios! No ponía límite alguno a los sacrificios que hacía por amor a Jesús. Él también llegó a ser el santo del arrepentimiento. Su orgullo fue herido de muerte bajo la mano castigadora de Dios. El primer grito que salió de su corazón fue, “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9, 6). Llegó a ser el santo del amor divino, consumido para siempre por un amor ardiente a nuestro Divino Señor.

El amor a Dios quiere decir el amor al prójimo. No hay mejor evidencia, no hay prueba más verdadera de un gran amor a Dios que un gran amor a nuestro prójimo. El amor a nuestro prójimo se prueba mediante la paciencia, las vicisitudes y en las obras de misericordia corporales y espirituales. Tratar a nuestro prójimo de una manera desconsiderada, grosera, poco fraternal no es un comportamiento cristiano y demuestra una gran ausencia del amor de Dios.

Nuestra oración constante debe ser que en el Cenáculo Misionero siempre exista un amor fraternal. Este amor a nuestro prójimo debe manifestarse siempre en todas las ocasiones. Debe alejar de nosotros la envidia y los celos y todos los otros males y plagas que hacen daño al amor cristiano. El extraño que se acerca a nuestra puerta, especialmente cuando viene en el nombre de Dios, debe ser bien recibido en el nombre de Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. Desafortunada ha de

ser la casa que pierde una gracia especial por haber faltado en su hospitalidad para con un extraño.

Recordemos lo mucho que se alegraban nuestros (Hermanos y) nuestras Hermanas cuando, en los primeros tiempos de nuestra misión, se abrían las puertas a desconocidos y a personas sin amigos. ¡Qué este recuerdo no se borre nunca de nuestro Cenáculo Misionero! Dios ha tocado los corazones de otros a través de nuestras oraciones. Qué nuestros corazones no actúen en forma endurecida con los que acuden a nosotros en busca de ayuda, ánimo y fortaleza. ¡Mucho debemos sufrir y soportar antes que dejar que la santa virtud de la caridad sufra!

Que esos grandes Apóstoles obtengan para nosotros algo de ese gran amor a Dios que ardió en sus propios corazones.



Martes: sexta semana de Pascua / Práctica: Vivir la Misa a lo largo del día

1. *Carta a Margaret Thompson, una niña enferma en Phenix City, Alabama, 11 de julio de 1924, MF 9638.* 2. *Ensayo sobre la Eucaristía escrito mientras era seminarista, MF 8840-41, 8852-53.*

Un ejercicio que ha de traerte gran bienestar, alivio y consuelo, es el de seguir la Misa alrededor del mundo. A las diez la Misa se celebra en Jerusalén. Cerca de la medianoche o después se celebra en Roma. Como a las dos de la madrugada se celebra en Irlanda. Cuando estás tomando tu te (en el desayuno) se celebra en las islas del Pacífico y en las costas orientales de Asia. Y así, con el sol, puedes ir alrededor del mundo y ver al sacerdote levantar el santo cáliz de la Preciosísima Sangre. Qué sientas el deseo de asistir a todos estos santos sacrificios, ofreciéndolos, primero en adoración y gratitud, segundo, en acción de gracias, tercero, en reparación y cuarto, como petición (1).

Después de la Consagración, nada es aparente a nuestros sentidos excepto las especies de pan y vino, sin embargo, sabemos firmemente que bajo estas especies quedan ocultos a nuestros ojos el cuerpo y la sangre de nuestro Señor. Esa es la amplitud de nuestras creencias y, cuando en los momentos tranquilos de meditación, reflexionamos seriamente sobre su importancia y nos

damos cuenta de su significado, el resultado nos abruma. ¡Piensa en todo el amor encerrado en este sacramento!

El apreciar el amor de Dios por los hombres es darse cuenta de quien es Dios mismo, lo cual el hombre nunca puede comprender a cabalidad. A lo largo de todas las épocas desconocidas e innumerables de la existencia de Dios, las pobres criaturas pecadoras estaban siendo amadas por el Infinito. La Encarnación fue la manifestación visible del amor infinito y eterno que culminó en la Eucaristía. Este es el testamento concedido por Dios, en el cual nuestro Señor ha prometido que el arco iris de la misericordia cubrirá para siempre el tabernáculo del templo católico hasta el fin de los tiempos. Esta es la verdad que nosotros adoramos y en la cual creemos. Nosotros estamos seguros que Jesús está presente físicamente bajo las especies sacramentales.

Que triste discrepancia entre nuestras creencias y nuestros actos. Nos quedamos sorprendidos, pasmados ante la rudeza y la irreverencia de parte de (los que escuchaban a Jesús en el Evangelio). El pensamiento de cuánto amor está encerrado en este sacramento, en cuán ingenioso es este recurso utilizado por Dios para permanecer en medio de sus criaturas, en la misericordia y la generosidad que están encerradas en él, debe despertar en el corazón de cada cristiano, los sentimientos más generosos y debe hacernos luchar por pagar amor con amor (2).



Miércoles: sexta semana de Pascua / El Espíritu Santo

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 1912, MF 206-13.

Que el Señor sea su recompensa por el consuelo y el honor que ustedes le brindan a la Santísima Trinidad y por el ejemplo que le proveen a las almas abandonadas. La bondad del Espíritu Santo para con ustedes me proporciona motivos para un agradecimiento perpetuo. Manténganse alerta y llenos de devoción, no sea que dejen pasar o que desatiendan el menor don suyo o que no fructifiquen sus dones.

Que nuestra oración asidua logre que el Espíritu Santo sea conocido y adorado por todos los hombres, pues Él es realmente Dios, la tercera persona de la

Santísima Trinidad, quien viene del Padre y del Hijo, quien es uno con ellos en naturaleza y en esencia, por lo tanto igual de eterno, igual en sustancia. Un Dios, tres personas en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Aparte de otros testimonios, nuestro Señor nos enseña clara y explícitamente la divinidad de la tercera persona cuando dice a sus Apóstoles que los enviará en el nombre de Dios: “Por eso vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mateo 28, 19).

Es triste pensar que después de la revelación de esta doctrina, (a pesar de los deseos de la Santísima Trinidad y las enseñanzas de la Iglesia), hay muchos que le niegan reverencia y adoración al Espíritu Santo. Muchos cristianos que debían conocer sus deberes, actúan como si nunca hubieran escuchado hablar del Espíritu Santo. Es cierto que lo adoran cada vez que adoran al Padre de Jesús, cada vez que hacen la señal de la cruz: “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, cada vez que recitan el Gloria al Padre al Hijo y al Espíritu Santo. Pero, ¿por qué se abstienen de mencionarlo o de pensar en Él?

Hay muchos, también que nos han de dar respuesta como los Efesios dieron respuesta a San Pablo: “Nosotros ni siquiera hemos oído que haya un Espíritu Santo” (Hechos 9, 2). Es lamentable que los Efesios admitieran ese desconocimiento, pero lamentable más allá de lo que pueda expresarse, es vivir en la gracia completa de la revelación cristiana y escuchar a tantos decir que ni siquiera han oído hablar del Espíritu Santo. Esto es horrible. Ofrezcamos reparación por ello.

Tenemos otro deber, orar todos los días para que la devoción al Espíritu Santo se propague, además de esforzarnos para que nuestra oración sea poderosa, de manera que Dios le conceda al mundo la gracia de conocer su Espíritu. Para este fin “no entrístezcas al Espíritu Santo de Dios, éste es el sello con el que ustedes fueron marcados y por el que serán reconocidos en el día de la salvación, por lo que arranquen de raíz de entre ustedes, disgustos, arrebatos, enojos, gritos, ofensas y toda clase de maldad. Más bien sean buenos y comprensivos unos con otros, perdonándose mutuamente como Dios los perdonó en Cristo” (Efesios 4, 30-32). No olviden nunca que ustedes están transmitiendo un espíritu a otras personas. Oren, oren, para que este espíritu sea el Espíritu de Dios, para que sea una buena influencia.

No nos olvidemos pues de orar para que el Espíritu Santo reine supremo. Oremos para que la Iglesia

Oriental ponga fin al cisma y vuelva a unirse al vicario de Cristo en la tierra, a nuestro Santo Padre, el Papa. Cuántas bendiciones recibiría el mundo si los fragmentos rebeldes del cristianismo se sometieran a la Iglesia de Cristo y dejaran que el Espíritu Santo dominara sus vidas.



Fiesta de la Ascensión / Engendrar un espíritu misionero

Borrador original de la Constitución de las Hermanas Trinitarias, alrededor del 1930, MF 2537.

Que las Siervas Misioneras recuerden constantemente que al fomentar y animar vocaciones le rinden un acto de obediencia muy agradable a Dios. Por lo tanto, rezarán con ahínco para que le sea dada a la buena y generosa juventud católica . . . la gracia de ofrecerse ella misma para el sacerdocio . . . o para la vida religiosa, como Hermanos . . . o como Hermanas . . .

Las Siervas Misioneras recordarán siempre, antes de cualquier otra cosa, que son misioneras . . . no importa cuáles sean sus obligaciones o sus circunstancias. Este pensamiento las inspirará a tener un amor más grande y una mayor apreciación de su santa vocación . . . Las inspirará a multiplicar actos de adoración y de acción de gracias al Dios Trino por haberlas llamado a servir a la doctrina fundacional del cristianismo y de la verdad más grande que jamás Dios haya enseñado a la (raza humana) . . . La Iglesia estará siempre en primer lugar.

Animadas de tales sentimientos, las Siervas Misioneras nunca dejarán pasar una oportunidad de desarrollar un espíritu misionero. Estimarán tal espíritu como una necesidad en la formación y en la preservación de las buenas obras. Por lo tanto, rogarán al Espíritu Santo que las colme de ese espíritu y le suplicarán que, en su bondadoso amor para con ellas, las haga portadoras de ese espíritu a los demás. El pensamiento misionero, la idea misionera y la acción misionera deben prevalecer en nuestros Cenáculos Misioneros, los cuales son honrados y bendecidos por esa palabra que los distingue, “Misionero.” Esta palabra debe estar vibrando siempre . . . a cada momento, en todos los lugares y, en todas las circunstancias, el pensamiento de lo misionero debe . . . acompañarlas.

Las Siervas Misioneras deben estar repletas del fuego santo para que lo puedan comunicar a todos aquellos con quienes tienen algún contacto. Su deseo y su oración deben ser que esas (personas) se conviertan en un poder para el bien. Para dar impulso a ese celo, reconozcan que la ayuda más grande . . . que una Sierva Misionera puede ofrecer (a la Iglesia) es formar apóstoles laicos entrenados en lo espiritual. Se esforzarán por concretizar el poder de los fieles para hacer el bien. Tratarán de inculcar prudentemente en ellos un espíritu misionero. Para efectuar esto una Sierva Misionera inducirá a los que estén bajo su influencia a que rueguen al Espíritu Santo que les conceda sus dones y sus frutos, especialmente sabiduría y fortaleza y los animará a efectuar con ardor algunas obras de caridad. Para que esto produzca frutos mayores, una Sierva Misionera se esforzará por organizar a estos jóvenes, (hombres) y mujeres llenos de buena voluntad, entrenándolos en el Cenáculo Misionero mediante las prácticas y animándolos a que sean celosos en la lucha para que se alabe el nombre de Dios, para que su reino venga y para que se haga su santa voluntad.



Viernes después de la Ascensión / Comienzo de la novena de Pentecostés

*Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 28 de abril de 1921,
MF 642-43.*

La fiesta santa de Pentecostés ya deja caer su sombra bendita a nuestro alrededor. Es mi más ardiente deseo y es mi oración que la novena que se aproxima nos suministre infinidad de gracias en todos los Cenáculos e inunde las almas de ustedes con los dones y los frutos del Espíritu Santo, “Son las cosas buenas y los dones perfectos los que proceden de lo alto y descienden del Padre que es luz” (Santiago 1, 17). La medida de las gracias que recibimos será en la medida de nuestras disposiciones.

Todo es don de Dios. El aire que respiramos, cada paso que tomamos, cada latido del corazón, cada gota de sangre que derramamos, nuestra vista, nuestro oído, el alimento que comemos, todo lo que poseemos, todo lo que sentimos y percibimos son dones del Espíritu Santo, pero sólo en el orden natural. Hay otros dones.

El mejor don, y todo don perfecto que viene del Padre de las luces es un don sobrenatural.

Estos dones están por encima de los dones de la naturaleza, mucho más allá de lo que está el cielo sobre la tierra. No existe forma conocida por los hombres mediante la cual podamos empezar a medir estos dones sobrenaturales. Los reunimos en grupos: fe, esperanza y caridad, dones de devoción y dones sacramentales, virtudes y méritos celestiales. Todo esto lo incluimos cuando hablamos de los dones del Espíritu Santo. Nos servirá un poco conocer nuestros deberes. Voy a dirigir su atención devota hacia uno de estos dones, el don de fortaleza. Este don sobresale entre todos los dones. Es, sin duda, el rey de los dones; podemos afirmar que es el don más necesario entre todos.

Puede que poseamos el don del conocimiento, puede que tengamos el don del entendimiento y, más aún, el don regio de la sabiduría, de la prudencia, pero si no tenemos el don de la fortaleza seremos desleales a la gracia y a las luces del Espíritu Santo. Nos servirá de poco conocer nuestros deberes y no hacerlos, ser sabios en las cosas de Dios y no hacer su santa voluntad. Con frecuencia, cumplir con la voluntad de Dios requiere mucha valentía, fortaleza. Debemos rogarle al Espíritu de Dios que nos conceda fortaleza hasta siete veces al día, y si aún así fracasamos, entonces setenta veces al día. Debemos decir: “Dulce Espíritu Santo, concédeme el don de la fortaleza.”

Que la dulce Reina del Cenáculo, la que dirigió, acompañó e instruyó a los Discípulos del Cenáculo y los preparó para la venida del Paráclito, nos ayude de una manera especial, sugiriéndonos pensamientos buenos, complaciendo al cielo en nombre nuestro, orando por nosotros. Los entrego a ustedes, miembros del Cenáculo, de manera especial, a su amoroso cuidado durante esta novena.

Que ella mantenga el recuerdo de aquella primera novena en espera del Paráclito y que su corazón sea tocado por los apóstoles de hoy, los Siervos Misioneros de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Que ella muestre piedad por aquellas almas que han de conocer a la Santísima Trinidad a través de ustedes. Que según ella aplastó a la serpiente, aleje de ustedes los espíritus malignos. Que ella logre, mediante su esposo, el Espíritu Santo, encender en sus almas el espíritu del Cenáculo.



Sábado después de la Ascensión: segundo día de la novena de Pentecostés / Amor a Dios y al prójimo

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 28 de abril de 1921, MF 642-43.

Voy a señalarles también (durante esta bendita novena) un fruto particular del Espíritu Santo, la caridad. La caridad es el amor a Dios, el amor a nuestro prójimo. El amor a Dios nos exige que hagamos mucho por Él. Nos pide, ante todo, que le conozcamos . . . que le sirvamos.

La primera convicción verdadera de la razón, la regla más segura de vida, es que ordenemos todas las cosas de acuerdo al objetivo de nuestro ser. Sabemos lo que eso significa. Por lo tanto, nuestra lucha continua, nuestra búsqueda sin tregua debe ser, descubrir ese camino y vivir de tal manera que podamos conocer mejor, amar y servir a Dios.

Se nos presentan inmediatamente motivos para dar gracias. En primer lugar, cuán favorecidos somos entre los hombres como hijos de la Iglesia. Piensa en los millones de personas ciegas que se dejan deslumbrar por los placeres de la vida, por la sed de tesoros mundanos, por ambiciones materiales, aquellos que escasamente piensan alguna vez en la razón por la cual fueron creados, cuyos pensamientos sólo habitan el presente y cuya ambición sólo descansa en buscar lo que es mundano y temporal. Que esta verdad los llene a ustedes de gozo y de acción de gracias, que empape sus almas. Permitan que su fe y su religión les instruyan en lo que es su destino, en el propósito de su origen.

Pero si al creyente ordinario le corresponde estar tan satisfecho en la posesión de este conocimiento, nosotros, los del Cenáculo, cuya regla de vida, cuyos deberes diarios nos comprometen con más énfasis al apego y devoción a esta verdad — a conocer a Dios, a amar a Dios, a servir a Dios . . . este conocimiento debe entonces, abrumarnos.

Midan su vocación. No podrán medirla, pero intenten evaluarla contra la felicidad eterna, contra una recompensa eterna. ¡Qué generosidad divina y magnificencia espléndida es la recompensa que Dios le otorga a los que lo dejan todo por Él! ¿Puedo desearles a ustedes bendición mayor? ¿Pueden ustedes alcanzar una felicidad más grande?

El poseer la virtud de la caridad les ha de ayudar

mucho a entender todo esto. ¡Con cuánto ardor, pues, ruego al Espíritu Santo que nos inflame cada vez más en esta santa virtud, el amor a Dios! El amor a Dios hace que todas las cosas sean fáciles. Si fallan en ese camino, la razón no es que no hayan recibido gracia, o que no fueran llamados, o que no se les exhortara, sino que no correspondieron a las llamadas amorosas del Espíritu Santo.

Oren, pues, oren mucho, oren con frecuencia durante esta novena para que reciban una abundancia de este fruto bendito de la caridad santa. Si verdaderamente aman a Dios, con toda seguridad amarán al prójimo. El amor a Dios hará que la carga sea fácil de llevar. No hay oración que pueda agradar más al cielo que la oración de un corazón que ruega que se le conceda la caridad.



Lunes después de la Ascensión: cuarto día de la novena de Pentecostés / Preparación para Pentecostés

Conferencia a los Siervos Misioneros, 11 de mayo de 1922, MF 10702-03.

Estoy tratando de inculcar en ustedes la necesidad de no dejar que este gran día de Pentecostés les sorprenda sin que se hayan preparado. Estoy ansioso, en primer lugar, por la Iglesia, pues tengo este pensamiento — que debe estar también en el corazón de todo católico, y sobre todo, en el corazón de todo sacerdote — que el día de Pentecostés el Espíritu Santo ha de bendecir la Iglesia de manera extraordinaria.

Piensen y piensen con tristeza, en lo generalizada que se encuentra la maldad. Piensen en cómo se ha extendido la malicia del hombre, piensen en lo virulenta que es la acción de los enemigos de la Iglesia de hoy. Piensen en cuán furiosamente las puertas del infierno arremeten contra la Iglesia. ¡Sí, debemos pedir y volver a pedir al Espíritu Santo que glorifique a la Iglesia y que ella pueda triunfar sobre sus enemigos!

Estoy pensando en la (Familia) del Cenáculo. Estoy ansioso por que el Espíritu Santo haga mucho en el Cenáculo el año próximo. El Cenáculo . . . se extiende, el trabajo se incrementa. Nuestros problemas crecen y necesitamos mucho la ayuda del Espíritu de Dios. Bien

sabemos que el Espíritu Santo nos acompaña . . . ¿Qué nos importa los que estén en contra? ¿Por qué hemos de temer las maquinaciones del espíritu del mal si el Espíritu de Dios está a nuestro favor?

Sabemos además, que si los Cenáculos individuales . . . están siendo favorecidos por el Espíritu Santo, todo el cuerpo, todos los Cenáculos serán favorecidos si cada uno de los miembros está completamente en posesión del Espíritu de Dios. Ustedes saben que mi preocupación es por ustedes, por todos y cada uno de ustedes individualmente y por sus Hermanos y Hermanas individualmente, que ustedes reciban plenamente la gracia abundante en la Iglesia, en otras palabras, que ustedes atraigan al Espíritu de Dios, que no le agravien en nada y, de esto llevarse a cabo, entonces todo estará en orden y la gracia de Dios estará en todo el Cenáculo.

¿Cómo ha de consumarse esta realidad bendita? Es cuestión de preparación. Todos hemos cobrado conciencia de ello. ¿Qué es lo que vamos a hacer para estar preparados para el domingo de Pentecostés? ¿Qué podemos hacer para atraer al Espíritu Santo? Entiéndanlo, debemos situarnos a nivel personal en este asunto. Por lo tanto, debe haber reflexión, debe haber introspección, y debemos escudriñar nuestros corazones.

Debido a lo anterior, voy a ser dolorosamente personal. A todos y cada uno de ustedes les hago esta pregunta: ¿Hasta dónde estás tú bajo la influencia del Espíritu Santo? O, ¿hasta dónde estás tú bajo la influencia del espíritu del mal? Esta es una pregunta ignorada casi por completo por la gente, inclusive los más devotos.



Martes después de la Ascensión: quinto día de la novena de Pentecostés / Práctica: Devoción al Espíritu Santo

1. Carta a Amy Kain, Maysville, Kentucky, domingo de la Trinidad, hacia 1926, MF 10413. 2. Conferencia a los miembros del Apostolado del Cenáculo Misionero, 17 de abril de 1921, MF 8669. 3. Conferencia de apertura, retiro a los Siervos Misioneros, 21 de agosto de 1930, MF 8686-88.

Se nos pide que hagamos mucho para difundir la devoción al Dios Trino y, en forma especial, a la persona invisible, la tercera persona de la Bendita y Adorable

Trinidad. La devoción al Espíritu Santo que es pronunciada y particular, es sencillamente una gracia y parece ser una gracia no muy común . . . una gracia no convencional. Me viene el pensamiento que si ustedes oran más por adquirir esta gracia y hacen todo lo que puedan para desarrollarla, el Dios Trino los utilizará para propagar el conocimiento del dulce y adorable Espíritu de Dios. ¡Qué triste es pensar que son tan pocos los que le sirven o los que están interesados! Cuán pocos son los que les importan o les interesan sus gracias y sus frutos. Son muchas las cosas que pueden hacer . . . Consideren, por ejemplo, todos los buenos y sagrados fines de la Liga del Espíritu Santo.

1. Promover la devoción al Espíritu Santo.
2. Fomentar vocaciones para la vida sacerdotal y la vida religiosa.
3. Propagar la fe y convertir a los pecadores.
4. Hacer trabajo misionero, especialmente en el Sur (1).

¿Por qué el Espíritu Santo es tan poco conocido? Es porque el Espíritu Santo no es el guía del consejo de los hombres ni tampoco timonea sus corazones. ¿Por qué hay tanto conflicto? No maldigas o clames contra éste o aquél; contra este político o el otro. Abunda tanta maldad porque el espíritu maligno está activo y el espíritu maligno está activo porque muchos han desterrado al Espíritu del bien. Nuestra vocación es atraer el Espíritu Santo. Nuestra vocación es llevar el Espíritu al corazón de los (hombres) (2).

¿No profesamos el espíritu apostólico? ¿No nos atrae el espíritu de los Apóstoles? Quizás desde lejos. Quizás seguimos los pasos de los Apóstoles de una manera imperfecta. ¿Hemos llegado aquí y quién nos ha traído, si no es el mismo Espíritu que llevó a Jesús al desierto? “Nadie”, dice el Apóstol, “puede decir, Jesús es el Señor si no está guiado por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12, 3). ¿Por qué nos encontramos aquí? ¿Cómo, pues, estamos aquí si no es por obra del Espíritu Santo? Según avanza el año surgen problemas y es necesario contar con las bendiciones de Dios. Esto sólo lo hemos de obtener en el Espíritu de Dios. Reconoce esto como una verdad fundamental, estás aquí por obra del Espíritu Santo. Hemos sido elevados en una forma tan maravillosa como lo fue Habacuc, sino por los cabellos, por lo menos atraídos . . . a la soledad. El mismo Espíritu que encontró a Jesús en el desierto es la causa eficaz de que nos encontremos nosotros aquí. Yo puedo dar mis razones para no estar aquí y creo que ustedes también lo pueden hacer. Podemos decir, “Señor, aquí estamos”— para que

podamos atraer al Espíritu de Dios, para que se escuche nuestro *Veni Sancte Spiritus*, para enternecer las almas, para que alcance hasta el cielo. Que el Espíritu venga a nosotros. Incitemos en nosotros la devoción al Espíritu Santo (3).



Miércoles después de la Ascensión: sexto día de la novena de Pentecostés / El espíritu de oración

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo Misionero, 17 de mayo de 1912, MF 8584.

Tengan presente la obra para la cual Dios los ha llamado. Es una obra sobrenatural; ustedes deben convertirse en (hombres y) mujeres sobrenaturales y, por consiguiente, en hombres y mujeres de oración y de caridad. Cuando le pido a Dios que les haga (hombres y mujeres) de oración le ruego que derrame toda clase de bendiciones sobre ustedes porque es a través de la oración que Dios se decide a bendecirnos.

Hace mucho tiempo el profeta Zacarías anunció: “Dispondré el ánimo de los descendientes de David y de los habitantes de Jerusalén para que vuelvan a mí con amor y confianza” (Zacarías 12, 10) lo que significa que Dios ha otorgado uno de sus grandes favores a la Iglesia. Esta promesa comenzó a realizarse cuando la Virgen Santísima, en compañía de los Apóstoles y los discípulos del Cenáculo, esperaban, después de la resurrección de nuestro Señor, en oración ininterrumpida, la venida del Espíritu Santo. La promesa se llevó a cabo en su plenitud el domingo de Pentecostés cuando el Espíritu Santo descendió del cielo.

Hay dos propiedades que se le atribuyen al Espíritu Santo: el espíritu de gracia y el espíritu de oración. Él es la gracia substancial que une al Padre y al Hijo en la Santísima Trinidad. Él es el Maestro y el Dador de todas las gracias, las cuales derrama sobre las almas cuando eso se justifica y las dota de las virtudes infusas, de gracias y de dones. Él es el espíritu de oración porque, sobre todo, nos atrae a la oración como a uno de los ejercicios más indispensables de la vida cristiana.

La Iglesia le ha dado, desde el principio y bajo su influencia, mucha importancia a la oración, reconociendo que es una condición impuesta por Dios para impartir la mayor parte de sus gracias, de manera que, aparte de las

primeras gracias, tales como la creación y la fe, (las primeras gracias que de ordinario Él concede espontáneamente y sin esperar a que se le pidan) hay otras que no ha de conceder sino es a través de la oración . . . Él somete todos los designios de su providencia a esta ley de la oración, inclusive la promesa del Redentor, que era gratuita, aun cuando no tenía por qué hacerlo. Esto lo llevó a cabo después de la espera, las oraciones y los suspiros de su pueblo que Él mismo había incitado en él.

Fue Él quien hizo que la Santísima Virgen se conmoviera de tal manera que exclamara en oración: “Hágase en mí según tu palabra” (Lucas 1, 38) y quien preparó la conversión de los gentiles a la Iglesia a través de las oraciones de su amado Hijo. Nuestro Señor se sometió a la ley de la oración pasando noches enteras en oración al escoger a los Apóstoles. A su vez, Él nos insta a orar: “La cosecha es grande y son pocos los obreros. Por eso rueguen al dueño de la siembra que mande obreros para recoger la cosecha” (Mateo 9, 37-38).

Oró por demás durante su pasión, como dice San Pablo, con lágrimas y un gran lamento (Hebreos 5, 7). Por medio de Santiago nos insta: “Oren los unos por los otros para que sean salvados. La oración continua de un hombre justo es de mucho beneficio” (Santiago 5, 16).



Jueves después de la Ascensión: séptimo día de la novena de Pentecostés / La Gracia

Conferencia a los Siervos Misioneros, 11 de mayo de 1922, MF 10701.

Esta es la época del triunfo, la temporada de Pascua. Estos son los días de los *Alehyas*. En todo tiempo, desde luego, la gracia abunda en la Iglesia, pero hay épocas en las cuales parece que la gracia abunda más. De hecho un diluvio de gracias llueve en estos momentos y la pena es que son tan pocos los que se preocupan por aprovecharse de las ventajas de la bondad de Dios tan abundante y gentil. No hay duda de que ésta es una de las razones por la cual existe tanto sufrimiento y lamentación.

Bien saben ustedes que se trata de dos órdenes: el

orden natural y el orden de la gracia. La gracia es un don, un don maravilloso, un don sobrenatural. Utilicen la lógica y contrasten la diferencia entre estos dos órdenes. Fíjense bien en la lucha que sostiene la humanidad por obtener las cosas materiales de la vida. El día de trabajo termina, las personas regresan a sus hogares. Ha sido un día fuerte, la tarea ha sido dura, las energías de los que trabajan se han agotado en atender la gente, en el ir y venir de la muchedumbre y, ¿para qué ha sido todo esto? Por un bocado del pan nuestro de cada día, por un poco de la abundancia de este mundo, por una bagatela, por una ración insignificante en la lucha horrenda por la existencia.

Qué alivio sienten las personas si han tenido éxito desde el punto de vista del mundo, pero qué poco duraría su gozo si se dieran cuenta que cuando todo se ha dicho y se ha hecho, el único tesoro que les queda es aquél “que la polilla y el moho destruyen y el cual los ladrones asaltan y roban” (Mateo 6, 19-20). Hay otro tesoro, un tesoro que no resiste mensura humana que “ni el moho ni la polilla consumen, y en donde los ladrones no entran ni roban.” Esa es la gracia de Dios.

Si queremos hacernos dueños de esa gracia abundante que circula en la Iglesia, debemos, ante todo, tener gran estima por esta bendición. Acerquémonos muy al nivel personal en este asunto y preguntémosnos qué es lo que en realidad pensamos con relación a la gracia de Dios. ¿Hay algo que antepone a la gracia de Dios? Para poseerla, ¿Hay algo que ansiamos más que este deseo ardiente? Para conservarla, ¿Tenemos alguna preocupación o apuro con el cual pueda compararse? ¿Tenemos algún deseo o esperanza que no sea el aumentarla? Si es así, andamos mal y estamos, más o menos, bajo la influencia del espíritu maligno.

Entre todas las criaturas de Dios, nosotros hemos recibido la luz de forma muy particular mediante esta gran caridad de Dios. Consideren ahora cómo se nos ha confiado el conocimiento de los misterios de Dios y se nos ha entrenado en las obras de su gracia. Consideren más aún, cuán esclarecidos estamos en la profunda e íntima introducción que hemos tenido en los misterios de la Santísima Trinidad, en la devoción que practicamos al misterio de la Encarnación. Debe haber, como consecuencia, y en proporción a cómo hemos sido favorecidos por sobre todos los demás, un hambre y una sed por las gracias de Dios.

Ningún avaro debe sentir más avaricia por los bienes de este mundo que la que nosotros debemos sentir por los tesoros sobrenaturales. El poseer la gracia de

Dios debe ser una pasión en nosotros.



Viernes antes de Pentecostés: octavo día de la novena de Pentecostés / El poder del espíritu maligno

Conferencia a los Siervos Misioneros, 11 de mayo de 1922, MF 10701-04.

Hago esta pregunta a todos y cada uno: ¿Hasta dónde se encuentran ustedes bajo la influencia del Espíritu Santo? O, ¿Hasta dónde están ustedes bajo la influencia del espíritu maligno? Esta es una pregunta que la gente no se hace, inclusive los más devotos. Es una pena que no se tema más al demonio.

El jueves santo pasado me causo gran impresión, me horroricé al darme cuenta de su poder. Ese día fue un privilegio para mí celebrar el santo sacrificio de la Misa y, al leer el Santo Evangelio, me sobrecogió el horror cuando se clavaron en mí las palabras que, desde el santo libro, enlazaban el nombre adorable de Jesús con el de Judas Iscariote. Si hay un nombre que nos repugna es el nombre del traidor, y si hay un día en el cual no queremos tener ese nombre en nuestras mentes, es el día de la Eucaristía, el jueves santo. Esta es la palabra que encontré en el Evangelio: “Ya el demonio había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregar a Jesús” (Juan 13, 2).

El diablo puso este pensamiento en el corazón de Judas. Piensen en el poder del espíritu del mal. Tenemos aquí a un hombre que había participado en la escuela de Jesús, que había sido entrenado por el Señor durante tres años, uno de los hombres destinado a ocupar uno de los sitios más destacados en la Iglesia, sin embargo, el espíritu maligno causó su ruina. La Sagrada Escritura dice que el diablo puso algo en el corazón de Judas y ese algo encontró aprobación y, de ser un Apóstol fiel, se convirtió en el traidor por excelencia, siendo su nombre reprobado desde entonces en todo el mundo.

Piensen — si esto podía ocurrirle a un Apóstol, tenemos muy buenas razones para dudar de nosotros mismos, para analizar nuestras propias motivaciones, lo que impulsa lo que hacemos, los motivos para profundizar en nuestros pensamientos, en nuestras palabras, en nuestras acciones, para descubrir cuánto el

diablo ha tenido que ver en ellas y para asegurarnos que él no está depositando nada en nuestros corazones . . .

Quiero transmitir a ustedes un temor grande y saludable a los poderes del demonio, no sea que vayan a sufrir daños espirituales mediante alguno de sus engaños. Cuando . . . hayan adquirido experiencia examinando sus impulsos, reformando sus motivaciones, purificando sus intenciones y dejando que los que Dios ha puesto sobre ustedes pasen juicio sobre sus pensamientos, sus esfuerzos y sus emociones, pueden entonces estar seguros de que están actuando bajo los impulsos del Espíritu Santo.

Por lo tanto, mis queridos hijos, les aconsejo que no actúen en nada de importancia mayor, en nada fuera de lo ordinario, siguiendo su propio juicio ciego, en nada, por ejemplo, que tenga que ver con su bien espiritual, no sea que más tarde descubran que el espíritu del mal se ha aprovechado de sentimientos, de algunas emociones humanas, o de algún tipo de engaño para atraparlos o para hacer de ustedes un instrumento en algunas de sus obras más horribles o para ganar algún poder sobre sus almas.



Sábado, vigilia de Pentecostés último día de la novena / Pureza en nuestros pensamientos y en nuestras intenciones

Conferencia a los Siervos Misioneros, 11 de mayo de 1922, MF 10703-05.

Entre todas las ocupaciones, una de las más provechosas es apartarse silenciosamente de la muchedumbre y estudiar, dentro de un silencio devoto, la situación de nuestra alma. Si sólo tomamos los pensamientos que tenemos, las palabras que pronunciamos, las cosas que hacemos y las trazamos a su origen, puede que, en medio de éstas, encontremos una gran cantidad de basura, de cosas inútiles, de imperfecciones e, inclusive, de cosas pecaminosas.

Puede que descubramos que, en muchos casos, nuestras motivaciones están erradas y que, aún cuando no hayamos llegado a cometer pecados, la naturaleza humana comienza a despuntarse. Si es así, nos hemos privado de la gracia, hemos perdido méritos, pues ustedes saben que un manantial no puede elevarse por

encima de la fuente de dónde mana, y si la fuente de nuestras acciones es la fuente humana o la fuente de la naturaleza, entonces nuestros méritos pertenecerán sólo al orden natural. Una motivación natural no puede producir recompensa sobrenatural.

Entiéndanlo bien, me refiero ahora a la preparación para Pentecostés. Estoy tratando de ubicar las motivaciones de ustedes de manera que puedan actuar para con Dios con pureza de intención. Para proveer luz sobre esta doctrina, permítanme hablarles de las cosas del momento. Nos hemos reunido aquí esta noche con un propósito, discutir el asunto que le interesa al Obispo y que él espera llegue a ser una obra abarcadora. Ustedes saben que esto puede convertirse, para nosotros, en algo peligrosamente humano. En primer lugar, representa un alto grado de aceptación de parte del obispo. Su aprobación es halagüeña y atractiva.

Justamente ahora, el sobrepasarnos un poco a lo humano, el ir más allá de lo que podemos, puede hacernos cometer un desliz estúpido. Vamos a suponer, por ejemplo, que esta es la idea que nos impulsa, que esta amable invitación y esta oferta del obispo es una justificación, un rechazo a los que no son amigos nuestros, que ésta es, pues, una oportunidad de confundir, de desorientar a algunos, o que es ocasión de poner de manifiesto la obra del Cenáculo para que ciertas personas se impresionen, haciéndolas sentir mal. Todo esto es humano, y sin embargo puede convertirse en un pretexto, puede que hasta lo justifiquemos. Puede que digamos que Dios ha hecho esto para que podamos confundir a ciertas personas. O la inclinación natural puede verlo de diferente forma. El amor propio nos puede sugerir este pensamiento: “Aquí estamos; nos han llamado a entrar en acción. No debemos fracasar, debemos probar ante el obispo que vamos a tener éxito. Debemos al Cenáculo el honor de triunfar. Ahora tenemos que utilizar todos los medios para salir bien.”

Todo esto es tonta sabiduría humana. ¿Dónde está lo divino en esto? ¿Dónde está lo sobrenatural? Dios no bendice tales pensamientos. Habría una falta de sencillez en toda esta forma artificiosa de pensar y ¿dónde se encontraría la pureza de intención? Pueden ver, pues, mis queridos hijos, el cuidado que hay que tener y, que hay que estar alerta a nuestras inspiraciones, a nuestros impulsos y a todos esos pensamientos misteriosos que surgen de pronto y que son responsables de nuestras acciones, no sea que se deban a la influencia del espíritu del mal; cerciorarnos si son meramente humanos o no lo son. Esto es en extremo necesario.

Esto es algo en lo cual ustedes necesitan ayuda y dirección, pues en esto hay problemas que ustedes no pueden resolver solos. Ustedes no pueden ser jueces de sus propias acciones . . .

Oren mucho a Dios para que nos proteja del poder del espíritu maligno. A ese fin hagan uso frecuente y piadoso del agua bendita.



Lunes: décima semana del tiempo ordinario / El Espíritu Santo y la Iglesia

Conferencia a la Familia del Cenáculo en la reunión de Pentecostés, 1928, MF 8506.

Nuestra Santa Madre Iglesia está muy contenta hoy. Se regocija y tiene una oración, muchas oraciones, pero hay una que late y vibra a través de toda la liturgia: “O, Dios, fortalece, confirma, establece más y más aquello que has efectuado en nosotros.” Ay, esa es una gran oración, de hecho el Espíritu Santo enseñó esa oración a la Iglesia. El Espíritu Santo se mantiene en vigilia, el Espíritu Santo es muy activo, el Espíritu Santo es solícito, muy cuidadoso de que no se pierda ni un átomo de todo lo que el buen Jesús hizo por nuestras almas, y así pues, ilumina a la Iglesia para que ore diciendo: “O, Dios, que aquello que Tú has efectuado sea fortalecido, confirmado, asegurado.”

¡Qué mucho el Espíritu Santo ha obrado en ustedes, en todos nosotros, y cuánto está obrando en la santa madre Iglesia! ¿Sabes que ésta es una de las fiestas más grandes del año? La fiesta de Pentecostés es una de las festividades más alegres de la Iglesia . . . Este es el día en que la Iglesia salió del Cenáculo. Éste es el día en que la Iglesia procedió hacia adelante, iluminada, inspirada y fortalecida por el Espíritu Santo para conquistar el mundo para Cristo. La Iglesia recuerda este día con gozo.

¿Hacia dónde nos lleva la Iglesia hoy? Nos lleva otra vez a Jerusalén. Ella nos transporta al Cenáculo y nos muestra lo que está sucediendo allí. Nos señala a la Reina de los Apóstoles, nuestra Señora de la Luz. Ella glorifica a María Inmaculada como la esposa, la esposa Inmaculada del Espíritu Santo. Ella nos muestra a los Apóstoles, a aquellos Discípulos, conquistadores del mundo y después nos muestra la acción visible del Espíritu Santo. ¡O, es hoy que escuchamos el viento

poderoso, es hoy que vemos las lenguas de fuego! Vemos hoy gente de todas las tribus y de todas las clases que hay bajo el cielo reunidas juntas ese primer domingo de Pentecostés. Nosotros estamos presentes allí al completarse la primera novena del Espíritu Santo, nos guía la misma Madre de Dios. Todo esto nos dice y nos muestra hoy la Iglesia.

Piensen en lo que se ha forjado y lo que se está forjando en la Iglesia. Después de todo, ¿cuál es el secreto de la longevidad de la Iglesia, de su larga vida? ¿Por qué su vida se ha extendido tanto y cuál es el secreto de su juventud perenne? Es el Espíritu Santo. ¿Cuál es el secreto del progreso irresistible, invencible de la Iglesia? Es el Espíritu Santo. Leemos asombrados su historia. La contemplamos tomando esta posición después la otra. La observamos en la batalla, la estudiamos en la paz, esta madre de los siglos. Su secreto es el Espíritu Santo que la anima, la vivifica, la ilumina, la fortalece, la confirma, la cuida. No es nada asombroso que la Iglesia ame al Espíritu Santo . . . ¡O, esta esposa de Cristo, casta, hermosa, sin mancha, inmaculada! ¿Cuál es el secreto de su belleza, de su encanto, de su juventud, de su gracia y de esos años de sabiduría? Es el Espíritu Santo. ¿Por qué las puertas del infierno no pueden prevalecer contra ella? ¿Por qué es que esos hombres tontos, esos príncipes del pueblo se levantan en vano contra Cristo y su Iglesia?

El Espíritu Santo está allí para defender y conquistar para la Iglesia. ¿Por qué es que la Iglesia tiene que seguir adelante y nunca habrá de fracasar? Es sencillamente, porque el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia . . .

[N.B. Se reanuda aquí el tiempo ordinario interrumpido el Miércoles de Ceniza.]



Martes: décima semana del tiempo ordinario / Práctica: La relación con Dios y con el hombre

Carta a la Hermana Isolina Ferré, M.S.B.T., 14 de julio de 1933, MF 10774.

Dios es el gran diseñador. Mira a tu alrededor, lee, infórmate sobre los designios que lleva a cabo en los cielos, en los mares, en la tierra. ¡Qué movimiento exhiben! ¡Qué diseño, qué plan el de su universo! Sería

un excitante y placentero ejercicio para los amigos de este infinito ser de belleza, bondad y poder, discutir cuál de sus designios le gusta más o cuál es el más hermoso. La opinión, sin duda alguna, variará de acuerdo al que la ofrece, pero de seguro que han de estar de acuerdo en esto, que en nada, ni en ninguna parte se muestra este diseñador todopoderoso más maravilloso que en la disposición de la divina providencia y en el plan de vida de cada una de sus criaturas creadas a su imagen y semejanza.

Aplica esto a tu realidad, mi amada hija. El Todopoderoso Diseñador tiene un plan de vida para ti y en cada uno de los días de tu misteriosa providencia, ésta entreteje todo esto en una obra de belleza incomparable, para su honor y gloria, para tu éxtasis eterno y para el bien de tu prójimo. Esto lo puedes ver en los otros. Los otros lo ven en ti. Lo puedes ver en los siervos de Dios y ellos te ven a ti entretejida en un diseño exquisitamente celestial, divino.

Pero, en esto surgen preocupaciones. ¿Puede algo o alguien interferir o dañar el diseño? Hay peligro de interferencia, de gran ruina y este peligro proviene, sobretodo, de nosotros mismos. Nos impacientamos con los caminos de Dios. Nuestros deseos caprichosos y nuestra ansiedad intranquila murmuran ante las restricciones necesarias que el modelador divino impone y, perversa e inclusive alocadamente a veces, deseamos otro diseño, un diseño que sea nuestro. Qué pena si nuestra perversidad prevalece. Te das cuenta pues, del valor de ser pacientes. Qué bella doctrina nos proveyó el divino Señor, qué gozo secreto al enseñarnos, “A cada día le bastan sus problemas” (Mateo 6, 34).

El tema del maravilloso diseño de tu vida se está empezando a vislumbrar. Es abrumadoramente hermoso. Hace que uno se asombre. Me pregunto si tú misma puedes percibirlo. Date cuenta de que hay una hermosa providencia que está trabajando en tu vida. Puedes empezar a seguir la huella, agarrada de la mano del artista divino.



Miércoles: décima semana del tiempo ordinario / Una devoción agradecida al Espíritu Santo

Conferencia a la Familia del Cenáculo, reunión de Pentecostés, 1928,

MF 8507.

El Espíritu Santo obra en ustedes y por lo tanto el gozo de la Iglesia hoy es una alegría que es personal para nosotros. El Espíritu Santo ha tomado posesión de ustedes. Han sido marcados, dirigidos contratados y sellados para el Espíritu Santo. Ustedes le pertenecen. Y, ¡O, ese mérito maravilloso que el Señor obtuvo al derramar su Sangre, el Espíritu Santo se lo aplica a sus almas! Y en las palabras de San Pablo: “Cuanto más su sangre purificará nuestra conciencia de las obras de muerte para que sirvamos al Dios vivo” (Hebreos 9, 14).

¡Piensen en la acción que la recepción de los Sacramentos produce en las almas de ustedes! ¿Y cuál es el mayor encanto de sus cuerpos, o cuál es la gloria suprema de sus almas? Sus cuerpos son templos del Espíritu Santo, verdaderamente templos del Espíritu Santo. Ustedes saben que el Espíritu Santo obra no sólo en sus almas sino también en sus cuerpos. Él está celoso del cuerpo de ustedes. ¿O, qué es lo que le brinda luz a sus ojos, lo que hace que el nervio óptico funcione? Es el Espíritu Santo. ¿Quién les concede salud, gracia y encantos, quién lo ha moldeado tan exquisitamente y ha depositado el color de rosa en sus mejillas? Es el Espíritu Santo. ¿Quieren sentirse bien? Oren al Padre de las luces, oren al Espíritu Santo de quien procede todo don bueno y apropiado.

El Espíritu Santo obra particularmente en sus almas, pues, después de todo, el cuerpo sólo se siente feliz, sólo es favorecido por su asociación con el alma, su unión personal con el alma. Y sin embargo, qué poco honor rendimos al Espíritu Santo. Ay, verdaderamente puede decirse que el Espíritu Santo es el Dios desconocido. Aún para nosotros, quienes hemos sido iluminados, sigue siendo, con frecuencia, el Dios escondido, el Dios olvidado.

Qué pocos son, cuán verdaderamente pocos son los que tienen una devoción real, una devoción especial, una devoción pronunciada al Espíritu Santo. Y, Ay, qué tristeza, o, qué gran tristeza — cuántos piensan hoy muy poco, o no piensan nada sobre el misterio de Pentecostés o su significado . . . Si ustedes preguntan a las personas acerca de (Pentecostés), si se pudiera preguntar a la gente sobre (Pentecostés) y constatar lo que piensan, se quedarían ustedes asombrados al percatarse de la poca gente que ha hecho un acto de fe en el misterio de Pentecostés.

Voy ahora a situarme a nivel muy personal con

ustedes. Quisiera saber cuántos de ustedes hicieron un acto de fe en la tercera persona de la Santísima Trinidad (el día de Pentecostés). Les diré lo que debieron haber hecho. Tan pronto abrieron los ojos (esa) mañana debieron haber pronunciado un acto de fe en Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Debieron haber hecho eso. Perdieron algo. Debieron haber hecho más, debieron haber hecho actos de fe y amor, alabanza y adoración. Debieron haberlo glorificado, debieron haberle ofrecido acción de gracias.

Si tu corazón latía en íntima unión, entendiéndolo, en perfecto ritmo y armonía con los latidos del corazón de la Santa Madre Iglesia, hubieran hecho eso. Hubieran dicho: “Santa Madre, creo todo lo que tú crees porque te enseñó Cristo, fuiste iluminada por su Santo Espíritu. ¿Hicieron eso? Debieron haberlo hecho. Se has privado de algo. Debieron haber glorificado al Espíritu Santo, debieron haberle dado las gracias.



Jueves: décima semana del tiempo ordinario / El espíritu del Cenáculo

Conferencia a la Familia del Cenáculo, reunión de Pentecostés, 31 de mayo de 1924, MF 8477.

En muchas ocasiones nuestro Señor reveló lo que estaba en su divino corazón, lo que agitaba su mente adorable. Nos comunica que vino a encender fuego en la tierra y que era su voluntad que ese fuego se esparciera. Era un deseo que estaba muy cerca de su corazón — crear, desarrollar un espíritu, un espíritu misionero, un espíritu evangélico, un espíritu que ardiera por todo el mundo. No le ponía límites a su mensaje, era válido para todas las gentes, para todos los tiempos, para todos los lugares.

Para proteger este mensaje, para asegurarse de que llegara dónde debía llegar, nuestro Señor enseñó y entretendió en el corazón de sus seguidores su propio y adorable espíritu. Protegió ese espíritu con virtudes evangélicas. Dio mucha importancia al sacrificio. Proclamó que una condición para llegar a ser discípulo era agarrar el madero de la cruz. Prometió las recompensas más extraordinarias a los que se agotaran de cansancio por Él. Se opuso a todas las consignas de la sabiduría humana cuando dijo: “El que procura salvar

su vida la perderá, y el que la pierda por amor a mí la hallará” (Mateo 10, 39), queriendo decir que Él derramaría vida, salud, espíritu y vigor sobre los que se olvidaran de sí mismos por amor a Él, los que se volvieran indiferentes a los dolores del hambre, a los que no les importara las enfermedades; mientras que les quitaría la vida a los que buscaran lo fácil, la comodidad y una vida larga a expensas de los intereses de Dios.

Prometió el ciento por uno como recompensa a los que laboraran, se esforzaran y se afanaran en su nombre, de hecho nuestro Señor impulsó a sus seguidores y a los que siguieran a sus seguidores, la promesa de que brillarían como estrellas por toda la eternidad, (Cf. Daniel 12, 3) y que se convertirían en faros en todas las formas concebibles. Lo mejor de sus ofertas lo prometió a los que enseñaran en su santo nombre. Amontonó maldición sobre maldición sobre los que escandalizaran a un niño y bendición sobre bendición a los que dieran el buen ejemplo.

Nosotros somos los herederos de todas esas promesas . . . La organización que tiene más probabilidades de heredar esas promesas es la de ustedes, la del Cenáculo. Existe un espíritu del Cenáculo, (pero) el espíritu del Cenáculo no es nada más que el espíritu católico. No habrá progreso en los asuntos de la Iglesia, no importa lo generosa que sea la gente, no importa lo que planifiquen los arquitectos de grandes basílicas para embellecer las casas de Dios. Los obispos pueden publicar cartas pastorales, los sínodos puedan reunirse, pero si no hay un espíritu católico, todo carecerá de valor.

El espíritu católico es el fuego que el Señor vino a traer al mundo. Es el fuego del Sagrado Corazón, es celo. El celo es la llama ardiente de la caridad.



Viernes: décima semana del tiempo ordinario / El espíritu del Cenáculo

Conferencia a la Familia del Cenáculo, reunión de Pentecostés, 31 de mayo de 1924, MF 8477.

El Cenáculo Misionero tiene una misión y esa misión tiene muchos matices, pero no hay matiz que sea más hermoso que éste — que ustedes van a hacer lo que les corresponde para conservar el fuego que Jesús vino a traer al mundo, mediante prácticas piadosas fervorosas,

viviendo de acuerdo a las condiciones establecidas por el Cenáculo Misionero, siendo la luz que se ha de colocar en lo alto de la montaña, el rico aroma de Cristo y la sal de la tierra. Si ustedes mantienen vivas las tradiciones del Cenáculo y si celosamente ponen en práctica las lecciones que se les enseña, yo les puedo asegurar que, en forma particular, serán muy del agrado del Sagrado Corazón de nuestro amado Señor y Él los considerará como sus amigos más devotos.

¿No es esto, una distinción gloriosa para nosotros? ¿No representa esto un extraordinario consuelo, pensar que nosotros podemos formar parte del plan mismo del Hijo de Dios? ¡El espíritu católico es hermoso! Qué sombrío sería el mundo sin un espíritu católico, además, ¿qué sería del santuario, de la vida enclaustrada, de la vida católica, si no floreciera el espíritu católico? Su falta, su ausencia, es el principio de la temida decadencia de las obras buenas, la desintegración del catolicismo aquí, en este lugar, en aquel otro, o en cualquier otro. No conozco ninguna edificación que sea más necesaria o más útil o más parecida a Cristo que la conservación y la diseminación del espíritu católico.

Entiéndanlo, me refiero al espíritu del Cenáculo, puesto que cuando hablo del espíritu del Cenáculo me refiero al espíritu católico. Si se les ha entrenado a ustedes para algún propósito o para ser de alguna utilidad ha sido para que demuestren ese espíritu de Cristo, la caridad a través de buenas obras. San Pablo lo dice en esta forma: “La fe que obra a través de la caridad” (Gálatas 1, 5-6). Ésta es la fe que no está satisfecha hasta que no se expresa en buenas obras y si tú posees ese espíritu lo has de comunicar. ¿Por qué? Porque el Espíritu Santo quiere que se comunique, es su llama, es el fuego ardiente de Pentecostés.

Quisiera que durante esta (meditación) se imagines que toman tu propia temperatura. ¿Cómo se encuentra ese fuego dentro de cada cual? ¿Arde al máximo o es sólo un resplandor opaco que está casi por extinguirse? Cuando el herrero deposita el metal en el fuego hay una fusión si es que el fuego está en la temperatura apropiada, pero él pudo haber introducido el hierro repetidamente en el fuego sin que hubiera habido ninguna fusión y todo hubiera sido inútil, a menos que el fuego estuviera en su temperatura máxima.

El Espíritu de Dios quiere utilizarlos a ustedes, ustedes son sus instrumentos. Ustedes son las herramientas que Él utiliza para cincelar la salvación de muchas almas. Ustedes han de trabajar en las almas de otros. Para que puedan cooperar con los designios del

Espíritu Santo debe existir en ustedes esa caridad intensa al interior de sus propios corazones. Ésta debe encontrarse allí. No hay ninguna razón para que no lo esté. “Rueguen y se les concederá, busquen y encontrarán, toquen a la puerta y se les abrirá” (Mateo 7, 7). No hay nada que el cielo esté más ansioso de conceder que una caridad ardiente, el espíritu del Cenáculo.



Sábado: décima semana del tiempo ordinario / El espíritu del Cenáculo

Conferencia a la Familia del Cenáculo, reunión de Pentecostés, 31 de mayo de 1924, MF 8478-79.

A lo largo del Evangelio nos encontramos a nuestro Señor empleando las almas como instrumentos para hacer el bien. El gran misterio de la Encarnación, comienzo de su vida en este mundo, atestigüa sobre el hecho de que un intermediario humano puede participar en una obra divina. Entiéndase que es la voluntad del Señor que este fuego se extienda y que se propague a través de ustedes y que ustedes puedan dar gracias a Dios por haberlos escogido. Sin duda alguna esto debe hacerlos sentir un gozo santo y un inmenso placer al pensar que ustedes han sido escogidos por el Todopoderoso, que su Espíritu Santo ha de arder en el interior de ustedes en beneficio de otros y que ese Espíritu se comunicará a otros a través de ustedes.

¿Cómo ha de lograrse esto? Ustedes deberán ser la inspiración para otros en cuanto a este espíritu del Cenáculo Misionero. No hay ningún problema con extender . . . el espíritu del Cenáculo. El único problema es preservar en el corazón de ustedes el espíritu del Cenáculo. El programa y los métodos del Cenáculo están ya establecidos, ustedes ya tienen sus reglas, (desempeñan) las obras diversas: El gran problema es éste: estar en armonía con el espíritu del Cenáculo.

¿Qué es el espíritu del Cenáculo? ¿Cuál es el espíritu de nuestro Señor? ¿Qué es el espíritu apostólico? ¿Qué es el espíritu misionero? ¿Que es esta fe que obra a través de la caridad? Es el espíritu. Ese es el espíritu del Cenáculo. No es ningún espíritu que se haya inventado en los tiempos modernos. No es un espíritu que se ha producido mediante métodos nuevos de eficacia. Es el espíritu del evangelio. Es la caridad ardiendo al máximo.

Es el aliento del Espíritu Santo. Es el dulce aroma de Jesucristo . . . Esta es la vocación de ustedes. Ante todo, ustedes han sido llamados a incorporar ese espíritu en sus propias vidas para que sus corazones ardan en Él y después han de propagarlo, esa es la misión de ustedes, propagarlo, esa es su misión.

El espíritu del Cenáculo procedió del Espíritu Santo. ¿No es esto algo hermoso? Cuando, con pureza de intención y sin ningún otro propósito que el pensamiento de Dios, celo por la religión y por sus intereses, amor a la Iglesia y el deseo de hacer algo por las almas, cuando yo afirmo que somos impulsados e inspirados, cuando eliminamos lo personal hasta donde podemos, cuando nos ponemos en presencia de Dios y acudimos al Espíritu Santo, cuando todo eso sucede como sucede ahora durante la semana de Pentecostés, en la víspera del domingo de la Trinidad, yo quiero creer que es Dios que nos bendice. Veo la mano de Dios que escribe en la pared favoreciéndonos. Yo veo la bondad de Dios al agruparnos juntos, entiendo que Él quiere bendecirnos, que quiere utilizarnos...

Este es el ejercicio de Pentecostés más agradable. La liturgia de la Iglesia está repleta de oraciones al Espíritu Santo y tenemos aquí una agrupación que ha tenido una devoción especial al Espíritu Santo por años y años y que está dedicada a propagar esa devoción y que es conocida en la Iglesia . . . como el Cenáculo Misionero. Tenemos, pues, razón para creer que el Espíritu Santo desea bendecirnos. Esa bendición ha de ser nuestra si mantenemos el celo por el espíritu del Cenáculo.



Lunes: undécima semana del tiempo ordinario / Lo sobrenatural

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, domingo de la Trinidad, 11 de junio de 1911, MF 12098-99.

El gran misterio que celebramos el domingo de la Santísima Trinidad enfatiza la realidad de lo sobrenatural. La palabra sobrenatural es abarcadora y puede incluir, por lo menos en un sentido más amplio, la totalidad y centro de la existencia sobrenatural, Dios, o puede significar el mundo de los santos espíritus alrededor de Dios, sus ángeles y sus santos. Puede también significar . . . esas maravillosas verdades y

misterios que sobrepasan completamente el conocimiento, la comprensión del hombre, verdades que aún las inteligencias más iluminadas y angélicas no hubieran podido descubrir, si Dios no hubiera revelado esos principios y esas verdades a nuestros pensamientos y a nuestras acciones.

Lo natural, en un sentido más estricto, es aquello que se conforma a nuestra naturaleza, en otras palabras; lo que es humano. Por lo tanto, es lo que es débil, frágil, ciego y tonto, debido a que el hombre, si depende de sí mismo y de sus propios pensamientos, separado de la gracia de Dios y sin la dirección de la fe, es un ser demasiado necio. Lo natural, en un sentido más amplio y más corriente, es aquello que podemos pesar, medir, ver y sentir, de manera que, lo que la gente normalmente entiende a la postre, es que lo natural es lo que tienta y atrae a los seres humanos que son pecadores y que no piensan . . .

La persona que se deja guiar por lo sobrenatural sigue las indicaciones de la fe y por lo tanto subordina a lo eterno todas las cosas temporales, todos los intereses temporales. La persona motivada por lo natural tiene por guía la convivencia humana, por lo tanto, antepone los asuntos temporales y materiales sobre los divinos y eternos.

Nuestro Señor resume lo natural llamándolo “el mundo”, es decir, la situación de aquellos mortales que, indiferentes a sus enseñanzas y a sus revelaciones, llevan una vida moldeada e informada solamente por los reclamos de la naturaleza viciada y ciega y por los intereses humanos egoístas. Nuestro Señor nos pone sobre aviso con relación a los enemigos de lo sobrenatural utilizando la palabra “mundo”; también la palabra “carne” y “demonio”. Estos términos se intercambian con el término, “mundo”, pues todos estos agentes conspiran para lograr que nos dejemos guiar por nuestra naturaleza inferior.

Nosotros hemos sido favorecidos por sobre los demás en esto: que Dios, en su misericordia, nos ha concedido un destino sobrenatural y los medios para obtenerlo. Gratuitamente nos ha revelado los misterios de ese destino sobrenatural e, inclusive, su único Hijo ha venido al mundo para que Él mismo nos lleve de la mano y nos ayude. Así pues, debemos sentirnos animados por estos principios sobrenaturales y estas consignas de Jesús, ya que todas nuestras esperanzas están basadas en un principio sobrenatural —Dios y su cielo. El motivo principal de nuestras acciones, si éstas se fueran a medir y a escudriñar a fondo, se encontraría en el amor

sobrenatural a Dios. Nuestros corazones estarán en el cielo mientras que nuestros pies estarán en la tierra.



Martes: undécima semana del tiempo ordinario / Práctica: Devoción a la Santísima Trinidad

1. *Carta sin fecha a la Hermana Marie Jean Daigle, MF 2475.* 2. *Conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, Casa de Misión Monte Carmelo, 3 de junio de 1917, MF 12523-25.*

Ustedes son Siervos Misioneros de la Santísima Trinidad. ¿Qué quiere decir esto para ustedes? Les voy a proponer un medio muy poderoso de orar, a saber, que se ejerciten en el servicio a la Santísima y Adorable Trinidad de que son responsables. Ese servicio comienza con la confesión interior del misterio o la profesión de fe, y en exhalar actos que resultan de esa profesión de fe. ¿Qué actos deben ser esos? Pregunto para que ustedes estudien y mediten sobre ello. Cuando lo logren hacer verán todo lo que pueden incluir en la oración, “Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.” Estoy seguro que si podemos efectuar estos actos, desarrollar esta forma interior de servir, nuestras oraciones tendrán una eficacia enorme (1).

Todos los demás misterios se construyen a partir de la Santísima Trinidad. Esta es la única gran base fundacional de nuestra santa fe. El misterio es algo que no podemos entender. El Misterio de la Santísima Trinidad es tres personas y un solo Dios. Las personas son distintas. Son todas eternas, todas iguales. ¿Cómo? Ese es el misterio que no podemos entender. El Padre es el principal. El Padre se conoce a Sí mismo. Es así, que engendra al Hijo. Conociéndose a Sí mismo el Padre se ama a Sí Mismo. Es así que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Hasta ahí es que podemos llegar . . .

No hay duda que nuestra Santísima Madre conocía el Misterio de la Santísima Trinidad, aunque Nuestro Señor fue el primero que lo enseñó. Se menciona al Espíritu Santo noventa veces en el Nuevo Testamento. Nuestra Bendita Madre estaba enterada, con toda seguridad, de la Santísima Trinidad, porque cuando el ángel le dijo que iba a ser la madre de Jesús, ella lo pensó y, discretamente, casi rehúsa. Exclamó, “¿Cómo puede ser eso, si yo soy virgen?” (Lucas 1:34). Esto no concuerda

con lo que le había prometido a Dios y no iba a revocar su promesa. Entonces el ángel le dijo: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti” (Lucas 1, 35). María no preguntó quien era el Espíritu Santo (2).



Miércoles: undécima semana del tiempo ordinario / Algunas cualidades del espíritu del Cenáculo

Conferencia a la Familia del Cenáculo, reunión de Pentecostés, 31 de mayo de 1924, MF 8480-81.

Según se va manifestando el espíritu del Cenáculo, va saliendo a relucir una especie de sencillez en él, y las personas con el espíritu del Cenáculo son personas que se adornan con esa sencillez. No tienen que recurrir a métodos engañosos, proceden sin rodeos, son directos, su sencillez comienza con pureza de intención. Tienen un propósito: laboran por amor a Dios.

Hay tres motivos por los cuales se puede hacer el bien, hay tres clases de amor. El primero de todos es el amor a sí mismo. Existen muchas personas que hacen el bien por amor a sí mismas. El corazón es bueno por naturaleza. Cuando Dios creó al hombre lo creó bueno. La gente trata de encontrar satisfacción haciendo el bien porque sus conciencias les indican que hay que hacerlo. Ellos quieren hacer el bien, quieren realizar buenas acciones. Muchas personas hacen el bien por el placer que esto les proporciona. Saben que están haciendo el bien. Éstos, enténdanlo bien, no lo hacen por amor a Dios, pero lo que hacen es bueno y se sienten satisfechos.

Ese tipo de motivación no nos impresiona a nosotros. Hay otro grupo de personas que quieren hacer el bien por amor al prójimo, en razón de la hermandad del hombre, estos son los altruistas. Sin embargo, la gente puede ser altruista y no actuar motivada por el amor de Dios. Lo perfecto es actuar por el amor a Dios; no se debe hacer nada a menos que, ante todo, no se haga por amor a Dios. Debemos hacer el bien al prójimo, en primer lugar, por amor a Dios, porque el prójimo es una criatura de Dios.

Debemos actuar con prudencia. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que debemos desenvolvemos con tacto. Debe haber un límite, no podemos seguir toda clase de ideas y métodos . . . que hayan sido exitosos.

No debemos decir o creer que el método que utilizamos es el mejor, sino que es el mejor para nosotros. Nosotros tenemos nuestro plan del Cenáculo Misionero, que es mayormente de prevención, la obra de reclamación viene a ser secundaria. No habrá necesidad de corrección si primero ha habido prevención.

La idea misionera atraviesa toda nuestra obra. La idea misionera es diferente a la idea de la enseñanza. La idea misionera se proyecta hacia afuera — es “ir al mundo entero . . .” Ese ir afuera, ese reunir de las personas, es el trabajo del misionero . . . y esa es la parte difícil. No es difícil conseguir maestros, pero sí es difícil conseguir misioneros. ¿Por qué? Porque eso supone un agotamiento personal, porque exige más sacrificio personal.

Les estoy explicando lo que es el espíritu del Cenáculo. Éste exige un vestirse de caridad y ustedes entienden lo que es la caridad, la caridad es amor a Dios y amor al prójimo. Esto exige un espíritu de sacrificio y es esto lo que hace difícil el espíritu del Cenáculo. Por eso es que debemos orar para adquirirlo. No podemos poseerlo a menos que estemos dispuestos a salir de nosotros mismos. Si nos sacrificamos, el Cenáculo Misionero no perecerá nunca. Mientras el espíritu del Cenáculo Misionero permanezca en él, éste será mejor. Dios hará uso del Cenáculo.



Jueves: undécima semana del tiempo ordinario / La Santa Eucaristía

Artículo en el “Holy Ghost Magazine”, junio de 1929, MF 11627-28.

¡*Corpus Christi!* Debemos convertir estos días, de manera especial, en días del Santísimo Sacramento, es decir, el gran Sacramento de la Eucaristía debe habitar nuestros pensamientos y poblar nuestra vida afectiva. Debe ser parte de nuestra conversación y, por que también debe ser parte de lo que escribimos, yo les escribo esta carta.

Nuestro Señor, el Divino Fundador del Sacramento, el modo en que instituyó la Sagrada Eucaristía, el efecto de la Eucaristía en nosotros, su misión en el mundo y nuestra relación con esa misión, lo que se esta haciendo por esa misión, lo que podemos hacer por ella, la disposición en que debemos estar y lo que

debemos hacer para recibir la Santa Eucaristía y otras tareas similares deben ocupar nuestros pensamientos en todo momento, especialmente durante estos (días) eucarísticos.

¿Qué debe evocar en nosotros la reflexión sobre el santo sacramento? En primer lugar, la fe, una fe ardiente, viva, en el Santísimo Sacramento. Durante todos estos días, nuestro primer pensamiento debe ser el de la fe. Debemos despertarnos con una exclamación de fe en el adorable sacramento del amor. Debemos pronunciar actos de fe con frecuencia durante el día. Nuestro Señor es muy sensible a las llamadas de fe. Lo manifestó mientras vivía: Dijo a los Apóstoles: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?” (Mateo 16, 13). Él retó la fe de todos aquellos que se le acercaban para pedirle un favor. Él le da gracias a su Padre Celestial por la fe que les ha concedido a los pequeños.

El acto amoroso de la fe encontró siempre pronta respuesta en Él. Díganle pues, al Señor, quien creen que Él es. Díganle algo acerca de Él mismo. Confiésenle que Él es Dios, que Él es el verdadero y único Hijo de Dios Padre, y el verdadero y único hijo de la Santísima Virgen María, que Él posee, por obra del Espíritu Santo, una naturaleza igual a la de ustedes, exceptuando el pecado.

Confíesen el gran misterio de la Encarnación. Díganle a Nuestro Señor cómo se regocijan en este conocimiento. Denle las gracias por esto, reconociendo al mismo tiempo la Unión Hipostática, es decir, la unión de dos naturalezas, la divina y la humana en una persona divina, la segunda persona de la Santísima Trinidad. Háblenle también de su fe amorosa en un Dios que es uno y la unidad de las tres personas que atestiguan la unidad de naturaleza y trinidad de las personas. Denle gracias por la fe que poseen.

Que durante estos días nos empeñemos en buscar los medios para extender la devoción al Santísimo Sacramento, de mostrar más amor, más reverencia y más servicio a nuestro Señor Eucarístico. Además, debemos hacer más visitas al Santísimo Sacramento y animar a otros a familiarizarse con nuestro Señor en su santo templo. Jesús quiere que se le recuerde y su amor se ocupa de incrementar lo que se hace por amor a Él.

Que Dios conceda, mediante nuestros actos amorosos de reparación, que su adolorido corazón sea consolado y aliviado. Sí, Jesús desea recibir sus actos de amor y reparación: “Contemplan mi corazón traspasado y olvidado en el sacramento de mi amor. Tengo sed de amor y ardo en deseos de ser amado.”



Viernes: undécima semana del tiempo ordinario / La Preciosísima Sangre en la Santa Eucaristía

Retiro a los Siervos Misioneros, Orange, New Jersey, julio de 1919, MF 573-74.

Una vez al año, (en la Fiesta de *Corpus Christi*), nuestra Santa Madre Iglesia nos presenta el cáliz para que lo adoremos. La primera aparición de la Preciosísima Sangre la descubrimos en el Jardín del Edén. Dios había montado en cólera. Nuestros primeros padres se habían comportado como unos necios. La tierra a sus pies quedó maldita, se les retiró la promesa sobrenatural y quedaban sentenciados a morir por haber cometido el pecado de orgullo . . . Dios, en su bondad, prometió un redentor a la humanidad. Pero había que derramar sangre para poder expiar por el pecado. El pecado sería vengado y la humanidad sería restaurada. Ellos mantuvieron gran estima por esta promesa y se la transmitieron a sus hijos . . .

Cuando arribó la plenitud del tiempo prevista, un ángel fue enviado a la humilde doncella de Galilea . . . con el fin de obtener su consentimiento y pronto descubrió que su tarea no era tan fácil . . . Ella vaciló. Ella protestó . . . Pero, cuando el ángel le aseguró que la gloria de su virginidad se mantendría en la maternidad, ella exclamó: “Hágase en mí según tu palabra” (Lucas 1, 38). Con este consentimiento Cristo se hizo presente en el mundo. La Preciosísima Sangre comenzaba su obra en el mundo. Sí, pasarían muchos meses para que esta sangre fuera derramada. Una espada traspasaría el corazón de la Madre.

Entonces vino el Viernes Santo. “Siéntense aquí mientras voy más allá a orar” (Mateo 26, 36). “¿De modo que no han tenido valor para acompañarme ni una hora?” (Mateo 26, 40). Jesús pasó por la terrible experiencia de la agonía y el sudor de la sangre. ¡O, la mente atormentada de Jesús! Uno de nuestros objetivos es adorar los sufrimientos mentales de nuestro amado Cristo. ¡Cómo lo atormentaron y cómo sangró! Para que haya reparación tiene que haber sufrimiento. Sus amigos defraudaron su confianza. Tres veces llamó a sus amigos . . . No eran sus enemigos, eran sus amigos los que hacían esto. Era el momento para que sus amigos lo

crucificaran. ¡Ay, la indiferencia a sus intereses de parte de los que debieron haber sido sus amigos, la indiferencia, la poca atención! Yo no sé cuán responsable haya sido el Cenáculo por ese sudor de sangre al dejar de recibir la comunión, al dejar de hacer actos de amor, al no tener interés, al no tener celo y a la carencia de amor fraterno. Todo esto estaba calculado esa noche en el sudor de Sangre . . . Sería bueno contemplar el huerto, para descubrir de cuánto el Cenáculo es responsable. Somos tan responsables de aquello como lo somos de nuestros defectos personales. Debemos saber las cosas que atormentan la mente de Cristo.

Cuando pensamos en la Preciosísima Sangre, un acto de contrición debe salir de nuestros corazones por lo que hemos hecho. La noche de su pasión, ¡cómo lo atormentaron, cómo lo hirieron! Se cansaron y se postraron al lado de su víctima. Lo coronarían rey mientras herían su cráneo, le harían derramar gotas de sangre, de aquella Preciosísima Sangre. Gritaban que aquella Sangre cayera sobre ellos y sobre sus hijos. Que esa sangre caiga sobre las almas y las conciencias del Cenáculo. Que el Cenáculo la recoja en adoración compasiva. Que el Cenáculo sea un consuelo a la Preciosísima Sangre sobre el camino del Calvario, en cada caída de Jesús, cada vez que le golpean.



Sábado: undécima semana del tiempo ordinario / Algunos peligros que amenazan el espíritu del Cenáculo

Conferencia a la Familia del Cenáculo, reunión de Pentecostés, 31 de mayo de 1924, MF 8479-81.

Si de (estas meditaciones) solamente obtienen la idea, el deseo, el ardor, el entusiasmo de propagar ese espíritu del Cenáculo, entonces pueden considerarse bendecidos. Debemos protegernos de conceptos falsos y, a mi modo de ver, hay mucho engaño en cuanto a programas y horarios se refiere.

Conviene tener cierto orden, desde luego, pero ese orden no debe anteponerse al espíritu. Lo más importante es un corazón lleno del amor a Dios, un corazón ansioso de hacer mucho por Dios. Lo principal es un espíritu de sacrificio, y si tenemos eso lo tenemos

todo. Si nos inunda esa pasión — “Quiero el espíritu del Cenáculo, quiero respirarlo, quiero propagarlo,” si tenemos eso, el Cenáculo crecerá a pasos agigantados.

La misión del Cenáculo Misionero Interno es conservar ese espíritu del Cenáculo. El Cenáculo Misionero Interno es el santuario donde se mantiene ese fuego. Es deber de los superiores del Cenáculo Misionero Interno ocuparse de que ese fuego nunca se extinga . . .

Con la expansión surgen ciertas dificultades complejas y con la expansión aparece, muchas veces, un peligro que las amenaza. Cualquier expansión que frena ese espíritu está mal, cualquier desarrollo que perjudica el espíritu del Cenáculo no puede proceder de Dios.

¿Qué van a aportar a sus Asociados? Concédanle lo que es esencial, lo que necesitan, es decir, el espíritu del Cenáculo. Si tienen eso nada les va a entorpecer. Ninguna oposición les afectará. Perseverarán en el servicio de Dios. Encontrarán los recursos necesarios.

En pocas palabras, nuestro objetivo es aumentar nuestra propia devoción a la Santísima Trinidad y diseminarla, propagar la devoción al Espíritu Santo, exaltar el Santo Nombre de Jesús y todo lo que el Cenáculo Misionero representa, orar por los sacerdotes. Capten sólo esa idea y utilícenla en su meditación mañana en la mañana, que el bien más grande que logren por sus Asociados, el bien mayor que logren por el Cenáculo Misionero, por la Iglesia, por el Dios Trino es, que los corazones de ustedes se inflamen con el espíritu del Cenáculo y que comuniquen ese espíritu a los demás. Oren a nuestra Madre Bendita, pues ella quiere comunicarles ese espíritu. Oren también a los apóstoles para que, mediante su intervención, ese espíritu los inflame a todos.



Lunes: duodécima semana del tiempo ordinario / La unión con Dios

Uno de los primeros sermones de misión sin fecha, MF 12231.

“En verdad les digo que ustedes me buscan . . .” (Juan 6, 26). Así les habló Jesús a los que vinieron del otro lado del mar de Cafarnaúm clamando para convertirlo en rey. “Ustedes me buscan.” Verdaderamente aquí concluía una búsqueda muy larga. Treinta años — antes que se supiera que hombres sabios

habían acudido de oriente a Herodes, buscando y preguntando: “¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?” (Mateo 2, 2). La búsqueda del Mesías fue más larga, se remonta hasta mucho antes que ésta, pues la búsqueda del hombre para encontrar a su Dios ha acompañado a la raza humana desde siempre.

¡Qué magnífica es la creación del alma humana! ¡Qué magnífica es su altura y su profundidad! ¡Qué maravillosas son las posibilidades que tiene de pasiones y de aspiraciones! Todas las emociones la arropan. No existe pico de montaña que se eleve tanto, no existe mar tan abatido por las tormentas. Dentro del alma hay impulsos que son maravillosos, a veces parecen casi divinos, sin embargo, el alma humana nunca es tan gloriosa, nunca se encuentra tan exaltada, nunca es tan divina como cuando se desempeña en la búsqueda de Dios.

Esto lo testimonian documentos humanos, la búsqueda ha sido constante, nunca ha vacilado, nunca se ha perdido, enfocada siempre en la búsqueda de Dios, ya bien en los templos del mundo civilizado como en la jungla de los salvajes, siempre en búsqueda de Dios, en búsqueda de Jesucristo en la Santa Eucaristía: “Este plan misterioso que permaneció secreto durante siglos y generaciones hasta que ahora lo reveló Dios a sus santos” (Colosenses 1, 26).

La humanidad siempre ha deseado ver a Dios en la carne. La fe de ustedes y sólo esa fe ha venido a llenar ese vacío. No hay duda que la humanidad ha buscado siempre a su Dios, pero al pueblo escogido antiguo, el mismo Dios se lo reveló, pero sólo mediante su voz. Les habló en el Monte Sinaí. Les habló a través de sus sacerdotes y profetas, pero sólo les entregó preceptos y ritos, símbolos y profecías, comunicándoles que vendría a “Iluminar a los que viven en tinieblas sentados a la sombra de la muerte” (Lucas 1, 79).

Esta pobre gente que vivía en la oscuridad, se esforzaba por hacer realidad esta esperanza a través de sus imágenes toscas, primitivas e idólatras. Aún favorecido como lo fue el pueblo escogido, éste solamente podía exclamar: “Nuestro Dios no es como los dioses de los gentiles, alejado.” ¿Se dan cuenta ustedes que entre todos los pueblos, las razas, las tribus, las lenguas y todas las generaciones, ustedes tienen lo que el corazón humano ha buscado siempre —Dios en la carne, Jesucristo en la Santa Eucaristía?

¿Qué significa para ustedes su fe en la Eucaristía? Significa esto: que en todas las iglesias católicas donde se reserva el Santísimo Sacramento, Jesucristo se encuentra

presente en la Eucaristía, realmente, verdaderamente, sustancialmente. ¡Qué maravillosa es la fe de ustedes! Con certeza pueden clamar como clamó Simeón en aquel tiempo: “Señor, ahora ya puedes dejar que tu siervo muera en paz, como lo has dicho, porque mis ojos han visto a tu salvador que tú preparaste y ofreces a todos los pueblos, luz que se revelará a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel” (Lucas 2, 29-31).



Martes: duodécima semana del tiempo ordinario / Práctica: La presencia de Jesús en la Eucaristía

1. *Ensayo escrito en el seminario, hacia 1898, MF 8845, 8851-53.* 2. *Apuntes de un sermón, circa 1900, MF 11718-20.*

En el capítulo sexto de San Juan encontramos las primeras promesas formales de la Eucaristía hechas por nuestro Señor: “Trabajen, no por el alimento de un día, sino por el alimento que permanece y da vida eterna. Éste se lo dará el Hijo del Hombre” (Juan 6, 27). Jesús les revela su verdadera naturaleza, “Yo soy el pan de vida” (Juan 6, 35) (1). Jesús insertó esa promesa en su corazón en espera de que la plenitud del tiempo recogiera toda circunstancia que la convertiría en eternamente memorable. Nos encontramos en la habitación superior, en el Cenáculo. Era la noche en que lo traicionaron y lo vendieron. Era la noche que introdujo el día de las agonías y la muerte vergonzosa de la crucifixión. Cristo levantó la vista y vio la resurrección por última vez. Se encontraba libre, sin trabas en esta escena de gozo religioso, en la belleza y orgullo del templo con el humo serpentino de sus sacrificios . . . Piensen en la generosidad del sacrificado para con el sacrificador. ¿Quién se ha enterado jamás de que una persona asesinada deje su herencia al que lo envía a la eternidad? El amor del salvador no tenía medida porque era infinito. La ingratitud no lo perturbaría.

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Por qué el terrible contraste entre el gozo y la tristeza, entre el júbilo y el duelo, entre el triunfo y la derrota, entre la luz y la oscuridad? Hay un resplandor en la habitación superior, pero en las afueras todo era oscuridad, malicia y odio. Hombres malvados conspiraban silenciosamente y en secreto para cometer el crimen más horrendo que la

historia haya registrado jamás. Pronto sus manos estarían rojas, no con la sangre de otro hombre sino con la sangre de su Dios. Dentro del Cenáculo todo era júbilo, paz y amor. Un gran tesoro se nos daría como herencia. El benefactor era el Dios de los cielos y de la tierra – todopoderoso y rico en todos los sentidos. Los herederos, seres humanos comunes – ustedes y yo, todos nosotros.

Se nos concedió un tesoro que sobrepasaba por mucho las riquezas de múltiples barcos de la India, que era más grande que las tiendas fabulosas del rey Croesus, más valioso que las riquezas de los faraones y de varios Alejandro. Los despojos de guerra de la antigua Roma eran nada comparados con este don. Los tesoros que encierra el mar, la tierra y el espacio, los edificios que guardan los tesoros del mar, la tierra y los cielos, no tienen cabida para almacenar este tesoro.

El Verbo Encarnado, el que estaba con Dios desde el principio, en quién y por quién están hechas todas las cosas y sin quién nada de lo que está hecho puede hacerse, el hijo del Padre eterno, la gloria y la belleza de la grandeza de Dios, el ángel del gran concilio, el rey del cielo y de la tierra, se reservó Él mismo, como un regalo personal para nosotros (2).



Miércoles: duodécima semana del tiempo ordinario / Nuestra fe en la Santa Eucaristía

Sermón de misión sin fecha, U-12, MF 12331-32.

¿Qué significa la fe de ustedes en la Santa Eucaristía? Significa que (ustedes) se acercan aquí a buscar a (su) Dios encarnado, a buscar al que dijo: “Mi gusto más grande es estar con los humanos” (Proverbios 8, 31), ir a buscarlo a Él quien dijo que estaría con nosotros todos los días hasta la consumación de los tiempos.

¿Cuán grande es la fe de ustedes! Pueden exclamar como exclamó Simeón en su momento: “Señor, ya puedes dejar que tu servidor muera en paz, porque mis ojos han visto a tu salvador que tú preparaste para presentarlo a todas las naciones, luz para iluminar a todos los pueblos y gloria de tu pueblo Israel” (Lucas 2, 29-32). Ésta es la fe de ustedes y repito — ¡Qué fe es ésta! . . . ¿Se dan cuenta que en este mundo no hay fe como la

de ustedes? No existe persona que pueda venir en busca de Jesús como lo han hecho ustedes.

Es cierto que ellos le oran, pero es a distancia, sin duda alguna le adoran, pero sentado a la diestra del Padre en el cielo. Para ellos el calvario es algo que se remonta dos mil años hacia atrás. La fe de ustedes les capacita para reconocerlo en la repartición del pan, y el calvario siempre nos acompaña sin el derramamiento de sangre, pues afirmó su apóstol: “Así pues, cada vez que coman de este pan y beban de la copa, están anunciando la muerte del Señor hasta que venga” (1 Corintios 11, 26).

La fe es una cosa, practicarla es otra. Es una cosa tener fe, otra cosa es darse cuenta de la lógica de esa fe. O, este misterio de fe, el Hijo de Dios hecho hombre, el Verbo hecho carne y habitando entre nosotros. Esta es la fe de ustedes . . . ¿Hay alguno de nosotros que pueda decir que la práctica de nuestra fe es tan grande como lo es la misma fe?” ¿La práctica de nuestra fe guarda alguna relación de equivalencia con nuestra fe, o es que tenemos una fe que carece de expresión, que carece de obras, que no es una fe viva, que no es ardiente, que no les motiva, por lo menos a buscar a Jesucristo en la Santa Eucaristía? En otras palabras: ¿Creemos en lo que practicamos?

Yo me pregunto cuánto valoran los hombres las bendiciones y las gracias de Jesús, sus favores. Si las valoran mucho, ¿por qué no lo expresan buscando a Jesús (en el Santísimo Sacramento)? “En verdad les digo, ustedes me buscan” (Juan 6, 26). Benditos sean ustedes ya que su mera presencia evoca esas palabras de Jesús. Gozan ustedes de favor entre los mortales más de lo que pueden comprender pues han recibido la gracia de ir en su búsqueda y han correspondido a esa gracia. Es algo desastroso el no buscar a Jesucristo y es una calamidad eterna no encontrarlo.

La presencia de ustedes hace que (Él) se regocije en las gracias de ustedes y nos preguntamos por qué otros no lo buscan o no lo han encontrado. No hay duda que se han perdido en la travesía de la vida. Ustedes creen en todo lo que la Iglesia cree. No obstante, ¿cuánto se afanan en buscar a Jesús? “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy” (Lucas 11, 3). ¿Está esto en sus corazones?



Jueves: duodécima semana del tiempo ordinario / Unión sacramental con Dios

1. *Carta a la Madre Boniface Keasey, M.S.B.T., 9 de junio de 1931, MF 11808-09.* 2. *Sermón de misión, 1912, MF 12331-33.*

(En una carta a Mother Boniface durante la octava de *Corpus Christi*, 1931, el Padre escribió:) “No puedo dejar de pensar en la octava de *Corpus Christi*. ¡Qué maravillosa es la fe nuestra! ¡Qué sorpresas hermosas contiene! ¡Qué nuevas luces se nos conceden al meditar en la fiesta de *Corpus Christi*! ¡Qué objeto de contemplación es la definición del Santísimo Sacramento! ¡Qué profundamente relacionado está éste con el Misterio de la Encarnación y, de hecho, con el de la Santísima Trinidad! No hay duda que debemos alabar y ensalzar al Señor.”

“El rito de *Corpus Christi* exige mucha alabanza y muchas bendiciones al Señor por este regalo inestimable del Cuerpo y la Sangre de Jesús. Una de las oraciones de la Misa de ayer nos impulsa a que seamos más santos. Día tras día, mi hija querida, éste es mi deseo y mi oración por ti. Que el Espíritu de Dios te conceda esto. Que Él te recompense por lo que estás haciendo y te brinde consuelo mediante un alto grado de santificación personal a través del Santísimo Sacramento. Si sólo tuviéramos más fe en la palabra de Dios y depositáramos más nuestra confianza en el Santísimo Sacramento” (1).

Aquí, la unión con Dios es nuestra mayor gracia. Ha de ser nuestro privilegio divino por toda la eternidad. La unión sacramental con Jesús es tu derecho de herencia como católica y, de todo lo que tu Iglesia ha guardado y te ha entregado a través de los siglos, no hay nada tan preciado, nada tan grande como lo que recibes cuando te arrodillas frente al altar y te das golpes de pecho y dices: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa” (Mateo 8, 8).

Atención, esto es lo que demuestra tu fe . . . ¿Con cuánta frecuencia buscas a Jesús en la Santa Eucaristía . . . ? ¿Cuánto de tu fe en la Santa Eucaristía se refleja vívidamente en tu vida diaria? ¿Cuánto tiempo . . . le dedicas a esa oportunidad que es la más preciada y sagrada que tienes en este mundo, la búsqueda de Jesucristo?

Pongamos esto en práctica. Recordemos nuestras creencias en la Sagrada Eucaristía, estudiemos esas creencias en todo su significado. Entonces visitemos . . . la Iglesia parroquial suya. Él quiere compadecerse de la multitud. El procede de su santuario eucarístico al comienzo del día. Se acerca para bendecir

y para tener compasión. ¿Quiénes son los que se acercan a Él . . . ? ¿Hay alguna razón por la cuál los varones deban hacer que su fe sea más evidente que la fe de las mujeres, o que las mujeres sean más fieles a la práctica de su religión que los varones? ¿Hay alguna razón por la cual los niños necesiten más este sacramento que los adultos?

¡Se dan cuenta de que, de entre todas las gentes, las razas, las lenguas y las generaciones, son ustedes quienes tienen lo que el corazón humano ha buscado siempre — Dios en la carne, Jesús en la Santa Eucaristía! (2).



Viernes: duodécima semana del tiempo ordinario / El Sacratísimo Corazón De Jesús

1. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 8 de junio de 1925, MF 899. 2. Carta a la Hermana M. Baptista (Croke), 13 de junio de 1918, MF 532. 3. Carta escrita en Puerto Rico, 6 de junio de 1932, MF 7196.

Ha concluido la fiesta solemne del Sagrado Corazón de nuestro Divino Señor con una celebración especial . . . Yo sugeriría múltiples actos de fe en el misterio del Sagrado Corazón de Jesús, que es otro medio de expresar nuestra fe en el misterio de la Encarnación. Hagamos, pues, actos de acción de gracias, de alabanza, de adoración, de amor, de consagración, de nuestra entrega personal y la del Cenáculo al servicio del Sagrado Corazón.

No debemos olvidar los actos de reparación. Hay tantas razones para hacer actos de reparación, de añadir a nuestra obra de reparación por la cantidad de insultos que ha recibido el Sagrado Corazón. Es una pena que nosotros no conozcamos y que no amemos más al Sagrado Corazón. Que sea nuestra gracia atraer otros al conocimiento y al amor del Sagrado Corazón. No debemos olvidar tener variedad de intenciones porque nuestro Señor ha de ser muy generoso con los que, con todo corazón, adoran su Sagrado Corazón. Ustedes saben que, por muchos años, hemos mantenido una devoción a los sufrimientos mentales de nuestro Señor. Esta devoción no se ubica muy lejos de la devoción a su Sagrado Corazón . . . De hecho está íntimamente relacionada con ella. Queremos propagar esta devoción y, por lo tanto, rogamos a nuestro Señor, por mediación

de su Sagrado Corazón, que acepte nuestros humildes servicios. Le pedimos que nos ilumine con Su Santo Espíritu con respecto a lo que tenemos que hacer para lograr esto. No se olviden de orar a nuestra Señora, Madre de la Luz, para que se nos iluminen nuestros pensamientos y deseos (1).

Que el Espíritu Santo conceda que la última secuencia de fiestas traiga muchas gracias a su familia espiritual. Mi oración por ustedes ahora, en la octava del Sagrado Corazón, es que reciban grandes consuelos por mediación del Sagrado Corazón y que en este año el Sagrado Corazón reciba de ustedes mucho consuelo por la mansedumbre, humildad y caridad . . . de ustedes. Den gracias a Dios para que sus Hermanas (y Hermanos) continúen en estado de paz y gozo espiritual . . . Sus grandes sacrificios, su devoción y su generosidad me resultan muy consoladores. Me parece que el único tónico que necesito es pensar en la devoción de estas buenas almas (2).

O Jesús, tu Sagrado Corazón es un depósito de todas las cosas buenas. Me acerco a él buscando el favor que tanto necesito. O, Sagrado Corazón de Jesús, escúchame en tu misericordia y en tu bondad, a través del Inmaculado Corazón de tu Madre y del amoroso corazón de San José (3).



Sábado: duodécima semana del tiempo ordinario / La humildad

Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 6 de agosto de 1915, MF 8357.

“Carguen con mi yugo y aprendan de mí que soy paciente y humilde de corazón” (Mateo 11, 29). Nuestra relación con nuestro Bendito Salvador y lo que pensamos de Él debe ser muy personal. Es decir, debemos imaginarnos a nuestro Señor como una persona real y no como una abstracción. Desde luego que no lo hacemos, pero no obstante, creo que algunas veces no ponemos suficiente interés en nuestras relaciones con Dios. Es asunto de llegar a lo personal.

Traten de proporcionarle a nuestro Señor una relación íntima en su corazón. Entonces, sus principios no serán abstracciones, no serán meras reglas de conducta

desprovistas de afecto. Cuando Él dijo: “Aprendan de Mí que soy paciente y humilde de corazón” impartió a estas palabras un poder vigorizante, reside en ellas el poder de un modelo verdadero y viviente.

“Aprendan de Mí que soy paciente y humilde de corazón.” Debemos intentar seguir esas palabras. No olviden que nuestro Señor es un Maestro y que ésta es una lección suya. Ésta es una lección fuerte porque afecta el amor propio. Por eso es que somos crueles con nuestras propias almas. Por eso es que dejamos pasar grandes oportunidades de adquirir gracias. Por eso es que no nos convertimos en santos. No queremos ceder. No queremos darnos por vencidos. No vamos a permitirle al Dios Todopoderoso que elimine de nuestras vidas ese depósito horrible. Sin embargo, si sentimos ese amor personal por nuestro Señor, no nos será difícil, por que tendremos el modelo tan cerca de nosotros que nos ha de ayudar.

Podemos trazar esto a la palabra misma de Dios: que sólo la persona humilde es agradable a Dios . . . Todos ustedes quieren llegar a ser la delicia de Dios, pero no lo pueden hacer si no son humildes, por que dice nuestro Señor que Él resiste al orgulloso. Dios odia a esas personas, se opone a ellas. ¿No son estas palabras espantosas? “Dios resiste a los orgullosos” (Santiago 4, 6). Piensen en Dios oponiéndose a alguien. ¿No es ese pensamiento mismo una condición terrible? Eso es lo que sucede con los que son autosuficientes.

¿Quiénes son los orgullosos? Los que sienten un amor excesivo para consigo mismos, los que se estiman por encima de los demás. Todo lo que podemos decir que nos pertenece son nuestras horribles inclinaciones, eso es todo. La humildad consiste en darnos cuenta a cabalidad de nuestra relación con Dios y, que no importa lo que tengamos, se lo debemos a la gracia de Dios. El orgullo se manifiesta, no sólo en la intolerancia en el pensar, sino también en la intolerancia en nuestras acciones. Fíjate en lo que le sucedió a Lucifer y a todos aquellos ángeles inteligentes como resultado del pecado del orgullo. Ese fue el único pecado que cometieron y por ello Dios los condenó al infierno por toda la eternidad. Recordemos esta verdad, que Dios aborrece a ese tipo de persona, que Dios hará que sus proyectos caigan y se derrumben.

“Dios concede la gracia a los humildes” (Santiago 4, 6), a los que piensan que no sirven para gran cosa. Dios concede su gracia a los humildes, a los pequeños, a los que se creen poca cosa. Si quieren que Dios tenga una buena opinión de ustedes, si quieren estar cerca de

su Sagrado Corazón, deben parecerse a ese Sagrado Corazón. “Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón.”



Lunes: décima tercera semana del tiempo ordinario / La perseverancia en hacer el bien

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, Springfield, MA., 1911, MF 8305-06.

Comiencen todos (esta semana) haciendo el compromiso generoso con ustedes mismos y con nuestro Señor de hacer algo (más) para Él . . . Renuévense en esos santos y generosos impulsos para hacer el bien, renuévense en su amor por las almas para que las palabras del Evangelio se cumplan en ustedes, “Sin embargo, ellos, en cuanto salieron, lo publicaron por todas partes” (Mateo 9, 31). Renueven su valentía apostólica y su celo para combatir los demonios de la irreligiosidad, la indiferencia y el vicio. Arránquenle estas víctimas desafortunadas de sus garras y tráiganlas al confesionario.

Realizar esto es obra divina y ustedes deben convertirse en (hombres y mujeres) de oración, hombres y mujeres devotos, de gran fe y de recepción frecuente de los Sacramentos. Si se han alejado (algo) de la gracia que el Espíritu Santo les ha otorgado, humíllense, pidan perdón y comiencen de nuevo . . .

San Pablo exhorta, “Mientras es tiempo, hagamos el bien a todos, especialmente a nuestros hermanos en la fe” (Gálatas 6, 10). Lleven el mensaje del gran apóstol que es para ustedes, a sus hogares y recuerden — si son fieles, almas se salvarán por su mediación y, si debido a la pereza o a cualquier otra razón poco digna, ustedes no cooperan con esta gracia, me temo que mucho bien se ha de quedar sin hacer y que se perderán almas que la Providencia de Dios ha puesto bajo el cuidado de la caridad de ustedes.

Piensen en la gloriosa recompensa que les aguarda . . . la bendición de Dios en todo lo que hagan. “Ni ojo vio, ni oído oyó, ni por mente humana han pasado las cosas que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2, 9). Tomará una eternidad narrar . . . lo que Dios tiene reservado para los que hacen el bien, pero hay una cosa definitiva que debe causarles mucha alegría.

Santiago dice: “Sepan que el que aparta a un pecador de su mal camino salva a un alma de la muerte y hace olvidar muchos pecados” (Santiago 5, 20).

Por el contrario, puede resultar en seria desgracia, descuidar una oportunidad de hacer el bien, pues el mismo apóstol Santiago, declara: “El que sabe, pues, lo que es correcto y no lo hace, está en pecado” (Santiago 4, 17). “Por eso les digo, caminen según el espíritu” (Gálatas 5, 16). “Hagamos el bien sin desanimarnos, al debido tiempo cosecharemos con tal que seamos constantes” (Gálatas 6, 9). Que el Espíritu Santo les consuele y les conceda las gracias de conquistar y de clamar siempre como lo hizo el apóstol: “El amor de Cristo nos urge” (2 Corintios 5, 14). Que esa caridad de Cristo nos impulse hacia adelante para amar, servir y hacer el bien.



Martes: décima tercera semana del tiempo ordinario / Práctica: No ser egoístas

1. Constitución original de los Siervos Misioneros, 1928, artículos 117, 118, 122, MF 14305-06. 2. Conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, enero de 1917, MF 10778. 3. Conferencia de clausura en el retiro a los Siervos Misioneros, 28 de agosto de 1930, MF 8795-97.

Para que un Siervo Misionero pueda progresar en libertad de espíritu y pueda dedicarse con más generosidad y más libertad al servicio de Dios y a la edificación de su prójimo, debe evitar cualquier apariencia del deseo de bienes mundanos. Tampoco debe buscar remuneración personal de clase alguna por el trabajo que el Cenáculo Misionero le haya asignado para el honor y la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Por la misma razón, y para evitar muchos enredos, un Siervo Misionero no debe cultivar la benevolencia de los ricos o de los servidores públicos influyentes. Confiando en la misericordia de Dios y dependiendo de la poderosa intercesión de la Santísima Virgen y de San José, el Siervo Misionero debe depositar su entera confianza en el Dios Trino para colmar sus necesidades. Sin embargo, si se encuentra en una necesidad extrema, puede darla a conocer a los que pueden y quieren ayudarlo. De hecho, si fuera necesario — y se ha agenciado la debida autorización de la Iglesia — no debe avergonzarse de

pedir de puerta en puerta . . . Los Superiores deben ser los primeros en dar ejemplo de la vida en común (1).

El Señor es generoso con ustedes. ¿Se dan cuenta de esto? Si nos damos cuenta de esto, Dios nos está concediendo, no solamente una gracia, nos está otorgando sabiduría. Si no se dan cuenta de esto su celo y su interés propio deben motivarle a solicitar esta gracia de Dios. Cuando San Patricio era un joven de dieciséis años oraba constantemente. Todas las noches rezaba más de cien veces por su liberación. Si San Patricio no hubiera sido tan consecuente en esta petición, si nunca hubiese orado con tanta frecuencia, no hubiera tenido completa confianza en Dios como que Él era su única esperanza. Nosotros llevamos el mismo deseo por dentro. Todo depende de la intensidad de nuestras oraciones. Algunos pueden poseer más interés que otros. Una cosa es tener un buen pensamiento, otra cosa es poner ese pensamiento o ese deseo en práctica. Puede que yo desee ir al pueblo, pero si veo que es muy problemático puedo decir, “que vaya otro.” Todo depende de la intensidad de mi deseo. Apliquen eso a su práctica. Estoy pensando en cierta virtud. Puedo darme cuenta de la excelencia de esta virtud. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué estoy haciendo con esta virtud? (2).

Dios capacita a sus hijos para la carga que les toca llevar y ajusta los vientos respecto a la orilla. Les digo, mis queridos hijos, los ángeles de Dios los esperan en la capilla, los esperan todas las mañanas con gracias, los esperan con dones en mano para repartir. Recuerden lo que les dije acerca de ese lugar más alto en el cielo. Si quieren hacerle violencia al reino, familiarícense con las vidas de los santos. Ahí hay romance. Ahí hay aventura . . . Ellos tuvieron que librar las mismas batallas . . . Es el mismo mundo, la misma carne, el mismo demonio. Nosotros contamos con los mismos medios espirituales para combatirlos (3).



Miércoles: décima tercera semana del tiempo ordinario / Un espíritu lleno de paz

1. Carta sin fecha a la Hermana Michael (Shelby), M.S.B.T., MF 3631-32. 2. Carta a la Hermana Michael (Shelby), M.S.B.T., 25 de febrero de 1920, MF 4932. 3. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 16 de marzo de 1931, MF

Hay muchas cosas que puedes hacer (para honrar al Sagrado Corazón). En primer lugar, entrégate más generosamente a tu práctica. En segundo lugar, esfuérzate en observarte más de cerca para que corrijas tus faltas diarias, recordando siempre que un acto de mortificación de la voluntad es más meritorio ante Dios que una mortificación física . . . Vigílate a ti misma para que corrijas tu falta predominante.

Por último, olvídate de tus preocupaciones, olvida tu falta de devoción y lo demás y piensa en las aflicciones de la Iglesia. Nuestro Divino Señor no sufre por ahora pero su Iglesia sí sufre. Lamenta las condiciones de la sociedad, las tentaciones que se colocan ante los niños, la casi total falta de respeto, la casi total negligencia a nuestro Bendito Señor y a su palabra santa.

Hay muchas cosas grandes y sagradas por las que sufrimos y nos lamentamos, y la vida es tan corta para tanto lamento. Trata de pensar con la mente con que la Iglesia piensa. Si lo haces no te cansarás nunca, tu celo nunca se desalentará, la devoción vendrá a ti porque estarás retirando tu mente de cosas personales, quizás . . . cosas egoístas para depositarla en Dios y en sus intereses. No hay corrección, no hay secreto alguno que pueda disipar la tibieza como lo hace esta práctica (1).

¡No te preocupes! Deja que cada día se ocupe de sí mismo. Ante todo, comienza con amar a Dios con todo tu corazón y toda tu alma, segundo, agrádalo cada vez más, tercero, actúa con pureza de intención y luego no te preocupes de nada más que no sea esto. Déjale el resto a Dios. Acepta lo que Él envía con acción de gracias, ya sea amargo o dulce (2).

La paz es uno de los frutos del Espíritu Santo. Qué cuentas terribles tendrán que rendir los que turban y destruyen esa paz. Cuando la caridad prevalece, todos tienen un sólo pensamiento, todos piensan lo mismo, todos quieren lo mismo, que el nombre de Dios sea santificado, que se haga su santa voluntad, que venga su reino. Nos apreciaremos y estaremos los unos con los otros. Consideraremos al otro digno de nuestra estima y amor. La paz, preámbulo del paraíso, reinará en el Cenáculo.

“Felices los que trabajan por la paz, porque serán reconocidos como hijos de Dios” (Mateo 5, 9). Oremos para que cada uno de nosotros pueda cualificar para ese honor y esa gracia, para ser el pacificador y el ángel de Dios en nuestra casa. Un pacificador puede exclamar verdaderamente: “O, Señor, la iniquidad no está en mi

corazón ni en mis labios.” Mis queridos hijos, traigo tantas cosas para ustedes para depositar en ese maravilloso almacén de gracias, el adorable Corazón de nuestro Divino Señor. Ruego, de manera especial, para todos y cada uno, que obtengan el glorioso título, “Un hijo de Dios” (3).



Jueves: décima tercera semana del tiempo ordinario / Las contradicciones y la gracia de Dios

Conferencia a los Siervos Misioneros, agosto de 1917, MF 8600.

Algunas veces, como bien saben, sentimos dentro de nosotros esa lucha entre nuestra naturaleza superior y la inferior . . . entre el espíritu y la carne . . . Algunas veces nos sentimos como si la gracia no nos acompañara, como si no estuviera presente en nosotros. Hay momentos en que el orgullo se levanta en magnífica rebeldía, cuando nuestros sentimientos ultrajados nos dominan. Hay momentos así. Es entonces que nos domina la tentación, el orgullo. Esos momentos nos muestran la necesidad de permanecer siempre alerta y de orar siempre. Estos momentos nos prueban que la gracia habita en nosotros, pues si la gracia no habitara en nosotros, no sería tan difícil hacer lo que está mal. Si estuviéramos acostumbrados a hacer lo que no está correcto, la conciencia estaría muerta . . .

Pero esa lucha que algunas veces sienten, ese motín — no se desanimen, mis queridos hijos, más bien, alégrese. Estas cosas son solamente las gracias de Dios. No hay duda de que van a ser tentados. No piensen que van a escaparse. Unos serán tentados contra esta virtud, otros contra esta otra y, mientras vivan, eso ha de suceder. Algunos días estarán en la cima, otros estarán en la profundidad de la miseria. Los ángeles levantarán sus espíritus, los demonios los tirarán al suelo. Un día gozarán de la luz del sol, otro día se encontrarán en las tinieblas. Algunos días se encuentran tan cerca de Dios que piensan que Él los está abrazando y, de nuevo, se imaginan, casi hasta la desesperación, que son rechazados, pensando que Dios no puede perdonarlos. La tentación es todo esto.

En medio del abatimiento, de la perturbación, la lucha, el batallar y la inquietud, la voluntad debe

mantenerse firme y en calma, concentrada en esto solamente: Dios mío, te quiero a ti y solamente a ti. Quiero tu amor y nada más. Si es tu voluntad que yo tenga que pasar por esto, me siento satisfecho. No me abandones, no espero ningún consuelo, no pido ningún bienestar . . . ningún alivio, ninguna señal, ningún sosiego, sólo pido ser te fiel, todo lo que pido, o, mi Dios, es que tu gracia no se desperdicie en mí. Ten piedad de mí.

(Debemos ser) como una roca en medio de un mar tormentoso. Las olas baten contra ella, por encima de ella, pero, la roca permanece allí, y cuando el agua agresiva disminuye y llega la calma, la roca aún está allí. Lo mismo debe suceder con nuestra voluntad. No importa que parezca que nuestra mente se vea dividida, no importa cuán distraídos estemos, no importa que nos encontremos sobre las nubes u ocultos en la sombra de la oscuridad, esto lo debemos saber, que amamos a Dios y que lo queremos. Si se sienten así, son como esa roca en medio de las aguas.

Solamente mantengan la calma, estén tranquilos. Cuando Dios lo crea conveniente, Él le hablará a los demonios. Sigán con sus prácticas espirituales, tengan confianza en Dios y recuerden que la fortaleza viene después de las humillaciones . . . Éstas los fortalecerán y los refrescarán.



Viernes: décima tercera semana del tiempo ordinario / La Preciosísima Sangre

Artículo en el Holy Ghost Magazine, julio de 1923, MF 1183.

La Preciosísima Sangre de Jesús, ¡cuánto le debemos! No hay nada agradable y bueno que no hayamos obtenido mediante la Preciosísima Sangre. Es a través de la Preciosísima Sangre que Dios nos habla, nos bendice y nos promete gozos eternos. Por mediación de ella nos (llegan) favores espirituales y temporales. Es la fuente de nuestra paz y de nuestro consuelo ahora y el fundamento de nuestra esperanza en el futuro.

Conocerla y amarla, es conocer y amar nuestros mejores intereses aquí y tener estima por la esperanza de una eternidad bendita. Cualquier cosa que adquiramos . . . mediante la falta . . . de aprecio por la Preciosísima Sangre es una pérdida y es un mal. Nuestra tarea diaria

deberá ser estudiar, pues, la Preciosísima Sangre. Nunca se deberá dejar pasar una oportunidad de conocerla y amarla más.

La historia de la Preciosísima Sangre pertenece a todas las épocas. Para trazarla a su origen, debemos retroceder, siglo por siglo, volver atrás, atrás, a través de una procesión interminable de Papas, antes del nacimiento de las naciones del mundo moderno, volver atrás antes de los tiempos de la visita del Ángel Gabriel a la Inmaculada Virgen María, de la larga fila de los patriarcas y profetas que la pronosticaron, aún antes del jardín del Edén – sí, mucho antes. Inclusive antes de la misma creación, mucho antes cuando sólo existían Tres Personas, y estas tres en un sólo Dios, la bendita y adorable Trinidad.

Ahí se encuentra el origen de la Preciosísima Sangre, ese misterio y esa eternidad sin límite de duración, esa vida adorable que no conoce principio ni fin. Aquí encontramos el origen de la Preciosísima Sangre, podemos trazar su historia en el océano de la mente de Dios, sin caminos, impenetrable, insondable. Piensen en esa vida eterna de Dios, sin fin, sin medida, en el engendrar eterno del Hijo por el Padre, en ese Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo. La vida inefable dentro de la divinidad es la Preciosísima Sangre. Sabemos que uno de los pensamientos eternos de Dios fue la Preciosísima Sangre. Era parte de su sabiduría, parte de su gloria, parte de su bienaventuranza desde toda la eternidad. Fue por siempre parte de la felicidad de Dios.

El Espíritu Santo nos revela un pensamiento que estuvo en la mente de Dios desde toda la eternidad, un pensamiento que nos demuestra la adorable bondad de Dios para con la raza humana, un pensamiento abrumador que nos atemoriza y nos llena de adoración y gratitud al percatarnos de que la naturaleza humana recibió tanto del Consejo del Dios Trino. Ésta resulta ser una condescendencia y una revelación asombrosa. “Tengo que recibir un bautismo, y qué angustia siento hasta que se haya cumplido” (Lucas 12, 50). Estaba en el plan divino que el Creador formara parte, podríamos decir, de su propia creación y que una persona creada tuviera que, real y verdaderamente, asumir una naturaleza creada y nacer de una madre creada. Esto es lo que llamamos el misterio de la Encarnación.



Sábado: décima tercera semana del tiempo ordinario / La humildad

Retiro-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 6 de agosto de 1915, MF 8357.

“Aprendan de mí que soy paciente y humilde de corazón” (Mateo 11, 29). “Dios resiste a los orgullosos y concede gracias a los humildes” (Santiago 4, 6).

Debemos relacionarnos con nuestro Señor como una persona real. Algunas veces no nos esforzamos con todo nuestro corazón al relacionarnos con Dios. Añádanle corazón a sus oraciones y abriguen un sentimiento personal de amor a Jesús. Hay poder en esas palabras del texto que hemos citado, son las palabras del modelo y, por lo tanto, no es difícil seguirlas, pues Él está cerca de nosotros. Dios ama más a los humildes y todos nosotros queremos que Dios nos ame.

En la vida espiritual hay tres estados, el de purgación o de arrepentimiento después de haber pecado por mucho tiempo, el de iluminación, o de adelanto en el camino hacia Dios y el de perfección cuando el alma queda ya santificada. Esta es la escuela de la virtud. Ustedes desean que Dios todopoderoso les ame cada vez más. Dios resiste a los orgullosos, a los que se aman desordenadamente a sí mismos. Creen que fueron formados de cierta clase de barro, un tipo de barro superior.

Nosotros sólo tenemos derecho a la vergüenza. Lo que poseemos no es más que bajas inclinaciones y son nuestros pecados. La humildad es caer en la cuenta de nuestras relaciones con Dios, sabiendo muy bien que lo que tenemos es sólo por la gracia de Dios. La humildad no es aplicarse uno mismo calificativos, esto puede ser un tipo de orgullo muy sutil. Dios nos ha concedido todos nuestros dones y el puede retirarlos en cualquier momento. Las personas orgullosas son curiosas, envidiosas, imposibles, dominantes, productoras de enredos, deseosas de recibir más atención que los demás, no ceden, se hieren con facilidad y creen que todo el mundo está en su contra. No hay nadie que se sienta más miserable e infeliz que una persona orgullosa. Lucifer fue maldecido por su orgullo. . . .

Cualquier persona puede ser orgullosa, pero, no importa el alto puesto en que esa persona se desempeñe, Dios puede causar su destrucción. En el Evangelio del fariseo y el publicano, Dios rechazó al fariseo en razón de su orgullo, mientras, por otro lado, exaltó al publicano

humilde. La Santísima Virgen exclamó, “Porque se ha dignado mirar a su humilde esclava” (Lucas 1, 48) y ella nunca cometió un pecado.

¿Alguien, alguna vez, les ha escupido en su cara? ¿Les han pegado en la cara? ¿Les han tratado como a un tonto? Dios soportó todas estas cosas para enseñarnos a ser humildes.

Si quieres agradar a Dios deberás comenzar con agradar al Sagrado Corazón e imitarlo. Jesús dijo, “Aprende de mí que soy paciente y de corazón humilde” (Mateo 11, 29). Es siempre a los humildes que la Santísima Virgen y Nuestro Señor han acudido. No han acudido a los que se buscan a sí mismos, sino a los humildes.



Lunes: décima cuarta semana del tiempo ordinario / Nuestra santificación

1. Carta al Hermano Augustine (Philips), 8 de abril de 1924, MF 12145. 2. Conferencia a los Siervos Misioneros, 10 de mayo de 1924, MF 856-57.

¡Qué muchas razones se han sumado este año para que demos gracias y alabemos a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo por los dones y favores que hemos recibido! Cada uno . . . llevará cuenta de los favores personales que se les han concedido para dar gracias por esos dones particulares. Qué narración interesante resultaría si se pudieran desglosar y abundar sobre ellos. Hay una bendición que se destaca sobre las demás de tal manera que hay que decir algo especial sobre ella. Es la perfección marcada de todo el movimiento del Cenáculo, un progreso espiritual muy notable que se observa como manifestación clara de la voluntad de Dios de que los Siervos Misioneros se entreguen generosamente, totalmente a una forma de vivencia de una vida religiosa más perfecta.

El comienzo de esta entrega debe ubicarse en un amor más grande a Dios y un celo mayor por la salvación de nuestras propias almas. Yo recomendaría, entonces, que todos y cada uno de ustedes estudie y medite mucho sobre la diferencia que existe entre la salvación del alma y la santificación de ustedes.

Dios quiere, verdaderamente, que todos se salven, pero Dios abriga un deseo más exigente — que el hombre debe santificar su alma. Pues, “la voluntad de

Dios es que se hagan santos” (1 Tesalonicenses 4, 3). La manifestación más elevada de la voluntad de Dios para con nosotros se ubica en las palabras de nuestro salvador bendito, “Por lo tanto, sean perfectos como es perfecto su Padre que está en el cielo” (Mateo 5, 48). Tengan presente siempre este Evangelio de nuestro Señor. Debemos utilizarlo para medir, cuadrar y condicionar todo pensamiento, palabra y acción nuestra.

Un Siervo Misionero, por lo tanto, cobrará conciencia del valor y la importancia de los diferentes ejercicios de piedad, por ejemplo, la meditación, la lectura espiritual, las visitas al Santísimo Sacramento, el practicar la caridad y tener (una) práctica. Por mediación de ésta última, podemos cobrar conciencia de cuán sinceros, cuán interesados y cuán celosamente buscamos la perfección de nuestras almas. La historia de nuestro interés por el bienestar de nuestra alma se relaciona de cerca con el interés que ponemos en el bienestar de nuestra alma. Estoy muy ansioso de que todos tengan una práctica. . . y de que sean fieles a ella (1).

Tengan la seguridad que lo que ustedes están haciendo es muy del agrado de la Virgen Inmaculada, Madre de nuestro Salvador. Ella es la Reina de los apóstoles, uno de sus títulos más gloriosos. Podemos estar totalmente seguros que una de las cosas que ella nota por encima de todo lo demás, es el desempeño en el esfuerzo apostólico, que los que contribuyen a este esfuerzo apostólico, los que estén colaborando con él y especialmente los que participan en él, son muy queridos por el Inmaculado Corazón y objetos de sus oraciones poderosas.

Supliquen con ella, la Reina de los Apóstoles. Supliquen con ella por lo que ha obrado en el Cenáculo. Suplíquenle que los asista a ustedes, apóstoles de hoy en el Cenáculo, por lo que hizo para iluminar y para animar a los apóstoles de entonces (2).



Martes: decima cuarta semana del tiempo ordinario / Práctica: La paciencia y la caridad vistas a través de la pasión de Cristo

1. Uno de los primeros sermones de misión del Padre Judge predicado antes del 1917, MF 3767-69, 3954. 2. Retiro predicado a las

Hermanas, alrededor del 1905, MF 9014.

San Lucas nos pinta un cuadro de las injurias repugnantes que se amontonaron sobre Cristo Jesús. Todos se levantaron en rebelión concertada contra el hombre perfecto . . . todos se deleitaron en lanzar insultos al que nunca podían vencer. Todos pisotearon la grandeza caída y se vanagloriaron de acuerdo a su idea del triunfo, dónde tal triunfo no había ocurrido . . . La brutalidad del hombre es peor que la de los animales. Los insultos, las mofas y los golpes cayeron sobre el que sufría en la soledad – sin ser indefenso, pero no queriendo defenderse, sin ser vencido . . . sin ser impotente sino majestuoso en voluntaria sumisión para perseguir el propósito más elevado del amor. El hizo desaparecer la maldición de la humanidad permitiendo que ésta cayera sobre Él, el hombre perfecto, el Cristo, el Hijo de Dios . . .

Él oye los gritos. Él siente los golpes. Se contempla Él mismo traicionado y abandonado. Tiembla de fiebre y de agonía. Bebe la hiel y el vinagre. La mano de la muerte triunfante lo agarra por el cuello y por el corazón. Aparece ante Él un hombre colgado en una cruz, bajo un cielo oscuro en un ambiente tenso, en medio de un círculo de blasfemos. Jesús oye los gritos de la madre de aquel hombre a quien destrozan el corazón. El dolor de ella le duele más a Él que su propio dolor. Sus venas se han vaciado. Su cabeza está coronada de espinas y el hombre toma del cáliz hasta su fondo. Lanza un grito, “Padre, si quieres, aparta de mí esta prueba, sin embargo, que no se haga mi voluntad sino la tuya” (Lucas 22, 42). Contempla cómo los hombres y los demonios librarán muchas batallas para deshacer la obra de la Redención . . .

Cuando la cabeza del Cristo moribundo se hundió y se acomodó sobre su pecho, un gran gemido proclamó desde la cruz que se había efectuado la redención, *consumatum est*. Con lo terriblemente sagrado que ese último gemido de Jesús pueda ser, tiene, (para nosotros) . . . un significado personal específico. No hubo una sílaba ni un gemido escapado de sus labios que no estuviera pleno de verdad eterna y salvadora.

Ni una palabra se escapó de sus labios — ni una queja, ni un murmullo, ni expresión alguna de reproche, ni el grito agudo de una naturaleza sensible y adolorida. Bebía lentamente, consciente de su entrega voluntaria, la copa que su Padre le había entregado (1).

“Acérquense habitantes de Jerusalén y hombres de Judá, juzguen ahora entre mi viña y yo, ¿qué otra

cosa pude hacer a mi viña que no se lo hice? ¿Por qué esperando que diera uvas, sólo ha dado racimos amargos” (Isaías 5, 3-4). En el último día, nuestro Señor apelaré entre truenos a los que se han salvado y a los réprobos y les solicitaré que juzguen si Él pudo haber hecho más por su salvación que lo que de hecho hizo. El misterio de la pasión es la dádiva más grande de la bondad infinita de Dios para con los hombres y la más sorprendente manifestación de la sabiduría divina. Pues fue sólo la sabiduría divina, el poder y la bondad, lo que pudo producir un medio de reconciliar adecuadamente, la justicia divina con la misericordia divina (2).



Miércoles: décima cuarta semana del tiempo ordinario / El Sacerdocio y el Santo Sacrificio

Sermón predicado en la primera misa de un Siervo Misionero, 28 de febrero de 1932, MF 12261-64.

“Todo sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y le piden representarlos ante Dios y presentar sus ofrendas y víctimas por el pecado” (Hebreos 5, 1). ¿Cuáles son las cosas que pertenecen a Dios? Todas las cosas le pertenecen porque Él es el Señor de todas las cosas, pero hay una cosa que no le pertenece y esa es la perversidad del hombre. ¿Cuáles son las cosas que le pertenecen al hombre? Algo del encanto del mundo, algún santuario profesional, prestigio social, el éxito a veces adquirido a costa del honor y de la virtud. Pero bien sabemos que todo esto la polilla lo consume según afirma el santo Job, “Se deshace como leña carcomida, como vestido que se come la polilla” (Job 13, 28). Lo que pertenece a Dios en forma particular es la gloria de la divinidad, esa vida divina de la Trinidad y el amor de la perfección infinita de su Espíritu Santo.

La función del sacerdote es ocuparse de que el hombre se comporte de manera justa con Dios, que le rinda servicio en las cosas que le pertenecen, y que se ofrezcan sacrificios por el pecado. ¡O, pero esto es un trabajo enorme! Es tan enorme que es necesario tener un Sumo Sacerdote y un gran Maestro. El Padre eterno está muy inquieto. Por eso Dios envió a su Hijo unigénito, Jesús, al mundo. ¡O, el brillo de su gloria y la forma de su sustancia! Él, que se sienta a la derecha, en majestad y

altura, se convirtió en nuestro Redentor, en razón del misterio de la Encarnación. Siendo Sumo Sacerdote y Maestro, vino a enseñar. Vino a mostrarnos el camino. Vino a hablarnos del Padre y del amor del Padre. Vino a darnos una regla de vida. Vino para poder encarnar todo tipo de símbolo y promesa. Vino para ser, no solamente nuestro maestro, sino también para poder pagar por nuestro rescate. No hay perdón de nuestros pecados sin derramamiento de sangre, sin sacrificio, el gran fruto del sacerdocio. El sacerdocio es ese acto estupendo de la religión. Para poder entenderlo mejor y para que podamos profundizar más en el oficio del sacerdote, debemos de entender mejor la religión.

Nuestra religión exige que venimos obligados a hacer algo más que reconocer la majestad infinita, la dignidad infinita y el dominio infinito de Dios. Requiere que expresemos todo esto . . . en obras. Éstas . . . en razón de Dios, están relacionadas con adoración por lo que Dios es, por sus derechos sobre nosotros. ¡Debemos dar gracias por su infinita bondad, por su infinito poder! Pero hemos pecado, y por lo tanto la religión también nos exige actos de reparación. Todos éstos van unidos en un acto de culto conocido como sacrificio. El sacrificio es el acto principal de la religión. . .

Para ofrecer un sacrificio tiene que haber un altar, tiene que haber una víctima y un sacerdote. ¿Qué es un sacrificio? Es una ofrenda, completa o incompleta, de una víctima para mostrar la supremacía de Dios. Pero estamos bregando . . . con un Dios todopoderoso y podemos suponer que no hay nada demasiado valioso para ofrecerlo como víctima, como señal, como testimonio de su supremacía. La víctima que ofrecemos no es otra que Jesucristo, el dador, el autor y el fin de nuestra fe, “quien no hizo caso de la vergüenza de la Cruz, sino que fue a padecer en ella y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios” (Cf. Hebreos 12, 2).



Jueves: décima cuarta semana del tiempo ordinario / La institución del santo sacerdocio

Sermón predicado en la primera misa de un Siervo Misionero, 28 de febrero de 1932, MF 12263-64.

Él, sumo sacerdote, vino a ser nuestra víctima,

nuestro rescate. Vino a ser la víctima que satisfizo la voluntad de su Padre eterno. El hizo más . . . Por su amor a nosotros, perpetuaría el sacrificio que efectuó y lo perpetuaría por mediación del hombre. Sólo se necesitan dos cosas para que entendamos (este don infinito y eterno), primero, que conozcamos la infinita bondad de Dios . . . y, segundo, que entendamos nuestra propia incapacidad, nuestra miseria . . . y de la necesidad de una víctima . . . que ofreciera satisfacción por todos nuestros pecados . . .

Cuando ustedes ven a un sacerdote en el altar lo ven en el altar de Cristo quien se sacrificó personalmente en el madero de la Cruz. Es el mismo sacrificio de la Eucaristía, sin derramamiento de sangre. Recuerden, la víctima es Jesús y el sumo sacerdote es Jesús.

Procedamos al Cenáculo con Él, a la habitación superior. Allí están sus escogidos, sus apóstoles queridos . . . “Tomen y coman”, dijo . . . (Mateo 26, 26). Había ido allí . . . a refrescarlos, a iluminarlos, “tomen”, dijo, “tomen y compartan mi condición de Hijo. Participen en mi sacerdocio, continúen mi misión. Les encomiendo los secretos que he traído del cielo. Tomen y beban, ahora, mi Preciosísima Sangre.”

Consumiendo el cuerpo de Jesús y bebiendo su Sangre recibieron el poder esencial del sacerdocio. Es una doctrina de la Santa Madre Iglesia, que en esa noche memorable los Apóstoles fueron elevados a este santo estado y se les confirió el sacerdocio. Cuando Jesús dijo: “Hagan esto en memoria mía”, les encargó una misión.

Ahora ya son sacerdotes. “Reciban el Espíritu Santo” (Juan 20, 22). Tienen el poder y se les ha conferido ese gran ministerio. Les tocaba perpetuar este sacerdocio en su Iglesia y todos los que se ordenaran en esa Iglesia, iban a compartir igualmente en el sacerdocio de Jesús. El había sido tomado de entre los hombres y ordenado para los hombres en aquellas cosas que pertenecen a Dios, el oficio de los ordenados es ahora ofrecer sacrificio por los vivos, sacrificios por los difuntos. El sacerdote ha de recoger sus aspiraciones y sus suspiros espirituales. Él ha de incorporarse en medio de la Iglesia y exclamar: “Perdona, Señor, perdona a tu pueblo y no estés eternamente enojado” (Joel 2, 17). Ellos han de tomar el lugar de Jesucristo, han de personificar a Cristo. ¡No es de asombrarse que los Padres de la Iglesia no pudieran encontrar palabras para expresar su admiración por este ministerio! Algunos se atrevieron a decir . . . cosas jamás dichas. San Juan Crisóstomo afirmó, “¡Ni inclusive los ángeles y arcángeles poseen cosas como éstas.”

¡O, la dulzura, la bondad de nuestro divino Señor!

. . . ¡O, cuán agradecidos debemos estar en nuestra fe santa! Sólo hay una Iglesia, sólo una religión en el mundo, la Iglesia Católica, la santa fe de ustedes, porque sólo hay una víctima, un altar, un sacerdocio, el sacerdocio de Jesucristo.



Viernes: décima cuarta semana del tiempo ordinario / La promesa de la Preciosísima Sangre

Artículo en el Holy Ghost Magazine, julio de 1923, MF 11683-84, 11689

La primera revelación y promesa de la Preciosísima Sangre se concedió a la humanidad desde el principio. El comportamiento de nuestros primeros padres había sido necio y pecaminoso por lo cual perdieron el favor de Dios y el derecho a un nacimiento espiritual para nosotros. Hasta la naturaleza se reveló contra ellos, aunque, hasta ese momento habían sido sus dueños y señores. Una vez expulsados del jardín del paraíso y con un ángel en la entrada con espada llameante, entonces, Dios tuvo compasión de ellos en razón del peso del exilio, consecuencia del pecado y de su situación lastimera.

Les prometió algo que devolvió la esperanza a sus almas desesperadas, la promesa de que vendría alguien que repararía el mal que ellos habían causado, alguien que restauraría el orden de las cosas y obtendría nuevamente el favor de Dios para una raza pecadora. Prometió un redentor. “Haré que haya enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, ella te pisará la cabeza mientras tú herirás su talón.”

¡Qué grande . . . deberá ser el remedio que ha de proveer saneamiento, qué maravillosa deberá ser la liberación de los efectos funestos del pecado, qué maravilloso deberá ser ese Salvador que ha de liberar al hombre de los estragos, de la ruina de ese pecado y de sus consecuencias! “Haré que haya enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, te pisará la cabeza mientras tú hieres su talón” (Génesis 3, 15). Esta es la primera promesa de la Preciosísima Sangre.

La liberación está prometida, pero ha de efectuarse por mediación del derramamiento de sangre. “Según la Ley, la purificación de casi todo se ha de hacer con sangre,

y sin derramamiento de sangre no se quita el pecado” (Hebreos 9, 22). La preciosísima sangre . . . fue prometida y en razón de sus méritos, del valor de la satisfacción que aporta, del poder sobreabundante de su belleza por sobre la justicia y el enojo de Dios, se nos rescata de nuestra miseria y de nuestro destino a nosotros pobres pecadores y encontramos la paz y la reconciliación con nuestro Creador . . . infinito. Todo lo que esperamos o tenemos, nuestro rescate de la esclavitud del pecado, y la vida eterna, se lo debemos a la Preciosísima Sangre.

No se puede expresar con palabras el valor de la sangre de Dios. Hablamos de los dones de Dios. Son muchos y variados – sin embargo, muy por encima de esos dones maravillosos del Espíritu Santo y de sus frutos y los carismas, se sitúa el don de la Preciosísima Sangre.

Es ahora el momento y es nuestra obligación responderle al profeta, “¿Qué ganas con mi muerte?” (Salmo 29, 10). Vivamos y actuemos de tal manera que demos nuestra fe, nuestro amor, nuestro agradecimiento por el don inestimable de la Preciosísima Sangre. Enseñemos a los pequeños a conocerla y si no podemos enseñarles, cantemos sobre ella, y si no podemos cantar sobre ella, hablemos sobre ella. Que un fuego santo totalmente absorbente se adueñe de nosotros y nos absorba para extender el reino de la Preciosísima Sangre sobre toda la tierra.



Sábado: décima cuarta semana del tiempo ordinario / María y el sacerdocio

Artículo en el Holy Ghost Magazine, agosto de 1923, MF 814-815.

María es una Santa a quien todos le tenemos devoción, y ninguna devoción a ella debe ser mayor que la que le tienen los sacerdotes. Nuestra piedad no debe retarse de ninguna manera en este asunto. ¡Cuán penetrante y suplicante nos llega a nosotros este mandato, “Hijo, he ahí a tu Madre!” (Juan 19, 27) ¿No es un ruego de Jesús a nosotros? ¿No es éste el deseo piadoso del Sumo Sacerdote a su hermano menor, a quien ha forjado en un *Alter Christus* al interior de su sacerdocio eterno?

Él, el Hijo engendrado del Padre desde toda la eternidad, dirigió abundantes oraciones a este Padre Celestial. Es Él, en quien y por quien existen todas las

cosas y sin quien no existiría nada de lo que existe, el que nos increpó en los últimos instantes de su vida. ¡O maravilla de maravillas!, nos asombra que su última palabra que pronuncia, ya moribundo, parece ser una oración a sus sacerdotes, “Hijo, he ahí a tu Madre.”

¡Qué más santa ambición puede enorgullecer el corazón de un sacerdote que el de ejercer el ministerio de San Juan! El pequeño grupo de los discípulos amados en la sangrienta cumbre del Calvario se había dispersado. Quedan allí Jesús y su Madre. San Juan y Santa María Magdalena no están allí. Nos han cedido el lugar a nosotros. Es nuestro momento, es nuestra oportunidad de ubicarnos ahora al pie de la cruz y, mirando directamente al rostro con una aureola sangrienta por corona de espinas, de escuchar su adorable voz diciéndonos, “Hijo, he ahí a tu Madre.”

¿No nos ha dejado Él a ella en razón de los pequeños en la fe? ¿Quién les enseñará un amor y un conocimiento de la Madre de Jesús, si ese amor se marchita en el corazón de los sacerdotes? ¿Qué evangelio más hermoso podemos predicar los sacerdotes . . . que el de la Inmaculada Concepción, que el de la Virgen de Judá, que el de la Virgen Madre, que el de la *Mater Dolorosa* . . . que el de la Reina de los Santos, que el de la Madre de Dios?

¿Cómo podemos los sacerdotes ser precisamente sacerdotales sin una devoción ardiente a nuestra Bendita Madre? ¿Cómo podemos, inclusive, sentirnos agradecidos por nuestra vocación sacerdotal? San Bernardo nos dice: “Dios quiere que honremos a María pues “El ha depositado en ella la plenitud de todo bien. Si abrigamos alguna esperanza, alguna gracia o promesa de salvación, reconozcamos que todo procede de ella, quien goza de una superabundancia de delicias.”

¿Cómo quisiéramos nosotros sobreponernos a todo lo que hace peligrar nuestro honor sacerdotal! El secreto es María. ¿Cómo quisiéramos convertir nuestro sacerdocio en un rico tesoro dentro de la Iglesia! El secreto es María. ¿Cómo quisiéramos recoger de la porción de la viña encomendada a nuestro ministerio, una rica cosecha de almas para la vida eterna! El secreto es María. ¿Cómo quisiéramos tocar el corazón del pecador empedernido y obstinado! El secreto es María. ¿Cómo quisiéramos ser los protectores invencibles de los inocentes! El secreto es María. ¿Cómo quisiéramos ser luz y fuerza para los pequeños! El secreto es María. ¿Cómo quisiéramos ser un consuelo refrescante para las benditas almas en el purgatorio! El secreto es María. ¿Cómo quisiéramos tener una gloria especial entre los

elegidos que son sacerdotes! El secreto es María. ¡Cómo quisiéramos ganar una influencia rápida y poderosa con el Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María! El secreto es María.



Lunes: décima quinta semana del tiempo ordinario / La caridad

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 3 de agosto de 1912, MF 8312-13.

La Caridad es nuestra gran virtud porque es la gran virtud de Jesús. “Ahora les doy mis mandamientos: ámense unos a otros como yo los amo a ustedes. No hay amor más grande que éste: dar la vida por sus amigos” (Juan 15, 12-13). Estas son las palabras de nuestro Salvador bendito. Dios, en su misericordia, nos ha concedido la gracia de practicar esta hermosa virtud de Jesús en nuestros Cenáculos; desde el principio el Espíritu santo la ha hecho florecer. Le damos gracias a Dios por ello y oramos con ardor para que no muera nunca, pues sin ella (seríamos) unos inútiles en el trabajo apostólico.

Un apóstol que no poseyere caridad sería una monstruosidad; sería, más bien, un agente del espíritu del mal que un agente del Señor. Que nuestro querido Redentor nos libre de esta vergüenza y les proteja a todos de tal miseria. Ustedes están desempeñándose mucho en quitarle al demonio sus víctimas y yo siento miedo constante, no sea que este astuto enemigo de la salvación del hombre sea la causa de que alguien, aun inconcientemente, impida esta gran obra para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Hay un demonio de discordia, un espíritu de disensión que se empeña en crear divisiones entre los amigos devotos de Jesús. La historia del cristianismo atestigua esto, cada comunidad religiosa, cada asociación para la propagación de nuestra santa religión, todas las organizaciones caritativas, han tenido que atravesar por tribulaciones con respecto a esto. Yo le pido a Dios que nos libre de esto y que aplace el día de tales sufrimientos. Que no permita que ninguno de ustedes sea un instrumento de ese espíritu rencoroso.

Tenemos mucha razón para darle gracias a Dios por el gran espíritu de caridad entre ustedes que, en parte, es responsable del magnífico bien que ustedes realizan,

un bien que ha de aumentar, siempre y cuando la virtud de la caridad florezca con mucha fragancia entre nosotros. No hay nada que yo desee tanto o por lo cual ore con tanto ardor como lo es el espíritu de caridad.

La murmuración, la crítica, el chisme y otras artes impuras, se encuentran (poco) entre nosotros, gracias a Dios. Sería difícil imaginarse el daño que puede sufrir la obra de Dios si (alguien) se entregara a estos vicios diabólicos, si se expusiera al mismo peligro de ser utilizado como herramienta por el demonio de la discordia en contra de los intereses de nuestro Salvador.

Mis hijos, mis queridos hijos en el Espíritu Santo, que esto nunca les suceda a ustedes. Que siempre sean ángeles de paz, que demuestren siempre en sus vidas, que poseen de manera sobreabundante los frutos del Espíritu Santo — y uno de éstos es la caridad. Recuérdenlo, es también una de las virtudes teologales. Es el espíritu de Cristo, y les repito que el espíritu de ustedes no es el de Cristo, a menos que ustedes lo posean.

Que Él lo incremente en ustedes cada vez más. Protéjanlo celosamente. Practiquen la caridad con ardor, oren para no perderla. Oren para que crezca más y más . . . “Mis muy amados, amémonos los unos a los otros, porque el amor viene de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios pues Dios es amor” (1 Juan 4, 7-8).



Martes: décima quinta semana del tiempo ordinario / Práctica: La amabilidad

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 27 de agosto de 1930, MF 12455-56. (Los pronombres y los títulos religiosos se utilizan de forma general en esta meditación.)

¿Quién es la persona que es popular, que es querida? En cada casa hay una persona que es querida. A toda casa le llega esta bendición . . . El Espíritu de Dios envía a una casa al Padre Popular, al Hermano Amable, o a la Hermana Rayo de Sol, y todos los quieren. Cuando un religioso de estos se cambia de Cenáculo, deja un pequeño dolor en nuestro corazón, un pequeño espacio vacío . . .

Custodios buenos nunca solicitarán un religioso en particular y nunca rehusarán a un religioso. Aceptarán

lo que el molino del Cenáculo produzca. Tomamos a los seres humanos tal y como Dios nos los manda y hacemos lo mejor que podemos. Por lo tanto, un buen custodio nunca hará preguntas ni se quejará, pero es perfectamente legítimo que abrigue la esperanza en su corazón de que Padre Rayo de Sol, Hermana Popular o Hermano Amable toquen a su puerta . . . y cuando estas gentes amables llegan, entran como entra la gente buena. Por lo general tienen un poquito de hambre. Saben dónde encontrar algo de comer . . . De vez en cuando maltratan las reglas pero lo hacen de manera llevadera. El custodio puede exasperarse, pero no se ofende con la persona. ¿Por qué? Porque no traen problemas . . . son útiles . . . no añaden tareas. Buscan trabajo que hacer por su cuenta o encuentran a alguien que necesita su ayuda. Esas personas irradian la paz.

Hay quienes nos ponen los nervios de punta. Con ellos tenemos que refrenarnos. Hay que esforzarse para poder ser amables cuando se presentan, pero cuando este otro tipo de religioso llega, es otra cosa; son muy refrescantes, tienen una forma muy amable de no meterse en lo que no les incumbe, no curiosean o espían en nada, no investigan las cosas ni las trastocan . . . puede que de vez en cuando rompan la regla del silencio mayor, pero por alguna razón no nos produce coraje. Tienen buen corazón, son generosos, sencillos, cumplen con las reglas . . . son devotos, irradian paz . . . hacen brillar su luz. Cuando están en la casa ésta no parece tan sombría. Tal parece que suavizan las asperezas. ¿Cómo lo hacen? No lo sé . . . pero en ningún momento se están exhibiendo, en ningún momento lo que hacen es para sobresalir. Esas personas no hacen alarde de sí ante los demás . . . no intentan presumir. Demuestran que están sumamente agradecidos de ser Siervos Misioneros.

Siempre debemos ser misioneros . . . no debemos aparentar que somos . . . dietistas, agentes de finanzas, maestros. Debemos presentarnos, primero, como hombres y mujeres de Dios . . . como misioneros. Debemos causar en la gente la impresión de Siervos Misioneros. ¿Qué clase de impresión causan en la gente? Su espíritu es un espíritu amable, con el cual es fácil congraciarse. Poseen un espíritu encantador. Yo lo digo, tienen un espíritu que atrae. No hay nada en el espíritu del Cenáculo que repele. No actúan en forma austera como un santo penitente . . . como un reformador. Les deseo que adquieran el celo de ser el Padre Popular, la Hermana Amable, el Hermano Rayo de Sol. Ejérzense en eso, luchan por conseguir esto, el celo de olvidarse de ustedes mismos . . . Atraerán a las otras almas. Atraerán

vocaciones al Cenáculo, pero, no van ustedes a poseer la amabilidad hasta que no se olviden de ustedes mismos.



Miércoles: décima quinta semana del tiempo ordinario / El espíritu del mundo

1. *Carta a los Siervos Misioneros, 9 de enero de 1923, MF 7573-74.* 2. *Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 13 de julio de 1917, MF 8391-92.*

En ruta hacia Puerto Rico en el 1923 el Padre Judge escribió esto: Mi meditación esta mañana me transportó fácilmente a hacer actos de acción de gracias, no solamente por las bendiciones espirituales del viaje, sino también por las gracias que he recibido y que han recibido todos los que han sido salvados del mundo de la duda, la irreligiosidad, el error y los placeres. Me entristece mucho señalar que hay tantos que están tan alejados de la religión y me causa pena, de todo corazón, contemplar cómo se le roba a nuestro Señor y se le niegan sus derechos.

Mis queridos hijos, no tienen ustedes idea de cuán favorecidos y agradecidos son ustedes. Son tan abrumadoramente objeto de la generosidad de Dios, que nunca deben quejarse o murmurar. Dios ayude a los que tal parece no conocen ni aman a Dios.

Mis queridos hijos, recuerden que una de las gracias que se nos ha concedido es la de hacer reparación. Mientras más vivo, más me convenzo de la necesidad de esto. Oren y oren mucho por adquirir ese amor de Dios que ha de engendrar un corazón deseoso de hacer actos de reparación a Dios por la forma miserable y malagradecida con que las gentes lo tratan. Que los corazones de ustedes se inflen de agradecimiento a Dios para que Él, en su infinito amor y bondad, nos libre de una vida como la de los que, por sus acciones, aparentan no estar muy lejos de los animales (1).

Esta es la desgracia del mundo. El hombre no piensa en su corazón. El Espíritu Santo no habla a sus escogidos en medio del lujo y el placer. No hay esperanza de que reciban su mensaje ahí. No la hay. Cómo debemos compadecer a los que se ubican en esos lugares. No hay ningún pronunciamiento, ninguna prueba de que el Espíritu Santo ha de pronunciarse en esos lugares . . . Hay dos pasiones. Una es la de lo mundano, el amor a lo

pequeño, a lo suave, a las cosas dulces y delicadas del mundo. “No amen el mundo ni lo que hay en él. Si alguno ama el mundo, en ese no está el amor del Padre” (1 Juan 2, 15).

Los placeres (del mundo) y su música son tan encantadores. Su gente es tan simpática, tan atractiva, tiene tanto que ofrecer en cuanto a ropajes y en gozo. Su júbilo falso, aunque poco profundo, atrapa a muchos. ¿No sería algo terrible el que lo mundano les tentara? Existe ese peligro. ¿Cuál es el mensaje que Dios, Espíritu Santo les comunica? “No amen el mundo ni las cosas del mundo.” ¿Podría darse el caso de que un hijo del Cenáculo se convierta en mundano? Sí, es posible. En ustedes existe algo mundano inocente. Hay una vanidad mundana, un amor a la vida, un amor a la apariencia, un amor a uno mismo . . . Hay un amor a lo hermoso. El mundo conoce eso y ha de tentarlos, no con lo que es realmente bello, sino con lo que tiene la apariencia de lo bello . . .

Manténganse siempre en el temor y el odio al mundo, no sea que lleguen a ser tentados por lo mundano, aunque la tentación sea mínima. Teman y tiemblen al pensar que esto les pueda suceder, pues entendiéndolo, si les afecta esa parálisis, los favores espirituales se habrán de detener (2).



Jueves: décima quinta Semana del tiempo ordinario / La santa Eucaristía

Constitución original de los Siervos Misioneros, (1928), números 149, 169, 171, MF 14309 y 14312.

Habiendo Jesucristo instituido la Santa Eucaristía para alimentar nuestras almas, al igual que para nuestro sacrificio y, ya que por su mediación nos imparte la más preciada promesa de su amor, los Siervos Misioneros deberán estimar en sí mismos y cultivar la devoción más tierna a este adorable sacramento. Deberán acercarse a la santa comunión con una fe viva, con la más profunda humildad y con la pureza de corazón más grande y, no sólo eso, sino que deberán hacerlo diariamente (número 149) . . .

El Santísimo Sacramento es el centro y el sol de la vida espiritual. Es el alimento de nuestras almas

hambrientas y sedientas. Por lo tanto el Siervo Misionero . . . tendrá en gran estima todo lo que guarde relación con la Santa Eucaristía. En primer lugar honraremos a los sacerdotes por el poder que tienen sobre el cuerpo y sangre eucarísticos de Jesús. Siempre veremos en ellos al Sacerdote de Dios en el altar, no importa las limitaciones que tengan, (número 169).

En segundo lugar, el Tabernáculo ha de ser una atracción para los Siervos Misioneros. Aunque tengan que vencer algunos inconvenientes, inclusive desviándose algo de su camino en sus viajes, deben visitar una iglesia o una capilla oportunamente para adorar a Jesucristo, así multiplicarán actos de adoración, de alabanza, de acción de gracias, de reparación y de petición. Se unirán incesantemente al Santo Sacrificio que se ofrece, “desde que sale el sol hasta el ocaso” (Malaquías 1, 11), número 169. Además de la Misa regular diaria, deben asistir al Santo Sacrificio siempre que les sea posible y tratar de permanecer por lo menos hasta después de la Consagración. Se entiende que en esto ningún voto de obediencia debe desatenderse. De la misma manera, todos deberán asistir a la bendición del Santísimo Sacramento.

Estos ejercicios han de presentar una oportunidad para un recogimiento intenso y de unión con la Iglesia. Estos son momentos muy idóneos para orar por la Iglesia, por el Santo Padre, por los superiores en la Iglesia, en el Cenáculo Misionero y en la vida civil y para interceder por los vivos, por los difuntos y sobre todo, recordar a nuestros benefactores, (número 171).



Viernes: décima quinta semana del tiempo ordinario / La Preciosísima Sangre en las profecías

Artículo en el Holy Ghost Magazine, julio de 1923, MF 11685.

La promesa (de Dios) se convirtió en la esperanza atesorada y preciada del pueblo de Dios, que le sirvió de consuelo en sus sufrimientos. Fue la estrella que los guió en su travesía errante. El patriarca judío transmitía esta promesa a su hijo con anhelo fervoroso. Los profetas de la Preciosísima Sangre se fueron sucediendo unos a otros. A cada uno Dios le revelaba alguna circunstancia adicional de su venida y así se fue sumando

detalle sobre detalle. Era tema de conversación diaria, poetas escribieron y cantaron sobre ella. Los guerreros de Judá libraron batallas bajo su inspiración. Motivó a la juventud con los más altos ideales.

Las mujeres, especialmente, suspiraban por que la promesa se realizara. Era, entre ellas y sus hijas, el más elevado y santo de los secretos y, en las tiendas de campaña de Israel, las madres judías susurraban algo al oído de sus hijas . . . que encendía un fuego santo en sus ojos y una esperanza de expectación en sus corazones al pensar que quizás alguna de ellas llegaría a ser la madre destinada del Cristo.

Pero el Redentor no llegaba y los largos años pasaban, almas santas clamaban y clamaban a Dios, rogándole que viniera. Llegaron más profetas . . . y más y más se sabía de la Preciosísima Sangre, pero aún el Redentor tardaba. Estos profetas, hombres con visión concedida por Dios, escudriñaban la niebla del futuro. Vieron al Redentor . . . Revelaron los más mínimos detalles sobre Él, cuándo iba a nacer, dónde y cómo, las circunstancias en que ocurriría su nacimiento, su madre virginal, los pastores, los ángeles, la matanza de los santos inocentes, que el Mesías sería manso y humilde de corazón, que iba a presentarse humildemente en mansedumbre . . .

Las circunstancias de su Pasión y de su muerte en particular, ya eran conocidas . . . Nada de sus sufrimientos, el que se convertiría en el reproche de su pueblo e, inclusive, que se apostaría por sus vestiduras . . . se les escapó a ellos — David había visto esto y lo había proclamado en su tiempo, “Han traspasado mis manos y mis pies y contaron mis huesos uno a uno. Reparten entre sí mis vestiduras y mi túnica la tiran a la suerte” (Salmo 21, 17-19).

Si Judas y los sumos sacerdotes leían correctamente las Escrituras, sabían que el profeta Zacarías ya había anunciado por cuánto dinero lo iban a traicionar, “Y me dieron treinta monedas de plata” (Zacarías 11, 12). Por siglos y siglos antes de que llegara el Redentor estos profetas habían mostrado el crucificado al mundo.

Tan maravillosa es la Preciosísima Sangre que supera por mucho a lo maravilloso. Es adorable porque es la Sangre de Dios . . . la gota de la preciosa Sangre que corre en el cáliz después de la comunión del sacerdote, es tan adorable como el Dios Trino ante quien los ángeles se cubren el rostro y con todo el coro de la corte celestial cantan “Santo, Santo, Santo es el Señor Dios, el Todopoderoso, el que era, es y ha de venir” (Apocalipsis 4, 8). ¡Qué fe es la nuestra! Sólo una fe venida del cielo

puede dar testimonio de esa verdad y poseer esa verdad es prueba invencible de que nuestra fe nace en el cielo.



Sábado: décima quinta semana del tiempo ordinario / El espíritu del Cenáculo Misionero

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 27 de abril de 1919, MF 3646-47. En junio 1 del 1983 se adoptó el párrafo núm. 4 como conclusión a la Regla de Vida del Cenáculo. (Se hizo una adaptación de los pronombres en esta conferencia para que fueran aplicables a todos los miembros de la Familia del Cenáculo).

¡Qué muchas son las cosas por las que tenemos que darle gracias al buen Dios . . . ! Si los Siervos Misioneros continúan viviendo de acuerdo al alma y al Espíritu de este Cenáculo, esta bendición de Dios . . . será una herencia para los candidatos numerosos que vendrán detrás. Qué motivos tenemos, entonces, para ser más fervorosos, para renovarnos en el espíritu del Cenáculo. Permítanme pues, que les inste a todos a una práctica más generosa de las virtudes del Cenáculo: sencillez, prudencia, humildad, caridad, sacrificio (abnegación), y paciencia.

Recuerden con frecuencia los objetivos de nuestra pequeña (familia), las razones nobles por las cuales los Siervos Misioneros deben entregarse en el espíritu del Cenáculo: en primer lugar, para extender e impulsar a un mayor conocimiento, amor y adoración del misterio de la Santísima Trinidad; esforzarse de manera particular para que la devoción y adoración a la Tercera Persona se incremente . . . Extender la devoción a la Santa Agonía de Jesús, procurar que se exalte su Santo Nombre, orar por el Santo Padre y por el sacerdocio, laborar asiduamente mediante la oración y buenas obras por la conversión de los pecadores . . .

Qué mejor oración puedo ofrecer por ustedes, qué mejor deseo puedo tener por ustedes; qué más divina inspiración puede ser incitada en ustedes, que el que se perfeccionen en el espíritu y virtudes del Cenáculo, que vivan y mueran sencillos, prudentes, humildes, caritativos, hombres y mujeres sacrificados, pacientes, abnegados, verdaderos Siervos y Siervas de la Santísima Trinidad, con sus vidas empleadas y consagradas al servicio de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, hombres

y mujeres que han entrado en los sufrimientos de Jesús y le han proporcionado consuelo; que han hecho que su Santo Nombre sea respetado y adorado, cuyos corazones laten al unísono con el corazón de la Iglesia, cuyas oraciones, trabajos y mortificaciones se han unido a las oraciones de Jesús para la salvación de las almas.

Piensen bien todo esto. Háganse responsables del futuro del Cenáculo. Recuerden que como ustedes son, otros serán. Qué legado más hermoso pueden ustedes dejar que el ejemplo de una vida fragante, rica en las tradiciones del Cenáculo. Esto quiere decir que, aún después de su muerte, continuarán su apostolado a través de los que han sido atraídos al servicio de Dios por las virtudes de ustedes. Ésta será mi oración constante por ustedes; háganla ustedes también objeto constante de su esfuerzo. (Conclusión de la Regla de Vida del Cenáculo, 1 de junio de 1983).

Que sea del agrado de nuestro Salvador concedernos una abundancia del espíritu de nuestro estado, un aumento de nuestra fe, esperanza y caridad de manera que seamos, siempre y en todo, Siervos Misioneros de la Santísima Trinidad más sinceros, más humildes, más verdaderos y más eficientes.



Lunes: décima sexta semana del tiempo ordinario / La virtud de la religión y la Misa

1. Sermón predicado en la primera misa de un Siervo Misionero, 28 de febrero de 1932, MF 12261-62. 2. Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 1914, MF 3702-03

La religión es la madre de todas las virtudes morales . . . la piedra angular y la primera de todas las virtudes (morales). La religión . . . impulsa nuestra voluntad a ofrecer sacrificios a Dios para su honor y su gloria . . . La religión está ligada al primer pensamiento que tenemos de nosotros mismos y de Dios. La primera noción que tenemos de nosotros es ésta: que somos impotentes y dependientes. Aun la razón pura nos indica que existe un Dios y la fe también nos lo afirma.

Lo primero que pensamos entonces, es que necesitamos de alguien que nos ayude y, de ese depender brota . . . la razón de ser y las obligaciones de la religión. Nosotros no nos pertenecemos a nosotros mismos.

Tenemos un Creador, el Señor todopoderoso, el gobernante y quien hizo todas las cosas y, precisamente porque es nuestro creador y porque somos sus súbditos, se nos imponen deberes que la religión determina.

Los deberes se resumen en una palabra: “culto” y la base del culto es ésta: es necesario venerar la majestad divina . . . La religión nos afirma que debemos rendir ese culto, esa reverencia y nos explica por qué. En primer lugar porque Dios es infinitamente perfecto. Es un océano pleno de vida y existencia perfecta, sin orillas ni límites. ¡Sus perfecciones divinas son incomparables, inagotables, inexplicables!

Se le debe homenaje inagotable a Dios, solamente por ser quien es, por la infinita dignidad que posee. Verdaderamente podemos exclamar con el salmista, “Señor, ¿quién hay como tú?” (Salmo 34, 10). No hay otro que posea derecho sobre mis servicios como lo posees Tú. Fuera de ti no hay otro que pueda merecer mi adoración, mi amor y mi culto.

Reverenciamos, entonces la bondad, grandeza, majestad y dominio de Dios por mediación de la religión. Por otro lado, al pensar sobre nosotros mismos descubrimos que somos muy débiles, muy poca cosa . . . tan desvalidos, tan dependientes . . .

¡Ay, la fe nos ayuda si es que sabemos que Dios es el Rey de los Reyes y el Señor de los Señores, que la tierra y su plenitud le pertenecen! Los pobres hombres son sólo sombras. Están constituidos sólo de polvo y cenizas, como la flor que brota y huye de la luz y la sombra . . . Pero Dios es la fuente de toda luz y de todo poder creador. Toda energía, toda actividad procede de Él. Él es el Dios supremo y el dueño del mundo (1).

Todos los días, en el augusto sacrificio de la Misa, el sacerdote eleva la Sagrada Hostia ante el pueblo y dice: “He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.” Antes, dándose golpes en el pecho, el sacerdote dice: “O Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros . . . danos la paz.” Esta oración se ha repetido en la Iglesia por siglos. Los fieles la dicen con el sacerdote . . . Nunca antes había tenido el mundo necesidad tal de orar como la tiene hoy . . . A medida que Dios bendice a las naciones, éstas han ido olvidándose de Él y de su Santa Ley y han intentado echar a un lado al Cordero de Dios en sus concejos deliberativos.

Levantemos nuestros rostros humedecidos de lágrimas al trono de la misericordia de Dios e imploramos al Cordero de Dios que nos conceda la paz (2).



Martes: décima sexta semana del tiempo ordinario / Práctica: No te lamente – el espíritu de moderación

Conferencia en un retiro a los Siervos Misioneros, 25 de agosto de 1930, MF 8711, 8714-15. (Se utiliza el plural al transcribir esta meditación para que sea aplicable a todos los miembros de la Familia del Cenáculo).

El individuo que murmura es un tipo peligroso. El que murmura sólo busca señalar faltas. Nuestro Señor no ama a los que murmuran porque estos no fomentan la paz. No son hijos de Dios. Algunas veces los que murmuran se ponen violentos. Consideran que los demás se le imponen. Que no se les aprecia . . . que no se les hace caso. Expresan sus puntos de vista de forma enérgica. ¿Sabes lo que dice la Escritura con respecto a esto? “Pero aquellos que no recibieron las pruebas en el temor de Dios, sino que expresaron su impaciencia y el reproche de su murmuración contra el Señor, fueron destruidos por el destructor y perecieron por mediación de las serpientes” (Judith 8, 24-25).

Los que murmuraron fueron destruidos por los destructores. Los ángeles destructores de Dios los aniquilaron. Algunas veces la murmuración es el producto de una enfermedad, de una disposición amargada, de un alma triste . . . Es posible, si estamos pendientes y nos observamos, que podamos eliminar esos elementos de nuestra disposición.

Los que se quejan tienden a formar corrillos . . . Eso no le agrada al Señor porque lesiona la autoridad . . . Los Custodios hacen las cosas después de orar y no pueden estar explicando todo el tiempo la razón de sus acciones. Los que murmuran reducen esto al nivel personal, se ofenden . . . Sospechan de todo. Tienen mentes raras . . . No sean ustedes así.

La virtud del buen humor es hermosa. Los que murmuran pueden ser malévolos, injustos, sarcásticos. Pueden picar, cortar y destrozar. Santa Teresa decía que las religiosas con una disposición alegre eran un don especial que Dios le concedía a una casa religiosa. ¿Qué clase de don resulta ser el que murmura? Ciertamente no es un don que proceda de Dios.

Cuando los criticones comienzan su faena todo el mundo se inquieta. Sólo el criterio de ellos es el que vale.

Todos los demás están equivocados. ¿No es cosa buena que no puedan ver a los ángeles guardianes porque encontrarían faltas en ellos también?

No creo que nadie se preocupe cuando un criticón se ausenta de la casa. Lo mejor que pueden hacer es irse con sus críticas y su mente condicionada a la búsqueda de faltas. Los criticones circulan buscando problemas y hasta que no los encuentran no están tranquilos.

Creo que el hábito más vulgar del mundo es el de encontrar faltas . . . Una mente malévola, critica y buscadora de faltas nunca es una mente constructiva. Un espíritu criticón siembra descontento y lesiona la caridad . . . Si tuviera que escoger entre una mente critica y una poco observadora me quedaría con la última. Ésta resultaría menos desastrosa para la casa, para la paz de la comunidad. Una mente critica es indicio de una disposición infeliz. No contiene nada de caridad, de solidaridad, nada, excepto un orgullo craso, una obstinación egoísta y narcisista. Es un espíritu que carece de toda flexibilidad. Es un espíritu que carece de visión . . . arrogante, un espíritu descontento y espantoso . . . Siento lástima por el religioso que se convierte en criticón. Me temo que todos se alegrarán cuando mueran y no estén en el medio y creo, además, que de todas las almas de los religiosos, sus almas serán las que se habrán de olvidar más pronto. ¿Por qué? Porque son una plaga en la casa, un estorbo, podríamos casi decir, la abominación de la desolación en un lugar santo.

Necesitamos coordinación. El que vive de los desperdicios no debe ertener a una familia bien ordenada.



Miércoles: décima sexta semana del tiempo ordinario / La bendición del sacramento de la penitencia

Conferencia en un retiro a los Siervos Misioneros, 24 de agosto de 1921, MF 12337-38.

Nuestro Señor vino al mundo para enseñar y, como nosotros, para atravesar por todo el conjunto de experiencias humanas con excepción del pecado. Descubrió que en el corazón humano se encuentran ciertos acordes, ciertos gustos y aversiones, cierta necesidad de compasión. Experimentó todos estos

gozos y sufrimientos — sólo la experiencia de cometer pecado le era desconocida. Llegó a sentir la necesidad de compasión. Buscó ayuda a la hora de su prueba. Descubrió que hay ciertos sufrimientos en el corazón humano que, a menos que se exterioricen, significan la muerte para el hombre.

Por lo tanto, para proporcionarnos un consuelo sacramental, Jesús instituyó el sacramento de la penitencia. Cuán profundamente tuvo Jesús que meditar en su corazón para instituir el sacramento de la paz y el consuelo que solamente la confesión puede proporcionar. ¡Los efectos provechosos de la salvación! ¡El alivio de la confesión! El penitente viene a ella afligido y sale bendecido.

¿Qué ha sucedido? El tiempo ha sido demasiado corto para un cambio tan enorme. Nos arrodillamos y decimos: “Bendígame, Padre, porque he pecado.” Entonces, cuenta la historia de su vida, desde su última confesión. Luego viene el acto de contrición. Después el sacerdote alza la mano sobre la cabeza del pecador y dice algunas palabras, algo maravilloso ocurre, más maravilloso que la salida del sol. “Tus pecados te son perdonados” (Mateo 9, 2). Y la persona se retira, dispuesta a no pecar más.

Fuera de la Iglesia la muerte es insoportable, la enfermedad odiosa. Se maravilla la gente ante la muerte de un católico, pero nosotros somos felices en nuestra muerte porque contamos con aquellas palabras: “Todo lo que desates en la tierra será desatado en el cielo” (Mateo 16, 19). El poder de desatar, de liberar de los pecados es algo maravilloso. El sacerdote tiene el poder de perdonar los pecados como también lo tiene Jesús, pero con esta diferencia: Jesús tiene el poder en sí mismo, el sacerdote por delegación. Los efectos, sin embargo, son los mismos.

Piensa en los tormentos que Jesús tuvo que sufrir para que nosotros pudiéramos tener el sacramento de la penitencia. A todos nos preocupa el examen de conciencia . . . Debemos pensar en lo bueno que es Jesús al proporcionarnos esta oportunidad. ¿Cuántos de nosotros realmente agradecemos a Jesús por permitirnos ir a confesarnos en el sacramento de la penitencia? Cuando ustedes acuden a confesarse reciben gracias infinitas. La gracia santificante es la que hace al alma más agradable a Dios. Adquirimos la gracia a través de la oración y de los sacramentos. Mientras más gracias recibimos más cooperamos con la voluntad del cielo. Así pues, debemos sentirnos hambrientos por recibir gracias.



Jueves: décima sexta semana del tiempo ordinario / Algunos problemas con la confesión

Conferencia en un retiro a los Siervos Misioneros, 24 de agosto de 1921, MF 12337-38.

En el cielo hay niveles de gloria. Mientras más gracias reciban más alto escalarán su lugar en el cielo. Debemos sentir un deseo de acumular gracias. La gente lucha por ganar algunos dólares, por adquirir algún terreno, cosas sin valor en sí mismas. Aguantan muchos sinsabores con el fin de obtener estas cosas. Ay, cómo debemos luchar por conseguir las gracias. Jesús dijo: “Busquen primero el reino de Dios” (Mateo 6, 32). Este debe ser el primer deseo, el deseo mayor. No hay mejor manera de obtener gracias que acudiendo a confesarse con frecuencia.

Descarten la idea de que sólo la gente muy mala necesita confesarse con frecuencia. No es cierto. Son las personas mejores las que van a confesarse con frecuencia. Hay un poco de amargura, un poco de humillación, una disciplina al acudir a confesarse. A todos nos preocupa el examen de conciencia.

Para poder oír tu confesión el sacerdote ha pasado muchos años de entrenamiento, más aún, lo consagró su obispo. Por lo tanto el Espíritu Santo está allí y lo guía. Así que cuando el afirma que no hay necesidad de preocuparse, que no hay por qué alarmarse, eso es así.

La gente que está fuera de la Iglesia objeta a la confesión. El sacramento de la penitencia es la cosa más fácil que existe en la Iglesia. Dios es el que está allí para oír la confesión, no el sacerdote. Siempre hay los que están molestos. Que procuren tener una visión más amplia. No hay necesidad de sacar a relucir viejas heridas. Algunos quieren sentirse como ángeles cuando salen de la confesión. Los ángeles no sienten, son espirituales, no tienen emociones.

Los escrupulosos sí vienen obligados a obedecer al sacerdote . . . Dios constituyó el confesionario como una corte. Él está allí. La Iglesia decreta con autoridad que el sacerdote tiene el poder de perdonar los pecados. La Iglesia nos remueve el pasado, sólo tenemos un futuro. Los escrupulosos son una tontería, más bien son falta de

un juicio saludable, una falta de fe. La gente dice: “Sí, Padre, pero quizás es que usted no entiende. Yo soy diferente. Es de esta manera.” No hagan eso. Cuando el sacerdote les dice que todo está bien, créanlo. El tiene una conciencia al igual que ustedes.

Intenten mantener una conciencia tranquila. Denle gracias a Dios por este hermoso sacramento y embellezcan sus almas acudiendo a él.



Viernes: décima sexta semana del tiempo ordinario / María y la Preciosísima Sangre

Artículo en el Holy Ghost Magazine, julio de 1923, MF 11685-86.

La promesa (de un Redentor) se convirtió en la atesorada y preciada esperanza del pueblo de Dios, consolándolo en sus penas, y siendo la estrella que los guiaba en su caminar . . . Entre los que oraban se encontraba una doncella de Israel llamada María. Su oración profunda, intensa durante toda su vida y la oración de los corazones elevados hacia Dios desde la tierra . . . había sido que llegara su Redentor. De todos los corazones devotos que elevaban sus plegarias, de todas las oraciones que llegaron al trono de Dios, ninguna fue tan reconocida . . . ninguna tan preferida y escuchada con tanta rapidez como lo fue la oración de María.

Fue particularmente la oración de María la que motivó a Dios a cumplir con su promesa de enviar un redentor. A ella le fue enviado uno de los grandes espíritus de la corte celestial con un mensaje, con las palabras que habían sido el deseo codiciado de toda doncella judía . . . ¡Qué perplejidad extraña contenía aquello! De entre todas las hijas de Israel, ella era la favorecida, ella, que por un acto voluntario suyo, se había dado de baja, hablando humanamente, de esa esperanza de ser madre del Cristo.

¿Qué era lo que ella había hecho? Un matrimonio, al tener hijos, poseía un sitio de honor en el pueblo judío; de hecho, la mujer estéril estaba en desgracia. Pero ella, iluminada por el Espíritu Santo tenía gran estima por la virtud de la castidad en grado extraordinario. Motivada por ese mismo Espíritu, había hecho un voto de virginidad a Dios en su juventud. Como un rayo de luz

que ilumina una recámara, el Arcángel Gabriel se apareció en su habitación, el Dios trino lo había escogido como embajador celestial, para conseguir el consentimiento libre de María y su cooperación en la gran obra de nuestra redención.

Jugaría ella un papel esencial. Ella vaciló ante el saludo del ángel. Con el recato de una doncella y con modestia angelical, pero para entender, sin parecer que iba contra la voluntad de Dios, (preguntó) “¿Cómo podré ser madre si yo soy virgen?” (Lucas 1, 34). El ángel respondió: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder divino te cubrirá con su sombra” (Lucas 1, 37) y le hizo saber que, por el poder de Dios y por su santa voluntad, ella iba a tener el privilegio de la maternidad con la gloria de la virginidad. Llena de adoración y de agradecimiento, inclinando la cabeza, contestó: “Hágase en mí tal como has dicho” (Lucas 1, 38). “Y el verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1, 14).

Fue el Espíritu Santo quien, al cubrir a María con su sombra, extrajo la Preciosísima Sangre de la sangre inmaculada de María. El fue el hacedor de la humanidad sagrada, a Él se le atribuye, especialmente, esa obra. El Inmaculado Corazón fue la primera fuente de la Preciosísima Sangre. María le sirvió de madre. Su divina vocación era servirle. La Preciosísima Sangre aparece en el mundo en ese momento, en ese maravilloso taller del Espíritu Santo. El Inmaculado Corazón de María ya comienza su obra de redención. . . . Pronto la encontraremos en la circuncisión y, más tarde, fluirá más abundantemente en su dolorosa pasión y muerte en la cruz.

El huerto de Getsemaní debe ser el santuario favorito de todo el que ama la Preciosísima Sangre, pues fue allí donde subió al máximo la primera ola de la sangrienta marea de la pasión.



Sábado: décima sexta semana del tiempo ordinario / El secreto del triunfo de nuestra Señora

Artículo en el Holy Ghost Magazine, agosto de 1923, MF 808-810.

“Desde ahora todas las generaciones me

proclamarán bienaventurada” (Lucas 1, 48). Ninguna declaración triunfal ha sido jamás tan avasalladora, tan asombrosa. La ambición humana jamás soñó con tales alturas . . . la lanza, la lápida, el monumento son testigos mudos y sordos de la gloria de épocas pasadas. Calladamente testimonian a los hombres ilustres que llegaron a tocar los corazones de la humanidad por un día. Ser grande, conseguir justa o injustamente un lugar en el salón de la fama del mundo, parece encerrar el conjunto de los esfuerzos del hombre. A los jóvenes se les impulsa a eso, debido a lo mismo se han derramado océanos de sangre humana. Los ambiciosos han causado lamentación a incontables miles de personas. Para ser grandes, para gobernar, han existido los que, aún en nuestro tiempo, están dispuestos a erigir sus monumentos . . . sobre las pirámides de huesos humanos. El poder y sus símbolos deslumbran las mentes de muchos. La muchedumbre adora a los poderosos . . . pero la historia enseña una lección infalible: la bancarrota de los ambiciosos. Desgraciado (aquel) cuyo olfato se intoxica con el incienso insípido del aplauso, porque lo que la multitud edifica hoy, lo derribará mañana . . . Sus dioses de ayer se convierten en demonios hoy.

Pero la ambición humana, en sus vuelos de más elevada fantasía, ha experimentado límites. El que se sentó en la orilla de un río lejano en oriente y lloró . . . porque ya no existía ningún imperio adicional para conquistar, nunca soñó con un reto que durara (toda) la posteridad . . . Asombrado ante la pequeñez de la grandeza humana y habiendo adquirido sabiduría a través de la meditación, uno de los emperadores cristianos más poderosos descendió de su trono y la mano que una vez empuñó el cetro, sostiene ahora el crucifijo. El que fue el primero en los consejos de guerra y de paz se arrodilla ahora al pie de un ataúd abierto para tener más presente y estar más seguro en sí mismo que las proezas y los triunfos de la grandeza humana están escritos en el polvo.

Generaciones que reflexionan se asombran, cuando por encima de las voces de los poderosos y grandes del mundo que callan, suena, a través de los siglos, una declaración triunfal que la ambición humana nunca intentó pronunciar. “Pues desde ahora todas las generaciones me proclamarán bienaventurada.” ¿Quién es la que afirma esto? ¿Quién se atreve a pedirte a ti o a mí el honor más grande que se le puede otorgar a una criatura, ser “bienaventurada”? ¿Qué derecho a nuestro respeto tiene tal persona? ¿Quién es la que ha triunfado donde los ilustres del mundo han fracasado? El mundo de los seres famosos, de los ambiciosos se levanta en

protesta y exclama: “No, esto no puede hacerse. Hemos luchado por ser grandes a través de las artes y las guerras, a través de la resistencia y la contienda sólo en nuestra región y sólo por pocos días, y hemos fracasado.”

El nombre de esa persona lo buscarás en vano entre los grandes de antaño y de ahora. No se encuentra entre los sabios de Egipto ni entre los clásicos de la historia de Grecia. No lo encontrarán en el recuento de los grandes hombres de Roma. ¿Quién dijo esas palabras? Y el asombro crece. Fue escasamente una niña, una doncella de Judá quien, casi hace dos mil años, anunció que todas las generaciones la proclamarían bienaventurada. El mundo se pasma sólo de pensarlo . . . Sus palabras han sido escudriñadas y examinadas. Han sido puestas a prueba durante siglos por los cínicos incisivos y cortantes. La filosofía ha tomado su peso y medida con exactitud. Inclusive la teología las ha pesado en la balanza inmutable e infalible de Dios. Y he aquí que han sido validadas por su sólido fundamento. En verdad, la historia en nuestros días las acepta como un hecho que sucedió, que se hizo realidad.



Lunes: décima séptima semana del tiempo ordinario / Esparciendo un espíritu misionero

Discurso pronunciado ante la Convención Nacional de Caridades Católicas, 1923, MF 824.

Nuestro bendito Salvador nos ha impartido instrucciones de forma admirable, perfecta, divina, de cómo deben ser nuestras relaciones con nuestro prójimo e, inclusive, de cómo comportarnos con Él. Nos ha entregado dos preceptos relacionados con la caridad, uno tiene que ver con Él mismo, el otro con nuestro prójimo. Él ya ha explicado quién es nuestro prójimo y cómo debemos estar a su servicio. A nosotros nos toca, entonces, poner en práctica nuestro sentido de responsabilidad moral para con nuestro prójimo: amarlo y ayudarlo en Dios y, me parece que el amor a nuestro prójimo es una medida segura y verdadera de nuestro amor a Dios.

Debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Este amor consiste en desearle las bendiciones, gracias y beneficios que desearíamos para

nosotros mismos. Como cristiano, tengo la obligación de programar mi vida de esta manera. Mi obligación como sacerdote (o religioso) es vigilar los derechos de mi prójimo para asegurar que éstos no sufran daño y debo ser muy celoso en instruir a los que mi ministerio afecta con respecto a sus deberes y relaciones con su prójimo.

Cualquier método . . . que ayude al prójimo en lo suyo debe ser bien recibido . . . (Nosotros), sin embargo, nos toca analizar e investigar esos métodos y observar diligentemente, cómo es que ellos ayudan al prójimo. Las necesidades espirituales del prójimo deben atenderse primero y ser siempre protegidas. Cualquier método que excluya los intereses del alma y no ayude al individuo a entrar en la realización del objetivo para el cual fue creado, es decir, la salvación de su alma, debe considerarse sospechoso y una amenaza al bienestar del prójimo. Las agencias y los agentes deben entrenarse de manera que sirvan, en forma ordenada, no sea que los intereses espirituales se expongan al peligro y sus necesidades temporales sean descuidadas.

No existe escuela alguna ni clase social más poderosa y eficaz para hacer el bien al prójimo, que la totalidad del conjunto de los fieles . . . el laicado. En la actualidad, hemos utilizado escasamente los esfuerzos de buena voluntad de nuestro pueblo católico en los Estados Unidos. Debe ser preocupación constante de los sacerdotes (y religiosos) en sus meditaciones, descubrir las herramientas para impulsar esta acción, dirigirla y conservarla. Son los fieles, como las aguas esparcidas en una pradera — una vasta inundación inútil. Si estas aguas se recogen y se canalizan se convierten en un poder tremendo para hacer el bien . . . pero, por otro lado, estas mismas aguas pueden llegar a convertirse en una fuente dañina de enfermedades. ¡Piensen en lo que se puede hacer con los desperdicios . . . los momentos de ocio en la vida de nuestra gente!

En el corazón de los hombres y de las mujeres se anidan grandes impulsos hacia el bien y es una pena que se les provea tan poca oportunidad de expresión. Ellos no pueden ayudarse a sí mismos. Tienen que ser dirigidos y las buenas inclinaciones tienen que ser alentadas y encaminadas a la acción.



Martes: décima séptima semana del tiempo ordinario / Práctica: La oración a Jesús en el Santísimo Sacramento

Carta-conferencia, 12 de junio de 1925, MF 9799-800. Artículo en el Holy Ghost Messenger, junio de 1929.

¿Qué debe evocar en nosotros la consideración del Santísimo Sacramento? En primer lugar, la fe . . . Luego debemos emitir, en el mismo espíritu, actos de alabanza. Alaben a Dios. Alábenlo por lo que Él es. Una de las frases más gloriosas en el ritual del santo sacrificio de la Misa se encuentra en el *Gloria*: “Te damos gracias, O Dios, por tu gloria, por tu majestad.”

La Iglesia nos enseña a experimentar gozo por la grandeza de Dios, a expresar admiración, sorpresa y júbilo por su gran poder y por lo grande que es. Debemos alabarlos en demasía. Es ese un acto esencial del culto. Ustedes saben lo que significa alabar a una persona, entonces, alaben a nuestro Señor. Alábenlo por el Santísimo Sacramento, alábenlo por su bondad, al habernos concedido el Santísimo Sacramento, alábenlo por lo que realiza en la familia humana y por lo que tiene lugar en la Iglesia por mediación del Santísimo Sacramento.

Añadan a estas alabanzas actos de acción de gracias, de amor, de adoración en razón de todo esto, porque es a través de la Santa Eucaristía que Él se une a nosotros para alimentar nuestras almas con la vida divina, porque es a través de esta unión que aumenta la gracia santificante y todas las virtudes en nuestras almas, porque a través de ella Él reduce las malas inclinaciones, nos extiende una promesa de vida eterna, prepara nuestros cuerpos para una resurrección gloriosa y, en el adorable sacrificio de la Misa, continúa el sacrificio de la cruz en su Iglesia. No se necesita pensar mucho para darse cuenta del diluvio de gracias y bendiciones que han de derramarse sobre nosotros a través de estas consideraciones.

Todos los católicos deben sentir estos santos sentimientos y disposiciones hacia nuestro Señor en el Sacramento de su divino amor. En verdad, tales sentimientos santos deben ser experimentados por todo amante de nuestro Señor Eucarístico, pero especialmente y sobre todo, por los Siervos Misioneros . . . quienes deben hacer actos de reparación por los pecados del mundo, por la audacia atrevida de los hombres que ultrajan la majestad de su creador, menospreciando y desobedeciendo su santa ley, por los pecados cometidos

contra la Santa Eucaristía y por los insultos dirigidos a la Iglesia, por nuestros propios pecados, por todo lo que ha quedado corto en nuestra reverencia a la Santa Eucaristía, especialmente este año pasado, por cualquier conducta impropia en sus templos, cualquier irreverencia, cualquier falta de cooperación con las gracias recibidas del Tabernáculo, por cualquier desaire u olvido de nuestro Rey Eucarístico. Esta es, en verdad, una razón para las alabanzas divinas (1).



Miércoles: décima séptima semana del tiempo ordinario / Extendiendo un espíritu misionero

Discurso ante la Convención Nacional de Caridades Católicas, 1923, MF 824-27.

La esperanza de nuestra generación recae sobre los fieles. Todos los grandes movimientos en la Iglesia provienen de los laicos. Es a ellos que acudimos para proveernos de sacerdotes, de nuestros religiosos consagrados que se encuentran en cada departamento de las caridades católicas. La pregunta suprema es, entonces, cómo extraer de cada trabajador católico un sentido de responsabilidad para con su prójimo. Es necesario que cada uno entienda cabalmente que, en realidad, él es el guardián de su hermano.

Así pues, es el deber de cada sacerdote y religioso, no importa en qué obra particular se desempeñe, despertar el interés del laicado. Hasta que esto no se logre, me parece que sólo estaremos volviendo a empezar . . . Cualquier programa . . . que no toma en cuenta las responsabilidades del conjunto general de los fieles para con la actividad misionera, y el enorme poder para el bien del hombre y la mujer en las esferas ordinarias de la vida, sólo especula y teje teorías. Sólo estamos escribiendo sobre arena . . .

Existe el peligro de crear una casta de trabajadores sociales. Se puede tener la impresión de que sólo los que tienen educación, que son cultos o que viven vidas cómodas pueden hacer el bien. Si a la gran parte de los fieles se les pudiera enseñar, que les corresponde a ellos diseminar su santa fe, que han de preocuparse por sus hermanos o hermanas más débiles, entonces estaríamos comenzando un gran movimiento misionero. No pueden

sino darse cuenta que la santa fe es todo lo que se les ha enseñado. Se darán cuenta, además, que esa es la santa fe por la cual hombres y mujeres han vivido y entregado sus vidas y que la pérdida de esta fe en ellos, o en otros, es la peor de todas las calamidades posibles.

Esta verdad es fácilmente asequible a la capacidad de los fieles, de hecho la andan buscando. Ha sido mi experiencia que la gente común y corriente produce, en verdad, grandes misioneros. Yo he tenido muchas conversiones, pero si les hablara con sencillez y candor, tendría que admitir que fueron otros los responsables de mis conversiones. Repasando mi experiencia misionera de años, tengo que confesarles que, en relación a los conversos que se acercaron a mí, yo sólo intervine en parte de su proceso. El primer agente de esas conversiones solía ser, por lo general, un hombre o una mujer en la oficina, en la tienda, en la fábrica, en la escuela o en la habitación del enfermo.

¿Cómo podemos lograr que cada católico sea un misionero, no importa en qué circunstancia se encuentre? Si esto pudiera lograrse se resolverían problemas engorrosos. Que el remedio deba corresponder a la necesidad, es un aspecto de suprema importancia que debe considerarse. Yo pongo esta pregunta ante ustedes. Les pido que se hagan cargo de la respuesta. ¿Qué puedo hacer para que todo católico sea un misionero?



Jueves: décima séptima semana del tiempo ordinario / La obediencia

Constitución original de los Siervos Misioneros (1928), artículos 124-125, MF 14306.

Dios posee la plenitud de la autoridad. Cualquier autoridad que posea el hombre le viene de Dios que se la comunica en la medida en que le sea necesaria. La obediencia religiosa consiste en esto: que obedezcamos a Dios por mediación de otro hombre.

La obediencia crea paz y unidad y conduce directamente a Dios. Los Siervos Misioneros de la Santísima Trinidad habrán de tenerla en gran estima y, aunque se destaquen más los talentos y virtudes de otros, deberán esforzarse por sobresalir y ser los primeros en la obediencia. Será de esa manera que estarán dispuestos a seguir espontáneamente las luces y los impulsos del

Espíritu Santo.

La obediencia es la virtud del triunfo. “El testigo falso quedará en vergüenza, el hombre obediente hablará de victoria” (Proverbios 21, 28). Esta virtud era, especialmente, la virtud de Jesús, quien vino a hacer la voluntad de su Padre y a salvarnos. Por mediación de la obediencia satisfizo el doble amor a su Padre y a sus criaturas, “Se humilló obedeciendo hasta la muerte, y muerte en una cruz” (Filipenses 2, 8).

La obediencia es una virtud fundamental. Cada departamento y toda la obra de la vida religiosa gira alrededor de ella como sobre un eje. Donde hay obediencia allí hay virtud y hay toda obra buena, donde hay desobediencia hay discordia y hay ruina. A través de la obediencia uno se acerca más al ejemplo de nuestro Divino Señor, el gobernante de cielos y tierra y también a nuestra bendita Madre, la reina de los hombres y de los ángeles. A través de la desobediencia nos acercamos al ejemplo de Satanás y a los demás ángeles desobedientes.

Dios aborrece la voluntad propia. Sus santos . . . sienten horror ante ella y la temen. Todo lo que es perverso y alejado de Dios puede atribuirse a la voluntad propia, pues ésta siempre está pronta a revelarse contra la autoridad, ya sea ésta humana o divina. La obediencia corrige y santifica la voluntad propia. Dispone a una facultad que está presta a realizar un mal trabajo, a que se convierta en una obra buena. La obediencia manifiesta la santa voluntad de Dios. Provee fortaleza para conquistar los enemigos del alma, espiritualiza nuestras acciones . . . Debemos cultivar un aprecio a esta virtud. Nos ayudará a ver a Jesucristo en la persona del Superior a quien obedecemos, y quien asume el lugar de Cristo.

El espíritu de obediencia debe extenderse a todos los asuntos, exceptuando el pecado. Estaremos haciendo violencia a nuestra voluntad propia que siempre tiende a ofender la voluntad divina y también iremos adquiriendo la obediencia perfecta que es, entre las virtudes, la más preciada, si es que llevamos a cabo exactamente lo que se nos ordena de acuerdo a la Constitución, sometiendo nuestra voluntad enteramente a la voluntad de nuestros superiores y nuestro juicio a su juicio, (siempre de acuerdo al dictado explícito de nuestras conciencias).



Viernes: décima séptima semana del tiempo ordinario / El derramamiento de la Preciosísima Sangre

Artículo en el Holy Ghost Magazine, julio de 1923, MF 11688.

Jesús se encuentra con su santísima Madre. ¡Qué reunión aquella! Uno de los profetas se expresó con relación a Él: “Semejante a aquellos a los que se les vuelve la cara” (Cf. Isaías 53, 3). Es cierto que es así, pues Él miraba a su madre a través de un enrejado, de una cortina de cabellos empapados con su sangre coagulada . . . Mi Jesús, ay, todo cubierto de sangre, de los salivazos de los blasfemos, y del polvo del camino. La única consigna del momento que se oye es: “Crucifiquenlo, crucifiquenlo”. . . (Juan 19, 6) . . . acompañada del deseo insaciable de ver correr su Preciosísima Sangre. Entre los profetas que hablaron sobre Él hubo uno que dijo algo lúgubre. Afirmó: “¿Qué ganas con mi sangre con que yo baje a la fosa?” (Salmo 30, 9).

¿Qué pensaron Jesús y María mientras se miraban mutuamente? . . . Alrededor de ellos circulaba el populacho blasfemo y sediento de sangre, se oían los chillidos blasfemos de sus enemigos, se notaba la prisa de éstos por verlo morir. “¿Qué ganas con mi sangre con que yo baje a la fosa?” Tenemos que contestar esta pregunta, pero, por el momento, nos apuramos pues es poco el tiempo que le queda al agonizante Corazón de Jesús y al compasivo Corazón de María para comunicarse.

Jesús sobre su cruz. ¡Qué poca misericordia exhiben sus verdugos! Por tres largos años han añorado este triunfo sangriento y ahora se proponen que el plan no pueda fracasar. Los largos clavos están fijos en su lugar, forzados, martillados a través de sus nervios temblorosos y de sus músculos y ligamentos contraídos. O, cómo la sangre brota a borbotones mientras estos hombres rudos y crueles halan, tiran y vuelven a tirar para que el otro brazo y el otro pie se acomoden en el lugar correspondiente para la crucifixión.

Cuatro grandes heridas sangrantes se le añaden ahora al chorro que brota de su cabeza coronada de espinas. “Sin derramamiento de sangre no se quita el pecado” (Hebreos 9, 22). Sin duda alguna el pecado es un mal terrible, cuando se necesitó derramar tanta sangre en expiación. Ay, como la cruz de nuestra redención se quedó enrojecida a lo largo de sus tres horas de agonía. De sus benditos labios brota una palabra que sigue a la

otra, luego, en la oscuridad sobre el calvario que se sigue haciendo más densa, se suspendió en el aire el destello de la lanza de Longino, el soldado romano. Se hundió en su Sagrado Corazón y derramó Jesús su última gota de sangre por nuestra Salvación . . .

La profecía . . . tenía que cumplirse. “¿Qué ganan con mi sangre?” Nosotros somos los que debemos contestar. ¿Cómo estamos empleando la sangre de Cristo? ¿Clama contra nosotros la Preciosísima Sangre? ¿Nos condena por nuestra falta de devoción . . . en el comulgatorio, por no comulgar espiritualmente, por nuestra falta de celo? Sin duda, todos deben ser apóstoles de la Preciosísima Sangre . . . un cáliz para elevarlo a través de las calles de la ciudad mediante comuniones frecuentes. ¿No debemos derramar lágrimas, no debemos pensar en nuestra propia indiferencia y en la indiferencia de los hombres y de las mujeres?



Sábado: décima séptima semana del tiempo ordinario / Diseminación de un espíritu misionero

1. Discurso ante la convención Nacional de Caridades Católicas, 1923, MF 826-27. 2. Conferencia a la Familia del Cenáculo Misionero, reunión de Pentecostés, 31 de mayo de 1924, MF 8479.

Estamos enfrentándonos a problemas que atormentan y que representan un peligro para la fe y la moral de tantas personas. La multitud que se afecta es como la arena a la orilla del mar. Con toda seguridad, la cosecha nunca ha sido tan abundante. En primer lugar, ellos deben poseer un espíritu grande. Entre todas las expresiones consagradas, no hay ninguna que sea tan santa y tan significativa como ésta, “el espíritu católico.” Lo que se necesita en estos momentos es, según mi opinión, un espíritu católico que penetre en todas las clases sociales y en todas las condiciones humanas . . . El espíritu católico no es otra cosa que una caridad encendida, un amor vivo y ardiente a Dios y al prójimo en la acción que se refleja en obras.

Debemos hacernos esta pregunta: ¿Qué tipo de expansión se podrá lograr a través de los métodos que utilizamos? El bien tiende a expandirse por sí solo. Estos métodos, sistemas y movimientos, ¿cubrirán, recogerán

e infundirán en el conjunto general de los católicos un espíritu misionero? Si no es así, me parece que estos métodos son inútiles pues estaremos educando a unos pocos para que hagan el bien cuando se trata de una necesidad que es universal. Estaremos creando una casta que puede considerarse favorecida y que está compuesta de los operarios profesionales de la Iglesia.

¿Qué se puede hacer para inspirar, motivar y guiar a los católicos comunes y corrientes, a que se envuelvan en la obra misionera en la providencia de su vida diaria? ¿Qué quiere decir la providencia de su vida diaria? Ustedes se encuentran con ciertas personas, tienen contacto con varias gentes o frecuentan ciertos lugares. Su vida se da dentro de ciertos parámetros y Dios está en alguna forma arropándolo todo.

Esto es lo que se llama la providencia diaria. Ésta es, sin duda, la providencia de cada uno que no se encuentra en nadie más. Es como la piel en su rostro; ésta es sólo suya, nunca nadie más la tendrá. Cada uno es el centro de un trozo particular de la Divina providencia. ¿Cómo podemos . . . lograr que la gente caiga en la cuenta que en su providencia diaria cada uno se convierte en la Iglesia Católica, que cada uno es responsable de la Iglesia, que cada uno debe actuar, luchar por la Iglesia, velar por sus intereses y abogar por su causa?

¿Cómo, en una palabra, podemos hacer que cada católico, no importa en qué circunstancia se encuentre, se convierta en un misionero? Si esto se puede conseguir, entonces cada uno de estos problemas exasperantes se resolverá (1).

Ustedes han de inspirar a otros con este espíritu católico . . . Es la voluntad de Jesucristo, entendiéndolo bien, que este fuego se propague y que se extienda a través de ustedes. Deben darle gracias a Dios por esta gracia, por haberlos seleccionado. Esta gracia debe hacerles sentir un santo y enorme gozo, saber que su Espíritu Santo ha de encenderse, ha de brillar en ustedes en razón de los demás y se ha de comunicar a otros a través de ustedes (2).



Lunes: décima octava semana del tiempo ordinario / Adquiriendo la virtud

Conferencia en el retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 7 de

agosto de 1915, MF 14127-28.

Vamos a continuar el tema de cómo adquirir las virtudes. Nuestro Señor nos enseña, desde el momento en que comenzamos a seguirlo . . . El es nuestro ejemplo y es nuestro modelo. Si es cierto que la belleza del cuerpo se puede realzar, es mucho más cierto que la belleza del alma también se puede realzar. Es nuestra esperanza y nuestro deseo que ustedes lleguen a convertirse en grandes espíritus ante el trono de Dios.

Hace algún tiempo estuve en Baltimore en ocasión de la consagración de un obispo. Se trataba de un desfile espectacular y, al contemplarlo, se me antojó pensar que representaba la procesión de procesiones, el momento de las personas salir de sus tumbas. Decidí en ese momento, que me convenía encontrar un buen lugar en aquella procesión. El cielo es un reino, Dios es el rey, pero si queremos un buen lugar en aquella procesión tenemos que contar con un amigo. Nuestra Bendita Madre será esa amiga, pues ella es la Reina.

En la inauguración de un gran anfiteatro pensé en el gran anfiteatro de ese último día — y en los espectadores que estarán presentes. Prepárense bien para ese día. Adornen sus almas. Glorifíquense ahora. Leemos en el Antiguo Testamento la forma en que Ester y Judith se adornaron para presentarse a hombres, pero ustedes se han de adornar para encontrarse con Dios. Harán acto de presencia ante todo el mundo reunido allí, para contemplarlos al ser juzgados . . . Ese día habrá de llegar y entonces todas las cosas mundanas resultarán inútiles. Adornen sus almas para encontrarse con Dios.

Pero ¿cómo pueden adquirir esta virtud? ¿Cómo pueden adquirir la fe, la esperanza y la caridad? Desarrollando un espíritu de oración, un espíritu humilde. Pero persiste un trasfondo de faltas diarias que obstruye el camino a la gracia y esto entristece al Espíritu Santo.

Escojan cualquier virtud que van a adquirir este año. Concentren sus esfuerzos en ella. Haciendo esto se habrán de santificar y descubrirán que es fácil adquirir otras virtudes.

Lean libros espirituales, lean la Biblia, etc., estudien todo lo que puedan acerca de la virtud. Agarren la humildad, por ejemplo. Consideren lo que Cristo hizo con respecto a ella, lo que hizo la Santísima Virgen, lo que hace algún amigo que ustedes conocen y en lo cual se destaca. Ellos tuvieron que atravesar por un proceso para adquirirla. La consiguieron mediante la práctica. Igual que es necesario llegar a dominar la mecánica de cualquier arte, así también es necesario ejercer los actos

de esa virtud para dominar su mecánica.

¿Resistiremos, entonces, las humillaciones? ¿Presentaremos excusas, o las aceptaremos como un medio para adquirir la gracia? Examinen su conciencia todos los días, especialmente respecto a alguna falta particular y en las virtudes que necesitan. Ruéguele a Jesús que les conceda la fuerza para sobreponerse a sus debilidades, pídanle esas gracias . . . Por último, consideren que el día en que no hayan sido humillados es un día triste y ese día procederán a humillarse.

Al mediodía practiquen el auto examen particular. Miren a ver en qué forma han fallado en esa virtud que han estado tratando de adquirir. Pídanle a Dios que les proteja de ustedes mismos. “Señor, protégeme de mí mismo, protégeme de mi propio orgullo, de mi propio egoísmo.” Vivan en la presencia de Dios. “Habla, Yavé, que tu siervo escucha” (1 Samuel 3, 9).



Martes: décima octava semana del tiempo ordinario / Práctica: El amor a Dios

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 6 de noviembre de 1914, MF 4234-38.

Recuerden que ustedes se están entrenando, no tanto para aprender éste o aquel arte, como para convertirse en apóstoles. Nunca olviden que éste va a ser su trabajo — salvar almas. Todo aquello que conduzca a desarrollar en ustedes un espíritu apostólico, misionero, será una gracia. Lo esencial de tal espíritu es el amor a Dios y al prójimo, el sacrificio y la fortaleza.

¿Qué se proponen hacer por ustedes mismos? Amar a Dios con todo su corazón y con toda su alma. Vivir y morir por ese amor. No satisfechos con esto ustedes quieren llevar a otros a que posean ese mismo amor a Dios. No hay fin en la vida que pueda ser más noble, más sublime o más sagrado. Para realizar esto con éxito deben, todos los días y a todas horas, quizás hasta con más frecuencia, refrescarse e inflamarse con esa intención. Deben crecer cada vez más en su santo amor exhalando repetidamente actos de amor a Dios. Piensen en las razones por las cuales deben amar a Dios. Rueguen por adquirir ese amor.

El amor logra que el trabajo se vuelva liviano, hace

que el sacrificio de cada cual se convierta en poca cosa. ¿Qué amor existe que se pueda comparar al amor de Dios? ¿Qué sacrificio puede existir como el que el amor de Dios les pueda inspirar? Laboren, oren y luchen por este divino amor. Clamen al cielo por obtenerlo, para que, por lo menos, puedan decir: “En Dios sólo descansa el alma mía, a ti te busco, mi alma tiene sed de ti, en pos de ti mi alma languidece cual tierra seca, sedienta, sin agua” (Salmo 62, 2) (1).

“Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda tu mente” (Mateo 22, 37). ¿Podemos amarlo por encima de todo lo demás? No sólo podemos amarlo sino que amarlo es nuestro deber supremo y la suma de todos nuestros deberes. No sólo podemos amarlo por encima de todo lo demás sino que esto resulta ser muy fácil — con la ayuda de su gracia que nunca falta. ¿No es cierto que resulte muy fácil amar un ser que es la belleza misma, la justicia y la bondad y quien es nuestro mayor benefactor y la fuente de toda perfección? El amor a cualquier criatura perturba, corrompe, esclaviza el corazón. El amor a Dios, sin embargo, ennoblece, calma y deleita, y no hay libertad tan perfecta como la de los que lo aman. ¿No es cierto que resulte extraño que necesitemos que se nos convenza de esto?

Dios exige nuestro amor por derecho, en razón del amor que nos tiene y los innumerables beneficios mediante los cuales Él prueba ese amor. El nos creó otorgándonos no solamente vida animal y poder, sino también concediéndonos un alma intelectual. Creó además el mundo visible para nuestro uso y, cuando el pecado de nuestros primeros padres nos hizo perder todos nuestros derechos y degradó nuestra naturaleza gloriosa . . . en la que Dios nos había creado, asumió, en un incomprensible exceso de su misericordia amorosa, esa misma naturaleza caída y nos redimió viviendo treinta y tres años de privaciones y sufrimientos y clausurando esa vida con una muerte maravillosa.



Miércoles: décima octava semana del tiempo ordinario / Extendiendo el apostolado laico

Carta a Ernest A. Burtle, seminarista, Kenrick, Missouri, 2 de marzo de 1923, MF 756-57.

Resulta conveniente señalar de antemano ciertas condiciones . . . que caracterizan nuestra época y que ponen en peligro la fe y la moral de nuestra generación, por ejemplo: una creciente inclinación hacia lo mundano, una extraordinaria búsqueda de placer, el resquebrajamiento de la vida del hogar, los problemas que afectan a los niños, la oposición creciente y el odio a la Iglesia, la indiferencia extendida a las enseñanzas de Dios que va en aumento y los ataques impíos a las leyes de Dios y a nuestra fe tradicional.

Las agencias de la irreligiosidad parece que conspiran en una forma particular para corromper y extirpar el espíritu de la fuente que habrá de nutrir la próxima generación, es decir, los niños de hoy. El niño americano común está en desventaja ante la lucha por sobrevivir, porque la vida de ojo avizor en el hogar de antes, ha ido desapareciendo. No hay duda que muchas personas se han ido retirando de la Iglesia en los últimos años. Sin lugar a dudas, muchos han perdido la fe, pero si perdemos a los niños, o si la influencia de la Iglesia sobre ellos decae grandemente, las consecuencias van a ser calamitosas para la religión en la próxima década.

Al presente hay dos tipos de trabajo misionero que son muy necesarios y urgentes: uno tiene que ver con la prevención y el otro con la reclamación. Los dos pueden realizarse a través de un laicado motivado, instruido adecuadamente, propiamente encaminado y espiritualizado por los sacerdotes. La esperanza de la Iglesia descansa, en estos momentos y mayormente, en ese laicado. Una acción espiritualizada del laicado es el remedio providencial para muchos de los males de esta época. Lo buscan obispos y sacerdotes iluminados y celosos para remediar los males de la actualidad.

Un apostolado de esa índole que se conoce por el nombre de “Cenáculo”, ha estado funcionando ya hace años. Durante este tiempo miles de niños han gozado de su protección y su vida espiritual ha sido salvaguardada bajo el manto de la influencia de los sacramentos y del Santo Sacrificio de la Misa. Gran número de adultos indiferentes se han rescatado del pecado y de su negligencia y se han encaminado hacia sus deberes religiosos. En muchas ocasiones el Cenáculo ha acompañado al pecador hasta el último momento de su vida, hasta su muerte, a su lado en oración por la gracia de su perseverancia final.

Todo esto, sin embargo, no representa la obra esencial del Cenáculo. Su principal esfuerzo consiste en **conseguir que cada católico se convierta en un apóstol.** La Iglesia cuenta con un gran tesoro de recursos y de

poder en la clase trabajadora y es dentro de ella que esta idea apostólica echa raíces profundas de inmediato. La influencia del hombre y de la mujer trabajadores, no se puede medir. Nuestra gente posee fuertes instintos hacia el bien y buscan el incentivo, el estímulo y la dirección. Es la misión de los Siervos Misioneros . . . animar a los que cuentan con buenas intenciones y dirigirlos.

Se entrena al apóstol común a llevar a cabo obra misionera en su vida diaria. Se le hace ver la influencia positiva que puede ejercer para hacer el bien. De hecho, se les enseña a ser concientes de que ellos mismos son la Iglesia y deben estar pendientes de los intereses y el bienestar de las almas en la providencia particular de su vida cotidiana.

Hay que darle gracias a Dios por el enorme bien que han hecho por la religión . . . oren por ellos . . . pues merecen que se les recuerde en las oraciones, ya que su obra misionera les exige sacrificios apostólicos constantes.



Jueves: décima octava semana del tiempo ordinario / La santa pobreza y la mendicidad

Carta a los Siervos Misioneros, abril de 1921, MF 645-46.

Una relación de nuestro trabajo no estaría completa sin hacer mención de nuestros recaudadores de fondos. Todos sabemos que este es un trabajo arduo y agotador . . . Yo ruego a Dios que derrame la gracia sobre ellos, por su trabajo diario, paciente y en muchas ocasiones por el trajín de las idas y venidas humillantes.

Yo les ruego que busquen consuelo en el gran bien que hacen. Este bien es múltiple, diverso, pero hay una fase que me parece es muy agradable a Dios . . . Todo lo que ustedes reciben, mis queridos hijos, es realmente una ofrenda a la religión. Ustedes piden en el nombre de Dios y de su santa religión y reciben en ese mismo nombre. Ustedes nos están haciendo a todos mendicantes . . . en razón de Dios. No debemos olvidar nunca que vivimos de la generosidad de los pobres.

Ustedes honran el estado de pobreza que el Hijo de Dios hizo glorioso, quien vino a nosotros pobre, necesítándolo todo. Esto lo hizo por nosotros. ¡O, bendita pobreza, que nos proporciona oportunidad tal de imitar su santo ejemplo! El trabajo que ustedes realizan

hace que nos fijemos en la abundancia de Dios y de su providencia que nunca falla para con sus amigos y sus siervos. ¿Quién ha recibido jamás evidencia más abundante de esto que nosotros? En verdad, si alguna vez nos hace falta confianza en Dios, debemos ser azotados. Él lo provee todo para que con más amor y confianza nos entreguemos a su servicio . . .

“No anden preocupados por su vida con problemas de alimentos o con su cuerpo por problemas de ropa. ¿No es más importante la vida que el alimento y más valioso el cuerpo que la ropa. . . ? No anden tan preocupados ni digan: ¿tendremos alimentos? o ¿qué beberemos?, o ¿tendremos ropa para vestirnos? Los que no conocen a Dios se afanan por esas cosas. Pero el Padre del Cielo, Padre de ustedes, sabe que necesitan todo eso. Por lo tanto, busquen primero el Reino y la Justicia de Dios y se les darán también todas esas cosas” (Mateo 6, 25, 31-33).

La virtud de la humildad, al igual que otras virtudes, ocupa también un lugar importante en lo que realizan. Que el recuerdo de esas cosas esté siempre con nosotros para mantenernos humildes, para indicarnos la dependencia que tenemos de Dios, para establecer cada vez más el Cenáculo con todas sus obras, sobre la base de la confianza en Él y en su providencia que nunca falla. Tengan la completa seguridad de que, mientras permanezcamos anclados en ella “todas estas cosas vendrán por añadidura.” Nunca fracasaremos, pues Dios nunca nos ha de abandonar, pero si ponemos la razón humana antes que la consigna de nuestro Bendito Señor, si buscamos recursos humanos en lugar de sus promesas, si construimos nuestras esperanzas sobre las riquezas del mundo, sobre los personajes grandes y exitosos del mundo, fracasaremos y se nos quitarán todas estas cosas.



Viernes: décima octava semana del tiempo ordinario / El Sagrado Corazón de Jesús

Conferencia en un retiro a los Siervos Misioneros, 22 de agosto de 1930, MF 8695-96.

(El Padre Judge hizo el siguiente comentario acerca de la Letanía del Sagrado Corazón durante el retiro del 1930): “Corazón de Jesús, morada de justicia y de amor.”

No es solamente la justicia sino la justicia y la caridad lo que contribuye a la paz. La justicia sola y por su cuenta sería terrible. Supongamos que cada uno de nosotros se presentara con una ley que desglosara todos sus derechos. ¿Existe algún individuo que sea justo? Tenemos una idea de lo que son nuestras reclamaciones y nos convertiríamos en usureros si la caridad no nos frenara.

¿Y esas cosas que debemos hacer por los demás? ¿Y nuestros deberes, nuestras obligaciones, lo que le debemos a los demás? Ninguno de nosotros ama la justicia lo suficiente como para que nos vayamos a convertir en defensores de los demás.

(Raras veces) ha acudido alguien a mí que se preocupe por los demás. (Raras veces) se ha presentado alguien a decir: “Padre, estoy terriblemente preocupado en mi conciencia. Temo que no estoy actuando correctamente, ni viviendo de acuerdo a mis obligaciones. No le soy útil al Cenáculo.” Tomando en consideración todo lo que el Cenáculo ha hecho por mí, yo no le estoy siendo lo suficientemente fiel, no le soy completamente devoto, no trabajo lo suficiente duro por el Cenáculo.” (Raras veces) se encuentra uno con personas que le digan esas cosas.

“Padre, no estoy recibiendo el trato adecuado. Hace dos años me dijeron tal cosa y me pregunto por qué me dijeron eso a mí”. ¡Sus derechos! Hace tanto tiempo que son miembros del Cenáculo. ¡Otros obtuvieron esto, otros esto otro.”

Dónde la justicia y el amor van al unísono, cuando el amor se adelanta un poco a la justicia, allí reina la paz, allí está el cielo. ¡Pero cuando la justicia anda de viaje y trabajando veinticuatro horas al día!, bueno, para decirles la verdad, es demasiado para mí. Mezclemos la caridad con la justicia. ¡O! si Dios fuera exclusivamente justo con nosotros, ¿dónde estaríamos? Recuerden, mis queridos (hijos) que si existen ciertos privilegios también existen los derechos correspondientes, los deberes correspondientes, que si hay cosas que podemos reclamar también éstas conllevan ciertas obligaciones.

“Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor.” Queremos bondad, queremos amor. Debemos aprender del Corazón de nuestro Divino Señor a ser bondadosos. Aprópiense de estas observaciones. ¿Cuál es el carácter de ustedes? ¿Son sus pensamientos amables, bondadosos? Si sus pensamientos no son bondadosos, sus palabras no han de ser bondadosas. Una persona bondadosa hace concesiones. Una persona bondadosa es considerada, una persona bondadosa nunca está pendiente de las faltas de los demás.



Sábado: décima octava semana del tiempo ordinario / Devoción al Espíritu Santo

1. Plática en las facilidades del Club de Niños Santa Rosalía, 22 de abril de 1932, MF 1200-03.2. Carta a la Hermana Isolina Ferré, M.S.B.T., 16 de mayo de 1932, MF 10770-71.

Si Dios no bendice nuestro trabajo, laboramos en vano. Si el Espíritu de Dios no nos acompaña, planeamos, pensamos y laboramos inútilmente. Todo se convierte en locura . . . Debemos esforzarnos por conseguir la gracia de Dios, las bendiciones de Dios. ¿Cómo las conseguimos? En primer lugar, debe haber un espíritu de fe, de confianza . . . Debe estar presente el amor a Dios . . . Y repito, para alcanzar la gracia de Dios es necesario pedirla. Voy a exhortarlos a que le tengan devoción al Espíritu Santo. Permítanme que les diga algo acerca del Espíritu Santo. Hay un Dios, solamente un Dios, pero en Dios hay tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En su esencia, en su sustancia, Dios es uno, en personas, es tres. Este es el misterio de la adorable Trinidad. Todos los misterios de nuestro Señor tienen sus raíces en este primer misterio fundamental. El Espíritu Santo tiene su misión propia en la Iglesia, tiene su misión propia en el alma de todos y cada miembro individual de la Iglesia.

Ustedes escuchan el trozo sorprendente del Evangelio en que nuestro Señor dice a los apóstoles la cosa más extraordinaria. Les asegura que es conveniente, que es cosa buena, que es la única cosa buena . . . “para ustedes, que yo los deje.” ¿Cómo es posible que ellos entiendan eso? ¿Cómo pueden los apóstoles entender, que sería una cosa buena que Jesús, su Señor, su Salvador, su maestro, su todo, los deje? Nuestro Divino Señor explica con cierta condescendencia: “Pero es verdad lo que les digo: les conviene que yo me vaya, porque mientras yo no me vaya el Protector no vendrá a ustedes. Yo me voy y es para enviárselo. Cuando venga, él rebatirá al mundo en lo que toca al pecado, al camino de justicia y al juicio” (Juan 16, 7-8). En otras palabras, nuestro Señor vino y preparó al mundo para la venida del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. Nuestro Señor nos enseñó a amar al Espíritu Santo. Afirmó: “Se perdonará a los hombres cualquier pecado

y cualquier insulto contra Dios. Pero calumniar al Espíritu Santo no se perdonará” (Mateo 12, 31). ¿No es lógico, entonces, pensar que si nuestro Señor se muestra tan tenaz en el castigo de los pecados contra el Espíritu Santo, ciertamente se mostrará completamente generoso con los que estiman y aman al Espíritu Santo? La Santísima Virgen le tenía gran devoción al Espíritu Santo. No podemos ni tener un pensamiento que valga la pena, que no proceda del Espíritu Santo. San Pablo afirmó: “Nadie puede decir: Jesús es el Señor, sino con un espíritu santo” (1 Corintios 12, 3) (1).

El Espíritu Santo posee todo aquello de lo que carecemos, ya sea de naturaleza espiritual o corporal. Ustedes necesitan el Espíritu Santo porque tienen necesidades que son espirituales y, a la vez, corporales. Ustedes tienen, además, grandes aspiraciones espirituales. Ustedes desean la perfección. Ustedes desean hacer mucho por Jesús. Ustedes buscan la salud . . . El espíritu Santo es tan maravilloso para el cuerpo como lo es para el alma. Es el que le aplica los toques finales y el que la perfecciona. No hay color ni fragancia en una flor hermosa que no hayan sido depositados allí por el Espíritu Santo. Es Él quien madura la cosecha. El provee al cuerpo su forma, lo moldea, lo embellece y le da salud. Estos días son valiosos para ustedes . . . porque el Espíritu Santo está tan dispuesto a escuchar a los inocentes, a los puros de corazón y a los que le aman (2).



Lunes: décima novena semana del tiempo ordinario / Devoción al Espíritu Santo

Carta en el Holy Ghost Magazine, agosto de 1923, MF 10419.

La devoción al Espíritu Santo es una de las más antiguas en la Iglesia, de hecho fue nuestro querido Señor mismo el que enseñó esta devoción. Él manifestó a sus discípulos su gran amor por el Espíritu Santo y es en este amor que podemos entender aquellas palabras extraordinarias: “Para el que critique al Hijo del Hombre habrá perdón, pero no habrá perdón para el que calumnie al Espíritu Santo” (Lucas 12, 10).

Podemos inferir de las palabras de Nuestro Señor que siguen, que el Espíritu Santo era esencialmente necesario para su obra y para nosotros: “Pero es verdad

lo que les digo: les conviene que yo me vaya porque mientras yo no me vaya el Defensor no vendrá a ustedes. Yo me voy, y es para enviárselo” (Juan 16, 7).

Fue el Espíritu Santo el que estuvo activo en el gran misterio de la Encarnación. “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder divino te cubrirá con su sombra” (Lucas 1, 35). La primera novena y la primera reunión en la Iglesia se efectuó en el Cenáculo, por mandato de nuestro Señor, para esperar la venida del Espíritu Santo: “Subieron a la habitación superior de la casa donde se alojaban. Allí estaban Pedro, Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Simón el Zelotes, y Judas, hijo de Santiago. Todos ellos perseveraban juntos en la oración en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos” (Hechos 1, 13-14).

Es mediante el Espíritu Santo que la Preciosísima Sangre de Jesús se ofrece por la remisión de nuestros pecados y para ayudarnos a servir a Dios de manera perfecta: “Pero, con toda seguridad, la sangre de Cristo que se ofreció a Dios por el Espíritu eterno, como víctima sin mancha, purificará nuestra conciencia de las obras de muerte, para que sirvamos al Dios vivo” (Hebreos 9, 14). Sabemos por las Sagradas Escrituras que no somos capaces de avanzar espiritualmente sin el Espíritu Santo: “Y tampoco nadie puede decir, “Jesús es el Señor”, sino con un espíritu santo” (1 Corintios 12, 3).

Ninguna obra evangélica, bien sea la predicación del Evangelio, o el esfuerzo misionero personal para la conversión de las personas, tendrá éxito si se intenta llevar a cabo sin recurrir al Espíritu Santo. Ansiamos que las naciones se incorporen a la Iglesia o que regresen en fidelidad a la sede de Pedro, que la fe se extienda, que los pecadores se conviertan.

Para conseguir esto una raza deberá orar por las otras, una generación debe suplicar por las otras. La obra que tenemos entre manos es dirigida a la conversión de los pecadores y a la propagación de la fe. Los miembros están ansiosos, por lo tanto, de que se logre una devoción extensa, abarcadora y práctica al Espíritu Santo. Estamos deseosos por que ningún individuo rehúse cooperar en la obra de lograr que el Santo Nombre de Dios sea alabado, que venga su reino y que se haga su santa voluntad.



Martes: décima novena semana del tiempo ordinario / Práctica: La presencia de la Santísima Trinidad en nuestro interior

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 15 de agosto de 1918, MF 11975-77.

¡Alabanza, agradecimiento, gloria y adoración al Dios Trino! Que el esfuerzo supremo del Cenáculo sea hacer que esto se realice tanto como sea posible. Que la Reina del Cenáculo obtenga para nosotros la bendición de apreciar sin medida, la gracia que nos ha sido concedida de desempeñarnos hasta el fin en esta tarea. Debemos, en primer lugar y sobre todo, sentirnos repletos de agradecimiento por el privilegio y el favor que se nos ha concedido, mediante una vocación que nos exige con tanta frecuencia pensar y hacer actos de amor y de entrega al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que nos exige dedicarnos generosamente, de manera que la verdad y el amor de este misterio, el primero y más grande de todos los misterios, llegue a ser conocido, alabado y adorado por todos los hombres y todas las mujeres.

Para que esta apreciación agradecida pueda incrementarse en nosotros, debemos considerar con frecuencia lo significativo y lo sublime de la divina verdad de tres Personas en un Dios. Actos de fe y de amor, de adoración y de agradecimiento deben surgir de esta consideración. ¿Qué ejercicio puede ser más provechoso en la meditación y en las visitas al Santísimo Sacramento durante el día, que el de dirigir nuestros pensamientos en adoración al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo? En pocas palabras, todo empeño debe concentrarse en aumentar el amor y el conocimiento de este misterio tan adorable.

¡Qué deuda de gratitud le debemos al buen Dios por habernos llamado al servicio de la Santísima Trinidad! Es una obra vitalicia aquella que encuentra su expresión y su alegría en la enseñanza a los pequeños del conocimiento de la Santísima Trinidad, a trazar en sus frentes el símbolo bendito de la señal de la Cruz, depositando en sus corazones esas sagradas palabras: Padre, Hijo y Espíritu Santo. No es demasiado el que se nos inste con frecuencia a expresar internamente esos actos hacia este inefable misterio. ¡Qué felices deberíamos sentirnos si sólo pudiéramos pasar la vida entera en sólo estos pensamientos! Sea como sea, en eso consiste éste gozo del cielo, el gozo que debe hacernos suspirar y desear con vehemencia el día en que nos encontremos

transportados en éxtasis contemplando, sin distracción mundana alguna, el misterio de la Santísima Trinidad, junto a los ángeles y los santos de Dios. Este gozo no es nuestro aún, ya que todavía estamos en la tierra, pero después de este gozo, ninguno puede aproximarse de la misma manera que lo hace la oportunidad que se nos ha dado de exaltar este misterio en nuestras vidas y traer a otros bajo su influencia.

No hay nada comparable a esto. ¿Lo apreciamos? ¿Le damos gracias a Dios por él? Y repito, para que tengamos un espíritu agradecido debemos ejercitarnos con frecuencia en estos pensamientos. Inclusive debemos sentir un miedo saludable, no sea que ofendamos por no expresar el agradecimiento suficiente. Debemos rogar con insistencia a nuestra Madre Bendita, de entre todos los hombres y mujeres la más favorecida por la Santísima Trinidad, para que nos ayude a dar gracias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Debemos estar agradecidos de que en nuestra vocación al Cenáculo tenemos un medio tan bendito de manifestar esa gratitud. La devoción al Cenáculo, a sus intereses y a su obra, nos llevará a servir mejor y con más dedicación la causa de la Santísima Trinidad y, mediante la gracia de Dios, nos proporcionará una cosecha de buenas obras para ofrecer al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.



Miércoles: décima novena semana del tiempo ordinario / El trabajo que aún queda por hacer

Sermón predicado a un grupo de laicos en Puerto Rico, diciembre de 1926, MF 12164-65.

Hay ciertas verdades necesarias que es preciso creer. Se les han enseñado a ustedes las siguientes: que hay un Dios, que hay tres divinas Personas en Dios: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que la segunda persona de la Santísima Trinidad se hizo hombre, que sufrió, derramó su sangre y murió para redimirnos. Que instituyó una Iglesia. Que instituyó sacramentos.

Sobresale entre éstos el sacramento de su Cuerpo y Sangre, la Santa Eucaristía. Tenemos que creer que hay otro mundo, otra existencia, ya bien donde el gozo es grande y eterno, o donde la miseria es grande y eterna, en otras palabras, que hay un cielo que ganar y un infierno

que evitar.

Ustedes saben, por lo tanto, que son peregrinos en este mundo. El propósito de sus vidas es conocer, amar y servir a Dios, y ser felices con Él para siempre en la otra vida. Estas verdades, enténdanlo bien, son verdades supremas y esenciales. Ustedes las conocen porque se les ha enseñado la doctrina cristiana, se les ha alimentado con ellas, vestido con ellas, nutrido con ellas. Ustedes conocen . . . estas verdades salvadoras, pues han sido muy favorecidos.

Ustedes también saben . . . que hay miles y decenas de miles y cientos de miles de sus . . . hermanos y hermanas que no conocen estas verdades necesarias y salvadoras, o que las conocen de manera poco clara y, a menos que ustedes no ofrezcan una mano, no habrá nadie que los alimente . . . con la doctrina cristiana. En otras palabras, que vivirán y morirán sin llegar a conocer la verdad que Jesucristo vino a enseñar en este mundo, la única verdad mediante la cual los hombres pueden salvar sus almas.

Nos enteramos con frecuencia de desastres donde se pierden muchas vidas. Puede tratarse de un terremoto . . . un huracán o cualquier otro tipo de catástrofe. El mundo entero se horroriza. De todas partes del mundo se envía ayuda para las (víctimas). ¿Qué significa el monto de todas esas desgracias en comparación a la miseria y a los tormentos de miles y miles . . . que, a menos que reciban la ayuda de ustedes, vivirán y morirán sin el conocimiento o el amor de Dios, y que se perderán para toda la eternidad? ¿Se dan cuenta de que, a menos que no se haga algo enseguida, una generación y los hijos de esa generación y los hijos de esta otra generación se perderán para Dios, se perderán para Jesucristo, se perderán para la religión de Jesucristo, se perderán para el cielo y se perderán, con seguridad, por toda la eternidad?

Para que ustedes entiendan esta situación espantosa y no se mantengan indiferentes a ella, se les ha enviado para que fijen esta obligación en sus conciencias. No es posible que se mantengan indiferentes. A menos que esta muchedumbre reciba la ayuda de ustedes, vivirá sin un conocimiento o un amor a Dios y se perderá para toda la eternidad. Ustedes responderán: “Y a mí ¿qué me importa? Yo estoy intentando salvar mi propia alma. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?” Seguramente que lo eres, y siempre que puedas acudir en auxilio de tu hermano o hermana para salvar sus almas y rehúas hacerlo, eres responsable de esa alma si es que se llega a perder . . .

¡O, la historia de las horas mal empleadas en nuestra vida . . .! Esas horas estériles, desperdiciadas en diversiones o en algo peor. ¡Qué cosa terrible es vivir una vida carente de buenas obras!



Jueves: décima novena semana del tiempo ordinario / La paz

Artículo en el Holy Ghost Magazine,, marzo de 1930, MF 14087-89.

“Entonces la paz de Dios, que es mucho mayor de lo que se puede imaginar, les guardará sus corazones y sus mentes en Cristo Jesús” (Filipenses 4, 7). Paz, de la manera que la ansiamos, es la gracia que la humanidad anda buscando. Esta palabra, sin embargo, tiene un doble significado. Está la paz de Dios . . . y la paz del mundo, lo que quiere decir es que hay una paz verdadera y una paz falsa. La verdad de esto se puede ver en esos hombres y mujeres que van en pos de uno de estos tipos de paz, ¡Qué diferente es la filosofía de vida de cada uno de estos tipos de paz! Qué conflicto hay entre sus aspiraciones, sus gozos y sus alegrías.

Para comenzar, aquellos que buscan la paz de Dios, viven para el futuro, los que buscan la paz del mundo viven para el presente. Los primeros, desdeñan todo lo que es temporal o le confieren un valor inferior puesto que viven para el futuro. Los últimos, le confieren un enorme valor a todo lo que perciben con los sentidos, puesto que su bienestar reside en lo mundano. Esta diferencia solamente tiene como resultado puntos de vista e intereses muy divergentes. Los que buscan la paz de Dios, le aplican a todos los acontecimientos de la vida las consignas de Jesucristo, (las cuales) le proporcionan, a la hora de las pruebas y en la adversidad, fuerza, valor y resignación mucho más allá de los que los límites humanos proporcionan . . .

Llegan a ser pacientes en las enfermedades, conformes en el dolor . . . Inclusive la muerte pierde esa sensación de terror para ellos. Miran serenamente a las enfermedades y a la muerte como una preparación necesaria y meritoria para la bienaventuranza eterna. Muestran un grado alto de perfección en la virtud de la humildad . . . Se sobreponen a sus antipatías y rencores hasta llegar a demostrar un espíritu de perdón y de buena

voluntad incluso para con sus enemigos. Muestran . . . una libertad de espíritu, desprendiéndose de tal manera de todo lo que es mundano y temporal para . . . que lo espiritual encuentre fácilmente el primer lugar en sus pensamientos y en sus afectos. En cada uno de los latidos de su corazón sólo ansían que se alabe su Santo Nombre que su Reino venga y que se haga su santa voluntad.

Los que buscan la paz del mundo, por el contrario, se sienten intranquilos en medio de las contradicciones y las pruebas. No pueden soportar el dolor, se muestran impacientes, molestos, están siempre en un estado de desasosiego torpe, buscan el placer, mientras más excitante mejor, el bálsamo de su espíritu perturbado es el exceso. La fe, la esperanza y la caridad significan poco para tales personas. Las enfermedades le son insoportables y la muerte es una palabra que siempre les causa horror. Nunca se cansan de mirar o de escuchar . . .

Depositán su júbilo en poseer lo pequeño y pasajero. La obra de sus vidas descansa sobre arena movediza y tratan de encontrar solaz en las alabanzas y adulaciones de los que son como ellos. La paz del mundo, ¡qué amargura de corazón cuesta! ¡Qué poco dura su alivio!

La paz de Dios — ¡Qué bendición luchar por ella, que gracia el poseerla! ¡Qué nobleza le imparte a la vida, cómo libera de los intereses insignificantes y de los placeres que manchan . . .! Que María que es el trono de la Sabiduría, nos ayude a comprender esto. Que la Inmaculada Madre de Dios les ayude a hacer realidad la promesa de que la paz de Dios les ha de conceder esa paz que “mantendrá sus mentes y sus corazones en Jesucristo.”



Viernes: décima novena semana del tiempo ordinario / La paciencia

Artículo en el Holy Ghost Magazine, mayo de 1930, MF 13594-95.

Contemplan a nuestro sufrido, manso y amable Cristo y verán ahí el ejemplo perfecto de paciencia, esa compañera enérgica de la virtud de la caridad uno de los doce frutos del Espíritu Santo. “La caridad es paciente”, dice San Pablo (1 Corintios 13, 14). “Que el Señor fije sus corazones en la buena dirección para que puedan amar a Dios y soportar cristianamente la adversidad” (2

Tesalonicenses 3, 5). La paciencia es la gracia que nos prepara para sobrellevar las aflicciones y calamidades con perseverancia y serenidad de mente y con una disposición de sumisión inmediata a la voluntad de Dios. “Si se mantienen firmes, se salvarán”, nos dice San Lucas (Lucas 21, 19). Y San Pablo afirma: “Es necesario que sean constantes en hacer la voluntad de Dios para que consigan su promesa” (Hebreos 10, 36).

“Tengan paciencia con todos” (1 Tesalonicenses 5, 14). Esto a veces supone pequeños conflictos interiores. La paciencia es una virtud difícil y se adquiere solamente poco a poco. Sobrellevar los defectos de los demás es una tarea difícil. Las disposiciones contradictorias se enfrentan unas con otras y las actitudes autocráticas causan antagonismo. El comportamiento egoísta nos incomoda, pero seamos pacientes, mansos, y cedamos por amor a “quién, insultado, no devolvía los insultos” (1 Pedro 2, 23).

Recuerden: “Porque si aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? Hasta los pecadores aman a los que los aman. Y si hacen bien a los que les hacen el bien ¿qué méritos tienen? También los pecadores obran así” (Lucas, 6, 32-33).

. . . Debemos . . . dar gracias por el número de hombres y mujeres pacientes, heroicos, y nobles, que han soportado humildemente indecibles miserias causadas por la depravación, el egoísmo y la irreligiosidad de seres queridos, por quienes han ofrecido sus sufrimientos y sus angustias humildemente para que los que andan errados enderecen sus corazones y cambien sus vidas. “Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos escuchan su clamor” (Salmo 33, 20). Bendita será la memoria de aquellos cuya indulgencia gentil, cuidado amoroso y mansedumbre cristiana les han ganado, no sólo una corona de gloria inmortal, sino también la eterna salvación de (otros). No hay duda que “se vistieron de paciencia en las tribulaciones” (Romanos 12, 12). Conociendo sus sufrimientos y sus corazones adoloridos nos sentimos motivados a impartirles el tributo de San Pablo: “Nosotros mismos hablamos de ustedes con orgullo en las iglesias de Dios porque se mantienen firmes y guardan su fe en medio de todas las persecuciones y pruebas que deben soportar” (2 Tesalonicenses 1, 4).

A los jóvenes, especialmente, los exhorto a la práctica de esta virtud tan necesaria. Nos percatamos, con frecuencia, que carecen de ella. Más bien, tienden a ser independientes, exigentes, egoístas, desconsiderados

y a exigirlo todo sin contribuir nada. Parece que sólo el tiempo y la experiencia amarga habrán de enseñarles que la alegría de vivir se ubica en soportar la carga de los demás a ejemplo de Cristo y a sobrellevarla con la caridad de Cristo.

“Por lo tanto, les exhorto a que me escuchen con paciencia” (Hechos 26, 3), los viejos y los jóvenes, los grandes y los pequeños. Oren por obtener un espíritu pacífico, callado, tranquilo. Pidan que sus Cenáculos se conviertan en puertos de tranquilidad celestial, pequeños paraísos de paz y que sus vidas sean fuentes perfumadas de nuestro paciente, amable Salvador, quien habrá de dirigir su mirada sobre ustedes y exclamar: “Tampoco les falta la constancia, han padecido por mi nombre sin desanimarse” (Apocalipsis 2, 3).



Sábado: décima novena semana del tiempo ordinario / La llegada de nuestra Bendita Madre

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 8 de septiembre de 1921, MF 4067-68.

Imagínense que estuvieran viviendo en el año 734 de la era romana, alrededor de 21 años antes de la era cristiana. Encontrarían que el cetro de Judá estaba en manos extrañas. Jacob había dicho que el Redentor vendría en esa época: “No le será arrebatada ni la corona ni el bastón de mando de entre sus piernas hasta que venga aquel a quien pertenece, a quien los pueblos obedecerán” (Génesis 49, 10). La plenitud del tiempo establecida por Daniel, también se había cumplido.

Ustedes encontrarán viviendo en Nazaret, un pueblo de la parte baja de Galilea, a un hombre justo llamado Joaquín, de la tribu de Judá, y a su devota esposa Ana. Servían a Dios con todo el corazón, pero el mayor deseo de sus vidas, tener un hijo, les había sido negado. Ana era mujer de una gran mansedumbre y de una gran santidad. Joaquín era un hombre de una gran generosidad, una gran paciencia y muy santo. Sin duda era una pareja muy buena, resignados a la santa voluntad de Dios y ocupaban sus días en oración y haciendo el bien. Tantas virtudes no podían sino atraer una recompensa. Después de veinte años de esterilidad, Ana concibió, milagrosamente y trajo al mundo esa bendita criatura

que era más perfecta, más santa, más agradable a los ojos del Señor que todos los elegidos juntos.

El nacimiento de María, tanto como el de su Divino Hijo, fue desconocido generalmente. Era gente que, aunque descendía de una larga sucesión de reyes, llevaba una vida oculta. La cuna de la reina de los ángeles fue una cuna pobre. No estaba ornamentada con oro ni cubierta con colchas egipcias, como las de las princesas hebreas. Estaba confeccionada de ramitas flexibles.

Franjas de tosco lino en hileras apretaban los pequeños brazos que un día iban a acunar con tanto cariño al Salvador del mundo. Ella estaba destinada, por toda la eternidad, a ser la Madre de Jesús. Este iba a ser su oficio, para eso fue creada, para esto nació. Todo lo que poseía, ya bien naturalmente o debido a la gracia, lo tenía para esto.

Ochenta días después del nacimiento de una hija, toda mujer judía iba al templo llevando consigo a la recién nacida para ser solemnemente purificada, de acuerdo a la Ley de Moisés. Ofrecía al Señor un cordero o dos tórtolas. Las tórtolas eran la ofrenda de los pobres. Allí estaban las de Santa Ana.

La gratitud de la piadosa madre fue más allá. Ella ofreció una víctima más pura, una tórtola más inocente que aquellas que acababan de caer . . . bajo el cuchillo del sacerdote que ofrecía el sacrificio. Ella no tenía ninguna corona de oro que ofrecer para acompañar su voto, pero depositó a los pies del Altísimo, la infante con la cual Él había bendecido su vida. Solemnemente, ella entregó su hija al servicio de Dios.

¿Qué ofrenda podemos nosotros presentar hoy en honor a la Santísima Madre? Piensen, cada uno de ustedes, hacer aquello que le agrade más. Uno puede proponerse corregir una falta, otro, adelantar en la virtud, otro, perdonar una ofensa, otro, vencer una naturaleza malhumorada que se ofende fácilmente. Tengan la seguridad que cuando ella vea que el corazón de sus devotos está inquieto y busca agradecerle, ella derramará innumerables favores sobre cada uno.



Lunes: vigésima semana del tiempo ordinario / El fariseo y el publicano

1. Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo en el Convento de Nueva York, 5 de agosto de 1915, MF 14132. 2.

Conferencia de retiro a los miembros del Cenáculo en el Convento de Nueva York, 5 de agosto de 1915, MF 8349.

Se me ocurrió la idea de que a nuestro Señor le agradaría que escucháramos de nuevo las palabras que nos dirigió el domingo pasado en aquel Evangelio consolador para el pecador . . . Nuestro Señor llegó a nosotros presentando un mensaje lleno de júbilo y de ánimo a los que van por mal camino — aun los que, por mucho tiempo, han vivido una vida de pecado, y el mensaje lo contienen estas palabras: “Dios mío, ten piedad de mí que soy un pecador” (Lucas 18, 13). En ese Evangelio tan extraordinario, el Señor Dios rechaza a un individuo que aparentemente era bueno . . . Rechaza claramente al que aparentaba ser bueno, un hombre justo que hacía buenas obras . . . (1)

El Señor condena la arrogancia orgullosa y exalta la humildad contrita. Este Evangelio, a la vez sorprende y aterra. Es aterrador para los que se sienten seguros de su propia rectitud. Ante Dios, el fariseo fue despreciado y el publicano, bendecido. Dios rechazó al que había hecho buenas obras y prefirió al que había pecado de diferentes maneras (2).

Piensen en ese hombre que ayunaba y repartía limosnas. Tenía la reputación de ser un hombre virtuoso — y Dios lo rechazó. ¿Por qué razón? ¿Por un santo? No — por un individuo culpable de todo tipo de crimen. Este Evangelio, sin duda, encierra un misterio (1).

Pensándolo una vez más, meditando sobre él, si nos atrevemos a cuestionar esta acción divina, preguntaríamos “¿Por qué? Nuestro Señor mismo nos da la respuesta: Porque uno dijo “O, Dios, ten misericordia de mí que soy un pecador” y el otro, no lo dijo (1). En la oración del fariseo no había súplica de perdón, sólo había alabanza de sus propias virtudes, a diferencia del publicano (2). El Fariseo oraba, pero su oración consistía en un desglose de sus buenas obras. Mencionó todas sus virtudes. Le dijo a Nuestro Señor las cosas buenas que hacía y cómo se alegraba de no ser como el publicano. El publicano debió haber sido un hombre muy malvado — si todo lo que decía el fariseo era verdad . . . Pero el que escogió nuestro Señor fue al malvado, y al que rechazó, fue al orgulloso (1).

Nuestro Señor tenía su agenda al legarnos este Evangelio. Tenía una idea en su mente cuando les habló de esto a sus apóstoles, cuando inspiró a su Iglesia a predicar ese Evangelio el domingo pasado a millones de personas. ¡Piensen en el poder de una idea! ¡La de Colón, la de Pasteur! Estas ideas cambiaron la historia del mundo

y de la medicina. Pero hay aquí una idea divina: “Todo aquel que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado” (Lucas 18, 14).

Ésta es la idea de Jesús al darnos este Evangelio: primero, llamarnos la atención sobre lo dañino que es el orgullo. El orgullo puede llegar a dañar, inclusive, al justo y al bueno. Lucifer fue expulsado del cielo. El fariseo no pide nada para él. Se considera autosuficiente, orgulloso. Sencillamente estaba encantado consigo mismo y nuestro Señor lo condenó (2).



Martes: vigésima semana del tiempo ordinario / Práctica: No reprender a los demás

1. Constitución original de los Siervos Misioneros (1928), Núm. 151, MF 14309-10. 2. Carta dirigida a un Siervo Misionero, 1 de julio de 1924, MF 5668-69.

“Consideren lo bueno y agradable que es, que los hermanos vivan juntos, en unidad” (Salmo 133, 1). Ninguna lección de nuestro divino Señor es tan impresionante y ninguno de sus preceptos, exceptuando el amor que debemos tener a su Padre eterno, nos obliga tanto a todos, como el de la caridad fraterna. Esto es particularmente cierto con aquellos que están unidos en su Nombre en la santa religión. Un Siervo Misionero ha de contemplar a Jesús lavando los pies a sus discípulos y ha de estudiar el ejemplo de nuestro divino Señor y sus consignas sobre la caridad fraterna (1).

Estén seguros que la dedicación y el celo siempre me alegran. Siempre me alegra tomar nota de la manifestación de nuestras virtudes, pero, a menos que estas estén basadas en la caridad, me temo que han de ser muy dudosas, sin mucha sustancia y se perderán fácilmente. Permítanme que establezca una regla fundamental de caridad y de justicia; apréndanla ahora y pónganla siempre en práctica en la vida; les evitará muchos inconvenientes en el futuro. Nunca pongan atención a los chismes, a la murmuración o a las alegadas evidencias. La evidencia alegada nunca es aceptada en una corte de justicia. Ciertamente no debe ser traída a una corte religiosa.

Tomen a pecho un dicho muy sabio que dice que el que oye y acepta un escándalo es peor que el que

ocasiona el escándalo. Puede que ustedes posean una disposición que se escandaliza y se alarma fácilmente. Esto hará que exageren las fallas y que eso los haga impacientarse con los que son menos perfectos. No permitan nunca que las faltas de otros les conduzcan a un exceso de indignación o a la utilización de un lenguaje que acusa o que difama; les escribo esto para que ustedes corrijan lo que puede convertirse en una gran desventaja en el futuro ministerio de ustedes y ser causa de la falta de la influencia debida en la salvación de las almas. Pregúntense si ustedes mismos viven y respiran el espíritu de Cristo. Nuestro Señor es todo misericordioso, es bondadoso y paciente con el pecador. De hecho, él amonestó a sus apóstoles en una ocasión por solicitarle que castigara severamente a la gente que no lo escuchaba. Les dijo que ellos no vivían su Espíritu (Cf. Lucas 9, 54-56).

Aquellos que claramente demuestran que no tienen el espíritu y que no pueden ser entrenados en la vida superior, serán eliminados con el tiempo. Mientras tanto nosotros estaremos obteniendo muchas gracias para nosotros, y obtendremos la gracia de Dios, si practicamos la paciencia y la caridad. Nuestro Señor nos ha dicho que Él nos juzgará según nosotros juzguemos a los demás: “No juzguen y no serán juzgados, porque de la manera que juzguen serán juzgados” (Mateo 1, 1-2). Hay una virtud de la cual es siempre bueno tener un exceso y esta virtud es la caridad. ¿No le dijo nuestro Señor a Pedro que perdonara a su hermano setenta veces siete? (Cf. Mateo 18, 21-22). Permítame preguntarles si han orado para que los que critican se corrijan. ¿Ruegan ustedes con fervor para que nuestro Señor, a través de su Sagrado Cuerpo y Sangre, les conceda la gracia de corregirse? ¿No se dan cuenta ustedes de que si esta caridad falta, se sospecharía aun de la crítica que ustedes emplean? ¿No se dan cuenta de que quizás otro espíritu que no es el Espíritu de Cristo les causa demostrar su indignación? (2)



Miércoles: vigésima semana del tiempo ordinario / Espiritualidad Infantil

Artículo en el Holy Ghost Magazine, diciembre de 1931, MF 1869-70.

Hace ya algún tiempo, nació en Alençon, Francia, de Louis Martin y su devota esposa Zélie Guérin, una

niña que, dos días después, recibiría el nombre de Marie Françoise Thérèse. Como el Divino Niño, ella “crecía en edad y sabiduría ante Dios y ante los hombres.” Cuando tenía tres años hizo una promesa de hacer lo que Dios quisiera hacer con ella mediante esta oración: “Dios mío, una cosa sólo temo y esta es hacer mi propia voluntad. Acepta esta ofrenda que te hago de mi voluntad, pues escojo hacer todo lo que tú quieras que yo haga.”

Ella “siguió su camino”, hizo violencia al Reino del Cielo y lo conquistó en una corta vida de veinticuatro años. Es ella hoy ese suave perfume de Cristo en todo el mundo. No hay lugar habitado en el mundo que no esté perfumado con la esencia de rosa de su santidad. Cuando comenzó su causa para elevarla a la santidad, algunas de sus hermanas religiosas expresaron sorpresa. No habían notado en ella, ninguna señal que destacara su santidad. Vivía una vida regular, amaba su regla, la obedecía bien, era dulce y humilde, en una palabra, era una religiosa verdadera.

Fuera del Carmelo, sin embargo, respuestas extraordinarias se estaban recibiendo a través de su intercesión. Se multiplicaban los milagros unos sobre otros . . . Tanto fue así, que los obispos, los sacerdotes y el pueblo solicitaron a Roma que se comenzara su causa de declararla santa. Estas peticiones se escucharon y se abrió su causa el 10 de febrero del 1910.

El misterio de su santidad ha tenido amplia divulgación. Su santidad era una santidad . . . escondida al mundo. Era el camino de la espiritualidad infantil. El Papa Benedicto XV, en su discurso acerca del heroísmo de las virtudes de nuestra amada santa, afirmó: “La espiritualidad infantil es el resultado de la confianza en Dios y el abandono completo a Él.” San Hilario dice: “Los niños siguen a sus padres y aman a sus madres. No desean el mal, no buscan riquezas, no son altaneros ni odiosos, son veraces y creyentes. Por lo tanto, debemos regresar a la sencillez del niño.”

El orgullo, la autosuficiencia, o el esforzarse por conseguir un bien sobrenatural mediante medios naturales o por ideas falsas de confianza en sí mismo cuando se está en peligro o se tienen tentaciones, nada de esto forma parte de la espiritualidad infantil. Por el contrario, la espiritualidad infantil florece desde una fe viva en Dios, teniendo en cuenta la bondad de Dios, su amor y su misericordia. Acudan a Él en el peligro y con plena confianza busquen su amable providencia para lograr la gracia de hacer su santa voluntad y evitar todo aquello que no sea de su agrado.

El secreto de la belleza de la hija del Rey se ubicaba en su total entrega a Jesús, en su perseverancia, en la abnegación, en su invencible caridad fraterna, su amor a Dios, y su constante esfuerzo de enterar a Dios de todo esto . . . Ella atestigua esto afirmando: “Desde que tenía tres años nunca le he negado nada a Dios, nunca le he dado otra cosa que amor, y es con amor que Él ha de pagarme.”



Jueves: vigésima semana del tiempo ordinario / La humildad de Santa Teresita del Niño Jesús

Artículo en el Holy Ghost Magazine, diciembre de 1931, MF 1873-74.

Escudriña con atención y reverencia la mente de Jesús mientras él depositaba aquel niño en medio de los Apóstoles y decía: “Les aseguro que si no cambian y vuelven a ser como niños, no podrán entrar al reino de los cielos” (Mateo 8, 3). Pregúntense qué era lo que Jesús deseaba enseñar a ustedes, enseñarme a mí y a todos nosotros. Él pone una niña en medio de nosotros, la pequeña flor de Jesús. Para Jesús, eso era todo lo que la pequeña flor era, una niña pequeña.

Ella se comportó con Él como se comporta una niña. Lo amaba como ama una niña, más aun, veía a Dios como lo ve un niño. Nunca fue, en su amor y devoción, otra cosa para Dios. Debemos cambiar y ser como ella. Debemos agradar a Dios y ganar el favor de ella imitando su pequeña senda. Para algunos, sin duda, su pequeña senda, será un camino áspero porque no se han convertido, porque no han vuelto a ser como niños pequeños.

Ella era generosa con Dios . . . No le rehusaba nada, por Él se sobrepuso a toda manifestación de su voluntad y sometió ésta al yugo de Cristo. Controló el mal genio, el coraje, el desprecio; encauzó las preferencias, las antipatías, las atracciones y los disgustos, todo esto por el camino de la caridad cristiana; suprimió los resentimientos, los despechos, los rencores, el orgullo ofendido; tronchó cualquier queja de la naturaleza descarriada, justo al aparecer. Ella había sido formada de tal manera que Dios pudiera entrar a su corazón para tomar posesión completa de él.

Santa Teresita es grande en el cielo. Eso lo sabemos por el poder que tiene. También sabemos por qué tiene ese poder. “El que se haga pequeño como este niño, ése será el más grande en el Reino de los Cielos” (Mateo 18, 4). La abnegación, la caridad, la humildad son fórmulas muy aptas para alcanzar la santidad y para influenciar al Sagrado Corazón de Jesús. ¡O, el regocijo, el consuelo real que proporcionan! Ella está deseosa de prestarnos su ayuda para que la imitemos en su gran amor de Dios. Si nos humillamos como lo hace un niño, como lo hizo la santa niña Teresita, seremos grandes en el reino de los cielos.

Apliquen estas palabras de nuestro divino Señor. En primer lugar, preguntémonos: ¿Somos sencillos, somos humildes en nuestras relaciones con Dios? Estas son nuestras relaciones fundamentales con Dios; La idea es realmente sencilla; Él es nuestro creador; Él es el todo . . . Él lo tiene todo; lo sabe todo; no necesita nada; es infinitamente autosuficiente, es nuestro Dios, nuestro Creador; nosotros somos sus criaturas; somos nada por nosotros mismos ni tenemos cosa que nos pertenezca. Estas verdades son la base de la santidad de la Pequeña Flor de Jesús. Ella llegó a conocer muy bien estas relaciones fundamentales con Dios y actuó de acuerdo a ellas.

¿Por qué no podemos incorporar estas enseñanzas en nuestras vidas? Acudan a Dios con corazón humilde. Organicen su vida afectiva, sus pensamientos y sus sentimientos siguiendo las pautas de la caridad. Sométanse enteramente a Él. Prepárense, entonces, para una lluvia de rosas, es decir, para una participación en la ayuda devota de Santa Teresita.



Viernes: vigésima semana del tiempo ordinario / El secreto de Santa Teresita

1. Artículo en el Holy Ghost Magazine, diciembre de 1931, MF 1869-71. 2. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 22 de septiembre de 1925, MF 12155.

El Espíritu Santo de Dios nos ha mostrado el camino . . . para llegar a engrandecer a Dios en esta gran santa, para estudiar y adorar el infinito amor, sabiduría, poder y bondad de la Majestad Divina en la creación de este prodigio de santidad. Nosotros . . . la felicitamos

por la gracia que ha recibido del Altísimo, y no debemos dejar pasar la oportunidad excelente de elevar nuestras peticiones ante esta favorita del Cielo (1).

Yo sugiero que, en su honor, hagamos bien las cosas ordinarias. Por esto fue que llegó a ser una santa, porque hacía las cosas ordinarias de forma extraordinaria: su pequeña senda, como ella la designaba. Cosas ordinarias como son, por ejemplo, levantarnos en la mañana, hacer los diferentes ejercicios y deberes del día, nuestro trabajo, nuestra recreación y nuestra convivencia. Propongámonos santificar estas cosas hasta el grado máximo, evitando todo lo que es pecaminoso, todo lo que, aunque no lo sea, pudiera convertirse en algo con sabor a lo que no proporciona honor y gloria a Dios (2).

Para Santa Teresita la inspiración durante su vida – fue hacer la voluntad de Dios. Su pensamiento estaba siempre en Dios, hacía su voluntad y le proporcionaba agrado. Sacrificarse se convirtió en la meta de su vida; su deseo constante era sufrir por amor a Dios; todo lo hacía por amor. Esta es la *pequeña senda* de la cual oímos hablar tanto. Nosotros también podemos practicar la pequeña senda con el impulso del amor de Dios en nosotros. Tenemos la misma obligación para con Dios que ella tenía. Si hay alguna diferencia, ésta se debe a la generosidad y en la entrega total de uno mismo. Nosotros también debemos amar a Dios con todo nuestro ser, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente.

Ella es una santa genial, llena de alegría. Debemos imitarla en su fe infantil, en su confianza, en su amor. Ella es una santa para nuestro tiempo. Una deliciosa coincidencia está presente aquí, una tierna providencia. Ella se enfrentó a las mismas cosas con que nosotros nos enfrentamos. No hay duda de que su ejemplo es un gran estímulo y es la manera suave de Dios comunicarnos que esta santa es muy parecida a nosotros y que el camino de la perfección también está muy cerca de nosotros. Todo lo que tenemos que hacer es sacrificarnos por el amor a Dios y al prójimo (1).

En atención a Santa Teresita del Niño Jesús, en modo alguno sería conveniente para nosotros dejar pasar desapercibido el clamor de alegría en toda la Iglesia de Dios. Nosotros . . . por lo tanto, nos unimos a la Iglesia en adoración, alabanza y acción de gracias, bendiciendo al Dios Trino por su inefable misericordia para con la humanidad al santificar uno de sus miembros. Damos gracias a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo por la misericordia otorgada a ella, por las cosas maravillosas que hizo en su santa, por la manera en que,

mediante ella, ha favorecido la familia humana; por el júbilo que le ha proporcionado a la Iglesia en ella; por la edificación concedida a nuestra generación a través de ella y por las gracias y la ayuda que recibimos, individualmente a través de su intercesión (2).



Sábado: vigésima semana del tiempo ordinario / El Santísimo Nombre de María

Artículo en el Holy Ghost Magazine, septiembre de 1923, MF 821-22.

En Israel, al octavo día de su nacimiento, un niño o una niña reciben el nombre que llevarán. Nuestra Santísima Madre recibió el nombre de Miriam o María, que en hebreo quiere decir “Estrella del Mar”. “El nombre de María”, dice San Antonio de Padua, “es más dulce a los labios que la miel, más agradable al oído que una dulce canción, más arrobador al corazón que el gozo más puro. “No hay duda”, dice San Bernardo, “que la Madre de Dios no podía haber tenido un nombre más apropiado, más significativo o más expresivo de su dignidad exaltada. María es, de hecho, esa hermosa y brillante estrella que ilumina el vasto y tormentoso mar del mundo.”

¡O, cómo debemos honrar a este santo nombre! Debemos invocar siempre a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo a través de ese nombre. Su Divino Hijo, debió haberlo pronunciado con ternura. ¡Cómo debió haberse conmovido el Sagrado Corazón cuando lo llamaban el Hijo de María! ¡Nunca dejen de rogarle a Él . . . a través del santo nombre de su Madre! Invoquen siempre a Dios para que tenga piedad de nosotros y nos ayude por mediación de su hija María; rueguen al Espíritu Santo por medio del nombre de su Santa Esposa, para que nos fortalezca, nos guíe y nos bendiga. ¿Existe oración más agradable que podamos ofrecer a Jesús que tener devoción a ese nombre?

Hemos encontrado a la que ama nuestro corazón. ¡Qué alegría, qué alborozo debe ser el nuestro! Todas las razas, todas las tribus, todas las gentes deben hacer temblar al cielo con su exclamación de acción de gracias. Ni una sola voz humana debe callarse en este grito de alabanza. Dios se valió de Ester para salvar a su pueblo

del peligro en acecho y su pueblo se mostró contento y agradecido. “Para los judíos fue un día de luz, de dicha, de felicitaciones y de triunfo. En todos los lugares donde fueron conocidas las noticias del decreto real, los judíos saltaban de alegría y de regocijo, y tuvieron banquetes y fiestas. Mucha gente pagana de distintas regiones se hicieron judíos, pues éstos le infundían mucho miedo” (Ester 8, 16-17). No hay duda que María ha sido una gran libertadora de la humanidad y que hizo por esta humanidad lo que es incomparablemente más grande que el servicio que Ester le prestó a su pueblo.

Los santos y los sabios de la Iglesia . . . nos imparten instrucciones sobre lo que deben ser nuestros sentimientos . . . San Pedro Damián nos insta así: “Regocijémonos y llenémonos de gozo por el nacimiento de la Santísima Madre de Dios, María, quién proclamó un gozo nuevo para el mundo, y quien fue el principio de la salvación de toda la raza humana.” Y San Agustín afirma: “Que la tierra, transformada en ilustre . . . por tal Virgen, se regocije con el mayor regocijo.”



Lunes: vigésima primera semana del tiempo ordinario / Pregúntense: ¿Hago buen uso de las gracias de Dios?

Conferencia a los Siervos Misioneros, alrededor de 1920, MF 8598.

“Por la gracia de Dios soy lo que soy y el favor para mí no fue en vano” (1 Corintios 15, 10). Ustedes han leído esa Epístola. Su significado debió haberles impactado de una manera muy personal. Cuando ustedes vean la palabra “Epístola”, abran sus corazones un poquito más, pues puede que en ella encuentren un mensaje personal. Desde luego que San Pablo se refería a sí mismo y a los otros apóstoles, pero hay un significado implícito que ustedes lo pueden hacer suyo, porque la enorme gracia que poseían tan perfectamente, y lo que les concernía, de alguna manera les concierne a ustedes también . . .

San Pablo nos dice que por la gracia de Dios, era lo que era; por la gracia de Dios, y luego añade, “esa gracia en mí no fue inútil”; él no la perdió. Cooperó con esa gracia. Ahora bien, me parece, mis queridos hijos, que éste es el mensaje para nosotros en el día de hoy.

Demos por sentado que esa Epístola está dirigida en especial a mí, en especial a ustedes.

Cuando ustedes escuchan la palabra, están escuchando la voz del Espíritu Santo, la voz de Jesús. Es a mí que se dirige primero. De entre todas las criaturas del mundo, soy esa criatura. Nosotros somos las personas a quienes el cielo ha hablado esta mañana. Debemos amarte, Señor, tanto como nos amamos a nosotros mismos. Por lo tanto, ese amor debe comenzar con nosotros mismos. No puedo pensar en santificar a otros hasta que no haya comenzado la tarea de santificarme yo.

A medida que esa voz va penetrando en nuestros oídos, en nuestras conciencias, se me ocurre este pensamiento: ¿Y qué de la gracia que hemos recibido? ¿Podemos exclamar con San Pablo que esta gracia no ha sido inútil? Somos lo que somos por la gracia de Dios, pero la gracia de Dios no ha sido inútil. ¿Podemos nosotros decir eso? Yo vacilo en decirlo, no me atrevo a decirlo. Lleno de confusión y de vergüenza tengo que admitir que no puedo decirlo; “no ha sido inútil”, quisiera poder decir eso. Creo que tengo mucho de que arrepentirme, mucho en que no ha habido una cooperación perfecta con esa gracia. Gracias a Dios que está presente una abundancia de remordimiento, una abundancia de buena voluntad para que esa gracia tenga un efecto pleno.

Les estoy ofreciendo mis impresiones personales. Reconozco que Dios me ha concedido, en alguna forma, gracias por encima de las que le ha otorgado a otros hombres, y que es mi responsabilidad personal dar cuenta de esas gracias. Que si Él me concedió esas gracias no lo hizo para mi propio beneficio, para mi propio engrandecimiento, sino para el bien mayor de las almas. Si he respondido a medias, sin emplear todo mi corazón, entonces no he respondido a cabalidad. La Iglesia se beneficiará menos, las almas recibirán menos, Dios recibirá menos. Gracias le doy al Espíritu Santo que hace que estas cosas me inquieten un poco, que me preocupen.

Sería algo espantoso si esta noche me acostara sin aplicar a mi persona esas palabras . . . Ciertamente que doy gracias a Dios por las gracias que me ha concedido y al Espíritu Santo porque no me acostaré sumido en la indiferencia. Doy gracias a Dios porque esa Epístola me ha convertido en penitente y porque he determinado hacer mejor uso de esta gracia.



Martes: vigésima primera semana del tiempo ordinario / Práctica: La oración al Espíritu Santo

1. Conferencia en la apertura de un retiro a los Siervos Misioneros, 21 de agosto de 1930, MF 8687-89. 2. Apuntes de una conferencia a los Siervos Misioneros, probablemente en el 1930, MF 8665. (El Padre Judge comenzó el retiro refiriéndose a la liturgia del día).

La oración colecta de la Misa del domingo décimo primero después de Pentecostés es muy hermosa. Contiene un mensaje que dice: “O, Dios todopoderoso y eterno, quien en la abundancia de tu amorosa bondad sueles conceder más allá de lo que son las necesidades y deseos de los que oran humildemente”, y, “Él dará poder y fuerza a su pueblo.” Fuerza y poder . . . Eso es lo que deseamos. Queremos fuerza y poder, pero la fuerza y el poder que venga del Espíritu Santo. Pongamos más unción, más fervor en nuestras oraciones al Espíritu de Dios . . .

Justo antes de nuestro Señor ascender al cielo, tenía noticias tristes para sus apóstoles. Les presenta de esta manera: les afirma que los iba a dejar y que las despedidas son tristes. Los que se van sienten la pena de los que se quedan. Y así, para hacerlo menos doloroso para ellos, Jesús les dijo: “Pero en verdad, les conviene que yo me vaya” (Juan 16, 7).

¿Cómo iban ellos a comprender que eso era lo mejor para ellos? Con mucho respeto y reverencia podemos creer que ellos no entendieron nada. Era su Señor, su Dios, su amigo, y no podían comprender que era una cosa buena para ellos el perderlo, que era una cosa buena que Él se fuera. Entonces nuestro Señor les dijo con cierta indulgencia: “Porque si yo no me voy el Defensor no vendrá a ustedes; pero si me voy se lo mandaré” (Juan 16, 7). “Pero cuando él, el Espíritu de verdad venga, él les enseñará, les dará a conocer toda la verdad” (Juan 16, 13). Esto es lo que nosotros deseamos, queremos la verdad. Queremos al Paráclito, al Intercesor. Él es el alma de la Iglesia (1).

Este es el día del Espíritu Santo. Nosotros sólo podemos conocerlo en la verdad de la Santísima Trinidad. Él es el que es igual al Padre y al Hijo. Él es la promesa del Padre, el más amoroso, el más generoso. Él es el regalo del Altísimo, autor de todo bien, fuego que consume y amor ardiente, consolador y santificador, Padre de los Pobres, Padre de la luz, la luz del mundo. Él es el amor sustancial del Padre y del Hijo.

Él es el alma, el aliento mismo de la Iglesia. Él es el Espíritu, Él es quien en el principio cubrió a María y llevó a la realización el misterio de la Encarnación. Él nos dio el Sagrado Corazón, el cuerpo precioso y la sangre de Jesús. Sin el Espíritu Santo, ningún hombre santo o santa mujer de Dios, piensa o realiza ningún bien. Ningún confesor puede ser confesor, ningún mártir puede morir por la fe, ninguna virgen puede conservar su radiante pureza. Sin el Espíritu Santo ellos no pueden llegar a ser santos. Él es su Espíritu. ¿Han pensado en quien es su Espíritu? ¿Qué es ese temperamento especial, esa energía, ese destello de alma que ustedes poseen? (2).



Miércoles: vigésima primera semana del tiempo ordinario / Fidelidad a la gracia de nuestra vocación

Conferencia a los Siervos Misioneros, alrededor de 1920, MF 8598-8600.

“Por la gracia de Dios soy lo que soy y el favor que me hizo no fue en vano” (1 Corintios 15, 10). Ahora me pregunto, ¿cuál es la impresión que esa Epístola ha tenido en ustedes? ¿Qué efecto han causado esas palabras en ustedes? Yo sé esto, sé que ustedes han recibido gracias extraordinarias. Y me pregunto si esas gracias han sido en vano, inoperantes, inútiles.

No quiero convertirme en juez de ustedes en este asunto. No hago juicio alguno puesto que sólo deseo ser el defensor de ustedes ante el trono de Dios. Por lo tanto, si se les castiga, si se les corrige, si se les llama la atención es quizás porque yo he de ser el abogado de ustedes más tarde y no su juez . . . Conozco estas gracias . . . que ustedes poseen . . . Son ustedes los que deben decir si están anulando esas gracias o no.

¿Cuánto han escuchado hablar del trabajo de la santificación propia y qué quiere decir esto para ustedes? Qué contentos debieron haberse sentido cuando se les dijo que la voluntad de Dios para ustedes es la expresión máxima de la voluntad de Dios. Dios ha manifestado su voluntad a sus criaturas, pero esa voluntad varía de individuo a individuo. No les exige tanto a unos como a otros. Pero la voluntad de Dios para ustedes, mis queridos hijos, les exige el tributo más grande que una criatura puede dar a su Dios.

¡Qué poco agradecemos a Dios sus gracias! ¡Qué poco las apreciamos! Ciertamente que a veces sentimos una batalla dentro de nosotros, una lucha entre nuestra baja naturaleza y nuestras ambiciones espirituales elevadas, en horas en que predomina lo bueno y en horas en que predomina lo malo, la lucha entre el espíritu y la carne. Algunas veces estas gracias nos desesperan. No tenemos la conciencia, ni la valentía de explicarnos estas gracias. Y a veces sentimos como que no hay nada de tal gracia en nosotros. Después aparece el crujir frenado de la conciencia, luego la incursión a contra viento de los poderes del bien. Hay momentos cuando el orgullo se pasea en la cúspide en magnífica rebelión, cuando nuestros sentimientos ultrajados dominan . . . cuando se nos tienta y se nos pone a prueba en ese preciso momento. Estos episodios prueban la existencia de la gracia en nosotros. Estos momentos demuestran la necesidad de orar, de estar en guardia siempre. Si no tuviéramos la gracia no sería difícil hacer lo que no está bien. Si nos hubiéramos acostumbrado a hacer lo que no está bien, la conciencia estaría muerta.

Esa voluntad le manifiesta a Dios una proporción, una relación de la gloria de ustedes, es decir, el estar por encima de los demás si son fieles a esas gracias, si no las anulan. Por lo tanto, se han puesto a luchar frecuentemente por alcanzar la santificación personal. Se les ha advertido que deben crecer en las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad. Se le ha repetido una y otra vez, que desarrollen un espíritu devoto y humilde, que corrijan sus faltas y que progresen en la práctica de alguna virtud particular. En otras palabras, se les ha conferido una práctica. Podemos decir que esto resume el trabajo de su santificación, pero el hecho se reduce a esto, que la gracia en ustedes no debe anularse, que deben decir, con la misma valentía y honestidad del Apóstol San Pablo: “La gracia de Dios en mí no ha sido en vano.”



Jueves: vigésima primera semana del tiempo ordinario / Dirección espiritual

Conferencia a los Siervos Misioneros, alrededor de 1920, MF 8599.

¿Cuál ha sido su respuesta a la dirección espiritual? Algunas veces, al ser dirigidos, el aprendizaje se desarrolla

de forma muy agradable . . . otras veces, suceden cosas que no son muy agradables. La forma más efectiva de conocernos a nosotros mismos no es siempre la más consoladora o confortante. Sucede como con una visita a la oficina de un médico. La persona entra con paso ágil, el color de la salud en sus mejillas, inconsciente de algún síntoma de enfermedad latente y se encuentra con un médico de mirada perspicaz, familiarizado con las cosas que destruyen el cuerpo. Puede que descubra lo que, a menos que se atienda, ha de destruir ese cuerpo. Si ese médico es honrado contigo, te dirá lo que hay en su mente. Saberlo, sin duda, será deprimente. No sabías que estabas enfermo, no sentías nada, pero al salir de allí, al menos conoces la situación mejor. Sales fortalecido, y si tomas los remedios que él te receta, esa enfermedad será truncada.

El alma tiene su propia vida y algunas veces, al igual que el cuerpo, también se encuentra en peligro. Cosas empiezan a desarrollarse y a ulcerarse en ella; se siembran allí y a menos que se cautericen, a menos que se extirpen, surgirá allí una condición que se hará muy peligrosa . . . Ahora bien, a veces no queremos enterarnos de esas cosas; tenemos la impresión de que nos sentimos bien, no nos preocupa el asunto. Tenemos una idea un tanto presumida de nuestra perfección, de nuestra bondad; estamos en posesión de cierta tranquilidad de conciencia.

Ahora que pensamos sobre esto, recordamos algunas cosas en que, probablemente, fuimos un poco egoístas. Sin embargo, cuando examinamos a nuestros amigos encontramos que la comparación nos favorece. Fuimos más caritativos . . . mucho más devotos que nuestros amigos. Quizás me tiene confundido con otra persona, de hecho conocemos a alguien a quien esta crítica le cuadra muy bien.

Si deseamos debatir el asunto, contamos con ciento una explicaciones: “Pero, Padre, yo puedo demostrarle dónde usted se equivoca sobre el asunto. Puedo demostrarle que yo tengo una razón que explica eso” y se continúa argumentando. Si eso sucede, debemos sentir miedo, no sea que la gracia de Dios se anule en nosotros, pues la regla es ésta: sentirnos siempre bajo sospecha, nunca seguros de nosotros mismos y, lo primero que hay que pensar siempre es decir: “siempre tuve miedo de eso, de ese yo miserable, de esa naturaleza corrupta. Sabía que se iba a descubrir.”

Ese es un juicio que es seguro — sospechar siempre de nosotros mismos. Si habita en nuestras almas algo de vida y de color, se debe a la gracia de Dios. Nosotros seguimos bajo la maldición de nuestros

primeros padres, pero si su gracia no se ha rendido nula, todavía siempre existe el peligro de que se anule.



Viernes: vigésima primera semana del tiempo ordinario / El mundo y las heridas de Jesús

Conferencia a los Siervos Misioneros, alrededor de 1920, MF 8601-02.

“Por la gracia de Dios soy lo que soy y el favor que me hizo no fue en vano” (1 Corintios 15, 10). Esa es la palabra del Espíritu Santo para ustedes. ¿Están anulando la gracia de Dios en ustedes? Esa gracia que poseen, Dios se la concedió, no sólo para su propia glorificación sino para la salvación de su prójimo. ¿No sería una pena que inutilicemos esa gracia debido a un poco de naturaleza humana y rebelde o que la perdiéramos debido a algún . . . espíritu imperioso dominante de egoísmo o de lo mundano? ¿No sería eso desastroso? Sólo tengo una amonestación, y esa es, que se guarden de lo mundano.

Esta mañana celebré la Misa en una iglesia muy humilde. . . Cuando recitaba el “Dios te salve, Santísima Reina”, miré hacia abajo y me percaté de la figura del cuerpo de Cristo. Noté las heridas sagradas y seguí pensando en ellas y me dije: “Pobre Jesús muerto, la forma de vida presente está muy distante de ti, y tú estás muy lejos de ella.”

Los acontecimientos del momento en la sociedad de hoy . . . tienen poca relación con las heridas de Jesucristo, pero mientras menos pensamos en las heridas de Jesús, más nos herimos unos a otros. Y me dije: “Qué anticuado se está volviendo tu santo Evangelio y, sin embargo, es el único Evangelio.”

. . . El mundo necesita meditar sobre las heridas de Jesús. Mantengámonos cerca de esas heridas. Estarán ustedes protegidos de la vida mundana, siempre y cuando piensen en las heridas de nuestro Salvador Bendito. Mientras tengan un pensamiento compasivo por esas heridas en su mente, el demonio no podrá guiarles por el mal camino . . .

“No amen al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama el mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2, 15). Cuando hablo del mundo me refiero a ciertas diversiones, a ciertos estilos de vida, a cierta

manera de soñar . . . la vocación de ustedes es salvar al mundo, fortalecer las almas débiles y recordarles que hay una ley de responsabilidad moral, que existen mandamientos; esa es la vocación de ustedes . . . La vocación de ustedes es amar, bendecir y adorar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, exaltar su Santo Nombre, y glorificar su Iglesia.

No piensen en causar una buena impresión. Los hombres (del mundo) son los que hacen eso. Ellos mentirán, ellos aparentarán y fabricarán intrigas. Ustedes, sin embargo, servirán a Dios con pureza de intención; servirán rogando que venga su Reino, que se haga su voluntad. Si eso no les trae éxito, entonces el fracaso es una gracia. Cuando ustedes trabajan para Dios, mis queridos hijos, y se mantienen cerca de las heridas de Jesús, no necesitan favores porque tienen el corazón que Dios quiere que tengan. Tienen la mente necesaria para realizar su obra más importante. Cuentan con los medios y con la protección para defenderse.



Sábado: vigésima primera semana del tiempo ordinario / Cooperación con la gracia

Conferencia a los Siervos Misioneros, alrededor de 1920, MF 8600-01.

Todos ustedes poseen un espíritu particular; el espíritu del Cenáculo. Todos ustedes poseen la gracia necesaria para ser Siervos Misioneros . . . Algunos poseen la gracia en un grado extraordinario. ¿Qué tenemos que hacer para asegurarnos que esta gracia no se anule en nosotros? Pues eso exige el amor a Dios; el amor a Dios más perfecto. Eso supone todo lo que tiene que ver con la caridad, el tema de la pureza, de la mortificación, también la cuestión de la fortaleza. Todo eso cubre, en una palabra, la totalidad de la cooperación con la voluntad de Dios . . .

Retrocedamos al momento en que ustedes entraron al Cenáculo. Desde que entraron al Cenáculo, ante Dios y el Espíritu Santo, ¿qué han hecho con esos dones que Él les concedió? ¿Qué han hecho por el Cenáculo en el que la Providencia de Dios los ha colocado? ¿Qué han hecho con ese fuego divino que nuestro Señor . . . vino a derramar sobre la tierra? ¿Qué

han hecho ustedes para inflamar con más ardor sus voluntades?

¿Qué están haciendo para que la caridad de Dios y el espíritu de generosidad se adentren más profundamente en sus corazones?

Ustedes saben que el espíritu apostólico debe ser un espíritu generoso. ¿Abrigan ustedes el deseo de hacer sacrificios?

Sacrificio quiere decir un gran amor a Dios . . . Un gran amor a Dios presupone un alma devota, un alma muy devota . . . un alma que depende enormemente de Dios.

¿Son ustedes leales y cooperan en el Cenáculo con el trabajo que les ha sido asignado? ¿O se han convertido ustedes mismos en Cenáculo?

No pueden ustedes tener un espíritu devoto y humilde si poseen un espíritu independiente . . . Un espíritu dependiente se demuestra en una actitud de humildad y de lealtad hacia los demás. En esa actitud dependiente es que se nota la ausencia de confianza (exagerada) en uno mismo. Sentimos la necesidad de los demás. Sentimos la necesidad de la acción cooperativa porque un espíritu independiente no siente nada de eso.

Miren hacia atrás. ¿Qué han hecho y qué están haciendo con las gracias que han recibido desde que pertenecen al Cenáculo?

¿Cuál ha sido su devoción al Cenáculo?

Ustedes le deben lealtad y devoción al Cenáculo. No pueden esperar recibir las gracias si se separan del Cenáculo. ¿Están anulando la gracia de Dios en ustedes?



Lunes: vigésima segunda semana del tiempo ordinario / La oración humilde

Conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo en el Convento del Cenáculo en la Ciudad de Nueva York, 5 de agosto de 1915, MF 14132-33.

Nuestro Bendito Señor nos dice que estemos en vela y oremos, no sea que caigamos en la tentación. El insiste en que oremos. Cuántas personas hay que van por el mal camino porque no acuden a Dios. Puede que digan: “Estoy desalentado. No vale la pena.” De todas las tretas corrientes del enemigo del alma del hombre, la más poderosa es el desaliento. Puede que no hayamos conseguido algo. Puede que hayamos pecado, entonces

el demonio sencillamente nos induce al desaliento. El dice: “No vale la pena, es tarde; eres uno de los desventurados. ¿Cómo puedes volver a estar en gracia con Dios? ¿Cómo te atreves a tener aspiraciones santas?” Todo eso es satánico.

El Señor quiere que le oremos a Él y que pidamos por nosotros. Quiere que le solicitemos esa gracia que necesitamos. Hay una gracia que Él quiere que le pidamos y esa es la gracia de la humildad. Mira los pecados que había cometido el publicano, sin embargo, nuestro Señor lo perdonó y lo santificó. Debemos estar conscientes de nuestros pecados cuando oramos. Muy pocos lo hacemos; presentamos una serie de excusas o con facilidad echamos la culpa a otros. Esto no es orar, el corazón no se ha conmovido, sólo se han movido los labios. Ruéguele por nosotros; pídanle que les conceda un corazón contrito y humilde: “Dios mío, ten piedad de mí que soy un pecador” (Lucas 18, 13). Sólo hubo uno que podía decir: “¿Quién de ustedes me acusará de algún pecado?” (Juan 8, 46).

Todos tenemos conocimiento del pecado — bien sean pecados perdonados como no perdonados. A nuestro querido Señor le agrada manifestar eso. Pensar que el publicano fue elevado tanto desde un lugar tan bajo — todos sus pecados le fueron perdonados . . . sólo porque dijo: “Dios mío, ten piedad de mí que soy un pecador.” Si son indiferentes, si no tienen remordimientos, me temo que no poseen el espíritu del publicano. Me temo que el Señor no está complacido con ustedes.

Ustedes tienen una conciencia; tienen una memoria. Pueden mirar hacia atrás. Posiblemente ha habido días de ambigüedad en su vida. Es cierto que existe razón para arrepentirse de haber desobedecido a los superiores . . . o a los mandamientos de Dios. ¿Tienen conocimiento de eso? ¿Tienen el temor penitencial para poder decir: “Dios mío, ten piedad de nosotros que somos pecadores?” Si llegan a decir eso, serán muy queridos de Dios. Posiblemente les prefiera por encima de los arzobispos, porque “el que se hace grande será humillado y el que se humilla será enaltecido” (Lucas 18, 14). Humillarnos es tarea difícil. Le exige tanto al corazón . . . Es un tira y jala del amor propio . . . Pero tiene un efecto maravilloso que convierte a los hombres y a las mujeres en seres muy queridos de Dios. Tiene además, el efecto maravilloso de limpiar los residuos del pecado.



Martes: vigésima segunda semana del tiempo ordinario / Práctica: El amor personal a Jesús

Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, Ciudad de Nueva York, 8 de agosto de 1915, MF 8371-72.

Dios es amor. La caridad es la más elevada de las virtudes. San Pablo nos dice que si poseemos todas las demás virtudes y no practicamos la caridad, no tenemos nada . . . El precepto de caridad es doble. Por un lado concierne a Dios y, por el otro, a nuestro prójimo. Dios es el bien supremo y por lo tanto debe recibir adoración suprema. Debe recibir amor en forma suprema. Él es merecedor de todo el amor de ustedes porque él es perfecto. Debemos amarlo con todo el corazón, con todas nuestras fuerzas y con todo nuestro entendimiento. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que debe habitar en nosotros un cierto deseo estable de agradarle. Poseemos ciertas facultades, tenemos un cuerpo, por ejemplo, con sus órganos, con sus sentidos. Tenemos un alma con sus poderes. Imagínense que agarran un libro y leen algo acerca de la hermosura, de la amabilidad de Dios. ¿No se dan cuenta que están amando a Dios con sus ojos? Es el mismo caso con el resto de los sentidos. Puede que el demonio los tienta. No son capaces de pensar. Quizás no pueden articular una oración y todo lo que son capaces de decir es esto: “¡O, Señor, yo te amo! ¡O, Dios mío, yo te quiero! Esto es amar a Dios con todos los sentidos, con todas las facultades del alma y del cuerpo. Es de esta manera que es obligatorio amar a Dios.

Es preciso comenzar cada día con un estremecimiento del corazón hacia Dios. Deben comenzar el día con un acto de amor a Dios. Para mí, un día más es como si la creación comenzara de nuevo. No había nada — y entonces comenzó la creación. La cima de una colina aparece aquí y la cúspide de otra allá y se cubrieron de hierba verde — y entonces Dios creó al hombre. Me parece que el Señor hizo la creación así de vasta para demostrarnos lo maravilloso que es. Cuando contemplo las estrellas, el cielo, el misterio maravilloso del espacio, la bóveda del cielo imposible de medir, exclamo: “¡Mi Dios es un gran Dios! Me llena de júbilo tener tan maravilloso creador.” Esto me hace amar más a Dios. Ésta resulta ser una forma (personal) de amar a Dios.

Por la mañana comenzamos con un acto de amor y el resto del día debe convertirse en un continuo acto

de amor. Esto puede lograrse por mediación de la presencia de Dios, la unión con Dios y mediante la ofrenda de oraciones jaculatorias a lo largo del día. Hay ocasiones en que podemos probar nuestro amor a Dios. Cada vez que realizan una buena acción, prueban su amor a Dios. Si ustedes aman a una persona, han de confiar en esa persona. Deben tener una confianza maravillosa en Dios y demostrar esa confianza. Jesús dice: “Yo reprendo y corrijo a los que amo” (Apocalipsis 3, 19). Dios no quiere que nos separemos de Él por toda una eternidad. Puede que si hacemos nuestra voluntad eso es lo que sucederá. No es que Él quiera vernos aplastados o con el corazón roto, pero a veces sí permite algunos sufrimientos, alguna miseria, porque él nos ama. San Pablo afirma: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Acaso las pruebas, la aflicción, la persecución, el hambre, la falta de todo, los peligros o la espada . . .? Yo sé que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni las fuerzas del universo, ya sean del cielo o de los abismos, ni ninguna otra criatura podrán apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Romanos 8, 35-38).



Miércoles: vigésima segunda semana del tiempo ordinario / La humildad

1. Conferencia a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1927, MF 12537. 2. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 19 de julio de 1921, MF 653.

“Si alguno se cree algo, cuando no es nada, se engaña a sí mismo” (Gálatas 6, 3). El hombre entra al mundo derramando lágrimas; sujeto a muchas calamidades, vive en temor y abandona el mundo en la angustia; no es consecuente por naturaleza, es objeto de los cambios, a veces está alegre y otras veces triste. Lo necesita todo, no puede hacer nada por sí mismo. No puede dirigirse, es ciego en sus juicios. Siente remordimiento por el pasado que se esfumó y sospecha del futuro. Se agarra al presente que se le escapa. Lucha contra la adversidad. La prosperidad lo intoxica, la alabanza lo hace enorgullecer, la humillación lo irrita y lo aplasta, la ira lo enloquece. La pereza lo debilita, la sensualidad lo devora. Es el juguete de sus pasiones. Pasa su infancia en la incapacidad, su juventud en la frivolidad, sus años maduros en cuidados y preocupaciones, su vejez

en la chochez . . . Su mente es objeto de la ignorancia, su voluntad objeto de la incertidumbre y su corazón objeto de tantas decepciones. El tedio inexorable pesa sobre su existencia y se convierte en una carga para sí mismo. No hay ninguno de de sus sentidos ni parte de su cuerpo que no haya conocido la tristeza o que no haya sido capaz de sufrir. En ningún momento de su vida se ha sentido seguro, y tiene siempre la tumba ante él.

Entonces, ¿qué es el hombre? Antes de existir, nada. Nada en rebelión por el pecado, polvo cuando termina su existencia, miseria mientras dura. Esa es la condición de la humanidad que causó el pecado. Es esta condición humana tan endeble, tan caída, la que se convirtió en la condición del Hijo de Dios al encarnarse. Ésa es la naturaleza que adoptó, no como existía antes de la caída, en su dignidad original, sino en su estado pecaminoso . . . Apareció bajo la forma de un hombre pecador . . . ocupando nuestro lugar ante la justicia divina . . . en su carne sufriente . . . Hizo parte de su misión la tarea de la expiación del pecado. Se echó a costas el castigo universal por el pecado . . . descendió . . . al abismo en el cual la naturaleza humana había caído por el orgullo (1).

La vida de San Vicente tiene un significado especial para los hijos del Cenáculo. Él es uno de nuestros patronos particulares. Lo consideramos nuestro Padre. Es por eso que nuestra esperanza y confianza en su devota intercesión se ha incrementado. Pidámosle que, en nuestros corazones y en el corazón del Cenáculo, se encuentre el gran amor a Dios que lo distinguió, que podamos mantener nuestra virtud con humildad y, que el celo inflame nuestros corazones. Que podamos contrarrestar nuestros desengaños y nuestra lucha contra nuestra naturaleza, mediante un celo ardiente por los pobres y por los que carecen de todo lo espiritual. No hay gracia más bendita que puedan pedir, mis queridos hijos, que ésta: que el espíritu de San Vicente de Paúl se convierta en el espíritu de ustedes (2).



Jueves: vigésima segunda semana del tiempo ordinario / Para adquirir la humildad

1. Conferencia a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1927, MF 12357-58 2. Carta al Hermano Augustine Philips, 3 de diciembre de 1922, MF 721.

La rehabilitación del hombre debió comenzar, necesariamente, con la humildad de Dios, puesto que fue debido al pecado que la ruina del hombre comenzó. Es así que Jesús, el Salvador, luego de haberse humillado, fue exaltado por el Padre quien le dio un nombre que está por encima de todos los nombres para que, en adelante, al oír el nombre de Jesús se doblara toda rodilla. Es así que el hombre, si convierte en suya la humildad del Salvador y escucha sus palabras: “Aprendan de mí que soy paciente y humilde de corazón” (Mateo 11, 29) y si, además, sigue su ejemplo, podrá ser elevado por lo alto de acuerdo a lo que está escrito: “El que se rebaja, será puesto en alto” (Mateo 23, 12).

No hay duda que, para poder humillarse, el hombre debe llegar a declarar . . . en todo momento, su inferioridad. No menos necesario es el ejemplo del que nació en la humildad de un pesebre, vivió en la oscuridad de Nazaret, pobre, desconocido, olvidado, sumiso a todo, ignorando en su vida pública la aclamación de la multitud, nunca buscando su propia gloria sino rebajándose hasta lavar los pies de sus discípulos y, como el último de los hombres, muriendo en la cruz cubierto de oprobio y humillación.

No menos necesario para nosotros es imitar al que dijo: “Les he dado el ejemplo para que ustedes hagan lo mismo que yo les he hecho” (Juan 13, 15). De hecho, la humildad es una virtud y, como tal, tiene que adquirirse. Por otro lado, fue para llevarnos a la práctica de la humildad que Jesús afirmó: “Aprendan de mí que soy paciente y de corazón humilde” (Mateo 11, 29). ¿Nos exigirá Él que aprendamos algo de Él que nos resultará imposible lograr? La oración puede conseguir para nosotros lo que nosotros no podemos lograr, tanto más así, puesto que ella misma es un acto de humildad y Dios le concede la gracia al humilde.

¿Qué sucede entonces? Dios concede sus gracias al humilde para enriquecerlo. Dios desciende hasta el que se esconde para elevarlo. Se revela al que permanece oculto sólo para exaltarlo de acuerdo a lo que está escrito: “El saca del polvo al indigente y al pequeño para colocarlos junto a sus príncipes” (1).

Recuerden que la virtud de la humildad es la solución a todas nuestras dificultades, un remedio seguro y rápido para todas nuestras tentaciones. Que la preocupación y el temor de ustedes sea éste: que el demonio pueda llegar a aprovecharse de los estados de angustia de ustedes y lograr su entrada. Recuerden que la humildad es el antídoto. Su lugar en esos momentos, no es ubicarse en la altura encumbrada de sus egos o

estudiar su amor propio herido, sino caer de rodillas ante el crucifijo y contemplar lo que el pecado hizo a Jesús. Calla la queja murmuradora de la vanidad quejumbrosa. Permite que los ángeles que llevan los expedientes, escuchen esta confesión: “Yo confieso ante Dios todopoderoso . . . que he pecado grandemente de pensamiento, de palabra y de obra, por mi culpa por mi culpa por mi grandísima culpa” (2).



Viernes: vigésima segunda semana del tiempo ordinario / Los diez mandamientos

Carta a los miembros pioneros del Cenáculo, 6 de agosto de 1915, MF 8354.

La primera palabra de Dios a la inteligencia humana es un mandamiento para que se le sirva. Nos anuncia que Él es nuestro Señor, nuestro Dios, nuestro dueño supremo. Nos dice que, sólo Él es responsable de nosotros, siendo Él muy positivo en este asunto; no deja espacio para ninguna duda ni pueden haber mal entendidos. Nos ha suministrado una ley ya revelada; ha desvelado su objetivo y esa ley proclama: “lo que debes” y “lo que no debes hacer.” “Debes hacer esto” y “no debes hacer esto otro.” Estos mandatos son los que constituyen los diez mandamientos de Dios.

Dios nos ha manifestado su voluntad, su propósito santo clara, sencilla y positivamente. Hay ciertas cosas que insiste que debemos hacer y ciertas cosas que no debemos hacer. No hay duda que queremos hacer la voluntad de Dios. Eso es muy cierto y es positivo. Tenemos los mandamientos. La primera palabra que pronunció nuestro Salvador al comenzar su vida pública — escasamente se había roto el silencio del desierto, cuando llegó proclamando que, desde ese preciso momento, nos competía obedecer la ley.

¡Cómo se esforzó durante su vida, por adelantar la causa de los mandamientos! Lo explica de esta manera: “Ustedes son mis amigos si cumplen lo que les mando. Por esto sabrán si son mis amigos, si guardan los mandamientos. Si ustedes me aman, hagan lo que yo les he mandado. Mi Padre amará a aquél que guarde los mandamientos y vendrá a él y yo vendré a él” (Cf. Juan 14, 15-23). Nuestro Señor se esforzó rogando amorosamente de tantas maneras.

La noche antes de morir abogó por estos mandamientos. Insistió que, como amigos y como una prueba de nuestro amor por Él y de devoción, los cumpliéramos. La recompensa es sencillamente indecible. Es demasiado grande. Y, muriendo en la cruz, los ratificó.

Ay, ustedes saben lo que son los Mandamientos. Se les enseñaron estos mandamientos de Dios. Para ustedes no son un nuevo Evangelio. Hay un lamento que procede del corazón humano y hay algo que atormenta. Es la pregunta que se hace el santo y el pecador desde la cuna hasta el sepulcro, que preocupa al bueno y al malvado: “¿Me salvaré? ¿Llegaré a ser uno de los bienaventurados? ¿Pueden asegurarme que veré a Dios? ¿Veré a todas esas almas benditas y a estos ángeles que circulan alrededor del trono de Dios?”

“Me pregunto si estaré allí para ver la gloria del paraíso, si voy a estar donde no hay sufrimiento, sino júbilo perpetuo. Me pregunto si jamás lo alcanzaré. Ese es el grito de mi alma. ¿Es ese también el grito que procede de las almas de ustedes?”



Sábado: vigésima segunda semana del tiempo ordinario / Caridad fraterna

1. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros en Puerto Rico, 28 de agosto de 1932, MF 2076 2. Artículo en el Holy Ghost Magazine, enero de 1929, MF 11615-17. 3. Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 3 de agosto de 1912, MF 8313.

Recuerden que con frecuencia les he amonestado sobre el hecho de que ningún daño puede afectarnos, a menos que no surja de adentro. Si nos mantenemos unidos el maligno se enfurecerá en vano. La obra de ustedes es de tal naturaleza que atraerá los ataques del espíritu del mal. Cada uno de ustedes deberá formular el propósito de que mantendrá la paz y que, si es necesario hacer ajustes, éstos los realizarán en caridad y en obediencia. Para que la voluntad de Dios prevalezca, cada uno deberá dedicarse a no ser obstinado en seguir su propia voluntad y, que si abriga alguna ambición mayor, ésta sea convertirse en un agente de paz y obtener las promesas que esa bienaventuranza garantiza (1).

No podemos ponernos a esperar (la verdadera paz), no podemos contar con tal cosa, si la caridad

fraterna no está activa . . . Ésta supone la buena voluntad. Se trata de la buena voluntad que cantaban los ángeles. Es la buena voluntad que los ángeles atestiguan y que tiene como recompensa la paz. Esta es la buena voluntad por la cual, si no la perdemos, vivió, trabajó, oró, sufrió y murió Jesús . . . O, qué mucho se parece a Dios la buena voluntad y qué odiosa y diabólica es la mala voluntad y la intolerancia con su despreciable cría de malicia, prejuicio, envidia, celos, mala representación y todos esos diablillos que trabajan por la destrucción de la paz entre los hombres.

Que la debilidad humana que descubren en sus hermanos . . . o hermanas nunca les agrie la disposición o lesione su buena voluntad hacia (ellos). Que siempre demuestren el espíritu de buena voluntad hacia los hombres, inclusive para los que los vilipendian y los persiguen, ese es el espíritu de un seguidor de Cristo (2).

Para ser caritativos es muy necesario que sean humildes. Recuerden como se les ha repetido tantas veces, la humildad es la virtud de Jesús, es la virtud de su bendita Madre, de sus santos, y debe ser la virtud de ustedes, si van a ser sus siervos. La humildad protege la caridad; alimenta la caridad y, si surge una falta contra la caridad, eso es señal segura de que en vez de humildad, la persona se ha convertido en víctima del amor propio y del orgullo.

Estoy grandemente confundido mientras escribo esto, porque, por mi propia experiencia pecaminosa y miserable, conozco bien el asunto. Esta experiencia puede ser de provecho a ustedes si les ayuda a evitar caer en esas faltas que hieren la caridad y echan fuera de sus corazones el Espíritu de Jesús.

Recordemos lo que dice San Juan: “En esto hemos conocido el amor de Dios, porque ha entregado su vida por nosotros, así también nosotros debemos entregar la vida por los hermanos . . . “Hijitos, no amemos sólo con palabras y de labios afuera, sino verdaderamente y con obras” (1 Juan 3, 16-18).

Queridos hermanos, amémonos unos a otros porque el amor viene de Dios. Y todo el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor . . . Y el que vive en el amor vive en Dios y Dios en él” (1 Juan 4, 1-8) (3).



Lunes: vigésima tercera semana del tiempo ordinario / La gratitud y la Santa Eucaristía

Sermón publicado en el Holy Ghost Magazine, octubre de 1931, MF 1821-22.

La gratitud es una virtud cristiana. Como cristianos no tenemos opción con respecto al asunto. Debemos mostrar a Dios un corazón agradecido. Ustedes están familiarizados con las palabras de San Pablo. A través de sus epístolas anima al pueblo de Dios a ser agradecido. Insiste en que debemos dar gracias a Dios. Es necesario dar gracias a Dios y, para que no dejen de hacerlo, les recuerda, “Doy, sin tregua, gracias a Dios por ustedes en mis oraciones”. Afirma enfáticamente que la voluntad de Dios es que seamos agradecidos.

¿Cómo podemos dar gracias a Dios? En primer lugar, mostrando aprecio por todo. La acción de gracias agrada a Dios. No es que le estemos cancelando una deuda, sino que el ser agradecido es una señal de humildad y la Biblia nos dice que las oraciones de los humildes alcanzan las nubes. Es la oración del hombre humilde la que tiene aceptación, pero la de los autosuficientes es rechazada, porque éstos no son agradecidos, son malagradecidos.

El gran San Vicente de Paúl afirmó: “El medio más seguro de obtener otro favor de Dios es agradeciendo lo que acaba de realizar en nosotros.” Iluminados y animados por grandes deseos para que continúen las bendiciones de parte de Dios, debemos activar en nuestro interior, el espíritu de acción de gracias. Este debe comenzar cobrando conciencia de lo mucho que dependemos de Dios. Ese conocimiento nos lleva a la realización de que necesitamos a Dios y nos impulsa a exclamar de inmediato: “Gracias a Dios. Que el Dios bondadoso y amable sea alabado y bendecido siempre.” Es así que estaríamos imitando a David, el salmista inspirado, quien proclama: “Vengan, demos vivas al Señor, partamos a su encuentro dando gracias, aclamémosle con cánticos” (Salmo 94).

¿Saben ustedes que Dios . . . ha dado a conocer una forma de darle gracias que le agrada? Eucaristía quiere decir acción de gracias. ¡La Santa Eucaristía! Esa palabra tiene una larga historia. Nos remonta al tiempo en que nuestro bendito Señor caminaba sobre esta tierra, y a la habitación superior donde Jesús se reunía con sus apóstoles. En esa habitación ellos lo vieron extender sus benditas manos y tomar el pan. “Y tomando el pan dio gracias, lo partió y le dio a ellos diciendo: Este es mi Cuerpo que es entregado por ustedes. Hagan esto en memoria mía. De igual manera el cáliz también, luego

de comer, diciendo: Esta copa es la alianza nueva sellada con mi sangre, que es derramada por ustedes” (Lucas 22, 19-20). “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día. Mi carne es comida verdadera y mi sangre es bebida verdadera. El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él” (Juan 6, 55-57).

Acción de gracias, enténdanlo bien, es una obligación cristiana esencial. No podemos agradecer a Dios, no lo adoramos propiamente, no lo servimos bien si no le somos agradecidos. Pero anótenlo bien, Él mismo estructuró un servicio de acción de gracias en la (Eucaristía).



Martes: vigésima tercera semana del tiempo ordinario / Práctica: La obediencia

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, diciembre de 1919, MF 8430-31.

La obediencia es una de las virtudes más grandes. Es la virtud de reyes, la virtud del triunfo. Dice el Espíritu Santo: “El testigo falso quedará en vergüenza, el hombre obediente cantará victoria” (Proverbios 21, 28). El triunfo y el éxito son los resultados lógicos que nunca fallan al que obedece, así como la confusión, el fracaso y el desastre vienen a ser, sin duda, la consecuencia inevitable de la desobediencia. El triunfo supremo de nuestro Señor se le atribuye a esto: “Se humilló, obedeciendo hasta la muerte” (Filipenses 2, 8). La obediencia es una virtud tan necesaria que las Sagradas Escrituras aseguran: “La obediencia es mejor que el sacrificio” (1 Samuel 15, 22).

La obediencia es claramente una virtud católica. Circula siempre a través de todo el sistema católico y, no tenerla, es no poseer el espíritu católico. Está tan incrustada en el catolicismo, o en la vida del católico tan profundamente, que forma parte hasta de las marcas de la verdadera Iglesia que giran, engoznadas, alrededor de ella. Estas notas de la verdadera Iglesia son, Apostolicidad, Unidad, Catolicidad y Santidad. Todas éstas necesitan de la obediencia como algo esencial.

“Vayan . . .” es la orden que se le imparte a los apóstoles: “Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos” (Mateo 28, 19). Pero sin la obediencia

no hubiera habido un “vayan”; mis hijos queridos, saquen ustedes las conclusiones. Fue obediente por ustedes hasta la muerte, de manera que, mediante esta gran virtud de la obediencia, puedan ustedes asemejarse más a Él. Ustedes están prestos a obedecer cualquier llamado de la obediencia aun cuando quiebre las fibras de sus corazones y los condene al exilio entre extranjeros, lejos de sus hogares y de lo que fue su infancia. Esta virtud explica el porqué de su presencia aquí y los sacrificios que los agotan y los prueban . . . Explica además los latidos apostólicos del Cenáculo. Esto presenta al misionero católico como un apóstol ante el mundo entero.

No sería posible lograr la unidad sin contar con el apoyo de la obediencia . . . Creemos en las enseñanzas de la Iglesia. Sometemos nuestro intelecto al Jesús que enseña en la Iglesia y a través de la Iglesia. “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14, 6). “El que cree en mí no camina en la oscuridad” (Juan 8, 12). Para guiar a la acción católica contamos con el derecho canónico. Esto constituye una unidad que es única entre los pueblos y las naciones, aunque existan diferencias de raza, de costumbres y de formación. Ninguna otra entidad podría producir esto, sino la propia Iglesia de Jesucristo. Todo esto lo sostiene la obediencia a la Iglesia y a la autoridad debidamente y divinamente constituida en la Iglesia.

La obediencia también afecta la catolicidad de la Iglesia . . . Almas iluminadas nos enseñan esta oración de Jesús – “Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu Reino. Hágase tu voluntad” (Mateo 6, 9-10) y se apresuran a extender su reino, santificar su nombre y a esforzarse para que todos hagan la voluntad de Dios. Por lo tanto, ningún territorio ni lugar pone límites a su celo (obediente). La cruz es transportada a todas las tierras y todas las razas escuchan el Santo Evangelio que se les predica y se les enseña.



Miércoles: vigésima tercera semana del tiempo ordinario / El don de la fe y cómo se conserva

Apuntes de sermón, 1930, MF 8676. Carta dirigida al Padre John Loftus, 27 de marzo de 1923, MF 5331-33

Es imposible agradar a Dios sin la fe. Mientras más fe se posee, más se agrada a Dios. La caridad se practica de acuerdo a la fe que se tiene. Las dimensiones de la superestructura natural de ustedes dependen de la base que les suministre la fe. Es un asunto de cuánta caridad contiene su fe, porque la fe sin buenas obras está muerta.

El acto de fe del Cenáculo lo constituye el conjunto de actos de fe de sus miembros. Sin una fe grande no podemos llevar a cabo obras grandes para Dios. “O, mujer, grande es tu fe.” “La carne y la sangre no te han enseñado esto”. No son los maestros de retórica ni los filósofos los que enseñan a ustedes. No se les instruye en las escuelas de hombres débiles. No son los ángeles los que le imparten lecciones. El Hijo de Dios es el que ha sido su maestro. Ustedes creen lo que los apóstoles creyeron, lo que creyó su Bendita Madre, lo que cree Jesucristo.

Un buen ejercicio para incrementar la fe sería compadecer a los que no tienen fe, orar por las pobres gentes que están fuera de la Iglesia. Este es un asunto que cuadra perfectamente con sus inquietudes. ¿Qué está logrando la fe en sus vidas? Poseen una fe que, si la siguen, les hará brillar dentro de la aristocracia de los santos de Dios, los convertirá en santos maravillosos y radiantes. Sin embargo, más aún, en realidad, ¿cuán distantes están ustedes de las mujeres y (hombres) buenos, ordinarios y comunes? ¿Es que una mujer (u hombre) bueno practica la virtud al mismo nivel que ustedes? ¿Son más pacientes, más caritativos, demuestran más celo que ustedes? Este es un asunto sobre el que deben reflexionar mucho (1).

Me siento preocupado en razón del Cenáculo y de la preservación de la fe . . . el que estos dos hechos sobresalientes se mantengan siempre ante la luz pública. De hecho, creo que estos deben ser términos consagrados para nosotros. El Cenáculo está repleto con lo que significa el Espíritu Santo. La preservación de la fe exige la presencia del Espíritu Santo.

Me parece que la Divina Providencia está muy a favor nuestro y que nos posibilita incluir esas palabras hermosas en nuestra obra y que, mediante su uso, se concederán muchas gracias a nosotros y a otros que se van familiarizando con ellas. Nos hemos empeñado durante años por tratar de comunicar al público el significado del Cenáculo y la necesidad de la preservación de la fe.

En cuanto a las palabras, “Preservación de la fe”, es esa una consigna gloriosa . . . que se popularizará y se propagará por todos lados. Podemos afirmar en estos momentos, que es propiedad nuestra. Creo que es

la voluntad de Dios que ostentemos esta consigna en nuestras obras de manera que los ángeles, los hombres y las mujeres se enteren que ésta es, de manera especial, nuestra vocación (2).



Jueves: vigésima primera semana del tiempo ordinario / La vida y la muerte de un religioso

Panegírico en ocasión de la muerte de la Hermana Mary Florence, M.S.B.T., Holy Ghost Magazine, septiembre de 1930, MF 1629-31

¿Qué especie de seres son estas Hermanas (estos sacerdotes y) estos Hermanos? Poseen una filosofía propia que no es suya, es la filosofía de Jesucristo. Creen que no tienen nada más que hacer en este mundo . . . que sea más importante . . . que conocer, amar y servir a Dios. Están tan convencidos de esto que cualquier asunto que interfiera con este . . . conocer, amar y servir a Dios constituiría una violación y causaría confusión y calamidad en sus vidas . . .

(El religioso) teme al mundo, a la carne y al demonio porque el mundo es tan seductor, sus placeres son tan engañosos, sus gozos falsos, su paz ficticia, la carne tan tirana . . . y el demonio tan poderoso. (El religioso) sabe bien que el Señor afirmó de corazón, “Estén despiertos y recen para no caer en tentación” (Mateo 26, 41). Este estar despiertos significa no solamente evitar la maldad en el actuar sino también atacar la maldad en su comienzo – en el pensamiento.

El religioso sabe que todo aquello que contamina tiene su origen en el pensamiento . . . que la acción es sólo la expresión externa del pensamiento. Se le enseña, por lo tanto, a mantener la mente y el pensamiento puros y saludables, a no hacer nada, pensar nada que no vaya dirigido al honor y la gloria de Dios. Dios siempre primero, el religioso último.

Jesús nos dijo que trabajemos – que veamos y laboremos. Nos dijo que debíamos creer . . . Su Espíritu Santo también nos enseñó que la fe es inútil si no se manifiesta en obras. El religioso busca que todo lo que se haga, se haga para que se santifique su nombre, venga su reino y que se haga su santa voluntad.

Nuestro tesoro . . . es un tesoro que ni el moho ni la polilla corroen, ni los ladrones entran para robarlo. Nuestro divino Señor ha prometido el ciento por uno a los que dejan a su padre o su madre para seguirlo. Son las mansiones del cielo. Es Dios mismo. “Ven, esposa de Cristo, recibe la corona que Cristo te ha preparado para siempre.” Para un religioso no existe tal cosa como una muerte sin preparación. El religioso vive para morir y comienza ese proceso al momento en que se entrega a Dios . . .

Nos preguntamos: ¿Es la popularidad de la multiplicidad de formas de placer que distraen, obstáculo para nosotros meditar sobre la única verdad importante? Estamos en este mundo para lograr nuestra salvación en el temor y en el estremecimiento. La verdad que descansa sólidamente sobre piedra angular es ésta, que hay un cielo que ganar y un infierno que evitar.

El amor de nuestro prójimo, la caridad hacia el prójimo nos impulsa a salvar sus almas. Ese amor al prójimo es una virtud cardinal de la vida religiosa. Significa servicio al prójimo por mediación de las obras de misericordia corporales y espirituales.



Viernes: vigésima tercera semana del tiempo ordinario / La vida religiosa vivida en imitación de la pasión de Jesús

Panegírico en ocasión de la muerte de la Hermana Mary Florence, M.S.B.T., Holy Ghost Magazine, septiembre de 1930, MF 1629

¿Quién es un religioso? ¿Qué es un religioso? Religioso es un hombre o mujer que vive una vida muy especial. No hay nada en el mundo a la que se asemeje. Poseen ellos una concepción extraordinaria de la vida y desde ahí contemplan la espiritualidad de la suya propia. Recogen todo eso de las consignas de Jesús. Su vida es lo más que se acerca a la vida del Dios-Hombre que se haya vivido jamás. La vida de un religioso es . . . la elevación suprema de la humanidad. La cruz de Cristo no ha alcanzado triunfo mayor ni victoria más grande que lo que representa el corazón de un buen religioso o religiosa . . .

Han tenido muchos maestros en muchas escuelas. A pesar de que esas enseñanzas han sido útiles y buenas, nunca tuvieron maestro como el maestro de la

humanidad, Jesús. Jamás maestro alguno enseñó como enseñó Jesús. Todas sus enseñanzas se pueden resumir en dos. Primero, cómo es que los hombres deben vivir. Segundo, cómo deben morir.

Examinen sus preceptos. Estudien sus doctrinas y todo viene a reducirse a ese pensamiento. Todo lo que hizo y enseñó lo hizo con el objetivo único de enseñarnos, a ti y a mí, cómo vivir bien, a salvo y cómo morir seguros . . . Nuestro Señor vivió su vida mayormente haciendo caso omiso de las tradiciones e ideas de su tiempo . . . Tanto así que se convirtió en piedra de tropiezo contra la cual muchos de los líderes de su tiempo se estrellaron. Más de un fariseo elevó los brazos y se horrorizó al afirmar que (Jesús) se asociaba con los pecadores. Su doctrina de amor y perdón a los enemigos lo convirtió en objeto de reproche . . . Según se movía de lugar a lugar entre los hijos de los hombres, concretizaba todas las virtudes – la pureza, la mansedumbre, la humildad, la caridad. Predicó un evangelio poco atractivo al espíritu de su tiempo, el odio al mundo. No (un odio) al planeta hermoso que había adornado de belleza sino al contubernio de la maldad, de los que San Pablo tiene en mente al afirmar: “Su Dios es el vientre y se sienten orgullosos de cosas que deberían avergonzarlos” (Filipenses 3, 19), cuya ley son las pasiones, que viven para el momento y que exclaman, “comamos y bebamos porque mañana hemos de morir”, cuyas aspiraciones son de barro húmedo, quienes no reconocen ni que Dios está en el cielo y desprecian su santa ley . . . Con éstos en mente dijo Jesús: “No amen al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2, 15).

(El religioso) honra la palabra de Jesús. Él dijo, “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14, 6). (El religioso) responde, “Señor Jesús, tú eres mi camino, tú eres mi verdad, tú eres mi vida”. (El religioso) se hace insensible a las cosas seductoras del mundo.

Con respecto a la Hermana Mary Florence, de cuyo panegírico se toma esta meditación, dice el Padre Judge): Tuvo la muerte que nosotros quisiéramos tener – en la caridad . . . en el amor de Dios y del prójimo. Murió como religiosa. ¿Cómo se dio el hecho de que tuviera pensamientos tan hermosos de Dios? Abrigaba esos pensamientos porque esos son los pensamientos de una religiosa.



Sábado: vigésima tercera semana del tiempo ordinario / El espíritu del Cenáculo Misionero

Carta dirigida a los asociados pioneros, 11 de junio de 1911, MF 3285-90

Ningún espíritu ajeno al que ha animado al Cenáculo hasta el momento, debe permitírsele entrada, no sea que perdamos la complacencia con la que Dios nos mira. Por lo tanto, estén alerta para no apartarse de la sencillez, serenidad y caridad cristiana que siempre se ha evidenciado en los Cenáculos.

Recuerden que no le damos cabida a un espíritu argumentativo o belicoso. Como los apóstoles en la habitación superior, el primer Cenáculo, nuestras deliberaciones se caracterizan por la presentación de argumentos en un espíritu de paz, oración y caridad fraterna. El resto se lo encomendamos a la dirección del Espíritu Santo. “Fue el parecer del Espíritu Santo y el nuestro” (Hechos 15, 28). Éste debe ser el sentimiento que debe insuflar todos sus consejos, entonces, todas las acciones de conveniencia humana no tendrán entrada en sus deliberaciones. Doy gracias a Dios porque, hasta la fecha, nos ha salvado de esto y oro a su Divina Majestad que nos aleje siempre de esa plaga . . .

Debemos permanecer alerta, no sea que un espíritu foráneo encuentre cabida y destruya lo que Dios ha construido . . . He sentido temor de que perdamos la dirección de la Divina Providencia si se da el caso de que la planificación y la astucia humana lleguen a remplazar la oración y la búsqueda de la manifestación de la santa voluntad de Dios. Procedamos, pues, con alegría y convencidos de que mientras más haya de Dios en nuestro esfuerzo y menos del hombre, más segura, perdurable y exitosa será nuestra pequeña sociedad . . .

Sintamos un temor perpetuo de la intromisión de motivos humanos y naturales en nuestros planes. Mientras más haya del hombre y de sus artificios, menos habrá de Dios. Entrego a la Providencia de Dios y a la dirección del Espíritu Santo el futuro de nuestra obra rogando a la Inmaculada Madre de Jesús, a San José y a nuestros santos patronos que le rueguen a nuestro querido Señor por la constancia y fidelidad a las gracias que Él ha derramado sobre nosotros.

Que lo que nos preocupe por el momento sea probarnos a nosotros mismos y probar a los que acuden a nosotros, rogando siempre al Espíritu Santo que nos

utilice para conseguir sus propósitos y nos guíe en todo aquello que es correcto. Podemos entonces decir: “Él lo ha realizado. Nosotros no tuvimos nada que ver en el asunto. La gloria es toda suya – los errores son nuestros. Nunca hemos intentado anticipar su voluntad, más bien esperamos que nos dirija.”

Entonces “nos pareceremos al hombre sabio que construyó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, hubo inundaciones y el viento sopló sobre la casa y no fue destruida porque se construyó sobre roca” (Mateo 7, 24-28). La roca sobre la que construimos es el Espíritu Santo.



Lunes: vigésima cuarta semana del tiempo ordinario / Los Apóstoles

Artículo en el Holy Ghost Magazine, febrero de 1929, MF 1395-97.

¡Qué conspiración contra la verdad y qué ceguera resultan, cuando se ignora a los apóstoles, estos eminentes hacedores de historia! Ninguna otra división humana de registro de gestas testimonia hazañas similares. No existe nada en la historia que lo iguale, ni tampoco nada en la mera filosofía humana que lo explique. Los apóstoles han gobernado con tal amplitud que no se puede comparar con el poder de las armas. Influenciaron las mentes de manera que estuvieran de acuerdo con ellos. Cautivaron corazones. Anexaron voluntades a su voluntad y, para que Jesús reinara, se repartieron el mundo.

Los apóstoles presentan una verdadera acusación contra cada generación. Ningún equipo de hombres ha ejercido jamás tal influencia dentro de la familia humana. Esta sobrepasa todo límite. Su efecto abarcador es estupendo. No sólo han logrado más que cualquiera de los equipos sobresalientes escogidos de entre las celebridades de las páginas de la historia, sino que han logrado más por la paz, la conducta del mundo y la influencia edificante de los hermanos, que todas las organizaciones del mundo en conjunto.

¿Por qué se les niega el honor que les pertenece? ¿Y por qué se ignora la deuda que la humanidad tiene con ellos? Ninguna escuela ni disciplina debe menospreciarlos pues los enseñó el maestro mismo de la humanidad, Jesús. Estuvieron en su escuela por tres

largos años. Entonces, si nuestros principios, nuestras máximas o nuestras conclusiones no están en armonía con las de ellos o no concuerdan con las de ellos, pongamos nuestra sabiduría en entredicho.

Hablamos de verdades, de marcadores que se pueden ver en la travesía del progreso humano durante los últimos veinte siglos, hechos tenaces que no se pueden subvertir. Negarlos equivaldría a esforzarse por destruir la evidencia apostólica, es decir, que se trata de perpetrar un asalto mayor contra la página más alentadora y más gloriosa en el registro humano de epopeyas en los últimos dos mil años. Es cierto que el registro es extraordinario. Podemos todavía admitir, desde una perspectiva humana, que el relato está lleno de detalles opuestos, de aparentes contradicciones y paradojas, pero debemos aceptar el hecho innegable de que los Apóstoles conquistaron al mundo. “Más por todo el orbe resalta su ritmo, y el mensaje llega hasta el fin del mundo” (Salmo 18, 5).

Su ofensiva y su defensiva, sus planes y estrategia quizás no encuentren lugar en los manuales de aquellos, cuya causa descansa sobre el favor de los príncipes y confían en sus armas. Sin embargo, ellos, los apóstoles, tomaron su posición, triunfaron y el mundo es de ellos en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El secreto de su triunfo lo aprendieron en la escuela de Cristo. “No hay amor más grande que éste, dar la vida por sus amigos” (Juan 15, 13). Ese amigo es Cristo, o el prójimo, por amor a Cristo.



Martes: vigésima cuarta semana del tiempo ordinario / Práctica: Pureza de intención

Conferencia a los Siervos Misioneros, probablemente en el 1921 o 1922, MF 8579-81

“Sea que coman, sea que beban, háganlo todo para gloria de Dios” (1 Corintios 10, 31).

Es muy necesario para los que realizan buenas obras, si es que quieren dar gloria a Dios, acumular méritos para sí y ser eficientes en su gestión de auxiliar al prójimo, evitar ciertas faltas o imperfecciones. Conviene recordar siempre que los méritos a obtenerse de las buenas obras proceden del motivo que provoque la

acción. Si el motivo no es digno, entonces los actos externos no merecen que Dios los tenga en cuenta, ni tampoco son meritorios en sí. No importa lo que la acción externa pueda ser, no importa lo extraordinaria, espléndida, corriente o lo trivial que sea, merece respeto, es digna de que Dios la tenga en cuenta sólo en proporción a nuestra pureza de intención o a la perfección de nuestra motivación. Mientras más puro, mientras más elevado el motivo que impulsa la acción, más agradable será a los ojos de Dios.

El respeto humano, el interés humano, el egoísmo, los motivos de la naturaleza, deberán ser eliminados de nuestra motivación mediante la pureza de intención. Cuando la pureza de intención nos impulsa por el amor a Dios, nuestro actuar es extremadamente agradable a Dios. “Incluso nos ha hecho encargados de una nueva alianza, que ya no es cosa de escritos, sino del Espíritu” (2 Corintios 3, 6). La motivación sobrenatural y la gracia de Dios estampan el sello sobrenatural sobre nuestra acción más mínima. A menos que tengamos en cuenta este espíritu, podemos correr el riesgo de desagradar a Dios aun en actos que, de otra manera, serían buenos. Nuestro Señor dice: “Yo se lo digo, si no hay en ustedes algo mucho más perfecto que lo de los fariseos, o de los maestros de la Ley, ustedes no pueden entrar en el Reino de los Cielos” (Mateo 5, 20).

Los sentimientos de nuestro Señor no han cambiado. La hipocresía y la afectación, el esnobismo y la búsqueda del beneficio propio son tan detestables para Él hoy, como lo fueron cuando increpó a los fariseos que buscaban llamar la atención y lograr el aplauso de los hombres mediante sus acciones. Existen, en la actualidad, algunas personas encubiertas bajo el título de trabajadores sociales — me refiero a ciertos hombres y mujeres católicos que son en verdad un estorbo y que atrasan los esfuerzos caritativos. Puede que se hayan graduado de una escuela de estudios sociales, hayan aprobado algún curso de sociología por correspondencia o se hayan identificado con algún trabajo de bienestar social y, porque poseen un diploma, uno piensa al escucharlos hablar hasta por los codos, que parecería que van a reformar el mundo. ¿En qué basan su esfuerzo? En su propia astucia. ¿En quién confían? En ellos mismos. ¿Cuál es su esperanza, su inspiración y su fuerza? Las escuelas, las sociedades, los métodos con los cuales han estado asociados. Ignoran la oración. Minimizan los sacramentos y las demás ayudas que la religión aporta. Parece que la luz y la ayuda sobrenatural han sido omitidas totalmente en lo que aprendieron. Tales personas se

endurecen hacia los desafortunados, ni están prestos a perdonar o a tener compasión con los débiles.



Miércoles: vigésima cuarta semana del tiempo ordinario / La santa pobreza

Carta al Hermano Theophane Mulroy, M.S.S.S.T., 24 de julio de 1930, MF 1577.

Las necesidades temporales del Cenáculo nos causan gran preocupación . . . a pesar de que nuestro movimiento es un movimiento espiritual, no podemos descartar lo temporal. Una sabia y cuidadosa administración de lo temporal ha de ser una gran ayuda a lo espiritual y a las obras de la religión y atraerá sobre nosotros abundantes gracias. Todo esto va incluido en la práctica de la Santa Pobreza.

Debemos sentir una cierta preocupación con relación a nuestras deudas . . . Con respecto al dinero que entra, yo espero y ruego que le plazca a la Divina Providencia enviarnos lo que necesitamos para cancelar nuestras deudas y nada más. Hay ciertos deudores que siempre deberán recibir atención inmediata y estos son los trabajadores pobres. Sabemos que defraudar al trabajador de su salario es un pecado, un pecado que ha de invitar la venganza de Dios. Es cierto que ser recto y justo con el trabajador pobre es hacer llover sobre nosotros los favores y las bendiciones de Dios.

Los Custodios deben ir al frente de sus hermanos en la práctica de la Santa Pobreza, recordando siempre que, de acuerdo a la Constitución, el Espíritu los ha puesto a cargo de los bienes de la religión y que son los administradores de la limosna de los pobres.

Esta virtud de la santa Pobreza que Nuestro Divino Señor enseñó y practicó y que su Inmaculada Madre María y San José también practicaron de manera ejemplar, es muy necesaria para nosotros, no sea que nos contagiemos con el espíritu despilfarrador que prevalece y nos contaminemos con lo terrenal de los que no conocen el Espíritu de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Nuestra profesión como religiosos nos hace convertirnos en hombres (y mujeres) pobres. Roguemos unos por otros para que esta verdad se desarrolle en nosotros y que seamos pobres de verdad . . . Pidamos para que le tengamos estima a la santa Pobreza, y para

que ella sea nuestro gozo, por el amor al que se hizo pobre para experimentar las inconveniencias de la pobreza.



Jueves: vigésima cuarta semana del tiempo ordinario / Fidelidad a nuestra profesión de votos

Sermón predicado en la primera profesión de votos de los Trinitarios, 8 de septiembre de 1932, MF 12273-76.

¿Qué es la vida religiosa? Vivimos en un mundo que los laicos no entienden. Es un mundo de por sí . . . Cada hijo o hija fiel de la Santa Madre Iglesia es religioso o religiosa. Eso es una virtud, natural y sobrenatural. Cuando cumplimos con nuestro deber para con Dios, somos devotos, somos religiosos. Pero, entonces, de acuerdo a Santo Tomás, ser religioso tiene un significado especial. En cierta manera se aplica a los que no están satisfechos con sólo cumplir con los Diez Mandamientos.

Nuestro Señor es el Maestro de la humanidad. Vino al mundo a enseñar al hombre cómo vivir y cómo morir, para que pueda ganar la vida eterna. El les brindó una regla de vida — no como la de los Diez Mandamientos, puesto que esta regla de vida pertenece a todos los hombres, mujeres y niños en la creación de Dios. Todos vienen obligados a observar la ley de Dios, pero muchos no están satisfechos con esto solamente, como el joven del Evangelio, que no estaba satisfecho. “¿Qué me queda por hacer?” Esto es lo que conocemos como los Consejos Evangélicos de Pobreza, Castidad y Obediencia. Desde el principio, hombres y mujeres de corazón generoso motivados por una gracia particular, por un impulso del Espíritu Santo . . . quisieron hacer lo que está por encima y va más allá de los Diez Mandamientos.

Ustedes poseen las virtudes del cenáculo — sencillez, prudencia, humildad, caridad, sacrificio, paciencia y ¡hay! las virtudes que son tan propias del joven religioso, la mortificación y la abnegación. Estas virtudes exigen que ustedes se desarrollen hasta el máximo en la vivencia de la vida de un religioso o una religiosa. Ustedes han de negarse a sí mismos para vivir para Dios.

Si no van a ser buenos religiosos no serán nada. No serán nada si no son fieles . . . Ustedes saben que

existen en la religión los que no edifican, que se comportan como si no amaran la regla, que andan tras la felicidad fuera de la casa religiosa, que persiguen sus propios intereses, que sólo aportan un servicio externo . . .

Que Dios los bendiga por el júbilo que me proporcionan y por la edificación que me brindan. Ustedes están tan repletos de la vida religiosa, son tan dedicados . . . pero la tentación viene, y quién sabe, puede venirles a cada uno. El hombre joven del Evangelio fue tentado y, entendiéndolo bien, habló cara a cara con el mismo Dios. Nuestro Señor le extendió la oferta de una vocación y él la rechazó. El sacerdote en el santuario ha sido tentado también. No podemos dejar de estar alerta.

¡O, lo que un buen sacerdote o Hermano (o Hermana) significa para la Iglesia . . . ! Si van a hacer esa resolución dentro de su corazón, vivirán su vida religiosa siendo fieles a la regla, fieles a los superiores, vivirán triunfantes en Cristo y una gran porción de los dones del mundo venidero les pertenecerá. Los encomiendo ahora a la Inmaculada Madre de nuestro Señor. Ustedes son suyos. Ustedes son una ofrenda a ella. Ella no les ha de abandonar. No le fallen ustedes.



Viernes: vigésima cuarta semana del tiempo ordinario / La Pasión de Cristo: un ejemplo de paciencia

Un sermón de misión sin fecha, MF 8611-12.

¿Qué es esto? ¡O, contempla esa masa de sangre coagulada, ese sangrar, esa víctima desgarrada! ¡Miren bien! ¿Puede esto ser un hombre? Miren como los latigazos crueles han desgarrado . . . su carne. Está cubierto de los salivazos que . . . la muchedumbre escupió sobre Él. Fue objeto de las burlas, vituperado, injuriado, coronado rey de los tontos. Contemplan esas heridas hondas y sangrientas en sus manos, en su costado, en sus pies y vean si hay sufrimiento mayor que el suyo.

¿Quién es ese ser sufriente y herido? ¡O! Es el que juega con el relámpago. El que sostiene el universo en la palma de su mano y que, a su llamada, el mar sube y baja, El que le dice al invierno y al verano que vengán o que se retiren, “El que hace brillar el sol sobre malos y buenos y caer la lluvia sobre justos y pecadores” (Mateo 5, 45). El que propulsa soles y planetas al firmamento y

cubre la tierra de cosas verdes y hermosas. La sangre de . . . reyes corre por sus venas.

Es más sabio que Salomón, mucho más grande que David, el ejemplo más perfecto de la raza humana, el más equilibrado, en espíritu. Su valentía, como la de Dios, su firmeza, tan dulce como la ternura de un niño; en belleza física y en su magnificencia de gracias naturales, el mas hermoso de los hijos de los hombres.

Nunca existió otro como Él. Cada una de sus palabras encierra más sabiduría que los oráculos de todas las ciencias y filosofías. Cada uno de sus movimientos revelaba la majestad de la Divinidad. No conocía mancha, ni vicio, ni debilidad de ninguna índole. Los oprimidos, los enfermos, los débiles lo amaban como a su defensor, su abogado, su amigo, su médico. Los inicuos, los arrogantes, los opresores, lo consideraban el vengador de sus víctimas. Todos lo respetaban y nadie podía acusarlo de nada excepto que había hecho bien todo lo que había hecho.

¡O, pobre Jesús! lacerado y herido como lo había anticipado el profeta hasta el último detalle. Te han tratado como a un gusano y no como a un hombre — como el reproche de los hombres, un repudio, un paria entre su pueblo. Todos los que te vieron, se reían de ti hasta el desprecio. Habían emitido palabras con sus labios y movido la cabeza. Habían abierto la boca contra ti como león voraz y rugiente. Te vas deshaciendo como el agua y se esparcen todos tus huesos. Tu corazón se ha convertido en cera derritiéndose en tus entrañas. Tu garganta está seca como vasija vacía, y tu lengua se te pega a las quijadas y se te ha reducido al polvo de la muerte. Han traspasado tus manos y tus pies. Han contado todos tus huesos y te han clavado la mirada una y otra vez. Se han repartido entre sí tus vestiduras y tu túnica se apuesta a los dados (Cf. Salmo 21).



Sábado: vigésima cuarta semana del tiempo ordinario / Pruebas y contradicciones

1. Carta de pésame, 6 de junio de 1932, MF 12269. 2. Carta luego del incendio que destruyera la Casa Madre, 4 de enero de 1930, MF 1485.

Nosotros, mortales al fin, somos muy ineficaces

e imperfectos en cuanto a formular juicios se refiere. Estamos tan atados y tan circunscritos al presente que, cuando se trata de un acontecimiento de esta naturaleza y es personal, se nos hace sumamente difícil percibir la amplitud y la magnificencia de las obras de la Divina Providencia.

Contamos, sin embargo, con un conocimiento ya fijo y determinado que nos proporciona luz y un gozo seguro. Sabemos que servimos a un Dios de incontables misericordias. Sabemos que es infinitamente bueno y tan totalmente sabio, que es imposible que cometa un error, y la fe nos susurra que tengamos paciencia y que esperemos por su día, por ese día en que todas las cosas ocultas se darán a conocer.

Nuestra fe tiene sus compensaciones generosas. En las horas de dolor nos brinda una de las doctrinas más consoladoras que existe, la Comunión de los Santos. Es ésta una de las enseñanzas más reconfortantes y jubilosas de nuestra santa religión. Nos enseña que (aun) la muerte no es una separación, sino una ausencia.

No es una separación porque entre los bienaventurados en el cielo, las benditas almas en el Purgatorio y los justos en la tierra hay intereses en común de amor y de oración que los unen. No es una pérdida porque uno de los gozos mayores del cielo será reunirse de nuevo. Es cierto — que es una ausencia larga, prolongada quizás, pero sólo una ausencia que cada día se hace más corta . . . Recuerden las palabras de San Pablo: “Hermanos, deseo que estén bien enterados acerca de los que ya descansan, y no se apenen como los demás, que no tienen esperanza” (1 Tesalonicenses 4, 12) (1).

Personalmente creo que cada prueba es el principio de otra larga y generosa serie de gracias . . . Preparémonos para recibirlas. Respondamos generosamente a la Divina Providencia . . . en aquello que la sabiduría del mundo consideraría tan calamitoso. La Inmaculada Madre de Dios no está preocupada, El Cenáculo es suyo. Está consagrado a ella para el mayor honor y gloria de su Hijo. Ella es la Reina. Acudan, pues, a la Reina del Cenáculo Misionero y confíenle lo que hay en su corazón. Háganle saber que nosotros sólo deseamos hacer una cosa: la voluntad de su Divino Hijo, complacerlo en todo, ya sea en la abundancia o en la necesidad, ya sea en la prosperidad o en la adversidad, ya sea en la emoción del triunfo o en la decepción de la contradicción y la pérdida.

Cuando se trata de proporcionarle gloria a Él, nada más importa. Sólo deseamos una cosa, que el nombre de Dios sea alabado, que su Reino venga, que se haga su Santa Voluntad, que Jesucristo sea bendecido y

que sea por siempre el Rey y el centro de todos los corazones (2).



Lunes: vigésima quinta semana del tiempo ordinario / El misterio de la Encarnación

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, marzo de 1922, MF 5181-82.

“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1, 14). La consideración del misterio de la Encarnación nos proporciona júbilo y pena a la vez. Gozo inefable porque los hijos del Cenáculo vienen llamados a propagar el conocimiento de este misterio. Pena porque hay tantos para quienes este misterio significa tan poco.

Multitudes, aun de católicos devotos . . . no ponen atención al significado de este gran (misterio). Aun el gran día en el que la liturgia de la Iglesia conmemora este misterio, es, para ellos, como cualquier otro día. Sus mentes andan ocupadas con una ganancia sin importancia, un negocio que los distrae, una diversión pasajera y el gran día de la Anunciación los sorprende sin tan siquiera pensar en el significado de ese acontecimiento.

En verdad esto es indeciblemente triste, pues en vista de nuestra Santa Fe y de todo lo que la Encarnación significa, el menor de nuestros pensamientos sobre este misterio debe emocionar el corazón de todo católico . . . haciéndonos caer de rodillas con una exclamación de alegría, una exclamación tan poderosa, tan abarcadora, como para hacer estremecer las mismas puertas del cielo. Pero tal exclamación, tal grito, Dios nos tenga misericordia, sale del corazón de sólo unos pocos.

Permítanme recordarles de manera especial, mis queridos hijos, la gran responsabilidad y obligación de dar gracias que pesan sobre ustedes. ¿Cómo se da el hecho de que ustedes no son parte de esa muchedumbre negligente? Sólo pensar en ese descuido es una agonía. ¿Cómo sucede que ustedes son favorecidos con un conocimiento tan íntimo y amoroso de este misterio? Esta es una señal del indecible amor de Dios para con ustedes.

Piensen aún más allá, en el gozo que ustedes

sienten al saber que han sido llamados a extender el conocimiento de este misterio y darlo a conocer a los demás. Alégrese también compartiendo este pensamiento: que así como el conocimiento y el entendimiento de este misterio los separa considerablemente de los que no lo conocen, en la misma proporción, la gloria suya será mayor en el cielo, si han sido fieles a la gracia de conocer y propagar este misterio aquí en la tierra.



Martes: vigésima quinta semana del tiempo ordinario / Práctica: El uso provechoso del tiempo

1. Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 28 de agosto de 1930, MF 8773. 2. Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 25 de agosto de 1930, MF 8709-11, 8716, 8720-21

Si deseamos el fin, deseamos los medios para llegar a ser santos. ¿Cuáles son esos medios? La oración y la recepción de los Sacramentos . . . Si desean la santidad aceptarán los medios . . . y los utilizarán. Los momentos de oración son momentos muy valiosos. Yo me pregunto cómo es que estamos tan carentes del sentido del valor de las oportunidades que la meditación de la mañana nos presenta. ¿Por qué somos tan apáticos? ¿Por qué somos tan carentes de sentido? Debemos asemejarnos, en esta hora del día, a los buscadores de oro. Debemos llegar con nuestro ingenio agudizado, con todos nuestros sentidos alerta. Este es el momento de adelantar en santidad. ¿Cómo pueden explicar su indiferencia? Nos volvemos tan deshonestos con Dios, tan injustos con nuestras almas. Este es el tiempo para que la voluntad quiera, pero la carne es débil. No hay duda de que estamos un poco intoxicados con las emanaciones de la carne. El sueño ejerce un gran control sobre nosotros (1).

Tenemos aquí a la Hermana Neurastenia. Ella muestra los síntomas. Es especialista en medicinas patentizadas. Sufre toda clase de aflicciones y dolores. La hospitalizamos. Se le hacen pruebas . . . todas salen negativas. Está ciento por ciento bien pero, aun así se siente enferma. Esto es *per_omnia_saecula_saeculorum*. Hay algo raro en los síntomas. Cuando se habla de ellos uno

comienza a pensar que uno mismo los siente . . . Cuando yo era un sacerdote joven, un párroco me dijo: “Ven conmigo. Voy a ver a un sacerdote enfermo.” Le dije: “Muy bien, es una oportunidad de practicar las obras de misericordia corporales. Visitaré al enfermo.” Cuando llegué, observé a un sacerdote robusto acostado en su sofá . . . Mi párroco exclamó: “Ay, pero tú estás enfermo.” El sacerdote recostado contestó: “Es verdad que estoy enfermo.” Yo pregunté: “¿Qué es lo que tiene?” El respondió: “No lo sé. He estado yendo a los baños fríos y a los baños calientes. He acudido a los manantiales de agua caliente y de agua fría. He acudido a los manantiales de agua con hierro y de agua con cobre. Los especialistas me dicen que mis pulmones están bien, y el que me trata el hígado dice que mi hígado está bien. El que me trata los riñones dice que mis riñones están bien. El que me trata el estómago dice que tengo el estómago de un caníbal, y el que me trata la cabeza dice que tengo la cabeza de un Demóstenes.” “¿Entonces qué es lo que le pasa?”, le pregunté. Me contestó: “Yo no lo sé, pero es terrible. Sí, es terrible.” Y yo empecé a sentirme enfermo también, enfermo de oírle a los dos y dije: “Si no acaban con esto iré a buscar los santos óleos para administrar la extrema unción a ambos.”

Yo espero que ustedes no se pongan tan maniáticos. Sean servidores robustos de Dios. Nuestro Señor dice que si quieres gozar de días buenos que hagas el bien. Que si quieren una vida larga que hagan el bien. Dice más: “El que pierda la vida por amor a mí, la hallará” (Mateo 10, 39). Si ustedes ponen su mente en hacer su trabajo y le piden al Espíritu Santo que les proporcione la fuerza, Él se la suministrará. ¿Por qué no convierten al Espíritu Santo en su médico? Contemplan a los santos. ¿No es sorprendente lo mucho que sufrieron? Santa Teresa y Santo Domingo, ¿cómo es que perseveraron y realizaron todas esas obras maravillosas? Ellos sufrían enfermedades. Verdaderamente eran inválidos. Si en realidad ustedes son inválidos el Cenáculo les cuidará. El primer lugar debe otorgarse a nuestros enfermos que quebrantan su salud desempeñándose en la obra del Señor . . . (2)



Miércoles: vigésima quinta semana del tiempo ordinario / San José

1. *Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, marzo de 1922, MF 5181.* 2. *Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 2 de agosto de 1927, MF 5930-31.*

Qué poco sabemos de este santo bendito y, sin embargo, qué mucho podemos afirmar sobre él, el Santo de las tareas ordinarias cotidianas, el santo que apela a todas las almas agobiadas . . . por las preocupaciones, a (todos) los perturbados e inquietos por conocer qué obligación del momento les toca cumplir. ¡Qué mucho debió haber sufrido San José! Recuerden, él no fue testigo del triunfo de la Pascua . . . para él todo fue un Viernes Santo.

Por un tiempo se le privó conocer sobre la Encarnación. Nunca presenció los milagros públicos de Nuestro Señor, ni tampoco las multitudes apretujándolo. Le tocó la parte de la ansiedad. El se convertiría . . . en el consejero, en el proveedor de la Sagrada Familia.

¡Qué profundidad de fe poseía! Es cierto que compartió en el primer coro de los ángeles en la primera navidad, que fue testigo de la primera adoración sencilla de los pastores, y que sirvió de anfitrión a los Reyes Magos, sin embargo, la cruz constituyó la parte gruesa de su porción . . .

¡Qué amor tenía a Jesús y a María! ¡Cómo ellos amaron a este guía, proveedor y compañero, callado, tierno, considerado y devoto! Necesitamos mucho la ayuda de San José. Necesitamos su espíritu de oración. Mis queridos hijos, mientras más vivo, más me impacta esta verdad: es sólo la oración la que realiza la conversión de los pecadores. Esta conversión tiene que comenzar con la oración. Cualquier agencia que se utilice, no importa lo brillante que sea, los recursos que posea, el poder que ostente, no importa el prestigio con que cuente, fallará a menos que no vaya acompañada de la oración.

Es gracia de las gracias poseer un espíritu de oración y un corazón lleno de amor, una mente que está conciente de la presencia de Dios y una voluntad en unión con la adorable voluntad de Dios. ¡O, que San José obtenga esa gracia para ustedes . . . !

Que ninguno de ustedes sea tan descuidado u olvidadizo de no . . . depositar sus necesidades, espirituales y temporales, ante . . . el casto esposo de la Inmaculada María . . . Dios . . . nos invita a acudir con fe sencilla y con amor . . . a su amado padre adoptivo para que nos asista en toda necesidad. Sean celosos para su propio bien, sean caritativos y recuerden las necesidades y los sufrimientos de los demás, vivos y difuntos. Rueguen mucho por el Cenáculo. Que nadie se vea obligado a

confesar que no tiene una devoción grande y particular a San José (2).



Jueves: vigésima quinta semana del tiempo ordinario / La preservación de la fe

1. *Apuntes para un sermón de misión, hacia 1910, MF 8945-48.* 2. *Artículo en el Holy Ghost Magazine, marzo de 1930, MF 11605.* 3. *Conferencia a los Siervos Misioneros, marzo de 1928, MF 10715.*

Si existe alguien que afirme que no hay Dios, tal individuo es un necio. Puede que ustedes piensen que soy muy severo, pero solamente expongo lo que contiene la Sagrada Escritura. “Dice en su corazón el insensato: ‘Mentira, Dios no existe’” (Salmo 13, 1). La historia, las aspiraciones y los testimonios de cada generación de hombres validan estas palabras del Espíritu Santo; porque hay una sed insaciable que brota del corazón que no podemos apagar y que exige la existencia de un ser supremo . . .

Existen algunos hombres que trafican en blasfemia como otros hombres trafican con cualquier mercancía . . . Otros niegan la existencia de Dios . . . debido a sus corazones depravados. Por la gracia de Dios ustedes han sido protegidos del pecado espantoso de la infidelidad. La creencia dentro de ustedes de que Dios existe es profunda y más querida para ustedes que la vida misma. Pero es una fe activa. Una fe que tiene la capacidad de moldear sus vidas. Al mismo tiempo que ustedes creen en un Dios que es, a la vez, un Padre amoroso quien los ha de recompensar por el bien que han hecho, ¿lo ofenden deliberadamente? ¿Se dan cuenta de quién es Dios? Desafortunadamente nuestras ideas acerca de Dios son muy nebulosas. Sin embargo, Dios es intensamente real, intensamente personal (1).

Si se da el caso de que un individuo o un pueblo lleguen a perder su fe ¿qué le queda? ¿Qué ha de hacer para que valga la pena vivir la vida? Sin la fe, ¿cómo hemos de contestar preguntas como éstas: para qué estoy aquí? ¿No hay otra cosa en la vida que ser una pieza solamente en la maquinaria de algún plan industrial, o del mundo social? ¿Qué beneficio me proporciona lo que poseo si el futuro no me tiene nada reservado . . . ?

Cada uno de nosotros podría exclamar con Job, en completa miseria y aflicción: “¡Maldito el día en que nací!” (Job 3, 3).

“La Preservación de la Fe” — ¡qué mucho esa expresión significa justamente ahora! No hay humanista más grande que el que mantiene la fe viva, porque no existe beneficio mejor para la humanidad. Es necesario admitir este principio, a menos que uno quiera rechazar completamente las enseñanzas de la fe que posee y haga violencia a su sentido espiritual y a toda tradición sobrenatural. Esto desembocaría en el naturalismo, con implicaciones terribles y desesperantes. En vista de la virtud de la fe y lo que ésta provee para resolver el misterio de la existencia aquí en el mundo y las promesas esperanzadoras que el futuro nos ofrece, piensen en las condiciones de esas pobres gentes, especialmente la de los niños, contra quienes existe una conspiración para privarlos completamente de este precioso tesoro (2). La consigna de todo el movimiento del Cenáculo Misionero es la Preservación de la Fe (3).



Viernes: vigésima quinta semana del tiempo ordinario / Los sufrimientos de Cristo por nosotros

1. *Apuntes de un retiro, 1909, MF 10630.* 2. *Sermón de misión sin fecha, MF 8612.*

¡Contemplan el crucifijo! Fíjense en la vida, en el juicio de Jesús y en la falsa representación que se le hace. Tomen nota de qué consiste el sufrimiento (1). ¡Ay, pobre Jesús!, magullado y herido, según lo anticiparon los profetas hasta la más mínima palabra. Te han tratado como a un gusano, como si no fueras un hombre, sino como el reproche de los hombres y como el paria del pueblo. Todos los que te miraban se reían de ti hasta el escarnio . . . Han abierto sus bocas contra ti como leones voraces y rugientes.

Te vacían como se vacía el agua . . . Tu corazón se vuelve como cera que se derrite . . . Tu fuerza se seca como se seca un tiesto, y tu lengua se pega a tus quijadas. Te han reducido al polvo de la muerte. Han traspasado tus manos y tus pies y te han contado todos tus huesos y te han clavado la mirada descaradamente. Se han

repartido entre sí tus vestiduras y tu túnica se apuesta a los dados.

Es cierto que tú has cargado con nuestras flaquezas, con nuestros sufrimientos (Cf. Isaías 53, 4-7) y que nosotros te hemos considerado un leproso, como alguien a quien Dios ha castigado. Te hirieron por nuestras iniquidades. Te golpearon por nuestros pecados. El castigo decretado para nuestra paz recae sobre ti y es por tus heridas y golpes que somos sanos.

Todos nosotros nos hemos descarriado como las ovejas. Cada uno se ha separado y ha seguido su propio camino. El Señor ha depositado sobre tus hombros la iniquidad de todos nosotros. Te ofrecieron en sacrificio porque esa fue tu voluntad y no abriste la boca . . . te llevaron como cordero al matadero . . . como una oveja ante los trasquiladores . . .

Una gota de su Preciosísima Sangre, una lágrima, un gemido, un suspiro, cualquier acto como hombre, por sencillo que fuera, hubiera sido suficiente para nuestra redención, porque cada acto era un acto del Dios hecho Hombre. Por lo tanto, cada acto venía motivado de un amor perfecto hacia su Padre, y así, cada acto, necesariamente, tenía un valor infinito y era suficiente para obtener nuestro perdón.

Pero el Padre Eterno ordena, que su Divino Hijo no ha de obtener nuestro perdón de esta manera . . . sino que ha de redimirnos mediante un proceso más doloroso. Y a pesar de que su naturaleza humana, como la nuestra, tiende a evitar el sufrimiento, Jesús dice: “Padre, si esta copa no puede ser apartada de mí sin que yo la beba, que se haga tu voluntad” (Mateo 26, 42) (2).



Sábado: vigésima quinta semana del tiempo ordinario / Lo que significó para el mundo la llegada de María

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 8 de septiembre de 1921, MF 4066-67.

Fuera del día del nacimiento de su Bendito Hijo, jamás hubo día igual en el mundo . . . Este día ha significado más para la humanidad y para la raza, que todos los nacimientos de los reyes y las reinas y de todo ser que haya existido. El día en que nació María, se inició, para todos los efectos, la salvación de la humanidad.

Nuestros primeros padres cometieron una falta. Esto, como consecuencia, produjo un sin número de males para ellos y para nosotros, el mayor de los cuales era estar perdidos, no poder entrar al cielo. Pero, Dios se compadeció de la pobre familia humana y prometió enviarle un Redentor, es decir, alguien que, por sus sacrificios y sufrimientos, obtuviera la salvación para nosotros, aplacara la ira de su Padre en el cielo y abriera los portones del Paraíso.

¡Qué estado lastimero hubiera sido el nuestro si no se nos hubiera prometido este Redentor! “No hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres ningún otro Nombre por el que debamos ser salvados” (Hechos 4, 12). Hubiéramos vivido, laborado y pasado el rato, hubiéramos comido, bebido, dormido y gastado nuestras vidas con esta maldición sobre nosotros, y luego hubiéramos perdido el cielo para siempre y la oportunidad de ver a Dios cara a cara . . . ¿Puede imaginarse cosa más terrible?

Supongan ustedes, sin embargo, que estuvieran viviendo antes de que el Redentor llegara y que estaban enterados del infortunio en que había caído la raza humana, pero, enterados también de la promesa que Dios había hecho. Sus padres y madres la habían escuchado de sus padres y de sus madres. Esta promesa de un Redentor era el consuelo sagrado para todos los sufrimientos y las andanzas de nuestros padres durante todas las generaciones. Se transmitió a ustedes para que, a su vez, ustedes la proclamaran, la transmitieran a los que vendrían después. ¿No hubieran estado ustedes agonizando de ansiedad porque llegara el día en que habría de venir el Redentor?

Se sabía mucho acerca de ese Redentor. Uno de los prodigios más notables era que su nacimiento sería diferente al de los demás niños, que una virgen concebiría. Dios había anunciado esto. Había comunicado esto . . . a su siervo, el profeta Isaías, “El Señor pues, les dará esta señal: la joven está embarazada y da a luz un varón a quien le pone el nombre de Emmanuel, es decir, Dios-con-nosotros” (Isaías 7, 14).

Conociendo lo enfermo que estaba el mundo y tan necesitado de un Redentor, ¿no estarían ustedes ansiosos de saber quién iba a ser esa virgen cuyo Hijo iba a salvarlos a ustedes y a la vez a todos? Desde el principio, ésta era la que había sido prometida a nuestros primeros padres, afligidos, aterrorizados y culpables. Ella había sido destinada desde toda la eternidad . . . a llevar en su casto vientre al que David había señalado: “Allí levantó una tienda para el sol” (Salmo 19, 6) . . . Si ustedes hubieran

vivido en la época de Isaías, hubieran tenido que esperar. Hubieran tenido que esperar largos años por ese nacimiento bendito, por su llegada, de quien el Espíritu Santo dijo: “Muchas mujeres han obrado maravillas, pero tú las superas a todas” (Proverbios 31, 29). Y: “Como lirio entre los cardos, así es mi amada entre las jóvenes” (Cantar de los Cantares 2, 2). ¿Dónde está esta Hija, y cuándo vendrá? Ustedes estudiarían ansiosamente las cunas en el mundo y las contarían para encontrarla.



Lunes: vigésima sexta semana del tiempo ordinario / La vida religiosa

Sermón predicado en la primera profesión religiosa de los Trinitarios, 8 de septiembre de 1932, MF 12273-74.

Nuestro Señor es el maestro de la humanidad. Vino a enseñar . . . a los hombres cómo vivir y cómo morir de manera que pudieran obtener, de forma segura, la vida eterna. Les impartió una regla de vida — pero no como los Diez Mandamientos. Esta regla de vida, los mandamientos, están destinados a toda la humanidad, a todo hombre, mujer y niño en la creación de Dios. Todos vienen obligados a cumplir con la ley de Dios.

Sin embargo, algunas personas no estaban satisfechas con sólo hacer lo que se les requería, como el joven del Evangelio quien dijo a nuestro Señor: “He guardado todos esos mandamientos, ¿qué más me falta?” (Mateo 19, 20). Nuestro Señor entonces le presentó una regla de vida más elevada: el seguimiento de los Consejos Evangélicos de Pobreza, Obediencia y Castidad. Desde los comienzos de la Iglesia, mujeres y hombres de corazón generoso, motivados por una gracia particular, por un impulso del Espíritu Santo y estimulados por la caridad . . . han seguido estos consejos.

Después de algún tiempo algunos desearon una mayor estabilidad en la práctica de estos consejos . . . y la encontraron viviendo una vida solitaria, acudiendo a lugares donde no fueran distraídos, donde pudieran vaciar sus almas y decir con las palabras del Cantar de los Cantares: “Encontré al amado de mi alma” (Cantar de los Cantares 3, 4). Lo abrazaré, lo envolveré con mi amor y nunca lo dejaré ir. Mi amado se ha dado eternamente a mí y es justo que yo me dé a él. Jesús en mí y yo en él. Para encontrarlo se fueron a lugares

desiertos, sitios solitarios, y luego, para edificación mutua y para ayudarse y recibir dirección, se agruparon en comunidades, y de ahí surgió toda esta gloria de la Iglesia, la vida religiosa como la conocemos hoy en día.

¿Qué es la vida religiosa? Es el triunfo más elevado de la Cruz de Jesucristo. Les digo que nuestro Señor no es poseedor de triunfo mayor que el adueñarse de los corazones de los hombres y mujeres que los depositan en el altar de Dios y exclaman: “O, Cristo, yo soy tuyo y tú eres mío. Tú mismo te has entregado, mi amor, hasta el límite, y yo te devuelto todo lo que tengo.”

Este es el significado de la vida religiosa. O, qué manera de vivir es ésta. Es tan segura, tan llena de méritos . . . Transporta el paraíso a la tierra y proporciona tantas garantías de vida eterna.

Aquellos que han hecho votos, han encontrado a su Amado y se han unido a Él. Lo han buscado, lo han encontrado y ahora pueden decir que, ya vivan o ya mueran, viven y mueren en Jesucristo.



Martes: vigésima sexta semana del tiempo ordinario / Práctica: La unión con Dios

1. Apuntes sobre “Práctica: La unión con Dios” dirigidos a la Hermana Anita (Hanley), 1931, MF 1880. 2. Conferencia sin fecha, MF 12332-33.

La unión con Dios quiere decir: (a) no sólo vivir en su presencia sino también empeñarse en buscar esa unión, (b) poseer a Dios, (c) ser absorbido por Dios, (d) vivir en Dios, (e) ser todo para Dios. Esfuércense humildemente en la oración para adquirir la perfección en esta práctica. Estudiar y recitar el Credo de los Apóstoles a manera de meditación, ha de ayudar mucho. Luchen por hacer las cosas con pureza de intención. Recuerden, es la intención lo que le proporciona valor y gloria al trabajo. Ningún trabajo se glorifica a sí mismo. Cualquier cosa que hagas es una ofrenda al Rey de Reyes. Que sea, pues, una ofrenda perfecta. Se perfecciona la ofrenda entregándose ustedes con generosidad a la obra con pureza de intención, para que el nombre de Dios sea santificado, para que venga su Reino, para que se haga su santa voluntad.

Convénzense de que algunos trabajos que de por

sí parecen impresionantes, por ejemplo, comparecer ante el público en algún desempeño o estar ocupado en algo que llama la atención, puede que, ante los ojos de Dios, no sean gran cosa, cuando la intención ha sido viciada por la vanidad y la búsqueda de sí mismo. Vivan para cada día, satisfechos con lo que la divina Providencia les depara. Nuestro Señor mismo afirma: “No se preocupen por el día de mañana, pues el mañana se preocupará de sí mismo. A cada día le bastan sus problemas” (Mateo 6, 34). Entréguele el mañana a Él. Dios se ocupa, de manera particular, de los que sólo tienen por objeto en la vida, servir y amar a Dios.

Acepten la corrección. Ámenla de tal manera que demuestren gratitud cuando les corrigen incluso por una falta que no han cometido. El amor a la corrección demuestra un deseo sincero de llegar a ser perfecto. No aparenten superioridad o sabiduría o misterio o privilegio. Demuestren estar interesados en cualquier tarea que se les asigne. Exhiban entusiasmo y traten de hacerlo de forma inteligente. Guárdense de la murmuración y teman caer en la chismografía. No trafiquen con el nombre, las acciones o los rumores de terceros. Esto les ayudará a evitar muchas dificultades e invitará a las personas tímidas a confiar en ustedes. Les ayudará, además, a brindar ayuda a personas que abrigan preocupaciones mentales y espirituales y atraerá sobre ustedes bendiciones especiales de Dios. Si rompen las reglas, arrepíentense sinceramente y sean sinceros, honestos admitiendo lo que hayan hecho (1).

La unión con Dios es nuestra gracia más elevada aquí en la tierra. Será nuestro privilegio divino por toda la eternidad. La unión sacramental con Jesús es nuestro derecho por herencia como católicos y, de todo lo que nuestra Iglesia ha preservado, protegido y entregado a nosotros a través de los siglos, nada hay tan preciado, nada hay tan grande como lo que recibes cuando te hincas de rodillas en el comulgatorio y, dándote golpes de pecho dices: “Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada” (Mateo 8, 8). Esto, recuérdalo bien, es la fe. ¿Con cuánta frecuencia buscas a Jesús en la Santa Eucaristía? La manifestación más verdadera de una vida católica es la práctica sacramental. Qué cosa más tremenda sería, que condición más impensable, si hubiera una gran diferencia entre la fe de ustedes en la Santa Eucaristía y la fruición o la aplicación de esa fe al recibir la santa comunión o al hacer uso del cuerpo y la sangre de Jesús . . . (2)



Miércoles: vigésima sexta semana del tiempo ordinario / El espíritu de un religioso genuino

Sermón predicado en la primera profesión religiosa de los Siervos Misioneros, 8 de septiembre de 1932, MF 12276.

Recuerden que no es el hábito, no es el cinturón (lo que hace al religioso). ¿Quieren permanecer fieles a la gracia que han recibido? Piensen, entonces, en aquellas palabras duras de nuestro Señor: “Vuelvan a mí con todo el corazón, con ayunos, con llanto, con lamentos. Rasguen su corazón y no sus vestidos” (Joel 2, 12-13).

¿Por qué fracasó aquel joven del Evangelio? Fracasó porque no conocía lo que significa negarse a sí mismo, porque no era desprendido. Poseía la gracia, tenía altura de alma, pero estaba enredado. Algo de lo mundano se había adherido alrededor de su cuerpo y esto lo trajo abajo . . .

Si van a ser fieles al significado de su hábito, si van a ser fieles a la gracia del Espíritu Santo, tiene que darse en ustedes una conversión total a Jesucristo. Deben estar preparados a decir: “Cada día estoy en peligro de muerte” (1 Corintios 15, 31), “Ahora no soy yo el que vive, sino que es Cristo el que vive en mí” (Gálatas 2, 20). ¿Cómo pueden ustedes morir todos los días? Desde luego que no mueren en su vida física, pero hay otra vida, la vida del yo. Existe esa ebullición de los siete pecados capitales. Es ahí donde debe darse una conversión total. El hacha debe aplicarse a las raíces del árbol. . .

El ponerse el hábito no destruye el yo. Pueden convertirse en un terror (a pesar del hábito). Pueden realizar la tarea de un demonio. ¿Quieren ser religiosos generosos, de corazón totalmente dedicado? ¿Quieren paz, quieren alegría?

Vuelvan a fijarse en el relato de ese joven del Evangelio. “¿Qué más me falta?” preguntó (Mateo 19, 20). Es esa supresión del yo, lo que todavía hace falta. Es la práctica de negarse a sí mismo, es la fidelidad a sus propias reglas. Es fidelidad a sus superiores. Es obligación de ustedes amar a sus superiores, no porque son bondadosos o amables. Ustedes deben amarlos porque representan a Dios.

Lo más importante es tener el verdadero corazón de un religioso. No es el lugar, entiéndanlo. No es el hábito. San Agustín afirma: “Si amamos en verdad, si amamos conforme a la ley, si amamos con inocencia,

entonces glorificaremos nuestro hábito y seremos glorificados.”



Jueves: vigésima sexta semana del tiempo ordinario / La atracción de las cosas temporales

Sermón predicado en la primera profesión religiosa de los Trinitarios, 8 de septiembre de 1932, MF 12272-73.

Un hombre joven se acercó a nuestro Divino Señor en cierta ocasión y le preguntó: “Buen maestro, ¿qué debo hacer para obtener la vida eterna?” Jesús le contestó: “Si quieres entrar en la vida eterna cumple los mandamientos.” El joven respondió de inmediato: “He guardado esos mandamientos desde mi niñez, ¿qué más me falta?” Jesús miró al joven con ternura y le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda vende todo lo que posees y repártelo a los pobres para que tengas un tesoro en el cielo. Después ven y sígueme” (Mateo 19, 16-21).

Qué pregunta la de aquel joven. Labios humanos jamás habían vocalizado pregunta más exaltada, más noble o más portentosa. ¡Ay, pero su profundidad y su alcance! ¡Es una pregunta que voltea una eternidad! ¿Qué culto, filosofía o qué disciplina le concedió a ese joven un pensamiento tan magnánimo? Se hacen tantas preguntas que son tan frívolas e inútiles, pero he aquí una que versa sobre la vida eterna. ¿Cómo se le ocurrió hacer esa pregunta? Quizás, como David, había elevado esta oración: “Señor, enséñame el camino de tus mandamientos que yo los seguiré hasta el fin. Instrúyeme para que guarde tus leyes y yo las cumpliré con toda el alma” (Salmo 118, 34). No tenemos ninguna información sobre el origen de este joven. Sólo tenemos esta pregunta magnífica . . . Y fíjense cuan oportunamente la colocó — ante la Divina Sabiduría . . . Cómo debió haberse regocijado el corazón de Jesús. Se contempló a sí mismo — pagando el rescate del alma de ese joven con su propia Sangre Preciosísima . . .

Y más que eso, contempló a la Iglesia y al mecanismo de gracia y de servicio en esa Iglesia, fluir de los méritos sobreabundantes e infinitos de la Cruz. Vio como los sacramentos funcionaban . . . Vio grupos devotos de hombres y (mujeres) jóvenes haciendo, impacientes, las mismas preguntas: “¿Qué debo hacer

para salvarme?” Hombres y (mujeres) jóvenes a quienes no se les podía negar respuesta, quienes respondían de la misma manera: “¿Qué más debo hacer?” Y la misma respuesta: “Si quieres ser perfecto, anda y vende todo lo que posees y se lo repartes a los pobres, y luego ven y . . . sígueme.” Es la misma historia del amor divino. Es la misma maravillosa maquinaria de la búsqueda de parte de Dios del alma humana.

Una cosa extraña sucedió cuando el Señor contestó la pregunta al joven . . . Éste era ambicioso espiritualmente . . . era de alma joven y ardiente y dispuesto a escalar lo más alto de la montaña de Dios. “¿Qué más debo hacer?” Y entonces se entristeció cuando el Señor le dijo lo que debía hacer . . . La Escritura dice que se entristeció porque tenía grandes riquezas. ¡O, el mundo! ¡Cuán seductor es, cuán poderoso, cuán implacable, cuán opuesto a todo lo que es bueno!

No sabemos nada más de él, el joven tonto y desafortunado. Quién sabe — si hubiera escuchado pudiera haberse convertido en uno de los apóstoles. Estaríamos construyendo templos en su honor hoy, poniendo su nombre a nuestros niños. ¿Qué se hizo de él? La Escritura no dice nada, guarda silencio. Dante, el poeta de la teología, al mirar hacia el infierno, lo encontró allí, pero eso es lo que piensa el poeta. Nosotros no sabemos. Pero sí sabemos que cometió un error fatal y eterno.



Viernes: vigésima sexta semana del tiempo ordinario / La paz

Artículo en el Holy Ghost Magazine, mayo de 1923, págs., 16-17 MF 14047 y 14079.

“La paz sea con ustedes” (Lucas 24, 36). Este es el saludo que nuestro Bendito . . . Señor dirigió a sus discípulos un día de primavera, poco después de su resurrección. Les deseó paz. ¡Paz! ¡Qué bendita gracia, fruto de todas las gracias! Paz, ese sentirse bien de mente y alma, esa tranquilidad de espíritu, ese reposo del alma, ese sentido de seguridad que nos garantiza que nuestros asuntos van bien con Dios y con los hombres. Paz — toda la creación anda en busca de paz para sí . . . en cada una de sus ramificaciones. El hombre la busca, siempre anda buscándola, a veces en motines, otras en excitación

pecaminosa, pero sólo puede encontrarla cuando su alma está en armonía con la ley de Dios . . .

¡Paz! O, los ángeles nos informaron por qué el Verbo se hizo carne . . . aquella noche en que el Padre eterno presentó a Su Hijo Unigénito en este mundo. Su mano omnipotente tocó las cuerdas de la creación . . . los cielos resonaron con una sinfonía celestial. El acorde mayor era éste: “Gloria a Dios en las alturas;” y el acorde menor, “Y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” (Lucas 2, 14).

Desde el taller del carpintero en Nazaret . . . desde la cuna en Belén hasta la colina cubierta de sangre del Calvario, Jesús vivió y trabajó, oró y murió para que nosotros tuviéramos paz . . . Jesús es el Príncipe de la Paz. Hizo maravillas poderosas al pronunciar esa bendita palabra: Paz. La naturaleza agitada le obedecía. “Paz, cálmate,” ordenó a la tempestad (Marcos 4, 39). Los remolinos de viento desaparecieron, el mar embravecido se calmó . . .

Nuestro mundo, enfermo en su corazón, enfermo de las guerras, clama por la paz. En todas partes y en todos los tiempos los hombres ansían oír estas palabras de sus benditos labios: “Les dejo mi paz, les doy mi paz. La paz que yo les doy no es como la que da el mundo” (Juan 14, 27). ¿Hay paz en el mundo? El mundo vive en una paz falsa . . . No es la paz de Cristo. El mundo, tan tonto en su oropel ostentoso, tan alocado en sus excitaciones, tan poseído de espíritus malignos, ¡qué paz engañosa puede tener para ofrecerle a sus seguidores!

Infelices son los incautos que buscan la paz en el mundo. Gritan al mundo para que los haga reír y los hace llorar. Gritan al mundo para que les proporcione pan y les da piedras . . . Piden vida al mundo y el mundo les da muerte. “La paz que yo les dejo no es como la que da el mundo,” dice Jesús. O, bendita paz de Jesús que no deja punzada, que aleja la tristeza, destierra el desaliento y destruye la desesperación.



Sábado: vigésima sexta semana del tiempo ordinario / Los peligros que amenazan la paz

Artículo en el Holy Ghost Magazine, mayo del 1923, pp., 18-19, MF 14050-51.

¿Cuáles son algunos de los peligros que amenazan la paz de Cristo en nuestras almas? En primer lugar, la indulgencia excesiva con uno mismo. De ahí proviene una triste y funesta camada de vicios odiosos. El egoísmo desordenado hace estragos contra la paz. Siguen sus huellas las contenciones, los conflictos, las recriminaciones y las diferencias frecuentes con el prójimo. Se encuentran, dentro del . . . alma, tormentos y perturbación, irritación y molestia, debido a los obstáculos y contradicciones que van contra el egoísmo del que practica la indulgencia consigo mismo. La falta de moderación derrama sobre su víctima remordimientos y castigos, la sombra terrible que sigue a los excesos. La indulgencia excesiva . . . desemboca en la pérdida de la paz.

La lengua tiene mucho que ver con impulsar la pérdida de la paz. La lengua de un religioso es un bálsamo dulce. Una lengua maliciosa es la herramienta que Satanás utiliza para matar la paz. Comparen lo que dice el Espíritu Santo sobre estas dos clases de lenguas; dice de la lengua que habla el bien “Señor, abre mis labios y mi boca cantará tus alabanzas” (Salmo 51, 17) y dice de la lengua que habla el mal: “Maldito el calumniador y su manera doble de hablar; ha contribuido a que perezcan muchas personas que vivían en paz (Eclesiástico 28, 13). La paz será la recompensa de la fidelidad a las enseñanzas y a las consignas de nuestro Divino Señor. Entiéndanlo bien, no se ha de encontrar paz a menos que sea en obediencia a sus mandamientos . . . Uno de los argumentos más sólidos para probar la divinidad de Jesucristo es éste: que todo aquel que acepte a Jesucristo como su Dios y su maestro . . . y viva fielmente de acuerdo a sus preceptos, llegará a poseer una paz permanente. Es el rechazo a Jesús, es el desprecio a su Evangelio y a sus consignas lo que resulta en la pérdida de la paz . . .

O, María Inmaculada, Madre del Príncipe de la Paz, quien, por su victoria sobre el pecado, la muerte y el infierno ha ganado para nosotros esta gracia, acudimos a ti y nos colocamos bajo tu protección. Te imploramos bajo uno de los títulos más dulces: O, Reina de la Paz, ruega por nosotros. Ruega por nosotros para que la paz que tu Divino Hijo trajo al mundo no nos falte nunca. Ora para que este bendito fruto del Espíritu Santo sea nuestro . . . Implora para que el Santo Espíritu de tu bendito Hijo nos diga: “Entonces la paz de Dios, que es mayor de lo que se puede imaginar les guardará su corazón y sus pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4, 7). Ruega para que el saludo de tu Santísimo Hijo al recibir nuestras almas en el día del juicio sea: “La paz sea contigo” (Lucas 24, 36).



Lunes: vigésima séptima semana del tiempo ordinario / Un espíritu de oración

Constitución original de los Siervos Misioneros (1928), MF 14312-13.

Un Siervo Misionero . . . deberá tener en cuenta que sólo una persona espiritual puede vivir una vida apostólica y que no puede ser espiritual sin la oración. El período de oración correspondiente al orden del día debe valorarse al máximo. (A la hora de los ejercicios religiosos un Siervo Misionero), celoso por los intereses de su propia alma, deberá acudir prontamente, con recogimiento y modestia, al lugar de oración (Núm. 172).

Un Siervo Misionero . . . deberá poseer, para perfeccionar su piedad, un deseo de agradar a Dios; por lo tanto, habrá de ordenar su vida interior y alimentar su alma con sentimientos de amor a Dios, alabanza, adoración y acción de gracias. Debe mantener ese espíritu activo y ardiente con reflexiones santas, lecturas espirituales, al igual que evitar asociarse con personas que puedan ser frívolas y una distracción a la paz de Dios en su alma (Núm. 173).

Los Siervos Misioneros deberán descartar todo lo que le impida amar a Dios, o que resulte dañino en el proceso de su santificación. La Obediencia, la Pobreza y la Castidad evangélicas, practicadas en el espíritu de caridad y de vida sobrenatural, tienen valor en sí mismas, por lo tanto, deberán meditar con frecuencia sobre cómo el Hijo de Dios, mediante la palabra y el ejemplo, enseñó estos consejos y los hizo tan hermosos y atractivos en las vidas de sus santos (Núm. 174).

El silencio es el ayudante en la oración y en el recogimiento . . . Pensemos en el silencio del Hijo de Dios y . . . guardemos silencio en razón de Él, que permaneció silencioso bajo tribulaciones y circunstancias que le pudieron haber provocado hablar. Que los Siervos Misioneros adoren, mediante su silencio, el silencio del Jesús atormentado (Núm. 176).

Jesús está presente en nuestros Cenáculos Misioneros. Él es el Señor y dueño de ellos. El está consciente y enterado siempre de que lo reconocemos y lo aceptamos como nuestro Señor y nuestro Dueño.

Por lo tanto, la corrección religiosa exige que esté presente un decoro eucarístico que induzca al Siervo Misionero a no ausentarse y volver a su Cenáculo sin visitar al Señor de la Eucaristía y Señor de la Casa y en reverente adoración, solicitar su bendición sobre su ir y su venir. Descuidar esto se considerará una violación de los buenos modales hacia el Señor de la casa (Núm. 185).



Martes: vigésima séptima semana del tiempo ordinario / Práctica: Los dones y los frutos del Espíritu Santo

1. *Carta-conferencia al Cenáculo Misionero, 18 de mayo de 1919, MF 11489-91.* 2. *Carta al Hermano Agustín Philips desde Puerto Rico, 16 de mayo de 1933, MF 2262.*

“Son las cosas buenas y los dones perfectos los que proceden de lo alto y descienden del Padre de las luces, allí no retornan las noches ni pasan las sombras” (Santiago 1, 17). Todos deseamos recibir algún regalo. Existe dentro de nosotros algo que nos motiva a querer poseer. Existen toda clase de regalos. Apreciamos algunos más que otros. Conocer el verdadero valor de las cosas es, en verdad, una gran gracia de Dios y, sin esa gracia, seremos siempre niños que no piensan al sentir deseos, al ir en búsqueda de algo o en poseer cosas.

Todas estas cosas que cautivaron nuestros corazones en nuestra niñez, apenas ocupan nuestros pensamientos ahora, a menos que al recordarlas, sintamos a veces el deseo de rérnos de nosotros mismos al pensar que, en su momento, nos cautivaron. Al llegar a la juventud, muchas cosas que nos parecían tan necesarias, las evaluamos hoy con mejor criterio y concluimos que eran una locura y nos asombramos que, aun siendo jóvenes irreflexivos y no muy sofisticados, pudiéramos haber estado tan equivocados.

Como hombres y mujeres maduros debemos, ciertamente, sentirnos defraudados si no poseemos ahora la sabiduría para buscar, sobre todo y siempre, el Reino de Dios y su justicia. Qué calamidad resultaría si, después que el tiempo ha desparramado los despojos de los años a nuestro alrededor, no nos ocupáramos o no conociéramos “que son las cosas buenas y los dones perfectos los que vienen de lo alto y descienden del Padre de las luces.”

Qué pena bajar a la tumba sin haber aprendido esta verdad. Nos compadecemos de los pobres salvajes en islas lejanas y desconocidas, a quienes no se les ha enseñado y quienes, ignorantes del (verdadero) tesoro, se conforman con las bagatelas de vidrio en colores de algún traficante inescrupuloso. Compasión sin medida debe sentirse por los que encuentran su consuelo y su alegría en el espectáculo pasajero de las posesiones mundanas . . . (1)

Mantengan en mente los dones y los frutos del Espíritu Santo. Asegúrense de identificar los que más necesiten y rueguen a la Inmaculada Esposa del Espíritu Santo que les ayude a conseguirlos. Qué mucho necesitamos al Espíritu Santo y qué mucho debemos orar los unos por los otros para que nos ayude a adquirir sus dones y sus frutos. La Sabiduría y la Fortaleza son nuestros dones especiales, pues éstos son los dones de la vida apostólica . . . Sigán estrictamente esta norma de acción: Hagamos lo que la Iglesia quiere que hagamos y permanezcamos alerta, no sea que aflijamos al Espíritu de Dios (2).



Miércoles: vigésima séptima semana del tiempo ordinario / La muerte

Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 8 de julio de 1916, MF 14142-44.

Es muy fácil convencernos de lo segura que es la muerte. A todos nos ha de llegar el momento. No sabemos cuándo o dónde o cómo, pero, de igual manera, habrá de llegar. Debemos orar a diario que podamos recibir los Sacramentos al morir. Es también una hermosa práctica hacer a diario una ofrenda de nosotros mismos.

En la vida del cristiano hay dos grandes acontecimientos. El primero se realiza cuando adquirimos el derecho de participar en la gloria de Cristo. El segundo, cuando tomamos posesión . . . de ese derecho de nacimiento. La Iglesia siempre ha considerado el lecho de muerte de un santo como el día de su nacimiento celestial. Ese es el día en que nace a la vida eterna, el día en que se desprende de las cadenas de este mundo. Desde el punto de vista de un cristiano, el día de la muerte es un día glorioso . . . La tumba vacía de Cristo es nuestra glorificación y nuestra promesa de una bienaventuranza

futura . . . La religión dice a la muerte: “Sí, tú puedes separarla, pero llegará el día en que yo he de recuperar esa alma y la reuniré con su cuerpo” . . .

Contemplan las gracias que Dios nos ha concedido . . . ¡Qué magnífica preparación! Si somos fieles a las gracias que Dios nos concede aquí, entiéndanlo bien, doblemente preciosa será su muerte ante los ojos de Dios. Todos hemos recibido ciertas gracias. ¿Cómo estamos cooperando con ellas? Qué felices seríamos si pudiéramos continuar cooperando con esas gracias hasta el final.

Ustedes saben, mis queridos hijos, que puede que sean inundados con las cosas buenas del mundo, participar de todos los gozos y de los placeres, pero no pueden llevar a su lecho de muerte ni una pizca de eso, nada en absoluto. Sólo existe una cosa de la que podemos depender y es el bien que hemos realizado, los sacrificios que hemos hecho en nombre de Jesucristo. ¡O, esto ha de ser un consuelo . . . ! Ésta será su promesa de una gloria futura que vendrá . . . si es que el Cenáculo no nos ofrece otra gracia, mis muy queridos hijos, que la gracia de un lecho de muerte feliz.

Pero piensen en las gracias adicionales que están recibiendo. Por ejemplo: la comunión frecuente, el ejemplo de otros, el amor personal por nuestro Salvador, el amor personal por el Espíritu Santo, por la Santísima Trinidad. Éstas son gracias especiales, y quizás nunca hubieran recibido estas gracias fuera del Cenáculo. Todas estas cosas les preparan para una muerte bendita. Su partida será incienso aromático ante el rostro de Dios.

Desde luego que el deceso de ustedes será de gran valor ante los ojos de Dios, porque el Cenáculo los convierte en una luz en los lugares oscuros, en vigor para los débiles, fortaleciéndolos para que fortalezcan a otros con el ejemplo, con sus palabras, con sus acciones . . . Si ustedes son fieles les puedo asegurar . . . que han de vivir y morir como amigos personales de Jesucristo, que su lecho de muerte será muy preciado y que su muerte será una muerte gloriosa.



Jueves: vigésima séptima semana del tiempo ordinario / La humildad

Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 9 de julio de 1916, MF 14154-55.

Existen tres niveles de humildad. El primero consiste en no resentirse por nada: desaires, mortificaciones, insultos humanos, contradicciones. No importa lo mucho que un asunto nos hiera o nos consuma por dentro, no debemos exteriorizar la molestia. Si desde el principio poseemos la virtud de la humildad, nunca demostraremos, con una respuesta airada, ni con un destello furioso en los ojos, que se siente la herida . . . Entiendan, sin embargo, que aquí hacemos una excepción. Si se trata de algo dicho que va en contra de la verdad y de la justicia, se requiere, entonces, que ofrezcamos una explicación en forma tranquila. Si se rechaza la explicación, entonces nos quedamos callados. Si ustedes saben que se les ha acusado falsamente de algo que concierne a otra persona y rechazan sus palabras, ofrézcanlo a la humildad de nuestro Salvador. A Él lo acusaron falsamente, por lo que no nos debe sorprender que se nos acuse falsamente a nosotros también.

El segundo nivel de humildad es éste: amar las humillaciones y orar para que se nos presenten. Parece imposible que lleguemos a amar las humillaciones, que oremos para que nos lleguen . . . o estar dispuestos al rechazo, a amar esa condición y orar por ella. Ese es el segundo nivel, el nivel más perfecto.

Existe todavía otro nivel de humildad y ese consiste en amar a los que nos causan humillación, en considerarlos como nuestros mejores amigos. ¡Ese es el terreno más elevado de una vida cristiana, y bien saben ustedes que eso es cierto! La humildad es una virtud muy útil. El orgullo es algo terrible. Debido al orgullo muchas almas pierden su vocación. Pierden la oportunidad de tomar su lugar junto a los ángeles más elevados del cielo. Por un momento de orgullo se convierten, de ángeles de luz a demonios de las tinieblas. La humildad los hubiera salvado. “Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado” (Lucas 14, 11). El Espíritu Santo prometió tener consideración por el que es manso y humilde de corazón, al que se comporta consigo mismo como si fuera muy poca cosa. O, Dios, tu ojo está puesto sobre el pobre y el humilde.

Les pongo una pregunta. Contéstensela ustedes mismos. ¿Cómo actúan cuando les menosprecian? ¿Pueden imaginarse que alguien les condene, les contradiga? Quizás tuvieron esa experiencia hoy. Quizás alguien les dijo algo. Quizás hirieron sus sentimientos. ¿Se descontrolaron ustedes y se lo hicieron saber a la otra persona. ¿O se mantuvieron tranquilos mientras esto sucedía?

¡Ay, llegar a amar estas cosas! Son, verdaderamente, buenas. Yo he descubierto esto a través de mi propia experiencia. Cuando he recibido humillaciones y las he aceptado, en alguna forma se convierten en precursoras de algo bueno que va a suceder. He descubierto que, por regla general, Dios está preparando algún alma para concederle alguna gracia o bendición. Pero cuando observo en alguna persona que su espíritu se exalta, que se evidencia que algo genial se ha logrado, que se ha vencido sobre otra persona, siento temor. Si permito que el espíritu de complacencia se apodere de mí, siento que se me va a castigar por ello. Cuando estamos llenos de nosotros mismos, cuando somos orgullosos, entonces nuestro corazón se endurece. La gracia de Dios no tiene efecto sobre nosotros – no nos puede tocar. Ay, pero cuando estamos con el corazón roto. . . y tenemos el agua hasta el cuello, la boca abierta y nos arrastramos por el piso, eso será señal precursora de la visita de un ángel. San Pedro afirma: “Humíllense pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que, llegado el momento, él los levante” (1 Pedro 5, 6).



Viernes: vigésima séptima semana del tiempo ordinario / El Sacratísimo Corazón de Jesús

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 22 de agosto de 1930, MF 8694.

(El Padre Judge hizo el comentario que sigue sobre la letanía del Sagrado Corazón durante el retiro de 1930):

“Corazón de Jesús, Hijo del Padre Eterno, ten misericordia de nosotros.” Tenemos aquí el misterio de la Encarnación, el Corazón de Jesús. Y, en contraposición, también tenemos: “Hijo del Padre Eterno.” Se llama al Corazón de Jesús como Hijo del Padre Eterno. Aquí aparece algo material en yuxtaposición con la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. ¿Entienden esto los que no forman parte de la Iglesia, no creen o no tienen ningún conocimiento de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad?

Los hombres se sienten satisfechos al atribuir a Él todo lo que es agradable y digno de alabanza, pero entonces comienzan a vacilar. La filiación al Padre Eterno,

es ahí que reunimos todo. Es lo mismo que decir: Creo en Jesucristo, en todo lo que la Iglesia enseña, en el Corazón de Jesús, nacido de la Virgen María.

“Corazón de Jesús formado por el Espíritu Santo.” De nuevo el misterio de la Encarnación. O, su comienzo, su inicio, su origen, formados por el Espíritu Santo. ¡Cómo debemos amar al Espíritu Santo! Cuando ustedes adoran a nuestro divino Señor, cuando le comunican estas cosas, le dicen las que son vitalmente personales a Él, y esto debe conmovirlo. Lo habrá de conmover.

“Corazón de Jesús, unido sustancialmente al Verbo de Dios.” Todas estas expresiones son maneras diferentes de decir: Corazón de Jesús, substancialmente unido a la Santísima Trinidad. “Corazón de Jesús de infinita majestad.” En otras palabras, ese corazón de Jesús que adoramos, le rendimos culto porque se lo merece. “Corazón de Jesús, sagrado Templo de Dios,” ésta es otra manera de decir “Ésta es la Iglesia de Dios.” Piensen en lo que contiene el Sagrado Corazón. Todo en el Sagrado Corazón es Divino. La divinidad habita en el Sagrado Corazón.

“Corazón de Jesús, morada de Dios y puerta del Cielo” significa lo mismo expresado de diferente forma, es decir, que por adorar al Sagrado Corazón nosotros entraremos al paraíso. El cielo ejecuta un descenso momentáneo y nos toca. Cuando adoramos al Sagrado Corazón de Jesús, Dios se ubica muy cerca de nosotros y nosotros muy cerca a Dios. Pensar que nuestras oraciones serán escuchadas debe llenarnos de esperanza.

“Corazón de Jesús, caldera ardiente de caridad.” Queremos el amor de Dios. Queremos crecer en el amor de Dios. Queremos brillar en el amor de Dios. Ahí está la fuente de la caridad, el Jesús Divino. Si queremos brillar, acerquémonos a esa caldera. Si queremos motivarnos al máximo, debemos acercarnos a esa caldera resplandeciente. Debemos amar a Dios y crecer en el amor de Dios.



Sábado: vigésima séptima semana del tiempo ordinario / Pruebas y contradicciones

Carta a Encarnación Padilla, integrante del Cenáculo, 22 de febrero de 1927, MF 1065-66.

Mi querida hija, hay algunas palabras que quiero que recuerdes y que estudies. Una es la Providencia de Dios, otra, confianza en Dios, otra es adorar la Divina Majestad y humillarse ante el Dios Omnipotente.

No hay duda que has observado con frecuencia el curso de un río. Sus aguas van a desembocar en el mar, pero sus pequeñas y pobres ondulaciones están destinadas a enfrentar innumerables obstáculos en el curso de su viaje al mar. Se estrellarán contra tantas rocas, contra tantos árboles que obstruyen su paso, tantas vueltas y revueltas en el arenal que las mantiene en su curso. Así sucede con nuestras vidas. Nos vamos acercando a Dios. Eventualmente descansaremos en su Vida infinita, pero antes de poseer esa paz y tranquilidad, ¡O! hay tantas dificultades, tantas obstrucciones, sucede tanto que nos hiere y nos decepciona.

Es del todo natural que nos preguntemos: “¿Por qué tiene esto que ser así? Yo me quiero entregar a Dios, quiero trabajar para Dios, quiero ir hacia Dios ¿Por qué no puedo hacer todo eso sin tantas trabas . . . sin tantas cosas desagradables . . . ?” Hay razones, muchas razones para ello, pero primero, tomemos las palabras salidas del compasivo corazón de Jesús que tanto se compadeció de nosotros, sus hermanos y hermanas más jóvenes. Él afirmó que los que reinan con Él deben sufrir con Él. Hace referencia a una cruz y la necesidad de cargarla todos los días. Dice además, que el camino al cielo es angosto y áspero, y por lo tanto, son pocos los que desean caminarlo. En otras palabras, mi querida hija, el balance de la suma de todas las razones de estas contradicciones, es que los obstáculos son beneficiosos para nosotros. Por lo tanto, nuestro querido Jesús los permite.

Entiéndelo bien . . . estas pruebas van a tener una influencia en tu vida . . . Te las envía la Providencia de Dios. Como consecuencia habrán ciertas imperfecciones y faltas que irán desapareciendo en ti y, probablemente, no volverás ahora a cometer pecados que has cometido antes, si te sometes humilde y resignadamente a la dirección del Espíritu Santo. Hay virtudes, grandes virtudes que vas a poder poseer.

Mi querida hija, ésta es la forma en que Dios se comporta con los que son sus favoritos. Entonces, cuando las cosas se tornen difíciles, considera el hecho de que Dios castiga a los que ama. Piensa en todas las personas que le son muy queridas, en María, su Madre Inmaculada, que, aunque la honramos como la Reina del Cielo, sabemos que primero fue la Mujer de los Dolores.

Sencillamente adora sólo al único Dios Trino en su infinita grandeza, amor y misericordia, y humíllate

como partícula insignificante ante Él. Asegúrate . . . de hacer un acto de amor y de resignación . . . Dile esto: que no tienes nada que ofrecer, pero que quieres que Él te utilice.



Lunes: vigésima octava semana del tiempo ordinario / Miedo a condenarse

Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 6 de agosto de 1915, MF 8355-56.

O, las promesas que Dios ha hecho. En el lago de Genesaret habló del destino del alma, habló de Dios y del amor de su Padre. Hizo promesas, sí, pero también hizo amenazas. Algunos no le prestaron ninguna atención. Los que le escucharon son los que llamamos santos y, los que no escucharon, temo se hayan perdido. No sabemos nada acerca de ellos. Esta es la historia de la vida diaria.

Conocemos la ley y la tenemos. Sabemos lo que significa desobedecer esos Mandamientos. El fin que se propuso Dios es que guardemos esos Mandamientos. Cuando exclamó: “Harás” y “No harás”, quiso decir eso. No se trataba de ninguna broma cuando se expresó así. Para probar que no era ningún juego, creó el infierno. El infierno fue creado para dar una sanción y proveer significado a los Mandamientos. Ay, el temor de Dios es el principio de la sabiduría. (Salmo 111, 10).

El mismo Dios mostró a Santa Teresa su lugar en el infierno si se hubiese negado a hacer ciertas cosas. Si hubiera dejado de orar, se hubiera vuelto indiferente a la recepción de los sacramentos, gradualmente se hubiera convertido en una mujer mala. Esto lo narra en sus *Confesiones*. Piensen bien en esto, en el infierno le esperaba un lugar si hubiera dado la espalda a la gracia. Si ese es el caso con Santa Teresa, es razonable que también lo sea conmigo y con ustedes. En el infierno nos espera un lugar, si rehusamos hacer ciertas cosas. Si no cooperamos con la gracia de Dios en ciertas situaciones, estaremos perdidos.

Puede que se nos llame estando en pecado mortal y seremos condenados para siempre. Ésta no es una opinión humana finamente trabajada. Es la realidad. Si no cooperamos con la gracia quebrantaremos los Mandamientos y nos perderemos por toda la eternidad,

a pesar de las gracias recibidas.

Cumplimos con los Mandamientos si evitamos el pecado mortal. Para cometer un pecado mortal se necesitan tres cosas: materia grave, completo conocimiento de que es un asunto grave y saber que si hacemos tal cosa, estaremos ofendiendo a Dios. Debe haber, además, un acto voluntario de cometer el pecado. Si se dan estos tres principios al realizar una acción, entonces tal acción es un pecado mortal y entraríamos en el estado de condenación.

La tentación no es un pecado. Las tentaciones son las que han producido santos. Nunca serán tentados más allá de sus fuerzas. Dios nunca ha de permitir que el demonio tenga ventaja sobre ustedes. La gracia estará allí si la desean, si claman por ella. Si guardan los mandamientos tienen derecho a todo lo que Dios ha prometido.



Martes: vigésima octava semana del tiempo ordinario / Práctica: Prudencia al hablar

Constitución original de los Siervos Misioneros (1928), artículos 158-162, 166, MF 14310-11.

Un Siervo Misionero . . . deberá poseer un sentido de honor, aún más, una delicadeza de conciencia al hablar de aquellos asuntos que, por su naturaleza, deben mantenerse secretos. Por lo tanto, una lengua indiscreta es, no solamente pecaminosa, sino que también puede convertirse en herramienta del espíritu maligno para causar daño. Por lo tanto, no sólo todo lo que sucede en la confesión, dirección espiritual, capítulo de faltas, reuniones del consejo, sino también, todo lo que saben debe permanecer secreto, ya sea por su propia naturaleza, ya sea porque los Custodios indican debe mantenerse secreto, deberá permanecer secreto. Que la reputación de todos, en especial la de los Custodios, se considere sagrada. La plaga en una casa religiosa y el enemigo más grande de la paz es la persona que lleva y trae chismes. Que un Siervo Misionero se abstenga de juzgar a sus propios hermanos o a los de otras comunidades, no sea que pierda las bienaventuranzas prometidas a los que trabajan por la paz. Si existe alguna razón para dar a conocer algo, la caridad obliga que así se haga, pero se

hará sólo al Superior o a la persona que, ante los ojos de Dios, puede remediarlo y mantenerlo oculto, protegido por el manto caritativo del silencio.

Un Siervo Misionero . . . no debe demostrar curiosidad en los asuntos que conciernen a la administración de su Cenáculo Misionero. No debe convertir eso en tópico de conversación, ni debe encontrar falta, directa o indirectamente, con cualquier regla o práctica piadosa. En ningún momento deberá convertirse en agente activo de descontento. Murmurar acerca de la comida, la ropa o la casa se considerará una deslealtad a la pobreza de Cristo.

Nuestro Bendito Salvador, además de impartir dirección a los Apóstoles respecto a cómo relacionarse mutuamente, les enseñó lo que debían decir y hacer . . . ante el tribunal, en las fiestas y en las demás circunstancias en que se encontrarían con sus vecinos, fuera en público o en privado. Hay mucha lógica en insistir en la práctica de estas normas de conducta y de aplicarlas a nuestras relaciones con nuestros vecinos . . . Por lo tanto, un Siervo Misionero, deberá recordar, si la obediencia le exige relacionarse con los laicos, tener en mente esta consigna de su divino Salvador: “Ustedes son la luz del mundo” (Mateo 5, 14). Tendrán en cuenta pues, la luz del sol, que mientras ilumina y calienta inclusive, los lugares más ruidosos y oscuros, no pierde ninguna de su brillantez o pureza. Tendrán en mente, además, aquella admonición de San Pablo: “El que se alista en el ejército trata de complacer al que lo contrató, y no se mete en negocios civiles” (2 Timoteo 2, 4) . . . Al circular entre los de afuera, su conversación y sus modales deben siempre demostrar que no se han olvidado que pertenecen a la familia escogida de Jesús (1).



Miércoles: vigésima octava semana del tiempo ordinario / Las riquezas de Dios

Retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 8734-35.

Entre los títulos con que identificamos a Dios se encuentra éste: Dios de las Riquezas. En verdad el título es muy aplicable a Dios, quien hizo los cielos y la tierra y quien es el Señor del universo. Él es un Dios rico, y este Dios quiere también hacernos ricos. Se hizo pobre para

que nosotros nos volviéramos ricos . . . (Cf. 2 Corintios 8, 9).

Dios tiene su patrón de valores que no se basa en las cosas que la polilla y el moho corroen, sino que sus riquezas se encuentran en las cosas . . . del espíritu, en lo que tiene que ver con la gracia, en el tesoro sobrenatural . . . Se hizo pobre para que nosotros nos volviéramos ricos. ¿Y quién fue más pobre que nuestro Bendito Señor? ¿Quién descendió alguna vez a las profundidades de la pobreza como lo hizo Jesús?

Retrocedan hasta aquella primera noche de Navidad. “Vino a su propia casa y los suyos no lo recibieron” (Juan 1, 11). No había lugar para Él en la posada. Podemos, sencillamente, ponernos a hacer un estudio de la Santísima Madre y de San José, acudiendo a cada casa, llenos de esperanza en busca de hospitalidad. Podemos escuchar las negativas, quizás le pueden haber tirado la puerta, no, no hay lugar para ellos en la posada . . . El Dios de los cielos se sintió tan satisfecho de compartir un puñado de paja con los bueyes bondadosos y las demás bestias de esa tierra. ¿Habría habido jamás una promesa igual?

El Rey de Reyes vino a este mundo en . . . aquella cueva de la colina para enseñarnos a desprendernos de nuestros intereses, nuestros afectos y de las cosas perecederas de este mundo, de esas cosas por las cuales los hombres se matan unos a otros y las mujeres venden su honor . . .

Jesús podía decir en verdad: “Los zorros tienen cuevas y las aves tienen nidos, pero el Hijo del Hombre ni siquiera tiene donde recostar su cabeza” (Mateo 8, 20). ¿No es eso sorprendente . . .? Él, centro del universo y su vida, no tenía donde recostar su cabeza. Recordemos eso, mis queridos hijos, cuando, a veces, nos volvemos un poco tontos, cuando nos ponemos exigentes, cuando creemos que debemos poseer esto o aquello . . . El no llegó a poseer ni seis pies de terreno donde lo pudieran enterrar . . . Lo sepultaron en el sepulcro de un extraño. Y todo esto para darnos una lección.

¿Qué es lo que está condenando las almas de los hombres y las mujeres? El dinero, las riquezas, las cosas del mundo por las cuales el hombre siente codicia, avaricia. Estas son algunas de las razones principales por las cuales el hombre pierde su alma. Es por esto que contamos con la protección de la santa pobreza . . . Éste es uno de los gozos de la vida religiosa, una de sus protecciones. Mediante la pobreza logramos desprendernos, adquirimos la libertad de espíritu y sólo los que poseen libertad de espíritu pueden llamarse hijos de Dios.



Jueves: vigésima octava semana del tiempo ordinario / La virtud de la pobreza

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 8737-38.

He aquí dos religiosos. Ambos conocen sus reglas y sus privilegios . . . A los dos se les ha investido con el mismo hábito. Un religioso cuida de su hábito, el otro no.

El primero practica la virtud de la pobreza, engancha el hábito con cuidado, lo conserva limpio y eso, no solamente . . . para ser aseado y pulcro, por lo menos eso es secundario. Lo cuida porque esta vestimenta es la vestimenta de la religión, es una cosa religiosa, es nuestra insignia de honor, es nuestro vestido nupcial, el hábito simboliza nuestros esponsales con Cristo. La pobreza es nuestra reina . . . y, en razón del que se hizo pobre por nosotros para que nos enriqueciéramos, vamos a cuidar de nuestras pertenencias.

El otro religioso es descuidado e indiferente. Tira el hábito en cualquier lugar. Fíjense que los dos han recibido el mismo entrenamiento. ¿Por qué la diferencia? ¿A qué se le puede atribuir responsabilidad por esta diferencia? El segundo religioso tiene una rasgadura en el hábito y no se ocupa de arreglarla, la ignora. La rasgadura se hace más grande . . . Hay que desechar el hábito. Entonces, necesita un hábito nuevo. Esa persona carece de la virtud de la pobreza, y quién sabe, puede que eso señale el comienzo del rompimiento del voto de pobreza . . . Yo diría que eso no sólo es un pecado contra la pobreza, sino que también es un pecado contra la justicia. Es como robar . . .

Cuando se les pide que sean cuidadosos con las cosas que tienen para su uso, no se les está pidiendo en razón de algún esquema particular de economía que tengamos. Se les pide en razón de Él, quien se hizo pobre por ustedes . . . Bien saben ustedes que comemos el pan de los pobres. Vestimos la ropa de los pobres.

Quisiera saber, cuál es la actitud de ustedes en sus . . . diferentes Cenáculos con relación a sus necesidades personales. Ahora bien, las necesidades hay que satisfacerlas, pero debe tratarse de necesidades verdaderas; porque también tenemos un voto de

pobreza que practicar . . . Ustedes saben que en la vida religiosa puede haber un espíritu rapaz, un espíritu que lo quiere todo, que quiere acapararlo todo. Ustedes saben que esas cosas suceden . . . Este espíritu . . . puede estar presente en los religiosos — yo lo quiero, yo lo necesito, vigilan lo que otros reciben, se lamentan, se tornan envidiosos.

La virtud de la pobreza corrige todo eso. Debiéramos desear sentir el aguijón . . . de la pobreza . . . Nuestro Jesús, el Jesús del Cenáculo es el Cristo del Calvario, desnudo, solitario, abandonado. Es por eso que practicamos la pobreza, es por eso que vacilamos al decir que queremos (esto o aquello). Nosotros no nos toca actuar como príncipes o princesas, cuyos deseos más mínimos deben ser satisfechos. Ay, qué príncipes, qué princesas seríamos si nos podemos controlar, si nos refrenamos, si nos abstenemos de decir esas palabras: quiero esto, provéanmelo.



Viernes: vigésima octava semana del tiempo ordinario / Los pobres de espíritu

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 8739-41.

¿Cuál es su espíritu de pobreza? ¿Cuáles son sus sentimientos, ante todo, cuando piden algo? ¿Lo piden con el espíritu apropiado, exponiendo sus necesidades con la sencillez de un niño y dándose cuenta de que pertenece a los superiores conceder o rehusar el favor, que la decisión está en la conciencia de los superiores, que los superiores no han de conceder lo que piden si, a su juicio, no debe concederse? Si han solicitado algo y se les ha rehusado, ¿cuál es su reacción? ¿Lo sienten . . .? ¿Hacen comentarios sobre lo que se les ha concedido a otros? ¿Se sienten mortificados, y demuestran los sentimientos de resentimiento . . .? Dicen que desean . . . el voto de pobreza en razón de Jesús y, sin embargo, actúan como si no lo desearan.

Ya les he dicho lo que yo deseo para ustedes en el Reino del cielo. Si ustedes van a ser pobres de espíritu por Cristo, Él los hará ricos. ¿Están sus corazones atados a algo — a un libro, a un rincón soleado? Que tonto es poseer libertad de espíritu para dejar el hogar y luego

envolverse con cualquier clase de . . . bagatela.

Ustedes saben como deben estar sus cuartos. Deben demostrar que allí reside un religioso o una religiosa pobre. Por lo tanto, salgan de todo lo que no pertenece en la habitación de un misionero pobre o una misionera pobre, si es que tales cosas se encuentran allí. Ningún remanente de nada debe permanecer allí que no lleve el sello de la pobreza, la pobreza de Cristo.

Esto no es difícil. Todo lo que tenemos que hacer es ponernos de rodillas frente al Crucifijo y contemplar al que se despojó de todo por amor a nosotros. Su madre era una mujer pobre, San José un hombre pobre. Este es nuestro estado, nuestro estado es el de la pobreza. Fíjense en todo lo que se nos proporciona: a cambio de un hermano, una hermana que dejamos en el mundo, la santa pobreza nos da muchos hermanos y muchas hermanas; a cambio de una casa, la santa pobreza nos da muchas casas. La santa pobreza se hace cargo de sus favoritos.

Cuánta gente pobre pasa hambre en el mundo, que Dios tenga compasión de ellos, pero ustedes no tienen que preocuparse. Ustedes tendrán todo lo que puedan comer . . . Cuando soplan los vientos cortantes del invierno, cuando penetra el frío de la escarcha, ustedes estarán bien vestidos. La santa pobreza se encargará de eso. Fíjense en todo lo que Dios nos proporciona, en cómo se ocupa de nosotros en nuestra vocación. Seamos pobres, por lo menos, en nuestros corazones. Seamos, además, modestos al exponer nuestras necesidades.

“Bienaventurados son los pobres de espíritu” (Mateo 5, 3). Que su espíritu sea un espíritu pobre . . . que no sea un espíritu avaro, un espíritu envidioso, un espíritu rapaz . . . Así habrá esperanza para ustedes y serán bendecidos. Están ustedes destinados a ser ricos — ricos en el cielo.



Sábado: vigésima octava semana del tiempo ordinario / El espíritu de recogimiento

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 21 de agosto de 1930, MF 12372-76.

A nosotros nos encanta pensar en nuestra Bendita Madre en compañía de los primeros amigos devotos

de nuestro Divino Señor. Nuestra Bendita Madre en medio de ellos animándolos, consolándolos, quizás instruyéndolos, pues, después de todo . . . salvo la sabiduría de su Hijo Divino, ¿qué sabiduría existía como la de ella . . . ? ¿Quién estuvo jamás más ocupado que nuestro divino Señor? Tres años dedicó a la enseñanza de sus discípulos, a inoctrinarlos – tres años insistiendo que salieran a conquistar al mundo. Y, sin embargo, durante esos tres años, escuchando, además, la llamada frecuente del Señor para que descansaran un poco.

Y qué descanso era aquel sino un descanso inmerso en la oración . . . Sabemos que aquel descansar temporero no era un ocio vacío. No era un descanso estéril. No, esos momentos eran momentos de gran intensidad. Sencillamente, Él quería enfatizar el valor de lo espiritual, el valor del recogimiento . . . Quería destacar la necesidad . . . de la vida interior. Quiso demostrarles que debían ordenar y administrar la actividad. De no lograr hacerlo, estarían muy preocupados, siempre agitados y su celo sería turbulento, desordenado y tumultuoso.

Jesús amaba los lugares desiertos y solitarios y quiere que nosotros amemos el (recogimiento) por la misma razón. El pasó una experiencia terrible en el desierto, una experiencia de cuarenta días que nos hace temblar. Cuarenta días . . . de ayuno, cuarenta días de oración . . . fue llevado a la soledad. El Espíritu lo había tomado, lo había transportado al desierto. El Espíritu lo guió hasta allí . . . Qué experiencia para el alma de nuestro Señor en aquel lugar desierto . . . Qué triunfo tan completo sobre el espíritu del mal . . . Sabemos que fue el Espíritu Santo el que guió a Jesús al desierto.

¡Qué agradables a Dios son sus almas cuando están en la soledad! Su presencia allí es una oración. Piensen en lo que el Espíritu Santo les dice. ¿Saben que el (recogimiento) espiritual es una señal del amor divino? ¿Saben que es una señal de que el Espíritu Santo les aprecia? Él afirma que les ha de guiar a la soledad en donde les hablará. Me pregunto si serán favorecidos como otros han sido favorecidos.

El propósito del (recogimiento) es proporcionarles una muestra de sus vidas espirituales, inflamar su caridad, hacerles más agradables a Dios, alejarles del sentido de falsa seguridad. El recogimiento espiritual nos provee una oportunidad de alejarnos de los espejismos . . . de los engaños, a fin de que podamos reconocer nuestras deficiencias y nos podamos ir ubicando en el lugar en que Dios quiere que estemos, para que no huyamos de nuestras responsabilidades . . . No podemos llegar a esto a menos que seamos honrados con nosotros mismos.



Lunes: vigésima novena semana del tiempo ordinario / Devoción al Espíritu Santo

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 21 de agosto de 1930, MF 12373-75.

¿No somos de espíritu apostólico? ¿No nos atrae el espíritu apostólico? Quizás a distancia, quizás en forma indirecta, seguimos las huellas de los apóstoles . . . Ningún hombre . . . dice el apóstol, habla del Señor Jesucristo a menos que sea por inspiración del Espíritu Santo . . . (1 Corintios 12, 3). Fijémonos en este pensamiento, es tan importante. Los problemas van apareciendo mientras las cosas progresan y tenemos que tener la bendición de Dios. Esta bendición la habremos de tener solamente en el Espíritu de Dios. Reconozcan esto como una verdad básica, de primer orden. Estamos aquí sólo por obra del Espíritu Santo.

O, cómo Jesús, Dios hecho hombre, amó ese Espíritu que hizo tantas cosas maravillosas en la Inmaculada Virgen María, que la preparó para que fuera su madre, la corredentora con Él . . . No debe haber ninguna . . . negligencia, ningún olvido de su Espíritu Santo. El que honra al Espíritu de Dios deleita al Sagrado Corazón de nuestro Divino Señor. No hay nada en que le podamos agradecer más que rindiendo honor a su Santo Espíritu, amándolo, atrayéndolo y cuidándonos de no ofenderlo.

Ingeniémosnos la manera de lograr que el Espíritu Santo esté presente entre nosotros. Necesitamos el Espíritu de Dios, sencillamente necesitamos que el Espíritu Santo esté activo entre nosotros . . . Él es el que ha de ablandar nuestros corazones, el que ha de iluminar nuestras mentes, el que ha de aportar poder y fortaleza a nuestras voluntades . . . Queremos poder y fortaleza, pero eso está en manos del Espíritu Santo. Así pues, pongamos más unción en nuestras oraciones al Espíritu de Dios.

La Iglesia vibra de amor y deseo del Espíritu Santo de Dios. . . Todo lo que deleita la vista, todo lo que deleita los sentidos . . . todo eso procede del Espíritu Santo. Todo lo que contemplamos lleno de paz, de calma, de hermosura, toda la belleza que existe, todo proviene del Espíritu Santo. Ay, queremos belleza de

alma, queremos armonía de mente, queremos la paz del espíritu. Todo eso tiene que proveerlo el Espíritu Santo.

¿Cuál es la razón para que tantas obras buenas fracasen, tantas iniciativas que comienzan con tanto entusiasmo, tan llenas de esperanzas, ¿por qué fracasan? Me temo que se debe a que no acudimos al Espíritu Santo. ¿Es posible que se deba a que, cuando algo no va bien, no imploramos al Espíritu Santo? Alguna gente le decía a San Pablo: “Nosotros ni siquiera hemos oído que haya Espíritu Santo” (Hechos 19, 2).

Hoy sabemos que existe un Espíritu Santo, pero me temo que muchos de nosotros actuamos como si no existiera. Yo me pregunto, ¿Ha desaparecido la vida en nuestras oraciones al Espíritu Santo? ¿Qué intensidad, qué fuerza aplicamos a nuestras oraciones al Espíritu de Dios?



Martes: vigésima novena semana del tiempo ordinario / Práctica: La virtud de la humildad en el Cenáculo

Conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo en un retiro en el convento del Cenáculo, New York, 7 de agosto de 1915, MF 8358-60.

Puede ser que ustedes descubran que carecen de humildad. Carecen de humildad porque no saben lo que es la humildad. Si tuvieran la más mínima idea de lo que es la humildad, se esforzarían día y noche para adquirirla. Ningún precio debe considerarse excesivamente alto para obtener la virtud de la humildad. La humildad no es otra cosa que tomar conciencia de nuestras relaciones con Dios — no con nuestros semejantes. La humildad no tiene que ver con lo que sea nuestra posición con respecto a otra persona. Puede que ocupemos un rango alto en la estimación de alguien, pero cuando empezamos a tomar en consideración la humildad, todo lo demás desaparece y nos encontramos cara a cara con Dios. El alma dice: “Dios mío, hazme saber lo que soy para ti.” El punto no es que se miren ustedes mismos a través de los ojos de un amigo o de un enemigo, sino que se miren a través de los ojos de Dios todopoderoso. En otras palabras, ustedes están tratando de conocer su verdadero valor . . . Cuando lo logren, no van a tener una opinión muy exaltada de ustedes mismos.

Nos encontramos tan impotentes como le sucede a un bebé en los brazos de su madre. Tenemos que confesar que no somos capaces de hacer nada. Nosotros no vinimos al mundo por nuestra propia cuenta. No existimos por nosotros mismos. Todo lo que tenemos nos lo ha conferido Dios para utilizarlo Él — para sus propios propósitos. De un día para otro — en menos de un minuto, podemos perder todo. No hay nada respecto a lo cual podamos decir: “Esto me pertenece, lo voy a conservar.” Lo único que podemos alegar y que es propiamente nuestro, está resumido en nuestras miserables y pecaminosas inclinaciones . . . Esto es lo único respecto a lo cual podemos decir: “Esto es lo que he cosechado.” Esto no pertenece a Dios. El nos hizo buenos. Esta inclinación hacia lo malo, entendiéndolo bien, se encuentra, lo mismo en el corazón del santo como del pecador. Terminamos reconociendo . . . que lo único que podemos reclamar por nosotros mismos es nuestra vergüenza.

Puede que Dios nos haya conferido algún talento. Dios nos pedirá cuenta de ese talento, si lo hemos utilizado o no para su honor y gloria. Todo lo que poseemos, todo, es una variedad de dones que se nos han conferido para que los custodiamos. Hablando estrictamente, no tenemos derecho a ningún título o a que se nos aplauda en nada en que hayamos participado. Ahora estoy hablando ante Dios. Piensen en esas palabras de san Pablo cuando se refería a la purgación y a las pruebas: “A los que de antemano conoció, también los predestinó a ser como su Hijo y semejantes a él, a fin de que sea el primogénito en medio de numerosos hermanos” (Romanos 8, 29). Sencillamente, Dios no puede ayudarnos si somos orgullosos — si somos autosuficientes. Él no puede hacernos llegar su mensaje si es que tenemos el orgullo de la rebelión en nuestros corazones. Por eso Él nos pide que seamos como Él (1).



Miércoles: vigésima novena semana del tiempo ordinario / La fe y la religión como normas de acción

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12439-40.

Tenemos dos reglas para actuar, solamente dos. La primera es la fe y, la segunda, la razón — una razón, sin embargo, esclarecida por la fe. En ningún momento de nuestras vidas debemos actuar fuera de la razón o de la fe. La fe y la razón deben justificar, medir y cuadrar todo lo que hacemos. Es tan cierto como que Dios está en el cielo, que todo lo que hacemos estará lleno de las bendiciones de Dios y de méritos eternos.

¿Actúa la gente, por lo general, motivados por la fe y la razón? Muchas personas no actúan así. Actúan por motivos imperfectos, sin motivo alguno, o impulsivamente. Nunca debemos actuar motivados por el miedo, nunca debemos actuar motivados por los impulsos, nunca debemos actuar motivados por la mezquindad.

Ante todo, no ganamos ni el más mínimo mérito si actuamos motivados por los impulsos, sentimientos, emociones, pasiones, etc. Si así lo hacemos, no lo estamos haciendo por Dios. Apenas estamos actuando como seres humanos. Mi acción, entonces, es resultado del nerviosismo. Es una acción sin digerir. Es sólo impulsiva . . . apasionada, propulsada por este pensamiento: “¿Qué pensará la gente de mí?”

Estas son las razones imperfectas que motivan muchas de las acciones de las personas. Como consecuencia, sus vidas producen sólo efectos inconsecuentes . . . No complacen a Dios ni al hombre y, la única satisfacción que le proporcionan es la de haber seguido su propio capricho. Es difícil llevarse bien con esas personas, se convierten en egoístas, molestos, abruman al prójimo.

Si pueden, investiguen qué es lo que motiva la acción de las personas. ¿Es una acción planificada? ¿Es una acción que está de acuerdo a la razón? ¿Es una acción que la fe aprueba, o es una acción que efectuamos sólo porque nos sentimos con deseos de ejecutarla, porque una fuerte emoción nos presiona, porque nos engaña alguna simpatía tonta o porque nos domina un sentimentalismo tonto? ¿No es esa una manera terrible de actuar para un religioso . . . ? Actuar así de ninguna manera compete a un buen religioso.

Qué diferente la manera de actuar de un religioso bien entrenado. Algo sucede que afecta a ese religioso. La obediencia, a veces, es una virtud difícil porque implica represión y sumisión de la voluntad propia a la de otra persona. Se recibe una orden de obedecer. Viene de la oficina principal. Viene de Cristo. Viene del que está clavado a la cruz como resultado de su obediencia. Eso mismo es lo que Dios quiere que nosotros hagamos.



Jueves: vigésima novena semana del tiempo ordinario / La obediencia

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12437-38.

Las Sagradas Escrituras afirman que Cristo fue obediente hasta la muerte. Nos dicen más, que fue obediente hasta la muerte en la cruz. Luego nos revelan la recompensa por su obediencia: que Dios lo engrandeció y le dio el Nombre que está sobre todo nombre . . . para que al Nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y entre los muertos (Cf. Filipenses 2, 8-11).

Nuestro Señor fue obediente. ¿Qué quiere decir esto? Nuestro Señor cumplió a perfección la voluntad de su Padre. El Dios hecho hombre, Cristo, obedeció a todos los que tenían el derecho a la autoridad. Obedeció a su Madre. Obedeció a San José perfectamente. Obedeció a los malvados que lo atormentaban. Aconsejó la obediencia y la practicó hasta el Calvario . . .

La obediencia es la nota sobresaliente del cristianismo. El católico obedece en las cosas pertenecientes a la fe, obedece implícitamente, obedece completamente . . . obedece a la autoridad constituida legítimamente en la Iglesia.

¿Qué es la obediencia? La obediencia es la armonía entre las voluntades. La obediencia es aceptar la voluntad de otro, hacer la voluntad del otro . . . no hay duda que si obedecemos a otro en algo que está mal, cometemos un pecado porque nos convertimos en cómplices en ese pecado. Sin embargo, cuando la obediencia es legítima, tenemos la obligación moral de obedecer a los superiores, a los padres, a los guardianes, a todos los que están por encima de nosotros.

Repito, ¿qué es la obediencia? La obediencia es esa unión de voluntades, esa unión de juicios, de pareceres que logra que sometamos nuestra voluntad a la de otro . . . Esa es la virtud del triunfo. Las Escrituras dicen: “Es el hombre obediente el que canta victoria” (Proverbios 21, 28).

Obedecemos a otro por amor a Dios. No obedecemos a otro por ser quien es. Desde luego que un niño obedece a su madre por amor a ella. Para complacer a un amigo hacemos su voluntad, pero eso

no es obediencia, eso es un esfuerzo para complacer.

No hay obediencia donde no existe el derecho de ejercer la autoridad. Existe la obediencia cuando una persona tiene derecho a mandarnos y nosotros sometemos nuestra voluntad a la de esa persona.



Viernes: vigésima novena semana del tiempo ordinario / La Pasión de Cristo: motivo de obediencia

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12438-39.

En este principio se basa la obediencia religiosa: Queremos hacer la voluntad de Dios porque lo amamos. Nuestro Señor afirmó: “Porque yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado” (Juan 6, 38). Nosotros nos sentimos de la misma manera que se sintió nuestro Señor. No venimos a hacer nuestra voluntad. Venimos a hacer la voluntad de Dios y esa voluntad la interpreta el superior para nosotros de acuerdo a nuestra Constitución, nuestros reglamentos, nuestras prácticas.

Recuerden que dentro de todo esto se encuentra la sumisión . . . pero tengan presente también que se trata del amor a Dios. Es una voluntad iluminada, una inteligencia infinita, esa es la voluntad que nuestro superior interpreta para nosotros. Ahí tenemos el ciclo completo de la obediencia religiosa.

El ejemplo perfecto lo demuestra nuestro Señor . . . quien “obedeció hasta la muerte, y una muerte de cruz (Filipenses 2, 8). La obediencia produce la paz, la obediencia produce el progreso. La obediencia produce el éxito, la felicidad. La obediencia es agradable a Dios, la obediencia produce el triunfo.

Contrario a esto se ubica esa voluntad indómita, la voluntad propia. El individuo de voluntad propia dirá: “Yo no serviré”, o “serviré sólo tantas veces”, o “serviré sólo por un tiempo, en alguna parte, o de tal manera.” Mis queridos hijos, debemos reconocer esto: *tenemos* que seguir la voluntad de alguien. Eso es así. ¿La voluntad de quién van a seguir. . . ?

¿Quieren seguir su propia voluntad? Su voluntad, entonces, enténdanlo bien, va dirigida por una mente imperfecta, están buscándose problemas, montones de

problemas . . . Van a ser arrojados al montón de escombros de la humanidad. Dudo que puedan salvar sus almas. ¿Quieren seguir su propia voluntad, o quieren seguir la voluntad de Dios?

Debemos enfrentarnos a esto con todo nuestro corazón. La vida religiosa, enténdanlo bien, se reduce a obedecer la voluntad de Dios por amor a Jesucristo. Sencillamente sigan sus huellas por las estaciones de la cruz. Lo veremos demostrando su obediencia. Él fue obediente por nosotros. Ahora nosotros seremos obedientes por amor a Él, esa es la inspiración, ese es el motivo de la obediencia religiosa.



Sábado: vigésima novena semana del tiempo ordinario / La castidad

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 27 de agosto de 1930, MF 12464-65.

Qué alegres, qué felices se deben sentir. O, que boleto de entrada han de llevar a la inmortalidad — un corazón limpio, pureza de vocación, inocencia virginal. Si la religión no ofrece ninguna otra recompensa, éstas son suficientes, más que suficientes, no hay duda de eso.

Un pecado que está llenando el infierno es el pecado de la impureza y creo que, de todas las épocas, la nuestra muestra indicios de alcanzar un récord único como generación impura. Es difícil entender cómo la gente joven pueda escaparse de la contaminación en el exterior. Para empezar, la modestia se ha esfumado del mundo. Segundo, existe un extraordinario relajamiento de la moral. Se hace burla de la decencia, y hay una influencia que se va extendiendo al trabajo — a las escuelas, a través de la radio para convencer a todo el mundo que la moral, la modestia y la castidad no tienen importancia.

El naturalismo es el credo del día y la gente joven se le entrena —especialmente a los maestros jóvenes . . . para que se consideren, ellos y todos los demás, animales refinados y que crean que no hay tales cosas como ideales sobrenaturales . . . (En algunas escuelas) se escoge a niños o niñas idóneos que demuestren un poquito de liderazgo o popularidad . . . Los profesores o maestros se especializan particularmente en esos niños o niñas . . . fraternizan con ellos . . . y llenan sus mentes de los

pensamientos más horribles — infidelidad, ateísmo, naturalismo . . . Todo lo que es sobrenatural se aplasta, se sofoca. Ustedes saben lo difícil que es para una persona joven ir en contra de eso. Luego se les entrena para inyectar el veneno a sus compañeros . . .

¡O! Siento pena por los sacerdotes jóvenes que se ordenan ahora. . . . siento tanta pena por las parejas jóvenes que se están preparando para contraer matrimonio y luego traer hijos al mundo . . . Siento pena por las madres y los padres jóvenes. ¿Cómo pueden sus hijos escapar? Son muchos los casos en que no lo están logrando.

Sólo tenemos este alivio: “Pero donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (Romanos 5, 20). Yo no les mencionaría estas cosas, si no fuera por estos más pequeños cuyos rostros veo a través de la ventana, quienes nos acechan y siempre claman a nosotros, llamándonos para que los dirijamos, para que los salvemos. Les dicen a ustedes lo que el Apóstol le dijo al Señor: “Sálvanos que perecemos” (Mateo 8, 25).

Piensen en estos pequeños que ustedes alejarán de esos peligros que los exponen a perder su fe y su moral. Dios se sentirá muy complacido con ustedes. Si nuestro Señor sintió tanto gozo al pensar en los que ayudaron a los niños, cuánto más complacido debe estar con los que salvan a los inocentes. Ustedes deben alimentar, abrigar en sus corazones un gran amor por la virtud de la castidad.



Lunes: trigésima semana del tiempo ordinario / Las ventajas de la santa pobreza

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12429-31.

Este es uno de los gozos de la vida religiosa, una de sus protecciones, que, dentro de ella, nos volvemos desprendidos, adquirimos libertad de espíritu, y sólo aquellos que han adquirido libertad de espíritu pueden, en verdad, ser llamados hijos de Dios. “Bienaventurados los pobres de espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5, 3). Es decir, bienaventurados son aquellos cuyas mentes, cuyos corazones y cuyos afectos están desprendidos de las cosas del mundo y, por lo tanto . . . cuyos espíritus pueden encumbrarse hacia lo

alto. Sólo esos, les digo, pueden llegar a . . . Dios sin mancha alguna, pues poseen libertad de espíritu.

Entendemos bien la virtud de la pobreza evangélica. Sabemos que esta pobreza no es para convertirnos en estoicos, en mezquinos, en cínicos. Esta pobreza no es para despreciar los que poseen riquezas, esta pobreza no es para convertirnos . . . en comunistas. ¡O no!, es para liberar nuestros afectos . . . Los pobres de espíritu — benditos sean . . . Gozan del mismo rango que los querubines y los serafines. Su lugar se ubica justo en el medio de las huestes celestiales. Que sean bienaventurados, pues de ellos es el Reino de los Cielos . . . ¡O, contemplan lo que nos espera a nosotros, pobres pordioseros, que nos hemos convertido en limosneros por amor a Cristo!

Creo que una razón adicional por la cual nuestro Señor nos hizo pobres es ésta, para que siempre estemos solicitando limosna en su dulce nombre . . . Esto está salvando al mundo. La limosna que se ofrece en el nombre de Cristo . . . salva al pueblo de la ira de Dios. Toda limosna que se otorga en nombre de la religión agrada a Dios y ablanda su corazón hacia el mundo pecador . . . pues esa limosna . . . es la cuna que Dios le ofrece a su Divino niño. Es el lecho que le da a su Hijo. Es atender a las necesidades del Verbo Encarnado.

“Vengan, benditos de mi Padre, y tomen posesión del reino que ha sido preparado para ustedes desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber. Fui forastero y me recibieron en su casa. Estuve sin ropas y me vistieron . . . cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de mis hermanos, me lo hicieron a mí” (Mateo 25, 34ss.). Debemos pedir limosna con santa alegría y con la libertad de los hijos de Dios.

Han de saber que cuando pedimos limosna le rendimos un servicio a la gente. Le estamos haciendo un bien. Le proporcionamos un excelente servicio. ¿Cómo puede ser esto? En realidad, una persona no puede dar una limosna a menos que el Espíritu Santo no la motive. Dar una limosna con el espíritu verdadero es una acción motivada por el Espíritu Santo de Dios.



Martes: trigésima semana del tiempo ordinario / Práctica: Virtud del Cenáculo: la caridad

Conferencia sin fecha del Padre Judge a los Siervos Misioneros, MF 8638-39.

No podemos hablar del amor a Dios sin hablar del amor a nuestro prójimo — la caridad, la garantía de la perfección. ¿Qué es lo que nos mantiene unidos a Dios? Es el amor. Qué cosa maravillosa es la Iglesia Católica — reúne a todos los pueblos que aman bajo la amplitud del cielo de Dios, en todos los rincones de la tierra — de diferentes nacionalidades, con intereses contradictorios y los armoniza dentro del amor de Dios. El Evangelio del Amor nos instruye a amar a nuestros enemigos, a que debemos hacer el bien a los que nos atormentan. Es obligación nuestra bendecir a los que nos injurian. Que debemos ser pacientes. Que debemos perdonar. Que es obligación tratar a nuestros enemigos como queremos que Dios nos trate a nosotros. Esa es la regla — hacer a los demás lo que queremos que Dios nos haga a nosotros. Dios nos dice que, de la misma manera en que tratamos a los demás en nuestras relaciones con ellos, así Él nos tratará a nosotros. Si queremos gozar de su misericordia, tenemos que ser misericordiosos con nuestro prójimo. Si queremos que se apiade de nosotros, tenemos que tener piedad con nuestro prójimo. Si queremos su perdón tenemos que perdonar a nuestro hermano. Dios no perdonará nuestros pecados si nosotros no perdonamos los pecados de los demás.

En la misma proporción en que tengamos ese espíritu amoroso, humano, misericordioso y fraterno y olvidemos las ofensas — en esa misma proporción seremos juzgados luego. Si queremos que se nos juzgue severamente, seamos severos con nuestros hermanos. Si queremos que Dios nos trate de forma estricta en ese día terrible, vamos a fijarnos bien, entonces en las cosas que nos han hecho a nosotros, organicemos represalias en contra de los responsables; abriguemos el deseo de remover la venganza de las manos de Dios y exclamemos: “Déjame esto a mí, O, Dios.” Entonces prepara tu alma para un juicio terrible. “Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mateo 6, 12). Los hombres nos deben reconocer por este espíritu. Si los paganos podían, siglos atrás, detectar el espíritu cristiano en nuestros hermanos y hermanas en la fe, este nuevo paganismo debe poder detectar el mismo espíritu en nosotros, hoy en día.

Ámense los unos a los otros. ¡Cómo estos Siervos Misioneros se aman los unos a los otros! ¿Cómo se aman los unos a los otros? Ante todo, seremos leales los unos con los otros. Tendremos un espíritu de familia . . . Nos

apoyaremos los unos a los otros, seremos pacientes . . . los unos con los otros. Nos estimaremos unos a otros en Cristo. Ustedes son mis hijos y yo sé que han de agradar a Jesús si yo los estimo, si yo los amo, si yo los mantengo así en su Nombre. Él considerará eso como que se le ha hecho a Él. Yo no puedo acudir a Él con mis actos fervientes de amor si no amo a mi hermano de corazón. Si le demuestro a Él que no tengo amor para mi hermano y hermana en mi corazón . . . si le demuestro que en mi corazón no hay amor para con mi hermano y hermana, si no los perdono, si no siento compasión por ellos en su miseria, si no les extiendo una mano salvadora, si no oro por ellos y, más todavía, si no sufro por ellos; entonces no puedo acudir a Jesús con mis actos fervientes de amor.



Miércoles: trigésima semana del tiempo ordinario / La obediencia

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12442-43.

No importa el mandato de obediencia que sea, ese mandato tiene que ver con la virtud. La obediencia es una virtud mediante la cual agradamos a Dios. Ustedes saben, por ejemplo, que deben respetar el silencio mayor y que desobedecen cuando lo rompen sin justificación. Tal vez ustedes se niegan a obedecer a Dios en esto debido a alguna intranquilidad . . . o falta de control. Si respetan la regla del silencio mayor serán agradables a Dios y ganarán méritos. Pero ustedes se han propuesto que no les importa a gradar a Dios en esto . . . Eso es una pequeñez que acumulan para el purgatorio. Lo más probable es que reciban un castigo en el purgatorio por no haber guardado el silencio mayor, yo lo creo así.

Su Superior les ordena que hagan algo pero ustedes desobedecen . . . Está bien, pero han perdido una oportunidad de ganar méritos. Han hecho lo que querían. ¿Y cuáles son los frutos de hacer lo que querían? Hicieron algo deshonesto, se han salido con la suya, han escapado de algo y la Iglesia se ha empobrecido por ello, almas han quedado heridas debido a eso, la gloria y el honor de Dios han sufrido pérdida. Pero eso no importa, ustedes han hecho lo que querían.

Esta es la pregunta para su introspección. ¿En

dónde se encuentra la perfección de mi sumisión? ¿En qué consiste la perfección de mi obediencia? Mi obediencia debe ser completa, no solamente exterior sino también interior. Después de todo, ¿entré a la vida religiosa para hacer mi propia voluntad . . . ? ¿Para echar a caminar mis propias teorías? Ciertamente que no. Entré a la religión, para agradar, para complacer a Jesucristo. Yo lo amo, yo quiero hacer algo por Él, yo quiero hacer su voluntad. Esa es la única razón por la cual entré a la religión, es el único propósito que tengo en mente. Ahora bien, resulta que la voluntad expresa de Dios para mí se revela a través de mis superiores.

Aquí hay otra pregunta para la introspección: ¿En qué consiste la generosidad de mi obediencia? ¿Dónde se ubica su júbilo? ¿En qué consiste su alegría? ¿Poseo yo un espíritu generoso . . . ? ¿Echo yo a un lado mis propios pensamientos con respecto al asunto . . . ?

En otros tiempos la gente tenía sus dioses hogareños, pequeños trozos de madera, pedazos de arcilla que consideraban divinos y les ofrecían incienso y adoración . . . Puede que tengamos nuestros propios dioses hogareños, nuestros dioses de hojalata . . . mi forma de actuar, mi forma de pensar, mi forma de hacer las cosas. Cuando habla la obediencia, cuando hablan nuestros superiores, ¿empiezo yo a ofrecer incienso a mis pequeños dioses?



Jueves: trigésima semana del tiempo ordinario / La castidad

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 27 de agosto de 1930, MF 12465-68.

¿Qué es la castidad? Es el encanto de todo lo que es bueno. Sin la castidad, O, cuán pesarosa parecería aun la misma caridad . . . Sin la castidad todas las virtudes tendrían algún defecto. Para que conociéramos los encantos de esa virtud . . . Jesús escogió a la Virgen Madre, y desde el principio, la gloria de la Iglesia ha venido a ser, sus vírgenes. Ustedes pertenecen a ese grupo, inclusive la última que se ha unido al Cenáculo. “Estos siguen al cordero a donde quiera que vaya” (Apocalipsis 14, 4), “quienes entonan un canto que los otros no pueden cantar” (Cf. Apocalipsis 14, 3).

¡Cómo aprecia la Iglesia la condición de castidad

perfecta . . . ! Una de las más sorprendentes enseñanzas de la Santa Madre Iglesia que, a la vez, muchos no entienden es ésta . . . que el estado virginal es más perfecto que el estado de matrimonio . . .

San Pablo dice: “El que no se ha casado se preocupa de las cosas del Señor y de cómo agradarle. No así el que está casado, pues se preocupa de las cosas del mundo y de cómo agradar a su esposa, y está dividido. De igual manera la mujer soltera y la joven sin casar se preocupan de servir al Señor, y de ser santas en su cuerpo y en su espíritu. Mientras que la casada se preocupa por las cosas del mundo y de agradar a su esposo” (1 Corintios 7, 32-34).

Ustedes, mis queridos hijos, están alejados de las cosas que dividen o manchan el corazón. “¿Quién”, pregunta el salmista, “subirá al monte del Señor, o quién estará de pie en su recinto santo? El de manos limpias y puro corazón.” (Salmo 23, 3-4) Y el libro de la Sabiduría dice: “Más vale no tener hijos y poseer la perfección” (Sabiduría 4, 1). Ustedes son la generación casta, ustedes no están en el pantano, en el lodazal.

Se puede herir la castidad, se puede perder. De todas las virtudes es la más frágil . . . Una mirada imprudente, una palabra, pueden infligirle daño. Aun como religiosas, deben tener mucho cuidado. ¿Cuáles son las reglas generales a seguir para protegerla? ¿Cómo se defiende? La oración desde luego, los sacramentos, la Regla de Vida. Además ustedes poseen el sentido innato de su propio honor, de su modestia, del amor de cada uno por esta virtud. Ay, piensen . . . en aquellos mártires, piensen en cómo sufrieron por su virtud, como los torturaron. Ellos nunca hubieran consentido hacer nada que no fuera lo correcto o lo puro.



Viernes: trigésima semana del tiempo ordinario / La obediencia de Cristo en la cruz

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12444-45.

Ustedes son hijos obedientes. Puede que algunas veces se tornen descuidados, irreflexivos, quizás hasta débiles. Piensen en nuestro amado Jesús en la cruz. Después de todo, otra manera de decir *Via Dolorosa* es

decir obediencia . . . Jesús fue “obediente hasta la muerte” (Filipenses 2, 8). Ah, ¿cuán obedientes van a ser ustedes? ¿Hasta cuándo lo serán? Hasta la muerte, no importa lo que les cueste. No importa sea necesario sudar sangre.

¿Por qué? La contestación suprema la encontramos en la crucifixión de Jesús, en su muerte retratada en la décima segunda estación del *Via Crucis* . . . Que cosa grande si el día del juicio ustedes pudieran decir a nuestro Señor: “Lo que hice lo hice por ti” . . . Pero si se presentan al juicio acompañados de voluntad propia, de desobediencia, de su pensamiento descarriado, me temo van a tener un tiempo difícil . . .

Puede suceder que a ustedes les parezca que el comportamiento de un superior no haya sido razonable. Ese superior, desde luego, viene obligado a actuar de acuerdo a la Constitución. Si un superior oprime, hay siempre una herramienta para corregir eso, pero ustedes siempre, y ante todo, deben hacer lo que se les manda y luego, si . . . lo que se les solicitó no es lo correcto, o si es demasiado oneroso, entonces deben llevar el caso a los superiores mayores.

Los superiores deben tener mucho cuidado antes de impartir una orden. (La autoridad superior) no proveerá respaldo si el superior no tiene la razón. Si el superior actúa impulsivamente, apresuradamente, apasionadamente o motivado por cualquier otra cosa, (la autoridad superior), de ninguna manera, le ha de respaldar. Mientras tanto, mis queridos hijos, ustedes están a salvo cuando actúan asumiendo que el superior está en lo correcto.

Yo no tengo ningún otro pensamiento, excepto el de que ustedes hagan la voluntad de Dios . . . Esa es nuestra oración, nuestro anhelo, nuestro deseo, que ustedes hagan la santa voluntad de Dios . . . Deben orar por nosotros, por nuestras intenciones para que, como superiores de ustedes, seamos hombres y mujeres que se asemejan al corazón de Jesucristo. Oren para que Dios nos compadezca en nuestra flaqueza.



Sábado: trigésima semana del tiempo ordinario / Las tentaciones contra la castidad

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 27 de agosto de 1930, MF 12468-69

En primer lugar, la tentación no es un pecado. La tentación es el campo de batalla donde los grandes santos se formaron, es el terreno donde se prueban las personas. “Feliz el hombre que soporta pacientemente las pruebas porque una vez probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que lo aman” (Santiago 1, 12). Ustedes son benditos cuando son tentados. No les preocupe el hecho de que se presente la tentación.

Cada tentación que resistimos representa otra victoria. A través de la tentación se fortalece el carácter moral. Sin embargo, las Escrituras dicen esto: “El que ama el peligro perecerá en él” (Eclesiástico 3, 27). La misma ley que nos prohíbe pecar nos prohíbe la ocasión de pecado. Nosotros conocemos nuestras debilidades y sabemos que tenemos que andar con cuidado.

Algunos pensamientos irrumpen en nuestras mentes como huéspedes inoportunos, sin ser invitados ni deseados. No hay que preocuparse. Todo lo que tienen que recordar es esto: la tentación no es pecado. El pecado consiste en saber que se trata de un pecado y en la completa voluntad de deleitarse que produce . . . es entonces que tenemos un pecado mortal.

Cuando hay preocupación, perturbación, la regla es esta — interpreta todo eso a tu favor. Ese conflicto, esa preocupación, esa perturbación y ansiedad demuestra que ahí no ha habido consentimiento pleno. Sólo significa que están o han estado al borde de la tentación. No se preocupen por esas cosas. Realmente no tienen ni han tenido esos malos pensamientos. Sin embargo, por humildad pueden confesar: “Padre, tuve algunos pensamientos impuros, pero, gracias a Dios, hasta donde yo sé, no he cometido ningún pecado.”

Son peligrosas las conversaciones atrevidas con las personas del sexo opuesto. Hay tanta agudeza en las conversaciones de hoy en día . . . Les digo que si ustedes andan detrás de eso, el diablo se va a aprovechar. Esa clase de conversación puede llevarlos al pecado y ustedes no se pueden dedicar a eso y quedar a salvo. Ustedes se van a encontrar con muchas personas (del sexo opuesto) en sus trabajos. Yo espero que tengan cuidado con su conversación. Me refiero a cierto tipo de conversación . . . Yo creo que es muy inapropiado para un (religioso joven) estar intercambiando conversaciones atrevidas con personas del sexo opuesto. Dios juzga el pensamiento. Yo sólo quiero advertirles del peligro.

Superiores, ustedes tienen la obligación . . . de proteger en esta materia a los que tienen bajo su cuidado . . . Puede suceder. La carne está siempre pronta a meterse

en líos, a entrar en apuros, y el demonio está siempre cerca. Como dice el Apóstol: “Sean sobrios, y estén vigilantes, porque su adversario, el diablo siempre está rondando como un león rugiente buscando a quien devorar” (1 Pedro 5, 8). El Señor dijo: “Estén despiertos y en oración” (Mateo 26, 41). ¿A quién le dijo eso . . . ? A Sus Apóstoles. Y si el Señor tuvo necesidad de llamarles la atención a ellos, mucho más debemos nosotros estar despiertos; de velar y de orar . . . La protección que tienen ustedes es amar la virtud de la castidad. Quiéranla. Defiéndanla con sus vidas.



Lunes: trigésima primera semana del tiempo ordinario / Para ir adquiriendo la virtud de la obediencia

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12440, 12446.

A veces la obediencia es una virtud difícil de practicar porque consiste en reprimirse y someterse a la voluntad de otro. Se nos imparte un mandato de obediencia . . . procede de Cristo, viene del que, por la obediencia, está clavado en la cruz. Lo que se me manda a ejecutar es lo que Dios quiere que yo haga.

En el otro lado veo egoísmo y muchas otras cosas. Las criaturas quieren que yo haga otras cosas. La naturaleza humana está siempre dispuesta a seguir la línea de menor resistencia. El diablo y el mundo están siempre presentes para decir: “¡No lo hagas!” El orgullo o alguna otra cosa se presentan para añadir a la confusión y, de pronto, tenemos un acto de desobediencia.

Debemos entrar en el espíritu de la virtud de la obediencia. Podemos, a fin de agradar a Dios, desarrollar un espíritu obediente. Debemos respetar cualquier persona que tenga autoridad.

Toma por ejemplo un conductor en un tren . . . Él representa la autoridad. Ciertamente que la representa. Yo creo que cuando vamos a pagar el precio del boleto al conductor, debemos hacerlo en obediencia; él no debe tener que solicitar el pago. Debemos saber dónde está el dinero y tenerlo a la mano.

En un barco yo obedezco a los oficiales a cargo. ¿Tienen el derecho de dar órdenes? Tengo que admitir que sí, que tienen ese derecho. El policía de tránsito levanta

su mano; luz roja, deténgase, luz verde, siga. Yo puedo hacer todo eso para agradar a Dios. Yo lo puedo hacer para ofrecer tranquilidad al pobre, desolado y abandonado Jesús en la cruz. Ese es el espíritu de obediencia. El espíritu de obediencia es abandonar el comportamiento convencional. Todo el mundo quiere hacer su propia voluntad. Personalmente yo creo que mi propia voluntad no es lo suficientemente confiable; yo sólo quiero seguir el camino de Jesús; su camino me satisface mucho.

Hagamos nuestro el espíritu de obediencia, el espíritu de respeto mutuo del uno para con el otro, y ese respeto y reverencia especial por todos aquellos en autoridad. Hagámoslo nuestro y Dios nos bendecirá “desde la salida del sol hasta su ocaso” (Salmo 49, 2). Dios nos ha de bendecir en nuestro ir y venir. Puede que hagamos alguna tontería, pero Dios nos bendecirá porque nos hemos adueñado del espíritu de obediencia.



Martes: trigésima primera semana del tiempo ordinario / Práctica: La virtud del Cenáculo de la paciencia

1. Conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo en un retiro en el convento del Cenáculo, New York, 9 de julio de 1916, MF 10698. 2. Carta a los Siervos Misioneros desde la Academia San Agustín, Río Piedras, Puerto Rico, 19 de julio de 1933, MF 12907. 3. Carta sin fecha a uno de los primeros seguidores, probablemente la Hermana M. Baptista (Croke), MF 3983. 4. Carta a Frances O'Driscoll, integrante del Cenáculo, Brooklyn, New York, 5 de diciembre de 1915, MF 4272-74.

Les he hablado ya de la práctica de la virtud. Todos ustedes tienen asignada una virtud como práctica, pero nunca llegarán a practicar esa virtud sin algún tipo de meditación. Supongan que la virtud es la paciencia. Deberán convencerse de que son infelices y miserables porque son impacientes. Deben sentir un ardiente deseo, un anhelo sincero de ser pacientes.

Una persona paciente es una delicia — como un ancla, como una roca sólida. Las personas pacientes siempre se le encuentra iguales. Su juicio es confiable porque piensan con una mente calmada y tranquila. Se toman su tiempo al juzgar las cosas y analizarlas. No se inclinan tanto, ni de un lado ni del otro — unas veces de

este lado y otras veces del otro. Ustedes tienen la intención de llegar a ser personas pacientes. Será una gran ventaja, una bendición. ¿Cómo se van a desenvolver en esta práctica? Estúdienla en la persona de Nuestro Señor, de nuestra bendita Madre, en alguien que la posea, que sea paciente (1).

Mucha gente no habrá de alcanzar el progreso que ustedes han logrado, pero debemos practicar las virtudes de la paciencia y de la caridad cristiana como quiera. Debemos tolerar y soportar (2).

La virtud sólo se adquiere mediante la oración y la práctica. No podemos ser pacientes ni adquirir el hábito de la paciencia hasta que no nos hayamos ejercitado repetidamente en actos de paciencia. No podemos ser verdaderamente virtuosos a menos que, mediante la oración y el esfuerzo, convirtamos en ganancia las gracias que Dios nos ha concedido (3).

La impaciencia por hacer avanzar la obra de Dios nos lleva a cometer faltas y a formular juicios equivocados, lo que debe vigilarse con cuidado, no sea que se cometan faltas de caridad . . . Prefiero no ventilar este tema o cualquier otro, a menos que no podamos acercarnos a él humildemente, calladamente, serenamente, fervorosamente, confiando en Dios y poniendo poca fe en las acciones humanas de diplomacia, de estrategia o conveniencia . . . Permanezcamos indiferentes a lo que diga o a lo que haga el hombre. Si nos esforzamos por actuar con pureza de intención y con temor de ofender a Dios, no estaremos adelantándonos a la Divina Providencia debido a la prisa humana (4).



Miércoles: trigésima primera semana del tiempo ordinario / La muerte

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 24 de agosto de 1930, MF 12387-88.

O, pero qué muchos son los muertos — son más que los vivos. Piensen en las generaciones de personas que han ido a su descanso eterno. Cada vez que sacuden un átomo de polvo de su hábito, puede que sea un residuo de un cuerpo que una vez caminó en esta tierra. El polvo que pisan a lo largo del camino, quién sabe si es lo que queda de los que ya han desaparecido. Piensen en

esos innumerables millones y millones de seres humanos que han desaparecido. Vivieron el tiempo que les correspondía y se ausentaron. Nosotros, los vivos, somos sólo un fragmento infinitésimo comparado con esa gran muchedumbre de muertos.

¿Dónde han ido a parar las almas de los muertos? ¿En la Iglesia triunfante? ¿En la Iglesia sufriente? ¿O están entre los réprobos? “Felices desde ahora los muertos que mueren en el Señor” (Apocalipsis 14, 13). Después de todo . . . el polvo humano esparcido puede tener su forma de sufrir — parecería una pena pensar que la nube descartada de vida humana tenga que ser desplazada de un lugar a otro por cada ráfaga caprichosa de viento — pero eso importa tan poco. ¿Dónde se encuentra el alma, el alma que vivificó ese polvo? . . . Qué cosa terrible es la muerte que no es bendecida, que no sucede en el Señor . . .

Vivimos para morir. Nos estamos acercando a ese momento tan incierto. No sabemos cuándo, ni dónde ni cómo. Ay, esa . . . es la belleza y la gracia de la vida religiosa. Si somos fieles a sus reglas y a sus prácticas, a sus admoniciones e inspiraciones, no hay duda que moriremos en el Señor . . . La vida religiosa . . . exige mucho. A veces es exigente con la carne y la sangre mortal . . . Pero, ay, el final es dulce. Nos compensa, nos premia, nos dice: “Muere en el Señor y serás bienaventurado.”

“Los hombres mueren una sola vez, y después viene para ellos el juicio” (Hebreos 9, 27). Ese día lúgubre nos llegará a nosotros, ese día en que habremos de partir de entre los vivos, en que nuestro nombre será borrado del registro de los hombres. Ese día ha de llegar a todos y a cada uno de nosotros, y entonces comenzaremos a caer en el olvido.

Todo eso no importa, siempre y cuando muramos en el Señor, siempre y cuando estemos bien preparados y tengamos una muerte bendita. ¡O, Dios, en ese día, sálvanos!



Jueves: trigésima primera semana del tiempo ordinario / El cielo

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 27 de agosto de 1930, MF 12447-48.

“El cielo por tu casa me devora.” Así dice la Escritura (Salmo 68, 10). La caridad encendida, la caridad

ardiendo al máximo, eso es el celo. El celo es una virtud hermosa, es característica de los Apóstoles. Se necesita mucho hoy en día, mis queridos hijos. Yo me pregunto si gran parte de la condición malvada del mundo de hoy se debe a una falta de celo. Me pregunto si pudiera ser esa la razón.

Podemos convertirnos en *funcionarios* dentro del ministerio. Podemos hacer las cosas de manera superficial. Podemos hacer las cosas como rutina. Puede que en la casa de Dios nos convirtamos en meros oficinistas. En otras palabras, podemos hacer las cosas sin celo. Nuestro Señor tenía celo, los apóstoles tenían celo. Todo lo que se relaciona con la época de los Apóstoles tenía celo. El celo consiste en una caridad ardiente, es sencillamente ese deseo de dar y de darse uno mismo a Dios y a la obra de Dios.

El amor propio se manifiesta de diversas maneras . . . algunas veces se demuestra a través de un servicio trunco, otras veces en el cuidado que uno propicia a sí mismo en razón de nuestras necesidades, dificultades, dolores y debilidades. He aquí lo que el Señor dijo sobre eso: “El que intente guardar su vida la perderá, pero el que la entregue la hará nacer a nueva vida” (Lucas 17, 33).

He conocido a personas buenas que hacen algo y después van a Atlantic City por una o dos semanas para recuperarse. Conozco a algunas personas buenas que hacen algunas cosas pequeñas para el Señor y después descansan por un mes. Eso no le agrada al Señor, eso es aparentar y al Señor nunca se le puede engañar. Y ciertamente, tampoco se nos engaña a nosotros. Esa característica no es la de una persona arropada por el celo. El religioso que es celoso muere con las botas puestas.

Ustedes saben lo que es el celo. . . es hermoso. Es lo que provee el empuje. Es el remolcador que arrastra todas las barcas tras de sí. Es el dínamo de la central de energía eléctrica. Desde luego, esa fuerza, como toda fuerza, tiene que ser controlada. La fuerza es buena y es útil cuando es bien dirigida y, cuando el celo es bueno, hay que estar alerta. Un celo sin disciplina puede causar mucho daño. Sin embargo, podemos perdonarle mucho al que posee celo, Dios lo bendiga.

¡Ay, pero los holgazanes, los haraganes en la casa de Dios, los zánganos! Es difícil olvidarse de ellos. Su influencia es tan desmoralizadora. Yo no creo que los que ostentan demasiado celo hieran tanto la paz de una casa. Puede que preocupen a los superiores. Puede que los superiores digan: “Santo cielo, van a perjudicar su

salud, o, se van a meter en un lío”, pero esa no es una gran preocupación. Sin embargo, los otros sí preocupan a sus superiores, los molestan, son una carga, son los que se aprovechan de la obra de Dios, la rémora del progreso de la comunidad. Los osados son los de pura sangre. Los haraganes, los holgazanes son unas criaturas de abolengo mixto.



Viernes: trigésima primera semana del tiempo ordinario / La pasión de Nuestro Señor

1. *Retiro a las Hermanas circa 1905, MF 10566.* 2. *Uno de los primeros sermones del Padre Judge, MF 3763-66.* 3. *Carta sin fecha a Sister M. Baptista (Croke) en ruta a Puerto Rico, MF 2499.*

“La meditación sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, fuente principal de donde procede y fluye continuamente hacia nosotros todo bien, es ese camino seguro y excelente por el cual todos los cristianos debemos caminar ordinariamente, en la práctica de la virtud y de la perfección.” Para los que quieren aprender a meditar, este es el consejo de Santa Teresa: “Imagínense a nuestro Redentor ante ustedes, cerca de ustedes, de forma que lo sientan. Contémplo con devoción en el estado y condición en que realmente existió en el misterio de su vida santa y de su Pasión sobre el que desean meditar. Escúchenlo atentamente, pues Jesús habla amorosamente al corazón de los que quieren conversar con Él. Él les inspira con las palabras y los sentimientos de su corazón que Él desea (Camino de Perfección — C. 14, 161) (1).

Todos conocemos el significado del sufrimiento. Algunas veces las penas presentes nos parecen intolerables, nos parecen una carga que no se puede aguantar. Pero, repasen los sufrimientos de toda una vida, los dolores del corazón, las enfermedades, el cansancio y el disgusto de muchas semanas y años . . . Consideren los sufrimientos acumulados de todos sus amigos. Añádanle a eso toda la opresión y desventura de todos los tiempos y de todas las épocas desde el momento . . . en que nuestros primeros padres salieron del Paraíso hasta el último grito de angustia de un corazón desesperado y roto. Sumen los horrores del hambre, las

plagas, las enfermedades, el crimen, el derramamiento de sangre y la inhumanidad en la historia del mundo. Recojan todo eso y fíjense en todo lo que el hombre ha sufrido desde el primer día hasta hoy. ¡He ahí un océano inmenso de sufrimiento! Sin embargo, si fuéramos a sumar esto, a multiplicarlo y a amontonar encima sufrimiento humano sobre sufrimiento humano, no alcanzaríamos nunca el grado de sufrimiento que aquejó a Jesús. “Miren y observen si hay dolor semejante al que me atormenta” (Lamentaciones 1, 12) . . .

Si todo el sufrimiento humano fuera a caer sobre una persona, ¡qué desesperado estaría ese individuo! Pero esto es imposible, pues nuestra capacidad para sufrir es limitada . . . Hagan el cálculo y pesen la miseria humana como deseen, pero entonces “miren y observen” . . . ¿Quién es el que solicita hacer juicio sobre el sufrimiento de toda la raza humana y el suyo propio? ¿Quién es el que nos pide alejar nuestro pensamiento de nuestras miserias, dirigirlo a las miserias de los demás y a las miserias de Jesús? ¿Qué es lo que Él ha sufrido y por qué lo ha sufrido?

¡Es la voz de nuestro Salvador! Es el dulce Hijo de María! Es Dios mismo, es el Cordero de Dios degollado por nosotros, nos habla de sus sufrimientos que son infinitos. Pensemos por unos momentos en esta divina víctima que sufre. Consideremos el poder y la dignidad del que dice: “Miren y observen si hay dolor semejante al que me atormenta.” Aquel que nos proporciona el aliento que respiramos, en quien vive, se mueve y respira toda naturaleza viviente. Es Él quien nos pregunta, suplicante: “Miren y observen” (2).

Tomen nota de los insultos que sus enemigos lanzaron a la majestad de nuestro divino Señor según narra el Evangelio. Traten a nuestro Bendito Salvador a nivel personal . . . y háganle reparación. Al meditar sobre esto pude exclamar “¡Jesús, cómo te amo. Quiero servirme! ¡Quiero sufrir por Ti!” (3).



Sábado: trigésima primera semana del tiempo ordinario / La caridad

Constitución original de los Siervos Misioneros, (1928), artículos 151, 155-57, MF 14309-10.

Ninguna lección de nuestro Divino Señor es tan

impresionante y ninguno de sus preceptos, exceptuando el amor que debemos tener para con su Padre eterno, nos exige tanto como el de la caridad fraterna. Esto es particularmente cierto para los que se han unido en su nombre en la santa religión. Un Siervo Misionero contemplará a Jesús lavando los pies a sus discípulos y estudiará el ejemplo de nuestro Divino Señor y sus consignas de caridad fraterna. El Espíritu Santo dice que la caridad es la garantía de la perfección . . .

Para que esta virtud florezca entre nosotros, cada cual deberá demostrar respeto y amor fraterno por sus hermanos y hermanas. Debe evitar amistades y aversiones particulares. Debe controlar su lengua, no sea que se convierta en un “corre ve y dile”, en un murmurador.

En sus conversaciones los unos con los otros al igual que en las conversaciones generales, el Siervo Misionero . . . será el defensor de las obras piadosas y de edificación. Sus palabras deben demostrar el amor a su vocación y su celo por la perfección. También se animarán unos a otros en el respaldo de la virtud, de la mortificación, de la obediencia, de la humildad y la devoción a las virtudes del Cenáculo Misionero. De inmediato tomará parte contra cualquiera que se exprese en contra de estas virtudes. Sin embargo, siempre lo hará como un humilde y amable protector de la virtud.

Si alguna obligación o circunstancia resulta repugnante a un Siervo Misionero . . . no debe éste hacer público su descontento, sino que obedecerá y, en humildad, lo manifestará a su superior. Sobre todo, no debe ser el defensor de sus propios derechos . . . para que, en medio de todo, actúe con pureza de intención, sin otro propósito que el mayor honor y gloria de Dios, y que esté decidido a aceptar la respuesta de su superior, y si ésta no es favorable, aceptarla con la alegría que resulta de un espíritu interior y exterior mortificado.

Cuando no está en entredicho un principio de alguna virtud, puede preferir, en atención a la humildad y a la paz en el Señor, otra opinión que no sea la suya. Sin embargo, si ha de producir algún bien, que demuestre modestamente sus razones para sostener la opinión que expone, pero nunca hasta el punto, ni aun en una conversación acalorada, de decir o de hacer algo que demuestre estar ofendido o, de alguna manera, herir al otro.



Lunes: trigésima segunda semana del tiempo ordinario / El acto de la desobediencia

Conferencia de retiro dictada a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12441-42.

La muerte entró en el mundo a través del pecado. Pero, ¿qué clase de pecado? El pecado de la desobediencia. El demonio se interpuso y dijo: “¿Por qué no comes?” Dios dijo: “No debes comer del fruto del árbol de la vida.” Pero le prestaron atención al demonio y es por eso que nos aquejan dolores y sufrimientos, es por eso que el pecado y la muerte habitan en el mundo.

La desobediencia es aquel primer pecado. ¿Qué diferencia hay entre la primera desobediencia y las demás? Puede que, al desobedecer, el ángel no se nos acerque con una espada de fuego. Puede que Dios no nos lance rayos y centellas, pero nosotros, al pecar, hacemos lo mismo que hicieron Adán y Eva.

San Pablo afirma: “Cada uno en esta vida debe someterse a las autoridades. Pues no hay autoridad que no venga de Dios, y los cargos públicos existen por voluntad de Dios. Por lo tanto, el que se opone a la autoridad se rebela contra un decreto de Dios y tendrá que responder por esa rebeldía” (Romanos 13, 1-2).

Ay, sí, nosotros en eso creemos. Como católicos creemos que hacemos la voluntad de Dios al someternos a la voluntad de nuestros superiores. Santiago nos dice: “Los demonios también creen . . . la fe sin obras está muerta” (Santiago 2, 19-20). ¿Nos ha impartido el superior alguna orden? ¿Qué quiere decir eso? Eso quiere decir que Dios nos ha impartido una orden. ¿Hemos obedecido esa orden o nos hemos rebelado? ¿Se ha interpuesto el amor propio, nuestros impulsos, el interés propio? ¿Se ha interpuesto algún tipo de pasión indomable? ¿Se ha interpuesto, una y otra vez, el demonio afirmando: “No lo hagas, come de la fruta y serás como Dios?” Vuelve a repetirse lo mismo. Adán y Eva nos dan pena y también sentimos pena por nosotros mismos debido a su acto de desobediencia. El hecho es que Dios también nos dice: “Hazlo”, y puede que digamos: “No lo haré . . .” Hemos rechazado una oportunidad de practicar la virtud de la obediencia, probablemente hemos cometido el pecado de la desobediencia. Tuve una oportunidad de agradar a Dios y he dicho: “Dios, no te complaceré, me complaceré a mí mismo.”



Martes: trigésima segunda semana del tiempo ordinario / Práctica: La abnegación: virtud del Cenáculo

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo desde Opelika, Alabama, 3 de septiembre de 1915, MF 4280-81.

Permítanme que les pida que dirijan sus oraciones especialmente para alabar y dar gracias a nuestro misericordioso Salvador por las gracias que les ha concedido al destinarme a esta misión. Me llena de gozo confiarles que nuestro Señor me ha enviado a la casa más pobre de nuestra provincia – a una región donde existe una condición de falta de religión y de piedad, que resulta en una prueba constante y en una cruz de agonía, no muy distante de la persecución.

Ninguna gracia que Él nos hubiera conferido podía haber sido una señal tan confiable de lo mucho que nuestra obra le complace y de lo que la bendice. Por lo tanto, la presente manifestación de su gracia divina al traerme aquí, es fuente constante de consuelo santo. Así pues, ríndanle gracias por su misericordia para con todos nosotros en este asunto.

Servicio — un servicio generoso que exige sacrificio, es la señal de la verdadera adoración y es una garantía de las bendiciones de Dios sobre sus siervos. A pesar de lo indigno de ello que yo sea, Él me concede la gracia de contemplar en ustedes ese ministerio de sacrificio . . . El bien que ustedes habrán de hacer requiere muchas cosas dolorosas y repugnantes a la naturaleza. El amor propio se está contrariando sin tregua.

El celo de ustedes por las almas los obliga a practicar la humildad y, debido a la búsqueda de almas, el bienestar propio sufre mucho. Si pecadores se han reconciliado con Dios, ha sido solamente porque, después de la gracia, ustedes han sido abnegados, lo que los ha separado de los placeres inocentes que proporcionan sus familiares y amigos y ha dado lugar a que practiquen la virtud amarga de la mortificación.

No hay duda de que esto es cargar con la cruz, la cruz de Jesús. Esta es una condición que Él exige para ser sus discípulos. Ésta es la condición para constituirse en discípulos suyos. Ésta es la prueba para los verdaderos y fieles seguidores del Señor y son pocos los que la aprueban. Él mismo nos dice: “Si alguno quiere venir a

Mí y no se desprende de su padre y madre, de su mujer e hijos, de sus hermanos y hermanas, e incluso de su propia persona, no puede ser discípulo mío” (Lucas 14, 27). Esto constituye, sin duda, una exigencia extrema a la naturaleza humana, un esfuerzo gigantesco, un tirar de las fibras de nuestros corazones y una entrega espantosa de uno mismo hasta el agotamiento.

Sólo la gracia suprema de la renuncia, es decir, la pobreza de espíritu, puede ayudarnos a lograr esto. Esta gracia no nos faltará si la solicitamos: “Te basta mi gracia, mi mayor fuerza se manifiesta en la debilidad. Con mucho gusto, pues, me preciaré de mis debilidades para que me cubra la fuerza de Cristo. Por eso acepto con gusto lo que me toca sufrir por Cristo: enfermedades, humillaciones, necesidades, persecuciones y angustias. Pues si me siento débil, entonces es cuando soy fuerte” (2 Corintios 12, 9-10).



Miércoles: trigésima segunda semana del tiempo ordinario / La muerte

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 24 de agosto de 1930, MF 12388-92.

En esta época de muertes violentas, cuando tenemos que exponer nuestras vidas con tanta frecuencia, no sabemos si vamos a morir en la calle o en el Cenáculo. No sabemos si el ángel se presentará en forma apacible y llena de bondad o si, de manera violenta, arrancará nuestras almas de nuestros cuerpos. Sin embargo, todo eso es irrelevante, no importa, si ahora, mañana y pasado mañana, porque vivimos en el Señor . . .

¿Estamos viviendo en el Señor, estamos corriendo riesgos, estamos haciendo algo que no nos va a convertir en santos? ¿Cuál es la disposición de nuestras mentes? Para empezar, ¿Está nuestra mente de acuerdo con la mente de nuestros superiores? ¿Tenemos una mente dócil, una mente obediente, tenemos una mente reverente, piadosa, tenemos una mente caritativa, una mente humilde? Todos estos son elementos esenciales para la santidad. ¿Cómo es nuestra mente? ¿Cómo quisiéramos ser cuando estemos tendidos en nuestro lecho de muerte?

Ahora bien, si pudiéramos escoger nuestro lecho de muerte, el lugar y el momento, pudiéramos arriesgarnos a vivir de otra manera, pero no lo sabemos.

Y, mis queridos hijos, ¿quién será el próximo . . .? Oremos que quien quiera que sea, muera en el Señor. Roguemos para que, si le place al Señor, su muerte sea una muerte que lo encuentre bien preparado. ¡O, Señor, líbranos de una muerte repentina y sin preparación!

La muerte está decretada, no hay escapatoria de esa horrible sentencia, lo que tememos y odiamos, nos alcanzará . . . Es un pensamiento amargo aunque el final sea el Paraíso . . . No pasará mucho tiempo para que la verdosa hierba crecida se meza sobre cada uno de nosotros. No pasará mucho tiempo antes de que la luz del sol se refleje sobre nuestras pequeñas y angostas moradas.

Debemos demostrar celo por nuestros muertos. Permitamos que desfilen para contemplarlos bien. Creo que sus espíritus están aquí esta noche . . . Quizás en el último retiro algunos estuvieron sentados al lado de algunos de ustedes ¡Qué muertes fueron las suyas! Fueron muertes benditas. Queremos muertes como esas . . . O, ¿de qué vale hacer las cosas de tal o cual manera si no es la manera que Dios quiere? ¿De qué vale querer algo si no es lo que Dios quiere . . .? ¿De qué vale estar envuelto en cualquier empresa que no sea la obra de Dios, que no sea una obra que santifique, que convierta sus almas en benditas a los ojos de Dios? O, San José, ruega por nosotros para que tengamos una buena muerte. O, Santa María, Madre de Jesús, ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.



Jueves: trigésima segunda Semana del tiempo ordinario / El espíritu del Cenáculo Misionero

1. Apuntes sobre el Espíritu del Cenáculo, junio de 1929, MF 6821. 2. Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12416-17.

(En junio de 1929 el Padre Judge hizo los siguientes apuntes sobre el Espíritu del Cenáculo a petición de una de nuestras hermanas en Puerto Rico, la Hermana Mary Thomas Champion):

El espíritu del Cenáculo es un espíritu pacificador. Inspira, fortalece y ayuda a los demás. Coordina la obra del Cenáculo, la organiza bien, es leal a la autoridad, posee la gracia de esclarecer los deberes respecto a cómo se

refieren a la responsabilidad. Es caritativo, justo, prudente, considerado (1).

Hay una piedad que es individualista . . . y hay un espíritu que es comunitario . . . Un espíritu de comunidad es bien característico . . . ¿De qué espíritu son ustedes? Hijos míos, el espíritu del Cenáculo será lo que ustedes se propongan que lo sea . . . ¿Qué espíritu están proporcionando ustedes a su Cenáculo Misionero . . . ? Sabemos lo que debe ser.

Nuestro espíritu nace de la práctica de nuestras devociones. No hay nada comparable a estas devociones. ¿Qué puede compararse con el misterio de la Santísima Trinidad? ¿Qué es comparable al misterio de la Encarnación, a la presencia del espíritu Santo en la Iglesia y en las almas de los fieles? ¿Qué es comparable a los sufrimientos mentales de Jesús?

Debemos tener una devoción particular a los ángeles y a los apóstoles. El pueblo debe reconocernos por nuestra lealtad particular al Santo Padre. No existe en la Iglesia nada más maravilloso que el Misterio de la Santísima Trinidad. Todo en nuestra santa fe tiene sus raíces en ese Misterio. Todos los misterios de Cristo, todos los misterios de la Virgen María deben su fundamento a ese Misterio. Si ustedes se adueñan de estas devociones, poseerán un espíritu particular, el espíritu del Cenáculo.

Ustedes han de practicar ciertas virtudes: la sencillez, la prudencia, la humildad, la caridad, el sacrificio, la paciencia y la abnegación. Ustedes no pueden entregarse a la práctica de esas virtudes sin que produzcan algo diferente en la Iglesia de Dios, un algo tan distintivo que si estuvieran en medio de miles de religiosos, se destacarían y el resto de los presentes diría que son Trinitarios, Siervos Misioneros (2).

Oren para que puedan perseverar en estas cualidades y que puedan poseer todo lo que los convierta en herramientas más útiles para rendir honor y gloria a Dios y para el bien de la Iglesia . . . Asegúrense de compartir todas sus dificultades en el Sagrario. Depositenlas todas ante nuestro Divino Señor (1).



Viernes: trigésima segunda semana del tiempo ordinario / La Preciosísima Sangre

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 12 de

julio de 1914, MF 8332-33.

La Preciosísima Sangre de nuestro Salvador amado que tan profusamente se derramó para nuestro bien, debe ser el objeto de nuestra meditación constante y de nuestra adoración. Consideremos, en primer lugar, de dónde procedió esa sangre adorable — del Inmaculado Corazón de María por mediación del Espíritu Santo. Y la historia de la Preciosísima Sangre no puede narrarse sin incluir el relato de la vida de nuestro Señor, y, por ende, de la historia de la raza humana. Tenemos que hacer el relato de cómo el pecado entró al mundo y, cómo, a través del pecado, la muerte, según afirma San Pablo: “Un solo hombre hizo entrar el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte. Después la muerte se propagó a todos los hombres, ya que todos pecaban” (Romanos 5, 12).

Nuestro Señor mismo sufrió y derramó su sangre para que nosotros nos libráramos de la muerte del pecado. San Pablo nos dice: “Por eso también Jesús salió de la ciudad santa para sufrir su pasión y purificar al pueblo de su propia sangre” (Hebreos 13, 12) “Sin sangre derramada no se quita el pecado” (Hebreos 9, 22). “De hecho se manifestó una sola vez al fin de los tiempos para abolir el pecado con su sacrificio” (Hebreos 9, 26). Y continúa: “Pero, con toda seguridad la sangre de Cristo, que se ofreció a Dios por el Espíritu eterno como víctima sin mancha, purificará nuestra conciencia de las obras de la muerte, para que sirvamos al Dios vivo” (Hebreos 9, 14). Y San Juan afirma: “Y la Sangre de Jesús, el Hijo de Dios, nos purifica de todo pecado” (1 Juan 1, 7).

La Preciosísima Sangre fue vista en las profecías mucho antes de que naciera nuestro Salvador. Fue presentada simbólicamente en la religión del pueblo escogido por mediación de la sangre de un sinnúmero de animales. Estos animales representaban ofrendas en reparación de los pecados, o eran holocaustos para demostrar la supremacía infinita de Dios sobre el mundo y sobre todo lo creado. Dios aceptó de parte del hombre como su criatura, la ofrenda de la Preciosísima Sangre del Redentor.

Mucho antes de que la Santísima Virgen contemplara a su Jesús, los dirigentes del pueblo escogido habían buscado y habían orado para que la Virgen pudiera traspasar a las venas de su Hijo el torrente regio de sangre color púrpura.

Visitaremos el Huerto del Sufrimiento. ¡O, cómo fluyó ese torrente aquí! ¡Cuán copiosamente fluyó bajo

el látigo de los que lo atormentaban y bajo la presión que le aplicaban a la cruel corona de espinas y a los terribles clavos de su crucifixión! ¡Contemplan el cuerpo muerto de nuestro pobre Jesús! ¡Qué pálido está! ¡Qué encogido! ¡Sin gota de Sangre en sus venas, y su pobre Corazón roto y lacerado!

¡Piensen en cómo la Preciosísima Sangre está fluyendo en el mundo de hoy! ¡Se almacena en el tabernáculo y fluye a chorros a lo largo del comulgatorio! Contemplan los millones que se acercan reverentemente a beber de esa Preciosísima Sangre. Cada cáliz que los ungidos de Cristo elevan durante el sacrificio de la Misa está repleto de ella.

Todos los días es para ustedes, inefable gracia recogerla en sus corazones, ofrecerla a su Eterno Padre y llevarla a su afligida Madre María. Para demostrar nuestro agradecimiento y amor por la Preciosísima Sangre, roguemos a nuestra Bendita Madre que nos conceda la gracia de ser especialmente reverentes y atentos hoy a la hora de la Comunión.



Sábado: trigésima segunda semana del tiempo ordinario / El espíritu de sencillez

1. Carta a la Hermana M. Baptista (Croke) en ruta hacia Puerto Rico, 1 de abril de 1933, MF 2219-2222. 2. Apuntes tomados durante su noviciado, 1893, MF 9083. 3. Constitución original de los Siervos Misioneros, 1928, artículos 127e, 90, 109, 355-56, MF 14307, 14303-04, 14327.

Mis queridos hijos, quisiera ver que se desarrolle en ustedes más y más, el que lleguen a ser una influencia para el bien, que se conviertan verdaderamente en buen ejemplo en todo y, que con sencillez y humildad, motiven a otros a hacer buenas obras y a que, también, den buen ejemplo. No se vuelvan excéntricos, raros, hagan los ajustes correspondientes con las personas con quienes se asocian. Adopten la mentalidad de comunidad. No ostenten un espíritu individualista porque esto solamente invita la oposición y la crítica. Si hacen esto estarán rindiendo más honor y gloria a Dios . . . Con esto estarán entrando en un apostolado más amplio. Progresarán en la estimación de sus compañeros y serán una influencia mayor en las almas. Los años nos pasan por encima y,

según vamos madurando, yo quisiera que crecieran en el amor y en la estima de sus compañeros. Deseo que su nombre sea bendecido cuando Dios les llame, y quiero, de forma particular, que la gente joven vea en ustedes un modelo (1).

Entre las herramientas para lograr conformidad con la voluntad de Dios se encuentran la docilidad y la sencillez que poseen los niños. Fíjense en lo dócil que es un niño con su madre. Qué consolador resulta saber que tengo aquí un guía infalible, como si Dios mismo me entregara en la mano, su voluntad (2).

Los Siervos Misioneros deberán ser como la arcilla en las manos de su Superior, obedeciendo con júbilo, mente sencilla y generosidad de esfuerzo. Un Siervo Misionero evitará todo lo que sugiera afectación, engreimiento u ostentación. Su pronunciación deberá ser de elegante sencillez. Su vestimenta no aparentará nada que no sea modesto y sobrio, ni tendrá en su habitación mobiliario que sea superfluo, costoso y no acorde con la sencillez religiosa. Cuando están en Consejo, cada hermano, en un espíritu de sencillez y humildad, deberá, voluntariamente y con respeto, presentar su parecer sobre el asunto que se expone, con una santa indiferencia con respecto a si su punto de vista es aceptado o no.

Los Custodios deberán mostrar celo al buscar consejo. Si dirigen con sabiduría deberán tener en mente que la planificación termina en nada cuando no hay consulta, pero cuando han sido muchos los que han aportado su parecer, queda establecida. Un Siervo Misionero no debe solicitar opiniones ni tener reuniones secretas antes de un Consejo, ni tampoco debe discutir tópicos que le pertenecen a los Concejos. Cuando se les llama a que ofrezcan su punto de vista, los participantes deberán, con sencillez, con obediencia, despojados del respeto humano y sin vacilación, expresar lo que tienen en mente. ¿Quién puede decir si la idea que se expresa es la idea que la religión necesita, la solución tan buscada a un problema difícil? Podemos encontrar consuelo en esto: que aún si lo que decimos no parece que encaja, puede, sin embargo, sugerir precisamente lo que se buscaba, aunque se tome semanas y aun meses para madurar y en convertirse en algo útil (3).



Lunes: trigésima tercera semana del tiempo ordinario / Pureza de intención

1. *Conferencia a los Siervos Misioneros, 1921 o 1922, MF 8579-81.* 2. *Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 27 ago de 1930, MF 12448-49.*

El respeto humano, el interés humano, la satisfacción personal propia, el naturalismo, todos esos asuntos deben eliminarse de lo que nos motiva y sustituirse por la pureza de intención. Cuando la pureza de intención nos impulsa a buscar algo por amor a Dios, lo que logramos es extremadamente agradable a Dios. El espíritu con que realizamos algo es lo que consigue que nuestros actos sean agradables a Dios. “La Ley escrita da muerte, mientras que el Espíritu da vida” (2 Corintios 3, 6). Es el motivo sobrenatural y la gracia de Dios lo que imprime el sello de lo sobrenatural al más mínimo de nuestros actos. A menos que tomemos en cuenta este espíritu, estaremos incurriendo en el enojo de Dios, aun en actos que, de otro modo, serían buenos. Nuestro Señor dice: “Si no hay en ustedes algo mucho más perfecto que lo de los fariseos, o de los maestros de la Ley, ustedes no pueden entrar en el Reino de los Cielos” (Mateo 5, 20) (1).

Si hay algo cierto es que la gente nos olvida. Una vez conocí a un Señor que tenía la obsesión que lo iban a olvidar. Con frecuencia me decía: “¿Cree usted que me van a olvidar cuando me muera?” “Bueno”, le decía yo, “quizás no. La gente no olvida a los santos. Sólo ocúpate de llegar a ser santo.” ¿Quieren saber lo que hizo? Preparó su tumba y le colocó una cruz encima. Después hizo que colocaran los planos en la repisa de la chimenea con un retrato de la tumba. La idea era que no lo fueran a olvidar.

El buen hombre murió. Era bien conocido públicamente, un buen orador, un buen feligrés, y no sé con cuanta frecuencia cruzó esta tierra de arriba a abajo. Lo conocían por todas partes. Gastó varias fortunas . . . en celebraciones sociales. Que su alma descansa en paz, creo que cayó en el olvido antes de un mes de estar en la tumba.

¿Entraron ustedes a esta comunidad para que la gente los aprecie? ¿Entraron . . . para que aquí les prendieran medallas, para recibir honores, para que les tomaran retratos . . . ? No, entramos a la vida religiosa para olvidarnos de nosotros mismos por amor a Cristo . . . Ay, hijos míos, no se preocupen por ser apreciados . . . Si ustedes quieren ser apreciados sean una edificación, una ayuda y un consuelo entre nosotros, ustedes serán apreciados, pero no porque . . . piensen que son importantes . . .

Nosotros no llevamos un registro de “quién es

quién” en la vida religiosa, excepto de los favoritos que Cristo mismo señaló: “los últimos serán los primeros” (Mateo 19, 30). No se preocupen de que se les olvide o que no se les aprecie . . . Si quieren que se les aprecie, sean una ayuda, sean un consuelo para otros, busquen pasar desapercibidos (2).

Si ustedes quieren ser buenos, apunten bien la advertencia de nuestro Señor, no sea que caigan bajo la severa reprimenda que el Señor administró a los fariseos que se vanagloriaban de sus ayunos, de sus rezos y de sus buenas obras. “Si no hay en ustedes algo mucho más perfecto que lo de los fariseos, o de los maestros de la Ley, ustedes no pueden entrar en el Reino de los Cielos” (Mateo 5, 20). Si están a salvo de esta condenación, si verdaderamente quieren ser piadosos y obrar el bien, oren y aplíquense la advertencia de San Pablo: “Por lo tanto, ya coman, beban o hagan lo que sea, háganlo todo para gloria de Dios” (1 Corintios 10, 31) (1).



Martes: trigésima tercera semana del tiempo ordinario / Práctica: Devoción a las almas del Purgatorio

Artículo en el Holy Ghost Magazine, noviembre de 1929, págs., 16-18, MF 11634-36.

“Te ruego que donde quiera que te encuentres me recuerdes ante el altar del Señor.” Esta fue la petición de Santa Mónica, la madre de San Agustín en su lecho de muerte. San Agustín nos dice que rezaba frecuentemente por su alma.

La práctica de ofrecer sacrificios y oraciones por los fieles difuntos ha llegado a nosotros atravesando todas las épocas de la Iglesia, sí, desde su misma fundación. El que los vivos ayuden a los difuntos a través de sus oraciones y de sus actos de reparación lo confirman las enseñanzas del Antiguo Testamento y del Nuevo. En el segundo libro de los Macabeos leemos que el general piadoso, Judas Macabeo ofreció una colecta de dinero que envió a Jerusalén para que se hiciera un sacrificio por los soldados que habían caído luchando en batalla añadiendo estas palabras reveladoras: “Es por eso santo y saludable orar por los muertos para que se les perdonen sus pecados” (2 Macabeos 12, 46).

Así como el pueblo de Dios de la Ley Antigua lo

creía, así también los fieles en la Iglesia han considerado siempre un deber solemne y una obligación como encargo de los Apóstoles: “Recordar los presos como si ustedes mismos estuvieran con ellos en la cárcel” (Hebreos 13, 3).

Así pues, la doctrina del purgatorio y de orar por los difuntos es tradicional y también se funda en las Escrituras. El mismo San Pablo nos dice: “Pero si la obra se convierte en cenizas, el obrero tendrá que pagar. Se salvará pero no sin pasar por el fuego” (1 Corintios 3, 15), y nuestro Señor afirma: “El que calumnie al Espíritu Santo no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro” (Mateo 12, 32).

Cristo y sus Apóstoles enseñaron sobre un estado o condición de las almas, una etapa intermedia, un lugar de castigo para los justos que no están completamente purificados. “Nada manchado entrará allí” (Apocalipsis 21, 27). “Yo te aseguro que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último centavo” (Lucas 12, 59).

“Es espantoso caer en las manos del Dios vivo” (Hebreos 10, 31). En este mundo, el tribunal de la Justicia Divina es llevadero, pero en el otro mundo es extremadamente severo, espantoso. “Apíadense de mí, ustedes mis amigos, que es la mano de Dios la que me hirió” (Job 19, 21).

Ese lamento, transportado por los aires del año que concluye, lo impulsan los que esperan, los que esperan y ansían entrar a disfrutar del gozo celestial. Impotentes para ayudarse a sí mismos . . . claman a nosotros para que acortemos sus sufrimientos. Es, por lo tanto, una gestión santa, algo meritorio el que los fieles que aun viven ayuden a los difuntos. “No le niegues tu gracia a los muertos” (Eclesiástico 7, 37).



Miércoles: trigésima tercera semana del tiempo ordinario / La muerte

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 24 de agosto de 1930, MF 12389-91.

Si se están entregando a esta vida bendita, alégrense, porque cuando tengan que partir, la religión ha de triunfar . . . La religión puede exclamar: “¿Dónde está, o muerte, tu victoria? ¿Dónde está o, muerte, tu aguijón?” (1

Corintios 15, 55). “Tú no has conquistado esta alma, esta alma te ha conquistado a ti.”

Ustedes que están viviendo la vida de . . . buenos religiosos, cobren ánimo, porque cuando llegue el momento de la muerte, la religión abrirá sus puertas de par en par, llamará a los sacerdotes vestidos de negro para que acudan al altar de Dios y eleven sus manos . . . en sacrificio por sus almas . . . Sobre los restos se celebrará la . . . Misa de difuntos, el ataúd se rociará con agua bendita. La religión misma invitará a los que gimen a participar y su cuerpo será transportado con ternura, al camposanto de Dios.

Ustedes pueden humillar ese cuerpo enterrándolo y cubriéndolo de polvo, pero un día la religión le dirá a la muerte: “Yo refrescaré esa alma y le enjugaré las lágrimas. La llevaré a los pies de Dios quien la consolará.” La religión recibió esa garantía por mediación de la tumba vacía de Cristo.

Es así que nosotros recordamos a nuestros difuntos, así también se nos recordará a nosotros. Yo me pregunto si la lista de difuntos se ha mantenido al día en sus Cenáculos . . . Me refiero no sólo a nuestros sacerdotes, Hermanas y Hermanos difuntos. Me refiero a los difuntos del Apostolado del Cenáculo Misionero. Hablo de todos los nuestros que han fallecido en el Señor . . .

Piensen en los pobres desafortunados afuera en el mundo. El periódico de mañana reseñará tantas muertes repentinas y violentas. Ay, cuantos de los que andan buscando el placer serán propulsados sin preparación a una eternidad inesperada. Me temo que, según la caridad se va enfriando, el número de muertes inesperadas también irá creciendo . . . Oren, a través de las Heridas Sagradas . . . Rueguen a Dios Padre, a través . . . de cada una de las heridas del Cuerpo Sagrado de Jesús, para que tenga misericordia y sea compasivo con los moribundos. ¡Por tu agonía y tu pasión, Señor Jesús, líbranos!

No conozco ninguna preparación mejor para su lecho de muerte que el que tengan celo para hacer que los lechos de muerte de los que mueren en el mundo sean bendecidos. Si ustedes tienen ese interés por los moribundos, el Señor no los ha de olvidar en ese momento de temor. Su bendita Madre estará allí para cerrar sus ojos, como lo hizo con San José.



Jueves: trigésima tercera semana del tiempo ordinario / Sencillez y prudencia

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12424-26 (8732).

Nosotros debemos destacarnos, ante todo, por nuestra sencillez. Nuestro Señor dijo: “Sean sencillos como palomas” (Mateo 10, 16). “Dejen que los niños se acerquen a mí, pues de ellos es el reino de Dios” (Marcos 10, 14). “Porque Yavé aborrece a los malvados” dice el Espíritu Santo, “y los justos son sus amigos.” (Proverbios 3, 32). ¿Qué es un espíritu sencillo? Es un espíritu directo y franco. De ninguna manera es un espíritu tonto que cultiva la verborrea y que impulsivamente y sin pensar expresa todo lo que se le ocurre.

Eso no es sencillez, es imprudencia – el yo ir por todas partes soltando todo lo que está en mi mente e insistir luego, que lo tengo que hacer porque es la verdad. Eso no es sencillez, y yo no quiero que se le llame sencillez. La sencillez es hermosa, digna de confianza como la inocencia de un niño, que es lo que lo hace tan atractivo. En la persona sencilla no hay doblez.

Si todos fuéramos sencillos no habría necesidad de ser prudentes, pero hay tanto bribón a nuestro alrededor. Por lo tanto la sencillez deberá tener un guardián y lo tiene en la prudencia. Mis queridos hijos, ustedes deben ser prudentes. Un súbdito imprudente puede hacer mucho daño . . . Ustedes deben ejercer prudencia con las personas que acuden al Cenáculo, no deben permitir visitantes en (la parte enclaustrada de la casa). Si se hacen excepciones, éstas han de ser por razones extraordinarias.

Ustedes deben ser prudentes en su conversación. Deben ser prudentes, inclusive, con el Cenáculo Externo. Yo considero que es sospecha de traición el hecho de llevar . . . noticias de familia, las cosas privadas de la familia y exponerlas afuera, aun cuando se trate de los familiares . . . Nadie tiene el derecho de traficar con los asuntos de la familia de Dios, aunque se trate de sus padres o sus madres y no pueden ustedes llevar asuntos fuera del Cenáculo sin convertirse en traidores.

Debemos ser prudentes en nuestra correspondencia. Las personas que vienen de otro Cenáculo no deben enterarse de las cosas personales de su Cenáculo. Supongan que han recibido un regaño, ¿quisieran ustedes que eso se publicara? ¿Queremos que nos convirtamos en el objeto de conversaciones poco

atractivas? La regla de oro estipula que hagamos a los demás lo que queremos que los demás hagan a nosotros. Yo creo que la manifestación más hermosa de caridad es la caridad del silencio.

Debemos tener extremo cuidado . . . al referirnos a los que están a nuestro cargo. Es ese uno de los escándalos de la caridad profesional, de la obra profesional de bienestar social. Se lleva un registro de todos los casos, de tal manera que quedan los pobres expuestos al escrutinio público. Tengan cuidado, quiera Dios que nunca se nos acuse de esa falta, de ese pecado, que hayamos expuesto a alguien.

Que hermosa es esa caridad, la caridad del silencio; planificar la reconstrucción de una vida y hacerlo con tal discreción, con tal destreza y diplomacia divina, que nuestro cliente pueda ocupar su lugar en la primera fila de los santos de Dios.



Viernes: trigésima tercera semana del tiempo ordinario / Propagando un conocimiento de la Santísima Trinidad y de la Encarnación

Retiro-conferencia a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12417-21.

Nuestra generación se especializa en el placer . . . Las profesiones mejor pagadas son las que entretienen al público. Éste es otro indicador de nuestra época en declive. ¿Por qué hay tan enorme urgencia hoy por el placer y por los medios de conseguir ese placer?

Estudia estas cosas a la luz de Dios, a la luz de la fe . . . a la luz de la filosofía. Se está haciendo todo lo posible para lograr que el hombre deje de pensar en las cosas serias. Se está haciendo todo lo que se puede para suprimir en el hombre el pensamiento de cuál es el verdadero objetivo de la vida, es decir, conocer, amar y servir a Dios. Se está haciendo todo lo posible para evitar que las personas piensen en la muerte y en el juicio. Se está haciendo todo lo posible para que la gente se mantenga fuera de sus hogares, para destruir, cada vez más, la vida familiar. Temo que muchos católicos vayan a abandonar su religión.

Si eso es cierto ¿qué sucederá después? La Iglesia

tiene que seguir luchando y luchará sola. Quiere decir que la Iglesia va a incomodar a la gente, va a perturbarla. Equivaldrá a una persecución. Algunos de nosotros, los mayores, no viviremos para ver eso, pero recuerden mis palabras. Una razón por la cual estoy dirigiéndoles la palabra es prepararlos para ese día. Estoy pensando en los niños que dependen de ustedes, que claman a ustedes, que les piden que tengan piedad de ellos. Yo estoy pidiendo por los niños y las niñas que aún no han nacido, que han de depender de nosotros los religiosos. Dentro de veinticinco años, si no tienen el verdadero espíritu, no han de sobrevivir.

Me estoy refiriendo al espíritu del Cenáculo, a un tipo de espíritu que el Espíritu de Dios viene desarrollando en la Iglesia. En nuestros corazones debemos llegar a ser especialistas en las devociones a la Santísima Trinidad y a la Encarnación, no importa que no haya otra persona en la tierra de Dios que las tenga. Es por esto que haces la señal de la Cruz, sobre todo. No te importe lo que la gente piense de esa señal de la cruz que haces . . . No hay necesidad de exagerar el asunto. No seas demasiado inflexible. Después de todo, no debemos ofender con nuestra piedad. Piensen en los millones de actos de fe, actos de adoración, actos de amor . . . ¿Por qué no hablar acerca de sus símbolos? Hay una manera muy buena de confesar estos misterios. Puedes predicar una pequeña homilía sobre el uso de esos símbolos.

En ese Evangelio especial de la Iglesia, Jesús dijo a los apóstoles: “Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28, 19). Ustedes están ejerciendo el ministerio de ese evangelio. Esa es su vocación.



Sábado: trigésima tercera semana del tiempo ordinario / Nuestra responsabilidad con los niños y niñas

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 26 de agosto de 1930, MF 12422-24.

Qué cosa maravillosa es tomar las manos de un pequeño entre las nuestras y trazar sobre su frente ese símbolo de la Santísima Trinidad, esa señal del Padre y

del Hijo, y del Espíritu Santo, ese símbolo de la Encarnación. Qué cosa maravillosa es enseñar a un niño acerca de Jesucristo. Ahora bien, a los niños les encanta oír hablar de la Santísima Madre. Qué cosa maravillosa es iniciar a un niño en el conocimiento de su Señor Eucarístico. Qué cosa maravillosa es preparar a un niño para el tribunal de la Penitencia. Ustedes se convierten en ángeles que ejercen un ministerio, ángeles buenos para con esos niños y los santos ángeles de esos niños los habrán de querer por realizar eso. Esa es su vocación.

En tiempos pasados, en los años de fe, en . . . la Edad Media, los hombres y mujeres santos de Dios consideraban que era una gran obra transcribir libros. Hacían grabados, esculpían e imprimían las letras de nuestra liturgia sagrada. Por eso es que hoy contamos con ese prestigioso conjunto de clásicos medievales y esa transmisión de hermosa y buena literatura de tiempos pasados. Sin embargo no es eso tan maravilloso como lo que ustedes están grabando, esculpiendo e imprimiendo en esas pequeñas almas, al susurrarles esas verdades hermosas en sus oídos. ¿No se dan ustedes cuenta de lo que debe ser nuestra mentalidad? ¿La clase de religiosos que tenemos que ser. . . ? Es mi esperanza y ruego al Espíritu Santo que produzca en ustedes esta clase de religioso, el tipo de religioso que posea esa mentalidad, que pase su vida con esas ideas, con esos pensamientos, con la mente en esos misterios . . .

A ustedes se les ha encomendado una responsabilidad y se les juzgará por ello si es que fallan a la Iglesia. Si quedan mal con estos niños, recuerden mis palabras, van a ser castigados y les digo esto . . . para salvarlos ustedes . . . Ay, puedo ver a esos niños, nos contemplan en estos momentos. Puedo escucharlos decir: “O, hermana, O, hermano, díganme las cosas que debo saber. ¿Cómo puedo enterarme de la Santísima Trinidad, de mi Señor? ¿Quién va a prepararme para mi primera confesión, mi primera comunión?”

Les hablo en nombre de aquellos que dependen del cielo de ustedes. Les digo que, en la providencia de Dios, ustedes fueron dirigidos hasta aquí para recibir entrenamiento. Están siendo guiados directamente al interior del santuario íntimo de la casa de Nazaret, como parte integrante de la familia de la Encarnación. ¿Pero, ha sido solamente para el deleite espiritual suyo? No, ustedes lo están recibiendo para el honor y la gloria de Dios, para su propia santificación, para salvar sus almas y salvar las almas de estos pobres niños. Entiéndanlo bien, esta no es una época sólo de fe, es una época de fe desesperada.



Lunes: última semana del tiempo ordinario / El Espíritu Santo

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 18 de mayo de 1919. MF 11491.

Santiago nos sugiere en su epístola, tener en cuenta, cuál es el mejor y más perfecto don y nos advierte que preparemos nuestras almas para recibir al Padre de la Luz. “Con mansedumbre”, dice, “reciban la palabra sembrada en ustedes, que tiene poder para salvarlos” (Santiago 1, 21). Mansedumbre quiere decir serenidad de espíritu, una mente en calma. Debemos evitar toda clase de perturbación en nuestras almas. De ninguna manera debemos estar agitados. Así pues, él nos advierte que “todos sean prontos para escuchar, lentos para hablar y enojarse” (Santiago 1, 19). ¿Pero, cómo podemos hacer todo esto, cómo podemos mantenernos en tal estado de paz? Él nos dice: “rechacen toda impureza y los excesos del mal y reciban con sencillez la palabra que fue sembrada en ustedes” (Santiago 1, 21).

Hace algún tiempo, en la finca del Cenáculo de la Santísima Trinidad, sus Hermanos esperaban ansiosamente que se calmaran los fuertes vientos para poder sembrar en el terreno previamente bien preparado. Uno de ellos dijo: “Si sembramos estas semillas ahora, el viento las esparcirá todas.” Esa noche se calmó el viento. Sembraron la semilla y no hubo problema. De la misma manera, nuestras almas deben permanecer serenas si es que hemos de recibir las inspiraciones del Espíritu Santo.

Si estamos ansiosos y perturbados, si todo nuestro ser está envuelto en un torbellino, si nos dejamos llevar por los excesos de pasión, si somos víctimas de gustos y antipatías violentas, si damos entrada al más mínimo chisme o murmuración, nuestras almas nunca estarán en paz y nunca estarán preparadas para la inspiración del Espíritu Santo. La malicia debe ser expulsada fuera de nuestros corazones. Entonces, estudia bien tu corazón y lucha con valentía contra cualquier asunto que ande descarriado allí.

No vayan en contra de las faltas con suavidad, no sea que en vez de “echar fuera toda impureza y toda abundancia de malicia” incrementen esa malicia. Si han de recibir el mejor y más preciado de los dones, luchen con valentía contra toda inclinación pecaminosa, luchen

para que esa “abundancia de malicia” pierda su abundancia. Esta malicia puede estar presente de diferentes maneras . . . Puede manifestarse en almas que se han entregado al servicio de Dios, especialmente, mediante pecados contra la caridad y la humildad . . . Si alguna vez hemos sido firmes y honrados con nosotros mismos, seámoslo ahora también. Cuán desafortunados seríamos si el Padre de la Luz no nos dirigiera . . . Si no recibimos sus inspiraciones, entonces el padre de la oscuridad tendrá dominio sobre nosotros y recibiremos de él toda clase de dones peores e imperfectos.

Les sugiero que todos oremos mucho durante los días que se aproximan. Alejémonos, lo más que podamos, del mundanal ruido y de las distracciones que no tienen valor ni tampoco benefician en nada. Escojan cualquier tipo de penitencia. Además de eso, el ejercitarse en . . . la práctica de la caridad y la humildad será de gran ayuda . . . para que puedan, “con mansedumbre, recibir la palabra inspirada.”



Martes: última semana del tiempo ordinario / Práctica: El hábito la oración

Conferencia de retiro a los miembros pioneros del Cenáculo, 9 de julio de 1916, MF 10695-96.

En la oración es que se encuentra la totalidad del secreto de la perfección. La oración es el secreto verdadero de la santidad. Debemos esforzarnos por adquirir y desear un espíritu de oración. “Deben orar siempre, sin desanimarse jamás” (Lucas 18, 1). Esas son palabras de nuestro Señor. Fíjense que Él dice: “No se desanimen.” Va a haber respuesta a sus oraciones. Él ha hecho esa promesa y la cumplirá. Ustedes han escuchado tantas explicaciones sobre la oración. Ustedes saben lo que es la oración. La oración es el grito que sale de nuestra dependencia. Es el grito de nuestra impotencia, es elevar nuestras mentes a Dios para adorarle, alabarle y darle gracias — hacerle saber que somos suyos y que no podemos vivir sin Él. En la proporción en que . . . nos convenzamos de nuestra impotencia, en esa misma proporción abrazaremos la oración. Eso es lo que es difícil lograr. Estamos tan llenos de nuestra autosuficiencia, nuestro amor propio, nuestro orgullo, nuestro engreimiento, nuestra vanidad. Dios nos ha

concedido tanto y tanto, que pensamos que podemos independizarnos de Él. Pero sabemos que no podemos. Cuando finalmente caemos en la realización de que dependemos de Él más de lo que depende el bebé en los brazos de su madre, entonces nos convertiremos en personas de oración.

Para orar y orar bien, tenemos que reconocer algunas verdades. En primer lugar, ¿a quién es que oramos? Oramos a un Ser que es más grande que nosotros, un ser para quien todo es posible. Para nosotros todo es imposible. A Dios todas las cosas le son posibles. Eso es lo primero. En segundo lugar, nosotros oramos a alguien que sabe que le estamos orando. Algunas veces hablamos a nuestros amigos y ellos no nos escuchan. Están distraídos. Están pensando en otras cosas, pero Dios siempre sabe. También debemos reconocer esto — sencillamente no podemos hacer nada sin Él. Él puede hacerlo todo. Él lo sabe todo, Él tiene que ayudarnos o pereceremos.

¿Hay alguna esperanza de que se escuche mi oración? ¿En que se basa mi esperanza? En primer lugar, en que le estoy orando a un Ser que es infinitamente bueno . . . la bondad no es una noción pasajera. Las personas buenas quieren hacer el bien. Esa es la naturaleza de Dios porque Él es el Bien infinito. En segundo lugar, tiene todo el poder para hacer ese bien. Su naturaleza es hacer el bien . . . ¿Lo hará? Nos dice que sí lo hará. Nos invita a que retemos su bondad. Nos indica que continuemos en oración y “no nos desanimemos”. . . Él prometió escuchar nuestras oraciones siempre que entremos en ellas con cierta disposición de demostrarle que vamos en serio . . .

“Y no se desanimen . . .” Tenemos el recuerdo de miles de palabras . . . que no nos han traído la paz. Lo único que recordamos es que el Cielo ha estado sordo, mudo y ciego y que nuestras oraciones no han tenido respuesta. ¿Qué es lo que anda mal. . . ? Una tentación se interpuso. Aquí el demonio, hábil y listo, interviene y dice. “Tú no le agradas a Dios. Es por eso que no responde. No insistas, olvídalo.” Y tú dejas de orar . . . Éste no es el ángel de luz, sino el demonio. Escuchaste su voz, pusiste atención a su palabra y te volviste débil. La promesa de Dios se hizo para la oración perseverante. No debemos esperar que toda la Corte Celestial se detenga porque recitamos algunos Ave Marías. Recitamos nuestras oraciones con una rapidez febril y petulante . . . y nos desanimamos porque el cielo no se doblega y baja a tocarnos. La respuesta es la perseverancia. “Oremos siempre y no nos desanimemos” (Lucas 18, 1).



Miércoles: última semana del tiempo ordinario / San José

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 19 de marzo de 1918, MF 2511.

(Esta última semana del año litúrgico) no debe terminar sin dedicar algunas palabras a San José. Le debemos tanto a este amigable y devoto santo. En verdad él se ha comportado como nuestro padre y nuestro proveedor en los días de más necesidad y de más ansiedad en nuestra misión. “Acudan a José” (Génesis 41, 55). Con cuanta frecuencia nos hemos presentado ante él y nuestras necesidades han sido satisfechas. Qué muchas razones tenemos para dedicarnos completamente al servicio de Dios y al favor de este buen santo. No hay duda de que él ha demostrado ser el más devoto de los amigos, un patrón fiel del Cenáculo y un padre amoroso.

Tenemos muchas razones para dar gracias a Dios por haberle concedido a este santo tantas gracias, por habérselo otorgado a la Sagrada Familia, por habérselo entregado a la Iglesia como su Patrón Universal, y por habérselo concedido como nuestro Padre y nuestro protector especial. ¡Alabanzas a Dios por esta generosidad!

Cuánta confianza debemos tener en él, en quien Jesús y María habían depositado la suya. El es uno de los principales patronos del Cenáculo. Debemos considerar esto como una gracia muy particular —que lo tengamos a él como amigo, al que cuidó de la Sagrada Familia, y de quien Jesús y María recibieron tanto amor y tanto gozo. Necesitamos a San José mucho, necesitamos su oración, necesitamos su simpatía, necesitamos su protección, necesitamos su influencia y su poder con Dios. Teniéndolo con nosotros, hay tanto que podemos esperar e intentar hacer por la Religión.

Vamos, a su vez, a tener presente ayudar a la Sagrada Familia. San José buscó ayuda para la pequeña familia la primera noche de Navidad. El sabe lo triste y amargo que es ser rechazado en razón de Dios. Sabemos los sacrificios que hay que hacer cuando se trabaja para Dios. Él conoce las pruebas y humillaciones que los que sirven a Dios tienen que experimentar. Sabe de las tribulaciones y malos entendidos que les toca sufrir.

Conoce los pensamientos y las palabras poco benévolas que se dirigirán contra ellos.

Ciertamente que él apreciará nuestro esfuerzo y será compasivo hacia nosotros al percatarse de nuestro deseo de ayudar y trabajar por los intereses de la Sagrada Familia. Pronta y generosamente nos ayudará con su poderosa oración y buena voluntad. Le pediremos, en el nombre del Santo Niño Jesús, que bendiga el trabajo que realizamos a favor de los niños, por la juventud. En nombre de Jesús y María le pediremos que proteja los niños y las niñas de los peligros que amenazan su fe y su moral.

Le pediremos, en nombre de María, nuestra Bendita Madre, que lleguemos a poseer el poder de hacer el bien y de tener la influencia adecuada con los padres y las madres. Le pediremos que nos proteja en la santa pureza y en cada virtud como él salvaguardó a Jesús y a María de los enemigos, de los malvados y de los asesinos.



Jueves: última semana del tiempo ordinario / El espíritu de una casa religiosa

Conferencia en la Casa de la Misión del Monte Carmelo, 26 de enero de 1918, MF 3731.

Así como un individuo se destaca por su virtud, así también una casa se destaca por la virtud de la comunidad que la habita. Si los que residen allí, por ejemplo, son muy dados a la oración, la casa se conocerá como una casa de oración, si se dedican a la obra con gran celo, la casa se conocerá como una casa de celo. Si los que habitan allí se destacan por la obediencia, el lugar se conocerá como una casa de obediencia. Si los residentes son muy dados a la caridad, se conocerá como una casa de caridad.

Para que una casa llegue a ser reconocida como un lugar de virtud y religión, se debe echar mano de toda actividad y todos los medios posibles para producir este resultado bendito. Los ejercicios espirituales . . . de una comunidad son una de las necesidades más grandes y un medio muy valioso de alcanzar este fin. Éstos deben realizarse y continuarse con la precisión más grande, perseverancia e interés. Los ejercicios espirituales de más importancia serán la meditación, el Santo Sacrificio, la

Comunión, la lectura espiritual, las visitas al Santísimo Sacramento y los ejercicios de penitencia y de humildad.

La obra misionera, no importa del tipo que sea, se perfecciona y recibe sus gracias de los ejercicios espirituales. Es decir, si estos ejercicios se hacen bien el trabajo misionero se realizará de forma satisfactoria. Si no, la obra misionera languidecerá y desaparecerá, el espíritu se perderá y Dios nos rechazará y escogerá a otros para que realicen nuestro apostolado.

La campana es la voz de Dios. Si es posible, abandonen una tarea sin concluir para responder a su llamada. Al despertar en la mañana permitan que su primer pensamiento sea de Dios, para alabar a Dios, para adorarlo. Que la llamada del ángel de la resurrección sea "*Benedicamus Domino.*" Y permite que el primer pensamiento del nuevo día sea "*Deo Gratias.*" Todo realizado en silencio y en oración para la meditación. De todos los ejercicios del día, éste es el más importante. Éste debe ser un momento de silencio estricto y de profundo recogimiento.

Todos deben, al despertar, ponerse en presencia de Dios, humillándose ante su Divina Majestad, implorando la gracia para hacer una buena meditación, rogando a la Madre Bendita y a los santos ayuda para conseguir ese propósito.



Viernes: última semana del tiempo ordinario / Jesús Crucificado

Conferencia de retiro a los Siervos Misioneros, 28 de agosto de 1930, MF 12498.

El Cristo desnudo, crucificado en el Calvario, es el Cristo de ustedes. En las ilustraciones que se han realizado de Jesús, aparece hermoso y esas representaciones han sido muchas. Pero el Cristo de ustedes es el Cristo de la desolación, ese es el espíritu de ustedes. Ay, que Dios les conceda la paz de ser perfectos en ese espíritu, que lleguen a poseer ese espíritu para que los abandonados se conviertan en nuestra aspiración y que su búsqueda se concentre siempre sobre los abandonados y que el Cristo abandonado encuentre en ustedes a (Simón Cirineo) y a la Verónica . . . para que le sirvan de consuelo.

Que (Cristo) los considere dignos de ocupar el

lugar de María Magdalena a los pies de la cruz. Esto es lo que anhelo y es mi ambición espiritual para ustedes. ¿No se dan cuenta, mis queridos hijos, por qué les hablo? Es por mi amor a sus almas. ¿Y por qué se tardan tanto en darse cuenta? ¿Por qué se entretienen tanto en tantos asuntos sin importancia? ¿Por qué no utilizan la oportunidad que se les presenta para santificarse?

Jesús muere, está agonizando. La pobre Cabeza Sagrada no cuenta con un lugar para descansar. No puede inclinarse hacia atrás —las espinas se han hundido en lo profundo. Su Cabeza se ha vuelto tan sensible . . . y ¿dónde va a descansar ese pobre cuerpo? Cada mano está en carne viva por la agonía, cada uno de sus pies, pero, ¡ay, ese pobre Corazón! O, Dios y Salvador Jesucristo, por tus sufrimientos por nosotros, permite que nos reunamos a tu alrededor, te vamos a consolar, a aliviar. O, mis queridos hijos, recordemos la práctica de los viernes a las tres de la tarde. . .

Esta pregunta es para que nosotros la contestemos, “¿Qué ganas con mi muerte...?” (Salmo 1, 10). Contesten a través de su devoción al Santísimo Sacramento, demuéstrenlo haciendo uso de cada momento para propagar la devoción al Santísimo Sacramento, demuéstrenlo mediante su fidelidad temprano en la mañana. Que su respuesta sea ser puntual para la meditación, servir con todo el corazón. Demuéstrenlo con su celo para llevar niños al altar para comulgar. Demuéstrenlo con su celo por los que mueren . . . Conviertan esto en una realidad por el mayor triunfo de la Sangre de nuestro Divino Señor . . .

Es la voluntad de Dios que fluya la Sangre y que se recoja y deposite en los corazones de los fieles. Esa es la obra de ustedes . . . lograr que la Sangre Preciosa sea de mucho provecho. Que eso se convierta en el aliciente que los saque de su letargo. Que sea ese el pensamiento que inspire su caridad, que los haga celosos para que puedan obtener mucho provecho de la Sangre de Jesús.



Sábado: última semana del tiempo ordinario / La Inmaculada Concepción

Sermón sin fecha, MF 8674.

(Cerramos el año como es debido, enfocando nuestros pensamientos en nuestra Madre Inmaculada).

Con el pecado original, la historia de la raza humana se convirtió en la historia de una guerra implacable, la historia de un duelo a muerte entre el cielo y el infierno . . . una guerra que el mismo Dios había anunciado en el paraíso terrenal. “Haré que haya enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, ésta te pisará la cabeza mientras tú te abalanzas sobre su talón” (Génesis 3, 15).

El punto en que el combate debió haber sido más despiadado y la derrota de Satanás más completa, tendría lugar en la Inmaculada Concepción de María . . . Dios quiso que desde el primer momento de la existencia de María, la inocencia misma de ésta sacara al descubierto todos los poderes de Satanás para lograr que la victoria fuera aún mayor. Dios no podía hacer esto sin que María fuera inmaculada desde su concepción . . . En el momento en que el alma humana entra en el cuerpo para que comience la vida en la criatura . . . en ese momento la mano de Dios estuvo allí para evitar que la mancha del pecado original afectara el alma de la criatura. Si el poder de Dios la hubiese abandonado por un segundo al alma creada entrar en el cuerpo mortal, entonces Satanás hubiera tenido el control, entonces el alma hubiera recibido la mancha del pecado original . . .

La gracia de Dios pudo haber sido derramada sobre ella con toda la prodigalidad que el Creador pudiera otorgar, pero, si por un instante ella hubiera sido como todas las demás criaturas . . . sin la acción purificadora y preventiva de Dios, su concepción hubiera sido como . . . la concepción de San Juan Bautista, concebido en pecado, pero purificado antes de nacer.

Pero tan cerca de Dios como habría de ascender, de ninguna manera podía María, ni aun por un instante, haber sido presa del pecado, pues Dios quería utilizarla en la lucha contra Satanás. Satanás debió haber sufrido al haber sido humillado por un Dios- Hombre, pero haber sido derrotado por una mera criatura, no hay duda que debió haber sido un triunfo lo suficientemente grande como para destruir su orgullo para siempre, para debilitar su poder . . . adquirido en el jardín del Edén.

Esto lo efectuó María a través de su Inmaculada Concepción. Su conquista se gestó desde el momento en que Dios la declaró inmaculada . . . Satanás fue conquistado en el apogeo de su poder, por una criatura sin más arma que su inocencia y la gracia de Dios. Toda hermosa, en razón de su Inmaculada Concepción, apareció como la luz, sin defecto alguno, y con ella comenzó el amanecer de la era de la gracia y de la misericordia . . .



2 de febrero / Fiesta de la Purificación de la Santísima Madre

Carta-conferencia a los miembros pioneros del Cenáculo, 2 de febrero de 1915, MF 372-73.

¡Qué fiesta tan llena de santas asociaciones y de misterio! En primer lugar, nuestro Divino Señor, de sólo seis semanas de edad, inspira a Su Bendita Madre a que haga perfectamente su adorable voluntad en este gran misterio y se une a ella en la Presentación de sí mismo como víctima de la justicia de su Padre Eterno por los pecados de la familia humana. Esta joven Madre Inmaculada, tan generosa con Dios, presenta, por nosotros, a su Divino Infante de sólo seis semanas de edad, como redención por nuestros pecados. Nuestro Señor, aun a esta temprana edad, gozaba del uso completo de la razón. ¡Cuáles debieron haber sido sus pensamientos y cómo debieron de haber latido los corazones de este Adorable Hijo y de Su Inmaculada Madre! Nuestros corazones deben henchirse de alabanzas y de gratitud al acercarse esta fiesta y, como consecuencia, nuestro Dios Salvador debe recibir más actos de gratitud, de alabanza y de servicio de parte de nosotros. Nuestros pensamientos deben estar estrechamente unidos a los pensamientos de Jesús y de María.

Tenemos fija nuestra mirada en ese Divino Infante levantado en los brazos de su Madre Inmaculada. Podemos contemplar su mirada celestial llena de adoración, sus labios moviéndose al rezar, su casto seno elevarse, todo su cuerpo virginal elevado en oblación, y la espada del sufrimiento hundida en su corazón compasivo. Tenemos mucho que aprender hoy de ella y de su Divino Hijo y pedimos la gracia de aprender bien la lección que se nos enseña en el misterio de la Presentación.

Tanto el Hijo como la Madre conocían bien el significado de esta ceremonia. Él nos enseña en ella el amor y el sacrificio. Para Él significaba los sufrimientos de treinta y tres años, el tormento de su pasión y la vergüenza y agonía de la cruz. Significaba, de acuerdo a su capacidad finita, lo mismo para ella. Sería compañera suya en sus sufrimientos. Él, el hombre de los Dolores, ella, la mujer de los Dolores. Más tarde estaría a los pies de la cruz y diría con Él: “Todo está cumplido” (Juan

19, 30). Y otra vez renovaría ella la oferta del día de la Presentación, pues en ese día futuro, no ella, sino hombres crueles elevarían la víctima a Dios y mientras sus brazos benditos se estrechaban para abrazar, no sólo a ella sino también a toda la raza humana en el amor redentor, ella uniría sus oraciones a las de Él al Padre Eterno: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22, 42).



17 de marzo: primer día de la novena / La epístola y el evangelio para la Fiesta de la Anunciación

Carta y Conferencia sobre la Novena, 14 de marzo de 1912, MF 11460

La gran fiesta de la Anunciación se acerca: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1, 14). Este es uno de nuestros días grandes en que debemos demostrar nuestro gozo y nuestra gratitud en forma adecuada por lo que se ha logrado para nuestro bien en el gran Misterio de la Encarnación . . . Un retiro de por lo menos tres días debe marcar pronto su proximidad y que, necesariamente, deberá ser privado y personal. Antes del retiro deberá celebrarse una novena comenzando la víspera del día 16 de marzo por la noche. Los ejercicios principales de esta novena deben consistir de la Misa diaria y la Santa Comunión, la lectura de la Epístola y el Evangelio de la Anunciación, el rezo del rosario y la recitación del Ángelus.

La Epístola está tomada de Isaías 7, 10-15.

Yavé se dirigió otra vez a Ajaz por medio de Isaías que le dijo: “Pide a Yavé, tu Dios, una señal, aunque sea en las profundidades del lugar oscuro o en las alturas del cielo. Respondió Ajaz: “No la pediré porque no quiero poner a prueba a Yavé.” Entonces Isaías dijo: “¡Oigan, herederos de David! ¿No les basta molestar a todos, que también quieren cansar a mi Dios? El Señor pues, les dará una señal: La joven está embarazada y da a luz un varón a quien le pone el nombre de Emmanuel, es decir Dios-con-nosotros. El niño se alimentará de leche cuajada y miel hasta que sepa rechazar lo malo y elegir lo bueno.”

El Evangelio está tomado de Lucas 1, 26-38.

Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios

a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una joven virgen que estaba comprometida en matrimonio con un hombre llamado José, de la familia de David. La virgen se llamaba María. Llegó el ángel hasta ella y le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.” María quedó muy conmovida al oír estas palabras y se preguntaba qué significaba tal saludo. Pero el ángel le dijo: “No temas, María, porque has encontrado el favor de Dios. Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, al que pondrás el nombre de Jesús. Será grande y justamente será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su antepasado, David; gobernará por siempre al pueblo de Jacob y su reinado no terminará jamás.” María, entonces, dijo al ángel: “¿Cómo puede ser eso, si yo soy virgen?” Contestó el ángel “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel está esperando un hijo en su vejez y aunque no podía tener familia, se encuentra ya en el sexto mes de embarazo. Para Dios nada es imposible.” Dijo María: “Yo soy la servidora del Señor, hágase en mí tal como has dicho.”



18 de marzo: segundo día de la novena / El pecado original y la promesa de un Redentor

1. Carta sobre la novena y conferencia, 14 de marzo de 1912, MF 11460-61. 2. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 7 de septiembre de 1921, MF 4066.

La caída de nuestros primeros padres. “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” . . . (Génesis 1, 26). Dios “los revistió de una fuerza semejante a la suya . . . haciéndolos a su imagen. Les dio una conciencia para que percibieran la realidad. Los llenó de saber y de inteligencia y les enseñó el bien y el mal (Eclesiástico 17, 2, 7). Sin embargo, el hombre escogió lo natural y todas sus facultades naturales sufrieron daño con la pérdida de la vida sobrenatural.

La promesa de un Redentor. El hombre merecía la maldición de Dios y su castigo, pero, la misericordia divina y el amor, prometieron un Redentor que iba a hacer satisfacción por el pecado del hombre y le

devolvería el destino que había perdido. “Y entonces Yavé Dios le dijo a la serpiente . . . Haré que haya enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Ella te pisará la cabeza mientras tú herirás su talón” (Génesis 3, 14-15).

La Esperanza del Mesías. El hombre, llevando a costas el dolor y los efectos de la miseria originaria y la acumulación de los pecados personales de cada una de las generaciones subsiguientes, esperaba, lloraba y oraba para que se cumpliera la promesa. Toda la historia judía y las ceremonias reflejan la ansiedad con la cual el pueblo de Dios esperaba la liberación.

Isaías dice: “Que los cielos manden de lo alto, como lluvia, y las nubes descarguen la justicia. Que se abra la tierra y produzca su fruto, que es la salvación” (Isaías 45, 8). “Ah, si Tú rasgaras los cielos y bajaras, los cerros se derretirían al verte” (Isaías 63, 19) (1).

¡Que desgracia hubiera sido la nuestra si no se nos hubiera prometido este Redentor! Pues, “No hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres ningún otro Nombre por el cual debamos ser salvados” (Hechos 4, 12). Hubiéramos vivido, nos hubiéramos recreado, hubiéramos trabajado, hubiéramos comido y bebido, hubiéramos dormido toda la vida con esa maldición de Dios sobre nosotros, y después nos hubiéramos perdido para siempre . . . ¿Puede pensarse en algo más terrible?

Vamos a suponer, sin embargo, que ustedes, sí, vivieron antes de venir el Redentor y que conocían la maldición que cubría a la raza, pero que también tenían conocimiento de la promesa que Dios había hecho. Sus padres y sus madres la habían recibido de sus padres y de sus madres. La promesa del Redentor había sido el consuelo sagrado en las tribulaciones y en las andanzas de sus padres a lo largo de las generaciones. Se las transmitieron para que ustedes, a su vez, hablaran de ella y la transmitieran a los que vendrían después. ¿No estarían ustedes sumidos en la angustia y ansiosos porque llegara el día en que apareciera el Redentor? (2).



19 de marzo: tercer día de la novena / San José

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 19 de marzo de 1920, MF 12120-22.

La fiesta de nuestro Padre Bendito es, sin duda, un día de alegría y de bendiciones. El corazón de todos reboza de alegría. Pensar en San José causa júbilo, un júbilo que, excluyendo a nuestra Bendita Madre, ningún otro santo nos puede proveer. Puede suceder que en este día experimentemos mucho más gozo, ya que es tanto lo que debemos a su intercesión.

¡Qué bendición ha sido para nosotros el que la necesidad y la pobreza nos hayan ubicado bajo su cuidado! ¡Qué privilegiados somos al tener interesado en nuestro bienestar a quien la Divina Providencia asignó como guardián de nuestro Niño Salvador y como compañero de Su Bendita Madre! Esto debe ser para nosotros una causa eterna de agradecimiento y felicidad

...

La misión de San José consistió en cuidar, sostener y mantener a la Sagrada Familia. Era él el encargado de proveer alimento, ropa y techo para Jesús y María . . . En medio de los sufrimientos y ansiedades de los días de la infancia y de la niñez de Jesús, se vislumbra la personalidad de San José, uno de cuyos títulos gloriosos es Padre de los Pobres. Su misión fue cuidar, sostener y mantener a la Sagrada Familia. Fue José el llamado a proveer comida, ropa y techo para Jesús y María. Para lograr esto tenía a su favor la ventaja de poseer disposición industriosa y gran fuerza física. Era altamente competente en su oficio y lo favorecía un celoso interés en el desempeño de su responsabilidad. Tenía que sobreponerse a las dificultades que se le presentaban en su quehacer . . . sufrimientos, pruebas, desengaños y el cansancio del obrero, del proveedor y jefe de familia. Todo esto lo tuvo que experimentar.

Qué privilegio el suyo cuando le ofrecía el pan al que podía producir cosechas que hubieran alimentado al mundo por generaciones sin fin. Pero, su alegría de alegrías consistía en esto: saber que aquellos brazos divinos se cerraban alrededor de su cuello en manifestación infantil de amor y afecto, aquellos brazos que un día iban a extenderse en la cruz, para que, cuando la Sangre Preciosa hubiera fluido, se extendieran para abrazar, finalmente, a toda la raza humana en un amor redentor; y más aún, aquellos benditos brazos que lo abrazarían en sus últimos momentos.

Las alegrías y los sufrimientos de San José — fueron muchos, pero, ay, gracia de las gracias, mis queridos hijos del Cenáculo, piensen en esto — ustedes son su gozo hoy, pues él sabe que en ustedes tiene hijos que se sacrifican por amor a la causa de Jesús y María. Ustedes son hoy para él todo lo que los buenos,

generosos y bondadosos lo fueron para él cuando, por Jesús y María en la tierra, él solicitó ayuda, servicio y bondad.

Gloríense en su vocación; consuélense en el gozo del significado particular que hay para ustedes en la fiesta de la Anunciación. ¿Quién en este mundo entenderá mejor que ustedes los gozos y sufrimientos de San José? Qué agradecidos deben estar por el caudal de gracias que les llegan a través del Cenáculo y, de una manera especial, por la devoción a San José y a todo lo que le era querido y sagrado.



20 de marzo: cuarto día de la novena / La Santísima Virgen

1. Carta sobre la novena y conferencia, 14 de marzo de 1912, MF 11461. 2. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 25 de marzo de 1924, MF 5500.

Después del Divino Niño Jesús, no hay nadie más grande ni más santo, no hay nadie predestinado con más virtudes que María. Le debemos nuestro homenaje y nuestro amor por su posición singular y exaltada. Aquellos que ejercen una función especial en el servicio de Dios son ordenados y están preparados para ello. Nuestro Señor es el primer predestinado y “ha sido designado Hijo de Dios, revestido de su poder” (Romanos 1, 4).

Le sigue la Santísima Virgen, destacándose por encima del resto de la humanidad en orden de los predestinados por Dios. Ella ha sido predestinada en el mismo acto de predestinación de su Divino Jesús. Fue salvada por la Redención, como lo fuimos nosotros, pero en forma mejorada, por la prevención y no por la cura. Ella nació sin pecado, ya adornada con la gracia santificante, en pleno gozo de la vida sobrenatural, en posesión de Dios. Precisamente esto es su Inmaculada Concepción (1).

Lo que afirmé de los Siervos Misioneros que gozan de la estima y el favor de San José, también puedo afirmarlo, por las mismas razones, de la Madre Bendita, pues gozan también de su estima y de su favor. Los dos conocieron el terror y el sufrimiento que supone el tratar de escapar de los que hubieran destruido a Jesús. Ella conoce lo que ustedes están intentando hacer por los

pequeños, por amor a Jesús. Ella sabe, más aún, que muchos de estos pequeños, a menos que se instruyan en el catolicismo, se convertirán más tarde. . . en destructores de su Divino Hijo. Yo deposito a todos ante ella, los sacerdotes, los Hermanos, las Hermanas, y con todo el respeto y la humildad, seré testigo de la buena voluntad de ustedes para con su Divino Hijo y para con ella.

La invitaré a que sirva de testigo de la gran cantidad de oraciones de alabanza que se elevan hoy en el Cenáculo, en razón del Verbo hecho Carne, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, mediante buenos propósitos, consagraciones y de votos santos. Le solicitaré que inunde los Cenáculos . . . con bendiciones y gracias; que cada vez más, crezcamos en el amor de Dios, que más y más seamos iluminados para que nuestro servicio sea cada vez mucho más generoso, hasta llegar . . . a un grado exaltado de sacrificio y reparación, particularmente, por los pecados de negligencia e indiferencia de los demás contra el Verbo Hecho Carne.

Debido a que el Verbo se hizo carne, debido a ella, debido a San José, deseo que todos ustedes se descubran llenos de santos propósitos y santos deseos, unidos más y más en la caridad santa, con el propósito invencible de conquistarse ustedes mismos para que el nombre de Dios sea bendecido, para que venga Su Reino, para que se haga Su Santa Voluntad.



21 de marzo: quinto día de la novena / El Espíritu Santo

1. *Carta sobre la novena y conferencia, 14 marzo de 1912, MF 11462.* 2. *Conferencia dictada a la Familia del Cenáculo, reunión de Pentecostés, 27 de mayo de 1928, MF 8507-08.* 3. *Carta al Superior General de los Padres Paúles, 7 de noviembre de 1922, MF 692.*

El Espíritu Santo demuestra su amor y su poder en la Encarnación. Él fue el que inspiró las oraciones que la apresuraron. “Pero el Espíritu lo pide por nosotros, sin palabras, como con gemidos” (Romanos 8, 26). (Nosotros debemos) abrigar el deseo de consagrar nuestras energías para rendirle honor a este Misterio. El Espíritu Santo preparó a la Virgen Bendita y la colmó de gracias para que fuera la madre idónea del enteramente santo Hijo de Dios.

(El Espíritu Santo) fue derramado sobre nuestro Señor y embelleció su humanidad con todas las gracias posibles. Encaminó a Jesús: “El Espíritu Santo condujo a Jesús al desierto” (Mateo 4, 1) y realizó milagros por mediación de Él. Se hizo visible para declarar la divinidad de nuestro Señor: “En ese momento se abrieron los Cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre él” (Mateo 3, 16) (1).

Ruéguenle al Espíritu Santo que les conceda su gracia. Deben estar ansiosos por obtener las gracias del Espíritu Santo. ¿Qué quiso decir el ángel cuando le dijo a la Madre del Señor, “Dios te salve, llena de gracia?” (Lucas 1, 28). Le quiso decir que ella nunca dejaba pasar una inspiración, un impulso divino, que el Espíritu Santo había tomado posesión completa y absoluta de ella. Nosotros debemos ambicionar eso mismo. Esto es, al fin y al cabo, lo que hace que una persona sea santa . . . (2).

Ahora bien, ¿cómo vamos a ser fieles a las gracias del Espíritu Santo? ¿Qué tenemos que hacer para conservar esas gracias del Espíritu Santo? . . . Bien saben que la cera, la cera tibia, al calentarse, puede recibir una impresión. Es importante para nosotros no endurecernos contra sus impulsos. Ustedes harán eso si hay orgullo en tu mente. Dios dice: “Concede su favor a los humildes” (Cf. Proverbios 3, 34).

Dios ama a los de mente sencilla, a los humildes de corazón. María afirmó que su grandeza consistía en que Dios se había fijado en la humildad de su sierva. Si ustedes son humildes de corazón, sencillos de mente, sus almas recibirán las inspiraciones del Espíritu Santo, igual que la cera tibia recibe sus impresiones y estarán ustedes bajo la influencia del Espíritu Santo.

El comienzo, la continuación y todas las actividades del . . . Cenáculo se basan en una devoción práctica al Espíritu Santo y, si se busca una explicación de cualquier bien que se haya podido lograr, bien sabemos que no existe ninguna otra razón que no sea la devoción práctica del Cenáculo al Espíritu Santo. Para lograr este propósito del Cenáculo, este pensamiento irrumpe continuamente en nuestras mentes: que, para que la fe se extienda de una manera general y para que triunfen los principios cristianos, es necesaria la oración universal. Por lo tanto, estamos activamente en una cruzada de oración al Espíritu Santo (3).



22 de marzo: sexto día de la novena / Nuestra relación con el Misterio de la Encarnación

1. Carta sobre la novena y conferencia, 14 de marzo de 1912, MF 11460-62. 2. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 19 de marzo de 1920, MF 12123. 3. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 25 de marzo de 1924, MF 5500.

El día de la Anunciación es una de nuestras fiestas más importantes. El misterio que encierra y los demás que se relacionan con él son tema de nuestras meditaciones y de nuestras oraciones continuas. En todo esto laboramos por la mayor gloria de Dios. Con honor y reverencia damos a conocer el significado de la Encarnación y las gracias maravillosas que provee a la humanidad caída. Tenemos gran estima y amor por el Ángel Gabriel, lo honramos y luchamos para que se le rinda más honor por su espléndido éxito . . .

Con frecuencia Dios envía sus ángeles a los hombres: han sido mensajeros que nos revelan la Providencia de Dios al Él relacionarse con su pueblo. San Gabriel sobresale entre estos espíritus santos. Hay cuatro ocasiones en que aparece, y se cree que él fue el ángel que se le apareció a San José, y él que consoló a nuestro Señor en el huerto. “Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret . . .” (Lucas 1, 26).

Las magníficas gracias que Dios nos está otorgando nos dirigen hacia . . . el interior de la familia misma de la Encarnación. Debemos estar muy agradecidos por esa gracia que Dios nos concede de acercarnos a Él y de inspirarnos con un amor especial. Nos exige que le sirvamos y que seamos una influencia en esa batalla entre el bien y el mal (1). Que nuestra Madre Bendita favorezca a sus hijos del Cenáculo. Que obtenga para todos nosotros una renovación del espíritu de nuestro estado.

Que sea del agrado del Verbo Hecho Carne aceptar nuestras pobres ofrendas de servicio y que Dios enriquezca, aún más, su Iglesia con muchas buenas obras este año entrante. Que todos recibamos un incremento mayor del auxilio de Dios y de amor a las almas. Que todos sintamos un impulso fresco de hacer el mayor bien posible. Que luchemos valientemente para crecer en la perfección, para hacernos más agradables a los ojos de Dios. Que San José y todos los santos del Cenáculo nos ayuden, de manera que podamos hacer mucho para

que el Reino de Dios venga, para que se alabe Su Santo Nombre y para que se haga Su Santa Voluntad (2).

En cuanto a mí se refiere, les diré que entre esas oraciones que ustedes recitan por mí, le rueguen al Verbo Hecho Carne, a Su Inmaculada Madre y a San José que yo pueda adquirir las virtudes que debo tener, que pueda obtener esos conocimientos y esa sabiduría que me capacitarán para ser útil a ustedes, que en todas las cosas y con todos ustedes tenga puesto mi corazón en que sea siempre un padre para todos ustedes (3).



23 de marzo: séptimo día de la novena / Las devociones y el espíritu del Cenáculo Misionero

1. Carta sobre la novena y conferencia, 14 de marzo de 1912, MF 9435. 2. Constitución original de los Siervos Misioneros (1928), artículo 370, MF 14329.

Ante todo (hemos hecho un compromiso de) profesar una devoción profunda a la Santísima Trinidad y de mantener un celo ardiente para que el Espíritu Santo sea más conocido y amado. (Luego) hemos prometido profesar una devoción a todos los misterios de nuestro Señor, especialmente la Encarnación, pues, de este misterio fluyen todos los otros misterios, los privilegios, las bienaventuranzas de la Santísima Virgen y la salvación del hombre. De la misma manera prometimos devoción a la Santísima Madre, a San José, al Ángel Gabriel, a los amigos de la Sagrada Familia y a todas las almas asociadas con nuestro Bendito Señor: los Ángeles, San Juan Bautista y los Apóstoles de manera especial. Las virtudes del Cenáculo Misionero deben ser: la sencillez, la prudencia, el sacrificio, la amabilidad o caridad, la humildad, la paciencia y la abnegación.

Nuestro quehacer se centra, ante todo, en las obras espirituales de misericordia y, luego, las corporales. Nuestro trabajo y nuestras oraciones se ofrecen por la mayor gloria de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, por la unión de los cristianos, es decir, la sumisión de la Iglesia Griega y las Protestantes a una misma fe y obediencia a la Santa Sede. Oramos por el Santo Padre, por el triunfo de la Iglesia, y por los pecadores — particularmente por los que mueren en pecado, por los impenitentes. Nuestro éxito y nuestra

fortaleza la encontramos en la Santa Comunión y en las oraciones al Espíritu Santo, dándonos cuenta de que como dice San Juan: “Sin Mí no pueden hacer nada” (Juan 15, 5) (1).

Los Siervos Misioneros deben . . . darse cuenta de que son misioneros, que el Jesús de ellos es el Cristo desnudo en la cruz y que su porción es cualquier lugar abandonado de su viña. Para adorarlo en su desolación y sufrimiento deben, gustosamente, entregarse a esas condiciones que carecen de comodidad física y en donde reina una gran pobreza espiritual. Debe enseñárseles lo que es el privilegio y la gracia de haber sido llamados a cumplir con la misma misión de los Apóstoles, enseñar y bautizar a todas las naciones en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo . . . Por la gracia de su vocación han venido a formar parte de la Sagrada Familia de Nazaret, pues es su gracia, poseer un conocimiento, un amor y devoción especial al Misterio de la Encarnación y de dar a conocer y lograr que se llegue a amar al Verbo Hecho Carne en todas partes. Será, por tanto, júbilo constante de la vida religiosa de un Siervo Misionero, adorar al Verbo Hecho Carne con el Arcángel Gabriel y felicitar a su Madre Inmaculada (2).



24 de marzo: octavo día de la novena / Gratitude por el Misterio de la Encarnación

1. Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 24 de marzo de 1925, MF 5499. 2. Carta sobre la novena y conferencia, 14 de marzo de 1912, MF 11463.

Nuestro día de días, la fiesta de la Anunciación está (casi) a la puerta. Ustedes se han preparado para ella mediante la santa novena. Miles de actos de alabanza y oraciones de acción de gracias, miles de consagraciones y de inmolaciones de los Siervos Misioneros subirán al trono del Dios Trino en este día.

Asegúrense de que uno de los elementos más destacados de su adoración sea el dar gracias a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo por la Inmaculada María, por las cosas grandes que Dios ha operado en ella, por lo que ha ocurrido en la Iglesia a través de ella, y lo que se ha hecho en el Cenáculo debido a ella y,

sobre todo, por el Verbo Hecho Carne.

La unión de lo divino y lo humano lo llama San Pablo “El plan misterioso que permaneció secreto durante siglos y generaciones. Este secreto acaba de ser revelado a sus santos” (Colosenses 1, 26). “Y ésta es la vida eterna: conocerte a ti, único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesús, el Cristo” (Juan 17, 3). Nuestro Señor ganó para nosotros todo lo que poseemos de bienes sobrenaturales: “¡Bendito sea Dios, Padre de Cristo Jesús nuestro Señor que nos ha bendecido en el cielo, en Cristo, con toda clase de bendiciones espirituales!” . . . (Efesios 1, 3).

Prometamos en este día renovar e intensificar nuestra devoción al Misterio de la Encarnación. Es una de nuestras devociones. Tengamos, pues, un amor y una adoración mayor a Jesús, acudamos a Él con más frecuencia, con más fervor, en su naturaleza divina y humana. Pentecostés es el Año Nuevo del Cenáculo, el 25 de marzo es su Navidad, pues en ese día comenzó todo lo que luego halló expresión externa al Cristo nacer, la Navidad en diciembre.

A nosotros se nos concede la gracia de anticipar el homenaje que muchos rendirán más tarde, el de reunirnos alrededor del Verbo Hecho Carne, con su adorable Virgen Madre, con el Arcángel Gabriel, y los espíritus celestiales iluminados que miran, para alabar, dar gracias y adorar a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo en aquel gran momento en que el Espíritu Santo cubrió a María y el Verbo se Hizo Carne.

Nos es dado a nosotros adorar y dar gracias al Dios Trino por lo que ha hecho por la humanidad a través de la Inmaculada Virgen María . . . alabarla y felicitarla . . . la Virgen que concibió, añadir nuestra oración, nuestra alabanza, nuestra acción de gracias, nuestra adoración a la de ella, para con el Verbo Hecho Carne.



25 de marzo: último día de la novena / El Misterio de la Encarnación

Carta a una “Querida Hija”, 27 de marzo de 1918, MF 4063-65.

Este año la fiesta de la Anunciación significará mucho más para nosotros (si es que nos damos cuenta)

de que la gracia que es nuestra de haber sido llamados, nos exige, por mediación de nuestra vocación, a honrarla de una manera especial . . . Seamos más devotos y mantengámonos más en un espíritu de meditación. El gran misterio cristiano empieza hoy —todo eso nos ha venido a través de la vida de nuestro Señor. Debemos solicitar a nuestro amado Señor que nos conceda la gracia de apreciar este maravilloso Misterio. Debemos poner todo nuestro corazón en esta oración para que Él nos enseñe a amar y a apreciar todo su amor, su poder y su bondad contenidos en la Encarnación. A Dios le agradecerá esto. Nosotros aceptaremos como una señal de que Él nos favorece, el que nos lo dé a conocer, y el que gocemos del placer más grande que podemos obtener en la vida, meditar sobre las maravillas del Misterio de la Encarnación.

Pensemos profundamente y con frecuencia en la cooperación del Espíritu Santo en este Misterio. La obra de nuestra vida, nuestra vocación, es hacer esto, y ¡qué vocación maravillosa es ésta! ¡Qué Dios sea siempre bendito y alabado por habernos otorgado esta vocación! Nunca podremos agradecerlo lo suficiente, debemos sentir un temor continuo de perder esta santa vocación. Qué maravillosa será nuestra eternidad si sólo fuéramos fieles a ella.

Dispongámonos entonces para recibir cada vez más las gracias de nuestra vocación. Preparémonos, con la ayuda de Dios, a ser más útiles al Espíritu Santo. Nos consolaremos con el conocimiento de que nuestro amado Señor y Su Bendita Madre tendrán un gozo especial que les causarán los que se entregan generosamente a ser evangelizadores de esta gran verdad cristiana.

Hablamos de vivir en ciertos ambientes o en cierto clima. Qué bendición sería poder vivir continuamente en el ambiente que rodea esta doctrina fundamental cristiana decretada desde toda la eternidad por las Tres Personas de la Santísima Trinidad, pensada y decidida en el concejo de la Santísima Trinidad. Los medios que se escogieron determinaron la forma en que la humanidad pecadora y condenada iba a ser restaurada al favor de su Hacedor, una vez se le reinstalara y se le devolviera la gracia para obtener la salvación eterna revelada a nuestros primeros padres para consolarlos en su desolación.

El grande y santo Arcángel Gabriel trae la noticia a la tierra y suplica a la Virgen de las Vírgenes, al Lirio de Israel, que coopere con los designios de Dios expresados en el mensaje. Su consentimiento, su generoso “Hágase

en mí según tu palabra” (Lucas 1, 38) le brindó al mundo su Redentor: “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1, 14). Todos los misterios alrededor de Cristo proceden de ahí: la Navidad, la vida activa y la vida oculta, la Santa Eucaristía, la Crucifixión, su gloriosa Resurrección, su carácter de Mesías — todos son expresiones adicionales del mismo misterio.

Debido a esto la familia humana tiene una deuda de gratitud al amor de Dios por toda la eternidad, que quedará sin cancelarse también por toda la eternidad. No hay duda de que debemos tratar de ser agradecidos por los que no lo son. Nuevamente, demos gracias a Dios por la vocación que le facilita al Cenáculo el conocer y recibir la gracia de este Misterio. Que éste año sea para nosotros un año rico en obras para el Cenáculo. Que la Santísima Trinidad derrame muchas bendiciones sobre estos Siervos Misioneros.



15 de agosto / Fiesta de la Asunción de nuestra Santísima Madre

Conferencia sin fecha a los Siervos Misioneros, MF 8587-89.

De las muchas fiestas que celebra la Santa Madre Iglesia en honor a la Madre de Dios, no hay ninguna, quizás, que le brinde más gozo al alma del cristiano, que la fiesta de la Asunción al Cielo de su bendito y virginal cuerpo. Porque, a pesar de que fue concebida sin mancha y que vivió, desde el principio de su existencia, en la gracia de Dios, sin embargo, toda esa santificación, por grande que fuera, era sólo el comienzo del proceso progresivo paso por paso, de una vida sobrenatural que fue coronada con el milagro de la Asunción. Esta fiesta se celebra en todo el mundo cristiano el 15 de agosto y conmemora la elevación al cielo del cuerpo y el alma glorificada de María, después de su muerte.

Fue el pecado original lo que introdujo la corrupción del cuerpo después de la muerte. Pero María estuvo libre, aun del pecado heredado — la única y sola excepción. Por lo tanto, su cuerpo no podía sufrir corrupción. El cuerpo y la sangre que nutrió al mismo Dios no podían llegar a un final tan sórdido y lúgubre de corrupción. María estaba por sobre toda la carne en la vida y tenía que estarlo también en su muerte. Y así, el Hijo de Dios otorgó esta suprema y soberana diadema

como premio a su amada y bendita Madre.

¿Y no era justo y razonable que su unión en la tierra continuará también en el Cielo? ¡Fueron sus brazos los que dulcemente lo llevaron a Belén, a Nazaret, suyo el cuerpo que le llevó en su seno y nutrió su vida infantil, suyo el ser que agonizaba ante los sufrimientos de su Hijo, ante su dolor, suya la sangre que fluía del cuerpo de su Hijo en la tenebrosa cruz del Calvario! ¿Cómo, pues, podía este amado cuerpo disolverse, cómo podía ser consignado al polvo al igual que Judas que traicionó a Jesús? ¿Cómo podía esta gran Torre de David enmohecerse y desaparecer? ¿Cómo podía esta Casa de Oro mancharse? ¿Cómo podía la corrupción consumir a la que era todo pura y hermosa, en quien, ni tacha ni mancha podían encontrarse?

Pero ¿qué queremos decir, exactamente, con la Asunción de nuestra Bendita Señora? Queremos decir que después de su muerte fue asumida por el poder de Dios, y su cuerpo, así como su alma, fueron elevados a la bienaventuranza celestial para continuar allí la unión que había existido en la tierra entre el corazón y el alma suya y la de su Divino Hijo.



8 de septiembre / Fiesta del nacimiento de la Santísima Virgen

Artículo en el Holy Ghost Magazine, septiembre de 1923, MF 819, 822-23.

Todos celebramos nuestros cumpleaños y todos queremos que otros recuerden nuestro cumpleaños. La Virgen Santísima también tiene su cumpleaños y le agrada que lo recordemos tanto como nos agrada a nosotros. Es deseo nuestro que los demás tomen nota de nuestro día, por lo menos, mediante un buen deseo. De hecho, puede que nos sintamos mal si no lo hacen. ¿No tendría razón la Santísima Madre de sentir pena, no tendrían los ángeles y los santos razón para asombrarse si dejáramos que pasara ese día sin una demostración de agradecimiento o de afecto hacia ella? ¡Su cumpleaños! ¡Ay! ¡Qué gran día! Fuera del cumpleaños de su Bendito Hijo, nunca existió día como ese en el mundo. ¡Qué clase de seres seríamos si no tuviéramos ese día presente, si no nos regocijáramos! Ese día ha significado más para la raza (humana) que los cumpleaños de todos los reyes y

reinas, de todos los demás seres que hayan existido. El día en que ella nació, la raza humana, para todos los efectos, comenzó a ser salvada.

Nuestros primeros padres cometieron un error. Esto introdujo un sinnúmero de males para ellos y para nosotros. El más grande de todos, que estábamos perdidos, condenados, arrojados fuera del Cielo. Dios se compadeció de nosotros, pobre familia humana, y prometió enviar un Redentor, es decir, alguien que, mediante sus sacrificios y sus sufrimientos, recobrarla la salvación para nosotros, que apaciguara la ira del Padre en el cielo y abriera los portones del Paraíso que se habían cerrado al hombre pecador. Prometió que la Madre de ese Redentor aplastaría la cabeza de la serpiente tentadora bajo sus pies y ayudaría a regenerar la raza humana culpable.

Se sabía mucho de este Redentor. Su nacimiento sería un prodigio sobresaliente y sería diferente al nacimiento de otros niños, “que una virgen lo iba a concebir.” Eso había dicho Dios. Él había comunicado esto a un hombre bueno y sabio, su siervo, el profeta Isaías, quien lo anunció porque el Espíritu Santo se lo comunicó y le dijo que lo comunicara. “Miren que la Virgen está embarazada y dará a luz un hijo varón a quien le pondrá el nombre de Emanuel” (Isaías 7, 14).

Hemos encontrado a la que nuestro corazón ama. ¡Qué gozo, que exaltación debe ser nuestros! El 8 de septiembre las naciones de la tierra deben estar llenas de gozo, de emoción. Cada raza, cada tribu, cada pueblo debe clamar, debe hacer temblar el cielo con sus clamores de acción de gracias. No debe perderse ni una voz de un ser humano en esta exclamación de alabanza.



27 de septiembre / Fiesta de San Vicente de Paúl

Carta-conferencia a los Siervos Misioneros, 19 de julio de 1921, MF 652-653.

No hay duda de que ningún tema puede ser de mayor provecho espiritual que una consideración de las virtudes de este amable santo. Al estudiarlas y al honrarlo, nos maravillamos que hombre alguno pudiera llegar a ser tan bueno, tan humilde, tan caritativo, tan parecido a Cristo. Nos maravillamos aún más cuando nos damos

cuenta de que él también heredó todos los males que nosotros experimentamos y que también padeció las mismas tentaciones que nosotros padecemos.

¿Cuál es el secreto de su santidad? Debemos buscarlo en su fuente misma, es decir, en su corazón, en su mente, en la voluntad del santo. Sobre todo en su mente. Toda bondad y toda maldad comienzan en la mente como una sugerencia. San Vicente entrenó su mente para que se encaminara hacia el amor a la verdad y hacia la santidad. Su vida misma evidencia que debió haber juzgado y censurado rigurosamente sus pensamientos. No hay duda de que los mismos pensamientos que vienen a nosotros, intentaron filtrarse también en su mente — pensamientos faltos de caridad, pensamientos vanidosos, pensamientos de engrimamiento, pensamientos mentirosos, aun pensamientos impuros, en fin, toda clase de malos pensamientos, pero el santo no bajaba la guardia y, mediante la oración vigorosa y devota, repelió toda posibilidad de contaminarse con el pecado.

El corazón es el centro de la vida afectiva, es el depósito del amor. El corazón de San Vicente era un corazón humano y, a lo largo de toda su vida, demostró su grandeza por mediación de su amor. Ningún hombre ama tanto como ama un santo y pocos son los santos que han amado como amó San Vicente. Debido al gran amor de su corazón, cayó en la cuenta que era urgentemente necesario velar sus impulsos. Hay que proteger los afectos pues, de otra manera, se degeneran. Hay que guiar a una enredadera para que suba a niveles más altos. Si se le permite que busque, caprichosamente, su propio camino, se extenderá hacia abajo, se trepará en la hierba o en el estanque lleno de lodo — en el primer caso, para ser abatida en la maraña de hierbas y, en el segundo, para ser pisoteada y estrujada en la tierra sombría. Es lo mismo con los afectos de nuestro corazón. No hay nada en nosotros que deba vigilarse más cuidadosamente que estos impulsos hacia las criaturas. Nada hay que nos degenera tan rápidamente, nada que produzca una ruina tan rápida y tan completa.

La vida de San Vicente tiene un significado especial para los hijos del Cenáculo. El es uno de nuestros patronos muy especiales. Lo consideramos nuestro Padre, por lo que nuestra esperanza y confianza en su devota intercesión ha ido aumentando. Ruéguele que en nuestros corazones y en el corazón del Cenáculo pueda anidarse ese gran amor que lo distinguió a él, que nos mantengamos virtuosos en humildad, que el celo inflame nuestros corazones y que nuestras desilusiones y nuestra lucha con la naturaleza, pueda repelerse mediante un celo ardiente

hacia los pobres y hacia todos los que sufren abandono en todas las cosas espirituales. Qué gracia más bendita, mis queridos hijos, puedo yo desearles en mis oraciones, que el deseo que el espíritu de San Vicente de Paúl pueda adueñarse de ustedes.



2 de octubre / Fiesta de los Ángeles Custodios

1. *Ensayo sin fecha escrito en el seminario, MF 9052-55.* 2. *Apuntes para una meditación, hacia el 1900, MF 9100.*

Dios ha creado todas las cosas de este mundo para manifestar su infinita perfección y los ángeles son, por naturaleza, los espejos más bellos que reflejan la espiritualidad de Dios. Un ángel, sin embargo, es un ser creado y, por lo tanto, es un ser finito y ahí estriba la diferencia entre él y Dios que es espíritu puro de infinita grandeza y cuya esencia encierra toda la perfección imaginable.

El relámpago que ilumina el cielo no nos provee una idea de su vigor y de su energía. La fuerza irresistible del fuego más sutil no puede compararse con el poder de su infinita perfección y los ángeles son los espejos más hermosos que reflejan la espiritualidad de la mente de Dios.

Tenemos que estar preparados para aceptar la explicación que la teología católica nos proporciona, no importa lo sutil que pueda parecer o, de lo contrario, perder toda esperanza de llegar al entendimiento correcto de la naturaleza del saber de los ángeles.

La diferencia entre el poder de la comprensión de la mente angélica y la comprensión de la mente humana es inmensa . . . Con una sola ojeada él puede percatarse de todo el campo de la ciencia al exponerlo a su percepción, de la misma forma que nosotros podemos percatarnos de todo el conjunto del campo de visión que se expone ante nuestros ojos.

El saber de los ángeles consiste en el conocimiento que tienen de las verdades naturales, no importa los grados diferentes de percepción que posean. Pero también existen verdades de orden sobrenatural, como son los misterios de la Fe y la actuación multiforme de la gracia en las almas de los hombres. Ahora bien, estas verdades dependen de la misma esencia de Dios y

su determinación descansa en su libre albedrío, por lo que no están al alcance del poder natural de un ángel. Para la revelación de estas verdades a un ángel es necesaria una intervención especial de Dios.

A pesar de que un ángel puede esclarecer nuestra mente, no puede actuar sobre nuestra voluntad de tal manera que nos induzca, en forma infalible, a obedecer sus mandatos. Este es un poder que pertenece solamente a Dios, quien es la autoridad en la naturaleza racional y quien es, por lo tanto, la causa principal de nuestra inclinación, la cual fluye de nuestra naturaleza racional y que no es otra cosa que nuestra voluntad. Dios, pues, siendo la autoridad sobre esta inclinación, puede, ciertamente, moverla en forma efectiva y lo puede lograr en la forma más suave y callada imaginable (1).

Mi ángel guardián es mi verdadero amigo. Él no se motiva por nada más que mi bienestar. El me ha protegido y me ha resguardado del peligro, la tentación y el pecado. Tenemos deuda de gratitud y de amor hacia él. Recítenle con devoción la acostumbrada oración de la mañana y de la noche. Recítenle también una oración al abandonar cualquier lugar. Háblenle con frecuencia. En su honor mantengan el más grande respeto en sus momentos de privacidad (2).



7 de octubre / Fiesta del Santísimo Rosario

Artículo en el Holy Ghost Magazine, MF 11600-02.

La Iglesia ha asignado el mes de octubre como Mes del Rosario y la fiesta se celebra el día 7 del mes. Esta fiesta conmemora la gran victoria de los cristianos sobre los musulmanes en la Batalla de Lepanto, el 7 de octubre del 1571. La salvación y la paz de Europa corrían peligro debido a los infieles. En todos los países de Europa se recitaba el Rosario por la salvación de estos países de las hordas de los mahometanos. Fueron repelidos y la derrota de los enemigos de la Iglesia y la salvación se debió, en forma especial, a la ayuda de la Bendita Madre de Dios. La victoria de las fuerzas cristianas se le atribuyó a Nuestra Señora, por lo que se le denominó, “Auxilio de los Cristianos.”

Ningún objeto que el hombre haya utilizado o que se haya convertido en valioso para él de acuerdo a

cualquier medida o patrón de valores, puede ocupar el lugar del Rosario. Su lugar en el afecto del mundo cristiano ya está asegurado. Entre todos los demás objetos inanimados que Dios ha creado, ninguno puede ocupar su puesto. Intrínsecamente, las cuentas del Rosario tienen muy poco valor, sólo el valor que pueda representar un pedazo de madera o de metal. Pero, extrínsecamente, contienen lo que es máspreciado: la bendición de la Iglesia y su asociación con el Misterio divino. Una hilera de cuentas benditas y dedicadas a servir como un artículo de devoción se convierte en un sacramental. Esas cuentas de oración, o las cuentas del Rosario como se les llama, son tenidas en gran estima por la Iglesia y por el corazón católico.

El título “Rosa Mística” con el cual la Iglesia honra a María Inmaculada, Madre de nuestro Señor, confiere al Rosario su nombre. Algunos, sin embargo, sostienen que “la devoción toma su nombre del latín *‘rosarium’*, un jardín de rosas o una corona de esas flores hermosas.” Santo Domingo laboró y predicó en vano para contrarrestar la ola del mal iniciada por los herejes albigenses. Cuando, desilusionado por no haber podido convertir ni una de esas almas mal orientadas, presentó sus quejas a la Virgen Bendita por quien él sentía un gran aprecio y una tierna devoción. Le rogó que lo ayudara y que lo enseñara cómo ayudar a esas pobres almas. Ella le dijo que pusiera a un lado sus argumentos y sus razonamientos y que enseñara la Doctrina Cristiana.

El obedeció y comenzó enseguida a enseñar a la gente la Salutación Angélica que hacía pensar sobre el gran misterio de la Encarnación. Les enseñó el Ave María y, al mismo tiempo, las verdades sencillas católicas y, para que las aprendieran mejor, hacía que las repitieran y las repitieran junto al Padre Nuestro. Éstas fueron las palabras de la Bendita Madre de Dios a Santo Domingo: “Predica el Rosario que es escudo contra los ataques del enemigo, baluarte de la Iglesia de Dios y libro de vida. Exhorta a todos a que sean devotos del Rosario y conseguirás frutos maravillosos en las almas.”



7 de noviembre / Fiesta del Beato Juan Gabriel Perboyre

1. *Carta desde el Seminario en Germantown, PA., 15 de octubre de 1890, MF 3213-18.* 2. *La última carta al Cenáculo 7 de*

noviembre del 1933, MF 2369.

(En una de sus primeras cartas a su familia, el Padre Judge escribió el 15 de octubre del 1890): Les escribo a ustedes . . . con relación al Beato Juan Gabriel Perboyre, un mártir . . . y un ferviente hijo de San Vicente de Paúl. Lo martirizaron en China en 1840 y fue beatificado por el Papa León XIII el 11 de noviembre de 1889.”

El Beato Juan Gabriel nació en Francia en 1802, y al ordenarse sacerdote de San Vicente de Paúl, lo destinaron a una misión en China. Poco después de su llegada, surgió una persecución contra los cristianos. Al enterarse los mandarines que habitaba en su vecindario un sacerdote, invadieron la casa en que residía, pero éste, habiéndose enterado de lo que se tramaba, tuvo tiempo de recoger los objetos sagrados y huir a un bosque cercano. Sin embargo, lo apresaron allí por traición de uno de los conversos y después de haberlo arrastrado de tribunal a tribunal finalmente lo asesinaron.

Atravesó el Beato Juan Gabriel por todas las torturas que la barbarie podía inventar y ustedes saben que en cuanto al despliegue de lo inhumano esta gente no tiene rival. Pero, la parte más notable de los sufrimientos y de la muerte de nuestro mártir fue la semejanza que guardó con los sufrimientos y la muerte de Nuestro Señor. Primero, fue traicionado por treinta monedas de plata, luego transportado de tribunal a tribunal. Lo condenaron ocho meses a prisión en un calabozo asqueroso entre la más vil escoria de detenidos, cuyos insultos bombardeaban constantemente sus oídos. Lo suspendieron al aire por sus dedos pulgares y por el pelo, lo apalearon y golpearon, le ataron las muñecas con fuertes hierros que le causaron heridas sangrantes, le obligaron a arrodillarse sobre cadenas y pedazos de hierro y lo tildaron de cristiano. Sin embargo, rehusó negar a Nuestro Señor y habiendo vencido la barbarie de sus opresores con su paciencia, lo condenaron a muerte.

Lo colgaron de una cruz un viernes en medio de dos malhechores y lo estrangulaban lentamente hasta que murió. Y así, uno de los grandes mártires de la Iglesia entregó su alma y su cuerpo, el cual, antes de morir, no tenía ni un solo lugar sano, pero que, después de muerto, se convirtió en saludable y hermoso (1).

(En su última carta a la Familia del Cenáculo, el Padre Judge escribió, el 7 de noviembre del 1933): Aprovecho esta oportunidad en la fiesta del Beato Juan Gabriel Perboyre, sacerdote Vicentino, mártir en China, para enviar mis bendiciones y mis saludos más afectuosos

a mis queridos hijos recomendando el celo y la gran caridad de este misionero que tanto iluminó a la Iglesia en China. Recuerden que ustedes son misioneros y que están muy relacionados, espiritualmente, con el Beato Juan (2).



22 de noviembre / Aniversario de Madre Bonifacia

Conferencia a los Siervos Misioneros, 10 de enero de 1932, MF 12254-58.

¿Qué era lo que hacía tan atractiva a la Madre Bonifacia? Conocerla significaba caer bajo la influencia de una personalidad realmente extraordinaria. Creo que, al decir esto, me expreso con cautela . . . Ustedes hubieran afirmado que la Madre Bonifacia era la persona más extraordinaria que jamás hubieran conocido . . . ¿En qué era extraordinaria?

La Madre Bonifacia nunca fingía nada . . . no había ninguna afectación en ella. Era extraordinariamente sencilla, extraordinariamente humilde. Pasaba desapercibida de forma extraordinaria . . . La Madre Bonifacia nunca . . . intentó acaparar a nadie . . . Su comportamiento era el de buscar el último lugar — ocultarse. Con frecuencia, cuando se le veía haciendo algo, era porque había sido forzada a entrar en acción. Su actuar respondía a la obediencia.

Quiero que hoy piensen en la Madre Bonifacia . . . No son muchas las generaciones que producen una mujer del calibre de ella. Jamás han conocido ustedes muchas mujeres como ella, con esa sencillez extraordinaria, con esa extraordinaria prudencia, esa extraordinaria caridad, esa extraordinaria abnegación . . . Ella era una mujer llena de fortaleza, sin embargo, eso no salía a relucir. Nunca me encontré a alguien que le temiera a la Madre Bonifacia, pero ¿dónde encontramos a otra mujer de tal fortaleza de carácter, de personalidad tan dominante como la Madre Bonifacia . . . ? La mayor prueba de majestad es el control del poder . . . No es muy a menudo que encontramos un poder tan disfrazado de caridad como en el caso de la Madre Bonifacia. Era una mujer fuerte. En una palabra, la Madre Bonifacia era esto: buena, fuerte, de sabiduría en el Espíritu Santo. Esa síntesis caracteriza la vida de la Madre

Bonifacia.

Fue extraordinariamente favorecida—física, espiritual y mental- mente. Cualquier mujer podía envidiar los encantos físicos y la gracia de la Madre Bonifacia . . . A lo largo de su vida de comunidad, nunca nos enteramos de que estuviera enferma o que guardara cama por más de un día. El final llegó tan inesperadamente. Un ataque de fiebre la convirtió en mártir de aquella enfermedad. Una enfermedad misteriosa surgió en el hospital Holy Name of Jesús. Una enfermedad que sólo aquejaba a los católicos . . . la Madre Bonifacia contrajo esa enfermedad mientras cuidaba a sus hijos espirituales.

Mentalmente la Madre Bonifacia era extraordinaria. Poseía lo que nosotros llamamos una mente intuitiva . . . Sus juicios siempre favorecían la caridad. Tenía un extraordinario caudal de caridad. Siempre podía vislumbrar el remedio a aplicar. Siempre podía ver la causa. Parecía que era la abogada de todos . . . Era una mujer justa y sus caminos eran caminos derechos. O, la Madre Bonifacia detestaba todo lo que no era recto. Para ella era horroroso todo lo que representara la duplicidad . . .

Era una mujer de fe, de otra manera no hubiera iniciado o continuado las obras a las que se entregó . . . Tenía una gran fe porque era sencilla y directa con Dios. Tenía una gran confianza en Él, porque no confiaba en sí misma . . . Conocemos su virtud de la esperanza. Era tan desbordante de carácter, tan valiente, es decir, que se convertía en esperanza . . . en los momentos de ansiedad cuando nos encontramos en algún Getsemaní, cuando los cielos parecen estar sordos a nuestras oraciones. Esa es la clase de esperanza que hace violencia al Reino de los Cielos — que remueve los portones de sus goznes.



23 de noviembre / Aniversario del Padre Judge

Plática en el primer Cenáculo General (M.S.B.T.), 26 de diciembre de 1931, MF 1467-84.

Por la gracia de Dios me ordené sacerdote en 1899 y no transcurrió mucho tiempo antes de que comenzara a trabajar arduamente en la obra misionera en la zona rural de Emmitsburg. Mi inclinación personal era, más bien, estudiar. Me gustaban los libros y desde

siempre quise estudiar. Hubiera sido un gran gozo para mí si hubiera sido llamado a una cátedra de profesor, pero también me gustaba el trabajo de misionero el cual, sencillamente, se apoderó de mí . . .

Durante este tiempo existía una situación extraña . . . la vida familiar estaba empezando a desintegrarse . . . Existía una gran merma en la Iglesia y los párrocos no se enfrentaban a la situación. Reconocerlo era un asunto muy vergonzoso . . . Mi mente estaba todo el tiempo posada sobre esa fuga de católicos. Entre los sacerdotes eso era todo lo que yo hablaba . . . No era ninguna visión ni una profecía, yo solamente veía las cosas desfilando de causa a efecto y de efecto a causa. La situación se reducía a esto: Si iba a dar un incremento en la Iglesia en los Estados Unidos, tenía primero que nacer y ser, por lo tanto, un incremento natural. Era evidente que en aquel tiempo la familia católica estaba siendo recortada . . . Si iba a haber algún incremento, este tenía que aportarlo la inmigración . . . Todo eso estaría interrumpido por algunos años . . . La tercera fuente de incremento es la conversión . . .

Dirijan la mirada hacia atrás, retrocedan con su mente y contemplen esa sencilla y pobre gente que se mantuvo unida en pequeños grupos esperando que llegara el sacerdote a administrarle los Sacramentos. Cualquiera puede enseñar a un niño acerca de la existencia de Dios, a persignarse . . . De vez en cuando se animaba a alguna jovencita o jovencito para que se convirtiera en una influencia para el bien. En la actualidad contamos con servicio social y programa de catequesis, pero todo esto es muy reciente . . .

Los sacerdotes parroquiales decían que no podían conseguir que los varones recibieran la Sagrada Comunión — ni que se hablara de eso: “una locura sería, casi una herejía.” El doctor Mullaney de Syracuse era un gran sacerdote, uno de los primeros que me respondió. Sus hombres trabajaban en barracones de autos y él se preocupaba por ellos . . . Conseguía toda clase de comunidades religiosas para predicar misiones y lograr que los varones fueran a comulgar cada tres meses. Yo le pregunté: “¿Por qué cada tres meses y no todos los meses?” Nunca había oído decir tal cosa. ¿Por qué no intentarlo . . . ? Fue tanto lo que los hombres se animaron para recibir la Santa Comunión que comulgaban más hombres que mujeres.

Cuando me destinaron a Brooklyn se me asignó el Asilo de Huérfanos. Los niños recibían la comunión sólo de vez en cuando. Yo comencé repartiéndola con más frecuencia . . . Me gustaba llevar la Comunión todos

los días . . . a la gente enferma. El Padre McHale supo lo que decían de mí, pero estaba de mi parte. Escuchaba decir que yo era el tipo de individuo que hacía lo que quería, que yo era un tipo peligroso . . . asustando así a los sacerdotes y, en general, también se decía que yo era una especie de loco. Pero yo siempre estudiaba lo que la Iglesia decía sobre estas cosas . . . Si el Obispo alguna vez me hubiera solicitado que lo ayudara a planificar un informe de las parroquias, había dos cosas que yo le hubiera añadido al expediente: “Cuántos enfermos hay en la parroquia” y “Cuántos pobres hay en la parroquia.”

Circulando por la parroquia me percaté del poder que tiene una joven trabajadora, del poder de un laicado celoso. Una vez me invitaron a un banquete que se le brindó la Sociedad de Deudas de la Iglesia.

Había un número de señoritas, de 15 a 21 años que pertenecían a dicha sociedad . . . Yo les indiqué que me parecía eran capaces de lograr cosas grandes . . . Ellas pensaron que yo iba a pedir más dinero. Les dije . . . “Ustedes me pueden ser de gran ayuda cuando circulan por ahí, por lo menos, pueden hacer una nota mental de la gente que ven que necesita ayuda espiritual. Ustedes pueden alcanzar gente que nosotros los sacerdotes no podemos alcanzar.” Interiorizaron todo esto y yo pensé para mis adentros: “Esto es lo que estas niñas quieren hacer. El Espíritu Santo está operando en ellas.” He tocado el acorde indicado en sus corazones . . . Nunca se me ocurrió lo del Cenáculo en ese tiempo. De hecho me quejaba con frecuencia de que no hubiera una comunidad religiosa que efectuara ese tipo de tarea. Con toda ingenuidad dije a uno de los sacerdotes, “Es una pena que no haya una comunidad que se ocupe de circular y de hacer este tipo de trabajo misionero.” Él respondió: “Lo voy a reportar a Roma . . . por atacar el sistema de escuelas parroquiales.”

Mientras tanto acudí a otra comunidad. Esta comunidad tiene Hermanas. Es una de las comunidades que más Hermanas tiene en todos los Estados Unidos . . . Fui a presentar el asunto a la Reverenda Madre . . . Creo que me miró como si yo fuera algún tipo de fanático y como si ella y las Hermanas debían protegerse de mí. Muy erguida y con aspereza escuchó lo que dije . . . Ella replicó: “Padre, ¿es que usted quiere formar un Ejército de Salvación con mis Hermanas. . . ?” Miren lo que ellas hubieran tenido si hubieran aceptado la idea. Esa era la idea por la cual se instituyó su comunidad. Hoy se han alejado de esa idea. Ustedes, también, pueden volverse como ellas y alejarse de nuestros ideales. Esas Hermanas . . . tuvieron su oportunidad. Dios se la concedió y Dios

se la quitó. Ustedes pueden hacer lo mismo. Ustedes poseen ahora la idea porque era una idea abandonada y por eso es que el abandono significa tanto para el Cenáculo. A nadie le atraía la idea. Ahora todos la quieren. Todos la copian. Los profesores la están enseñando . . . Ustedes no tienen que preocuparse por esta idea si es que proviene de Dios. Si no proviene de Dios, fracasará.



Último domingo del tiempo ordinario / Fiesta de Cristo Rey

Artículo en el Holy Ghost Magazine, octubre de 1928, págs. 5-6, MF 14066.

“Bendito sea Jesucristo, Rey del Mundo y Centro de todos los Corazones”

Cristo el Rey, presidirá en plena corte celestial, a lo largo del mundo el último domingo del año eclesiástico. El es Rey por naturaleza y derecho divino. Sobre nosotros posee el derecho de dominio y tributo. No seamos negligentes en nuestros deberes para con Su Majestad. Seamos prudentes, pues un fiel seguidor de este Rey se convierte en un conquistador en el mundo. Ustedes desean la paz, pero no hay paz desligada de Él. Ustedes quieren tener éxito, pero el que no está con Cristo, escribe su nombre en las arenas movedizas de las orillas que baña el océano. Él es la piedra angular sobre la que los hombres edifican o se hacen pedazos. No sean como los que no están con Él, ni recogen con Él.

Una vez más, ¿qué tributo es el de ustedes? “Hijo mío, préstame atención” (Proverbios 23, 26). En el día de Cristo Rey, profesen su fe en Él y su amor por Él. Él mismo lo sugiere: “Ustedes son mis amigos si cumplen lo que les mando” (Juan 15, 14). Guarden sus mandamientos y busquen su favor y familiarícense con Él en la fracción del pan, es decir, en la recepción de Su Cuerpo y Su Sangre en la Sagrada Comunión.

La doctrina más extraordinaria de nuestros tiempos es la que está incluida en la Encíclica del Santo Padre, el Papa Pío XI, expedida en esta fiesta. Los amantes de la humanidad, deploran la perturbación que aqueja al mundo entero. Los analistas y los hombres de estado de más recursos de los dos hemisferios, han estado intentando encontrar, en largas series de reuniones de los dos hemisferios y en colaboración con las cortes

internacionales, la causa y el remedio que pueda brindar paz y prosperidad al corazón del mundo enfermo.

Sólo el Santo Padre descubrió la raíz del crecimiento canceroso que está poniendo en peligro a la sociedad. Sólo él ofrece el único remedio eficaz para curarlo. Escuchen el grito avizor que lanza al mundo: “Claramente hemos afirmado no sólo que este diluvio de maldad ha invadido al mundo porque tantos mortales han excluido a Jesús y a Su Santa Ley de su vida ordinaria, de sus relaciones domésticas y sus asuntos públicos, sino que también señala que la esperanza de una paz duradera entre las naciones y estados nunca se ha de lograr, mientras individuos y estados nieguen y excluyan el imperio de Nuestro Salvador. Por consiguiente, según advertimos que la paz de Cristo debe de buscarse en el Reino de Cristo, así también haremos todo lo que esté en nuestro poder para conseguirlo. Afirmamos que, en el Reino de Cristo, nada nos ha parecido más eficaz para reestablecer y confirmar la paz, que restablecer el Imperio de Nuestro Señor” (Encíclica).

El Papa continúa: “Es un error vergonzoso negarle a Cristo, como hombre, autoridad sobre cualquier asunto civil, no importa cuál sea, ya que Él tiene el poder más absoluto dado por Su Padre, sobre todas las cosas creadas, puesto que todas las cosas han sido puestas bajo Su poder. Siempre que el hombre reconozca el poder regio de Cristo, sea en público o en privado, beneficios increíbles redundarán sobre la totalidad de la comunidad civil que se relacionen con la justicia, la libertad, el orden, la tranquilidad, la concordia y la paz.

¡Que viva Cristo Rey!



Índice

- Abnegación, la virtud del Cenáculo de la 224
Adquirir las virtudes 118, 186,
Adviento, significado particular para el Cenáculo 12
Adviento, comienzo 8
Agradecimiento por bendiciones y resoluciones pasadas 30
Agradecimiento por el misterio de la Encarnación 241
Agradecimiento y la Santa Eucaristía 188
Agradecimiento y perseverancia, razones para el 111
Almas abandonadas 113
Almas sufrientes, devoción a las 228
Amabilidad 154
Amor a Dios; al prójimo 128, 167
Amor a Jesús y amor propio, el 115
Amor personal a Jesús 185
Amor y esperanza 23
Ángeles custodios, fiesta de los 244
Anunciación, novena de la 236
Apostolado laico, propagar el 168
Apóstoles, los 107, 192
Apóstoles, devoción a los 115
Asunción de Nuestra Madre, fiesta de la 242
Auto examen, el 18
Bondad, la 91
Caridad, la 154, 223
Caridad apostólica, la 124
Caridad en el hablar, la 73
Caridad, un motivo para la 93
Caridad, virtud del Cenáculo, la 216
Caridad, vista a través de la Pasión de Cristo, la 150
Casa religiosa, espíritu de una 234
Castidad, la 45, 215, 218
Castidad, tentaciones en contra de la 219
Celo, el 221
Cenáculo Misionero, devociones y espíritu del 240
Confesión, algunos problemas en la 160
Confianza en Dios, la 51
Consagración misionera, renovación de nuestra 29
Contradicción, pruebas y 195, 207
Contradicciones y la gracia de Dios, las 147
Cooperación con la Gracia, la 183
Cosas temporales, atracción de 202
Cristo Rey, fiesta de 248
Cruz de Jesús, exaltar la 67
Cruz de Jesús, la 76
Cruz, amor a la 42, 84
Cruz, la 80
Cuaresma y la muerte, la 77
Cuaresma, espíritu de 74
Dependencia en Dios, la 48
Desobediencia, el acto de la 224
Devoción a la Santísima Trinidad, propagar la 33, 138
Dios, riquezas de 209
Dirección espiritual, la 182
Dones y frutos del Espíritu Santo, los 205
Encarnación, agradecimiento por el Misterio de la 241
Encarnación, el Cenáculo Misionero y la 21
Encarnación, el Misterio de la 196
Encarnación, fe y el Misterio de la 24
Encarnación, nuestra relación con el Misterio de la 240
Encarnación, nuestra vocación de estimar el Misterio de la 10
Encarnación, el conocimiento de la Santísima Trinidad y la 230
Enemigos del Niño Jesús, los 26
Entierro de Jesús, el 102
Epifanía, la 33
Esperanza y amor, la 23
Espíritu de Familia, el 91
Espíritu de humildad, un 108
Espíritu de los apóstoles, medios para adquirir el 117
Espíritu de moderación 159
Espíritu de paz, un 146
Espíritu de sencillez 227
Espíritu de un religioso genuino 202
Espíritu del Cenáculo, el 135, 136, 192, 225, 240
Espíritu del Cenáculo Misionero, devociones y 240
Espíritu del Cenáculo Misionero, el 157
Espíritu del Cenáculo, algunas cualidades del 138
Espíritu del Cenáculo, algunos peligros que lo amenazan 140
Espíritu del mundo 155
Espíritu en recogimiento, un 56, 211
Espíritu maligno, poder del 131
Espíritu misionero, engendrar un 126
Espíritu misionero, propagar un 162, 164
Espíritu Santo y la Iglesia, el 133
Espíritu Santo, devocional 129, 170, 171
Espíritu Santo, dones y frutos del 205
Espíritu Santo, el 64, 125
Espíritu Santo, oración al 181
Espíritu Santo, una devoción agradecida al 134
Eucaristía, agradecimiento y la Santa 188
Eucaristía, la Preciosa Sangre en la Santa 140
Eucaristía, la Santa 139, 156
Eucaristía, nuestra fe y la Santa 142
Eucaristía, presencia de Jesús en la Santa 142
Fariseo y el publicano, el 175
Fe y el don de su preservación, la 189, 198
Fe y el Misterio de la Encarnación, nuestra 24
Fe y la Navidad, la 23
Fe y la razón como normas para actuar, la 213
Fe, virtud de la 52
Fidelidad a la gracia de nuestra vocación, la 181
Fidelidad a nuestra profesión, la 194
Fruto del Espíritu Santo, el gozo 103
Frutos del Espíritu Santo, dones y 205
Generosidad, la 39
Gozo y perseverancia, la obediencia, el 111
Gozo, fruto del Espíritu Santo, el 103
Gracia, fidelidad a 85, 89
Gracia, la 85
Gracia actual, la 94
Gracia de Dios, contradicciones y la 147
Gracia santificante, la 87, 88
Gracia, sobre la cuestión de si hago buen uso de la 180
Hábito religioso, el 68
Heridas de Jesús, el mundo y las 183
Humildad, la 53, 88, 109, 129, 185, 206
Humildad de Santa Teresita del Niño Jesús, la 178
Humildad, adquiriendo la 186
Humildad, la virtud del Cenáculo de la 213

Humildad, los grados de la 54
 Iglesia, el Espíritu Santo y la 133
 Iglesia, la 60
 Iglesia, su amonestación para preparar los caminos, la 19
 Imitación de Jesús, la vida religiosa vivida en 191
 Inmaculada Concepción, la 235
 Inmaculado corazón de María y el Sagrado Corazón de Jesús, el 63
 Inmaculado Corazón de María, imitando al 51
 Institución del Santo Sacerdocio, la 151
 Jesús crucificado 234
 Jesús nuestro intercesor, maestro, redentor, etc. 14
 Jesús, mayor conocimiento de 32
 Judge, aniversario del Padre 247
 Jueves Santo, acontecimientos del 101
 Limosna y la santa pobreza, la 216
 Madre Bonifacia, la 246
 Madre de los Dolores, en compasión con la 91
 Madre de los Dolores, nuestra 98
 Maestro, etc., Jesús nuestro redentor, intercesor 14
 Mal físico y la voluntad de Dios, el 49
 Mal moral, liberación del 48
 Mandamientos, los diez 187
 María y el sacerdocio 153
 María, la Madre de Dios 12
 María, lo que su venida significó para el mundo 199
 Misa, la virtud de la religión y la 158
 Misa, viviendo la Misa durante el día, la 125
 Mortificación interior, la 81, 82
 Muerte, la 205
 Muerte, la cuaresma y la 77
 Mundo y las heridas de Jesús, el 183
 Mundo, el espíritu del 155
 Mundo, la carne y el demonio, el 71
 Natividad de la Santísima Virgen, fiesta de la 243
 Navidad 25
 Navidad, medios de prepararse para la 14, 16
 Navidad, nuestra preparación personal para 10
 Navidad, preparación par la 19
 Niñez espiritual 177
 Niño Jesús, los enemigos del 26
 Niño Jesús, nuestro regalo para el 20, 21
 Niño Salvador, lo que podemos hacer por nuestro 22
 Niños, preocupación especial por los 26
 Niños, nuestra responsabilidad por los 16, 231
 Novena de Pentecostés, comienzo de la 127
 Novena de Navidad 19
 Nuestro Señor, teniéndole compasión en sus sufrimientos 98
 Obediencia, adquiriendo la virtud de la 220
 Obediencia, Cristo en la cruz, la 218
 Obediencia, la 164, 214, 217
 Obediencia, medios para perfeccionarnos en el voto de la 83
 Obediencia, motivos para la 215
 Obediencia, virtud de la 83
 Obras de Misericordia, las 59
 Oración a Jesús en el Santísimo Sacramento, la 163
 Oración al Espíritu Santo, la 181
 Oración humilde, la 184
 Oración mental, la 8
 Oración, hábito de la 232
 Oración, necesidad de la 122
 Oración, un espíritu de 121, 130, 204
 Paciencia y caridad vista a través de la pasión de Cristo, la 150
 Paciencia, la 174, 220
 Paciencia, un ejemplo de 195
 Pascua, su dignificado para un hombre de fe, la 106
 Pasión de Nuestro Señor, la 46, 95, 222
 Pasión, la 63, 150
 Paz, la 173, 203
 Paz, peligros a la 203
 Pecado original y la promesa de un redentor, el 237
 Penitencia, los motivos que tenemos para hacer 75
 Penitencia, necesidad de la 85
 Pentecostés, preparación para 128
 Pentecostés, preparación remota para 120
 Perboyre, fiesta del Beato Gabriel 245
 Perseverancia en nuestra vocación, la 92
 Perseverancia haciendo el bien, la 145
 Pesebre, lecciones del 27
 Pobres de espíritu, los 211
 Pobreza, la 45
 Pobreza, la vida religiosa y la santa 79
 Pobreza, la virtud de la 69, 210
 Pobreza, San José y la 113
 Pobreza, ventajas de la santa 216
 Práctica: abnegación, virtud del Cenáculo 224
 Práctica: almas abandonadas 13
 Práctica: amabilidad 154
 Práctica: amor a Dios 167
 Práctica: amor personal a Jesús 185
 Práctica: caridad, virtud del Cenáculo 216
 Práctica: depender de Dios 48
 Práctica: devoción a la Santísima Trinidad 138
 Práctica: devoción a las ánimas del Purgatorio 228
 Práctica: devoción al Espíritu Santo 129
 Práctica: devoción al Santísimo Sacramento 61
 Práctica: dones y frutos del Espíritu Santo 205
 Práctica: el desprendimiento 224
 Práctica: el Espíritu Santo 129
 Práctica: el hábito de la oración 232
 Práctica: el júbilo, fruto del Espíritu Santo 103
 Práctica: el uso provechoso del tiempo 197
 Práctica: Generosidad 39
 Práctica: hacer que nuestra fe sea una fe viva 107
 Práctica: hacer siempre la voluntad de Dios 74
 Práctica: humildad, virtud del Cenáculo 213
 Práctica: la bondad 91
 Práctica: la confianza en Dios 112
 Práctica: la Pasión de Nuestro Señor 95
 Práctica: la Preciosísima Sangre 86
 Práctica: la presencia de Dios 9
 Práctica: la presencia de Dios obrando en todo 116
 Práctica: la presencia de Jesús en la eucaristía 142
 Práctica: la Providencia de Dios 65
 Práctica: la prudencia en el hablar 209
 Práctica: la unión con Dios 201
 Práctica: la virtud de la fe 52
 Práctica: mortificación interior 82
 Práctica: no han de amonestarse unos a otros 176
 Práctica: nuestra alma, morada de la Santísima Trinidad 172
 Práctica: obediencia 189

Práctica: oración a Jesús en el Santísimo Sacramento 163
 Práctica: oración al Espíritu Santo 181
 Práctica: paciencia y caridad vistas a través de la pasión 150
 Práctica: paciencia, virtud del Cenáculo 220
 Práctica: pobreza 69
 Práctica: prudencia, virtud del Cenáculo 17, 209
 Práctica: pureza de intención 193
 Práctica: recogimiento mental 56, 120
 Práctica: relación con Dios y con el hombre 133
 Práctica: sacrificio, virtud del Cenáculo 78
 Práctica: sencillez, virtud del Cenáculo 44
 Práctica: sufrimientos mentales de nuestro Señor 99
 Práctica: vivir la Misa a lo largo del día 125
 Preciosísima Sangre en la Santa Eucaristía, la 140
 Preciosísima Sangre, derramamiento de la 165
 Preciosísima Sangre, devoción a la causa de la 50
 Preciosísima Sangre, en los profetas, la 156
 Preciosísima Sangre, la 123, 148
 Preciosísima Sangre, María y la 161
 Preciosísima Sangre, promesa de la 152
 Presencia de Dios obrando en todo, la 116
 Presencia de Dios, la 9
 Preservación, el don de la fe y su 189
 Profesión, fidelidad a nuestra 194
 Promesa de un redentor, el Pecado original y la 237
 Providencia de Dios, la 65
 Providencia Divina, la 96
 Prudencia en el hablar 209
 Prudencia, sencillez y 230
 Prudencia, virtud del Cenáculo de la 17
 Pruebas y contradicciones, las 195
 Pureza de intención, la 193
 Purificación de nuestra Santísima Madre, fiesta de la 236
 Purificando nuestros pensamientos e intenciones 132
 Recogimiento de la mente, el 120
 Recogimiento, espíritu de 56, 211
 Redentor, nuestro intercesor, maestro, Jesús nuestro 14
 Reglas de acción, la fe y la religión como 213
 Religión y la Misa, la virtud de la 158
 Religioso, el espíritu de un genuino 202
 Religioso, vida y muerte de un 190
 Renovación de nuestra consagración misionera, una 29
 Reparación, la 11
 Responsabilidad de salvar al niño para Jesús 16
 Resurrección de los muertos, nuestra 105
 Resurrección, evidencia de la 105
 Resurrección, la 102
 Resurrección, nuestra Santa Madre y la 104
 Reyes Magos, fe de los 34, 37
 Reyes Magos, la generosidad de la fe de los 35
 Reyes Magos, la naturaleza iluminada de la fe de los 37
 Reyes Magos, la perfección de la fe de los 38
 Reyes Magos, la solidez de la fe de los 35
 Reyes Magos, la valentía de la fe de los 36
 Rosario, fiesta del santo 245
 Sacerdocio y el Santo Sacrificio, el 151
 Sacerdocio, la institución del santo 151
 Sacerdocio, María y el 153
 Sacramento de la Penitencia, las bendiciones del 159
 Sacratísimo Corazón de Jesús, el 144
 Sacrificio, el 110
 Sacrificio, el espíritu de 66
 Sacrificio, el sacerdocio y el santo 151
 Sacrificio, la virtud del Cenáculo, el 78
 Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María, el 63
 Sagrado Corazón, el 169
 San José 197, 233, 237
 San Pablo 43, 124
 San Pedro 62
 San Vicente de Paúl, fiesta de 243
 Santa Teresita, el secreto de 178
 Santa Teresita del Niño Jesús, la humildad de 178
 Santificándonos nosotros mismos 149
 Santísima Madre y la Resurrección, la 104
 Santísima Madre, alabanza a 46
 Santísima Madre, fiesta de la Purificación 236
 Santísima Madre, la gloria de nuestra 119
 Santísima Madre, los dolores de nuestra 77
 Santísima Madre, Nuestra 97, 104, 110
 Santísima Trinidad, devoción a la 138
 Santísima Trinidad, la 33, 56
 Santísima Trinidad, nuestra obligación 230
 Santísima Trinidad, residencia de la 172
 Santísima Virgen, la 55, 97, 238
 Santísima Virgen, fiesta de la natividad de la 243
 Santísimo Sacramento, oración de Jesús en el 61, 163
 Santo Nombre de Jesús, el 31
 Santo Nombre de Jesús, poder del 31
 Santo Nombre de María, el 179
 Santo Padre, el 122, 126
 Sencillez y prudencia, la 230
 Sencillez, el espíritu de 227
 Sencillez, la virtud del Cenáculo de la 44
 Siervo Misionero, la vocación de un 96
 Silencio, la caridad del 230
 Sobrenatural, lo 137
 Sufrimiento, el 114
 Sufrimientos mentales de nuestro Señor, los 58
 Sufrimientos, pruebas y los 199
 Tentación, la 70
 Tentación, naturaleza y efectos de la 71
 Tentación, nuestra defensa en contra de la 72
 Tentaciones contra la castidad 219
 Tiempo, uso provechoso del 197
 Triunfo de nuestra Señora, el secreto del 161
 Unión con Dios, la 201
 Unión sacramental con Dios, la 143
 Uso de la gracia de Dios ante la pregunta, ¿hago buen?, el 180
 Vida religiosa vivida en imitación de Jesús, la 191
 Vida religiosa y la santa pobreza, la 79
 Vida religiosa, la 200
 Virtud, el significado de progresar en la 41
 Vocación a ser santos, nuestra 57
 Vocación de un Siervo Misionero, la 96
 Vocación, fidelidad a la gracia de nuestra 181
 Vocación, perseverar en nuestra 92
 Voluntad de Dios, el mal físico y la 49
 Voluntad de Dios, práctica de siempre hacer la 74
 Votos, el espíritu de nuestros 101